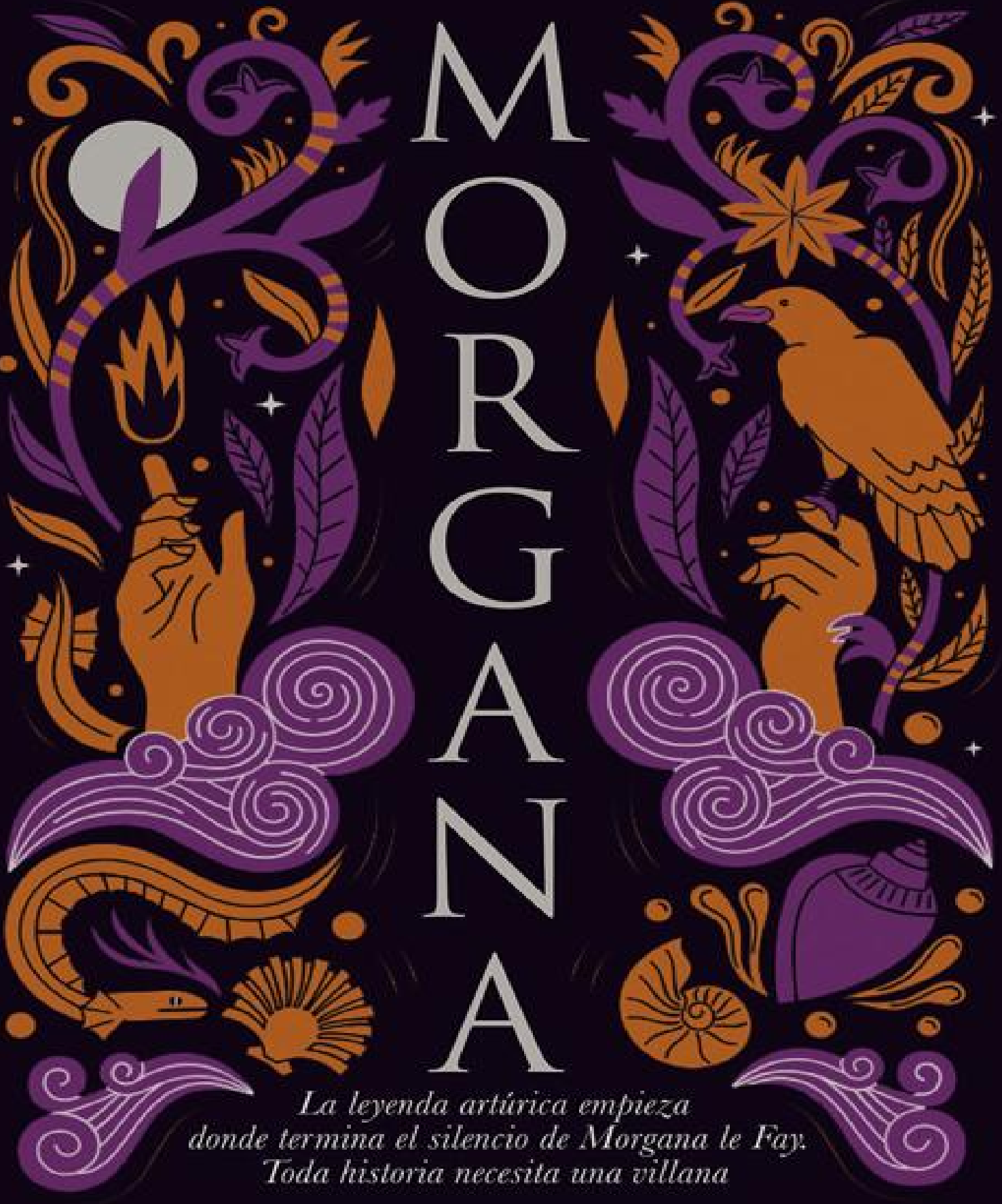
NEREA ✦ RIESCO



La leyenda artúrica empieza
donde termina el silencio de Morgana le Fay.
Toda historia necesita una villana

CONTRALUZ

NEREA RIESCO



MORGANA

CONTRALUZ

A mi lector cero, mi contacto de emergencia;
a quien quiero a mi lado en las alegrías y en las penas.
Mi amigo. Mi compañero. Mi amante. Mi familia.
A Gabriel.

NOTA DE LA AUTORA

Morgana le Fay es un personaje esencial de la leyenda artúrica. Su nombre aparece por primera vez en un texto del siglo XII. Su autor la presenta como un hada bella, poderosa, benefactora, con conocimientos en astronomía y medicina. Es a partir de los escritos del siglo XIII cuando su figura se deforma hasta convertirse en una horrible bruja, la ancestral antagonista de su hermano Arturo.

En las siguientes páginas sigo la pista de las apariciones de Morgana en los textos clásicos. Sirviéndome de la imaginación, relleno los huecos que los escritores dejaron vacíos, destacando aspectos de su vida que pasaron por alto, los que nos permitirían comprender la complejidad de un personaje fascinante.

N. R.

«Es experta en el arte de curar y sobrepasa al resto de sus hermanas por su radiante belleza. Morgana es su nombre. Ella sabe muy bien cuál es la virtud de cada planta a la hora de curar las enfermedades del cuerpo, y también conoce el arte que le permite transformar su apariencia y, con plumas recién surgidas, atravesar los aires como si fuera Dédalo».[1]

Vida de Merlín
GEOFFREY DE MONMOUTH (en torno al 1150)
Primera aparición de Morgana en un texto literario

---

1 G., Monmouth, G. d. (1994). *Vida de Merlín*. España: Siruela.

1
NACIDA DEL MAR

«¿Acaso las gentes del mar no aseguran que el castillo de Tintagel está encantado
y que, por sortilegio, dos veces al año, en invierno y en verano, se pierde
y desaparece a la vista? Pues ahora ha desaparecido».[2]

Tristán e Isolda
JOSEPH BÉDIER

Llegué al mundo uno de esos días en los que el castillo de mi padre se torna invisible. Habréis escuchado hablar de ello en los versos y canciones que los bardos lanzan al viento, pero, aunque no podáis creerlo, quienes habitaban dentro de los límites de la fortificación desconocían aquella singularidad. Todos, incluidos los animales, desaparecían junto a la fortaleza, sin que sus cuerpos o sus mentes sufrieran daño alguno. Podían verse y tocarse entre ellos, de manera que seguían con sus vidas como si tal cosa, ajenos a la magia que los envolvía y de la que formaban parte. Y se hubieran mantenido ignorantes de no ser por el mensajero que Aurelio Ambrosio y Úter, los hijos del antiguo rey Constantino, enviaron para solicitar la ayuda de mi padre. Los jóvenes caballeros desembarcaron en la isla unas semanas antes para enfrentarse al usurpador Vortigern, dispuestos a recuperar el reino que por derecho les pertenecía. Para una empresa de semejante magnitud necesitaban todos los brazos armados que pudieran movilizar.

Al mensajero le indicaron que encontraría el castillo del duque Gorlois de Cornualles caminando hacia poniente, dejando el mar a su izquierda. Pero al aproximarse al lugar en el que la fortaleza debía

surgir majestuosa sobre la roca, el hombre, asomado al acantilado, tan solo intuyó su perfil difuso; sinuoso, titilante, similar a como se ve el mundo cuando estás al borde del llanto. Según iba acercándose, el castillo perdía presencia. Se diluía acuoso, dejando traslucir lo que quedaba tras él, hasta que terminó por desaparecer en su totalidad. Ni la fortificación de piedra y madera, ni las cabañas de los campesinos y los artesanos, ni las huertas, ni los establos, ni los jardines… nada. No quedó nada. Ni siquiera el poderoso muro que en el pasado levantaron los gigantes para defender el puerto. La fortaleza al completo había desaparecido.

El mensajero, contrariado, observó el fenómeno y chascó la lengua. Antes de partir le advirtieron que Tintagel rozaba el fin del mundo, que se trataba de un lugar prodigioso en el que cualquier extravagancia era posible. La eventualidad de su desaparición resultaba de lo más inconveniente (habéis de saber que el mensajero era un hombre meticuloso al que sacaba de quicio el disloque de sus planes), más aún cuando estaba en juego el futuro de Britania.

Al morir el rey Constantino, los nobles se enzarzaron en agrias discusiones sobre la disyuntiva que suponía su sucesión. Por una parte estaba el mayor de sus hijos: Constante, que había consagrado su vida a la religión y ejercía como monje de la iglesia de Anfíbalo, en Güintonia. Por otra, los dos hijos menores, Aurelio Ambrosio y Úter, que aún dormían en cunas y que, en lugar de hablar, balbuceaban palabrejas babosas. Estando así las cosas, ninguno de los tres se encontraba en disposición de ostentar la dignidad real.

Fue entonces cuando Vortigern, el jefe de los gewiseos, se adelantó a todos y marchó en busca del primogénito. Le convenció de que debía abandonar los hábitos y hacerse cargo del reino. Acalló sus titubeos asegurándole que él le acompañaría, le aconsejaría, le serviría de apoyo y alivio, de manera que Constante aceptó la propuesta y depositó en él toda su confianza. El día en que el nuevo rey amaneció con el cuerpo cosido a puñaladas, se corrió la voz de

que el asesino pertenecía al pueblo de los pictos, pero que en realidad su mano estaba guiada por el propio Vortigern.

Los regicidios no eran desconocidos en Britania, aunque servirse de semejante triquiñuela se consideraba recurso de intrigantes, impropio de hombres de honor. Incluso para ser asesino había que guiarse por unas normas de comportamiento morales. Pero no dio tiempo de valorar su integridad. Vortigern era un hombre ambicioso y predispuesto a la traición. Le importaban poco las críticas y pronto se colocó sobre la cabeza la diadema real.

Los leales a la sangre de Constantino se levantaron en armas y Vortigern condujo sus tropas por las ciudades, aniquilando a todo aquel que no accediera a someterse, incluidos mujeres, niños y ancianos. Estaba dispuesto a masacrar a su pueblo a cambio de conseguir sus objetivos. Los mejores soldados fueron asesinados y, pese a ello, Vortigern no encontraba un momento de paz. Era incapaz de frenar la rebeldía que burbujeaba. En cada región se escondía un enemigo al acecho y ya no sabía en quién confiar. Hizo llamar a hombres de tierras lejanas para que le ayudasen en su campaña. Unos cuantos llegaron dispuestos a poner sus armas al servicio de Vortigern, entre ellos los sajones, con Hengist a la cabeza. Le sirvieron con tanta eficacia que se ganaron su confianza, hasta tal punto que acabaron tomándole bajo su control. Convirtieron a Vortigern en su marioneta.

Los ayos de Aurelio Ambrosio y Úter, temiendo que los niños corrieran la misma suerte que su hermano mayor, solicitaron ayuda al rey Budicio, que los aceptó en su corte. Pusieron el mar de por medio, rumbo a la Britania Menor. Pero de eso hacía mucho tiempo, y ya se sabe que el tiempo redefine los inconvenientes. Aurelio Ambrosio y Úter ya eran dos hombres y llevaban años reuniendo una importante flota con la que regresar para vengar a su hermano y reconquistar el reino de Britania.

El mensajero tenía orden de entregarle a mi padre la convocatoria para unirse a la lucha. Que el castillo de Tintagel se esfumase delante de sus ojos suponía un verdadero fastidio. El sol amenazaba

con sumergirse en el mar. Los días eran cortos y pronto oscurecería. El viento agitaba las ramas de los árboles y la niebla comenzaba a descender, tiñendo el mundo de gris. El hombre llegó a la conclusión de que debía desandar el camino y descender la colina, en dirección a la última aldea que había dejado tras de sí, en busca de un lugar en el que pasar la noche. La alcanzó cuando comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia.

La aldea estaba compuesta de un grupo de casitas iguales las unas a las otras, hechas con madera de roble y techo de paja, junto a lo que parecían graneros o establos. Rodeaban una pequeña iglesia de piedra que, con el tiempo, había acabado forrada de musgo. Al sur se intuía un sendero ascendente. Sobre la leve loma, una construcción más grande de lo habitual, con un cobertizo adosado, despedía el olor áspero de la fermentación de levadura de cebada. Allí sin duda elaboraban cerveza, lo que parecía indicar que se trataba de una taberna. Con suerte tendrían espacio para acoger a un viajero y su montura.

Desde fuera, el mensajero escuchó un clamor de voces y risas, pero al atravesar la puerta se hizo el silencio. El interior estaba oscuro y el ambiente era denso. De las vigas pendían cuatro faroles con los cristales velados por el humo. Había mesas, sillas, banquetas y arcones situados en torno a un cuadrado de piedras que acogía el fuego. Sobre él, un armazón de hierro de forma piramidal sujetaba un puchero en el que borboteaba un estofado de cerdo, cebolla y zanahorias. Desprendía un delicioso aroma. Las tripas del mensajero rugieron, haciéndole consciente en ese mismo momento del hambre que tenía.

Los aldeanos giraron sus cabezas y fijaron sus ojos en él. No parecían muy hospitalarios.

—Buenas noches —saludó el mensajero, mostrándoles su mejor sonrisa.

Un hombre de espaldas anchas se le acercó, secándose las manos en un mandil.

—¿Qué queréis? ¿Qué andáis buscando a estas horas por aquí? —le preguntó con gesto ceñudo.

Y es que no eran los mejores tiempos para acoger a desconocidos.

—Busco hospedaje para mí y acomodo para mi yegua — respondió él con el tono sosegado que usaría para hablar con un perro que le enseñara los dientes—. Traigo un mensaje para el duque Gorlois de Cornualles, pero el castillo…

El mensajero vaciló durante dos segundos que se hicieron eternos.

—El castillo… —repitió el tabernero con mirada suspicaz.

¿Cómo terminar la frase? ¿Acaso pensaba decir que el castillo había desaparecido delante de sus ojos? No quería que lo tomaran por loco.

—El castillo… pues… pues… que se me ha hecho tarde —zanjó sonriente—. No lo alcancé de día.

El tabernero hizo un repaso a cada rincón de su anatomía en silencio. Debió concluir que era inofensivo, porque aspiró el aire de forma ruidosa y se encogió de hombros.

—No vemos forasteros muy a menudo por aquí. Sentaos — le indicó señalando una mesa vacía—. ¡Gwyneth! ¡Gwyneth! ¿Dónde estás, calamidad? Pon comida en esta mesa.

Una joven de ojos tristes se le acercó con una bandeja en la que llevaba pan de centeno, mantequilla, tarta de moras, una escudilla de estofado caliente y una jarra de cerveza. El mensajero la observó con atención, pero ella, a pesar de encontrarse allí en cuerpo, parecía tener el alma en otro lugar. En uno muy muy lejano. O quizás más allá.

—Gracias —le susurró él cuando la tuvo cerca.

Ella le lanzó una mirada esquiva y se dio la vuelta, alejándose sin responder.

—¿Permitís que os pregunte qué clase de mensaje le traéis al duque? —El tabernero le frenó los pensamientos, que se le habían quedado enredados en el vuelo de la falda de Gwyneth.

—Vengo en nombre de los hermanos Aurelio Ambrosio y Úter.

Un murmullo inundó la taberna y la muchacha, que en esos momentos se afanaba en darle vueltas al estofado, pareció volver en sí.

—¿Los hijos del rey Constantino? —preguntó con los ojos muy abiertos. Su voz sonó desafinada, porque la pobre Gwyneth le daba poco uso.

El mensajero asintió orgulloso, masticando un pedazo de pan que acababa de meterse en la boca.

—Desembarcaron en Totnes hace quince días —aclaró, después de tragar con dificultad. Le dio un buche a la jarra de cerveza y continuó hablando—: Sus aliados acudieron de todos los rincones para recibirlos y rendirles homenaje. Las altas jerarquías del clero ungieron rey a Aurelio.

—¿Y qué hemos de esperar? —preguntó el tabernero—. He vivido lo suficiente como para ver nuestras ciudades enfrentadas, a nuestras gentes matándose sin piedad, a los bárbaros sembrando el caos…

—Pero todo eso va a cambiar —interrumpió el mensajero con jactancia—. Aurelio y Úter ya tienen edad de colgarse una espada en la cintura y el rey Budico les ha enseñado a luchar. Echaron sus barcos al mar y los encomendaron al viento, que con sabiduría los trajo hasta aquí, hasta su destino. Han regresado de Armórica para quedarse.

—¿Solo dos hombres contra un ejército de salvajes? —intervino en la conversación uno de los parroquianos, que estaba sentado en la mesa de al lado.

—Están reuniendo a todos los britanos que estén dispuestos para la lucha. No van a permitir que esos viles sajones devasten el reino de su padre. Vienen a auxiliar a sus compatriotas.

—¿Y qué pasa con el felón de Vortigern? —preguntó Gwyneth.

—¡Calla, criatura! A ti no te ha dado nadie vela en este entierro —la reprendió el tabernero.

El mensajero se puso de pie de un brinco, cogió el cuchillo de la mesa y, con actitud de espadachín, comenzó a hablar, sin apartar los ojos de la joven.

—Cuando el rey Aurelio Ambrosio tomó posesión de la corona dijo —carraspeó un par de veces e impostó la voz para dar solemnidad a sus palabras—: «Vortigern traicionó a Constantino, mi padre. Convenció a mi hermano Constante para abandonar el monasterio en el que servía a Dios para imponerle la dignidad real solo con la intención de manipularlo a su antojo y asesinarlo cuando no le servía. Se hizo con la corona y trajo a la isla de Britania a sucios paganos que le ayudaron a derrotar a mis leales. Ese pueblo impío se mezcló con nuestras gentes y exterminó a nuestra nobleza, destruyó nuestros templos sagrados, arrasó nuestras tierras… Vortigern es el primero que debe pagar por sus miserias. Y solo tras ello, compatriotas, volveremos las armas contra los bárbaros que nos amenazan y arrancaremos nuestro país de sus sucias garras».

Aplausos y vítores inundaron la taberna: «¡¡Bravo!! ¡¡Bravo!!». El mensajero hizo varias reverencias, girándose en todas direcciones, y volvió a sentarse, dispuesto a seguir dando cuenta de su cena.

—¿Y cómo van a librarse de Vortigern? —preguntó de nuevo la muchacha, interrumpiendo el alboroto.

—Por todos los santos, Gwyneth… —protestó el tabernero—. Disculpadla, señor. Me ha salido insolente y preguntona. Y, para colmo, tiene la cabeza llena de pájaros.

—Vortigern está escondido en el castillo de Ganarew — respondió el mensajero, dirigiéndose una vez más a ella—. Hacia allá se encaminan ahora mismo. Por eso es urgente que avise al duque para que se reúna con ellos. Todos los hombres serán pocos para enfrentar esta lucha.

—El castillo de Tintagel tardará dos días en volver a hacerse visible —respondió Gwyneth, casi en un susurro, encogiéndose de hombros.

—Ponle otra cerveza al señor. Nadie quiere escuchar tus tonterías —la interrumpió el tabernero.

Ella agachó la cabeza, apartando la mirada.

—Yo sí quiero escucharte —le susurró el mensajero sin que nadie se diera cuenta cuando ella se acercó para recoger el vaso vacío.



Esa noche, Gwyneth esperó a que todas las luces de la taberna se hubieran apagado para colarse en el cuarto del mensajero. Se deslizó en su cama y supo cómo agradecerle las pocas palabras amables que había recibido en los últimos meses. Es posible que fuesen las únicas que le habían dedicado en toda su vida. Se amaron con prisa, para apagar la sed, y luego despacio, para saborearse. Al terminar, se quedaron abrazados, acariciándose.

—Era verdad que quería escucharte —dijo él, rompiendo el silencio—. Cuéntame lo que sepas del castillo de Tintagel.

—Nadie se atreve a pronunciar en voz alta lo que pasa allí.

—Pues dímelo al oído.

—¡No te burles de mí! —protestó ella incorporándose, frunciendo el ceño de forma infantil y haciendo ademán de buscar su ropa, aunque sin mucha determinación.

—No lo hago. De verdad. —La sujetó por el brazo y la atrajo de nuevo hacia él—. Cuéntamelo.

Gwyneth sonrió y volvió a posar la oreja en el pecho del mensajero. En realidad no quería marcharse, así que se alegraba de que se lo hubiera impedido.

—El castillo está encantado desde que el duque se casó con lady Igraine —dijo como si tal cosa, mientras trazaba círculos con la yema del dedo índice en torno al pezón del mensajero—. Lady Igraine es un ser extraño.

—¿Un ser extraño?

La joven se encogió de hombros y pareció dudar. Pronunció un par de frases un tanto deslavazadas, por lo que el mensajero dedujo que la rareza de mi madre consistía en ser una duquesa hermosa

que nunca se había tenido que enfrentar al trance de batir su propia mantequilla.

—Lady Igraine es una sirena[3] —comentó al percibir que la atención de su interlocutor decaía.

—¿Una sirena? ¿Quieres decir que cintura para abajo, en lugar de piernas, tiene cola de pez?

—¡Claro que no! —indicó con rapidez. Pero acto seguido pareció dudar—. O… no sé… Quizás sí. Casi seguro que sí. Nadie sabe en realidad de dónde ha salido lady Igraine. Apareció de la nada. Desde que ella vive en el castillo ocurren cosas que no se pueden explicar. El lechero, Richard —aclaró—, que ha estado dentro, dice que, una vez allí, cuando cruzas una puerta pensando que al otro lado está, por ejemplo, la cocina, de súbito te encuentras en medio de un páramo. O que abres otra, porque quieres ir al establo, y acabas al fondo de la cueva que hay en la playa, empapado de agua salada, sin tener ni la menor idea de cómo has llegado hasta allí. Y yo le creo. Le creo de verdad, porque Richard no es lo bastante listo como para inventarse esas cosas. —Gwyneth aguardó unos segundos a que el mensajero manifestara alguna señal de estupor, fascinación o extrañeza. En su ausencia, consideró adecuado seguir añadiendo ingredientes prodigiosos a su narración—. Y… y… hay espíritus. Y se oyen voces… y como pasos de piececillos por los corredores. Y…

—Sí que es raro —la interrumpió él, sin dejar de acariciarla—. Aunque lo que de verdad me parece increíble es que un castillo desaparezca sin más.

—Es que no desaparece.

—Ah… ¿no?

Gwyneth negó con gravedad antes de añadir:

—El castillo sigue ahí, lo que pasa es que se encoge hasta quedar como una bellota.[4] —Hizo el gesto de sostener el fruto invisible con los dedos índice y pulgar, para dejar claro el minúsculo tamaño que alcanzaba—. No puede verse porque los ranúnculos son más altos.

—¿El castillo está oculto entre los ranúnculos?

—O entre la dedalera, si es verano —puntualizó Gwyneth.

—Pues tendré que ir allí y empezar a arrancar hierbajos para encontrar al duque, porque el asunto es urgente.

—Ya te dije que el castillo volverá a verse dentro de dos días. Pero debes tener cuidado cuando entres. Lady Igraine podría convertirte en puerco.

—¿Por qué en puerco?

—O en queso.

—¿No tendrás hambre por casualidad? —se carcajeó el mensajero.

—O en un tronco seco para lanzarte al fuego y así hacerte desaparecer. —Gwyneth parecía preocupada de verdad. Se incorporó y le miró fijamente a los ojos—. En serio. Debes tener cuidado.

—Lo tendré —prometió el mensajero.



Dos días después, tal y como Gwyneth había predicho, el castillo surgió sobre el acantilado en todo su esplendor, y el mensajero pudo entregar su comunicado. Mi padre tardó una semana más en convocar a sus hombres para la guerra. Al despedirse de mi madre, ella le informó que habían pasado tres lunas desde su última sangre menstrual. Él la observó, esperanzado. Llevaba mucho tiempo anhelando ese milagro esquivo. Mi padre deseaba más que nada en el mundo un heredero, una criatura que llevase su nombre a la que poder legar el ducado de Tintagel. Había visto a otras mujeres palidecer y enfermar en las mañanas, haciendo ascos a las comidas. Sus pechos crecían, perdían la cintura y sus vientres se engrosaban. Pero mi madre no mostraba ninguno de aquellos síntomas. Seguía igual de serena y etérea.

—Eso quiere decir que… ¿vamos a tener un hijo? —musitó aún sin creerlo.

—Quizás sea una niña.



Mientras mi padre estuvo luchando, la vida en el castillo continuó adelante sin mayor sobresalto. Mi madre decía que el embarazo le daba sueño y se volvió perezosa; se levantaba a media mañana. Ni el canto del gallo, ni las campanas de la capilla, ni el martilleo del herrero en el yunque variaron esa rutina. Cuando se despertaba, una de las damas le llevaba a la cama pan de centeno, queso y leche. Ella masticaba despacio, sonriente, dejando que le cepillaran el cabello una y mil veces mientras escuchaba sus chismorreos y reía. Ya vestida, si hacía buen día, salían a pasear por el jardín para que le diera el sol y luego regresaban para seguir componiendo el ajuar que acogería mi llegada. Pero el tiempo pasaba. Hacía más de un mes que en la huerta de Tintagel habían florecido los manzanos y no se percibía en mi madre señal alguna de que estuviera en cinta. Su cuerpo era igual de breve y espigado que el día de su boda, de modo que pronto surgieron rumores de que su embarazo podía ser una más de sus ensoñaciones.

Dos semanas más tarde, los sirvientes del castillo estaban inmersos en los preparativos para la noche de Litha[5], así que no se percataron de la ausencia de mi madre hasta la hora nona. Se preguntaron unos a otros, pero nadie sabía decir desde hacía cuánto tiempo faltaba. La buscaron infructuosamente en todas las estancias del castillo, en los corredores, en los miradores y en los jardines.

Nada.

Decidieron bajar a la playa de guijarros que quedaba bajo la fortaleza, aunque era una locura pensar que pudiera encontrarse allí, pues la costa de Cornualles llevaba varios días sufriendo el azote de las tormentas. El estruendo del mar desestabilizaba los nervios de los habitantes de la casa y espantaba a las bestias. Pero sabían que a mi madre le gustaba ir allí para escapar del desinterés que sentía por la gente del castillo, entre los que se incluía su propio esposo. Se sentaba en una roca y observaba el mar mientras cantaba en un

idioma desconocido, desenredando su larga melena con un peine de plata.

Una de sus damas de compañía descendió los estrechos escalones, húmedos y resbaladizos por culpa de la tormenta, poniendo atención en no despeñarse. El viento soplaba en todas direcciones, enredando su cabello frente a los ojos, impidiéndole ver lo que quedaba delante. Una ráfaga le arrancó el echarpe con el que se cubría los hombros y eso la hizo trastabillar. Si se descuidaba, podría acabar con el cuerpo destrozado, al final de las escaleras.

—Maldita mujer —murmuró entre dientes.

Intentó contrarrestar la fuerza de la maldición persignándose, pero enseguida volvió a aferrarse a la baranda. Tenía que sujetarse con ambas manos para bajar con un mínimo de estabilidad. «¿Dónde se habrá metido? No solo se pone en peligro ella. A los demás también nos expone».

Ya estaba oscureciendo. La luna luchaba por asomarse entre las nubes, proyectando un brillo empañado.

—¡Señora! ¡Señora! ¡Lady Igraine! —gritó.

Pero el viento rabioso arrancó las palabras de su boca. Las envolvió, dejándolas inservibles, enviándolas al recóndito lugar al que van a parar los besos de amor que desearíamos haber dado, pero que nunca dimos.

Llegó al final de la escalera justo cuando un relámpago se clavaba en el horizonte marino, anticipando el retumbar del trueno. El bramido de las olas le ponía la piel de gallina; su ropa estaba húmeda, se sentía incómoda. Los pies se le hundían en la arena de la playa mientras caminaba en dirección a la cueva.

—Lady Igraine… —musitó al adentrase en la oquedad de la pared.

De pronto sintió temor. Y es que esa cueva daba miedo. Y más en la oscuridad.

Le vino el pensamiento de que podría encontrarse con una desgracia. ¿Qué haría si tropezaba con el cuerpo sin vida de su señora? Eso sería horrible. Cuando regresara el duque, mi padre, los mataría a todos por descuidar a su esposa. El corazón golpeaba el

pecho de la dama con el desorden de un tonel despeñándose por una escalera.

—Lady Igraine… —repitió con la garganta seca.



Con el paso de los años, la historia de cómo aquella dama de compañía nos encontró a mi madre y a mí se convirtió en leyenda, al igual que otras tantas circunstancias de mi vida. Dijo que mi madre estaba serena, sentada en una roca, conmigo desnuda en su regazo. Que el mar rugía a intervalos. Que las olas jadeaban.

—¡Por todos los santos! —clamó, acercándose para cobijarme entre sus brazos—. ¡Habéis dado a luz sin ayuda!

Al posar sus ojos en mí, tuvo que tomar aire para contener un grito. Se le erizó el pelo de la nuca. Por un instante pensó que yo estaba muerta, porque no me movía ni emitía sonido alguno. Mi piel blanca y lisa contrastaba con el lustroso pelo oscuro y ondulado que coronaba mi cabeza, como algas varadas en la playa, impropio de una criatura recién nacida.

—¡Por todos los santos! —volvió a susurrar.



Cuando mi padre regresó a Tintagel, yo ya había vivido dos lunas llenas. Se marchó convencido de que mi madre daría a luz sin estar él en casa y batalló durante todo ese tiempo ignorando si yo era niño o niña. En un par de ocasiones, los hombres brindaron a la salud de su primogénito. Pero él apenas sonrió y bebió sin levantar el vaso, temeroso de tentar al diablo y que la criatura que aún no había llegado al mundo se malograse. Según la tradición romana, el valor residía en los varones. Sería un orgullo aportar un heredero al ducado, un caballero, un cazadragones que le daría aún más brillo a

su estirpe. Y esa grandeza dependía de algo sutil, diminuto, una leve protuberancia que lo determinaba todo. Pero nací sin ella entre las piernas.

—Es una niña, Gorlois —le informó mi madre nada más verle.

—Una niña… —murmuró él.

El hombretón que acababa de llegar de la guerra sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Poco importaba que hubiera encabezado las huestes que se dirigieron al castillo de Ganarew, donde Vortigern estaba escondido, que hubiera dado la orden de asediar sus murallas o que hubiera sido el primero en prenderle fuego a la fortaleza por los cuatro costados hasta constatar que los demonios habían arrastrado a Vortigern hasta lo más profundo del infierno. Todo su valor desapareció ante la cuna en la que yo me encontraba.

—Una niña…

Mi padre era consciente de lo que la gente decía de su esposa. A todo ello había que añadir las majaderías que el mensajero le contó respecto a la invisibilidad del castillo. Aunque nunca le prestaba atención a los murmullos de la plebe, ahora que sabía que yo era una niña, sentía cierta desazón. ¿Heredaría una hembra las peculiaridades de la madre?

—Tiene los ojos del color del mar —dijo tragando saliva.

—La trajo el mar. Como al hada Clíodhna[6]. En la novena ola —informó mi madre sin dejar de sonreír.

—Como al hada Clíodhna…

Mi padre me observó, perturbado. ¿Acaso no sería ese tono de piel nacarado el indicativo de algún tipo de tara? Había escuchado historias de hombres que enlazaban su estirpe con seres feéricos. Aquellas criaturas sensuales y misteriosas imponían absurdas condiciones a sus esposos: «No debes verme durante el parto, no debes verme mientras baño a nuestros hijos, no debes verme durante el novilunio»… A veces, de esas uniones nacían seres deformes. Mi padre sintió un nuevo estremecimiento. Lady Igraine también le hizo prometer que jamás la vería desnuda. Y él lo había

respetado. Dormían en alcobas separadas, sus encuentros amorosos se pactaban con días de antelación y se producían a oscuras. Él palpaba lo justo, temeroso de descubrir alguna monstruosidad en un descuido. Volvió los ojos hacia mí. ¿Acaso debajo de los echarpes no escondería yo, sangre de su sangre, una cola escamosa? ¿Qué haría él en ese caso?

Con el corazón en un puño, apartó despacio la ropa, dejando expuesta mi piel opalescente en la que se podían distinguir los caminos que trazaban mis venas. Revisó cada pulgada de mi diminuto cuerpo en busca de anomalías. Al llegar a la altura del ombligo, tragó saliva; terminó de apartar las mantas y suspiró aliviado. Recorrió con su índice las dos piernecitas que me alejaban del mito y me asentaban en el mundo real. Más tranquilo, contó los dedos de mis manos y mis pies, revisó mis uñas y que mi paladar estuviese cerrado. Colocó su manaza de guerrero en mi pecho para comprobar que el corazón me latía de forma rítmica.

Sonrió satisfecho. Yo era perfecta.

—¡Es perfecta! —exclamó antes de acogerme entre sus brazos.

Tiempo después me contó que nos quedamos mirando un buen rato, en silencio, como si nos estuviéramos reconociendo. Entonces lo supo: me amaba. Me amaba intensamente, como nunca amó antes a ninguna otra mujer. Como nunca amaría a nadie en el futuro. Y decidió que pondría todo su empeño en que yo recibiera la educación y el adiestramiento de un duque. De un primogénito. Yo sería una digna heredera del ducado, una dama que le daría aún más brillo a su estirpe. Él facilitaría que una mujer de su sangre accediera a todas esas dignidades. ¡Si hasta los cristianos aseguraban que santa Marta domesticó a un dragón! Su hija no iba a ser menos.

—Mi pequeña cazadragones, con ojos del color del mar — endulzó la voz, henchido de orgullo.

—Ya te dije que la trajo el mar —repitió mi madre.

Y aquello determinó mi nombre.



Morgana me llamaron, porque nací del mar[7]. Y como el mar soy. Tengo el cabello ondulado y oscuro, y la piel salada. Como sus profundidades en una noche cerrada, soy insondable en la calma e insondable en la tempestad. El mar es caótico, inexacto, desordenado…, perfecto. Nadie observa el vaivén de las olas pensando que la menos espumada está defectuosa. Nadie en la orilla aprecia incómodo su monótono murmullo. Las personas se sienten atraídas por el mar. La tierra ancla sus pies, pero al sumergirse en el mar son libres. En el ir y venir de sus olas encuentran consuelo. Eso les gusta. Pero también lo temen. Ser libre y responsable de la propia existencia siempre asusta.

Como el mar, soy serena y acogedora. Mezo, susurro, canto, bramo. También soy impetuosa, inquieta e imprevisible. A veces, emotiva y pasional. Otras, enigmática e inquebrantable. Pero nunca falsa.

Nunca falsa.

Si lo hubiese sido…, si hubiese caminado de puntillas en lugar de marchar con el paso firme y la barbilla alta, si hubiese asentido las veces que dije «no» y hubiera pronunciado un «sí» para resguardarme en un rincón tranquilo, si me hubiera mantenido en silencio en lugar de denunciar a gritos traiciones o injusticias, si hubiese bajado los párpados ante quienes merecieron mi mirada de rabia, dolor o ira, si no hubiera ambicionado la gloria y la sabiduría, si hubiera congelado la alegría, apagado la pasión o amado con apatía…, si no hubiese besado labios prohibidos, ahora mi historia no tendría para vosotros mayor interés. Mi nombre, con suerte, sería un adorno en las leyendas que narran las gestas de mi hermano y sus nobles caballeros.

Pero no soy falsa.

La vida de cada persona tiene distintas versiones: la real y la que se inventan los otros. Yo, Morgana le Fay, os voy a contar mi versión

de la mía.

---

2 Bédier, J. (2011). *La historia de Tristán e Isolda*. España: Acantilado.

3 El castillo de Tintagel lo construyó, sirviéndose de magia, el rey Gradlon de Ys, como regalo para su adorada hija. Pero la princesa Dahut era tan bella como lujuriosa y sembró el reino de vicios, de manera que un providencial diluvio arrastró al pueblo de Ys hasta lo más profundo del océano. De su antigua grandeza solo quedó el castillo de Tintagel, que navegaba entre el mundo real y el de las hadas. Se decía que la hermosa Dahut tuvo descendencia y que dejó la costa de Tintagel infestada de sirenas.

4 Gwyneth estaba en lo cierto, aunque desconocía la circunstancia última por la que el castillo de Tintagel encogía. Los incautos que no examinan con cuidado el terreno en el que prevén edificar sus edificios se arriesgan a hacerlo en territorio de hadas. Si estas ven invadido su espacio pueden tomar medidas drásticas, que incluyen el traslado o destrucción del edificio en cuestión, sin importarles que se trate de una casa particular, una iglesia o un castillo. Se conoce el caso de una familia de Hibernia cuyo granero se adentraba en uno de los senderos que las hadas utilizaban para acudir a sus danzas nocturnas. De madrugada, la casa parecía cobrar vida. Se oían extraños ruidos, como de arañazos en las puertas o de rechinar de dientes. Las paredes temblaban y el fuego de la chimenea oscilaba. Los extraños fenómenos no cesaron hasta que la familia demolió el irrespetuoso granero. Por fortuna para el duque, el castillo de Tintagel se encontraba en un camino que los seres feéricos solo utilizaban durante los solsticios de verano y de invierno, de manera que se limitaban a encoger el edificio esos días, para que no interfiriese en sus idas y venidas.

5 En Litha, el sol alcanza su cenit en el firmamento. Es el día más largo del año. El cristianismo lo renombró como «la noche de San Juan».

6 Figura femenina de la mitología celta. Se la describe de gran belleza. Reina de la Tierra Prometida, diosa del mar, patrona del condado de Cork. Podemos encontrarnos con ella en la costa, pues se presenta en cada novena ola que rompe en la orilla. Dispone de tres pájaros mágicos, capaces de curar a los enfermos con su canto y cuya alimentación se basa en manzanas de un árbol que no es de este mundo. Se cree que ella misma puede convertirse en ave marina.

[7] La etimología del nombre de Morgana se debate desde hace siglos. La teoría más extendida considera que procede del galés *morcant* o *morgan,* que significaría 'nacido del mar'. También podría partir de la expresión latina *mori-gena*, es decir, 'nacida del mar'. El folklore bretón refuerza esa idea de ninfa acuática (Geoffrey de Monmouth la llama *nympha*) al hablar de unas sirenas conocidas como *morgan* o *mari morgan*. Un manuscrito del siglo IX señala que se trata de una antigua palabra bretona: *mormoroin*, 'sirena'. Tras una discusión acerca de las diversas etimologías que habrían dado lugar al nombre de Morgana, Christian Guyonvarc'h y Françoise Le Roux propusieron una solución filológica al indicar que estaría formado por *mor*, 'grande', y *rigain*, 'la reina'. Morgana sería, por tanto, 'la gran reina'.

2
MURYANS

«Cuando Gorlois salió a caballo a buscarla, sintió que el corazón se le paraba de amor, solo por un momento, con la perfecta alegría de un padre y marido feliz. La pequeña Morgana fue la primera en verlo y llamó a su padre con su aguda voz infantil, y por poco no se lanzó bajo los cascos de su corcel antes de que Gorlois la levantara para cogerla en sus fuertes brazos morenos».[8]

Batalla de reyes
M. K. Hume

Mis primeros años de vida suenan a olas rompiendo contra el acantilado de Tintagel y a hojas de hiedra agitadas por el viento. Huelen a salitre, al musgo que aterciopelaba los muros y a los vapores de guerra que mi padre traía consigo al regresar al castillo. Por muy romántica que sea la imagen que os hayáis hecho de una batalla a caballo durante el invierno en Britania, os garantizo que la combinación de frío, barro y sangre no tiene nada de poética. Cada enfrentamiento era para los hombres más una prueba de supervivencia que de valentía.

Tras la muerte del traidor Vortigern, Aurelio Ambrosio reunió a los barones y príncipes del reino en Eboracum. Les soltó una memorable soflama donde comparaba Britania con una copa rebosante de deliciosa ambrosía que romanos, sajones, anglos, jutos… (y resto de extranjeros aún por nombrar) intentaban apurar hasta la última gota, dejando sedientos a sus legítimos propietarios. Algunos de los oyentes no sabían lo que era la ambrosía, pero captaron a la perfección la idea. Fueron capaces de dibujar en su mente esa copa repleta de vino del Mediterráneo, como un delicado cáliz de oro con

incrustaciones de piedras preciosas zarandeado, manoseado y profanado por las impuras manos de los bárbaros. Como es natural, todos se mostraron indignados.

Llegados a ese punto, el rey Aurelio Ambrosio les manifestó su compromiso de volver a colocar las cruces en los campanarios de las iglesias, de recomponer la sede metropolitana de la ciudad y los obispados de la provincia, de revocar las leyes que habían caído en desuso, de reconstruir los pueblos y ciudades arrasados y de incentivar a las gentes para que volvieran a repoblarlos, devolviendo a los legítimos herederos las posesiones que les fueron arrebatadas a sus ancestros.

Mi padre se comprometió de lleno en el proyecto de poner orden en la isla. El nuevo rey lo necesitaba a su lado porque Britania, lejos de estabilizarse, parecía pender de delicados hilos. Como decían los romanos, *si vis pacem, para bellum*. Pero la paz era una plaza difícil de conquistar y el gran duque Gorlois de Cornualles era un puntal fundamental para llevarlo a término. Pronto sus opiniones, sus hombres y su manera de enfrentar las batallas se hicieron imprescindibles. Junto a Úter, el hermano del rey, recorría las tierras de norte a sur, instaurando la paz a golpe de guerra, de manera que, para mi desolación, mi padre era una presencia intermitente en el castillo. Solo entre batalla y batalla regresaba, y entonces el patio se alborotaba con el olor a cuero de las guarniciones, del barro pisoteado, del sudor de hombres fornidos y de caballos agotados que anhelaban agua fresca y forraje limpio.

Y yo comencé a relacionar la felicidad con todo aquello.

Gorlois de Cornualles era alto y fuerte. La gente decía que yo heredé el color marino de sus ojos, los huesos largos, el cabello fosco y oscuro. Era célebre por su bravura, pero conmigo se comportaba como un cordero. Recuerdo verle llegar a lomos de su caballo con nombre de dios del trueno. Taranis era ligero como el viento, enérgico, de cuello arqueado, pecho ancho, ollares vibrantes y enormes ojos negros. En Britania no se criaban ejemplares con ese

porte y elegancia. Taranis procedía del reino de Danann, donde los caballos estaban hechos de ímpetu y llamas[9].

Yo corría a su encuentro con lágrimas en los ojos, llamándole a gritos. Nadie le importaba a mi padre más que yo. A nadie saludaba antes que a mí. Me alzaba entre risas alborozadas y nos apretujábamos muy fuerte, mucho tiempo.

—¡Abrázame hasta el infinito! —le decía yo.

—No permitas que corra el aire entre nosotros —respondía él—. Que no pase ni una brizna de brisa.

Y yo me aferraba a su cuello con todas mis fuerzas, sintiendo la fría presión de la *lorica hamata* con la que protegía su pecho, hasta que los brazos me temblaban y dolían. Entonces esperaba unos segundos. Incluso cuando dolía, aún podía soportarlo un poco más si centraba mi atención en el tacto áspero de sus manos, en la barba pinchando mi mejilla, en su voz grave susurrándome dulzuras: «Te quiero más que a mi vida, mi princesa». «Te he echado tanto de menos…».

Guardo en la memoria subir con él a una de las torres del castillo. Desde esa altura me mostraba orgulloso lo que en un futuro serían mis dominios. Desde lo más profundo de los bosques circundantes se pierde de vista la fortaleza, pero al liberarse del abrazo de los árboles surge hermosa, valiente, y todos los caminos permiten acceder a ella. Y entonces no solo los forasteros se deslumbran ante la belleza de Tintagel; los que ya conocen el castillo pueden percibir que en aquel lugar se atesoran todos los misterios.

El reducto fortificado que coronaba la colina acogía la capilla y un buen número de casitas de piedra y madera habitadas por quienes atendían los graneros, el depósito de agua, los establos, la herrería, la carpintería, los talleres y los almacenes. En el interior del recinto también vivían caballeros armados, responsables de la defensa del castillo. En el patio había un jardín con árboles frutales y un manantial de agua cristalina. Las construcciones estaban separadas las unas de las otras por un enlosado de piedras bruñidas dispuesto en una leve pendiente, sobre el que resbalaba el agua de lluvia para

evitar que en los días de invierno hubiera que caminar entre barrizales. En medio estaba el majestuoso castillo, con sus torres y torrecillas, erigiéndose por encima de todos y todo, dando testimonio del poder que heredamos de nuestros antepasados.

Si mirábamos al este, veíamos la floresta salpicada de fresnos y robles añosos, bajo cuya sombra crecen dedaleras salvajes, reinas de los prados, escaramujos, violetas silvestres y otras hierbas de dulce aroma en caminos en los que aún se podía seguir el rastro de la antigua raza. Mi padre los llamaba «Gente Menuda»[10] y tenían la capacidad de transfigurarse en el animal de su elección. Se decía que eran las almas de antiguos paganos que en el pasado cometieron un terrible pecado que nadie recordaba ya, lo bastante malo como para impedirles ascender al cielo, pero no lo suficiente como para enviarlos derechos al infierno. Ante esa disyuntiva, su condena consistía en achicarse con cada transformación. En un principio, la Gente Menuda tenía el mismo tamaño que un humano normal, pero sus cuerpos fueron encogiendo a diferentes ritmos hasta alcanzar el tamaño de las muryans[11]. Viven en las colinas huecas, se mecen en las corolas de las prímulas y cabalgan a lomos de los grillos hasta los prados floridos, donde celebran sus fiestas en las noches de luna llena.

—Hay que tratar con respeto a las muryans —me explicaba mi padre—, algunas son hadas.

Debéis saber que las hadas son lo que les das. Pueden manifestarse corteses y agradecidas con quienes les profesan cortesía y agradecimiento. Vendrán a entreteneros con sus cabriolas cuando estéis enfermos, os susurrarán al oído exquisitas soluciones para atajar problemas e hilarán vuestra lana en la oscuridad de la noche. En el caso contrario, si les faltáis al respeto, si cometéis el terrible error de enojarlas, agriarán la leche de las vacas y le darán la nata a los gatos, estropearán la rueca, volcarán la olla de las berzas, enredarán vuestros cabellos y os darán pellizcos mientras dormís hasta dejaros la piel del color de las nubes de tormenta. Y eso solo por faltarles al respeto. Algunas hadas son particularmente

peligrosas debido a la elegancia de sus movimientos, al candor de sus miradas y al aroma a hierba recién cortada que las envuelve. Todo ello en su conjunto las hace parecer inofensivas, cuando en realidad pueden arrastrar a los incautos a una muerte segura con solo chasquear sus delicados deditos.

Si soplaba viento del sur, y las brumas se disipaban, regresaba el color a Tintagel. Entonces podíamos ver el camino que llevaba a la fortaleza de Dimilioc, al sudoeste. También pertenecía a mi padre y se tenía por una de las mejores de Britania. Estaba pensada para la defensa, no para la comodidad. Quien intentara traspasar sus muros desgastaría todas sus energías antes de acceder a la parte inferior del recinto y, aunque el enemigo consiguiera esta hazaña, todavía tendría que enfrentarse a una batalla encarnizada para acceder a la torre del homenaje.

A nuestros pies quedaban los arrecifes, mordisqueados por las olas. El océano rodeándonos casi por completo: norte, oeste y sur. El agua parecía extenderse hasta el infinito, replicando el color del cielo. Aquel abrazo azulado solo se veía alterado por los rayos del sol, que sacaban destellos de piedras preciosas en la superficie del agua. Pero cuando el viento cambiaba, frente al acantilado se desataba el infierno. La costa quedaba a sotavento y era una trampa mortal para los barcos. Muchos encontraron allí su fatal destino.

—Este es el lugar más seguro de Cornualles —proclamaba orgulloso mi padre—. Y esta la fortaleza digna del rey de los cornovios. Y tú eres la princesa. Mi preciosa princesita cazadragones.

—Cazar dragones… —repetía yo escrutando las nubes, por si podía intuir en ellas el remolino que provocarían sus aleteos.

Pero como ya os he dicho, aquellos placenteros momentos junto a mi padre eran huidizos, como la arena de la playa que atrapas en un puño. Cuanto más intentaba retenerlos, más rápido se me resbalaban entre los dedos.

El tiempo en Tintagel transcurría lento en su ausencia.

¿Recordáis a Gwyneth? La muchacha de la taberna que fue un poco más que amistosa con el mensajero. ¿Sí? Pues he de deciros que se quedó corta al detallar lo que la gente de la aldea murmuraba sobre mi madre. Tenían la certeza de que a mi padre le había sucedido lo mismo que a Lutey, el pescador[12] que encontró una sirena varada en la playa, solo que mi padre, en lugar de devolverla al mar, se casó con ella, convirtiéndola en duquesa.

No estaba segura de si mi madre me quería con la misma intensidad que mi padre. Lady Igraine era una mujer difícil de interpretar. Su belleza serena producía un efecto hipnótico en los que quedaban cerca del halo invisible que la envolvía. El universo se confabulaba para adornarla, como si las estrellas brillaran para replicarse en sus ojos, como si los rayos de sol se colasen por las ventanas los días despejados con el único propósito de sacar reflejos de oro viejo en sus cabellos. Los sirvientes bajaban la voz en su presencia, mi padre aspiraba el aire a sorbos cuando ella se le aproximaba, y hasta los perros de caza echaban atrás las orejas y dulcificaban los ojos ante la promesa de sus caricias. Pero ella no parecía darse cuenta. Solo sonreía. Siempre siempre sonreía. O sería mejor decir que sus labios dibujaban una mueca similar a un retozo dulce, desprovisto de pasión. Cuando hablaba, sonreía. En silencio, sonreía. Si yo hacía una travesura, sonreía. Si llovía, sonreía. Si tronaba, sonreía. Si las damas le informaban de algún desajuste en el orden diario, sonreía. Sonreía siempre. Serena, equilibrada, indolente. Era suya esa belleza que se opaca al contacto con la melancolía, y por eso ignoraba de forma consciente los vaivenes de la vida. Aquello me resultaba tan perturbador que yo, por mantener un mínimo equilibrio en las emociones de la familia, me negaba a sonreír a no ser que fuera por algo objetivamente divertido. Y así fue como me granjeé la fama de niña adusta.

Además de desenredar sus cabellos con el peine de plata, a lady Igraine le gustaba tejer. Pasaba la mayor parte del tiempo absorta en elaborar tapices por los que deambulaba un ecosistema de seres inauditos que jamás nadie del castillo vio surcando tierra, mar o aire: unicornios libidinosos recostados en el regazo de damiselas virginales, centauros malencarados trotando sobre un mar atestado de sirenas, dragones de gesto travieso a lomos de elefantes minúsculos, hincando los colmillos en sus cuellos…

—A los dragones, en verano, les gusta beber sangre de elefante. Es más fresca que la de los demás animales —revelaba mi madre sin mirarme, concentrada en su labor—. Los dragones esperan escondidos en el fondo de los lagos a que sus presas se acerquen. Y cuando más distraídos están los elefantes bebiendo…, ¡zas!, se lanzan sobre ellos y les chupan toda la sangre. —A mí aquello me parecía aterrador, así que encogía el rostro, por lo que ella se apresuraba a ponerle un colofón de justicia a la historia—. Pero los elefantes al morir caen sobre los dragones y los aplastan.

Yo gateaba bajo el telar quimérico de mi madre, tirándole de la falda, demandando su atención: hambrienta de amor. Ella me miraba sorprendida. Parecía rebuscar en su memoria: ¿quién es esta niña? ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere de mí? Entonces suspiraba resignada, como si acabara de caer en la cuenta de que tenía una hija. Me acariciaba el rostro con gesto apacible y me besaba la frente, cerrando los ojos con languidez. No tardaba mucho en alzar la mirada en busca de alguna de las damas de compañía. Ellas ya sabían que entonces tenían que hacerse cargo de mí para que mi madre pudiera seguir tejiendo sin la prosaica interrupción de una criatura.

En invierno, si mi padre no estaba, era habitual que durmiese con ella, más por motivos prácticos que por su propio deseo. Las estancias del castillo eran frías y en su alcoba mantenían el fuego encendido toda la noche. Las pesadas cortinas de terciopelo que cubrían el dosel nos protegían de las corrientes en los días más crudos. Allí, entre los cobertores de piel, para que me atrapase el

sueño, mi madre me hablaba de Epona, la diosa de los caballos que tanto me gustaban; de Lugh, dios y maestro en todo tipo de artes; de Arianrhod, la diosa de la luna, responsable de las idas y venidas del mar, la que me depositó en la orilla de la playa en la novena ola.

—¿Cómo se sabe cuándo hay que empezar a contar las olas? —le preguntaba yo, convencida de que podría mantenerla despierta dándole conversación hasta el amanecer.

—Es tu decisión. Eliges una ola y esa es la primera. Todo empieza cuando tú lo decides.

—Todo empieza cuando yo lo decido… —repetía con la mirada fija en uno de los flecos dorados del dosel, dispuesta a esquivar el sueño.

—Vamos a contar olas —me proponía.

Así es como aprendí a contar hasta mil. O quizás hasta dos mil.

No me gustaba dormir porque me planteaba dudas. ¿Qué ocurría mientras dormíamos? ¿El tiempo se paraba? ¿El resto del mundo seguía vivo mientras yo dormía? ¿Lograría el sol hacerse paso en medio de la oscuridad si yo no me despertaba para verlo salir? Además, mis sueños nunca eran tranquilos. La mayoría se desarrollaban dentro del tapiz de mi madre. Hebras negras para mis cabellos. Lana cruda para mi túnica. Azules, esmeraldas y grises en el cielo y el mar. Oro y verde en las escamas de los dragones que abrían sus fauces. Balumbas de fibras naranjas y amarillas que alcanzaban a mi padre. Y él, yaciendo en suelo, con el pecho salpicado de hilo rojo.

Dormir resultaba aterrador.

No creo que el padre Edwin hubiera visto con buenos ojos que por las noches yo cerrase los míos escuchando descripciones sobre las excelencias de dioses paganos. La realidad es que mis padres se entendían con la religión cristiana de manera práctica. Cuando el emperador Constantino proclamó el cristianismo religión oficial del Imperio, se edificaron capillas e iglesias en todas las aldeas, pueblos, ciudades y castillos de Britania con la pretensión de espantar a los antiguos dioses. Aunque hacía tiempo que los romanos se habían

marchado, dejaron aquí sus huellas. Como la desafección no podía medirse, pero sí las ausencias, mi madre acudía diariamente a escuchar misa a la capilla que se encontraba dentro del recinto de la fortaleza, con el estoicismo de quien visita a un familiar enfermo. Trataba de manera cortés al padre Edwin y escuchaba los sermones con sus ojos verdemares posados en los de él, sin observarle realmente. Su mirada traspasaba el cráneo del religioso, el cuadro tras él que representaba la Natividad y los gruesos muros de piedra. Aunque el cuerpo de mi madre estaba presente, su espíritu no. Este flotaba libre por encima del castillo el tiempo que duraba la misa. Eso se le daba bien: estar pero no estar, aunque casi todos creyeran que sí. Buena parte de quienes entablaran una conversación con lady Igraine la describirían como una interlocutora lúcida, atenta y comunicativa. Pocos se daban cuenta de que eran ellos quienes ponían las palabras, mientras que mi madre era la encargada de intercalar silencios y sonrisas.

El padre Edwin, que en general no destacaba por su sagacidad, era uno de los que creían que *estaba*. Lady Igraine entonaba los salmos con su voz de ángel, dejándole obnubilado, prácticamente al borde del éxtasis. Para el religioso, aquellos delicados cantos, en combinación con su tez sonrosada, con su boquita de botón de rosa, con sus manos blancas colocadas con delicadeza sobre el misal, con su largo y dócil cabello…, eran la prueba palmaria del talante sumiso de mi madre, propio de una dama de su alcurnia. Siguiendo la misma lógica, a mí me miraba con suspicacia. Mi oscuro cabello indomable, el perpetuo ceño fruncido, los ojos coronados de negras pestañas acogiendo iris color fondo del mar que le escudriñaban sin traspasarle, quedándose clavados en su cerebro, daban muestra de una impertinencia impropia de una niña de mi linaje.

Por suerte mis padres no me obligaban a asistir a misa si yo me resistía a hacerlo.

Y me resistía en bastantes ocasiones.

Mi idea del mundo se forjó en esos primeros años. Tenía la forma de un tapiz gigante por el que deambulaban las personas y animales

con los que me cruzaba cada día, pero que también estaba habitado por quimeras, endriagos, nereidas, hipogrifos, mantícoras y resto de seres extravagantes que mi madre componía con sus hilos. Me arrastró a su universo de fantasía, donde ambas estábamos protegidas de la realidad de la vida, mientras transitábamos de puntillas por los quehaceres prosaicos de los que se encargaban los sirvientes. Crecí acompañada por seres que despertaban en mí sentimientos contradictorios: me fascinaban y aterraban en igual medida. Creedme si os digo que desde entonces no me han abandonado.

Pero no os confundáis: yo tenía para lady Igraine el mismo valor que la lanzadera de madera de su telar, quizás incluso menos, porque ese utensilio le servía para algo, y yo no era más que un detalle prescindible en la decoración de su vida.

Antes dije que no estaba segura de que mi madre me quisiera de igual manera a como lo hacía mi padre, pero he mentido. No estuve segura durante algún tiempo. Más tarde comprobé que lady Igraine no me querría jamás como me quiso mi padre.

Habréis de darme la razón cuando conozcáis el resto de la historia.

---

8 Hume, M. K. (2014). *Batalla de reyes* (Profecía de Merlín 1). España: Penguin Random House Grupo Editorial España.

9 Los caballos del reino de Danann podían vivir cien años. Se herraban con herraduras de plata, sus bridas eran doradas y en su testera lucían una gema a modo de estrella. Vivían en establos ocultos en las cavernas de las colinas. Jamás se consintió que un esclavo los montara. El reino de Danann era enorme y poderoso, pero con el avance de la cristiandad fue languideciendo.

10 En Hibernia se los conoce como *Sidhe*. En la zona de Lindum Colonia se refieren a ellos como «Los Extraños». Estos seres feéricos tienen tendencias maliciosas y, en ocasiones, se muestran rencorosos, algo bastante peliagudo, ya que jamás olvidan una ofensa. Sus venganzas pueden resultar terribles; si te odian, lo harán para siempre.

11 Palabra córnica para designar a las hormigas.

12 Según la leyenda celta, Lutey, un pescador de Cornualles, tropezó con una hermosísima sirena en apuros varada en la playa. Compasivo, la tomó en sus brazos para devolverla al mar, gesto que ella agradeció concediéndole tres deseos. El primero que Lutey pidió fue deshacer los hechizos de las brujas. El segundo, conseguir que los espíritus familiares actuasen por el bien de los demás. El tercero, que los otros dos dones se trasmitieran a sus descendientes. La sirena consideró que se trataba de un buen hombre, así que le prometió que nadie de su familia pasaría penurias y le entregó un peine mágico que le permitiría comunicarse con ella siempre que lo necesitase. Pero la fuerza de los brazos de Lutey terminó por enamorarla, de manera que no quiso separarse de él. Cuando llegaron a la orilla, ella le rogó que la acompañase. La voz de la sirena era suave y ululante como las olas. Lutey sintió que todo su cuerpo quería ceder ante el requerimiento de aquella belleza marina. Para su fortuna, los ladridos de su perro le sacaron del trance. Recordó a su esposa y a sus hijos y rechazó la propuesta de la sirena. Fue en ese momento cuando se reveló la naturaleza más oscura y siniestra de los seres del agua. La sirena se aferró al cuello de Lutey con la intención de arrastrarle con ella a lo más profundo del océano. Lutey sacó su cuchillo de hierro (metal que repele a sirénidos y hadas) y la amenazó con él. La sirena se alejó llorando y gritando: «Adiós, amado mío, hasta dentro de nueve largos años. Entonces volveré a por ti». Los dones concedidos por la sirena permitieron que Lutey y sus descendientes prosperasen como curanderos célebres, aunque él solo pudo disfrutar de su talento durante nueve años, al cabo de los cuales, un día que se encontraba navegando junto a su hijo, la sirena emergió de las aguas. Lutey dijo: «Ha llegado mi hora». Se lanzó al océano y jamás volvieron a verle.

3
EL CÍRCULO DE LOS GIGANTES

> «Debéis saber que Morgana es la reina de las hadas, o que, al menos, desciende de ellas, y que esas hadas no son las criaturas amables de las que os ha hablado vuestra niñera. Algunos dicen que son las Más Antiguas, las gentes que vivían en Inglaterra ya antes de que los romanos llegasen aquí, y también antes que nosotros, los sajones, aunque ellas decidieron habitar bajo tierra. Otros aseguran que tienen aspecto humano. Se asemejan a los enanos, pero hay quien afirma que son como las personas corrientes. Y, por último, los hay que dan distintas descripciones según les dicta su fantasía. Sea como fuere, el caso es que poseen la sabiduría de los antiguos galeses. Saben cosas porque viven en sus cuevas subterráneas, cosas que los humanos hemos olvidado, y muchas de ellas no resultan gratas de contar».[13]
>
> *El rey que fue y será*
> T. H. WHITE

No eran los mejores tiempos para ser rey. Aurelio Ambrosio era consciente de ello. Hastiados de vivir en perenne conflicto, a los habitantes de Britania el absurdo de la guerra empezaba a agotarlos, y tenían la sensación de que sus problemas los generaban quienes estaban dispuestos a sacrificar vidas ajenas con tal de colocar una corona sobre sus cabezas. Así que el pobre Aurelio Ambrosio se sentía en la obligación de convencerlos de que eso solo era cierto en el caso de los anteriores gobernantes, pero no en el suyo. Le gustaba proclamar que no se habían conocido, desde los tiempos de Alejandro Magno, hombres más íntegros, valientes y comprometidos que él, su hermano y el resto de caballeros que blandían la espada bajo su mando. Era un hombre de férreos principios y leal a su

palabra, cualidades más que admirables, ya que era capaz de conservarlas incluso en circunstancias adversas.

Cuando lo tuvo todo organizado se desplazó a Londinium para instalarse en la que en el pasado fue la residencia del gobernador romano. Allí congregó a sus consejeros para hacerles partícipes de una idea que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo: erigir un monumento con el que honrar la memoria de los nobles caballeros que sucumbieron en el pasado en la emboscada tendida por Hengist.

Al parecer, el rey sajón envío un mensaje a Vortigern en el que le mostraba su intención de rendirse. Para oficializar el acto, proponía un encuentro entre britanos y sajones al que, como muestra de buena voluntad, debían acudir desarmados. Se reunieron el primero de mayo cerca del monasterio de Ambrio. Hengist ofreció a los nobles caballeros britanos copiosas viandas y jarras de vino, hasta que quedaron confiados y dóciles. Y entonces, justo cuando se encontraban negociando los términos de la rendición, Hengist lanzó un estremecedor alarido: *Nimed oure saxes!*[14], momento en el que los sajones sacaron las armas que ocultaban bajo sus mantos. La orden era clara: degollar al britano que se encontrara más próximo. Cuatrocientos sesenta condes y príncipes murieron ese día. Los sepultaron según el rito cristiano, no lejos de Kaercaradoc.

—Quiero un grandioso mausoleo sobre sus tumbas —indicó Aurelio Ambrosio con solemnidad—. Que su sacrificio sea recordado eternamente.

Los consejeros del nuevo rey no tuvieron dudas al respecto: si de levantar una construcción sempiterna se trataba, lo adecuado era consultar a Merlín.

—¿Merlín? ¿El mago de Vortigern? —preguntó el monarca escandalizado.

Debéis saber en este punto que el rey Aurelio Ambrosio creía poco en la magia. Casi nada, en realidad. La relacionaba con pelo sucio, uñas amarillentas, palabrejas pronunciadas en lenguas incomprensibles, chisporroteos en una hoguera y ungüentos fétidos.

—¡Deploro la magia! ¡Y a los magos! —exclamó—. Todos son unos sofistas, en mi opinión. ¿Qué tendrá que ver la construcción de un monumento con la magia? Los reyes no deberían dejarse embaucar por magos. Y mucho menos tratándose del mago de Vortigern —siguió porfiando.

Pero sus consejeros le explicaron que en realidad Merlín nunca sirvió al antiguo gobernante. Al parecer fue el único que se atrevió a plantarle cara. Cuando Vortigern se retiró a Cambria, huyendo de los sajones que al final también a él terminaron por traicionarle, ordenó levantar una fortaleza en el monte Yr Wyddfa en la que resguardarse. Pero cuando sus obreros se dispusieron a afianzar los cimientos se encontraron con una desquiciante complicación: lo que edificaban durante del día, se hundía en la tierra durante la noche, desapareciendo entre arenas movedizas.

Tras varias semanas de infructuoso trabajo, Vortigern consultó a sus magos, un grupo de ancianos con rostros velados por telarañas de arrugas que se pellizcaron los cuatro pelos blanquecinos que les crecían en las barbillas, por ver si así estimulaban sus cerebros y lograban dar con la solución.

El primero en tomar la palabra, un caballero de brillante calva, sentenció que el problema radicaba en no haber sincronizado las obras de construcción de la torre con las fases lunares. Al parecer, según reveló, lo mismo que el movimiento de las aguas se veía influido por el astro, las piedras con las que pretendían edificar la torre se sentirían más o menos predispuestas a dejarse apilar unas sobre otras con la luna en cuarto creciente. La construcción había comenzado en fase lunar menguante.

—Un desatino de proporciones descomunales. De ahí el desastre —zanjó con actitud sesuda.

Otro de los magos, uno de ojos saltones, negó con la cabeza. Agitaba las manos mientras tragaba saliva. Parecía tener muchas cosas que decir; sin embargo, su voz no llegó a escucharse, ya que un tercero se le adelantó.

—Lamento tener que llevaros la contraria, estimado colega —prorrumpió con voz terrosa—. Me consta que sois un gran observador de la luna, pero de sobra es sabido que se trata de un astro de naturaleza acuosa: frío y húmedo. Por no hablar de que su género es femenino, y que se relaciona con la diosa Hécate, a la que muchos consideran una bruja. —Un murmullo inundó la sala y el mago agitó las manos arriba y abajo, reclamando calma—. Ya sé…, ya sé…, todos somos conocedores de las bondades de Hécate. No seré yo quien lo niegue. Pero, del mismo modo, también es la responsable de numerosos desastres. Las féminas son inconstantes, caprichosas y tendentes al drama. Y de la influencia de la luna surgen los lunáticos, si me permitís el inciso.

No pudo añadir mucho más. Su voz quedó ahogada por las airadas exclamaciones del resto de magos señalando que el asunto de las fases lunares era una soberana memez. ¿Acaso la fase lunar de cuarto creciente no abarcaba una semana al mes? No se podía dilatar de esa manera la construcción de la torre. ¿Y qué majadería era esa de involucrar a la diosa Hécate en el asunto? Tener tratos con una diosa griega podría despertar las envidias de otros dioses, ya fuesen griegos, celtas, romanos o cristianos, pues de sobra era sabido que pocas cosas eran tan desacertadas como espolear las iras de los dioses. Y nadie quería ver enfadado a un dios como Marte (en eso estaban todos de acuerdo). Llegados a ese punto, sopesaron la posibilidad de realizar ofrendas a diversos dioses, por ver si así alcanzaban a agasajar al adecuado.

La incapacidad de los magos para encontrar la solución a los problemas de estabilidad de la torre terminó de crispar los nervios de Vortigern.

—¡Basta ya! —ordenó con desazón—. ¿Sabe alguien realmente cómo conseguir que la torre se mantenga en pie?

Se hizo el silencio.

Fue entonces cuando el mago de los ojos saltones, que no había dejado de agitar los brazos, sonrió satisfecho. Era la oportunidad de presentar su solución. Abrió la boca, dejando expuestos sus dos

únicos dientes, uno arriba y otro abajo, como una estalactita y una estalagmita a punto de contactar. Miró a su alrededor. Los demás le observaron expectantes.

—La única manera de que esta torre se mantenga en pie es regar la argamasa y las piedras con las que ha de ser construida con la sangre de un muchacho sin padre —zanjó.

El resto de los magos guardaron silencio en espera de que Vortigern, que parecía espeluznado con la sugerencia, expresase su indignación. Las cejas del gobernante se juntaron sobre el puente de la nariz en señal de repulsa, pero luego se relajaron dibujando en su rostro la perplejidad, que evolucionó a gesto de consternación.

—¿La sangre de un muchacho sin padre? —Más que una pregunta, fue una afirmación titubeante.

—Así es. La sangre de un muchacho sin padre —repitió el mago de los ojos saltones.

—¿Y habría que matarlo? —pronunció Vortigern con un hilo de voz, muy despacio, dejando un par de segundos de silencio entre una palabra y la siguiente.

El mago de los ojos saltones trató de contener en su interior el gozo que le provocaba que su propuesta estuviera resultando mucho más interesante que el resto. Quiso saborear la atención que le prestaban, como si llevara años esperando esa pregunta que solo él podía contestar.

—Lamentablemente… —concluyó, al fin, con fingida resignación.

El resto de los magos estuvieron de acuerdo en que, en ocasiones, había que realizar pequeños sacrificios para conseguir bienes mayores, así que enviaron a un grupo de hombres en busca de un muchacho sin padre. Lo encontraron en Carmarthen: se llamaba Merlín.

Cuando lo presentaron ante Vortigern, el rey intentó calcular su edad. Si bien era cierto que sus mejillas imberbes, sus extremidades delgadas y las bellas y delicadas facciones que adornaban su cara indicaban que se trataba de un impúber, su arrogancia parecía propia de alguien mucho mayor. Merlín tenía el rostro afilado y el

gesto severo. La piel blanca contrastaba con el oscuro cabello revuelto: demasiado largo, quizás. Un mechón del flequillo le cubría uno de los ojos, siendo ambos negros, brillantes como dos azabaches pulidos. Cada vez que parpadeaba, el mechón se le enredaba en las espesas pestañas, sacudiéndose, aunque a él eso no parecía molestarle.

—Me resultaba sorprendente tanto interés por mi persona —dijo Merlín tras las presentaciones—. Y ahora descubro con desagrado que lo que les interesa en realidad no soy yo. —Se detuvo uno segundos a reflexionar sobre su última frase—. O al menos no la integridad de mi persona, sino solo una parte. Según me indicáis, son vuestros sabios magos los que han llegado a la conclusión de que la torre solo podrá mantenerse en pie si la argamasa y las piedras con las que pretendéis edificarla se riegan con mi sangre. —Vortigern asintió y el muchacho lanzó un suspiro condescendiente antes de añadir—. Diré algo al respecto de esa afirmación: hay personas que prefieren expresar sin temor las estupideces que les rondan por la cabeza con intención de hacerlas pasar por verdades indiscutibles, creyendo que así el tamaño de su estupidez quedará velado, en lugar de guardar silencio y dejar que su interlocutor se quede con la duda sobre si son realmente tan estúpidos como parecen.

El mago de los ojos saltones abrió la boca para protestar, porque creyó entender que se estaba poniendo en duda su buen criterio, pero guardó silencio al observar que el resto de los magos seguían rumiando las últimas palabras del muchacho.

Estuvieron todos de acuerdo en que aquel joven se expresaba como un viejo.

—¿Insinuáis acaso que mis magos están en un error? —preguntó al fin Vortigern, que era solo un poco más avispado que ellos.

—No lo insinúo, ¡lo afirmo! —declaró Merlín—. Hay algo bajo la tierra sobre la que pretendéis levantar la torre. Es eso lo que impide que se mantenga en pie. Si accedéis a que los obreros sigan mis

órdenes, os demostraré que todos estos hombres que se hacen llamar «magos» no son más que unos zurumbáticos.

Llegados a ese punto, a los magos ya no les quedó la más mínima duda: aquel muchacho los estaba insultando. Comenzaron a protestar, pero sus voces quedaron ahogadas por la orden de Vortigern.

—¡Exijo que me lo demuestres!

Merlín arqueó los labios, insinuando una sonrisa, aunque el gesto en cuestión se prestaba al debate. En cualquier caso, se trataba de una sonrisa de uso privado, dirigida a sí mismo.



La noche anterior a la demostración, nevó intensamente en Yr Wyddfa. El terreno, sobre el que se pretendía edificar la torre, se cubrió de un blanco inmaculado que los obreros, los magos y el resto de curiosos (que se apretujaban unos contra otros para situarse en un buen lugar desde el que presenciar el espectáculo) parecían no querer ensuciar con el sonido de sus voces. Entre susurros se preguntaban qué es lo que tenía pensado ese muchacho y qué es lo que haría Vortigern con él si, tal y como sospechaban, no se trataba más que de una treta con la que intentar salvar su vida.

—¿Y bien? —inquirió Vortigern una vez estuvieron todos presentes.

—Ordenad a vuestros obreros que caven la tierra —indicó Merlín—. A unos seis pies, encontrarán un estanque. Eso es lo que está impidiendo que los cimientos de la torre puedan afianzarse. Una vez lleguen a él, deben drenarlo. En el fondo hallarán dos piedras. Dentro de ellas duermen sendos dragones.

Los que estáis en este momento leyendo mi historia deberíais saber que un estanque en el invierno de Cambria es, en el mejor de los casos, un enclave desapacible. Si a ello le añadimos que se trataba de un estanque subterráneo y que, tal como Merlín había

profetizado, en su lecho se encontraban dos dragones, el drenarlo pasó de ser un trabajo de ingeniería a convertirse en una aventura peligrosa, digna de aparecer en los libros de historia. El ambiente que envolvía a los presentes se tornó turbador. Pese a todo, permanecieron allí, sin ceder ni una pulgada de terreno; fue más poderosa la curiosidad que el instinto de supervivencia.

Tras varias horas de trabajo, los obreros alcanzaron el estanque. Una vez vaciado, comprobaron que, efectivamente, allí se encontraban las dos enormes rocas ovoides, moteadas en tonalidades que iban del gris pizarra, pasando por el gris pesadumbre hasta el gris de la nieve pisoteada. De pronto, como si la ausencia de agua a su alrededor hubiera despertado a las bestias, se escuchó el inequívoco sonido de la piedra resquebrajándose. Las grietas se abrieron paso en la superficie de las rocas, zigzagueando, hasta dividirlas en dos. Los dragones, que hasta ese momento se habían mantenido ovillados en su interior, comenzaron a desperezarse. Estiraron sus patitas escamadas, agitaron sus dedillos coronados con uñas puntiagudas, desplegaron las alas membranosas y sacudieron sus cabezas para espabilarse. Uno de ellos lanzó un eructo y una débil llama brotó de su hocico.

Los suspiros de asombro dieron paso a los gritos. Dos mujeres se desmayaron. Muchos huyeron a toda prisa. Los magos cerraron los ojos, levantaron la barbilla y se quedaron estáticos, con las piernas juntas y los brazos en cruz[15].

Merlín y Vortigern fueron los únicos que mantuvieron la calma, asomados al enorme agujero en el suelo que acogía a los dos dragones. Las bestias acababan de descubrir sus mutuas presencias y daban vueltas sin dejar de mirarse fijamente a los ojos.

—El dragón blanco representa a los sajones y el rojo a los britanos —explicó Merlín un segundo antes de que las bestias se enzarzaran en una furibunda batalla.

Mientras peleaban, el mago parecía en trance. Desgranaba frases sueltas. Eran profecías sobre el futuro de Britania que Vortigern no llegaba a entender, quizás por estar demasiado concentrado en la

trifulca que se libraba a sus pies. Había momentos en los que el dragón blanco parecía llevar las de ganar, pero al final fue el rojo el que se proclamó vencedor. Antes de que los hombres de Vortigern pudieran atraparlo con sus redes, el animal alzó el vuelo y se alejó de ellos, perdiéndose entre las nubes.

En la ladera yacía el cadáver del dragón blanco, con el cuello desgarrado por el fatal mordisco de su adversario. El ardor de su propia sangre lo consumía poco a poco, hasta que, al final del día, el único rastro del animal fue un montón de cenizas que se filtraron en la tierra. Se dice que en ese lugar nunca más ha vuelto a crecer la hierba.

Vortigern quedó atónito. Estaba sorprendido por el talento que había demostrado el joven, aunque, ahora que lo observaba mejor, no le parecía tan joven. Merlín tenía semblante de caballero sabio y poderoso. No le quedaba ninguna duda: lo quería a su lado. Le ofreció un cargo de consejero, de hombre de confianza, de mano derecha. Pero Merlín, que era capaz de ver el alma de las personas y profetizar el futuro, rechazó su oferta. Intuía que en el interior de Vortigern se agazapaba un conspirador. Quería alejarse de aquel hombre que a punto había estado de exprimirlo en un lagar. Y eso hizo. Desde ese momento, nadie había vuelto a saber nada de él.

Pese a la reticencia del rey Aurelio Ambrosio, a Úter le fascinó la historia de Merlín. Incluía todos los ingredientes que él consideraba imprescindibles para mantener su atención: la promesa de un sacrificio humano, la maravilla del estanque subterráneo, la sorpresa de unas piedras con forma de huevo donde se incubaban dragones, un mago… ¿Qué más se podía pedir? Convenció a su hermano para que fuesen en busca de ese tal Merlín, pues estaba seguro de que un hombre con semejantes cualidades debía estar al servicio del rey. Aurelio Ambrosio aceptó con la boca pequeña, rogando en su interior para que no lo encontraran.

Sus súplicas fueron escuchadas.

Los grandes magos eran seres antojadizos y fluctuantes, con tendencia a desaparecer durante semanas, meses o años sin más

compañía que su montura. Pese a que los hombres del rey eran expertos en acechar al enemigo y en seguirles las huellas a los venados, resultaron incompetentes en lo que respecta a rastrear magos (más en invierno, cuando los caminos estaban enfangados). Se decía que Merlín transitaba por sendas que ninguna otra persona había recorrido antes, que frecuentaba lugares tan remotos como Egipto, la Tierra Santa o el país que está al otro lado de la lluvia, donde la magia puede respirarse. Otros aseguraban que era capaz de escapar a mundos fuera de este, y que allí vivía cada una de las vidas que quedaron truncadas por decisiones que tomó en el pasado. En resumidas cuentas, los hombres de Aurelio Ambrosio no fueron capaces de dar con él.

Fue el propio Merlín el que se presentó ante el rey semanas más tarde, tras haber percibido que un hombre de alto rango requería de sus excepcionales cualidades (lo cual, como ya imaginaréis, terminó de encandilar a Úter).

—Así que sois el mago —afirmó Aurelio Ambrosio cuando lo tuvo delante—. Me alegra conoceros al fin. He oído hablar mucho y muy bien de vuestras capacidades. —Se volvió para mirar a su hermano—. Él es el mago del que tanto nos han hablado.

Úter asintió, sonriendo. Parecía interesado en ver cómo continuaba su hermano con aquella entrevista.

—Estoy sorprendido —apuntó Aurelio Ambrosio—. No pretendo ofenderos, pero parecéis muy joven. Realmente joven.

—No es tan joven —interrumpió Úter, repasando con la mirada la figura de Merlín—. Es posible que tengamos la misma edad.

—No podría confirmarlo. Desconozco el año en el que vine al mundo —indicó Merlín antes de ir directamente al grano—. Tengo entendido que me necesitáis.

Aurelio Ambrosio dejó escapar un carraspeo, que parecía encubrir una risilla, antes de continuar hablando.

—Os seré franco: fueron mis consejeros quienes sugirieron ir en vuestra busca. Mi hermano también insistió y…, bueno, no pongo en duda vuestras virtudes, por supuesto. Estoy convencido de que

personas como vos habrán sido muy útiles en el pasado a otros gobernantes. O eso dicen. No lo sé… Yo…, sinceramente, albergaba la esperanza de que no… de que no… —Lanzó un suspiro antes de proseguir—. Pero aquí estáis.

—Así es… Aquí estoy.

Se hizo un incómodo silencio. Merlín no parecía contento en absoluto.

—Lo que quiero decir es que yo no sé nada de magia — aclaró Aurelio Ambrosio—. Ni siquiera estoy seguro de que sea necesaria para lo que pretendo.

Úter consideró que era el momento de tomar la palabra para explicarle al mago el proyecto de su hermano de levantar un mausoleo acorde a la grandeza de los finados que yacerían a sus pies. La edificación que Aurelio Ambrosio pretendía construir no solo honraría a los fallecidos, sino que también serviría como recordatorio imperecedero de que los britanos habían vencido.

—Si lo que pretendéis es colocar sobre esos nobles caballeros un monumento de carácter perdurable, debéis ir en busca del Círculo de los Gigantes —sentenció Merlín, que no había dejado de asentir con la cabeza mientras Úter desgranaba las cualidades de los difuntos y despotricaba contra los infames asesinos.

—¿El Círculo de los Gigantes? —Aurelio Ambrosio volvió a tomar parte en la conversación—. ¿Y se puede saber qué es exactamente el Círculo de los Gigantes?

—Una construcción de colosales piedras colocadas en círculo que se encuentra sobre el monte Kilarao, en Hibernia —aclaró Merlín.

Se dibujó una mueca burlona en el rostro del rey. Había piedras colocadas en círculo a lo largo y ancho de toda Britania. Las había de todos los tamaños: más grandes, más pequeñas, unas mejor conservadas, otras peor. Nadie conocía los propósitos últimos para los que fueron erigidas. «¿Acaso no hay suficientes piedras en Britania con las que levantar un mausoleo?», pensó el rey. Pero debió de pensarlo demasiado alto, de manera que Merlín se mostró inflexible al respecto.

—Las piedras que componen el Círculo de los Gigantes no tienen parangón —dijo—. Las trajeron de África unos gigantes, mucho tiempo atrás.

Siguió explicando que estas piedras contaban con propiedades medicinales. Al parecer, cuando los gigantes se sentían enfermos, derramaban agua sobre ellas. Luego la recogían en escudillas para hacer cocciones de hierbas con las que atajaban cualquier mal.

—Si sois capaces de desarraigar esas piedras del lugar en el que se encuentran, trasladarlas hasta los barcos, surcar el mar con ellas, transportarlas hasta su nuevo emplazamiento y colocarlas en la misma posición, con la misma orientación, el monumento quedará en pie por toda la eternidad. Son mágicas —concluyó.

—¿Mágicas? —El rey Aurelio Ambrosio lo observó con reparo, y sus oscuras y pobladas cejas se arquearon, quedando paralizadas en medio de su frente como dos diminutos cuervos planeando sobre dos incrédulos ojos.

—Mágicas —repitió Merlín.

—Mi querido hermano no cree demasiado en la magia — precisó Úter.

—En la magia no se puede creer *un poco*. O se cree *todo*. O no se cree *nada* —replicó Merlín.

—Entonces podría decirse que no creo *nada* —respondió Aurelio Ambrosio antes de lanzar una sonora carcajada.

—Oh…, vamos, hermano. Tienes que reconocer que hay cosas que no pueden explicarse. Algo de magia debe de existir. Si este gentil hombre asegura que necesitamos esas piedras, creo que deberíamos ir en su busca.

Merlín asintió complacido. Úter parecía el tipo de caballero que era de su agrado, alguien poderoso que no cuestionaba las motivaciones de un mago. Si un mago decía que era así cómo debía hacerse, así se hacía. No había más.

—¿Y entrar en un conflicto con el rey de Hibernia? —inquirió Aurelio Ambrosio, recuperando la seriedad—. ¿No tenemos ya suficientes? ¿Vamos en busca de más?

—El rey de Hibernia no tiene por qué enterarse. Viajamos hasta allí, cogemos las piedras y volvemos. Sin hacer ruido. — Úter palmeó, como si se sacudiera el polvo de las manos—. ¿Acaso van a echar de menos unas piedras?

El rey Aurelio Ambrosio no parecía muy convencido, pero acabó por ceder. Su hermano era vehemente y discutir con él siempre le resultaba agotador, más aún cuando discutían por nimiedades. Los problemas se le amontonaban, de manera que depositó esa responsabilidad en manos de Úter, que se encargó de organizarlo todo para ir en busca de las piedras mágicas a Hibernia. Al estar el castillo de Tintagel en la parte más occidental de la isla, mi padre propuso que los barcos del rey partieran desde nuestro puerto.



Semanas más tarde, una veintena de barcos se adentraron en el océano, con Merlín marcando el camino. Desde una de las torres, los vi zarpar con las velas desplegadas, cabeceando desacompasados. Sentí un escalofrío. Si lograban atravesar el mar y alcanzar la otra orilla sanos y salvos, aún tendrían que enfrentarse a más peligros. No viajaban a Hibernia a dar un paseo: iban a robar. Mi padre me lo había explicado todo antes de partir.

Aquella noche tuve uno de mis perturbadores sueños.

—Cuenta olas conmigo —propuso mi madre para vencer mi habitual resistencia a quedarme dormida.

—Una, dos, tres. —Me picaban los ojos, así que los cerré un segundo…—. Cuatro, cinco… —Musité entreabriendo los párpados pesadamente—. Seis, siete…

Antes de llegar al número ocho, ya me había atrapado el sueño.

Caminaba descalza sobre hierba perlada por el rocío. Su frescor me hacía estremecer. Vi la silueta de enormes piedras colocadas en círculo. Sobre algunas reposaban otras, en horizontal, formando

dinteles. Se recortaban contra el firmamento cuajado de estrellas, bordadas con hilos de plata. Escuché unas voces. Al instante percibí movimiento dentro del círculo de piedras: el sonido rítmico de un tambor, el monótono murmullo de algo similar a rezos o cantos recitados en una lengua incomprensible para mí. Al acercarme vi que se trataba de hombres y mujeres vestidos con túnicas livianas, que caminaban formando un corro. Portaban cuencos de los que brotaban volutas de un humo que desprendía aroma a incienso.

En medio de todos, alumbrado por el fulgor de una fogata, descubrí al que supuse que se trataba de un mago. No veía su cara con claridad. A esa distancia solo era capaz de distinguir su esbelta figura. Vestía una túnica de lana sin teñir y sujetaba una jarra en la mano derecha. Se acercó a unas piedras más pequeñas, también colocadas en círculo, dentro del círculo de las piedras mayores. Vertió agua sobre una de ellas. Al humedecerse, cambió de color, pasando del gris plateado al azul. El mago recogió el agua filtrada en escudillas y se la ofreció a la comitiva. Uno por uno, los hombres bebieron mientras los demás seguían musitando su monótona letanía.

De pronto, el cielo empezó a desperezarse. Nubes violetas, destellos de hilos anaranjados y los primeros rayos del sol bordados en oro restallaron en el horizonte. Todos se quedaron paralizados, guardando un respetuoso silencio. Desde el exterior del círculo observé cómo el astro rey quedaba enmarcado dentro de uno de los arcos formados por las piedras. Un suspiro, mezcla de fascinación y alivio, brotó de los labios de los asistentes.

Yo también suspiré, maravillada.

Y entonces, como si hubiera percibido que mi suspiro era un suspiro intruso, el mago se giró. Tenía los ojos oscuros como la noche más oscura. Entrecerró los párpados hasta localizarme. Caminó dando grandes zancadas en mi dirección, sorprendido por mi presencia. Parecía molesto, así que me escondí detrás de una de las piedras, con el corazón golpeándome en el pecho. Tenía miedo. Vi su mano acercándose. Sentí la presión de sus dedos en mi hombro…

—¡Padre! ¡Padre! —Me desperté entre gritos, con las mejillas mojadas por las lágrimas.

—Tu padre está en Hibernia. Volverá pronto —me dijo mi madre con voz pesada. Sin duda la había despertado con mis llantos—. Duérmete.

Pero yo no quería volver a dormirme. Estaba segura de que si cerraba de nuevo los ojos, regresaría al punto exacto en el que el mago me alcanzaba para llevarme a… no sé… ¿Adónde se llevan los magos a las niñas entrometidas?

—He soñado que… —pronuncié, con la esperanza de que una charla disipara las brumas del sueño.

—No, no, no… de ninguna manera. —Mi madre colocó su dedo índice en mis labios, negando con la cabeza—. Las hadas no deben contar sus pesadillas; de otra manera la reina Mab[16] las convierte en realidad. ¿Quieres que lo que has soñado se haga realidad?

Negué con la cabeza.

—Pues no disgustes a Mab. Cierra los ojos y la boca, y duérmete.

---

13 White, T. H. (2020). *El rey que fue y será*. España: Ático de los Libros.

14 ¡Coged vuestros puñales!

15 En el pasado, un monje logró espantar a un dragón que frecuentaba Whinlatter Rock con esta posición.

16 La reina Mab es la comadrona de las hadas, encargada de hacer que nazcan los sueños. Se traslada de un lugar a otro en un carro hecho con la cáscara de una nuez tallada por una ardilla ebanista, conducido por un mosquito. Al pasar sobre los durmientes, convierte en realidad sus anhelos más profundos.

4
UN MAGO LLAMADO MERLÍN

«Y mandó fabricar dos dragones de oro, a semejanza del que había visto en el rayo de la estrella [...]; se quedó con el segundo para poder llevarlo consigo en los combates.
Fue a partir de entonces cuando se le llamó Úter Pendragón, que en lengua británica significa 'cabeza de dragón'. Le fue dado ese apelativo porque fue por medio de un dragón como Merlín profetizó que sería rey». [17]

Historia de los reyes de Britania
GEOFFREY DE MONMOUTH

Cuentan los bardos que seduje a Merlín (añado aquí un suspiro resignado). Que quedó prendado de mis hábiles manos, de mi dulce voz, de mi bello rostro, de mis hombros bien proporcionados, de mi carne suave como las plumas de un pato. Que el mago (pobre alma candorosa), ante semejante despliegue de encantos, no pudo resistirse y me desveló sus mejores sortilegios sin rechistar. Dicen que le robé la magia, el corazón y hasta el alma. En resumen: que fui una pécora arribista, que lo embobé para que me enseñara nigromancia.

Esta ridícula patraña demuestra que un número más que considerable de los que cuentan nuestra historia no tiene ni la menor idea de cómo se las gastaba Merlín. También os debería servir para cuestionaros todo lo que os cuentan en verso. Incluso lo que os cuentan en prosa. Deberíais cuestionároslo todo; ese es mi consejo.

Lo cierto es que la primera vez que mi mirada se cruzó con la de Merlín fue en sueños. Yo era por entonces solo una niña y él…

¿quién sabe? Su edad, al igual que otros muchos detalles de su existencia, son un enigma. En cuanto a lo de robar…, podría decirse que Merlín tiene muchas especialidades; apropiarse de bienes ajenos (ya se trate de piedras milenarias o de criaturas de pecho) es una de ellas. Si le afeáis el gesto, él se defenderá diciendo que sus movimientos están gobernados por las estrellas. Que existe un plan superior inescrutable que él se limita a seguir. Que solo es el instrumento del que se sirve el destino para ordenar lo que debe ser ordenado. Y al parecer, en este momento de la historia, el destino indicaba que el Círculo de los Gigantes debía ser *ordenado* para trasladarse desde Hibernia hasta Britania.

Desde que los hombres se marcharon, yo pasaba las horas asomada a cualquiera de las ventanas que daban al mar con la esperanza de verlos regresar, con los ojos clavados en el horizonte, ahogando mi mirada en la niebla. Mientras tanto, a mis espaldas, el castillo bullía en un desbarajuste de preparativos para recibirlos a su vuelta. Estaba previsto que el hermano del rey y sus hombres pasaran una noche en el castillo antes de emprender el camino a Kaercaradoc, de manera que los sirvientes iban de un lugar a otro replicando el alboroto de un gallinero asaltado por un zorro: limpiando cada rincón de las salas, escogiendo en la bodega el mejor vino romano llegado de Hispania que se serviría en jarras de vidrio, rebuscando conservas de carne y pescado en el despensero, saliendo al bosque a cazar venados que asar con cebollitas, adecentando las letrinas que acogerían la inevitable llamada de la naturaleza de unos cien caballeros ahítos de viandas. Prepararon las largas mesas en el salón de banquetes y colgaron en las paredes el estandarte con el escudo del ducado de mi padre, con los quince besantes y la chova piquirroja sobre él.

Los hombres regresaron dos semanas más tarde habiendo cumplido la misión. Al parecer, hacerse con el Círculo de los Gigantes no fue una tarea sencilla. Tal y como el rey Aurelio Ambrosio había sospechado, cuando el rey Gilomán de Hibernia los vio llegar, se mostró bastante molesto. Siempre había considerado a los britanos

un pueblo de cretinos atolondrados, pero que creyesen que las piedras de Hibernia eran superiores a las de Britania, hasta el punto de invadir su territorio para robárselas, le pareció una desfachatez de mayores proporciones que las propias piedras. Reunió a su ejército y les salió al encuentro, pero, pese a la bravura con la que las defendieron, Úter y mi padre, encabezando sus huestes, cargaron contra ellos y los obligaron a huir, dejándoles el camino libre.

Pero aquella victoria solo suponía la primera parte de la empresa que los había llevado hasta Hibernia (para ser más precisos, esa fue la parte más sencilla). Al llegar al monte Kilarao fueron realmente conscientes de la complicación a la que se enfrentaban. En lo más alto de la cumbre, la estructura de piedras que habían venido a buscar se recortaba inmensa contra el cielo azul. Los caballeros, aún en sus monturas, se veían insignificantes en comparación. Pronto se inició una vehemente discusión sobre cómo estaban asentadas en la tierra y el mejor procedimiento a seguir para extirparlas de allí.

Úter, por desgracia, era profano en temas arquitectónicos, así que no captaba sino una imprecisa idea de lo que estaban hablando. Como era hombre de acción, la palabrería le perturbaba. Comenzó a impacientarse, así que zanjó la polémica al proponer enrollar unas cuerdas en torno a las piedras y tirar de ellas.

—Pero, señor, los caballos no podrán arrastrarlas hasta los barcos. Es demasiado peso, incluso para ellos —opinó Britael, uno de los hombres de mi padre.

Todos estuvieron de acuerdo en que los caballos de guerra se caracterizaban por mantener su porte aguerrido con un caballero armado sobre su lomo, por su presteza para realizar quiebros en el campo de batalla, por su temperamento templado en los combates…, pero en absoluto estaban preparados para servir como mulos de carga.

La siguiente propuesta de Úter tuvo peor acogida aún. Alguien habló de un tal Arquímedes, de puntos de apoyo y de mover el mundo.

—¡Traed un tronco! —ordenó de inmediato el hermano del rey.

—¡No! ¡No! —exclamó mi padre—. ¡Eso es una locura! Con una palanca solo conseguiríamos tirar las piedras al suelo. Desde esa posición serían aún más difíciles de manejar.

Aquello dio lugar a una nueva disertación sobre las leyes que ordenaban la naturaleza, sobre el empuje, el peso, la aceleración, la velocidad del viento que venía del oeste y el beneficio incalculable que supuso para el ser humano el descubrimiento de la rueda. Durante todo ese tiempo nadie reparó en lo que estaba haciendo Merlín.

De pronto, uno de los caballeros llamó la atención del resto. Las piedras que descansaban en horizontal, formando dinteles sobre las otras, comenzaron a elevarse, dando vueltas en el aire, livianas como vilanos arrastrados por la brisa. En cuestión de segundos, las que hasta hacía un momento parecían estar firmemente enraizadas a la tierra, las imitaron. Echaron a volar gráciles, sutiles, etéreas. El conjunto de piedras que conformaba el Círculo de los Gigantes comenzó a flotar en dirección a Britania, sin ruido, con la limpieza y premura de las gaviotas.

—¿Qué magia es esta? —musitó Úter, rompiendo el silencio que envolvía a los caballeros.

—La mía —pronunció orgulloso Merlín.

—¿Adónde van? —siguió preguntando el hermano del monarca.

—A su nuevo destino, ¿adónde si no?

—Pero… ¿sabrán llegar solas? —El hermano del rey tenía sus dudas.

—Por supuesto. Surcarán el mar sin problemas y volarán hasta alcanzar Kaercaradoc. Creo que llegarán mañana. Antes de la cena estarán allí —le tranquilizó.[18]

Durante el viaje de regreso a Britania las opiniones sobre el mago se dividieron. Úter aseguraba que Merlín había realizado una acción digna de aparecer en las crónicas, pero otros, entre los que se encontraba mi padre, consideraban que un poder como ese, mal empleado, podría resultar un arma de doble filo. ¿Cuántos magos

como Merlín había en el mundo? ¿Podrían sus enemigos hacerse con uno de facultades aún mayores y destruirlos?

Merlín, por su parte, estaba encantado con el cariz que tomaban los acontecimientos. Había quien no se tomaba en serio su arte, pero Úter parecía deslumbrado con las posibilidades que se abrían ante él al contar con un mago entre sus filas. Que Úter fuese solo el hermano del rey (y no el propio rey) era lo de menos. Para Merlín, todo podía arreglarse.

Cuando los hombres llegaron al puerto de Tintagel aún no se habían recuperado de la impresión causada por el prodigio del que fueron testigos. Observaban al mago de reojo, temerosos de un poder que no podían comprender. Merlín, en cambio, parecía ajeno a la expectación que su imponente figura despertaba. Recorría la cubierta del barco dando grandes zancadas, con su rostro de líneas rectas enmarcado por el cabello que caía sobre sus hombros como olas nocturnas, sin reparar siquiera en los que se apartaban a su paso.

Yo, al verlo, sentí un escalofrío y aferré la mano de mi madre. Aquel era el hombre que había visto en mis sueños.

Mi padre parecía ser el único que no estaba impresionado con la presencia del mago. Se colocó a su lado y comenzó a darle conversación mientras atravesaban la pasarela que conectaba el barco con el puerto. Tenían la misma altura, aunque Merlín era mucho más delgado. Caminaron juntos, dirigiendo sus pasos hasta nosotras.

—Esta es mi esposa, lady Igraine, y mi querida hija — presentó.

Merlín bajó el mentón y dejó caer los párpados ante mi madre, en lo que supongo pretendía ser una especie de reverencia. Un segundo después, reparó en mí.

—¿Qué años tiene la niña? —preguntó con cortesía.

—Por Litha cumplirá los cuatro —respondió mi madre.

Merlín ladeó su sonrisa. Pocas personas medían ya el tiempo de esa manera.

—Así que por Litha… —Aquella circunstancia pareció agradarle—. Las hierbas medicinales recogidas en ese tiempo multiplican sus propiedades. —Suspiró antes de volver a preguntar—. ¿Y está sana?

—Solemos preparar cocimientos de saúco. Los endulzamos con miel y ella se los toma con gusto. Nunca ha padecido un resfriado.

De pronto, el mago pareció perder el interés en mí. Levantó la mirada y se encogió de hombros.

—No es bueno encariñarse con criaturas tan pequeñas. Son frágiles como pajarillos recién salidos del cascarón. Parece que están sanos, pero una noche los acuestas y al día siguiente los encuentras muertos. Existen lugares en los que no les ponen nombre hasta los siete u ocho años para no tener que tallarles una lápida.

—Pues yo me llamo Morgana —interrumpí bastante molesta. Me parecía increíble que dijera esas cosas horribles, como si yo no estuviera delante.

Mi padre soltó una sonora carcajada.

—No la ponga a prueba, mago —dijo entre risas, palmeándole la espalda—. Mi hija tiene carácter.

Merlín dio un respingo, incómodo con el inesperado contacto físico, pero se recompuso enseguida. Volvió a posar sus ojos en mí y dulcificó la voz.

—Así que Morgana. ¡Qué bonito! Tienes nombre de diosa del mar.

Me dedicó una amplia sonrisa.

Una niña con menos temple que yo se la hubiera devuelto.



Me permitieron asomarme al gran salón antes de que una de las damas me llevase a la cama. Entre las dos chimeneas habían emplazado la mesa en la que se sentarían mis padres, Úter y Merlín. Tres mesas más, colocadas de forma perpendicular a la primera, acogerían a los soldados de mayor relevancia. Alcancé a ver cómo mi madre se sentaba en la mesa principal, entre mi padre y Úter.

Aquel hombre pelirrojo, descomunal, de manos del tamaño de escudos, la escuchaba atolondrado. Parecía titubear cuando le respondía, con el rubor tiñendo sus mejillas. Lady Igraine, como siempre, sonreía.

Tras el comentario de Merlín, yo había decidido que no me dormiría nunca más, por temor a que me atrapase la muerte en un descuido, así que esperé a que mi dama de compañía se marchase para salir de la cama y subir los peldaños que me permitían asomarme a la ventana. Aquella noche no había luna, ni tampoco estrellas, de manera que el cielo era de un negro insondable. En cambio, al otro lado de las murallas del castillo, los soldados de Úter habían montado el campamento y bebían frente a las hogueras que, desde mi visión, parecían estrellas en la tierra. Podía oír sus cantos, sus vítores y brindis por la labor cumplida, pero, en un determinado momento, sus voces se aplacaron. Intuí por el rabillo del ojo una luz azulando el horizonte. Aquello no tenía sentido. El sol aún tardaría horas en salir, y jamás asomaba desde el océano. Era como si el tiempo estuviera yendo hacia atrás y el sol desanduviera el camino del anochecer emprendido horas antes. Jamás había visto al sol comportarse de esa manera.

Alguien gritó que se trataba del fin del mundo y aquello fue el detonante para que las gentes que habitaban dentro de las murallas salieran de sus casas a observar perplejos la inmensa luz. Los perros ladraban, el gallo cantó desafinado, los caballos piafaban en los establos. Los niños lloraban, las mujeres los abrazaban musitando rezos, los hombres proferían blasfemias por las que tendrían que solicitar confesión al siguiente día…, si es que había un mañana, porque el tiempo se paralizó. O puede que, con el paso de los años, mi mente haya confundido los minutos con las horas. Los gritos dieron paso a la perplejidad y la noche se volvió día. Cerré los ojos ante la explosión de luz que amenazaba con devorarme.

Mi padre abrió de golpe la puerta de mi alcoba y me cogió en brazos. Subimos las escaleras en dirección a la torre, rodeados de las personas que hacía un momento estaban con él en la cena.

Desde allí pudimos ver la bóveda celeste al completo, atravesada por una única estrella. Brillaba más que ninguna otra que se hubiera visto antes. Gigante y rabiosa, arañaba el firmamento, dejando tras de sí un rastro de luz que se reflejaba en el mar, duplicando su efecto. Sentí que los brazos de mi padre se aflojaban y yo resbalé hasta el suelo. Los gritos habían dado paso a un profundo y reverencial silencio. No sé cuánto tiempo estuvimos así.

Asombrada, observé que no se trataba de una simple ráfaga luminosa; sus contornos se iban encogiendo por un lado, ensanchándose por otro, recortándose sobre el manto nocturno, hasta alcanzar una forma que supe reconocer. Resplandecía con un brillo cegador. Aquel ser no tenía patas; era como una gigantesca y ondulante serpiente de la que emergían dos enormes alas, tan blancas como las de los cisnes. Al agitarlas cambiaban, tornasoladas como la madreperla. Los ojos de la criatura resplandecían furiosos y de su boca surgió una llamarada sobrecogedora.

—Un dragón… Un… Un dragón —musité, sintiendo que mi cuerpo se debilitaba.

Mi último pensamiento, antes de que me atrapara la oscuridad, fue que le iba a dar la razón al mago (que por algo era profeta): al final me iba a morir antes de cumplir los siete años. ¡Maldito Merlín!

Caí hacia delante y mi cabeza se golpeó contra el suelo.

Y luego… el silencio.

Lo primero que percibí al despertar fue el aire frío acariciándome las mejillas. Abrí los ojos y allí estaba el mago. Arrodillado, tenía mi cabeza apoyada en el hueco de su brazo mientras reclamaba a la gente que se alejase de nosotros para dejarme respirar. Ellos le hicieron caso. Formaron un círculo a nuestro alrededor. Incluso mi padre se alejó sin poner objeciones. Merlín inspiraba respeto. O quizás fuese miedo. Fijé mi mirada tras su rostro y observé el cielo; había vuelto a la normalidad. Una inmensa cortina de terciopelo negro bordada con chispas de hilo de plata. Suspiré aliviada. «El dragón se ha marchado», pensé. «Hemos logrado salvarnos». Traté

de incorporarme. Sentí una punzada de dolor en la cabeza que me hizo contraer el rostro.

—Quédate quieta —me ordenó Merlín.

Lo observé perpleja. Nunca un desconocido había estado tan cerca de mí, y mucho menos me había dado órdenes. Volví el rostro en busca de mis padres, pero Merlín me sujeto la barbilla, obligándome a mirarle a los ojos.

—Cuéntame lo que has visto —dijo muy despacio, saboreando las palabras.

Me sentía como un insecto atrapado en el tarro de miel que alguien intentaba sacar con una cucharilla, muy despacio, por temor a dejarse dentro un ala o una patita. Parecía que estuviésemos solos él y yo. La intensa luz que inundó el cielo unos momentos antes se transformó en una envolvente oscuridad que nos aislaba de los demás. Había conectado sus ojos a los míos, y yo era incapaz de deshacer ese lazo. Merlín soltó mi barbilla. Con esa misma mano hizo el amago de apartar de mi frente un mechón de pelo imaginario. O quizás pretendía acariciarme el rostro sin permitirse rozarlo.

—Así que eras tú la que se coló en mi sueño… —me susurró, observándome suspicaz—. Las buenas niñas no hacen eso. ¿Lo sabías?

—Era *mi* sueño —aclaré.

No me gustaba dormir, pero consideraba que los sueños que surgían en mi mente cuando dormía eran de carácter privado.

—¿De dónde has salido tú, criatura? —Se trataba de una pregunta que parecía dirigirse a sí mismo. Recorrió rápidamente con la mirada los contornos de mi rostro antes de volver a preguntar entre susurros—: ¿Eres un hada?

Tragué saliva. Tenía la garganta seca. Por primera vez en mi vida experimentaba lo que era la angustia. ¿Qué estaba pasando? ¿Le habría desvelado mi madre durante la cena mi naturaleza feérica? ¿Era sensato mentir a un mago que podía colarse en mis sueños?

—¿Eres un hada? —insistió.

Asentí con un leve movimiento de cabeza. Sentí que los músculos del brazo con el que me sujetaba se tensaban.

—¡Dime lo que has visto! —ordenó, alzando de nuevo la voz.

En ese momento me pareció importante hacerle entender que no había visto nada relevante. Al menos nada que no hubiera visto en otras ocasiones en mis pesadillas. Y no pensaba contarle mis pesadillas al mago. Menuda broma sería que el dragón se hiciese realidad.

—No he visto… no… No he visto nada —titubeé, sin poder apartar mis ojos de los suyos.

Merlín guardó silencio y entornó los párpados. Parecía calibrar la consistencia de mi tenacidad. Debió de considerar que era sólida, pero no inquebrantable, pues levantó una ceja e inspiró ruidosamente por la nariz. Contuvo el aire unos segundos antes de soltarlo con impaciencia, meciendo la cabeza en señal de descontento. Por un instante, pude sentir lo que él sentía. Creyó que podría vencer mi resistencia. Que era capaz de rebañarme hasta los tuétanos si seguíamos manteniendo la mirada.

—No he visto nada —repetí, esta vez con firmeza, apartando mis ojos de los suyos.

Merlín esbozó una leve sonrisa, como si escuchar otra respuesta le hubiera resultado decepcionante. Como si acabara de descubrir, en el légamo de una pocilga, una piedra preciosa aún por tallar. Me ayudó a incorporarme.

—¡Traed un espejo! —gritó al aire cuando ya estuve en pie.

Al momento, alguien apareció con el espejo de mano del tocador de mi madre. La lámina de plata tras el vidrio se curvaba en las esquinas, deformando levemente el reflejo. Mirarme en él me daba miedo. En ocasiones había visto a seres extraños observándome desde el otro lado.

Merlín se puso detrás de mí. Estiró los brazos y colocó el espejo ante mis ojos. Con el dedo índice, dibujó un círculo en su superficie y, dentro de él, trazó una cruz. El recorrido de la yema del dedo dejó

sobre el cristal la impronta de una luz que iba perdiendo presencia con el paso de los segundos.

—Morgana…, sé una niña buena —me susurró al oído—. Desea que se refleje en el espejo el cielo nocturno que hemos visto hace un momento.

—Yo… Yo no puedo hacer eso —farfullé realmente sorprendida de que me pidiese una cosa semejante.

—¡Deséalo! —ordenó con firmeza.

Volví la mirada hacia los que nos rodeaban. Parecían confusos. Mi madre me observaba con curiosidad. Úter sonreía con arrogancia. Mi padre era el único que se mostraba preocupado, pero no hacía nada para liberarme de aquella humillación.

—Estás asustando a tus padres. —La voz del mago se colaba en mi cabeza, pero no estaba segura de que los demás pudieran oírla—. ¿Es eso lo que quieres? —preguntó cortés. Negué con la cabeza—. Deséalo —ordenó de nuevo, esta vez de forma amable.

Fijé los ojos en el espejo y sentí una oleada de vértigo en el estómago. El cristal se licuó, como la superficie de un estanque al que hubieran lanzado una piedra. Las ondas se fueron oscureciendo hasta convertirse de nuevo en noche cerrada.

—Deséalo —susurró el mago.

Y le obedecí. Cada poro de mi cuerpo ansiaba obedecerle. Deseé volver a ver la prodigiosa estrella atravesando el cielo. Al instante ahí estaba, acudiendo a mi orden. Brillaba como mil astros, dejando tras de sí un único rayo en cuyo extremo había un orbe de fuego.

—¿Ves al dragón?

Asentí.

—¿Cómo es?

—De su boca salen dos rayos, en direcciones opuestas. Uno se dirige hacia el mar. El otro, hacia los prados. Tengo miedo —sollocé—. ¡Tengo miedo!

—¡Ya basta! —gritó mi padre.

Merlín apartó el espejo. Me colocó una mano en la cabeza y me acercó a su pecho para acunarme mientras me arrullaba. No me

mantuvo así mucho tiempo. Antes de que yo pudiera encontrar la calma, me soltó para depositarme en los brazos de mi padre. Abrí los ojos y pude por fin ver con claridad. Como si acabara de despertar de un mal sueño, observé los rostros impresionados de los que me rodeaban. Y a Merlín, de espaldas a todos, con la mirada fija en el firmamento. Entonces comenzó a enunciar:

Un dragón de fuego ha cruzado el cielo de Britania.
De sus rabiosas fauces brotan otros dos dragones.
El primero apunta a la región de Galia; el segundo,
hacia el mar de Hibernia.
El primero anuncia al poderoso rey que nacerá.
El segundo, a la hija que dará a luz a quienes han de gobernar
durante siglos.

Después guardó silencio y permaneció inmóvil, con la barbilla levantada. Nadie se atrevía a hablar, a dar un paso, a toser o incluso a suspirar, porque es de sobra sabido que sacar a un mago de su trance puede desestabilizar el orden del tiempo y generar una perturbación aleatoria totalmente incontrolable. Los segundos podrían convertirse en días, del mismo modo que los años en siglos, lo cual estaba bien si se trataba de alargar momentos gozosos, pero que se convertía en un tormento en el caso contrario. Aunque aquello se estaba prolongando demasiado. Los presentes se miraban unos a otros con gesto interrogante; arqueaban las cejas y encogían los hombros. Empezaron a preguntarse si sería posible que el trastoque en el ritmo del tiempo se hubiera producido ya de todos modos, así que Úter decidió, bajo su responsabilidad, acercarse a Merlín. Carraspeó un par de veces antes de darle un golpecito en el hombro con el dedo índice.

—¡Es terrible! ¡Terrible! —gritó entonces el mago, sacudiendo las manos sobre su cabeza, como si estuviese espantando a un murciélago que intentara anidar en su pelo.

Los que se encontraban más próximos (incluido el propio Úter) dieron un respingo y se alejaron un par de pasos. Mi padre me cogió de la mano y me colocó tras él.

Merlín se dio la vuelta. Nos observó uno por uno, aspirando el aire con dificultad.

—Los cuerpos celestes que nos observan desde el cielo están compuestos por la «quinta esencia» —aclaró al darse cuenta de que su auditorio parecía un tanto desconcertado—. Se trata de algo muy superior al resto de esencias que encontramos en este mundo nuestro: el aire, el agua, el fuego, la tierra… —enumeró—. La revolución de los astros allí arriba —dijo a la vez que señalaba el firmamento— determina la concepción o declive de todos los cuerpos corruptibles que estamos aquí abajo. Los astros son como piedras imanes. Sus movimientos influyen en lo que nos sucede, desde el crecimiento de los colinabos hasta el color de los ojos de las criaturas que están por nacer. He estado tan concentrado en asesoraros en otros temas que no he sido capaz de profetizar esta desgracia. Es terrible… Terrible —concluyó posando sus arrepentidos ojos en los de Úter.

—¿Quinta esencia? ¿Piedra imán? ¿Colinabos? Y todo eso… ¿qué diablos significa? —preguntó Úter angustiado.

El hermano del rey era de naturaleza práctica. Su habilidad para captar alegorías, tropos o juegos de palabras era inversamente proporcional a su destreza con la espada, así que, como la mayoría de los presentes, no se estaba enterando de la verdadera gravedad del asunto.

—Britania ha quedado huérfana —declaró por fin Merlín—. Vuestro hermano acaba de morir y este astro es el nuncio encargado de notificároslo.

Se escuchó un suspiro general de alivio, no por la revelación en sí, claro está, sino porque al fin empezaban a entender a qué venía tanto alboroto.

—El astro os representa —siguió descifrando el mago—. Sois vos mismo: un dragón de fuego. Esa estrella atípica que brillaba más

que ninguna otra que se hubiera visto jamás arrojaba un rayo en forma de dragón de cuyas fauces surgían otros dos dragones. El que señalaba a las regiones de la Galia anuncia el poderoso hijo que nacerá, fruto de vuestras entrañas. El segundo rayo representa a la que será vuestra hija, cuyos descendientes gobernarán durante siglos el reino de Britania.

—Pero ¿qué estáis diciendo? Mi hermano… ¿está muerto?



Por si alguno de los presentes puso en duda la profecía de Merlín, al día siguiente aparecieron un par de mensajeros para confirmar la muerte del rey Aurelio Ambrosio. Había sido envenenado, y los obispos y abades estaban preparando ya sus exequias. No se vivían tiempos como para dejar en el aire el trono, así que Úter debía regresar a la mayor brevedad. Pero antes de abandonar Tintagel, cuando todos los hombres estaban ya preparados para emprender el camino de regreso a Londinium, el hermano del rey se rezagó. Esperó a que mi padre se despidiera de nosotras y se adelantase. Yo estaba junto a mi madre, aferrada a su falda, haciendo pucheros, como siempre que lo veía partir. Mi drama infantil me mantenía alejada de lo que estaba sucediendo a mi alrededor; por eso tardé en darme cuenta de que Úter se había acercado a nosotras. Su rostro componía un gesto que podría pasar por duelo, pero, si se prestaba la suficiente atención, se percibía algo más: una tenue sombra de agonía mezclada con devoción. El futuro rey de Britania escuchaba las susurrantes palabras de condolencia que lady Igraine pronunciaba. Parecía aspirarlas a sorbos, con los párpados entornados y los ojos llenos de estrellas. A través de mis lágrimas pude contemplar la escena como si ambos estuvieran atrapados dentro de una pompa de jabón.

Úter aferró la mano de mi madre y se la llevó a los labios.

—Señora —musitó titubeante aquel hombretón que podía dividir en dos al enemigo con un único golpe de espada—. Mi cuerpo se aleja de vos, pero dejo aquí mi corazón.

Seguía con la mano de mi madre atrapada entre las suyas. La deslizó a su pecho. Ambos se contemplaban en silencio. He de señalar que lady Igraine no sonrió en ninguno de los pocos segundos que duró ese momento.

Supongo que fui yo quien deshizo el hechizo que los envolvía. Úter percibió mi presencia. Posó sus ojos en mí y su gesto bobalicón se contrajo. Frunció el ceño y apretó los labios, contrariado. Me observó. Yo le sostuve la mirada.

Me alegra comunicaros que salí vencedora de ese pulso.

Aflojó la presión de la mano con la que aún sujetaba la de mi madre hasta liberarla. Ella se la llevó instintivamente al pecho y la cubrió con su otra mano, como si acogiera entre ambas a un pajarillo herido. Úter entonces hizo una leve inclinación del mentón y, sin añadir una palabra más, se dio la vuelta y se alejó de nosotras dando grandes zancadas.

En ese momento yo no lo sabía, pero el Gran Dragón acababa de entrar en nuestras vidas para determinar nuestro destino.

---

17 G., Monmouth, G. d. (2004). *Historia de los reyes de Britania*. España: Alianza Editorial.

18 La magia de Merlín no se desarrolló exactamente como él había predicho. Las piedras tardaron más de una semana en llegar a Kaercaradoc. En un principio, algunas parecían despistadas. Dieron vueltas y más vueltas, como danzando, hasta que lograron emplazarse como estaban en su origen. Allí siguen. Con el tiempo les cambiaron el nombre; llegaron a conocerse como Stonehenge.

5
EL GRAN DRAGÓN

«(…) envió el rey Uther por este duque, encargándole que trajese consigo a su esposa, pues era tenida por hermosa dama, y muy discreta, y se llamaba Igraine. Cuando el duque y su esposa llegaron ante el rey, por intermedio de grandes señores fueron acordados ambos. Plació y amó bien a esta dama el rey, y les hizo muy buen recibimiento, y deseó yacer con ella». [19]

La muerte de Arturo
SIR THOMAS MALORY

Úter Pendragón en nada se parecía a su recién fallecido hermano, ni en lo físico, ni en lo espiritual. No era sereno, ni juicioso, ni moderado, aunque tampoco se había requerido en el pasado eso de él. Entre las cualidades necesarias que un hombre debía tener para encabezar ejércitos estaba permitir que la sangre se le calentase hasta el punto de ebullición, ya fuese en una pelea de taberna o en el campo de batalla. A Úter, algunos hombres lo consideraban «el caballero más grande que jamás dio Britania», pero con ello lo que querían expresar es que era igual de hábil cercenando vidas con la espada larga que con la corta, que a puñetazos o que a patadas. Podía beberse cuatro jarras de cerveza seguidas para bajar los cuatro pollos asados que se comía de una sentada. Cazaba, jugaba a las cartas y se enrabietaba en una discusión con la misma pasión con la que se enfrentaba al enemigo en el campo de batalla. Todas esas cualidades eran las que lo diferenciaban del rey recientemente fallecido. Y también eran las mismas que ahora se valoraban al alza para colocar sobre su cabeza la corona.

Su aspecto armonizaba a la perfección con su impetuosa personalidad. Úter era alto, con espaldas anchas de guerrero. De haber sido preguntados, los caballeros que luchaban junto a él lo habrían descrito como bien parecido (si fuera pertinente que un hombre entrase a valorar el atractivo físico de otro, algo que no se consideraba pertinente en absoluto). Las mujeres, en cambio, hubieran señalado algunos defectos. La estampa de Úter era poderosa; en eso estaban de acuerdo. También destacaban que su grave vozarrón era igual de competente para animar una fiesta que para espolear a su caballo o seducir a las damas; pero el llameante rojo de su pelo a la mayoría les parecía excesivo: barba, cejas, pestañas… Todos los tonos carmesíes se extendían por su rostro, brotaban en forma de pecas, salpicando cada pulgada de su piel. Incluso el verde de sus ojos se enturbiaba con motas castañas. Cuando estaba alegre reía a carcajadas, demasiado alto. Y cuando estaba tranquilo era habitual ver reflejada en su rostro una mueca irónica, como si supiera algo muy vergonzoso de ti que ni siquiera tú mismo conocías. Fue precisamente la ausencia de este acostumbrado gesto socarrón lo que despertó la preocupación de la gente que le rodeaba. Al futuro rey lo atrapó la melancolía. Su mirada perdida, la irregularidad de su respiración, sus prolongados silencios y una tendencia al decaimiento se interpretaron como señales inequívocas de la consternación por la muerte de su querido hermano.

Pero estaban equivocados.

La realidad era que Úter languidecía de amor por mi madre. Desde el mismo momento en el que la vio, su belleza se le clavó en el pecho como un puñal. Aunque, dicho así, suena demasiado simple. Era más que eso. Lady Igraine tenía algo que el futuro monarca no había encontrado antes en ninguna otra mujer. Cuando se despidieron creyó intuir que se preocupaba sinceramente por él. Mientras desgranaba las habituales palabras de condolencia, ella hizo una reflexión en la que, hasta ahora, no había reparado, y era que, tras la muerte de su hermano, se había quedado solo en el

mundo. Ya no caminaba sobre la faz de la tierra nadie que llevase su misma sangre. La dama lamentaba que tuviera que enfrentarse al trance de organizar un funeral real rodeado de súbditos, en lugar de hacerlo rodeado de familiares y amigos. Lady Igraine le manifestó una turbación, un desvelo, una devoción que jamás nadie le había mostrado. Úter se enamoró del sentimiento de ser vulnerable a los ojos de ella. Al futuro rey le sorprendió la dicha que le provocaba sentirse desgraciado por amor.

No era la primera vez que Úter se enamoraba, claro está (al menos, eso creía él). Ya había sentido en el pasado ese vértigo en el estómago, esa falta de aire, ese calor en el bajo vientre…, pero en las anteriores ocasiones la mujer en cuestión estuvo más o menos accesible y logró aplacar ese fuego con prontitud, sin mayor sufrimiento. Pero librarse de la sed que ahora sentía no era tan simple como rellenar un vaso de agua fresca y bebérselo de un trago. Lady Igraine estaba casada con otro. Y no con cualquier *otro*. Su marido era el duque Gorlois de Cornualles, uno de los hombres que facilitó el acceso al trono a su hermano y que ahora estaba dispuesto a facilitárselo a él. Un caballero honesto y fiable que no había dudado en poner sus huestes, sus propiedades y su propia vida al servicio de Britania. En la mente de Úter se mezclaban conceptos como la hermandad, la felonía, la lealtad y la ingratitud. Así que sufría y sufría. ¡Cuantísimo sufría Úter por amor!

Preocupado por su salud, Ulfin de Ridcaradoc, su mano derecha, informó a Merlín.

—No lo reconozco —le indicó al mago con gesto de consternación—. Si vierais con qué angustia suspira, cómo se despierta en mitad de la noche envuelto en sudor, presa de agitados sueños, los largos monólogos que entabla consigo mismo… Temo que, en realidad, crea estar hablando con su fallecido hermano. Si alguien lo viera en este estado podrían tacharlo de… de… de haber perdido la… —Se llevó el dedo índice a la sien—. Podría poner en riesgo su investidura.

Merlín estuvo de acuerdo en que aquello había que atajarlo enseguida. Recomendó que Úter ingiriese tisanas de lavanda, e indicó que se debía colocar junto a su almohada una piedra citrino, que tenía la cualidad de despejar el alma de malos pensamientos, atraer la alegría y mejorar la digestión. Pero a Úter el olor de las hierbas hervidas le provocaba náuseas y encontraba ridículo gastar energías en buscar una piedra amarilla, con la de asuntos urgentes que demandaban su atención. Además, él sabía que los motivos reales de su pésimo estado de ánimo eran otros, y poco o nada podían hacer por él minerales o infusiones.

Sobrellevaba los días a duras penas. Montar en su caballo le traía a la mente el recuerdo de las veces que había cabalgado los cuerpos de mujeres de las que no guardaba registro de nombre ni rostro. Escondía los dedos entre las sudorosas crines de los sementales rememorando triángulos vellosos y la miel que estos escondían. Por las noches era aún peor; a Úter se le cocinaba la sangre y ardía de deseo. El corazón golpeaba su pecho como cuando estaba en plena batalla. Tenía la piel atenta a cada roce de la ropa y fantaseaba con la idea de que las manos blancas de mi madre le acariciaban los muslos, las nalgas, el vientre…, y estallaba en la oscuridad, ensuciando sus sábanas como un adolescente. Estaba enfermo de amor y apetito no saciado.

Úter no tenía paciencia para afrontar el desaliento. Su decaimiento se fue transformando en frustración, y de ahí pasó a la rabia. No le parecía justo que un duque tuviera una esposa mejor que la que pudiera tener el propio rey. Convencido de que no existía en el reino una mujer comparable a lady Igraine, la quería para él. Como era un hombre de acción, decidió tomar cartas en el asunto.

Mi madre tenía veinte años recién cumplidos cuando llegó al castillo el mensajero con el anuncio de la inminente coronación de Úter. La misiva detallaba que se esperaba la asistencia de los grandes señores del reino (entre los que se encontraba mi padre) en compañía de las grandes señoras del reino (entre las que se

encontraba mi madre). La ceremonia tendría lugar en un día tan señalado como la Pascua cristiana.

En el pasado, por esas mismas fechas y coincidiendo con el equinoccio de primavera, se celebraba Ostara. Era el momento en el que la madre naturaleza despertaba de su letargo invernal, apartaba las nubes que opacaban el sol, fertilizaba los campos y zarandeaba los capullos para despertar a las mariposas agazapadas en su interior. Ostara se anunciaba con luz y renacimiento, pero estaréis de acuerdo conmigo en que frutos, mariposas y nubes huidizas resultan señales demasiado imprecisas si se desea llegar puntual a una coronación. Tuvieron que consultar con el padre Edwin, que era quien llevaba la cuenta precisa del calendario, para saber en qué domingo caería exactamente la Pascua ese año. Hicieron sus cálculos; para llegar con tiempo debían partir en tres días.

Cuando mi madre supo que viajaría a Londinium, sus labios dibujaron una mueca que jamás le había visto; por primera vez, sonreía también con los ojos. Tuve que alcanzar la edad que ella tenía en ese momento para comprender cómo se siente una joven que pasa su vida encerrada en un castillo ante la promesa de una próxima emoción.

Esa misma noche comenzó a preparar su equipaje: metió la estola de piel de zorro, la diadema de oro y perlas, el colgante de turmalina negra que mi padre le trajo de un mercado de Eboracum. Sacó del baúl el vestido teñido con púrpura de Tiro, que solo se ponía para las grandes ocasiones. Lo sujetó por los hombros y se lo colocó por encima.

—¿Te gusta, Morgana? —preguntó.

Yo asentí en silencio, pero en realidad a mi madre no le interesaba mi respuesta. Hablaba para sí misma. Se mecía con los ojos cerrados, abrazada al vestido, musitando una canción que yo desconocía. Su cuerpo núbil de pechos pequeños, cintura breve y caderas armoniosas no había variado desde su casamiento. Sin conocerla, nadie diría que ya había sido madre. Algunos se preguntaban si volvería a concebir un hijo; no parecía una empresa

sencilla. Mi padre pasaba mucho tiempo lejos de Tintagel, envuelto en mil combates. Cuando regresaba estaba cansado y mi madre siempre se mostraba reacia a recibir sus caricias. Le decía que apestaba a miedo, a sangre y a muerte y que le provocaba náuseas. Él prefería ocupar otra alcoba, lejos de ella, para evitarle el desagrado. Antes de que a mi padre se le fuera el olor a batalla, ya tenía que marcharse para enfrentar una nueva. Y así fue pasando el tiempo sin que me dieran un hermano.



Mis padres partieron dos días después, rumbo al este, para tomar la vía romana de Fosse Way, que les permitiría viajar con mayor comodidad y rapidez. Antes de alcanzarla, debían cruzar un bosque de corazón sombrío, custodiado por robles y olmos añosos cuyas ramas se alzaban al cielo, tamizando la luz. Por seguridad, iban acompañados de un grupo de soldados y por Britael, el hombre de confianza de mi padre. Una vez en la Fosse Way, irían al encuentro del río que dio origen a la que fuera una de las ciudades más impresionantes al norte de los Alpes.

Mi madre nunca se había alejado de Tintagel, así que le sorprendió ver, tierra adentro, una masa de agua dulce tan caudalosa. Mi padre le explicó que, mucho tiempo atrás, ese mismo río había mecido las barcas de los que llegaron del continente envueltos en pieles, talismanes y encantamientos. Los druidas atrajeron a los dioses de la naturaleza, depositaron en el estuario del Támesis al dios Lugh, maestro de todas las artes, y a la diosa Ainé en los sinuosos meandros, lo que hizo que los mortales se enredasen en la más intensa de las pasiones amorosas. Siglos después, la marea trajo a los romanos. Venían con el propósito de civilizar la isla y hacerse con sus riquezas. Alcanzaron el lugar en el que podían vadear aquel río repleto de truchas y salmones, y allí se asentaron. Observaron las dos colinas en la orilla septentrional y el

promontorio de grava frente a ellas. La marea en ese lugar permitía que los barcos remontasen el río y que, del mismo modo, fueran impelidos al mar, gracias a los vaivenes de la corriente. Los ingenieros romanos hicieron sus cálculos: allí había una base sólida sobre la que construir un muelle y un puente. Y eso hicieron. Apilaron maderas y piedras que dieron forma a foros, basílicas, teatros, casas, baños públicos…

Los britanos en un principio se resistieron a la intromisión de esos petulantes extranjeros, pero algunos terminaron seducidos[20] por el dios Baco, por las termas y los lupanares.

—¿Lupanares?

Mi padre se carcajeó.

—Mi querida esposa… a veces olvido lo grande que es tu inocencia. El Londinium romano llegó a tener treinta mil habitantes.

Mi madre no mostró señal alguna de que la cifra le impresionase. Jamás había estado presente en una reunión a la que asistieran más de cien personas.

—Lo notable de Londinium no eran los templos, ni los anfiteatros, ni los palacios —siguió explicando mi padre—, sino su excepcional puerto. Hasta él llegaban barcos de todos los rincones del mundo cargados de vino, aceite, sedas, perfumes, vidrio, especias… En torno al puerto se levantaron almacenes de piedra, carpinterías, molinos, fábricas de ladrillos y de cerámica. En Londinium no faltaba el trabajo. A diario atravesaban el puente cientos de hombres con pieles de todos los colores, hablando idiomas que nadie conocía. —Mi padre suspiró—. Lupanar significa 'guarida de lobas'. En la ciudad había establecimientos donde las mujeres ofrecían su cuerpo a cambio de dinero. Aullaban como las lobas desde las ventanas para que los hombres, fuera cual fuese el idioma en el que hablaran, supieran reconocer la mercancía que se ofrecía en esa casa.

—Vender el cuerpo… —murmuró mi madre, incapaz de comprender el motivo por el que alguien pondría en manos de un desconocido la única propiedad sagrada que tenía a cambio de algo tan pedestre como el dinero.

Cruzaron la antigua muralla romana por la puerta occidental. Londinium se presentó ante sus ojos bajo una cúpula de cielo en tonos anaranjados y violetas, como un fantasma del pasado. Tras la marcha de los romanos, la ciudad quedó abandonada. A los sajones les disgustaban las ciudades. Su idea del lujo pasaba por dormir junto a una hoguera bajo un techo de estrellas, con la barriga repleta de carne de venado asada y regada con hidromiel. Así que se asentaron un poco más al oeste. Ahora la ciudad era un laberinto de calles en cuyo empedrado crecía la hierba salvaje. Sobre la colina aún se alzaba el orgulloso anfiteatro, aunque bastante mordisqueado por el tiempo.

Uno de los proyectos del fallecido rey Aurelio Ambrosio era recuperar la antigua gloria de Londinium. Para ello habilitó el palacio del gobernador y lo convirtió en su residencia oficial. Se trataba de un soberbio edificio de altos muros arqueados de más de cuatrocientos pies de largo que contaba con un sofisticado sistema de calefacción al que los romanos llamaban «hipocausto». El monarca fallecido reconstruyó las viviendas que lo rodeaban, lo que ahora permitiría alojar a los invitados a la coronación. Comerciantes y artistas acamparían en una pradera cercana.

Por orden de Úter, mis padres serían de los pocos que se hospedarían en el interior del palacio. El centinela que custodiaba la puerta los dejó pasar y una dama los recibió en el atrio, junto al estanque. En una de las esquinas, una pequeña capilla de mármol acogía la imagen de la Virgen con el niño, en el mismo espacio que antaño ocuparan los lares protectores del hogar. La dama los guio por pasillos de paredes pintadas con escenas mitológicas: aquí, Ceres coronada de espigas; más allá, Minerva acompañada de su lechuza… El suelo de la estancia de mis padres estaba adornado con un mosaico que representaba a un grupo de alegres delfines que jugueteaban con las olas.

—Mañana está previsto que los hombres se reúnan en consejo. Si la señora lo desea, vendré a buscaros y os guiaré por la ciudad —propuso la dama con una sonrisa, dirigiéndose a mi madre—.

Podemos recorrer juntas el mercado. Venden productos que son difíciles de adquirir en otros lugares.

—Gracias. Será un placer —le respondió mi madre.

—En el tocador encontraréis un obsequio de parte del señor, lady Igraine. Es una poma de olor traída de Armórica especialmente para vos —informó antes de despedirse—. Y ahora, os dejo. Desearéis descansar tras el largo viaje.

Hizo una leve reverencia y salió de la habitación.

Mi madre se acercó al tocador. Allí encontró una esfera hueca, hecha con filigrana de oro, que colgaba de una cadena. Tenía un pequeño cierre y una bisagra, de manera que podía abrirse. En su interior había trocitos de madera de sándalo y pétalos de rosas y de violetas. Al moverla, un aterciopelado aroma floral inundó la alcoba.

—Desconocía que Úter fuese tan detallista —dijo mi padre—. Es muy gentil por su parte agasajar a las señoras que asisten a la coronación con objetos tan delicados.

Mi padre en ese momento no tenía ni idea de que mi madre fue la única señora que recibió un regalo a su llegada.

Al día siguiente, tal y como prometió, la dama fue en busca de lady Igraine para recorrer la ciudad. Los terrenos aledaños al palacio del gobernador estaban atestados de puestos de comerciantes que pregonaban a voces sus mercancías: hogazas de pan, pasteles de carne, huevos, cerveza, vino especiado, miel, pescado salado, tarros de aceite, baratijas traídas de lugares que quedaban en los confines del mundo…

Atado al carro de los acróbatas, las mujeres vieron un insólito caballo con rayas blancas y negras que, aseguraban sus guardianes, venía directamente de África. Bajo un toldo amarillento, un hombre de rostro tiznado ofrecía filtros de amor, justas venganzas y amuletos de la suerte por un módico precio. Un flautista pelirrojo empezó a seguirlas, envuelto en el tintineo de su traje cuajado de cascabeles. Daba brincos en torno a ellas, emitiendo su musiquilla aguda. Mi madre reía y reía, feliz como nunca. Una muchacha les ofreció almendras garrapiñadas, señalando el puesto en el que

podían comprarlas. Mi madre aceptó un puñado y se las fue echando una a una en la boca, ajena a la perturbación que provocaba su presencia, con ese increíble cabello de sirena y esa manera de moverse entre el tumulto, sin que nadie lograra rozarla.

—Quizás os guste visitar el antiguo templo de Mitra —sugirió la dama.

Mi madre asintió encantada, sin darse cuenta de que su acompañante giraba la cabeza, buscando con la mirada a la sombra envuelta en una oscura capa que las iba siguiendo desde que comenzaron su paseo.

De entre todas las creencias que se hicieron populares durante el Imperio, fueron el cristianismo y el culto a Mitra las que calaron con más fuerza en el alma de los ciudadanos. Mitra, el dios persa de la luz y el sol, defensor de la pureza, la justicia y la honestidad, casualmente celebraba su cumpleaños el mismo día que Jesucristo. El templo de Mitra se encontraba entre dos colinas, a poca distancia del palacio del gobernador. Era un edificio de planta rectangular. En el ábside seguía representada la imagen de Mitra matando al toro, cuya sangre dio vida y prosperidad a la Tierra.

Mi madre se adentró en la oscuridad de aquel templo, apenas iluminado por antorchas de pino. Las llamas rojizas titilaban, dibujando mohínes teatrales en el rostro de Mitra. En contraste con el bullicio del exterior, allí solo se oía el crepitar del fuego mezclado con el sonido de sus propios pasos. Fue justo en ese momento cuando tuvo la certeza de estar sola. Miró a derecha e izquierda, pero la dama que la acompañaba había desaparecido. Entonces percibió la presencia de alguien más, y se dio la vuelta con el corazón encogido. En la pared, vio reflejada la sombra de un hombre. La figura se acercaba a ella, distorsionada, oscilante, agrandándose con cada paso. Mi madre abrió la boca dispuesta a pedir auxilio, pero reprimió el grito al darse cuenta de que conocía a ese hombre.

Úter y ella se observaron en silencio durante un instante que les pareció eterno, como si llevaran años caminando a ciegas,

buscándose sin saberlo, y ahora estuvieran sorprendidos de que la suerte los hubiera colocado al uno en el camino del otro, con lo grande que era Britania.

—Señora…, me sorprende veros aquí —mintió el futuro rey cuando estuvo al lado de lady Igraine.

—La dama que pusisteis a mi disposición es la que sugirió que viniésemos —respondió mi madre—. Pero no sé dónde… Estaba aquí hace un instante y ahora…

—¿Es la primera vez que visitáis Londinium? —la interrumpió Úter, que tenía poco (o ningún) interés en iniciar un debate sobre la misteriosa desaparición de la dama.

Mi madre asintió.

—También es la primera vez que me alejo tanto del mar. Echo en falta el olor a sal y el sonido de las olas.

—No estáis tan lejos del mar, mi señora. Puede que ahora Londinium os parezca arraigada tierra adentro, pero, al comienzo del mundo, aquí estaba el mar —informó él—. Si os fijáis en las piedras con las que está construida la ciudad, podréis encontrar las huellas de las corrientes marinas.

Úter le puso la mano en la cintura para guiarla con delicadeza hacia una de las paredes del templo, un rincón apenas alumbrado por un pebetero. Mi madre no estaba incómoda, ni sorprendida, como si esa mano y su cintura hubieran sido creadas para ocupar un mismo espacio. En el movimiento de ambos se podía percibir la actitud posesiva de él y la docilidad de ella.

—¿Veis? En este muro están los contornos de lo que en otro tiempo fueron estrellas de mar, caracolas, ostras, cangrejos… —Aferró la mano de mi madre e hizo que su dedo índice recorriese los relieves de las piedras, mientras que su propio dedo índice acariciaba la piel de la muñeca de lady Igraine—. Las mareas y las tormentas siguen envolviendo Londinium, rugiendo en sus entrañas. ¿Lo apreciáis, mi señora?

Pronunció la pregunta tan cerca de la oreja de mi madre que ella pudo notar la caricia de su aliento en el cuello. Tragó saliva antes de

asentir, seria y silenciosa.

—¿Habéis visto el color del mármol? —siguió diciendo él con voz pesada—. Algas antiguas lo han veteado con tonalidades verdosas… como vuestros ojos.

Úter no entendía nada de moda femenina, pero sí de atuendos que mostraban lo mejor de los cuerpos femeninos. Observó sin recato la figura de mi madre, envuelta en su vestido de terciopelo. El escote exponía la blancura de una piel que atrapaba la poca luz que había en la sala. Reparó en que llevaba prendida de su cintura la poma de olor que le había regalado. Aspiró el aroma que la envolvía. La imaginó desnuda bajo su cuerpo, gimiendo de placer. Y sintió un estremecimiento.

Ya no tenía ninguna duda: merecía una reina como ella.

Pronto se corrió la voz de que el futuro rey bebía los vientos por la esposa de otro hombre. Circuló por Londinium el rumor de que Úter había convocado una reunión con todos los señores del reino a la que no asistió, ya que el propósito era mantener entretenido al esposo de dicha mujer. Había quienes aseguraban que lady Igraine y el futuro monarca se habían citado en el templo de Mitra, con opacidad y felonía. Que él se lanzó a seducirla, que ella suspiró y él cerró los ojos para beber ese suspiro. Y que ambos murieron un poco. Decían que Úter inundó de regalos la alcoba de lady Igraine. Que le enviaba joyas, dulces, lilas, prímulas, jacintos de los bosques y esas florecillas blancas que hacen estornudar, y que ella encontró preciosas. Durante las cenas previas a la coronación, ordenaba a los pajes que le sirvieran a la señora el vino en una copa de oro de la que él, previamente, ya había bebido.

Hasta los más torpes se percataron de esas inmoderadas atenciones, por lo que supusieron que mi padre (que tenía fama de perspicaz), debía de haberse dado cuenta también. Ante esta situación, parecía que la asociación entre el duque de Cornualles y el rey no tardaría en romperse.

Para mí fue una novedad pasar tiempo en el castillo sin la presencia de ninguno de mis padres. La mayoría de los sirvientes estaban poco interesados en mí, así que, una vez terminaban de atender mis necesidades básicas, me olvidaban. Eso me permitió juguetear con aquel talento que Merlín había despertado, gracias al que pude convocar la estrella con forma de dragón. Desde aquella noche, sentía una imperiosa curiosidad por saber hasta dónde podría llegar, si lo deseaba. ¿Sería capaz de ver en el espejo lo que mis padres hacían en Londinium? No estaba segura de poder conjurar algo sin el susurro del mago en mi oreja, pero quería intentarlo.

Me dirigí a la habitación de mi madre y reuní el valor para coger el espejo. Con él en la mano, me escondí bajo la cama. Su resplandor plateado se abrió paso en la penumbra. Lo coloqué en el suelo y me acerqué al cristal. Mis ojos me devolvieron la mirada un segundo antes de que mi respiración lo empañara. Lo limpié con el puño del vestido y volví a asomarme. Otra vez mis ojos. Desee ver lo que estaba sucediendo en Londinium. Lo deseé muy fuerte. Nada. ¡Nada! Chasqué la lengua con fastidio. Entonces recordé que Merlín dibujó una cruz en la superficie del espejo, antes de que yo me asomara. No tenía ni idea de si tendría alguna utilidad, pero repetí el gesto.[21] Poco a poco, el reflejo de mis ojos se fue difuminando, y el cristal dejó de parecer firme. La superficie osciló, como el agua de un arroyo, provocando destellos de luz que dieron forma a una corona salpicada de piedras preciosas, y que estaba colocada sobre la cabeza de Úter.

El nuevo rey salía de la iglesia bajo palio. Lo seguían los grandes señores y señoras del reino, entre los que se encontraban mis padres. La muchedumbre, incentivada por el alegre tañido de las campanas, lanzaba vítores y pétalos de rosa. A medida que avanzaba, el monarca se paraba aquí para estrechar la mano del panadero, acá para acariciar la cabecita de una criatura que

lloriqueaba en los brazos de su madre, acullá para entregar un moneda de plata a un mendigo andrajoso… Hombres y mujeres recompensaban cada uno de sus magnánimos gestos con loas y suspiros. Pese al tumulto, pude ver cómo, de tanto en tanto, Úter echaba atrás la mirada para confirmar que mi madre lo seguía con la suya.

Recorrieron las calles en procesión, rodeados por la multitud, hasta alcanzar el palacio del gobernador. Una vez allí, las puertas solo se abrieron para acoger al monarca y sus invitados. Úter se sentó bajo una de las arcadas del patio y dio comienzo el acto del juramento de fidelidad. Señores, nobles y clero se colocaron en fila. Fueron pasando de uno en uno, postrándose a sus pies, hasta llegar a mi padre.

—Yo, Gorlois de Cornualles, juro ante Nuestro Señor Jesucristo que os seré fiel y leal. Que os honraré y os protegeré. Y he de pagar con mi vida si en algún momento rompo este juramento.

Tragué saliva al escucharle pronunciar palabras tan graves.

Mientras tanto, el resto de invitados se arremolinaba en torno a los manjares y el vino que se servía en el patio. La luz fue descendiendo y los criados encendieron las antorchas que colgaban de las paredes. La música de un laúd acompañaba los versos de un bardo.

Dulces voces entonan cantos
El oro en la frente del rey brilla
Óleos sagrados, espada y manto
El nuevo monarca esperanza destila

La superficie del espejo vibró de nuevo, distorsionando la imagen. Esperé unos segundos a que volviera a fijarse, y entonces me devolvió el reflejo de mi madre y de Úter, juntos, en uno de los rincones del patio.

—Resulta perturbador observar vuestras manos —le decía mi madre con la mirada enredada en los dedos del nuevo monarca—,

tan delicadas ahora, repartiendo caricias a los súbditos, pero, al mismo tiempo, capaces de arrancar vidas en el campo de batalla.

—Mis manos no merecen la honra que les brindáis —respondió él—, así como tampoco el reproche que creo percibir. Por desgracia, ni una cosa ni la otra me son propias. Aprendí a luchar como el que aprende a beber o a pronunciar las primeras palabras. Me inculcaron que mi dinastía estaba amenazada y que debía defenderla con uñas y dientes. Crecí con la idea de recuperar un reino dominado por salvajes. La rabia seguiría apoderándose de mí de no ser por el ejemplo que veo en vos, señora. La delicadeza que alabáis es solo el tímido reflejo de la paz que inunda mi corazón en vuestra presencia. Si supierais que mis manos… Mis manos, lady Igraine, son tan desgraciadas como el resto de mi cuerpo, porque lo único que ansían es sostener las vuestras.

Mi madre levantó los ojos y los clavó en los de Úter. Abrió la boca, con la intención de interrumpirle, pero él siguió hablando:

—No pretendo ofenderos. Entiendo la gravedad de mis palabras y no albergo esperanza alguna de ser correspondido. Seré desgraciado. Desgraciado pero feliz, porque la vida me ha permitido llegar a conocer vuestra existencia. Mi bella y hermosa Igraine…

Úter aferró la mano de mi madre entre las suyas y se la llevó a los labios, como ya le había visto hacer en el pasado. Justo en ese momento, apareció mi padre.

—Gorlois…

Mi madre lanzó un gritito, y se alejó dos pasos del rey, de manera que Úter se quedó con los labios apretados y con sus manos vacías cerca de la boca, como si estuviera a punto de lanzar un silbido.

—Úter…, no me estaréis faltando al respeto, ¿verdad? —preguntó mi padre, sorprendido y triste al mismo tiempo.

Durante un brevísimo instante, Úter bajó la mirada. Parecía avergonzado, pero enseguida se recompuso.

—Sois vos quien me falta al respeto —espetó desafiante—. ¿Acaso se os olvida que estáis ante vuestro señor? Al dirigiros a mí, debéis postraros y llamarme «majestad».

Mi padre se tragó la tristeza, que le dejó en la boca el sabor de la perfidia.

—No es la corona con la que ahora ceñís vuestra cabeza lo que os otorga la dignidad real. El respeto se gana con las acciones. Teníais mi respeto en el campo de batalla, cuando nos jugábamos la vida por algo más grande que nosotros mismos. En esos días éramos compañeros… Más que eso: os consideraba mi hermano.

—Habláis del pasado. Esos días quedaron atrás. Ahora estamos aquí. Yo soy vuestro rey. —Dudó un momento antes de añadir, casi en un susurro—. Y vos, mi súbdito.

Aquella última palabra desató la furia que mi padre llevaba un buen rato intentando mantener a raya.

—¡El rey de los cornovios no es súbdito de nadie! —gritó.

La superficie del espejo volvió a vibrar. Sentí que una mano invisible me aferraba la garganta. No podía respirar. Las antorchas incrementaron su fulgor, llenando el espejo de luces reverberantes, distorsionando por completo la imagen.

Y, de pronto, solo oscuridad.

Pasé los dos siguientes días intentando convocar de nuevo el reflejo de mis padres, sin ningún éxito. Antes del anochecer del tercero, ya casi no podía contener la ansiedad. No quería comer. Tampoco dormir. Sabía que lo que había visto en el espejo era una escena determinante. Cuando escuché las voces de los sirvientes anunciando a gritos que mis padres habían regresado, corrí a su encuentro.

Mi padre traía el rostro desencajado. Mi madre, junto a él, estaba seria y guardaba silencio. Extendí los brazos para que él me alzara, como hacía siempre, pero se limitó a besar mi cabeza, sin demasiada pasión. Acto seguido, comenzó a dar órdenes a los soldados que habitualmente estaban al cargo de la vigilancia del castillo. Debían multiplicar la precaución. No, el nuevo rey no era ya bienvenido. No, no podían asumir un enfrentamiento directo con Úter. Sí, había que enviar un mensajero a Hibernia solicitando ayuda.

—Morgana y tú os quedaréis aquí —le dijo a mi madre sin apartar los ojos de mí—. Tintagel es el lugar más seguro. Este castillo no puede ser tomado. Los acantilados impiden el acceso por mar, y el puente es tan estrecho que solo permite el paso de las personas en fila de a uno. Tenéis el pozo, así que no os faltará agua. En los almacenes y despensas hay alimento para soportar más de un año de asedio. Yo iré con mis hombres a la fortaleza de Dimilioc y frenaré el avance de Úter hasta que lleguen refuerzos.

No era la primera vez que mi padre se marchaba para luchar, pero esa vez tuve el presentimiento de que caminaba hacia la fatalidad. Me abracé a su cintura, intentando evitar lo inevitable, pretendiendo que los brazos de una niña lograran retener el enorme cuerpo de un guerrero. Mi madre nos observaba en silencio, y yo la odiaba por ello. ¿Por qué no le abrazaba como yo? ¿Por qué se resignaba? ¡No, no había que resignarse! Las lágrimas me ardían en las mejillas.

—Padre… no… no…

—Volveré pronto, princesa mía —me dijo como despedida justo antes de que Britael me arrancara de su cuerpo para depositarme en los brazos de una de las damas. Pateé al aire, grité, aullé mientras le veía cruzar el puente al galope, acompañado de un grupo de soldados, alejándose de mí.

—Señora, pero… ¿qué ha ocurrido? —preguntó la mujer que me sujetaba.

Mi madre se mantuvo en silencio.

—Hemos abandonado Londinium sin el permiso del rey —respondió en su lugar uno de los soldados que se habían quedado para protegernos—. Cuando el rey se enteró, dio orden de que fueran en nuestra busca y nos apresaran. Dijeron que el duque debía regresar al palacio del gobernador para responder a las acusaciones de traición al juramento de lealtad y menosprecio a la dignidad real.

—¿Traición? ¡Santo cielo! —gimió la dama.

—Entonces el duque retiró el juramento de lealtad que había pronunciado durante la coronación —siguió narrando el soldado—.

Los hombres del rey no esperaban esa respuesta. Creían que íbamos a regresar sin oponer resistencia, así que tardaron en reaccionar. Al final anunciaron que, ante la negativa a obedecer las órdenes de su majestad y la reiteración del perjurio, el ducado de Cornualles había dejado de estar bajo la paz y la protección real.

—¿Y eso qué significa? —preguntó ella con el rostro descompuesto.

—Que el rey nos ha declarado la guerra.

El anuncio fue lo bastante calamitoso como para que los brazos de la dama cayeran a ambos lados del cuerpo, como una marioneta a la que hubieran cortado de pronto las cuerdas, así que pude zafarme. Eché a correr hacia las escaleras que subían a la torre. Desde allí vi galopar a los hombres en dirección al sur. Ya estaban lejos. Eran apenas una mancha oscura, próxima al horizonte, pero aún podía oír el eco sombrío del cárnix[22], que desde ese momento relacioné con la tragedia.

Los caballeros y escuderos que en el pasado combatieron mano a mano con Úter ahora debían enfrentarse a él. Ese pensamiento me llenó de furia, desesperanza, odio e impotencia. Podía sentir la sangre recorriendo mis venas, palpitando en mi cuello, golpeando mis sienes. El viento del oeste traía el fresco aroma del mar y lo aspiré con ansia. Trepé a la almena de un salto. La altura no me impresionaba; me sentía ágil, liviana, etérea, como si el tuétano de mis huesos se hubiera pulverizado hasta desaparecer. Mis ojos parecían haber multiplicado su potencia y podía atisbar más allá del horizonte. Vi los contornos lúgubres en los rostros de los soldados, los ceños fruncidos, las bocas entreabiertas, las manos crispadas de mi padre sujetando las riendas de Taranis.

Y el cárnix bramando sobre sus cabezas.

Una suave llovizna descendía del cielo pesadamente. Le ofrecí mi rostro, cerré los párpados y extendí los brazos, dejando que me empapara. Entonces pude sentirlo. Sí. Era aquel el goce que sienten los pájaros cuando ahuecan sus alas antes de emprender el vuelo.

Todo mi cuerpo se hizo viento y agua salada. Me invadió la certeza de que nada ni nadie podría detenerme; ni entonces, ni nunca.

Ahora el mundo me pertenecía.

No.

En verdad, yo era el propio mundo.

—Todo comienza cuando yo lo decido —recité—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve…

Y me lancé al vacío.

---

19 Malory, S. T., de Cuenca, L. A. (2024). *La muerte de Arturo*. España: Siruela.

20 No todos fueron complacientes con la presencia romana en la isla. Las aguas del Támesis reflejaron la rebelión de Boudica, la reina guerrera celta. El Támesis retuvo en la orilla los lamentos de sus hijas cuando los soldados romanos las violaron. El eco de sus gritos trepó por la isla, inundando de rencor el ánimo de las tribus. Boudica atrapó a los violadores y los sacrificó a Andraste, la invencible, diosa de la guerra y la victoria. Lanzó después sus cuerpos desmembrados al río, en cuyas aguas se reflejó la luz de las antorchas con las que sus huestes prendieron fuego al Templo de Piedra, que los romanos levantaron como símbolo de la conquista. Las llamas se extendieron, tiñendo el cielo de negro, convirtiendo el día en noche oscura. Pero los romanos no se hicieron célebres por rendirse con facilidad. Vencieron a Boudica y rehicieron la ciudad sobre aquellas cenizas. Aprendiendo de sus errores, edificaron una muralla defensiva en torno a ella.

21 Se puede conjurar el presente, el pasado o el futuro (así como obtener respuestas a todo tipo de inquietudes vitales, o la visión de lo que está sucediendo en lugares remotos) en el cristal de los espejos, en cuencos, jofainas, copas o lavamanos llenos de agua, así como en la superficie de lagos tranquilos. Dibujar una cruz con el dedo en la superficie divide el espacio en cuatro cuadrantes. Cada uno de ellos concreta el lugar en el que sucedió, está sucediendo o sucederá el acontecimiento por el que se pregunta: Cielo, Infierno, Mundo Real o País de las Hadas. Los antiguos griegos ya practicaban la catoptromancia, del griego *kátoptron*, (‘espejo’), y *mancia*, o lo que es lo mismo, adivinación por medio del espejo. Si en plena consulta sobre el futuro el espejo se rompía, era señal de mala suerte. Este es el origen de la superstición que afecta a los espejos rotos.

22 Instrumento de viento hecho de metal, utilizado por los celtas para anunciar el inicio de una batalla, similar a una trompa con forma de ese. Lo mismo servía para espolear la bravura de los guerreros que para intimidar al enemigo. La campana representaba la cabeza de un animal (habitualmente un jabalí), que se elevaba por encima de los combatientes. Quien lo hacía sonar debía ser lo bastante hábil para sostenerlo en posición vertical a la vez que mantenía el equilibrio sobre el caballo.

6
CAMBIAFORMAS

«Convino el rey en ello, demostrando un enorme interés. Dejó, en fin, el asedio en manos de sus subordinados, tomó las drogas de Merlín y adquirió al punto la apariencia de Gorlois. Ulfin se transformó en Jordán y Merlín en un tal Britael, sirviente del duque, de manera que nadie pudiese adivinar quiénes eran en realidad. Emprendieron después camino a Tintagel y llegaron al castillo con el crepúsculo».[23]

Historia de los reyes de Britania
GEOFFREY DE MONMOUTH

Cuentan los bardos que puedo transformar mi apariencia a placer.[24] Que lo mismo soy serpiente de agua, que maraña de algas, que delicado cisne. Que si estoy de buenas elegiré ser abeja que fecunda los campos, para dar vida a la tierra. Que me vieron como loba, aullando con las fauces manchadas de sangre, rindiendo tributo a la luna. Que soy capaz de encoger mi cuerpo, cubrirme de plumas negras con iridiscencias metálicas y tomar el aspecto de un cuervo para sobrevolar batallas, anunciando el dolor y la muerte; igual que la diosa Morrigan.[25]

Pero como ya os dije en el pasado, no son los bardos las criaturas más fiables que pisan la tierra. El puchero en el que cuecen sus historias podría compararse a un potaje de avena, vainas de guisantes, rábanos y cebolla al que añaden el astrágalo de una ternera para hacerlo pasar por potaje de ternera. Dicho esto, tampoco quiero que os hagáis una idea equivocada de los bardos. Pese a ser reticentes a que la realidad les opaque una radiante mentira, sería mezquino por mi parte restarles todo el mérito. En lo

que cuentan siempre hay un pellizco de verdad. Tan embusteros no son.

Lo cierto es que el día que salté desde la torre del castillo de Tintagel, mi cuerpo ya no era humano. Sin asomo de extrañeza, malestar o recelo, percibí en mis entrañas el burbujeo de mi nueva forma: la de la chova piquirroja que adorna el escudo de armas de mi padre. Extendí los brazos (que en ese momento ya eran alas) y me lancé a volar con la seguridad de que no iba a estrellarme contra el suelo.

Las chovas piquirrojas pueden parecer cuervos a los ojos de los necios, pero no lo son. Comprendo que no todos tienen acceso a las obras de Plinio el Viejo,[26] donde aparece reflejada la infinidad de criaturas improbables que habitan este mundo, pero la sutil diferencia entre ambas aves hace que los zoológicamente ignorantes me consideren a veces ángel o a veces demonio.

Por instinto tomé rumbo hacia la fortaleza de Dimilioc. Planeaba sobre los verdes páramos, que se extendían a izquierda y derecha, en busca de un cielo gris plomizo. Caminos truncados y peñascos afilados enfatizaban el vértigo que sentía en ese momento; jamás me había alejado tanto del castillo. Varias columnas de humo hicieron que mi mirada se desviara hacia el este. Percibí la vibración de cascos de caballos golpeando la tierra. Convencida de que se trataba de mi padre y su ejército, cambié la dirección y volé a su encuentro.

La nube de polvo subrayaba la presencia de soldados en una de las aldeas que rodeaban el ducado. El fulgor de sus espadas desenvainadas restallaba a intervalos en el espeso humo blanco, como relámpagos de la tempestad que se aproxima. Fue cuando distinguí el estandarte con el dragón rojo bordado sobre fondo blanco. Recordé entonces la estrella que atravesó el firmamento y la profecía de Merlín: «Un dragón de fuego ha cruzado el cielo de Britania». Se me heló la sangre en las venas. Tomé conciencia de que a aquellos hombres no los comandaba mi padre; se trataba del ejército de Úter.

Unos cien jinetes espoleaban a sus caballos de guerra con un firme propósito: sembrar el caos en el ducado de Cornualles. Blandían antorchas que zarandeaban a uno y otro lado. Las acercaban a los tejados de paja, a los graneros, a los cercados… golpeaban con ellas a todo el que encontraban a su paso, sin discriminar en si eran hombres, mujeres o criaturas de pecho. Los ancianos observaban la hecatombe con un alarido atascado en la garganta, paralizados por la estupefacción o la incapacidad. Algunos se apresuraron a abrir la puerta de los gallineros y establos con la intención de liberar a los animales y que estos no muriesen abrasados. Perros, ovejas, yeguas, vacas… olfateaban el aire un segundo antes de huir despavoridos en dirección al bosque cercano. Un despropósito de cacareos, mugidos y relinchos se unió al crepitar de la madera, a los gritos de los aldeanos que abandonaban sus humildes casas, tirando unos de otros, con los niños en los brazos, sirviendo de apoyo a los heridos, tratando de poner a salvo sus pertenencias más preciadas. Quienes estaban en disposición de correr, escapaban en dirección al norte, pero allí tropezaban con más soldados y eso les obligaba a virar al sur. Y luego lo mismo rumbo al este. Y después de nuevo al norte. Intentaban hacerse hueco a codazos, a empujones, pisando sin remordimientos a los que caían al suelo.

El fuego se desplazó por la aldea fecundando las ropas tendidas, los cabellos de la gente espeluznada, el brocal del pozo, los útiles de labranza, los sacos de grano que ardían en segundos, despidiendo un delirante rugido que engendraba más terror, más gritos, más desolación…, más infierno. El espectáculo resultaba aterrador.

Aquello no era una batalla: se trataba de una matanza.

Tuve la palpable sensación de que el mundo bello, plácido e inocente en el que vivía se chamuscaba ante mis ojos para desaparecer, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

En medio de todo aquel caos, reconocí la figura de Úter. Él también arremetía contra la multitud con los labios apretados, las manos crispadas y los ojos tan ardientes como la tea que sacudía a

izquierda y derecha. Pero de pronto cambió de actitud. Sofrenó su montura, como si acabara de caer en la cuenta del lugar que ahora ocupaba en el mundo. Un rey no debía mostrar el mismo entusiasmo salvaje que los vulgares soldados (debió pensar), así que espoleó al caballo para alejarse y observar el desastre en su conjunto. Se situó sobre una leve loma y paseó la mirada por la aldea en llamas. Tras unos segundos, perfiló una sonrisa ufana que le subió por todo un lado de la cara.

Se me encogió el estómago. Sentí cómo se me inundaba la boca del regusto a hierro oxidado y sal: el sabor del odio. Grité con todas mis fuerzas, pero de mi garganta solo brotaron graznidos. Desesperada, me lancé sobre él con la intención de sacarle los ojos. Agité mis alas sobre su cabeza, picoteando su cráneo, mientras hacía quiebros para esquivar sus manotazos. Una de mis patas alcanzó su mejilla. Cerré los dedos con rabia, notando cómo mis uñas rasgaban la piel. Lanzó un alarido que aún flotaba en el aire cuando su mano golpeó mi costado, lanzándome lejos.

Me estampé contra el suelo. Y se hizo la oscuridad.

Cuando desperté, el ejército de Úter ya se había marchado. A mi alrededor ardían pequeños fuegos. Hombres, mujeres y niños, con los cuerpos cubiertos de espantosas quemaduras, emitían leves quejidos que se mezclaban con el crepitar de las llamas. Otros caminaban como sonámbulos, con la cara tiznada y la mirada perdida. Los más afortunados yacían inmóviles; ya habían dejado de sufrir. La aldea que horas atrás había amanecido llena de vida ahora era una mezcla de madera chamuscada, pérdida y muerte, aliñada con barro y humo.

No podía soportar el dolor. Estaba mareada y sentía náuseas. Me inundó un frío de tumba. Débil, agotada, deduje que debía recomponerme o no podría regresar al castillo. Tomé aire y volví a confiar en el instinto que me había guiado. Observé el horizonte, sacudí las alas y me alejé de allí.



Los sirvientes pasaron horas buscándome. Me hallaron tiempo más tarde, sin consciencia, desplomada en el suelo de la torre. El padre Edwin apareció conmigo en los brazos, indicando dónde me había encontrado, poniendo el énfasis en que estaba desorientada y que respondía a sus preguntas con extraños desvaríos sobre dragones rojos, plumas y humo. El mozo de cuadras no daba crédito. Aseguró que él ya había buscado antes allí; que había repasado cada recodo, cada piedra, cada sombra de musgo en las piedras, cada caracol que se arrastraba baboseando las piedras…

—De la niña no había ni rastro en la torre —insistió.

Por supuesto, no le creyeron (el mozo de cuadras tenía fama de flojo y fabulador). En lo que estuvieron todos de acuerdo es en que yo era una niña escurridiza. Que dar conmigo era un suplicio desde que había aprendido a abrir puertas y a subir escaleras, y que mis padres harían bien en atarme corto si no querían encontrarme un día despanzurrada en el patio o flotando bocabajo en el abrevadero.

Nadie se explicaba qué habría estado haciendo el tiempo en el que anduve perdida, ni la razón por la que tenía el pelo repleto de nudos de elfo[27] y la cara cubierta de hollín, como si hubiera estado revolcándome en los rescoldos de la chimenea. Me llevaron a mi alcoba y me desnudaron al completo. Recorrieron cada pulgada de mi piel para intentar localizar la herida de la que provenía la sangre reseca que traía en las uñas, pero, por supuesto, no encontraron nada.

Pasé los siguientes días metida en la cama, zozobrando en un mar de debilidad y delirios. A veces tenía la sensación de que mi corazón era un pajarito. Mientras que el resto de mi cuerpo descansaba en el lecho, él volaba libre por el castillo, sin que nadie percibiese su presencia. Lo vi un instante, agazapado tras la pata de una silla. Tenía el pico de un intenso color escarlata, a juego con sus delicadas patitas. Escapó de la habitación aleteando detrás de la

sirvienta, siguiéndola hasta la cocina. Ella dejó los platos de mi cena sobre el trinchero y miró compungida a Ronan, el cocinero principal.

—¿Se sabe algo? —preguntó.

Si necesitáis haceros una idea del aspecto de Ronan, bastará con que os diga que era exactamente igual a como imaginas que debe ser el cocinero de un castillo. No hubiera valido para ejercer otra labor; en ningún caso maestro de armas o tonelero, tareas para las que se requería cierto dinamismo y prontitud. Como cocinero, Ronan era perfecto porque se parecía mucho a los alimentos que cocinaba: orondo, sonrosado, casi siempre con una manzana en la boca y con el vientre salpicado de salsa.

Ronan inspiró ruidosamente por la nariz, retuvo el aire unos segundos y lo soltó de golpe antes de responder.

—Se sabe todo y no se sabe nada. —Y se encogió de hombros.

Como podréis imaginar, la muchacha se quedó igual que estaba.

A Ronan le gustaba hacerse el enigmático. Buena parte de sus conversaciones resultaban tan espesas y grumosas como sus gachas, pero, si he de ser sincera, contestó a esa pregunta con la pura verdad. Al parecer, ningún desencuentro en el que estuviera involucrado un rey, a lo largo de la historia de Britania, se había debatido tanto como el protagonizado por mi padre y Úter. Cualquier persona que tuviera lengua en la isla se había formado una opinión sobre lo ocurrido tras la coronación y estaba dispuesta a compartirla con sus vecinos. Lo peor era que pocos ponían en duda que la ingratitud vino por parte de mi padre. Cierto era que la mayoría no habían escuchado ni una sola palabra de la discusión. Cierto que algunos ni siquiera estaban en la ciudad de Londinium cuando aconteció el desencuentro. Cierto que el nuevo rey bebía los vientos por mi madre (y que además se le notaba bastante). Y cierto también que muchos anhelaban debatir de forma mordaz sobre esta última circunstancia.

Es posible que no haga falta que yo os lo confirme, pero pocas cosas gustan más que elucubrar sobre bajos instintos, amancebamientos, adulterios y pasiones ajenas, aunque, en este

caso en particular, la mayoría prefería no extenderse demasiado. Por tratarse de asuntos en los que estaba involucrado el rey, temían posibles represalias.

Ronan se aproximó a la muchacha, repasando cada oscuro rincón de la cocina con miradas furtivas, asegurándose de que disponía de la suficiente intimidad para susurrar…

—El rey considera que lady Igraine, al igual que el resto de los reinos de la isla —comenzó, y entonces la sujetó por el codo, disminuyó aún más el tono de voz y pronunció la siguiente frase dándole leves tirones, haciendo una pausa al comienzo de cada palabra—, debe-ser-gobernada-por-él.

Se alejó un poco para observar el efecto que la confidencia causaba en ella.

—¡Oh!

—Y los hombres que lo acompañan encuentran este razonamiento de lo más lógico —concluyó.

Pese a que hubo en su momento quienes pusieron en duda que Úter fuera el hombre adecuado para ostentar la dignidad real, en los últimos tiempos se estaba desvelando como un líder carismático. Soldados que en el pasado luchaban a las órdenes de mi padre ahora estaban dispuestos a enfrentarse a él por lealtad al nuevo rey.

—Pero… —vaciló la dama, remedando el tono confidencial—. ¿Puede un hombre quedarse con la esposa de otro?

Ronan sopesó por unos instantes esa posibilidad. Elevó las cejas, apretó los labios y se encogió de hombros.

—Tratándose de un rey, probablemente sí. En la Biblia sucede algo parecido entre el rey David y Betsabé.[28] Y de sobra es sabido que aquello no terminó bien para el marido de Betsabé.

Al parecer, el rey Úter había puesto a Dios por testigo, y eso era algo que tenía poca réplica. Celebró su coronación en una iglesia, al igual que hiciera con anterioridad su hermano Aurelio Ambrosio. Ambos eran cristianos y tenían a Jesucristo como su Señor. El obispo le tomó juramento, le ungió y le colocó sobre la cabeza la corona. No había mayor legitimidad. Solo un rey investido de esa manera se

convertiría en el Supremo Monarca, el adecuado para unificar Britania, de manera que nadie puso en duda su palabra cuando dijo que mi padre seguía adorando a los antiguos dioses, aprovechando que Cornualles estaba en una esquina perdida del mundo. Aseguró que en el castillo de Tintagel se realizaban sacrificios y rituales paganos y que un séquito de pixies[29], elfinas y un sinfín de seres elementales pululaban libremente por los corredores. Y lo que era aún peor: que no se había emparejado solo con mi madre, como debían hacer los buenos cristianos y los búhos, sino que vivía en concubinato con un buen número de pecadoras que atendían sus lujuriosos deseos.

—El rey ha mostrado su sospecha de que el duque y la duquesa no están casados ante un altar. —Ronan bajó de nuevo la voz para añadir—. Así que ha convertido el rescate de lady Igraine en su misión.

—¿Rescatar a lady Igraine?

La joven abrió la boca para lanzar un gritito que, por fortuna, pudo contener con el dorso de la mano. Justo en ese momento, Elen, la panadera, entró en la cocina. Su aspecto era similar al de Ronan, pero su nariz parecía un bollo y su delantal, en lugar de salsa, solía estar manchado de harina. Elen era una de esas personas de rostro afable y ojos brillantes que uno presupone han de tener una preciosa sonrisa, pero que enseguida te sacan de tu error cuando abren la boca. Venía gesticulando, haciendo mohínes. En pocos segundos pasó de parecer triste a rabiosa y, un instante después, pensativa. Mantenía una conversación consigo misma que no tardó en compartir con Ronan y la muchacha.

—El herrero dice que el jardinero tiene una prima que está casada con un mesero que ha escuchado que el rey Úter ha jurado solemnemente devastar las tierras del duque. ¡Y ya ha empezado! Viene con el mago ese… ¿Cómo se llama? —Lanzó un suspiro de impaciencia por su mala memoria a la vez que chasqueaba los dedos.

La muchacha acudió a su auxilio.

—Merlín.

—¡Eso! ¡Merlín! Pues al parecer el rey hizo bordar en un estandarte el dragón del que el mago habló cuando aquella estrella atravesó el cielo, y ahora se hace llamar Úter Pendragón. A la orden del mago, esa criatura hecha de hilos cobra vida y vomita fuego. Las aldeas que los hombres del rey encuentran a su paso están abrasadas. Y parece que ya han sitiado el castillo de Dimilioc. La vida del duque corre un serio peligro.

—¿Y qué será de nosotros si el duque muere? —preguntó espantada la muchacha.

No dio tiempo a que nadie le respondiera. Un revuelo de voces interrumpió la conversación para anunciar que una barcaza de remos acababa de atracar en la playa con tres hombres a bordo. Pasados los primeros momentos de sobresalto, descubrieron que se trataba de mi padre, quien llegaba acompañado por Jordán de Tintagel, uno de sus más leales caballeros, y por Britael, su mano derecha. Habían utilizado la vía marítima para burlar a su enemigo y justo en ese momento subían las escaleras que daban acceso al castillo. Hacía una semana que no se sabía nada de mi padre y verlo llegar resultaba reconfortante. El guardián hizo una reverencia y los dejó pasar, convencido de que las desastrosas informaciones sobre aldeas abrasadas por el aliento sulfuroso del dragón bordado no podían más que ser exageraciones (de otra forma, el duque no se mostraría tan relajado y sonriente).

Llegaron en ese inexacto intervalo de tiempo en el que el día aún no se ha despedido del todo y la noche está por aparecer, cuando el cielo se inunda de fulgores violáceos con motitas rojo sangre, una visión que enamora a los ojos, pero que encoge el alma.

La presencia de mi padre en el castillo me espantó la languidez. Abandoné la cama y bajé las escaleras lo más rápido que pude. Atravesé los corredores dando gritos y me dirigí al salón. Lo encontré sentado junto a mi madre. Compartían un plato de carne ahumada y una copa de vino.

—¡Padre! —chillé emocionada.

Él arrugó la nariz y entrecerró los párpados.

—Menudos pulmones tienes… —dijo forzando una sonrisa.

Aún no había recuperado la naturalidad de su rostro cuando trepé a su regazo.

—¡Abrázame hasta el infinito!

Él suspiró antes de que sus brazos me rodearan sin pasión.

Lo estreché contra mi pecho. Por si no me había escuchado, repetí:

—Abrázame hasta el infinito.

Volvió a suspirar.

Me aferraba a su cuello, con mi mejilla pegada a la suya.

—No permitas que corra el aire entre nosotros —le susurré al oído (pensé que sería buena idea que yo enunciara su parte)—. Que no pase ni una brizna de brisa.

—Deja a tu padre, Morgana. Está muy cansado.

Mi madre interpuso su mano entre nuestros cuerpos, empujándome para separarme de él. Sentada aún sobre su regazo, lo miré a los ojos. Eran de un penetrante color azul. Pero no el azul mar de siempre, sino más bien azul mar durante una tormenta. Aunque tampoco eran de ese color exactamente. Sería más acertado decir que eran azul mar bajo una tormenta, con algas flotando en la superficie. Para ser más concreta, os diré que ese tono de azul se llama «perfidia», pero como hasta ese momento nadie me había estafado no fui capaz de distinguirlo.

Lo observé desconcertada. Asomó a su rostro una sonrisa que me pareció tan floja como su abrazo. Fue entonces cuando vi la leve cicatriz que cruzaba su mejilla derecha.

—¡Te han herido! —dije preocupada, colocando mi mano sobre ella.

—Solo es un arañazo —respondió él, restándole importancia.

Y empezó a desgranar (mientras tiraba de un imaginario hilo de su pantalón) una historia sobre un maldito grajo que se le echó encima en plena batalla, prorrumpiendo desagradables graznidos.

—Lo aparté de un manotazo —se jactó (explicándoselo, al parecer, a la punta de su pie derecho)—. Odio a esos pajarracos.

—Yo también —secundó mi madre con una sonrisa.

—¿Cuándo te atacó? ¿Dónde…? —balbucí.

Por el rabillo del ojo vi el movimiento de cabeza de mi madre. Como tantas otras veces, le hacía una señal a una de las damas para que se hiciera cargo de mí. Instintivamente, volví a aferrarme al cuello de mi padre. Noté cómo su cuerpo se tensaba bajo mi peso.

—Ya eres muy mayor para echarte de esta manera encima de los hombres —me reprochó estirando mucho el cuello, alejando su rostro del mío, con la mirada fija en la pared que quedaba tras mi cabeza.

La dama me arrancó de sus brazos, me depositó en el suelo y tomó mi mano para llevarme a la habitación.

—Te extenderé un ungüento de artemisia marítima en la herida y no te quedará cicatriz —le escuché decir a mi madre.

Antes de abandonar el salón, me di la vuelta para observarles: ella acariciando su mejilla, él cerrando los ojos, ambos ajenos a todo y a todos, como si yo no estuviera. Como si nunca hubiera estado. Como si solo existieran ellos dos en el mundo.

---

23 G., Monmouth, G. d. (2004). *Historia de los reyes de Britania*. España: Alianza Editorial.

24 Existen diversos términos para designar a quienes son capaces de mudar su aspecto: cambiantes, cambiaformas, transmutantes… En cualquiera de los casos, la transformación se produce porque el ser en cuestión dispone de poderes sobrenaturales, ya sean propios o heredados de sus ancestros. También puede forzarse una transformación manipulando las esencias de la naturaleza: estrujando las entrañas de los frutos, destilando el alma de las hierbas, sometiendo minerales y azófares a inicuos procesos con la intención de arrebatar su esencia para usarla con viles intenciones. No abundan los que saben hacerlo. Requiere tiempo y dedicación aprender a manejar esa ciencia que algunos juzgan hechicería. Tal y como dice *La balada del último trovador*:

(…) *puede hacer que una dama parezca un caballero,*
la cáscara de nuez una barca dorada,
que parezca un chelín un inmenso palacio,
la juventud vejez; vejez la juventud.
Todo era un engaño y nada era verdad.

Es interesante señalar que algunos dioses son expertos cambiaformas. Zeus, sin ir más lejos, ha trocado su apariencia en múltiples ocasiones, casi siempre movido por libidinosos propósitos. Se transformó en cisne para enamorar a Leda, en toro albino para seducir a Europa, en águila para raptar a Ganímedes, en cuclillo para encandilar a Hera, en hormiga para procrear con Eurimedusa (a la que previamente también convirtió en hormiga).

25 Las tres diosas guerreras con forma de cuervos son Neman, Macha y, la más importante, Morrigan o Morrigu.

26 Plinio el Viejo, siglo I d. C., procurador imperial romano, militar, naturalista y testigo excepcional de la destrucción de Pompeya, autor de la enciclopedia *Historia natural* que contenía todo el saber sobre medicina, geografía, botánica, zoología… conocido hasta el momento.

27 Las intromisiones élficas en el ritmo vital humano han dado lugar a un amplio vocabulario. La expresión *elflocks*, (‘nudos de elfos’) surge de una de sus travesuras nocturnas preferidas: revolver el cabello de las criaturas más pequeñas de la casa para que sus melenas amanezcan llenas de enredos. En ocasiones sus actividades son más siniestras. Se llama «golpe de elfo» a la enfermedad, invalidez o muerte provocada por las pequeñas piedras afiladas, en forma de punta de flecha, que se encuentran en las regiones de las colinas. Las lanzaban los elfos, logrando traspasar la piel humana sin dejar rastro y provocando terribles dolores neurálgicos.

28 Segundo libro de Samuel (11:2 a 11:27).

29 Los pixies son seres elementales de la Región del Oeste, con una complexión más sencilla que la de las hadas. Se les puede conjurar regalándoles prendas de vestir, sobre todo si son verdes, ya que es su color favorito. Los pixies de Cornualles son los más antiguos y muestran un aspecto viejo, ajado y seco. Cuando adoptan forma humana son fáciles de reconocer porque tienen el pelo rojo, las orejas picudas, la nariz respingona y la cara corta. Son de talante bromista. Les gusta montar a caballo y extraviar a las personas en los bosques. Una de sus diversiones consiste en colarse en los establos de las casas y robar los caballos para hacerlos correr en círculos,

hasta que el pasto queda aplastado. Estos círculos llevan el nombre de «gallitramps». Quien por descuido (o intencionadamente) ponga los dos pies dentro de uno de estos círculos, quedará prisionero de los pixies. Si solo pone un pie, podrá ver a los pixies, aunque tendrá la libertad de marcharse cuando quiera, a no ser que se trate de un criminal, ya que, en ese caso, acabará colgado. Los pixies y las hadas se enfrentaron en una encarnizada batalla que ganaron los primeros. Las hadas quedaron expulsadas al otro lado del río Parrett, de manera que el territorio situado al oeste del Parrett es en la actualidad tierra de pixies.

7
LA BANSHEE

«Después, el duque de Tintagel murió por traición de Uterpandragón
y de Merlín,
pues el rey amaba a Igerna, la duquesa».[30]

Historia de Lanzarote del Lago
ANÓNIMO

Me levanté en mitad de la noche, cuando calculé que la mayoría de los habitantes del castillo ya estarían dormidos. Abrí la puerta de mi alcoba con cautela. En algún lugar, más allá de los largos corredores, se oían las voces de hombres charlando animadamente. Asomé la cabeza despacio, miré a uno y otro lado del corredor. No había nadie, así que me deslicé fuera, dispuesta a colarme en la cámara de mis padres. No estaba tranquila. El padre al que había abrazado horas atrás no me parecía mi padre y yo quería (en realidad, *necesitaba*) comprobar que lo era. Lo necesitaba con mucha fuerza.

Caminé sobre la fría piedra, descalza, tan solo cubierta por mi fina camisa de dormir de hilo color mantequilla, con el cabello revuelto. De pronto, una voz ronca explotó la burbuja de sigilo que me envolvía. El corazón se me paralizó y a punto estuve de vomitarlo.

—Eh… Morgana. ¿Adónde te crees que vas?

Me di la vuelta. Allí estaba Britael, observándome con gesto severo. Era la primera vez que ese hombre me prestaba atención. Posiblemente la primera vez que me llamaba por mi nombre. Incluso la primera vez que me hablaba. Siempre me había mostrado indiferencia, hasta tal punto que pensé que era invisible a sus ojos, al igual que sabía que lo era para otros habitantes del castillo. Desde que tenía uso de razón lo vi acompañando a mi padre, pero era un

caballero tan retraído y discreto que apenas había cruzado conmigo un par de miradas esquivas. Tampoco le vi jamás recorriendo las plantas superiores, y mucho menos a esa hora de la noche. Pero yo era aún lo bastante pequeña como para sentirme intimidada por la voz firme de un hombre adulto, así que no hice preguntas.

—Quiero ver a mi padre —respondí, dando por sentado que aquel era un motivo más que razonable para que me dejara tranquila.

—No puedes verlo. Está haciendo cosas de mayores.

Se me acercó mientras hablaba. Ahora estábamos parados, el uno frente al otro; yo observándole desde abajo, él mirándome desde su altura con cierto aire de superioridad. Sin previo aviso, se agachó. Colocó su brazo derecho tras mi cintura y el izquierdo en mis corvas y me alzó sin esfuerzo. Sentí su mano cercando mis costillas y su respiración acariciándome el pelo. Me puse tensa. Él debió notarlo. Acercó su nariz y aspiró profundamente, entrecerrando los párpados.

—Hueles a alas de mariposa y a versos recitados junto a una hoguera en un bosque de eucaliptos —soltó.

Lo observé de reojo. Estaba bastante serio, así que consideré necesario dar una explicación.

—Es que estuve volando.

—Pues no me digas más —respondió él sin muestra alguna de asombro, duda o escepticismo.

Una sensación de seguridad y confianza se adueñó de mi cuerpo. Todo aquello me pareció más que razonable. Si alguien se hubiera tomado la molestia de preguntarme, hubiera respondido que las alas de los insectos y los poemas recitados frente al fuego desprenden aromas boscosos, al igual que la luna llena tiene el regusto de la nata batida con miel.

Me depositó delicadamente sobre la cama y él se sentó en el borde para observarme con complacencia. No recordaba que los ojos de Britael fueran tan enigmáticos, insondables y oscuros. Siempre me había parecido una persona de color polvo y ahora su piel refulgía como la madreperla.

—¡Cuantísimo nos parecemos, Morgana! —exclamó sonriente—. Seguro que tú también te has dado cuenta.

¿Me había dado cuenta? Jamás reparé en ello. Desconocía cuáles eran las reglas de cortesía a seguir en un caso como ese. ¿Debía sincerarme y sacarle de su error? Como me pareció desconsiderado confesar que hasta ese momento su presencia me resultó indiferente, preferí guardar silencio y que él siguiera feliz en su ignorancia.

—Quizás no hayas tenido la oportunidad de tratar con muchos niños de tu edad, viviendo como vives tan alejada de todo y de todos —siguió diciendo—, pero yo, que he viajado por el ancho mundo y he conocido a un buen número de seres que prefiero dejar en el olvido, puedo asegurar que no hay en este universo criatura que posea la mitad de tu talento y hermosura. Ay… Morgana, Morgana… —Sujetó mi mano derecha entre las suyas—. He de pedirte perdón si en algún momento te he tratado de forma inadecuada. ¿Me disculparás por mi torpeza?

—Sí.

—¿Sabes jugar al ajedrez?

Negué con la cabeza.

—Pues deberías aprender —dejó la frase en suspenso, y volvió a preguntar—. ¿Sabes lo que es el ajedrez?

—¿Un… juego? —deduje.

—¡Sí, así es! ¿Ves lo lista que eres? Es un juego originario del otro lado del mundo. Puede que incluso venga de más lejos.

—¿De más lejos que *el otro lado del mundo*? —Me pareció poco probable.

—Oh… sí. Para llegar hasta allí hay que caminar descalzo sobre susurros de brisa marina, beber la octava lágrima de un poeta que jamás conoció el amor y perderse en un sendero solo visible para los que han olvidado lo que andaban buscando.

—Tiene que ser difícil llegar —supuse.

—¡No imaginas cuánto! Hay senderos por ahí repletos de almas extraviadas, esperando el momento preciso de dar el siguiente paso

antes de que el camino desaparezca para siempre.

Sopesé las ganancias y perjuicios de aprender a jugar al ajedrez y llegué a la conclusión de que no merecía la pena el riesgo.

—Yo no quiero olvidar lo que estoy buscando —decidí.

—Esa es una sabia decisión, sin duda. Pero, tranquila, no será necesario que olvides nada. Te enseñaré a jugar aquí mismo. ¡Aquí! —dijo señalando mi cama—. No hace falta que salgamos de esta alcoba.

Y entonces, convencido de que debía ahondar en ese asunto, comenzó a hablarme de la necesidad humana de saciar el vacío del alma. De la nostalgia de saberse mortal. De cómo el ajedrez permite librar una batalla en un espacio limitado, aunque en realidad los jugadores se estén enfrentando a sí mismos, poniendo a prueba su intelecto, su temple y la fuerza de su carácter.

—¡Qué suerte que tienes, Morgana! —siguió explicando—. Sí…, sí…, eres muy afortunada. Me tienes a mí aquí, dispuesto a enseñarte el juego con el que adiestran a los reyes. Los jugadores realmente brillantes son capaces de ocultar sus intenciones y es una delicia medirse con mentes así. Por el contrario, los malos jugadores merecen la peor de las muertes por hacer perder el tiempo a sus contrincantes.

Fruncí el entrecejo. Yo no soy una gran defensora de la burda humanidad, pero consideré esa afirmación un tanto drástica.

—Es el juego preferido de las hadas —aclaró—. Suelen desafiar a los mortales a torneos de tres partidas, en cada una de las cuales el ganador debe elegir su premio. Las hadas les dejan ganar las dos primeras, para que se confíen. Y los mortales, que son simples y predecibles, eligen invariablemente riquezas terrenales, que no han de servirles de mucho para librarse del trance que se les viene encima.

—¿Las hadas ganan la tercera partida?

—¡Por supuesto! —exclamó como si fuera más que evidente.

—¿Y qué es lo que piden?

—Un regalo imposible. Una tarea casi mortal. Algo que no se puede comprar con riquezas.

—¿El qué no se puede comprar con riquezas?

—El viento, las estrellas, tiempo, un beso de amor verdadero…

Volteó con elocuencia su mano para indicar que podría seguir enumerando tesoros invaluables durante horas. Pero no lo hizo. Prefirió contarme una historia.

—Gracias a un torneo de ajedrez, el rey duende Midhir, que era el amor feérico de la humana Etain —explicó—, pudo recuperarla. Ambos eran marido y mujer en el reino de Tin Nan Og, pero la primera esposa de Midhir, enferma de celos, conjuró un hechizo que convirtió a Etain en mosquito. De esa forma, pudo quitársela de en medio con un fuerte soplido. Luego fue el propio viento el que se encargó de arrastrar su breve cuerpecillo de un lugar a otro del mundo. Pasó así varios años, algunos dicen que fueron incluso siglos, hasta que cayó en la copa de vino de una reina que se la bebió en el primer sorbo. A los nueve meses, la reina dio a luz a Etain. Creció feliz, sin recuerdo alguno de su anterior vida. Al alcanzar la edad adecuada, se desposó con el rey Eochaid de Munster. Pero Midhir, el gran amor de su anterior vida, no había dejado de buscarla. Cuando volvieron a encontrarse, él se apresuró a explicarle el embrollo de su pasado, instándola a que abandonara al rey para retomar su hermosa historia de amor, justo donde la dejaron. Pero Etain era una mujer leal y no estaba dispuesta a abandonar a su esposo para irse con un extranjero, y mucho menos con un extranjero que le hablaba de primeras esposas ofendidas y de hechizos que convertían a inocentes damas en insectos. Ante semejante contrariedad, Midhir intentó convencer al rey de que debía dejar marchar a Etain sin mayor complicación. El rey se carcajeó en su cara, pero luego se puso serio y se negó. Midhir, entonces, decidió retarle a tres partidas de ajedrez. Las dos primeras las ganó Eochaid, quien exigió monedas de oro y piedras preciosas, presentes que recibió de inmediato. La tercera partida la ganó Midhir, que únicamente pidió poder abrazar y besar a Etain. El rey

Eochaid, en un primer momento, se mostró desconfiado, pero luego se encogió de hombros. Considerando que aquel no era un pago demasiado gravoso, accedió de buen grado. Midhir se aproximó a Etain, la tomó de la cintura y la beso en los labios. Fue un beso cálido, seguro, dulce, lleno de recuerdos del pasado. Sin decir ni una palabra, se miraron a los ojos y ambos se convirtieron en dos bellos cisnes que, unidos por una cadena de oro, huyeron volando.

Britael guardó silencio y me observó durante unos instantes eternos. Poco a poco fue acercando su rostro al mío, muy serio, muy despacio, sin dejar de escudriñarme. Cuando nuestras narices estaban a punto de chocar…

—Tengo entendido que tú eres un hada, ¿es eso cierto? — me preguntó entre susurros, rebuscando la respuesta en el fondo de mis ojos.

Mi condición feérica debía estar intensificándose si el mago Merlín y Britael habían sido capaces de percibirla tan solo con aproximarse a mí.

—Sí —respondí.

Sonrió con tanto embeleso y satisfacción que consideré adecuado corresponder con otra sonrisa.

—¡Entonces debes aprender a jugar al ajedrez! —concluyó entusiasmado.

No sé de dónde sacó el tablero, pero pasé buena parte de esa noche aprendiendo los rudimentos de aquel juego; el valor de las figuras y su significado mágico. Cada movimiento abría un abanico de posibilidades que se cerraban tras optar por una de ellas; elegías un camino y el panorama cambiaba, así una y otra vez, al igual que ocurre con la propia vida.

Tuve la sensación de que esa noche estaba durando demasiado. El mar sonaba de fondo; un rugido húmedo que calaba hasta los huesos. No quería dormir, pero mis músculos se relajaban, mi respiración se volvía lenta y pesada. Entrecerré los párpados y, por un instante, me pareció ver al mago Merlín sentado en el borde de la cama, ocupando el lugar de Britael. Me sobresalté. Le dije algo (al

menos creo que le dije algo). Estoy segura de que no estaba dormida, aunque sí sumergida en una especie de duermevela, caminando sobre un mundo de caliza y pizarra, de campos de saúcos y espino albar, de castillos de perlas y azabache. Un ejército de soldados albinos avanzaba a grandes trancos. Un alfil negro susurraba conspiraciones en el oído de un reyezuelo del tamaño de un ratón. De pronto, la reina me señaló con su cetro y comenzó a llorar. Pero de sus ojos no brotaban lágrimas, sino canicas huecas, vacías de sal y agua. Al chocar con el suelo, se rompían en mil pedazos, como copas de vidrio. Entre lamentos la reina decía… decía…

Pero no, no era la reina quien lloraba.

Me sacó de mi ensoñación el sonido lúgubre de un sollozo. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Estaba sola. Britael se había marchado, dejando el tablero con las fichas esparcidas sobre la cama. Presté atención y volví a oír el lamento. Parecía el tenue lloriqueo de un recién nacido o el maullido de un gato famélico. Sonaba lejano, aunque resultaba pasmosamente penetrante, como si se colase por cada uno de los sentidos, y no solo por el oído. Poco a poco fue tomando fuerza hasta definirse como un llanto femenino, investido de dignidad.

La mayor parte de las lágrimas vertidas por una mujer pasan desapercibidas. No me refiero a esas lágrimas involuntarias que brotan cuando se trocean cebollas, tan útiles para aliviar pesares casi olvidados. Ni tampoco a las lágrimas que pueden mostrarse con orgullo, producto del duelo o la ira. Me refiero a las lágrimas silenciosas e íntimas. Las que humedecen las almohadas, las fermentadas con resentimiento, las de amor no correspondido y desengaño. Las que dejan la boca pastosa y con regusto amargo. Ya sabéis de qué lágrimas hablo. Los perros, los gatos, los caballos, incluso algunos pájaros, por ser mucho más sensibles que los humanos, sí son capaces de percibirlas. Pero para el resto, esas lágrimas no existen.

Quizás las lágrimas que oía romper el silencio de la noche solo estaban dentro de mi cabeza.

Me asomé a la ventana y el habitual paisaje se me antojó sombrío. Forzando la vista pude delimitar el origen de aquel llanto. Una anciana de largos cabellos se agazapaba bajo los árboles del jardín. La bruma no era lo bastante densa para impedirme ver que cubría su cuerpo desnudo con una capa blanca. Debió percibir que alguien la observaba porque elevó los ojos: los tenía en carne viva. Al localizarme pareció aún más desolada. Sus pechos colgantes se sacudían con cada sollozo. En el silencio de la noche, ese lamento resultaba perturbador, como cien lamentos cosidos los unos a los otros formando una enorme colcha de pesadumbre que cayó sobre mi espalda, cubriéndome desde la coronilla hasta el dedo gordo del pie. Su peso me impedía respirar. Cada lágrima que recorría su arrugado rostro contenía la esencia de una de mis desdichas: una lágrima salada por la niña que ansiaba la aprobación de su madre; otra lenta, por las caricias y besos que necesité y nunca me dieron; otra dramática, por el padre siempre ausente; otra amarga, por el odio que Úter había sembrado en mi corazón…

Y yo también comencé a llorar.

Pasé lo que quedaba de noche sentada en el frío suelo de piedra, con la mirada fija en la punta de mis pies, sintiendo la angustia aferrada a mi pecho, hasta que fui capaz de desviar la atención a la variación de la tonalidad del cielo, al aire que entraba y salía de mis fosas nasales…, contando hasta nueve para que diera comienzo la calma.

Con las primeras luces del alba, las lágrimas ya se habían secado, pero aún podía sentir su rastro salado en mis mejillas. Me hice consciente de los sonidos del amanecer: el canto del gallo, el murmullo de los sirvientes, el fragor del fuego en la fragua, el viento silbando en torno a las murallas del castillo. Entre los sonidos cotidianos distinguí un infrecuente movimiento en el patio. Un grupo de soldados de mi padre, junto a sus monturas, permanecían de pie sobre el barrizal con el rostro severo, seguros de que lo que venían a

anunciar era una noticia desoladora. Solicitaron la presencia de mi madre, pero no pudieron guardar silencio ante las insistentes preguntas de los sirvientes y comenzaron a dar explicaciones.

El rey Úter había desaparecido del campamento, y sus hombres, obrando por cuenta propia, atacaron el castillo de Dimilioc. Abatieron parte de las murallas, obligando a mi padre a salir a su encuentro, momento en el que atravesaron su pecho con una espada. No dio tiempo a asimilar la información porque, justo en ese momento, mi padre irrumpió en el patio. El rostro de los hombres que acababan de anunciar su muerte se demudó. El duque Gorlois de Cornualles, al que habían visto desangrarse en el castillo de Dimilioc, estaba ahora allí, a cientos de leguas de distancia, fresco y radiante, aferrado a la cintura de su mujer.

—¿Os parece acaso que estoy muerto? ¡Estoy vivo y bien vivo! —se carcajeó—. De hecho, nunca me sentí más vivo que en este momento —confirmó sin apartar los ojos de los de mi madre.

Pese a todo, se mostró preocupado por el asalto y expresó su deseo de que le informasen de cada detalle. Los hombres, aún sin recuperarse del sobresalto, explicaron que el ejército del rey Úter había entrado en la fortaleza como una exhalación, linchando a todo el que encontraban en su camino. Como aves de rapiña, echaron mano a jarras, candelabros, copas, cubiertos…, descolgaron de las paredes los tapices y con ellos envolvieron su botín. Patearon los muebles, tiraron al suelo lo que carecía de valor y caminaron sobre la cacharrería, riendo a carcajadas, apurando hasta la última gota de cerveza e hidromiel que encontraron en la despensa.

—Me entristece lo que me contáis —afirmó mi padre—. La destrucción de mi fortaleza, la muerte de mis camaradas… Es de temer que el rey Úter haya llegado hasta allí, y aún temo más que pueda alcanzar Tintagel. He de salir a su encuentro y haré la paz con él para no exponer a mi esposa a algo peor.

Al despedirse, besó a mi madre en labios como yo nunca le había visto hacerlo, y ella le correspondió con la misma intensidad. Sus cuerpos parecían resistirse a la separación y fue Britael quien tuvo

que sacudir el brazo de mi padre para que saliera del trance en el que parecía hallarse inmerso.

—Ten mucho cuidado, amor mío —se despidió ella.

—No tardaré en regresar. Espérame —respondió él.

Y se dio la vuelta sin buscarme con la mirada. Mi padre se marchaba sin despedirse de mí, sin abrazarme, sin alzarme entre sus brazos, sin susurrarme que me quería.

Lo vi descender las escaleras que conducían a la playa, acompañado por Jordán y Britael. Contemplé cómo los tres se adentraban en el mar a bordo de la barcaza en la que habían llegado horas atrás. La nave cabeceó al adentrarse en las olas que rompían en la orilla, hasta que terminó de estabilizarse. A esa distancia, bajo la luz del amanecer, el cabello negro de mi padre desplegaba destellos rojizos; en cambio, el rubio de Britael parecía envolverse en sombras oscuras. Un pensamiento fugaz atravesó mi cabeza: el recuerdo de Úter Pendragón y el mago Merlín. Y el día que comenzaba a desperezarse se opacó, como si las enormes alas de un dragón se interpusieran entre el brillo del sol y el mundo.

La barca era casi un punto en el horizonte cuando vi a un grupo de caballeros cruzando el puente. Enseguida reconocí la majestuosa silueta de Taranis. Sobre su lomo cargaba un bulto envuelto en una lona. Descendí las escaleras lo más deprisa que pude y llegué al patio cuando atravesaban las puertas del castillo. Traían aquel familiar olor a cuero, a barro, a sudor de hombres y caballos que tan feliz me hacía, y que ahora me impedía respirar con normalidad. Liberaron a Taranis de su carga y depositaron el bulto en el suelo, sin decir ni una sola palabra, con los rostros del color de la niebla.

Oí los pasos de mi madre a mis espaldas, el lamento de las damas, los suspiros, los murmullos. Un pensamiento absurdo atravesó mi cabeza: ¿estaba el cuerpo de mi padre bajo la lona? Intenté espantar esa idea, por si el hecho de retenerla fuera lo que la convertiría en realidad. El padre Edwin apareció jadeante, colocándose la estola sobre los hombros. Se situó delante del bulto y

comenzó a bisbisear una oración mientras signaba en el aire con escalofriante respeto.

A esas alturas yo ya sabía lo que era la muerte, pero por primera vez tomé conciencia de que se trataba de algo concluyente e inmutable. Me lancé sobre el polvoriento fardo. Apenas había pasado una hora desde que otros hombres habían venido a informarnos de la muerte de mi padre, estando vivo. Cabía la esperanza de que tampoco esa muerte fuese la definitiva.

A tirones descubrí el rostro demacrado del ser que más quería en el mundo, que quedó expuesto a la luz del día que acababa de estrenarse.

—Padre… padre…

Estaba muerto de verdad. Inevitablemente muerto.

La banshee[31] me lo había anunciado de madrugada, con sus ojos rojos por el llanto, vacíos de toda dicha o esperanza.



Tuvieron que pasar muchos años para que alcanzara a entender lo que ocurrió aquella noche. Los acontecimientos parecían desordenados y no encajaban; entraban y salían de mi memoria, contradiciéndose: mi padre navegando en una barca a la vez que su cuerpo inerte cruzaba las puertas del castillo a lomos de Taranis. Nunca le conté a nadie que el padre que vi esa noche, feliz junto a mi madre, no me pareció el mío. Ni que el casi siempre taciturno Britael se mostró sorprendentemente entrañable conmigo, pese a que nunca lo había hecho, ni que me enseñó a jugar al ajedrez de madrugada.

Tampoco hasta ahora le había contado a nadie que las lágrimas de la banshee germinaron en mi interior y que en ocasiones me asaltan. No siempre. Solo en ocasiones. Rememoran lutos pasados, presentes y futuros: el asesinato de mi padre, el miedo y la soledad,

el hijo perdido, el hombre amado al que no debí amar, el amigo traidor, lo bueno que desperdicié, lo malo que no sabré esquivar…

Desde entonces, intento mantener el melancólico influjo de la banshee bajo control, pero en ocasiones (solo en ocasiones) lo libero y dejo que campe a sus anchas. Por unas horas, permito que el abatimiento me encalle los dedos y que el llanto me empape por dentro. Y entonces el verano se torna invierno en Britania.

---

30 *Historia de Lanzarote del Lago: Libro de Galahot. Libro de Meleagant o de la Carreta. Libro de Agravaín*. (2010). España: Alianza Editorial.

31 La banshee es un espíritu femenino ancestral que anuncia la muerte de algún miembro de las familias antiguas. Puede verse por la noche, envuelta en un sudario, lamentándose, con el rostro oculto por un velo. El llanto de este espíritu es el sonido más triste que puede soportar un oído humano sin perder el conocimiento. Al igual que sucede con otros seres feéricos, puede mostrar algunos defectos físicos: un agujero en medio del rostro en lugar de nariz, un gran diente frontal, largos pechos colgantes… Si un hombre logra sobreponerse al tormentoso sonido de su llanto, consigue acercarse a la banshee y chupar uno de sus pechos, ella le tomará por hijo y le concederá un deseo.

8
LA PROMESA DE UN DRAGÓN

«Merlín se dirigió al rey y le dijo:
—Señor, ya he cumplido lo que os prometí; ahora tenéis que mantener vuestra promesa (…). Quiero que sepáis que habéis engendrado un heredero varón en Igerne y eso es lo que me has concedido, pues no debes quedarte con él; en cuanto puedas, me lo darás».[32]

Historia de Merlín
ANÓNIMO

Cuentan los bardos que lady Igraine se desposó con el rey a los treinta días de enviudar, pero en mi mente todo sucedió de un día para otro. Aún podían oírse los lamentos de los sirvientes por la muerte de mi padre cuando Úter Pendragón se presentó en el castillo de Tintagel dispuesto a tomar posesión del ducado: dos soberbias fortalezas con sus respectivas aldeas; campos de labranza; ganado vacuno, ovino y porcino; una salina; minas de estaño; bosques de robles, fresnos, avellanos, tejos y endrinos; terrenos de caza, y un puerto que daba entrada a la enormidad del mundo.

Todo eso estaba muy bien, pero, además, aquella era tierra de duendes, que, como todo el mundo sabe, son criaturas de naturaleza inmoral. Para ellos la frontera entre la maldad y la bondad está muy difuminada porque, al ser inmortales, no han de enfrentarse al juicio divino. Los duendes eran embaucadores, impulsivos, chantajistas, inconstantes, cortabolsas y libidinosos. Igual les daba seducir a hombres o a mujeres, a ricos o a pobres… e incluso a curas o a monjas. El mar que bañaba la costa de Cornualles tampoco se encontraba libre de peligros. Estaba infestado

de morgens[33], que lo mismo podían traer fortuna o desgracia a los pescadores.

Lo que más le inquietaba a Úter era esta última vertiente mágica, ya que las propiedades pasan de unas manos a otras sin mayor contratiempo, pero los córnicos eran obstinados y con un sentido del humor que al resto de habitantes de Britania no les hacía la menor gracia. El asunto de que hubiera doncellas convertidas en piedra, mares por los que deambulaban hadas y sirenas y colinas huecas plagadas de duendes no parecía agradable. Según su opinión, el único que debía tener potestad sobre los asuntos relacionados con la magia era el rey de Britania (es decir, él).

Y, con esa imperiosa actitud, encargó al senescal que reuniese en el patio a todos los habitantes del castillo. Escoltado por su secuaz, Ulfin de Ridcaradoc, se colocó frente a ellos. Comenzó su discurso agradeciéndoles a todos el trabajo que realizaban. Destacó las inestimables cualidades del senescal como administrador, la excepcional labor del condestable, de los hombres de armas, de los arqueros responsables de la seguridad del castillo, y también los gloriosos manjares que salían de la cocina, servidos con gentileza por el maestresala.

—Este castillo y los terrenos aledaños son la gloria de Cornualles —señaló antes de lanzar un sonoro suspiro, mirarse por un buen rato la punta de los pies, y volver a suspirar—. Soy conocedor del gran aprecio y lealtad que profesabais al duque. — Otro suspiro—. Pero el duque ya no está entre nosotros. Su lugar lo ocupa ahora el rey de Britania. Y una vez aclarado este punto, solo me resta preguntar: ¿hay alguien que se sienta poco inclinado a obedecer mis órdenes o a no verme como su rey y señor?

La costurera carraspeó y Ulfin volteó la cabeza hasta localizarla. La observó con los párpados entornados y el ceño fruncido, así que ella, pobrecilla, dio un paso atrás y escondió el rostro entre los hombros.

Tras eso, se hizo el silencio. Un silencio pegajoso, irritante, incomprensible para mí, que aún tenía edad de creer que el mundo

se guiaba por reglas que recompensaban la virtud y sancionaban la maldad. ¿Por qué no proclamaban a gritos que Úter era un repugnante fementido carente de honradez, un asesino desleal al que no servirían jamás? ¿Por qué se quedaban callados?

Como si mi pensamiento hubiera dado forma al valor, Britael y Jordán se adelantaron.

—Juré lealtad al duque hasta el final de mis días. ¡Y así ha de ser! —clamó quien fue la mano derecha de mi padre.

—¡La traición solo puede pagarse con traición! —Jordán tomó la palabra, con el rostro enrojecido por la rabia—. Llegará el día en el que cada gota de lluvia habrá de convertirse en puñal que os atraviese la piel. Las olas del mar se precipitarán sobre vos hasta ahogaros. El oro con el que está labrada la corona que lucís se rebelará ciñendo vuestra testa hasta partirla en dos.

Contemplé con satisfacción la rebelión de los amigos de mi padre, repitiendo internamente cada una de las frases que acababan de pronunciar, como una oración. Jordán y Britael habían dado un paso al frente y, por un momento, pensé que todos los demás seguirían su ejemplo, incentivados por su valor.

—Vaya… vaya… —se ufanó Úter con aparente calma—. ¿Habías visto antes tanta insolencia, Ulfin?

—No esperaba menos de ellos, mi señor.

Úter sonrió y Ulfin secundó su sonrisa antes de replicar.

—¿Pensáis, majestad, que los delirantes deseos de este caballero llegarán a cumplirse? Quizás se trate de un nuevo Merlín.

—No lo creo posible —objetó el rey—. No aparenta ser una amenaza para nadie. Pero ya que ambos se han tomado la molestia de mostrarnos su valentía, no tengo intención de robarles el protagonismo. Quiero que todos los presentes recuerden lo que… —Chasqueó los dedos un par de veces simulando que rebuscaba los nombres en su memoria—. ¿Britael y Jordán? Os llamáis así, ¿verdad?

No esperó a que respondiesen. Ni ellos pensaban hacerlo. Úter los conocía bien. Habían luchado codo con codo durante meses. Habían

puesto la vida al servicio de su causa. Era ridículo que ahora fingiera no saber sus nombres.

—Lo que Britael y Jordán han hecho hoy es muy valiente. Mucho —continuó diciendo Úter—. ¡Con cuánto orgullo defienden a su señor muerto! ¡Con cuánta insolencia se enfrentan a su rey! —El tono de Úter Pendragón iba endureciéndose con cada palabra pronunciada—. ¡Traedme una soga!

El cielo se oscurecía con cada paso que Ulf in daba en dirección a las cuadras. No tardó mucho en regresar con una cuerda en la mano. El rey se la arrebató de un manotazo; estaba realmente colérico. La alzó sobre su cabeza mientras paseaba de un lado al otro, como un dios que le mostrase al mundo la grandeza de su creación.

—¡Ahí está! —exclamó con entusiasmo, señalando una viga de madera—. Justo lo que necesitamos para ahorcar a estos insolentes.

Un grito velado recorrió el patio. Con asombrosa rapidez, los hombres del rey se apresuraron a materializar sus deseos. Hicieron un nudo corredizo a la cuerda y la tendieron de la viga. Otros dos aferraron a Britael y lo arrastraron a la improvisada horca. Jordán desenvainó entonces su espada, dispuesto a enfrentarse a ellos, pero no alcanzó a dar tres zancadas. Un gigante de hombros descomunales le salió al paso, empuñando su montante con ambas manos. Con un golpe certero, le cercenó la cabeza. El rostro de Jordán rodó por el suelo de tierra, con mohín enojado.

Comencé a gritar. Quise salir corriendo y emprenderla a puntapiés contra Úter, pero alguien me agarró por los sobacos y me tapó la boca. Mientras tanto, los hombres que sujetaban a Britael lo acercaban a la cuerda que pendía de la viga. El rey les observó regocijado; un ahorcamiento disciplinario le pareció la mejor manera de presentarse como era debido ante sus súbditos.

—¿Te gusta columpiarte, escoria? —preguntó entre carcajadas Ulfin, al tiempo que asentaban el nudo corredizo en la nuca de Britael.

Ante mis ojos se desplegó el velo que cubre las pesadillas. Todo sucedía despacio, con naturalidad, como un baile ensayado durante mucho tiempo para ser ejecutado frente a un público taciturno. El propio Britael parecía haber aceptado su papel en la representación y en ningún momento se resistió. Serio, macilento, con los párpados cerrados, profería una letanía inundada de malos deseos para el rey y sus hijos, y para los hijos de sus hijos, hasta el final de los tiempos. Así estuvo hasta que tiraron de la cuerda. Los pies de Britael se despegaron del suelo. Pateó el aire, convulsionándose, girando, hasta que un crujido seco dejó a las claras que el cuello se le había partido.

Y después, de nuevo el silencio.

Mi llanto lo rompió, pero pronto quedó difuminado entre los gritos alborozados de los hombres del rey.

—Y ahora os vuelvo a preguntar: ¿hay alguien que se sienta poco inclinado a obedecer mis órdenes o a no verme como su rey y señor? —Úter Pendragón recorrió con una mirada desafiante a los presentes—. Supongo que este castillo dispondrá de un *oubliette*[34] donde quizás os apetezca pasar el resto de vuestras vidas —añadió—. ¿Deseáis meditar sobre ello?

Por supuesto, nadie se atrevió siquiera a respirar. En el patio solo se oían mis lloriqueos e hipidos (y el gorjeo de un alirrojo despistado).

—Muy bien. Pues entonces, todo el mundo a trabajar —ordenó antes de encaminarse con paso firme a la puerta principal para comenzar a hacer uso de sus posesiones.



Aún no nos habíamos recuperado del pavoroso espectáculo de avasallamiento cuando el rey anunció que, en dos semanas, se desposaría con lady Igraine en la capilla del castillo de Tintagel. Los mensajeros partieron en todas las direcciones con la convocatoria a

la boda real. Úter depositó en manos de Ulfin de Ridcaradoc la responsabilidad de organizar el enlace y pronto el castillo se vio inmerso en un torbellino de urgencia y agitación. Los sirvientes corrían de un lado a otro intentando cumplir las órdenes de aquel nuevo preboste, tosco y adusto. El ambiente se hizo irrespirable. Hasta las olas que azotaban la costa parecían hacerlo en susurros, para no incomodar.

Mientras tanto, el rey y mi madre ocupaban habitaciones separadas de las que apenas salían, aislados el uno del otro y del resto del mundo para no dar lugar a habladurías. Úter quería una boda digna del monarca de Britania; que la novia caminase hacia el altar envuelta de loor virginal, porque a esas alturas había decidido que la vida de lady Igraine, anterior a su presencia en ella, así como la mera existencia del duque Gorlois de Cornualles, jamás acontecieron (y pobre del que pusiera eso en duda).

Cuando las campanas[35] repicaron anunciando los esponsales, su sonido me destrozó los oídos. Incómodo, correoso, fétido como los huevos podridos; similar a masticar arena de la playa o mirar directamente al sol. En nada se pareció al sonido elegante y solemne con el que despidieron a mi padre durante su funeral.

Pese a la premura con la que recibieron la invitación, al enlace asistieron más de quinientas personas, entre las que se encontraba el mago Merlín. Llegó con la regocijada actitud del que sabe que su presencia resulta perturbadora. Al verlo, la espléndida sonrisa de Úter se opacó un poco, pero pronto recuperó la compostura. O quizás no. Quizás solo sustituyó una turbación por otra. El efecto hipnótico que mi madre provocaba en algunas personas se multiplicaba en él. Pareció morir un poco cuando la vio avanzar a su encuentro por el pasillo de la capilla, más hermosa que nunca, con su vestido color camándula y madrugada, coronada con una diadema de votos rotos y suspiros lánguidos.

Ante los ojos de Dios, Úter y mi madre prometieron amarse el uno al otro hasta el fin de sus días, mirándose a los ojos, entre susurros ondulantes y lentos, como inmersos en el fondo del mar.

La ceremonia culminó en un fastuoso banquete en el gran salón.

Me había propuesto no celebrar esa boda, así que me senté en un rincón, entreviendo las idas y venidas de los sirvientes, las risas de los flamantes recién casados que recibían regalos y buenos deseos, brindando dichosos, como si mi padre jamás hubiera existido. Quería pasar inadvertida. Y lo conseguí. Únicamente el mago Merlín me dedicaba miradas de reojo desde una esquina del salón.

Después del banquete, la fiesta se trasladó al patio. Batallas de adivinanzas y versos divertirían a las damas. Carreras de sacos, el tiro de herradura y toneles con manzanas flotantes distraerían a los más pequeños. Pero, sin lugar a duda, el plato fuerte de los entretenimientos lo protagonizarían los caballeros. En el centro del patio fijaron un poste de madera que sujetaba otro formando una cruz. En uno de los brazos colocaron un pelele de cuero relleno de paja y en el otro un saco de arena a modo de contrapeso. Los hombres medirían su habilidad, golpeando el monigote sin que el mecanismo los derribara al girar. Los asistentes al banquete reían y aplaudían emocionados.

Por culpa del bullicio no fui consciente del momento en el que los hombres de Úter sacaron a Taranis de las cuadras. De pronto lo vi en el centro del patio, con su lustroso pelaje refulgiendo bajo la luz de la tarde. Úter había ordenado ensillarlo. Quería probar suerte en el juego de agilidad a lomos del mejor caballo del castillo.

—¡Acercadlo! —ordenó, convencido de que, tal y como sucedía con el ducado de Cornualles y lady Igraine, ahora Taranis también le pertenecía.

Se me encogió el corazón.

Uno de los mozos de cuadra tiró de las riendas, pero el caballo se negó a obedecer. Sus ollares se dilataron. Relinchaba de forma amenazante a la vez que piafaba y se revolvía. El hombre que intentaba hacerse con él terminó por tropezarse. Pareció que iba a caer, pero recuperó el equilibrio, aunque no duró mucho, pues de nuevo lo perdió. Avanzó a trompicones, con el cuerpo doblado hacía delante, manoteando, hasta que su cabeza golpeó con el barril de

las manzanas flotantes. Cayeron los dos (el hombre y el barril) desparramando agua, manzanas y ridículo por el suelo del patio. Los invitados sintieron la tentación de lanzar una carcajada, pero lo dejaron para un mejor momento tras observar el gesto ceñudo del monarca. A grandes zancos, Úter se acercó a Taranis y lo observó con codicia.

—Precioso ejemplar —murmuró lanzándole dos palmotadas en el cuello.

Agarró las riendas, colocó el pie en el estribo, dio un par de saltitos a la pata coja y se alzó sobre la silla de cuero. Taranis se mantuvo inmóvil durante unos segundos, tras los cuales giró la cabeza para asegurarse de que el responsable de la caída en desgracia de su anterior propietario se encontraba ya sobre su lomo. Entonces arqueó el espinazo, elevó de golpe las dos patas traseras y lanzó a Úter por los aires. El rey se precipitó al suelo.

Os seré sincera: fue lo más divertido que ocurrió ese día. Sin embargo, nadie se atrevió a gesticular, ni siquiera a respirar. Solo mis labios dibujaron una levísima sonrisa de satisfacción. El rey yacía en el suelo de tierra, con sus elegantes ropas de boda cubiertas de polvo y con la dignidad más polvorienta aún. Uno de sus caballeros se acercó a él para ayudarle, pero él le lanzó un manotazo. Se incorporó de un salto y señaló a Taranis.

—Te arrancaré la piel a tiras, maldito animal —masticó entre dientes.

Sacó su espada y la blandió sobre la cabeza, caminando en dirección a Taranis.

—¡No! ¡No! —grité desesperada.

Corrí para colocarme entre el hombre que más odiaba en el mundo y el caballo de mi padre. Me abracé a una de sus patas delanteras y él, para consolarme, me rozó con su hocico la mejilla, húmeda por las lágrimas.

—¡Apártate! —me ordenó Úter—. No quiero salpicarte el vestido con la sangre de este diablo.

—Por favor, querido esposo. No lo hagas. Te lo ruego.

La voz de mi madre hizo que el rey se detuviera, pero, tras un par de respiraciones agitadas, elevó más aún el brazo con el que sujetaba la espada. Úter era incapaz de espantarse la ira tan deprisa. El corazón le galopaba en el pecho y estaba convencido de que solo lograría aplacarlo lanzándole un mandoble a ese animal que lo observaba con la altanería de un noble injuriado. Los ojos del rey ardían de rabia. Y entonces fue Merlín el que surgió de la multitud.

—Majestad…, por favor. —Caminó hacia nosotros. Cuando estuvo lo bastante cerca como para que nadie más pudiera escucharle, añadió—: Es imprudente que ejecutéis a un animal tan magnífico delante de vuestros nuevos súbditos. Podría interpretarse como un acto excesivo y desalmado. Recordad que estamos de celebración. No querréis que el día de vuestro enlace matrimonial sea recordado de esta manera, ¿verdad?

A Úter se le tensaron los músculos de la mandíbula. Escuchaba las palabras del mago sin apartar los ojos de Taranis, con el gesto del niño al que reprenden por haber orinado en la pared del vecino. Se debatía en la duda. No quería que lo tomasen por un pusilánime, pero tampoco que un impertinente caballo se convirtiese en un mártir. Y menos aún en un día tan señalado. Ser fiero y desalmado en las batallas estaba bien. Serlo el día de su boda resultaba demasiado, incluso para alguien como él. Chascó la lengua con fastidio.

—Está bien —concluyó con fingido desdén—. Dejaré que el caballo viva. —Me observó de reojo y pronunció muy bajo, solo para mis oídos—: Al menos por ahora.

Un suspiro contenido recorrió el patio mientras los soldados devolvían a Taranis a las cuadras. Los seguí y me quedé junto al caballo lo que quedaba de jornada, lloriqueando a ratos, envidiando la indiferencia con la que ramoneaba la paja, liberado de malos pensamientos, pasando por alto lo cerca que había estado de la muerte; presente en la calma. Él era ahora el único ser vivo que quedaba en el mundo tan fiel a mi padre como lo era yo misma.



Úter entró en el salón sin querer hacerlo. Lo primero que le llamó la atención fue la intensa luz que lo inundaba, pese a que ya comenzaba a caer la tarde. Los sirvientes habían dispuesto un soberbio fuego en la chimenea y decenas de velas y lámparas de aceite estaban prendidas. Las superficies de muebles, telas y enseres parecían barnizadas con vibrantes tonalidades anaranjadas.

Merlín lo esperaba de pie, en el extremo más alejado de la puerta. A Úter le recorrió un escalofrío por la espalda. Llevaba todo el día intentando darle esquinazo, pero, tal y como imaginó, el mago no se lo iba a permitir. Se cuestionó si no habría sido un error poner su vida a la disposición de ese hombre. Cuando en pleno acecho al duque Gorlois se derrumbó de angustia y pasión amorosa, Ulfin le sugirió pedir ayuda al mago. Entonces Úter le expuso su corazón. Se mostró vulnerable, accesible, suplicante. Le pidió… ¡no! No le pidió, ¡le rogó! que le ayudase a obtener el amor de lady Igraine. A cambio él, el nuevo rey de los britanos, le daría lo que pidiese. ¡Todo lo que pidiese! Merlín le aseguró que esa misma noche dormiría desnudo entre los brazos de mi madre.

Y lo había cumplido.

Ahora, el hombre que pocas semanas antes le había parecido la respuesta a sus plegarias le resultaba tétrico, ahí plantado, lamido por las sombras, sobrio, adusto, con ese pelo desgreñado, como remolinos de tormenta. Merlín no hubiera desentonado en absoluto acechando detrás de un fresno, entre la niebla, o musitando conjuros en una cripta durante una noche sin luna. Le pareció mayor, como si hubiera envejecido de pronto, y eso le devolvió la sensación de ser un crío al que se le viene encima una reprimenda.

El mago observaba con sumo interés la punta de sus zapatos mientras musitaba algo sobre salones o pendones o torpones o dragones.

—¿Cómo decís? —preguntó Úter.

—Las profecías —respondió Merlín, dejando que su mirada pululase por la estancia—. Este castillo es soberbio —siguió diciendo—. ¿Os quedaréis aquí?

—De momento, sí. Mi esposa prefiere estar cerca del mar.

—Vuestra esposa… —musitó, sonriendo con la mitad derecha de su rostro—. Parece mentira que solo haga unas semanas de… —Se interrumpió—. Aún os recuerdo en vuestro campamento, llorando por ella, rogando a Dios que os ayudase.

Úter se rebulló incómodo. Le parecía de mal gusto que el mago trajese a colación el recuerdo de sus debilidades.

—Pero no fue Dios quien escuchó vuestras súplicas, sino yo —aclaró Merlín—. Y vos jurasteis sobre sagrado que me daríais lo que pidiera si conseguía que yacieseis con lady Igraine esa misma noche.

En el momento en el que hizo ese juramento, el rey hubiera vendido al diablo su propia alma para conseguir lo que quería. Ya en el pasado hizo juramentos de ese tipo, presionado por las circunstancias. Pero una cosa era hacer un juramento y otra muy distinta, cumplirlo. Ahora que el cuerpo de mi madre le pertenecía a ojos de Dios y de los hombres, aquel juramento le incomodaba, de manera que se dirigió a Merlín con tono agrio.

—Sé que estoy en deuda con vos, aunque creo que en su momento dejé claro que el pago sería algo que pudiese ser encontrado. Oro, castillos, riquezas… —enumeró—. ¿Cuáles son vuestros anhelos? ¿Qué ambicionáis? Lo que esté en manos de un rey conceder, os lo entregaré con prontitud. Eso es lo que os prometí. Y eso es lo que os daré.

—Oro… castillos… riquezas… —remedó Merlín con grandilocuencia—. ¡Qué maravilla! ¡El rey de Britania está en deuda conmigo! Podría pedir lo que quisiera. —Se rascó la barbilla fingiendo sopesar sus opciones—. Me han dicho que a un faraón de Egipto lo enterraron con una espada hecha con metal caído del cielo. ¿Eso puede ser encontrado, majestad? — Observó a Úter con insolencia. Justo cuando este hizo el amago de abrir la boca para

responder, Merlín continuó con su monólogo—: O quizás podría pediros un jardín con árboles que den rubíes del tamaño de manzanas. O una yegua del reino de Danann, herrada con oro, con una esmeralda en su testera. ¿Qué podría ambicionar quien ya posee el tiempo, la tierra en la que posa sus pies y el aire que respira? —Siguió recitando Merlín—. Soy el dueño de todo lo que queda ante mis ojos y de lo que veo cuando cierro los párpados. Son míos los astros del cielo, los árboles, los ríos, los montes… ¿Creéis acaso que alguien capaz de desordenar las partículas de un ser humano para hacerlo pasar por otro puede ambicionar un bien material? ¿Riquezas, decís? Me decepcionáis, majestad.

—¡Hablad, pues! ¿Qué es lo que queréis a cambio de la ayuda que me brindasteis? —Úter estaba perdiendo la paciencia.

Merlín dejó la respuesta en suspenso durante unos segundos.

—El *encuentro* que facilité entre vos y lady Igraine pronto dará sus frutos —anunció al fin—. Debéis saber que habéis engendrado un hijo varón en el vientre de la mujer que tanto amáis. En este momento, una criatura de vuestra sangre crece en las entrañas de vuestra esposa…

—¿Un hijo?

—… y eso es lo que me habéis concedido. Cuando nazca, me lo daréis.

Úter lo observó con incredulidad.

—¡Es una locura! —estalló al fin—. No podéis pedirme que os entregue a mi hijo. ¡Mi primogénito! ¡El legítimo heredero al trono de Britania! —recalcó. Quizás el mago no había reparado en ese pequeño detalle—. Aunque sea cierto lo que me decís, no es algo sobre lo que yo tenga potestad. ¿Cómo arrebatarle un hijo a su madre? Las madres no entregan a sus hijos así como así. ¡Eso es imposible! ¡Imposible! —repitió, por si no había quedado suficientemente claro el primer *imposible*. Luego guardó silencio para recomponerse antes de tentarle con una propuesta—. ¡Pedidme otra cosa! Puedo daros un pájaro que habla en latín. ¿Cuántos pájaros habéis visto hablando en latín? Es una auténtica maravilla, lo

trajeron de… O… o… podría cederos a un enano que canta, baila, da volteretas y encuentra trufas en los bosques con una facilidad que…

—Cumplí mi parte del pacto. No dudé. Hice lo que esperabais de mí. ¡Exijo la retribución estipulada!

—Solo intento que entendáis cómo lo verá lady Igraine. Ella no comprenderá…

—Lo que comprenda o no, poco importa —interrumpió Merlín—. ¿Acaso creéis que el destino de un reino puede supeditarse a los deseos de una mujer? Para que vos pudieseis yacer con la esposa de otro hombre, yo he trastocado el orden del universo. ¡He puesto el mundo patas arriba simplemente para que vos pudieseis satisfacer un bajo instinto! Jamás un rey le debió tanto a un mago.

—Oh… claro. ¡Lo único que pedís a cambio es que entregue a mi hijo! Carne de mi carne. Mi primogénito. El llamado a ser rey en un futuro. ¿Qué pensáis hacer con él? ¿Lo queréis como esclavo? ¿Es eso? ¿Pretendéis demostrar que tenéis más poder que yo haciendo que mi hijo se convierta en esclavo en un *brugh*[36]?

Los ojos de Merlín se incendiaron como las brasas de la chimenea. Uno de los candelabros se deslizó sobre la mesa a toda velocidad, cruzó la estancia y se estrelló contra un escudo que adornaba la pared.

Se hizo el silencio.

Úter había sido testigo del poder de Merlín en el pasado, pero era la primera vez que fue consciente de que, sirviéndose de la magia, podría destruirlo. Observó las velas apagadas esparcidas por el suelo, junto al candelabro aún oscilante, y se sintió derrotado.

—Le gente hará sus cuentas. ¿Acaso no os habéis parado a pensarlo? —La pregunta del mago sonó sorprendentemente apacible—. Habrá quienes piensen que es hijo del duque. Esa criatura heredará sus enemigos y los vuestros. Suerte tendrá si alcanza a cumplir un año de edad. ¿No os parece ese un buen motivo para que yo lo ponga a salvo?

A Úter no le había dado tiempo a valorar esos detalles. La aseveración de Merlín suscitaba algunos interrogantes (decenas, en

realidad). Y no es que el rey fuese ajeno a las complicadas relaciones entre los monarcas, sus descendientes y sus adversarios. La truculenta historia de su familia era un claro ejemplo de ello. Los poemas y canciones de los bardos estaban cuajados de traiciones, venganzas y asesinatos motivados por circunstancias más nimias que aquella.

—¿Estáis seguro de que esta es la mejor decisión? —musitó Úter.

—Así ha de ser. Volveré en unos meses —declaró mientras caminaba hacia la puerta. Antes de atravesarla, se dio la vuelta y observó al rey con sus elocuentes ojos, tenebrosos como la congoja—. Sed amable con Morgana.

No se trataba de una sugerencia; sonó más bien como una orden.

Úter, que aún no se había recuperado de la noticia del hijo que había ganado y perdido el mismo día, frunció el entrecejo.

—¿Con quién?

—¿Acaso no sabéis cómo se llama la hija de la mujer que decís amar? —preguntó molesto—. Morgana —repitió. Pero Úter seguía ahí, como un pasmarote—. ¡La niña! —aclaró.

—Ah… sí, esa niña…

—Ya le habéis arrebatado bastante, ¿no creéis?

El rey no respondió, inmerso como estaba en sus desasosiegos.

—No hay honor alguno en torturar a una niña. Tened eso presente —le dijo Merlín como despedida.

---

32 García Gual, C. (2020). *Historia de Merlín*. España: Siruela.

33 Hadas del mar.

34 Palabra francesa derivada del verbo *oublier* (‘olvidar’). Los *oubliettes* se utilizaban para encarcelar prisioneros, potenciales enemigos o para disuadir a los revoltosos. En sentido arquitectónico son mazmorras o celdas que aprovechan los recodos de los muros o torres de un castillo. El espacio era por tanto reducido y su acceso se realizaba por aberturas ocultas, lo que dejaba pocas posibilidades de escape, reforzando su condición de confinamiento cruel. Esa idiosincrasia los convertía en lugares poco

ventilados, oscuros, fríos y húmedos, lo que enfatizaba la humillación y tormento que sufrían las personas encerradas en ellos. En resumen: el *oubliette* era el lugar al que iban a parar las personas que se echaban al olvido.

35 Las campanas, las gárgolas y las veletas son las tres defensas tradicionales contra el diablo. Se cree que el sonido transparente de las campanas de las iglesias repele a los seres feéricos con tendencia maliciosa o voluble. Ahora bien, también es cierto que las hadas mantienen una relación ambivalente con el sonido de las campanas. Ninguna cabalgata de las hadas podría considerarse como tal sin los cascabeles que adornan los arreos de sus majestuosos caballos. Se cree que el tintineo de batintines, campanillas o sonajeros las hace felices por el gran amor que sienten por la música.

36 El *brugh* es una morada mágica subterránea, un espacio hueco en el interior de las colinas verdes, los túmulos, los montes o montículos, incluso bajo lagos o ríos, habitado por hadas. Se asocia generalmente con el otro mundo celta. A simple vista parece una elevación natural del terreno (una *fairy hill*), pero en noches especiales, el velo que lo oculta se diluye y algunos humanos pueden verlo. Deriva de la palabra *borough,* que significa 'fortaleza', ya que los seres feéricos lo describen como maravillosos castillos. Pero entrar en un *brugh* no siempre es una fiesta. Los cristianos que han estado allí alguna vez (la mayoría niños humanos secuestrados por las hadas), y han logrado escapar para poder contarlo, aseguran que son oquedades húmedas bajo las colinas. Se cuenta que una joven madre dejaba todos los días un cuenco de leche en el alfeizar de la ventana como ofrenda a las hadas. El día que olvidó hacerlo, las hadas, ofendidas por la desconsideración, se llevaron a su hijo. El niño pasó tres años recluido en el *brugh,* obligado a tocar por las noches un arpa de plata. El exterior de los *brugh* se conoce como *sithien.*

9
EL HIJO DEL DRAGÓN

«—Madre se ha ido; está con el rey —dije—.
Pero yo cuidaré de ti, hermano.
Y con su manita regordeta en la mía comprendí lo que Igraine había querido decir:
yo era demasiado mayor para llorar y llamar a mi madre, pues ahora tenía a un pequeño que cuidar».[37]

Las nieblas de Ávalon
MARION ZIMMER BRADLEY

Úter y mi madre me desvelaron los subterfugios de los que se vale la madre naturaleza para perpetuar la especie humana. Su amor me hacía invisible a sus ojos, así que, poco a poco, fui testigo del deseo que los consumía. Coleccioné un repertorio de gestos que analizaba con avieso esmero y que me envenenaban el alma. Conocer lo que sucedía tras la puerta cerrada de su alcoba me asqueaba y atraía en la misma medida.

Durante días sofrené el ansia de saciar mi curiosidad, molesta conmigo misma, convencida de que había algo enfermo en mi naturaleza. Hasta que ya no pude aguantar más. Una noche me colé en su alcoba y los vi. El angelical aspecto de mi madre contrastaba con las impúdicas palabras que pronunciaba, y él, lejos de sentirse molesto, parecía espoleado por un loco frenesí. Se arrancaron la ropa a tirones y cayeron en la cama enlazados, revueltos, anhelantes, desesperados, besándose con la boca muy abierta, como peces fuera del agua. Mi madre transfigurada por los gestos que él dibujaba en su rostro. Mi madre convertida en la sirena que siempre había sido: húmeda, pulposa, rosada, ondulante.

Su cabello como algas enredadas en las manos de Úter, quien, por contraste, parecía un marinero torpe navegando en una barquita a la deriva, hasta quedar ambos varados a la orilla de las sábanas, jadeantes y satisfechos, envueltos en olor a marisco.

Se amaron esa noche con entusiasmo y delirio. Y así siguieron haciéndolo cada noche que pasaron juntos por el resto de sus vidas porque, al contrario de lo que le sucedía a lady Igraine con mi padre, Úter Pendragón no le olía a muerte cuando regresaba de las batallas.

Fue la primera vez que vi a un hombre completamente desnudo y me sorprendió la diferencia de nuestras anatomías. El encuentro entre los cuerpos me resultó feroz y despiadado. Tras ver aquello me prometí a mí misma que jamás permitiría que nadie me hiciera lo que Úter le había hecho a mi madre (promesa que, como ya veréis más adelante, no cumplí).

En poco tiempo, se hizo evidente que lady Igraine estaba encinta. Tenía las mejillas encendidas, se pasaba el día sonriendo (más que de costumbre), se mostraba ensimismada (incluso más que de costumbre). Se colaba en la cocina, metía las manos en las vasijas en las que Ronan guardaba los encurtidos y escabeches y mordisqueaba las zanahorias, las cebollas, los rabanitos… Los sirvientes la descubrían en mitad de la noche, sentada en el suelo de la despensa, chupándose los dedos. En cambio, le cogió asco al olor de las plantas del jardín. Ronan tuvo que dejar de hacer el *garum* que llevaba años preparando según la receta romana, que consistía en dejar fermentar al sol, durante semanas, en el interior de vasijas de barro, entrañas de pescado (las más agradecidas eran las de caballa) con sal gruesa, hierbas aromáticas y vinagre de manzana. El resultado era una salsa untuosa de color ambarino y aroma robusto, comparable (tanto en textura como en espíritu) al cobre fundido en la fragua de Vulcano. Pese a que en tiempos de Cicerón un ánfora de buen *garum* se cotizaba al mismo precio que un joven esclavo versado en las distintas lenguas del Imperio, si mi madre

llegaba siquiera a intuir un plato que contuviera esa salsa, terminaba vomitando.

Según pasaban las semanas, sus manías crecían al ritmo de su barriga. Le daba asco el olor de la leche y sus derivados. También el de la carne de caza, la de cordero y la de cerdo. Aborrecía las nueces, las castañas, las avellanas… así que terminó por alimentarse únicamente de huevos cocidos y manzanas con miel.

Úter impuso un buen número de normas inquebrantables en torno a su esposa. Estaba prohibido despertar a lady Igraine, estaba prohibido hablarle del tiempo si llovía o hacía viento, estaba prohibido perturbar su calma con cualquier tipo de desbarajuste en el orden del castillo. En general (y Úter dejó esto terminantemente claro), debían evitar dirigirse a ella.

Yo no estaba exenta de seguir esas reglas. Y a mi madre le pareció bien. Que un pececillo estuviese nadando en su vientre le devolvió el recuerdo de sus orígenes marinos y pareció zambullirse en ella misma. En la recta final, con la barriga de un tamaño desproporcionado, era la viva imagen de la felicidad; nada que ver con lo que pasó en su primer embarazo, según murmuraban los sirvientes. No abandonó el telar. Cantaba mientras tejía, con su dulce voz de sirena, dando forma con sus hilos a una criatura rosada de cabello rojizo, a castillos encantados coronados por dragones, a espadas ancladas en una roca y caballeros sentados en círculo.

Mi hermano, al igual que yo, vino al mundo una de esas dos veces al año en las que el castillo de mi padre se hace invisible. Taliesín predijo que el rey llamado a unificar el reino de Britania nacería en solsticio de invierno, algo con bastante sentido, ya que debía aportar luz en tiempos oscuros. Pero no todo sería brillo en su vida. El primero de los bardos insistió en que los descalabros cometidos por sus antepasados le complicarían la existencia. Y en eso también acertó.

El parto pilló a todos por sorpresa. Habían hecho sus cálculos: si la criatura fue concebida la misma noche de bodas, faltaba un mes para su nacimiento. Pero el mar que mi madre retenía en el vientre

llevaba su propio registro del tiempo y se precipitó piernas abajo con antelación. Al darse cuenta, avanzó a trompicones, buscando ayuda. Pronto una colmena de damas revoloteó en torno a ella, escoltándola a su alcoba. Las seguí, sin que nadie se percatase de mi presencia; así de invisible me había vuelto. Nada más atravesar la puerta le arrancaron sin miramientos el vestido y las calzas mojadas. La recostaron en la cama, abriendo su túnica de un tirón, haciendo saltar todos los botones. El enorme vientre de mi madre quedó expuesto; la piel pálida como un cielo invernal, tensa como un pandero, atravesada por ríos azul plata. En la cumbre de esa inmensidad, se encontraba el ombligo. Nunca imaginé que mi madre tuviera uno.

Las damas lanzaban órdenes al aire. Paños, agua caliente en palanganas, carreras, jadeos, sangre, lágrimas… Y mi madre, con el rostro perlado de sudor, con los puños apretados y el gesto contraído, más humana que nunca. Una de las damas tanteaba entre sus piernas abiertas, algo que me pareció de una intimidad absolutamente inconcebible.

—Empujad, lady Igraine, que ya casi está aquí.

Mi madre apretó los dientes, aferró las sábanas y gruñó como un animal durante unos segundos. Paró un momento, tomó aire y volvió a apretar. Así una y otra vez.

—Empujad… un poco más —le repetía, mientras las demás presionaban su vientre.

Una de las doncellas se desvaneció, desparramando por el suelo la palangana que sujetaba entre las manos. Justo en ese instante, brotó la coronilla de la criatura. La dama lo tanteó con las yemas de los dedos y fue girándolo despacio hasta que consiguió liberarlo. De la viscosidad sanguinolenta surgió una forma humana que entró en el mundo protestando, con la boca muy abierta y los puños apretados.

—¡Es un niño! —anunció.

Yo seguía allí, etérea, al final de la alcoba, desconcertada por el turbador espectáculo que acababa de presenciar, guarecida tras el

gran tapiz con el escudo del Pendragón, observando cómo hacían desaparecer los rastros del parto.

Cuando estuvo todo recogido, ya con sábanas limpias y secas, fueron a informar al rey de que le había nacido un hijo precioso, grande y fuerte como él, coronado de pelusilla albina. Úter apareció cuando mi madre tenía a la criatura aferrada a su pecho. Sonreía, orgullosa y feliz, recuperando por segundos su angelical belleza. Él también sonrió mientras le acariciaba el rostro, sin prestar atención al niño.

—¡Traed a la nodriza!

Lanzó la orden al aire.

Su indiferencia por el recién nacido hizo que se retomase la cuenta de los días transcurridos desde el enlace matrimonial. Los cuchicheos traspasaron las paredes del castillo, se extendieron por las laderas, los acantilados y alcanzaron la última aldea de Cornualles.

Salí de mi escondite cuando todos se fueron. Mi madre dormía con el cabello desparramado en ondas sobre la almohada. Al lado de su cama estaba la cuna en la que descansaba mi hermano. Él también dormía. El silencio, la tenue luz del invierno filtrándose por las ventanas, el crudo lino cubriendo la inmaculada piel del bebé, su respiración pausada con la que acompasé la mía…, todo aquello debía de ser la paz.

Acerqué mis labios a su frente sin pretender rozarla. Percibí que desprendía el aroma del mar, el mismo que quedaba atrapado en la cueva, a los pies del castillo. El del tomillo y el tojo que brotaban cerca del acantilado. Mi hermano hizo un leve movimiento con los dedos, coronados por uñitas que parecían escamas de pescado. Acaricié la minúscula palma de su mano y entonces cerró el puño, atrapando mi dedo índice. Una asfixiante ternura me presionó el pecho. Y entonces supe que, pasara lo que pasara, amaría a ese niño el resto de mi vida.



No existe lo que no puede ser nombrado.

Eso debían pensar mi madre y el rey mientras el padre Edwin les insistía e insistía en lo apremiante de bautizar a mi hermano, de señalarle con un nombre para diferenciarlo de otros niños réprobos, no fuese a acontecer una desgracia (el Señor no lo quisiera) y su almita descarriada acabase en el infierno por no seguir unas prevenciones mínimas. Pero ellos le restaban importancia, aplazaban el momento; de hecho, apenas pasaban tiempo con él. Depositaron en los pechos de la nodriza la responsabilidad de su crianza, y retomaron con premura sus escarceos entre las sábanas, porque la reciente maternidad no aplacó el deseo de ninguno de los dos.

Esa desidia por su parte me vinculó aún más a mi hermano. Veía en él mi propio reflejo: una criatura arrastrada a este mundo y abandonada a su suerte. Su pureza me perturbaba, ocupando mi mente durante el día y haciendo que soñase con él por la noche. Lo velaba hasta que se quedaba dormido y me levantaba deprisa para estar presente en su primer llanto.

No os engaño al decir que mi hermano parecía hecho de un material diferente al del resto de los humanos. Su piel era blanca, lisa, suave. Olía a ajenjo endulzado con miel, seguramente por sus ojos, que, con el paso de los días, tornaron del azul celeste al color del ámbar verdoso. Era la criatura más hermosa que yo hubiese visto jamás; incluso más que Taranis.

Debieron considerar que yo no era una amenaza para su integridad, porque me dejaban bañarlo. Colocaba la tina de peltre frente a la chimenea, la llenaba de agua caliente y flores de lavanda y masajeaba cada pliegue de su cuerpecito: la mórbida piel de su vientre, la caracola de sus orejas, las junturas de sus miembros. Repasaba el recorrido azulado de las venas, absorbía los esbozos de sus primeras risas y fruncía el ceño ante sus leves protestas. Luego lo enjugaba con una toalla que previamente había dejado calentar

frente a la chimenea, tarareando musiquillas inventadas. Le abrazaba, aspirando con ansia su olor a vida recién estrenada, y le susurraba al oído todo lo que lo quería. Mucho. Mucho más que mucho. «Hermano mío». «Mi vida…».



El día elegido por Merlín para saldar la deuda del rey estuvo precedido por tiempo borrascoso. La bruma de marzo, espesa y húmeda, se descolgaba por los riscos de Tintagel, similar a jirones de sábanas, como si el viento hubiera hecho de las suyas en una cama recién hecha.

De haberme asomado a la torre, habría podido verlo llegar a lomos de su yegua, caminando sobre un mundo invertido; la tierra sembrada de nubes esponjosas y frías y el cielo mudado en espejo de reluciente piedra gris. Pero su visita nos pilló por sorpresa y yo estaba en las cuadras. Llevaba un tiempo jugueteando con la idea de que mi hermano se hiciese lo bastante mayor como para enseñarle a montar, al igual que mi padre hizo conmigo. Nos imaginaba a ambos a lomos de Taranis. Yo guiando sus manitas, aspirando el olor a limpio de su coronilla mientras le explicaba el asunto de las muryans que viven en las colinas huecas, que se mecen en las corolas de las prímulas y cabalgan a lomos de los grillos hasta los prados floridos para celebrar allí sus fiestas en las noches de luna llena.

—¿Con quién hablas?

La voz del mago me sacó de mi ensimismamiento. Me giré de golpe. Su inconfundible silueta se recortaba en la luminosidad de la puerta abierta. Caminó hacia mí con las riendas de su yegua en la mano. Un mechón de pelo negro le cubría parte del rostro.

—¿Y bien? —volvió a preguntar.

Seguí acariciando el lomo de Taranis, dispuesta a que no se diese cuenta del repentino rubor de mis mejillas.

—¿Y bien qué?

—Se te oye reír desde el puente —dijo. Lo cual era claramente una exageración—. Así que te he preguntado que con quién hablas.

—Con Taranis —respondí.

—Con Taranis —repitió mientras liberaba a la yegua de su silla—. ¿Y tiene buena conversación?

Me encogí de hombros antes de responder.

—Mejor que la de algunos reyes.

Me dio la impresión de ver la sombra de una sonrisa dibujada en su rostro, aunque no estaba segura; nos envolvía la penumbra.

—Tiene su lógica. Por el ajedrez sabrás que el rey no siempre es la pieza más importante. Los caballos son los únicos capaces de moverse por lugares a los que no llegaría jamás un rey.

No recordaba haber hablado con Merlín del juego, pero él siempre parecía saberlo todo sobre mí, como si me analizara en cada uno de nuestros encuentros. Como si estuviésemos conectados, de una manera u otra.

—Los peones valerosos pueden incluso rescatar a la reina —siguió diciendo— y el alfil… Bueno, un alfil puede manejar los hilos de un reino sin que el rey se percate de ello.

—¿Eres un alfil?

Guardó silencio. Luego se me aproximó y aferró mi barbilla para enfrentarme a sus ojos.

—¿Qué voy a hacer contigo, Morgana? —Supongo que no esperaba respuesta por mi parte porque, acto seguido, me pidió que lo acompañase al gran salón.

Recuerdo a mi madre y a Úter recibiéndole con una cortesía solo reservada a los hombres a los que se teme ofender o contrariar. El maestresala le ofreció vino especiado mientras una de las sirvientas se hacía cargo de su capa.

—¡Qué inesperado honor! —saludó el rey con ensayada dignidad.

Merlín inclinó levemente la cabeza, dibujando en sus labios una sonrisa desprovista de humildad. Úter observó a su cobrador en silencio, sobrecogido quizás por el hecho de que hubiera llegado el

momento que tanto había temido. Desde el nacimiento de su hijo supo que debía prepararse para afrontar con decoro ese día y, aun así, ahora sentía que el mago le hurgaba en el pecho con sus manos nervudas para arrancar de él sus miedos más íntimos y exponerlos a la luz. Le atormentaba la idea de estar cometiendo un error y, en ese momento, con Merlín ante sus ojos, su conciencia tomaba forma física. Una forma, por otro lado, tan perturbadora como fascinante. El joven perspicaz y deslenguado que conoció apenas dos años antes era ahora un hombre adusto, alto y esbelto, de rostro afilado y pómulos marcados. Se mantenía muy erguido, de manera que parecía observarle por encima del hombro con sus fieros ojos negro pizarra, tan acordes con el día.

Comimos los cuatro juntos en el gran salón. Ronan se esmeró en la elaboración de sus manjares, cuajando la mesa de exquisiteces, pero ni una brizna de afabilidad se intuía en el ambiente. De vez en cuando intercambiaban alguna frase que yo no alcanzaba a comprender.

—¿Seguís pensando que es lo mejor? —preguntaba Úter.

—Sin lugar a duda —respondía Merlín—. Pasará inadvertido hasta que esté preparado para asumir lo que el destino le depara.



Aquella noche dormí a trompicones, asaltada por sueños absurdos. Inquieta, lo primero que hice tras el canto del gallo fue ir en busca de mi hermano. El corazón se me paralizó al ver su cuna vacía. Corrí en dirección a la cocina, con la esperanza de que se hubieran adelantado en darle el desayuno, pero tampoco había rastro de él allí. Le pregunté a Ronan, a las damas… Nada. Nadie me decía nada y sus miradas esquivas aumentaban mis temores. Me dirigí a las cuadras con el presentimiento de la fatalidad aferrando mi garganta; casi no podía respirar. Entonces vi el espacio vacío en el que debía estar la yegua de Merlín. Y fue como un mazazo. Una certeza. Lo

supe. Caí de rodillas en el suelo, derrotada. Hundida. Con el corazón hecho pedazos por segunda vez en mi corta vida. Merlín se había llevado a mi hermano.



Dejé de hablar, pero tardaron varias semanas en darse cuenta. Estaban habituados a tropezar conmigo tras una esquina sin haber percibido ni mi sombra, a sobresaltarse al sentir mi mirada ceñuda posada sobre sus hombros, a que me deslizara en las habitaciones como un espíritu mohíno. Así que mi mutismo solo se hizo palpable cuando no obtuvieron respuesta a varias preguntas directas. Quizás os estéis preguntando si a mi madre le pareció preocupante mi silencio. La respuesta es no. Fueron los sirvientes quienes decidieron tomar cartas en el asunto.

El tenaz Ronan, que en el pasado había conseguido que me dejara de chupar el pulgar sumergiéndolo en vinagre de manzana, aseguró que podría poner fin a mi mudez sirviéndose de los ingredientes que había en la cocina. Estableció una lógica elemental y comenzó a preparar platos en los que incluía lenguas de vaca, de cordero, de cabra, de cerdo… y las cocinaba en salsa, estofadas, rebozadas, aliñadas o camufladas en el potaje, pero a mí la carne, en general, no me entusiasmaba, y esa parte de la anatomía, en particular, me provocaba náuseas. Si me forzaban a comer lenguas, me sumía en la desesperación. Pataleaba, lloraba, corría por los pasillos para esconderme en cualquier rincón y luego tardaban horas en volver a dar conmigo. Como el tratamiento con lenguas no parecía estar dando ningún resultado, dedujo que mi garganta podría estar dañada, así que elaboró un cocimiento a base de valeriana, manzanilla y artemisa endulzada con miel, que, si bien no me curó la mudez, sí me calmaba los nervios. Ante la ausencia de resultados positivos, el cocinero propuso negarme cualquier tipo de alimento, por ver si así reclamaba la comida a viva voz. Como tenía

fama de niña testaruda, algunos opinaron que esa estrategia sería en vano, que cualquier día me encontrarían famélica y desfallecida en cualquier rincón, tal y como sucedió.

Tras varias semanas de intentos fallidos, Ronan razonó que la solución quedaba fuera de su competencia; él podía manejarse con temas mundanos, pero opinaba que lo mío, más que físico, era espiritual. Estando así las cosas, consideró que el padre Edwin era la persona indicada para poner fin a mi mutismo. El religioso, con fingido recato, tuvo que darle la razón.

El padre Edwin era de talante nostálgico y refunfuñón. Se quejaba de la lluvia («cuánta humedad»), del sol («qué bochorno»), de los animales («tan ruidosos»), de las damas («tan ramplonas»), de los caballeros («tan toscos»). Tenía en alta estima sus capacidades y en muy poca las de los demás, de manera que, cuando algo le incomodaba, siempre suponía que la culpa era de los otros, viles pecadores con los que Dios ponía a prueba su santa paciencia. Por supuesto, él ignoraba su pesimismo, ya que lo consideraba pura deducción lógica: el mundo era un lugar al que se venía a sufrir. Para el regocijo había que esperar. El regocijo estaba reservado a los pocos que lograran alcanzar el paraíso.

Pero no quiero que imaginéis que viví como un castigo que me encomendasen al padre Edwin. Muy al contrario: fue un regalo que se sintiese responsable de salvar mi alma. Llegó a la conclusión de que permanecía en silencio porque encontraba más interesantes las conversaciones que mantenía conmigo misma que las que pudiera entablar con cualquier otro habitante del castillo. El diablo podría aprovechar la circunstancia para meterme ideas perversas en la cabeza, y no estaba dispuesto a permitirlo. La experiencia le indicaba que el cerebro de las mujeres era terreno abonado para que la maldad echase raíces, pero él se encargaría de sembrar en mi mente buenas semillas.

Decidió que la menudencia de que fuese una niña muda no era impedimento para que aprendiese a leer y escribir en latín, ya que a sus ojos no existía lengua más práctica y culta. Y ese conocimiento

me dejó cautivada. Antes de cumplir los siete años ya me había leído de cabo a rabo las Sagradas Escrituras. Así supe de la existencia de un mundo más allá de Tintagel. Lugares tan exóticos como Saba, habitado por una reina inteligente y hermosa, con la piel como el ébano. O Babel, donde edificaron una torre tan alta que casi pudieron tocar el cielo sacando la mano por la ventana. Conocí a Jonás, que sobrevivió varios días en la barriga de un pez que terminó por vomitarlo en una playa, sin mayores consecuencias para su salud. Y también supe de la intensa lluvia que inundó el mundo y cómo las especies se salvaron navegando en una barca enorme.

En ocasiones, el rosario de requisitos que debían superar los protagonistas de las historias me recordaba a las instrucciones a seguir en los cuentos de hadas, muchas de ellas carentes de cualquier tipo de lógica. Cosas como: «No mires atrás si no quieres acabar convertida en estatua de sal» o «Puedes comer todas las frutas que quieras, menos las manzanas de este árbol». Al igual que en los cuentos, por muy fáciles de cumplir que parecieran las reglas, los personajes siempre acababan desobedeciendo y lo pagaban con desproporcionados castigos del tipo «Aumentaré el dolor de tus partos; desearás dominar a tu marido, pero él te dominará a ti».

Para mí, en aquellos momentos, la religión y la magia eran la misma cosa. En ambas, la esencia del mundo estaba sometida a un buen número de fuerzas y seres sobrenaturales que premian, castigan y se divierten con los humanos. Tanto magos como religiosos confiaban en que, sirviéndose de conjuros o plegarias, conseguirían predisponer a esos espíritus para que obrasen acorde a sus deseos. Mi mutismo impidió que compartiese estos pensamientos con el padre Edwin, lo cual fue una suerte, porque estoy segura de que no hubiera encontrado el paralelismo. Muchas personas habían acabado lapidadas por expresar este tipo de divagaciones en voz alta.

Contra todo pronóstico, creo que me convertí en la persona favorita del padre Edwin. Él disfrutaba sobremanera del sonido de su voz reverberando en la capilla durante la misa diaria, impostándola

en el acto penitencial, dulcificándola en el Gloria, tornándola grave en la lectura de los evangelios y beatífica en la despedida. Pero eso solo le ocupaba una hora al día, mientras que yo pasaba con él buena parte de las tardes, y mi mudez le permitía hablar y hablar sin interrupciones.

Reconozco que yo también comencé a apreciar su compañía. Me sentía profundamente agradecida. Me entregó la llave que daba acceso a otros mundos, y pude viajar en el tiempo y el espacio, ocupar otros cuerpos y acceder a los pensamientos de gentes que murieron hace muchos siglos. Conocí el poder que tenía la palabra escrita y lo que era capaz de hacerle a mi cabeza.

El tiempo que no estaba en la capilla lo pasaba con Taranis. Si lograba escabullirme, me llevaba la comida a la cuadra, lo cepillaba y me sentaba junto a él hasta la caída del sol. Con el paso de los años me permitieron salir del recinto de la fortaleza y entonces cabalgábamos entre las aulagas y las campanillas marinas, nos adentrábamos en los bosques de avellanos; guardábamos silencio el uno al lado del otro, dejando que las alondras y los zorzales hablaran por nosotros.

A veces me llevaba el espejo conmigo para intentar convocar la imagen de mi hermano, alejada de cualquier mirada indiscreta. Pero solo lograba atisbar contornos borrosos de pies infantiles chapoteando en el barro, o de espadas de madera chocando, o de piedras lanzadas a un estanque. Era posible que se tratase del reflejo de lo que mi hermano estaba viendo en ese mismo momento, pero también podía ser algo acontecido cien años atrás, que ninguna relación tuviera con él. Eso me llevó a pensar que, igual que Merlín me reveló ese talento, del mismo modo podría impedir que ahora lo utilizara para encontrar a mi hermano.

Hacía tiempo que el nombre de Merlín estaba en mi lista de personas odiadas.

Quizás debería contaros que mi madre y el rey concibieron otra hija a la que bautizaron con el nombre de Ana. No entablé con ella ningún tipo de relación, convencida como estaba de que Úter se

había empeñado en arrebatarme cualquier rastro de familia que pudiera tener. Me limité a observarla de lejos con el mismo interés que me despertaba ver caer la lluvia.

Así transcurrió mi niñez en el castillo de Tintagel. Contando el paso de los años por el calendario gregoriano y el día en horas canónicas. Confundiendo el grial con el caldero mágico de Dagda, a los druidas con los sacerdotes y el cielo cristiano con el Annwn[38] celta. Protegida de la realidad por los espíritus del agua, la tierra y el mar. Aceptando con naturalidad el desbarajuste en la física que me permitía volar. Custodiada por Taranis, protegida por Ronan y el padre Edwin, aborrecida por el rey, ignorada por mi madre, que no volvió tejer seres fabulosos en los telares ni a insinuar que yo era un hada. La sombra de su rareza se fue difuminando y estoy segura de que hasta Gwyneth dejó de hablar de ella en las tertulias de la taberna.



Fue en aquel tiempo cuando Úter comenzó a sospechar que estaba perdiendo el juicio. Se quejaba de agotamiento y de sentir un frío de tumba en los huesos. Las pocas veces que habla, lo hacía en susurros, así que era un suplicio entender lo que quería y perdía los nervios si le pedían que repitiese lo que acababa de ordenar. A los habitantes del castillo les resultaba desconcertante. El comportamiento del que hizo gala durante sus primeros días en el castillo había dado forma a la idea que hasta entonces habían tenido sobre su naturaleza: despiadado, irascible, tiránico, abrumador, básico en su espiritualidad. Un hombre, en suma, poco propenso a verse sacudido por ilusiones. Pero ahora se mostraba aprensivo. Insistía en que el mar cercaba peligrosamente la fortaleza y aseguraba que sentía la humedad salobre en los huesos y que podía oír las olas lamiendo los muros, descomponiendo la argamasa que unía las piedras. El mismo mar que en su momento le sirvió para

acceder al cuerpo de mi madre ahora le parecía un ente maligno, cuajado de seres al acecho. De nada servía explicarle que el mar se encontraba doscientos pies por debajo del castillo, que los selkies, los roane, las sirenas, los merrows y los tritones[39] que lo habitaban estaban domesticados y que llevaban siglos sin asaltar a ningún humano. Eso no tranquilizaba a Úter. ¡Ah… si solo fuese el mar el motivo de su malestar! Decía que las campanas de la capilla habían logrado traer al presente el eco del sonido que emitirían en su funeral. Tras cada tañido oía el último quejido expelido por los hombres a los que arrancó la vida en el campo de batalla. ¿Cuántos habrían sido? ¿Cien? ¿Quinientos? ¿Dos mil? ¿Dos mil veces dos mil? ¿Podéis imaginar cómo deben sonar, dentro de la cabeza, dos mil veces dos mil homicidios? Yo no lo he padecido, pues, pese a lo que hayáis podido escuchar sobre mí, nunca he sido tan cruel, pero seguro que resulta abrumador. Y lo peor era que, al final de todos los repiques, Úter escuchaba la grave voz de mi padre llamándole traidor. *¡Traidor!*

El día que entró en la capilla tapándose los oídos con las manos, exigiendo a gritos que dejaran de tocar la campana, el padre Edwin intentó tranquilizarle: la campana únicamente tañía al mediodía (le explicó) y de eso habían pasado ya varias horas. El sacerdote lo guio hasta el campanario para que pudiera ver, con sus propios ojos, el badajo inmóvil.

—Es solo el agotamiento lógico tras tantas batallas —le aseguró el religioso mientras le palmeaba la espalda con gesto beatífico.

—¿De verdad lo creéis, padre?

—¡Sin lugar a duda! Yo mismo, pese al consuelo de saber que nuestro paso por este valle de lágrimas es breve y transitorio, me veo sacudido de cuando en cuando por el abatimiento —le dijo para tranquilizarle—. A veces me pongo triste triste triste…, tanto que me parece que el castillo está hecho de cera, que las torres son cirios que se van consumiendo y gotean, como si llorasen. Hasta los sirvientes se deforman como figurillas abandonadas bajo el sol del mediodía. ¡Y los muros! Oh… sí, cediendo por el calor de las llamas.

Incluso puedo sentir el viento marino pegajoso, como cera líquida derramándose sobre mi sotana. ¿También vos, majestad, os sentís empapado de cera que empieza a endurecerse? —preguntó, reprimiendo el gozo interior que le provocaba compartir debilidades con el monarca.

Úter le escuchó con el rostro compungido. La idea de que el castillo estaba hecho de cera no le ayudaba. Le pareció una nueva y turbulenta imagen que añadir a las ya suficientes congojas que borboteaban en su cabeza respecto a ese maldito edificio. Por las noches soñaba que transitaba por corredores infinitos, que subía y subía tramos de escaleras desgastadas por el paso de millares de pisadas. Escaleras que terminaban en cámaras que jamás había visitado, aún adornadas con tapices con el escudo de mi padre, pese a que él había ordenado que retirasen cualquier rastro de la existencia del duque hacía muchos años. Irritado, intentaba arrancarlos, y entonces las chovas piquirrojas bordadas en ellos cobraban vida y se le abalanzaban para arrancarle los ojos. Daba la vuelta para desandar el recorrido, pero tropezaba con otro tramo de escaleras que acababa en una pared. Despertaba sobrecogido, envuelto en sudor, y el mal cuerpo le duraba el resto del día.

Lo único bueno que trajo la monomanía de Úter era que eliminaba las diferencias de clase. Ahora el rey creía en las mismas supercherías que aldeanos y criados. Verlo titubeante, crispado, con los ojos fuera de las órbitas y la barbilla temblorosa hizo que los habitantes del castillo dedujeran que los monarcas podían acabar tan desquiciados como sus súbditos más humildes.

La situación de Britania no había mejorado tras la coronación de Úter. Los reyes del norte seguían negándole su lealtad, mientras que los sajones no cesaban en su empeño de hacerse con la isla, de manera que, al igual que sucedió en el pasado con mi padre, su presencia en el castillo era fluctuante. Aquello le permitió constatar que sus padecimientos desaparecían cuando batallaba. Era alejarse de Tintagel y, en apenas dos horas, recuperaba su antiguo carácter. Inmerso en penalidades, pasando frío, pernoctando a la intemperie,

compartiendo miserias junto a otros hombres ante los que podía eructar y ventosear sin remilgos, se sentía más animado. Saludaba alegremente a sus soldados, comía con apetito, dormía a pierna suelta y reía a carcajadas, rememorando con sus camaradas los desmembramientos y decapitaciones infligidos a los enemigos. Cualquiera que lo hubiera visto entonces, habría pensado que se trataba del hombre más feliz del mundo.

Tras darle algunas vueltas, Úter concluyó que era mi proximidad la que le provocaba el desequilibrio. Es posible que tuviera razón. Una parte de mí, fría y despiadada, con seguridad mi parte feérica, le odiaba sin remedio. Y me había propuesto que se notase. Dondequiera que fuese, allí encontraba mis ojos, posados sobre él, vacíos de afecto o compasión. Mis ojos cuando llegaba exhausto, tras semanas en el campo de batalla. Mis ojos cuando besaba a mi madre. Mis ojos repasando los contornos de su cada vez más abotargada figura. Mis ojos clavados en su nuca cuando comulgaba, cuando comía, cuando bostezaba… En ocasiones, se envalentonaba y me sostenía la mirada, pensando (pobre iluso) que podría vencerme. Un regusto de placer burbujeaba entonces en mis entrañas, porque mis ojos le gritaban lo que mis labios callaban. Gritaban tan alto, con tanta rabia y resentimiento, que terminaba por rendirse. Bajaba la vista y se alejaba de mí, como la rata traidora y cobarde que era.

Me convertí en la clase de hijastra que él se merecía.

Pero nunca hay que infravalorar al enemigo, sobre todo si solo tienes doce años, el enemigo es el rey y este puede disponer de tu vida a su antojo. Un día, sin previo aviso, mi madre y Úter me convocaron en el salón. Ella estaba junto a la chimenea, con la mirada fija en el suelo, frotándose las manos con desasosiego. Como mostrarse desasosegada no era habitual en mi madre, sentí una punzada de inquietud. El rey, por el contrario, lucía la jactancia del que retiene en su interior un preciado secreto que, en cuestión de segundos, devastará a su adversario. Verle sonreír me provocaba

náuseas. Le subía la sonrisa por la mitad derecha de la cara, a la vez que levantaba la ceja izquierda; un desequilibrio turbador.

—Morgana… Morgana… Morgana… —empezó a decir. Si contaba las veces que había pronunciado mi nombre desde que nos conocimos, con esas sumaban tres en total—. Cuando era un niño, mi querido hermano y yo fuimos acogidos por el rey Budico de Armórica. Tenía a su cargo a un muchacho que las malas lenguas aseguraban era un hijo nacido fuera del matrimonio. —Volvió la vista hacia mi madre, como si ella necesitase una explicación sobre su aspecto—. Era flacucho, con la piel grisácea y el pelo muy negro, muy tieso, imposible de domar… y grasiento, como un trozo de tocino de cerdo olvidado al sol. —Suspiré. Úter resultaba insufrible estando en silencio, pero hablando incomodaba aún más—. Era una criatura innoble, de mirada huidiza, que nos seguía a mi hermano y a mí a donde quiera que fuésemos. Lo encontrábamos en nuestra alcoba, cada vez que dábamos la vuelta a una esquina o espiando mientras practicábamos con la espada. Se empeñaba en ser nuestro amigo, pobre diablo, pese a que mi hermano y yo le dejábamos constancia del desagrado que nos causaba. Le lanzábamos objetos, le tirábamos por la cabeza el contenido de la bacinilla, le robábamos los pantalones… —Se carcajeó. Pensé que no podía odiarle más de lo que ya lo odiaba, pero Úter siempre se las apañaba para sacarme de mi error—. Pero, pese a su vulgaridad, el rey lo tenía en alta estima, e hizo todo lo que estuvo en su mano para ayudarlo. El rey Budico era compasivo con las criaturas a su cargo. Un hombre magnánimo — añadió, apelando de nuevo a mi madre—. Y yo me siento inclinado a seguir su ejemplo. —Posó sus ojos en mí—. Encontrar un buen destino para tu vida se ha convertido en una prioridad, Morgana. —¿Cuatro veces pronunciando mi nombre en un mismo día? ¿Qué estaba pasando?—. Una alianza con el reino de Lothian en estos momentos nos ayudaría, sin duda. Serías perfecta para desposarte con el rey Lot, pero el padre Edwin insiste en que eres aún demasiado joven…

Apreté los puños y se me tensó la mandíbula. ¿De qué estaba hablando? Úter guardó silencio, balbució un par de sílabas inconexas y luego buscó refugio en la mirada de mi madre.

—El rey y yo hemos decidido que ingreses en el convento de Almesbury —concretó ella, acudiendo en su ayuda.

De pronto sentí una oleada de fuego avanzando en mi interior. De mi boca surgió un lamento áspero (quizás fuese más acertado describirlo como un bufido). Las luces de las antorchas titilaron.

—Endemoniada… —pronunció Úter con los dientes apretados.

—¡Devuélveme lo que es mío! —aullé de pronto.

Llevaba tanto tiempo sin usar la voz que esta surgió ronca y deformada. Quizás fuera por eso, o por la sorpresa de escucharme de nuevo, por lo que Úter se sobresaltó. Y lo cierto es que yo también.

—¡Devuélveme a mi hermano! ¡Devuélveme mi castillo! —seguí gritando.

—No consentiré que una endemoniada me insulte de esta manera —espetó Úter.

Ni siquiera me digné a mirarle. Di media vuelta para dirigirme a mi madre.

—¿Vais a devolverme el castillo de mi padre?

Ella guardó silencio. Deduje por su lenguaje corporal que la respuesta era un «no».

—¿Cómo te atreves a hablar así al rey? —respondió Úter en su lugar. Se creía el centro de todo. No era capaz de darse cuenta de que, en el asunto de mi herencia, él no tenía nada que decir.

—¿Acaso es propio de un rey comportarse como un vil ladrón? —grité yo.

En el mismo momento en el que esas palabras salían de mi boca me di cuenta de lo absurdo de la pregunta. Por supuesto que era propio de un rey comportarse así. Era la manera en la que los tiranos se hacían con sus bienes: arrebatándoselos a las personas menos viles que ellos.

El rostro de Úter enrojeció.

—¡Pide perdón, deslenguada! Pide perdón o te juro… te juro…

Creo que sonreí levemente.

—Prefiero ser una deslenguada a un traidor. Traidor. ¡Traidor! ¡Traidor! —grité con los ojos ardiendo de rabia.

—¡Endemoniada! —insistió, antes de darse la vuelta para dirigirse de nuevo a mi madre. Ella nos observaba con gesto trémulo, con la mano en la boca, conteniendo un gemido—. No permitiré que una criatura así continúe bajo este techo. ¡Me ha insultado! Si fuese un hombre, la habría atravesado con mi espada hace tiempo. Pero su condición femenina la protege. Exijo que abandone el castillo al instante. ¡No quiero volver a verla! ¡Prohíbo que se vuelva a pronunciar su nombre en mi presencia!

Aguardé unos segundos, a la espera de la reacción de mi madre. Lo triste es que no me sorprendió que guardase silencio. Alcé la barbilla y caminé a su encuentro. Frente a ella, flexioné la rodilla derecha, deslizando hacia atrás la izquierda. Sujetando la falda de mi vestido, hice una ceremonial reverencia, con mis ojos fijos en los suyos.

—A sus órdenes, majestad —remedé tono servil, antes de abandonar el salón sin pedir permiso.

Subí a mi alcoba y respiré hondo, intentado aplacar el corazón que me galopaba en el pecho. Cuando me dejaron de temblar las manos, espanté con dos manotazos las lágrimas que recorrían mis mejillas. Aferré el espejo y me miré a los ojos.

—Ya está… ya pasó todo —me dije para tranquilizarme—. Mi mundo es más grande que este castillo. Yo soy la persona que va a cuidar de ti, Morgana.

Así fue como supe que dentro de mí ardía un fuego. Aprender a dominarlo sin llegar a quemarme era ahora mi responsabilidad. Mi fuego era más grande que todos mis miedos.

---

37 *Las nieblas de Ávalon*. (Edith Zilli, trad.) Barcelona: Ediciones Salamandra.

38 El otro mundo galés en la mitología celta. Se trata de un reino mágico, oculto, eterno, de belleza infinita, donde el tiempo no existe. Algunas leyendas lo describen similar a Ávalon: una isla resplandeciente más allá del horizonte marino. Solo se puede llegar allí en barco. Hay tradiciones que lo ubican bajo las colinas o cavernas cubiertas de musgo. De igual modo, también lo sitúan debajo del agua, ya sea en el lecho de los ríos, lagos o el mar. La entrada sería un leve velo entre los dos mundos. Todo ello refuerza la idea de que no se trata de un lugar fijo. Los vivos solo pueden entrar si son invitados, si se pierden o si el mundo visible en el que viven se resquebraja.

39 La forma natural de «el pueblo de los selkies» es humana, aunque son mucho más hermosos que los hombres o mujeres comunes. Se colocan una piel de foca para pasar inadvertidos al subir a la superficie. El selkie macho es enamoradizo y es posible verlo cerca de la costa, buscando una mortal a la que seducir, aunque pronto la abandona. En cambio, las selkies hembra no muestran interés alguno por los hombres y son estos quienes intentan atraparlas. Para conseguirlo roban sus pieles de foca, obligándolas a ir en su busca. La progenie nacida de estas uniones suele tener manos y pies palmeados. Los roane son similares en esencia a los selkies, siendo estos últimos mucho más bondadosos. Las merrows son similares a las sirenas, igualmente agraciadas, aunque más afectuosas. Llevan un gorro de plumas rojas con el que se impulsan hasta sus hogares submarinos. Ver a una merrow es presagio de que se aproxima una tormenta. Tienen tendencia a enamorarse de los pescadores humanos, algo que parece lógico, ya que los merrows macho poseen un aspecto inquietante, aunque lo compensan por la extrema amabilidad de su carácter. Los descendientes del encuentro entre merrows y humanos pueden nacer con el cuerpo cubierto de escamas y con membranas entre los dedos. Los tritones son más salvajes y feos que las sirenas, y están mucho menos interesados que estas por la humanidad.

10
LE FAY

«Morgana le Fay era demasiado joven
para el matrimonio. La internaron en un convento
para que la educasen, y allí aprendió tanto de
magia y nigromancia que se convirtió en una experta
en dichos arcanos».[40]

Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros
JOHN STEINBECK

El día que se presentó en el castillo la monja que iba a acompañarme a mi nuevo destino, unas plácidas nubes blancas se deslizaban por el cielo de comienzos del verano. Había pasado las últimas horas haciendo acopio de mis pertenencias: el vestido de lana teñida con azafrán, la capa forrada de piel de conejo, el peine de hueso, las botas de suave cuero que me había hecho el curtidor, el espejo de plata… Por aquel entonces, pensaba que yo era los objetos que poseía, y ver que todos cabían en un hatillo me hizo sentir inmensamente afligida. Eché un último vistazo a la alcoba que había acogido mis sueños. Suspiré y cerré la puerta a mi espalda.

En el patio me esperaban Ronan, el padre Edwin y un buen número de las muchas damas que me habían acompañado durante la infancia. Algunas estaban lagrimeando.

—No tendríais que estar aquí —les dije conmovida—. Como se entere el rey, os reprenderá.

—Os hemos ensillado a Taranis —me dijo el mozo de cuadra con la voz tomada—. Es un caballo magnífico y os será leal durante muchos años. Las bestias son más nobles que algunas personas —añadió en un susurro.

—Gracias —musité.

—Me he tomado la libertad de prepararos esto. —Ronan me extendió un paquetito envuelto en una servilleta—. Es un pedazo de empanada, un trozo de queso, pan y una botella de cerveza. Creo que habrá suficiente para las dos —dijo, señalando con la mirada a la monja que se mantenía a una discreta distancia.

—Gracias, Ronan.

El padre Edwin nos observaba con los ojos empañados. Había alcanzado esa edad en la que un hombre puede afligirse ante los demás sin temor a ser juzgado y el simple revoloteo de un pájaro lo enternecía hasta el llanto.

—Padre…

—Querida niña… Hija… —musitó él, aferrando mi mano entre las suyas, dándome palmaditas en el envés—. Y te llamo «hija» porque así lo siento. Dios da a los laicos hijos de su carne…, y a mí me dio a mi niña Morgana.

—Por favor, padre… —murmuré, tragando con dificultad.

—También quiero entregaros algo —siguió diciendo.

Metió la mano en el bolsillo de su sotana y sacó la biblia ajada con la que me enseñó a leer.

—Gracias, padre Edwin. Gracias por todo. ¡Por todo! —recalqué. Luego me giré para mirar a los demás y añadí—: Cuidaos mucho. Vigilad a las gallinas. Y vigilad también la plaga de cochinillas del huerto. Ya sabéis que hay que quitarlas una a una y untar las ramas con vinagre.

Hablaba deprisa, atropellando las palabras, para no dejarle espacio al llanto.

—Da igual el tiempo que pase. Para nosotros el duque siempre será nuestro señor, y vos la duquesa de Cornualles — musitó cerca de mi oreja una de las damas.

—Parad ya… por favor. No quiero llorar. Y si os veo llorar, me contagiaré y lloraré yo también. Necesito pensar con claridad. Quiero marcharme con orgullo. Con la cabeza alta y…

Por el rabillo del ojo vi a mi madre. Caminaba hacia mí con el porte de la reina que era.

—Morgana… —Mi nombre, pronunciado en su boca, sonó como una invocación. Se colocó frente a mí e intentó abrazarme. No se lo permití—. Somos tan parecidas y a la vez tan distintas… —dijo, levemente turbada—. Mi papel en tu vida ya ha finalizado. Solo fui la excusa para que te materializaras en este mundo. A veces tu aspecto me confundía y cometí el error de tratarte como a una niña. Pero ahora que te observo puedo ver en ti las señales. Con tus huesos tan delicados, y ese pelo negro… —Suspiró—. No me perteneces, Morgana. Tú ya lo sabías. Nunca me has pertenecido. Eres más grande que todo esto. —Alzó su mano para señalar las torres del castillo—. Tu sitio no está aquí. Tu mundo está ahí fuera. Antes o después te darás cuenta de ello.

No respondí. Me di la vuelta y subí a los lomos de Taranis. La observé desde esa altura. Daban igual los años que pasaran, aún podrían componerse canciones alabando su hermosura. Preciosa, sí, pero ya domesticada[41]. Y eso le robaba un poco de su antiguo brillo.

—Adiós, lady Igraine.

Desde ese momento, nunca más volví a llamarla «madre».

Me coloqué al lado de la monja que había venido a buscarme e iniciamos la marcha. Ya habíamos atravesado el puente cuando lancé una mirada a mi espalda. El castillo de Tintagel se diluía majestuoso. Escuché hablar de aquel fenómeno, pero nunca había tenido la oportunidad de observarlo desde fuera. Su desaparición sonaba a color ámbar chocando con el añil. El aire se paralizó y los pájaros dejaron de cantar. La planicie sobre la que antes se alzaba la fortificación quedó cubierta de hierba, que tremolaba con la brisa. El acantilado desnudo, despeñándose sobre el mar. Las olas chocaban contra las rocas, arrancándoles una melodía delirante, exaltada, satisfecha por haberse sacudido de encima la incómoda presencia humana, por haber recuperado su antigua belleza, esa que los artistas son incapaces de reproducir. Percibí cómo la magia se adueña del aire en ese momento, tal y como habían contado quienes

fueron testigos de ello en otras ocasiones. En ausencia del castillo, el acantilado parecía distinto. Salvaje y feroz, tal y como se vería cuando se inventó el mundo.

—Tranquila. Todo irá bien. Me llamo Sibila.

La voz de la monja me devolvió a la realidad. La observé por primera vez. Tenía los ojos del color de la miel y sonreía. No parecía una mueca efímera, forzada por las circunstancias y la cortesía. Su sonrisa era una seña de identidad.

Taranis relinchó y la vida retomó su ritmo. Ahora él y mi desaparecido hermano eran lo único que me quedaba de mi padre, e iba a protegerlos con uñas y dientes.

Cabalgamos siguiendo la senda paralela al acantilado, bajo la brillante luz del verano. Cornualles se extendía ante nuestros ojos como un mosaico de oscuras rocas, verdes praderas, mar y cielo azul. La monja no había dejado de parlotear desde que salimos. En el convento viviría feliz, según ella. Describía con complacencia en qué consistía el *ora et labora,* las frugales comidas a base de pan de centeno, vino aguado, sopa de nabos, cebolla y col. Los ayunos de Cuaresma que purificaban el alma, la primera oración del día, recitada aún de madrugada. La última antes de que las gallinas pegaran el ojo.

Resultaba evidente, por la demora en relatar cada detalle, que consideraba ese tipo de vida solo un escalón por debajo de lo que se espera sea el paraíso. En otras circunstancias no hubiera dudado en mostrarle lo que pensaba acerca de lo que estaba contando, pero guardé silencio. Su charla era un rumor que me entraba por un oído y me salía por el otro, sin calar demasiado en mí. Ocupaba mi cabeza una única idea: escapar. Por momentos sentía la tentación de espolear a Taranis y alejarme de ella. Podía hacerlo. No me hubiera alcanzado ni aunque hubiera querido, pues su parsimonioso poni no era rival para Taranis. Contaba hasta ocho mentalmente, notaba cómo mi cerebro enviaba la orden a mis pies y mis brazos, pero, al llegar al nueve, la aprensión me paralizaba.

Y vuelta a empezar.

Por la posición del sol deduje que nos dirigíamos al norte. Si mi padrastro había dicho la verdad, si mi destino era realmente el convento de Almesbury, hacía tiempo que deberíamos haber girado rumbo al este. ¿Sería una trampa? ¿Acaso me estaría acercando esa mujer al borde de algún lejano acantilado para despeñarme siguiendo órdenes del rey?

En eso pensaba cuando me di cuenta de que la monja sofrenaba su montura.

—Pararemos aquí para comer —dijo descendiendo del poni

Lanzó un sonoro suspiro, sacudió los brazos y las piernas, giró el cuello en una y otra dirección con los ojos cerrados, los volvió a abrir, observó a su alrededor y volvió a suspirar.

—Este es un bonito lugar —concluyó.

Estábamos en la linde de un bosque de fresnos, junto a un arroyo, en una pradera perfecta para que nuestras monturas pudieran pastar. La monja extendió una manta sobre la hierba y sacó de las alforjas un pedazo de pan, un cuchillo y dos manzanas. Se sentó en el suelo y me miró.

—¿Qué haces aún subida al caballo? Vamos, baja a comer — me dijo mostrándome el pan.

Me mantuve en silencio. ¿Podía obedecer su orden y que al mismo tiempo quedase claro que no quería estar allí? Si aceptaba la comida que me ofrecía, ¿no le estaría enviando un mensaje equivocado? Lo cierto es que tenía hambre, y era razonable detenernos para que los caballos descansaran durante la hora más calurosa del día. ¿Debía compartir con ella la empanada, el pan, la cerveza y el queso que me había dado Ronan? Decidí que no. Necesitaría alimento cuando me quedase sola una vez hubiera huido. Si no comía ahora, no tendría fuerzas para escapar, así que no le di más vueltas al asunto. Desmonté, me acerqué a ella, le arrebaté el pan que me ofrecía sin mirarla a los ojos y me senté en la manta con el ceño fruncido.

El primer bocado me supo a ceniza.

—Me llamo Sibila —se presentó de nuevo.

Guardé silencio.

—Las reglas de urbanidad exigen que tú también me digas tu nombre.

Silencio.

Estaba segura de que la monja sabía perfectamente cuál era mi nombre. Yo era la hijastra del rey. Había venido a buscarme al castillo de Tintagel. ¿Acaso pensaba que yo era tan tonta como para imaginar que no sabía cómo me llamaba?

—Vaya, vaya…, así que tengo ante mí a una niña muda — escuché su voz ululando entre la bruma de mis resentidos pensamientos.

La miré de reojo. Cuando la vi por primera vez, en el patio del castillo, pensé que se trataba de una monja anciana, pero ahora ya no estaba tan segura. ¿Cuántos años tendría? La toca que cubría su cabello camuflaba su edad. Es posible que no llegase a los treinta. Sus facciones eran bonitas. Nada reseñable, sin duda, pero, a esa distancia, con la barbilla levantada para permitir que la brisa le acariciase las mejillas, con ese gesto de gozo mientras masticaba, con los ojos entornados por el brillo del sol, la monja podría haber rozado la hermosura de lady Igraine (si lady Igraine llevase meses enferma, alimentándose mal y sin pegar ojo).

—No soy muda —revelé.

Ya había sido muda durante años para mostrar mi descontento y de nada me había servido. Además, quería que quedase bien claro que no había nada que me impidiese hablar, más allá de mi más que lógico disgusto.

—¿Y qué eres entonces?

Dudé.

—Un hada —respondí tras valorar si debía compartir con ella esa información. Decidí que sí. Que se lo podía contar. Quizás, al saberlo, se asustaría y dejaría de molestarme.

—Oh… ahora que lo mencionas… sí que pareces un hada. Con esos ojos como la flor de vincapervinca. Y esa nariz respingona… Pero… Bueno, disculpa si no termino de creerte. Tengo entendido

que las hadas son seres juguetones, a los que les gusta cantar, bailar y gastar bromas. Y permíteme decirte que llevamos media jornada juntas y no te encuentro graciosa en absoluto.

Dio un bocado a la manzana y la masticó despacio, paseando su mirada por el paisaje, como si yo no estuviera. La observé con displicencia. Si creía que con ese vulgar truco yo iba a mostrarle alguno de los míos, es que era una necia que no valoraba en su justa medida mi inteligencia. Seguimos comiendo en silencio hasta que terminamos con el pan y las manzanas. Entonces se levantó, se sacudió las migas de la falda, caminó hasta el arroyo y bebió agua.

—¿No vas a beber? —gritó al ver que yo seguía sentada—. Deberías beber. Aún nos queda un largo camino.

—¿Adónde vamos? —pregunté alzando la voz—. Por aquí no se va a Almesbury.

—Pues sí que eres espabilada, sí. Eso es estupendo. Necesitamos chicas listas en el convento. Las torpes, mejor que se busquen un esposo —dijo mientras guardaba el cuchillo en la alforja—. Iba a contártelo mientras comíamos. Supuse que mantendríamos una amistosa charla para conocernos mejor y entonces pensaba explicarte los motivos por los que he rechazado el amable ofrecimiento de tu padre de…

—Padrastro —la interrumpí indignada.

Ella me observó durante unos segundos antes de seguir hablando.

—Perdón. El ofrecimiento de tu *padrastro* —recalcó— de que uno de sus soldados nos acompañase. Nadie tiene por qué enterarse de lo que hacemos. Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda. Esa es mi máxima.

Agarró una de las esquinas de la manta sobre la que yo todavía estaba sentada y dio un par de tirones, haciendo que me tambalease.

—No has respondido a mi pregunta —le dije incorporándome de mala gana—. ¿Adónde vamos?

—Antes de ir al convento tenemos que pasar por Kaerbadum, así que nos estamos desviando un poco —respondió mientras doblaba la manta, la introducía en la alforja y aseguraba los cinchos—. Pero hasta Kaerbadum hay dos jornadas a caballo, así que pediremos asilo en un convento que nos coge de camino. Nos darán de cenar y dormiremos bajo techo, sin peligro de que nos asalten. —Me contempló molesta—. Pero ¿qué haces ahí parada? ¡Vamos! ¡Bebe agua! ¡Sube al caballo! Como no nos demos prisa, se nos va a echar la noche encima.



Llegamos al monasterio cuando el día comenzaba a languidecer. En un par de ocasiones estuve a punto de espolear a Taranis para escapar, tal y como tenía previsto, pero en ambas vi interrumpida mi intención. La primera por una indisposición que parecía afectar al poni de Sibila, que, una vez examinado, no era más que un cardo que se le había clavado en la pata. La segunda fue justo en el momento en el que sonaron las campanas del monasterio en el que íbamos a pernoctar. Entonces me di cuenta de lo cansada que estaba. Lo único que quería era dormir. Ya encontraría un momento mejor para huir.

A la mañana siguiente, tras un frugal desayuno compuesto por gachas con miel y cerveza floja, emprendimos el camino hacía Kaerbadum. Tomamos un polvoriento sendero custodiado por castaños centenarios que proyectaban sombras, matizando la luz.

—Aún no me has dicho cómo te llamas. —Sibila volvía al ataque.

No respondí.

—Está bien. Como eres un hada, te llamaré Le Fay[42]. A partir de este momento serás la hermana Le Fay —decretó—. Y a mí debes llamarme «hermana Sibila». En el convento todas somos hermanas. Hermanas del alma, que a veces es mucho más que hermanas de sangre. ¿Tienes alguna hermana?

Asentí.

—Se llama Ana —dije. Y añadí—: También tengo un hermano.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—No lo sé.

Noté que un nudo me apretaba la garganta y tragué saliva con fuerza para no echarme a llorar. Sibila me miró de reojo y guardó silencio. Se mantuvo así el resto del camino, hasta llegar a Kaerbadum.

La mayoría de los britanos había escuchado hablar de ese lugar por ser la ciudad que en el pasado ordenara construir el legendario rey Bladud tras ser testigo allí de un prodigioso milagro. El monarca contrajo el espeluznante mal de la lepra. Al comprobar que los sarpullidos y costras que afloraban en la piel de sus cerdos sanaban tras revolcarse en el oscuro lodo de un arroyo cercano, decidió embadurnar su real anatomía con él. La curación fue instantánea. Como era un rey magnánimo, instaló en el lugar unos baños de uso público bajo la advocación de la diosa Sul y los iluminó con ciento un fuegos inextinguibles.

Esta historia podría haceros pensar que el rey Bladud era un hombre afortunado, pero os equivocaríais. Una vez repuesto de su enfermedad, anunció con entusiasmo que había encontrado la forma de surcar el cielo como los pájaros. Para demostrarlo pensaba lanzarse desde lo más alto de la más alta torre que se hubiera construido en Trilovanto. El día elegido se encaramó a la torre, tocado con la real corona. Llevaba amarradas a los hombros dos estructuras con forma de alas gigantes, elaboradas con flexibles juncos trenzados, forradas de tela liviana, a las que había cosido miles y miles de plumas de oca. Se asomó al vacío. Vio los rostros impresionados de los que le observaban desde el suelo. Se chupó el dedo índice para calibrar la dirección que traía el viento. Ejecutó un par de estiramientos. Se crujió los dedos de las manos. Hizo el amago de tocar las orejas con los hombros. Respiró hondo. Se volvió a asomar al vacío y… se lanzó a él sin asomo de duda. Chocó contra el suelo. Murió ese mismo día.

Pese a ello, aún hoy se recuerda al rey Bladud como un hombre sabio.

Mientras avanzamos por las calles de Kaerbadum, Sibila me explicaba que quería recoger, en botellitas de vidrio, el agua prodigiosa de las fuentes termales de aquel lugar para utilizarla más adelante en el convento.

—Con esa agua se pueden curar pruritos, eccemas y otras muchas enfermedades que tienen que ver con la piel —me dijo. A medida que avanzábamos, tropezábamos cada pocos pasos con la figura del monarca tallado en piedra, siempre en compañía de alguno de sus cerdos—. Al parecer el agua también tiene la virtud de dejar la tez de las damas blanca y aterciopelada como el trasero de un recién nacido. —Con rapidez cambió el tono de voz para añadir—. Y eso es algo que a nosotras no nos incumbe, como imaginarás. Ni reparamos en ello siquiera. Las monjas esquivamos el pecado de la vanidad. ¿No te parece?

No supe qué responder. Jamás me lo había planteado, así que de nuevo guardé silencio, pero esta vez sin intención de mostrar mi contrariedad, sino por genuino desconocimiento. En cualquier caso, no seguimos ahondando en el tema porque escuchamos unos gritos. Al final de la calle vimos a un grupo de personas congregadas en torno a una de las fuentes de agua prodigiosa. Se movían de un lado a otro, se llevaban las manos a la cabeza, unos se santiguaban, otras se mesaban los cabellos, otros cuantos clamaban al cielo… Parecía la viva imagen del apocalipsis. El sol dorado lamía sus rostros, generando sombras grotescas que les hacían parecer aún más desesperados.

Al acercarnos pudimos ver que en el centro de todo el alboroto se encontraba un hombre tirado en el suelo. Aullaba de dolor. Su rostro descompuesto era contagioso, así que nosotras también encogimos el gesto. Un par de hombres lo sujetaban mientras una mujer le lanzaba odres de agua por encima, de manera que tenía la ropa y los cabellos empapados. Cada vez que el agua caía sobre el doliente, este lanzaba un alarido.

—Disculpad… disculpad… —dijo Sibila, dirigiéndose a una de las mujeres, que lloraba compungida.

Pero por culpa de los lamentos del hombre, el gorgoriteo de la fuente, las plegarias y los salpicones… ni siquiera la oyeron.

—¡Disculpad! —gritó.

Algunos se dieron la vuelta para observarnos con desagrado.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Sibila, ignorando sus rostros contrariados.

—Solo Dios lo sabe —respondió una de las mujeres—. Es el conde Urbgenio, el señor de estas tierras. Lleva desde ayer muriendo de dolor y hoy le han traído aquí para aplicarle las aguas. Pero no está funcionando. Cuanta más agua le echamos, más se queja.

La fuente junto a la que agonizaba reposaba sobre una terraza de piedra elevada desde la que se vislumbraba buena parte de la ciudad. Las calles que partían de ella se extendían como dedos tomando posesión de un guante. Sibila se hizo paso y se colocó junto al hombre.

—¿Me permitís que os observe? —solicitó.

Él no respondió. Estaba demasiado ocupado retorciéndose de dolor. Sibila dio por sentado que había dado su consentimiento y se acuclilló a su lado.

—¿Sabéis si ha ingerido algo en mal estado? —preguntó mientras se agachaba.

Una mujer a su espalda se apresuró a responder, con tono indignado.

—Desde luego que no. En la casa tenemos un cuerno de unicornio[43] y lo sumergimos en todas las comidas y bebidas que el señor se lleva a la boca.

Y acto seguido se dispuso a repasar la lista de defectos de varios de los proveedores de la casa, lo cual llevo a la opinión generalizaba de que el carnicero era un sacacuartos que vendía gato por liebre, algo en lo que varias personas estuvieron más que de acuerdo. Concluyeron que el carnicero se las tendría que ver con ellos cuando volviese a aparecer.

Sibila, mientras tanto, estudiaba el color del interior de los párpados del doliente. Le abrió la boca, agarró su lengua con los dedos índice y pulgar, y a punto estuvo de perderlos de un mordisco. De un tirón certero, le levantó la húmeda camisa, cubriéndole parcialmente el rostro. El enorme vientre velludo quedó expuesto al sol del mediodía, coronado por dos bultos. Uno era la cicatriz de nacimiento que, excepto Adán y Eva, tienen todos los humanos. El otro carecía de explicación. Resultaba inaudito. Quedaba un poco más abajo que el primero, en el lado derecho, y estaba más abultado. Parecía que un duendecillo le hubiese dado un puñetazo desde el interior del vientre, dejando el rastro de su mano cerrada en el exterior.

Todos los presentes dieron un respingo que acompañaron con un grito, a excepción del enfermo, que, curiosamente, dejó de quejarse y solo alcanzó a preguntar, entre balbuceos llorosos, quién era esa mujer.

—Puedo curaros —aseguró Sibila con resolución—. Hermana Le Fay. ¡Hermana Le Fay! —repitió, girando la cabeza para localizarme entre la muchedumbre—. ¡Ven! Necesito tu ayuda.

¿Mi ayuda? ¿Mi ayuda para qué? El estupor me mantenía paralizada. Me sentía como la niña que ha pasado la noche sola en el bosque esquivando alimañas y que, cuando al fin empieza a clarear, cuando piensa que está ya a salvo, siente una mano viscosa posarse en su hombro. ¿Qué quería que hiciésemos con ese hombre? De inmediato pensé que debí haberme escapado el día anterior. Esa monja estaba loca y yo estaba viajando con ella. ¡Con una loca! Pero no me dio tiempo a pensar nada más.

—¡Que vengas! —me gritó.

Y obedecí.

—¡Sujétale los pies! Siéntate sobre ellos si es necesario — dijo. Luego miró alrededor y señaló a un hombre que llevaba una zamarra de pastor—. Y vos, sujetadle los brazos —ordenó—. Los demás… Los demás podéis rezar…, hummm… — Parecía estar calculando mentalmente— ocho padres nuestros. Pero alejaos. Alejaos varios

pasos. Un poco más atrás. Más… más… Ahí. —Volvió sus ojos al enfermo, que seguía lamentándose—. Caballero, os aseguro que puedo sanaros, pero es necesario que os quedéis quieto. Respirad despacio. Inspirad… espirad… Despacio. Solo será un momento y encontrareis alivio. Debéis confiar en mí. ¿Confiáis en mí?

El hombre, que tenía el aspecto de haber pasado la mayor parte de su vida desconfiando de sus semejantes, asintió con el rostro compungido y los ojillos vidriosos de becerro recién parido.

—Inspirad… espirad…

Creo que no falto a la verdad si os digo que las respiraciones de todos los presentes se acomodaron al ritmo que Sibila marcaba. Mientras tanto, ella amasaba el bulto extraño, tanteando, apretando allí, aflojando allá, hasta que el puño de duende desapareció por completo y solo quedó el vientre panzudo y velludo del hombre expuesto al sol. Entonces Sibila se incorporó, sonrió y lanzó dos sonoras palmadas con sus milagrosas manos.

—Ya está todo en su sitio —confirmó—. ¿Cómo os encontráis?

El conde Urbgenio bajó la mirada. Se observó la barriga, coronada únicamente por el ombligo. Posó luego los ojos en Sibila y pronunció un titubeante «bien», aunque estoy convencida de que aún estuvo un buen rato analizando mentalmente cada rincón de su anatomía para asegurarse de que ya no le dolía nada. Como había dejado de resistirse, liberamos sus brazos y piernas y el enfermo pudo levantarse del suelo.

—Estoy bien —tranquilizó a los que nos rodeaban, observándolos uno a uno, inspirando y espirando con el mismo ritmo que Sibila le había marcado—. Estoy bien.

Pero el conde estaba mucho más que bien. Y además, muy agradecido. Tras recomponer su atuendo y aplacar un poco su cabello revuelto y húmedo, le preguntó a Sibila quién era, de dónde venía y qué le había traído hasta Kaerbadum con una voz pasmosamente dulce y clara, sobre todo teniendo en cuenta los alaridos que había estado profiriendo hasta hacía poco tiempo. Tras explicárselo, el caballero se empeñó en invitarnos a comer en su

casa. Aseguró que, como muestra de agradecimiento, una vez al mes uno de sus hombres llevaría varias vasijas del agua milagrosa hasta el convento, comenzando por ese mismo día, ya que nos escoltarían hasta allí. Y eso hicieron. Recorrimos el último tramo del camino acompañadas por un carretero cargado con varias vasijas de agua y dos caballeros del señor al que Sibila había ayudado. Ya imaginaréis que, estando así las cosas, tampoco pude huir ese día.

Llegamos a Almesbury al caer la noche.

Sibila me acompañó hasta mi celda, que en nada se parecía a la alcoba que ocupé durante años en el castillo de Tintagel. No había mucho que enseñar; sin embargo, Sibila se quedó un rato conmigo ejerciendo de anfitriona, señalando el catre coronado por una sencilla cruz de madera, el escritorio con un taburete, la mesilla auxiliar en la que descansaba la lámpara de aceite. Repasó conmigo los horarios, indicándome que vendría a buscarme en unas horas, cuando la campana del convento llamara a maitines.

—¿Tú también eres un hada? —le pregunté antes de que abandonara la celda.

—No. Yo no —aseguró—. ¿Por qué sabes tú que eres un hada?

—Porque puedo volar —respondí.

Me miró con una sonrisa inmensa que hizo brillar sus ojos castaños.

—¡Yo tengo pies de pato!

Suspiré. Se burlaba de mí.

—¿Acaso no me crees? —preguntó ante mi silencio.

—Las personas no tienen pies de pato —respondí hastiada.

Ella se encogió de hombros.

—Ni tampoco pueden volar. ¿Por qué debo yo creer que tú vuelas y tú no crees que yo tenga pies de pato?

Me pareció una duda razonable. A esas alturas, Sibila me parecía una persona de la que me podía fiar.

—Te creo —respondí tras sopesarlo durante unos segundos—. Me llamo Morgana.

—Morgana —repitió—. Es un nombre precioso, hermana Le Fay. En cuanto a lo de que puedes volar… es mejor que lo mantengamos en secreto, si te parece. Las mujeres que vuelan siempre han dado miedo, y por eso el empeño de algunos en cortarles las alas. Recuerda: que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda.

—Está bien.

—En cuanto a lo de mis pies de pato… Bueno… —dijo, y suspiró—, eso también es un secreto.

—No diré nada. Tienes mi palabra —prometí.

—Buenas noches, hermana Le Fay.

—Buenas noches, hermana Sibila.

Me dejé caer en el estrecho catre. El olor a lavanda de las sábanas aplacó mi ánimo. Cerré los párpados por un segundo. Los abrí y fijé mi mirada en una mancha del techo. Se emborronó y volví a cerrarlos, despacio, pesadamente, mientras decidía que iba a aplazar mi huida para el día siguiente.

---

40 Steinbeck, J. (2022). *Los hechos del Rey Arturo y sus nobles caballeros*. España: EDHASA.

41 La mayor parte de las sirenas capturadas por humanos terminan por languidecer y morir. Eso es lo que les ocurre a las asrai, pequeñas y delicadas hadas que, expuestas al sol, se licuan y acaban convertidas en charcos. Ahora bien, es menester indicar que se han dado casos en los que las sirenas sobreviven fuera del agua, adaptándose perfectamente a la vida terrestre. Pese a resultar casi indistinguibles de los simples mortales, siempre conservan algo de su extravagancia feérica. A saber: no muestran ningún tipo de instinto maternal con las criaturas que conciben con un humano, pueden llorar desconsoladamente en un bautizo, reír sin control en un entierro…

42 «Le Fay» procede de la palabra «hada», del latín tardío *fata*, derivado a su vez de *fatum* (‘el hado’, ‘el destino’ o su ‘voluntad’), una fuerza desconocida que actúa sobre dioses, personas y acontecimientos. Con el proceso de evolución de las lenguas romances, el término se fue transformando, dando lugar al *fée* francés, del que se derivaron las palabras

fada, en portugués, 'hada', en español o las inglesas *fey* y *fairie*, que han sufrido después variaciones en su ortografía: *fayerye*, *fayre*, *faerie*, *faery*, *fairy*... La evolución semántica se produce al fusionarse las tradiciones populares con el cristianismo, dando lugar a un rico imaginario en el que las hadas dan vida a seres sobrenaturales o mágicos, capaces de influir irremediablemente en el destino humano. «Le Fay» viene a subrayar el carácter feérico de Morgana, así como sus habilidades sobrenaturales y el influjo que provoca en las personas que con ella se relacionan.

43 En el siglo v antes de Cristo, el historiador y médico griego Ctesias habló por primera vez de unos asnos salvajes que vivían en los reinos de Indostán. Los describió esquivos y con mal carácter, tan grandes y veloces como caballos, con el cuerpo blanco, la cabeza roja y ojos azul oscuro, aunque lo más destacable de su anatomía era un cuerno, de unos cuarenta y cinco centímetros, que les brotaba en medio de la frente y que contaba con propiedades mágicas. Una vez separado del cuerpo del animal, podía utilizarse como si fuera una copa. Los líquidos vertidos en ella se convertían en poderosos elixires que protegían de la enfermedad sagrada y de los venenos. Pero las virtudes de los cuernos de unicornio no dejaron de aumentar con el paso de los siglos. Llegó a asegurarse que curaban buena parte de los males conocidos, así como otros que aún estaban por aparecer. Una leyenda describe el momento en el que un grupo de animales se dispuso a beber de un lago envenenado. Antes de que sus hocicos rozaran el agua, un unicornio sumergió en ella su cuerno y la ponzoña desapareció, quedando esta fresca y limpia. Monarcas y nobles caballeros que vivían bajo la perenne amenaza de ser envenenados por sus enemigos financiaron batidas para cazarlos. No se trataba de una empresa sencilla. Para atraparlos se utilizaba como cebo a damas vírgenes que debían recostarse lánguidamente bajo un árbol, o junto a un lago, en espera de que el unicornio, embelesado, acudiese a su regazo. Solo así lograban hacerse con los preciados cuernos que, aún hoy en día, pueden verse colgados de los muros de algunos castillos.

11
NOSOCOMA

«La que envió a una casa de religión por consejo de sus familiares para que aprendiera letras; aprendió tanto y tan bien que conoció las artes y sobre todo un arte llamado Astronomía; trabajó mucho durante toda su vida, supo mucha Física y, gracias a ella y al conocimiento que tenía, la llamaban Morgana el Hada».[44]

Historia de Merlín
ANÓNIMO

El monasterio de Almesbury brotaba en medio del campo como una reliquia cincelada en piedra por recatados ángeles. Parecía haberse erigido ya viejo; más sobrio que hermoso, más macizo que grácil. Pese a ello, rostros burlones de diablillos y anfibios deformes se asomaban desde los modillones para saludar a los visitantes, dando muestra de un atisbo de presunción en sus constructores. Se encontraba a un día a caballo de distancia de Glastonbury[45], el lugar en el que José de Arimatea, propietario del sepulcro que acogió el cuerpo de Jesús tras la crucifixión, hincó su cayado de espino en la tierra justo antes de echarse a dormir. Seguramente habréis escuchado hablar del milagroso suceso. Algunos aseguran (aunque hay quienes no, y también hay otros que piensan que no todo lo que se contaba era cierto) que al despertar descubrió que su bastón había echado raíces. Lo que en un principio no era más que un pedazo de madera sin vida, creció y se esponjó con flores blancas que los abejorros parecían encontrar apetecibles. Incluso una familia de alirrojos había anidado en las ramas. José de Arimatea, convencido de que se trataba de una señal divina, fundó allí la primera iglesia de Britania.

Glastonbury era, desde tiempos inmemoriales, uno de los lugares más mágicos de la isla y su influencia se dejaba notar en Almesbury, uno de los muchos «monasterios dobles» que salpicaban el mapa, donde religiosos y religiosas, guiados por una única regla y dirección espiritual, se hacían cargo de diferentes labores ocupando edificios distintos.

Los monjes fermentaban cebada, rezaban por los pecados del impío mundo y eran conocidos por su labor como copistas y encuadernadores. Entre los libros que atesoraban en la biblioteca se encontraba el *De Ordine Angelorum,* un tratado sobre los hábitos de los ángeles que, a partir del capítulo v, parecía centrar su atención en el cortejo de los somormujos, así como el *Dialogus de Anima et Porcus,* un compendio de fábulas protagonizadas por un hombre y un cerdo que, indefectiblemente, concluían con una moraleja pronunciada por el segundo.

Aunque la mayor responsabilidad de los religiosos era la de custodiar una de las reliquias más milagrosas de la cristiandad: tres plumas que los pergaminos antiguos de la biblioteca atestiguaban se le habían caído al Espíritu Santo justo en el momento en el que sobrevoló las aguas durante la creación del mundo.[46] Pese al paso de los siglos, estas plumas se encontraban en perfecto estado, inmaculadas y níveas, desafiando al tiempo y a la lógica. Algún pecador receloso podría pensar que se trataba de vulgares plumas de gallina, pero pronto saldría de su error al conocer los prodigios obrados bajo su influencia. Junto a la reliquia, dejaban los peregrinos sus exvotos: un bastón desgastado por la recuperación de la pierna rota, un barquito de madera por el niño que sanó de las fiebres, unas trenzas doradas por la joven que se curó de tos persistente…

Las monjas, por su parte, se encargaban de la huerta, de las labores de limpieza, de la cocina, del hospedaje de los peregrinos y de atender a los enfermos en el dispensario y el hospital mientras estos esperaban que las plumas del Espíritu Santo hiciesen el milagro de mejorar sus enfermedades.

Sibila, tal y como prometió, vino a buscarme para maitines. Unas cincuenta mujeres nos dirigimos al coro, rompiendo la oscuridad de los corredores con la luz de nuestras velas, espantando a los demonios con rezos, en espera de la salida del sol. En el claustro coincidimos con los monjes y, juntos, nos dirigimos al refectorio, dividido con biombos para evitar que las miradas de hombres y mujeres pudieran mezclarse. Allí tomamos un frugal desayuno: una rebanada de pan, leche y un poco de queso. Al terminar, Sibila me tomó de la mano para mostrarme el conjunto del monasterio.

En el centro se alzaba la capilla. Aunque carente de pretensiones (ya que solo Dios es grande y no precisa de lujos para dejar notar su presencia), era majestuosa y solemne. Cirios y velitas colocados en lugares estratégicos desplegaban un velo de penumbra titilante, coronada de humo gris. Las piedras que daban forma a sus muros denotaban el estoicismo de quien ha escuchado miles de súplicas, arrepentimientos y plegarias sobrellevando las inclemencias del frío invernal.

—Compartimos este espacio con los monjes en horas canónicas y en las festividades litúrgicas; bajo severa vigilancia, claro —me explicó Sibila—. El prior Aldred insiste en que el diablo siempre está al acecho, atento para hincar sus dientes en la débil carne mortal. —Me observó unos segundos, valorando si debía ahondar más en ese asunto, y añadió—: Ya lo conocerás. Me refiero al prior Aldred, no al diablo —precisó.

El ala masculina estaba orientada al norte. Se trataba de un pabellón de escuetas celdas dotadas de ventanucos que daban al huerto o a la niebla, dependiendo de la estación del año en la que se asomaran.

Las dependencias femeninas se orientaban al sur y eran igualmente sobrias, aunque, si se era lo bastante perspicaz, se podían vislumbrar las leves diferencias. Allí se respiraba una suerte de sosiego y complacencia, incluso me atrevería a decir que de alegría.

—Hace un año se extendió el rumor de que en nuestro convento se oían canturreos, risas e incluso carcajadas. Se consideró un comportamiento absolutamente inapropiado en mujeres que deben dar ejemplo de prudencia y contrición — me confesó Sibila—. El hecho fue examinado por el prior Aldred y la priora Osburga durante dos semanas enteras. Se desveló quiénes eran las infractoras y se las castigó con el debido rigor. No ha vuelto a suceder. Al menos, no en un tono tan elevado. —Una sonrisa enorme iluminó su rostro antes de continuar hablando—. Y ahora vamos al lugar que, pienso, es el más adecuado para ti.

Me llevó hasta una sala espaciosa y limpia, con suelo de piedra. Del techo colgaban ramas, frutos y flores con el aspecto de llevar secándose allí varias semanas (si no meses), que dejaban flotando en el ambiente un fuerte aroma herbal.

Sentada junto a un enorme mesón de madera plagado de cuencos, platos, cuchillos, almireces de diferentes tamaños y materiales —mármol, piedra, metal…, con sus correspondientes manos de mortero— se encontraba una monja diminuta. Vestía un hábito de color tormenta y tenía la toca ligeramente ladeada hacia la izquierda. Al oír nuestros pasos, levantó la cabeza. Sus ojos azules estaban velados por una capa de niebla.

—Hermana Sibila, ¿eres tú? —indagó.

—Sí, madre priora.

—¿Traes un pájaro? —preguntó, dirigiendo su mirada por encima de mi cabeza—. Ten cuidado, que está por aquí el gato.

Escudriñaba el aire con tal interés que yo misma levanté los ojos para examinar las vigas de madera.

—Me acompaña la muchacha que fui a buscar a Cornualles — explicó Sibila, elevando un poco el tono de voz. Me sonrió, señalándose la oreja para indicarme que la anciana era dura de oído—. Hermana Le Fay, ella es la priora Osburga, el alma de nuestro cenobio.

—Bienvenida, hermana Le Fay. No hagas caso a la hermana Sibila. Sin ella, no podría ni mover un dedo.

—Creo que la hermana Le Fay nos va a ser muy útil —le informó Sibila—. Durante el viaje me ayudó a atender a un enfermo y no le tembló el pulso.

—Pues eso es maravilloso. Siempre hacen faltan manos aquí.

—Eso mismo le he dicho yo.

Dibujé en mi rostro una sonrisa de cortesía mientras dejaba volar mi mirada por la sala. Las paredes estaban recubiertas de estanterías con tarros de arcilla de diversos tamaños, cada uno con una etiqueta de pergamino atada a la boquilla. Me acerqué para leer lo que había escrito.

—Salvia. Matricaria chamomilla. Rosmarinus. Lavandula… ¿Alumbre? —pregunté, sujetando la última de las etiquetas.

—Lo usamos para detener el sangrado y cerrar las heridas —apuntó Sibila.

—Sabes leer —se alegró la priora—. ¿También sabes escribir?

—Sí.

—Pues ven aquí. Siéntate a mi lado. Coge pergamino, tinta y pluma y escribe lo que te dicte —ordenó. Iba a acercar un taburete a la mesa cuando me interrumpió—: Pero no, no, hermana Le Fay. Ahí no. Jamás cojas esa banqueta. Ese es el sitio del gato.

—Lo siento.

—Tranquila. ¿Cómo ibas a saberlo? ¿Ya estás sentada? ¿Sí? Pues escribe: Melissa. Ruta. Achillea. Artemisia. Hypericum. —Esperó unos segundos antes de pedirle a Sibila que revisara lo que acababa de escribir—. ¿Qué tal lo ha hecho?

—Perfecto —indicó Sibila—. La hermana Le Fay es un regalo que nos hace el Señor.

Volví a sonreír. Hacía mucho que nadie mostraba tanto entusiasmo con mi presencia.

En la chimenea, equipada con un soporte del que pendía una olla, ardía un fuego generoso.

—¿Esto es la cocina? —pregunté.

—Oh, no. Claro que no. Esto es el *domus herbarum*[47] — aclaró Sibila—. Aquí le sacamos lo bueno a las hierbas y a los minerales, y

buscamos la manera de estabilizarlos para tratar las enfermedades de quienes acuden al dispensario. Luego observamos si surten el efecto deseado. Y si no…, bueno…, pues vuelta a empezar. La perseverancia es una virtud que ejercitamos a diario. Las hermanas, en este monasterio, además de al alma, nos dedicamos al cuerpo.

—Entonces, ¿lo de ayer no era magia?

Sibila se llevó el dedo índice a los labios.

—Por supuesto que no era magia. Ni se te ocurra siquiera insinuar algo así. ¡Y menos en voz alta! —me reprendió—. Dios ha puesto en el mundo todo lo que necesitamos para vencer las enfermedades que envía el diablo. Nosotras lo buscamos, lo probamos y, si funciona, lo cosechamos y almacenamos.

—Enséñale el *hortus sanitatis*[48] —le indicó la priora Osburga.

—¡Ven!

Sibila me tomó de la mano y me arrastró hasta una puerta de madera que abrió de golpe. Daba a un jardín que, a esas alturas del año, estaba cuajado de menta, valeriana, tomillo y campánulas silvestres.

—¡Así es como hacemos la obra de Dios! —proclamó, inspirando a pleno pulmón, sin temor de pecar de jactancia—. Aquí no cultivamos flores para que sean vistas. Estas plantas — recalcó mientras las señalaba— han venido al mundo con una misión más elevada que la de decorarlo. Cada una lleva dentro un atributo único que podemos aprovechar para el bien. La lavanda calma los nervios y aplaca el dolor de cabeza. La acedera baja la fiebre. La albahaca mejora la digestión. La milenrama sirve para tratar las molestias periódicas de las mujeres…

El *hortus sanitatis* estaba vallado con una empalizada baja que podía traspasarse sin dificultad de un brinco. Para disuadir a los profanos tentados de echarse al gaznate alguna hierba, semilla o tubérculo, había un cartel junto al espantapájaros que rezaba lo siguiente:

Todo lo que aquí brota sana, purga o extermina.
Consulte a las hermanas antes de tocar.

El texto estaba escrito en britano y en latín. Ante la posibilidad de que el ladrón fuese analfabeto, también había una transcripción con dibujos básicos: un perifollo exuberante, una deposición, una calavera, dos monjas y una mano tachada con una cruz.

—El padre de la priora Osburga era un experto en el arte de la curación. Le enseñó a su hija todo lo que sabía, y ella comparte su conocimiento conmigo. —Sibila inspiró por la nariz y soltó el aire de golpe antes de añadir—. Aunque, claro, no es lo mismo. A los hombres que infusionan plantas y hacen tinturas con pétalos de rosa los llaman «alquimistas». Pero a las mujeres que hacen lo mismo las llaman «brujas» y las cuelgan del cuello. Así que llevamos nuestros estudios con discreción. ¡Nunca digas que es magia!

Escuchamos voces masculinas en el *domus herbarum*. Sibila me susurró al oído:

—Y mucho menos lo digas delante de él. —Y elevó la voz para saludar—. Buenos días, prior Aldred. ¡Qué honor recibir vuestra visita en nuestro humilde jardín!

Todavía no conocía lo bastante a Sibila como para poder asegurarlo, pero hubiera jurado que su sentir era contrario a las palabras que acababa de pronunciar.

Un religioso pequeño y grueso, de unos cuarenta años, nos observaba desde el umbral de la puerta. Su sotana no parecía muy limpia. El cabello negro se le arremolinaba por zonas: poco detrás de las orejas, un poco más en la nuca, una greña grasienta trazando un arco de oreja a oreja por encima de la cabeza. Tenía el rostro atezado, similar al de un brownie[49], con las mejillas picadas por la viruela y con una verruga oscura en la aleta de la nariz provista de más pelos que en la totalidad de su cabeza. El conjunto de su cara parecía un plato de gachas de avena resecas en el que se hubiera ahogado una mosca, quedando patas arriba. Al observarle con

mayor atención, me di cuenta de que el resto de su anatomía tampoco parecía muy limpia.

—Buenos días, hermana Sibila —saludó—. ¿Esta es la joven novicia que fuisteis a buscar a Cornualles? —No esperó la respuesta y añadió—: Es un honor contar con una hija del rey en el convento.

—Hijastra —respondimos al unísono Sibila y yo.

Con una ceja levantada, repasó mi anatomía de los pies a la cabeza. Un paso por detrás de él, otro religioso más joven me observaba con el mismo gesto displicente.

—Hijastra…, sí…, es cierto. Vuestro padre era el difunto duque de Cornualles.

—Prior Aldred…, hermano Saturnino…, ella es la hermana Le Fay —nos presentó Sibila.

Incliné levemente la cabeza. Ellos me devolvieron el gesto.

—La priora me ha informado que nos acompañaréis durante la comida, tal y como ya hicisteis el mes pasado —comentó el prior, volviendo su mirada a Sibila.

—Así es.

—Bien. —Suspiró—. Entonces supongo que nos veremos en unas horas.

Cuando se fueron, Sibila me explicó que el convento masculino y el femenino eran instituciones independientes. Manejaban diferentes fuentes de ingresos y debían rendir cuentas anuales por separado ante el obispo. Compartían algunos edificios: la capilla, el claustro, el refectorio, las cuadras, el huerto, la hospedería…, lo cual significaba que estaban tan unidos y a la vez tan separados como el cielo y la tierra en la línea del horizonte.

Una vez al mes, la priora Osburga y el prior Aldred comían juntos para debatir los asuntos que ambas instituciones tenían en común. Muchos de ellos eran de carácter económico: el fondo para el vino de misa, para las velas, para el repintado del altar mayor… El prior siempre aparecía con una larga lista de gastos que debían considerarse compartidos por razones solo evidentes para él.

—La priora Osburga es olvidadiza y de carácter bondadoso —me explicó Sibila—. Asegura que una corriente de aire se le ha metido en los oídos y tiene dificultades de visión. Y no seré yo la persona que… o…, o quizás sí —titubeó—, que señale con el dedo a quien pueda intentar aprovecharse de esas circunstancias.

Y es que, en los últimos tiempos, el prior Aldred había conseguido que el convento femenino corriese con los gastos de algunos de los materiales que se usaban en el *scriptorium*. Según me explicó Sibila, el cuero de primera calidad para las encuadernaciones, los pergaminos de la mejor piel de oveja y las tintas de colores eran un lujo reservado a la elaboración de códices inaccesibles para ellas. El religioso lo justificó aludiendo que, si bien la reliquia del Espíritu Santo era el alma del monasterio, la biblioteca era su corazón y que, por tanto, ambas instituciones tenían una responsabilidad común para con ella.

—Ahondando en este razonamiento, el hospital podría considerarse el cuerpo que los acoge, pero de su mantenimiento únicamente nos encargamos nosotras. —Suspiró—. El prior Aldred dice que, de no haber recibido la llamada del Señor, habría puesto el mismo empeño en administrar su casa que el que pone en la administración del monasterio. Y estoy de acuerdo. De haberse casado, habría resultado tan fastidioso para su esposa como lo es para nosotras. —Volvió a suspirar—. Los caminos del Señor son inescrutables, y nos está dando oportunidad de ejercitar la templanza colocando al prior Aldred en nuestras vidas, pero, por si el Altísimo está ocupado en asuntos más importantes que la economía del monasterio, hemos decidido que acompañaré a la priora Osburga a las comidas mensuales. Porque cuatro ojos y cuatro oídos ven y escuchan el doble de bien que dos.

Quizás os sorprenda saber que no me escapé al día siguiente. Tampoco la siguiente semana, ni el siguiente mes; ni siquiera el siguiente año. Si por un momento pensáis que falté a mi palabra, os equivocaríais. Hay ocasiones en las que hacerse cargo de la propia existencia exige cambiar de opinión. Y, aunque en un principio el convento me pareció sinónimo de «olvidadero» (el lugar al que el rey y mi madre me enviaban para hacerme desaparecer de sus vidas sin que Dios o los súbditos pudieran afearles el gesto), en la práctica se descubrió como algo similar a mi destino. Por supuesto, jamás comenté esta reflexión con mi madre en ninguna de las espaciadas cartas que intercambiábamos. Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda.

Sibila no mintió al decir que no era un hada; en realidad, era una nosocoma[50]. Su propósito en la vida era aliviar el dolor del mundo, empezando por aligerar los males físicos de los miles de peregrinos que acudían al monasterio de Almesbury cada año en busca de sanación. Tenía a su cargo el grupo de hermanas que atendían el dispensario y el hospital, situado en el ala este del monasterio. La priora Osburga y ella aspiraban a seguir los pasos de Fabiola de Roma[51] y extender sus competencias para poder acoger a ancianos y mendigos sin hogar.

Mi llegada, según ellas, había sido providencial.

—Reúnes todos los requisitos necesarios, hermana Le Fay. Eres joven, tienes pulso firme, visión aguda y no te dejas conmover por las quejas de los enfermos —aseguraba la priora Osburga.

Conocían la manera de curar sin tener que desgastar a las personas con sangrías o emplastos de estiércol. Guardaban en la memoria todo tipo de recetas: desde cómo fabricar jabón hasta las proporciones idóneas de vinagre y menta piperita para ahuyentar a las hormigas de la despensa. Usaban raíz de regaliz para aplacar la fiebre, eneldo para las indigestiones, infusiones de hinojo después de cada comida para evitar las flatulencias. Sabían cómo extraer las virtudes de las hierbas sirviéndose de la técnica inventada por María la Judía,[52] que calentaba sin abrasar. Y también cómo atender los

partos sin que la madre ni la criatura sufrieran en exceso, guiadas por las enseñanzas de Hagnódice[53].

Comencé a absorber todo lo que la priora Osburga y Sibila me contaban, tomando nota de cada detalle en pedazos de pergamino desechados por los monjes. Escuchaba a los enfermos y describía sus padecimientos, el color de su piel y sus humores. Registraba los minerales, las plantas y las partes de las mismas que utilizábamos: pétalos, tallos, raíces, semillas, hojas, frutos…, si los hervíamos, machacábamos o macerábamos, así como las proporciones necesarias para que surtieran el efecto deseado. Bosquejaba las manchas, los bultos, las heridas, el recorrido de las venas bajo la piel de las personas más pálidas, lo que veía cuando la carne desgarrada me permitía asomarme a sus entrañas. Llené incontables pergaminos con mis anotaciones y dibujos. Los unía con aguja e hilo y luego los clasificaba para que las hermanas pudieran consultarlos siempre que los necesitaran.

A veces Sibila y yo nos quedábamos hasta tarde trabajando en el *domus herbarum*. Ella leía el cielo nocturno, como lo hizo en el pasado Hipatia de Alejandría. Se sabía los nombres de todas las estrellas que brillaban en el firmamento. En lo que otros solo veían destellos, ella encontraba respuestas. La brillante Sirius era responsable de las fiebres nocturnas, las Pléyades le daban fuerza a las hierbas del *hortus sanitatis*… No arrancábamos una hoja ni plantábamos una semilla sin antes mirar al cielo.

Sibila se guiaba por los ciclos lunares, ya que el astro no solo gobierna las mareas, sino también el periodo de las mujeres, el carácter de los que están por nacer y el crecimiento de las plantas, potenciando sus virtudes.[54] Durante el novilunio desenterrábamos las raíces y tubérculos, porque lo que crece en la oscuridad se ha de cosechar en la oscuridad. El cuarto creciente despertaba los jugos, de manera que recogíamos hojas y flores como la menta, la salvia, la caléndula o la manzanilla. Pero, sin duda, el momento más poderoso para la recolección era durante la luna llena.

Una deliciosa noche de verano, una de esas noches cálidas en las que se puede oír el canto de los grillos, nos tumbamos a descansar bajo la bóveda celeste, entre los matojos del tomillo y la hierbabuena.

—¡Qué hermosa es la creación! —me dijo Sibila con los ojos clavados en el firmamento—. ¿No te da la impresión de que podrías vivir allí arriba, lejos de todo? Hay veces que me gustaría marcharme.

Volví el rostro hacía ella. Tenía los ojos cuajados de reflejos de estrellas.

—¿Adónde? —le pregunté.

Hasta el momento había pensado que Sibila estaba justo en el lugar en el que quería estar.

—A transitar por el mundo al dictado de mis anhelos, haciendo cosas que ninguna mujer haya hecho antes. Sin ataduras. Sin pronunciar votos solemnes. Guiada por el sentido común. Con mis propias reglas. Donde personas como nosotras seamos libres. Más allá de las montañas; al otro lado de la luna… —Suspiró—. El prior Aldred coarta nuestra libertad, y eso compromete el bienestar de los enfermos. Está en contra de los monasterios mixtos. Considera desestabilizadora nuestra proximidad. Cree que el simple hecho de que los monjes se acuesten en sus catres sabiendo que nosotras dormimos al otro lado del muro espolea los pecados del pensamiento. Lleva años intentando convencer al obispo Paulinus de separar los conventos.

—¿Y no sería mejor separarnos?

Hacía siglos que a las mujeres les había ido bien viviendo solas, en comunidad: druidas celtas, hetairas griegas, sacerdotisas minoicas… Safo, en el siglo VI antes de Cristo, ya reunía en su casa de Mitilene a jóvenes aristócratas que se dedicaban a cultivar la belleza e instruirse en poesía, música y danza. Incluso la escuela pitagórica contó con varias discípulas destacadas que vivían en régimen cenobítico, consagradas a la armonía numérica. En las

primeras comunidades cristianas de Oriente existieron las diaconisas y viudas que se encargaban de atender hospitales y refugios.[55]

—Me temo que una escisión significaría el fin del hospital —respondió Sibila—. Los monjes son los custodios de la reliquia sagrada. Si nos separamos, ellos se quedarían con Almesbury.

—Podríamos hacer lo mismo en otro lugar —sugerí.

—¿Crees que los enfermos se van de aquí pensando que somos nosotras quienes los sanamos? ¿Cuántas personas te han dado las gracias por su curación? Al regresar a sus lugares de origen hablan del milagro de las plumas del Espíritu Santo. Es junto a la reliquia donde dejan sus exvotos y dádivas.

—¿No crees que exista una intervención divina en su sanación?

Era esa una pregunta demasiado íntima, así que no me sorprendió que Sibila guardase silencio. Sentí que movía las piernas y levanté la cabeza para ver lo que hacía. Se estaba descalzando. Era una noche clara, así que pude ver sus pies lamidos por la luz de plata. Los dedos estaban unidos por una membrana carnosa: los pies de pato[56] de Sibila.

—¿A que pensaste que me lo había inventado? —rio. Como yo seguía observándolos, aún sin terminar de creerlo, se puso seria—. ¿Te doy asco?

—¿Asco? —pregunté admirada—. Eres la mujer más extraordinaria que he conocido. Y te puedo asegurar que no es una exageración; mi madre es una sirena.

Sibila lanzó una carcajada.

—Me encantan tus historias, Morgana.

Esa noche, Sibila me contó que había nacido en el norte de Hispania, siete años antes de que yo llegase al mundo, en el seno de una familia de pescadores. El padre de Sibila descubrió con desagrado que el niño que llevaba meses añorando había nacido niña. ¡Otra vez! Cinco hijas tenía ya. Su esposa solo sabía hacer hembras, con el menoscabo que eso suponía para la economía familiar. A las hijas había que entregarlas con dote. Si heredaban derechos o bienes, los transferían a otra familia. Pero es que,

además, aquella criatura venía con una tara. Los dedos de sus pies, en lugar de moverse de forma independiente, estaban unidos, como los de los palmípedos o los anfibios. Llegó a la conclusión de que les había nacido una lamia, una de esas ninfas de belleza sin igual con pies de oca que en el pasado se consideraban sabias y benefactoras hasta que el cristianismo determinó su carácter demoniaco. La familia, temerosa del juicio ajeno, consideró que esa hija era una grieta en la fachada de su hogar, una mancha en su estirpe, inmaculada hasta ese momento. La mantuvieron oculta hasta que alcanzó la edad adecuada para ingresarla en un convento; a ser posible, en uno que quedase lo bastante lejos como para que nadie los relacionara con ella. Tenía ocho años cuando la embarcaron en uno de los navíos que cubrían la ruta comercial entre Hispania y Britania. Así sellaron su destino.

—La priora Osburga me enseñó a escribir mi nombre cuando llegué a Almesbury —concluyó.

Nunca más volvimos a hablar sobre vocaciones. Ni sobre sus pies de pato.



En el último año, el estado de salud de la priora Osburga se había debilitado de manera evidente. Apenas salía de su celda. Confundía la salvia con el romero y repetía tres veces la receta contra las lombrices del vientre, creyendo que declamaba el salmo 91. No recordaba el nombre de las novicias, pero sí el de las vacas que ordeñaba en su infancia, y se empeñó en alimentar al gato con hostias sin consagrar que él solo chuperreteaba para luego abandonarlas con desinterés.

A comienzos de noviembre (o por Samhain, dependiendo de si medís el tiempo con parámetros celtas o julianos), se presentaron en el *domus herbarum* dos de las hermanas que se encargaban de atender las necesidades básicas de la priora Osburga. Traían el

rostro compungido y, según dijeron, debían hablar con Sibila. Estuvieron un buen rato articulando palabras con las que no llegaban a formar una frase completa hasta que, al fin, dejaron entrever el asunto que les preocupaba. Al parecer, en las últimas semanas, el frágil estado mental de la priora se había resquebrajado un poco más. Y aunque las dos monjas eran misericordiosas, una de ellas sacrificada y ninguna proclive a la exageración, ambas estaban de acuerdo en que, a esas alturas, las tribulaciones de la priora no pasarían desapercibidas en el encuentro mensual con el prior Aldred.

—Ya no se aguanta las necesidades —informó una de ellas.

—Y mantiene largas conversaciones con san Pablo de Tebas —suspiró la otra—. Que sabe de sobra que era un ermitaño que no abandonó jamás el desierto.

—¡Y que murió hace más de cien años! —le recordó la primera.

En uno de sus momentos de lucidez (que cada vez se espaciaban más), la priora Osburga le había hecho prometer a Sibila que no permitiría al prior Aldred interferir en los asuntos del convento femenino. Los cargos eran vitalicios, de manera que, si la priora se mostraba indispuesta meses, o quizás años, el prior sería el único con capacidad para hacer y deshacer a su antojo.

Si la locura de un miembro de una familia normal supone un infortunio, imaginad el descalabro que eso supondría al tratarse de la priora; sería el fin de nuestra congregación. No existían precedentes. Solo tras su muerte, las hermanas votarían para elegir a su sucesora. Todo el mundo sabía que la elegida sería Sibila, pero, hasta que ese día llegara, debíamos actuar con sabiduría.

—No diremos nada —concluyó Sibila—. Mantendremos el estado de salud de la priora en secreto. Mañana vendrás conmigo a la comida con el prior Aldred —me dijo.

—Por supuesto —respondí yo.

Estaba dispuesta a seguir a Sibila hasta el fin del mundo.

Guiadas por la máxima de que la mano derecha no supiera lo que hacía la izquierda, nos presentamos en el encuentro mensual

excusando la ausencia de la priora Osburga. Estaba indispuesta, aseguramos, algo que no era mentira en absoluto.

Acompañaba al prior Aldred su eterno perro guardián: el hermano Saturnino. Tras el intercambio de unas cuantas frases de cortesía, Sibila comenzó a hablar.

—Según mis cuentas, en la última remesa adquirimos ciento cuarenta y tres pliegos de pergamino, así como cuatro cántaros de agallas de roble, dos odres de vinagre y una libra de sulfato de hierro para la fabricación de tinta común. También tres onzas de lapislázuli molido; a un precio desorbitado, he de añadir.

—Es un ingrediente valioso —justificó el prior Aldred—. Viene de lejos y es escaso, aunque absolutamente necesario para dar color al manto de Nuestra Señora.

—Por supuesto —apuntó Sibila, y continuó hablando—: También llegó media libra de cinabrio.

—Esencial para representar la sangre de Jesucristo, santos, mártires y penitentes —respondió con suficiencia.

—… y dos frascos de verde de malaquita.

—Para la foresta de los lugares en los que Jesucristo predicaba.

—Y una onza de polvo de oro.

—Imprescindible en las aureolas de santos y mártires —siguió aclarando el prior mientras se encogía de hombros.

—El convento femenino se ha hecho cargo de la mitad del coste de estos productos; por lo tanto, también nos pertenecen. Mañana iremos a recoger nuestra parte —concluyó Sibila.

El hermano Saturnino lanzó una carcajada desdeñosa que se le heló en los labios al comprobar que el prior Aldred no lo secundaba.

—¿Cómo? —exclamó este último escandalizado—. ¿Para qué los queréis?

—Nuestra querida hermana Le Fay, aquí presente —dijo inclinando levemente la cabeza en mi dirección—, está escribiendo un *Breviarium medicinae*[57].

—¿Breviarium…?

—*Medicinae* —interrumpió—. Sí. Lo necesitamos para educar a las novicias. No queremos que se trastoquen los conocimientos en el boca oreja.

El prior Aldred y el hermano Saturnino la observaban sin terminar de creer lo que estaban escuchando.

—No necesitaremos el oro en polvo. Consideradlo un regalo —zanjó Sibila.

A partir de ese momento, en lugar de escribir con vulgar tinta negra, en retazos de pergamino, dispuse de páginas y páginas para describir con detalle que las heridas dejaban de sangrar con compresión o que el dolor de muelas se calmaba masticando hojas de sauce. Pude colorear con rojo el corazón y el recorrido de las venas, con verde los humores purulentos y con azul los miembros gangrenados.

Así fue como, poco a poco, día a día, el hada Morgana fue perdiendo presencia para dejarle espacio a la nosocoma. Abandoné la búsqueda de mi hermano en la superficie del espejo y relegué la idea de que alguna vez surqué los cielos revestida de plumas negras. Llegó un momento en el que la única magia que aún conservaba era Taranis, que vivía feliz en las cuadras del monasterio. Y debéis creerme cuando os digo que con eso me bastaba.

La plaga de Justiniano alcanzó Almesbury durante el verano de mi décimo quinto cumpleaños. La llamaron así porque no discriminaba entre reyes y mendigos, ya que el mismísimo emperador romano había sucumbido a la enfermedad. Nos cogió a todas por sorpresa. Los primeros síntomas se parecían mucho a los del resfriado común, así que procedimos de la misma manera: sumergíamos a los enfermos en agua fría para bajar la fiebre, colocábamos piedras calientes en las articulaciones para aliviarles el dolor y preparábamos

tisanas con raíz de regaliz y tomillo endulzadas con miel, que tan buenos resultados daban siempre.

Pero pronto observamos las peculiaridades del mal, que en nada se parecían a los enfriamientos. En ingles, cuello y axilas brotaban dolorosos bubones purulentos. Los enfermos convulsionaban, tosían y vomitaban sangre. A algunos se les morían los dedos de los pies, de las manos, la punta de la nariz y labios antes que el resto del cuerpo. Dos días después de que apareciesen los primeros síntomas, los infectados dejaban este valle de lágrimas.

Como medida para intentar detener el avance de la enfermedad, los monjes duplicaron el número de misas diarias. Exhortaban a la oración, al uso del cilicio, a la penitencia, a que fuesen generosos con las limosnas, a evitar cualquier acto libidinoso, incluidos los que se pudieran dar dentro del sagrado vínculo del matrimonio. Organizaron rogativas, novenas, octavarios, quinarios. Sacaron en procesión las plumas del Espíritu Santo y se formaron largas filas para besar la reliquia. Pero pasaban los días y se hizo evidente que aquellas devotas manifestaciones no aplacaban la cólera de Dios, sino más bien todo lo contrario. La gente moría sufriendo y haciendo sufrir a los que les atendían.

El prior Aldred llegó a la conclusión de que la desgracia que se nos había echado encima era un castigo divino, solo comparable con lo sucedido en Sodoma y Gomorra, provocado por la relajación espiritual de la población. Para intentar ponerle freno, propuso dedicar una enorme suma de dinero a engarzar las plumas del Espíritu Santo en plata repujada y a enmarcarlas después en oro con fondo de terciopelo negro.

Sibila y yo nos opusimos. Un Padre no podía ser tan cruel con las debilidades de sus hijos, mucho menos cuando los había creado a su imagen y semejanza. Estábamos de acuerdo con Hipócrates en que las enfermedades no tenían un origen sobrenatural y que, por lo tanto, debían curarse con métodos naturales, como siempre habíamos hecho. Propusimos dedicar el dinero a adquirir vendas de lino, sal gris, miel e higos para las cataplasmas. Como no llegamos

un acuerdo, la suma se dividió en dos partidas, lo cual nos alcanzó para comprar las vendas y al prior Aldred para enmarcar las plumas del Espíritu Santo en plata.

—En la Grecia clásica atribuían este tipo de males a las miasmas —argumentó Sibila una mañana—. El aire se corrompe con las emanaciones que desprenden los cuerpos en descomposición. Cuando las personas respiran ese aire, se contagian de la enfermedad.

Así que decidimos aislar a los enfermos en cuanto comenzaban a mostrar los primeros síntomas. Nos cubríamos nariz y boca con pañuelos cuando les atendíamos. Preparábamos sahumerios de romero, salvia y ajenjo, y los colocábamos en las esquinas del templo durante la celebración de la misa. Las hermanas recorrían las celdas, los salones, el claustro y los corredores con ellos en las manos, dejando tras de sí su perfumado aroma a limpio. Alimentábamos a los enfermos con sopa de cebada y bayas de rosa canina y baldeábamos las letrinas tres veces al día.

Yo anotaba en el libro cada una de las tentativas, así como el resultado que producían. A golpe de ensayo y error descubrimos que las úlceras purgadas con el agua de Kaerbadum cicatrizaban con mayor rapidez, así que Sibila le rogó al carretero que, en la próxima entrega, nos trajese también piedrecillas de los arroyos. Cuando llegaron, las machacamos en el almirez, y con el polvo hicimos tinturas y pomadas que extendíamos en la piel de los enfermos.

Poco a poco, algunos lograban esquivar a la muerte, y la población comenzó a mostrarnos su gratitud como nunca lo había hecho. Dejaban donativos, nos traían huevos de sus gallinas, repollos de sus huertas, se ofrecían para realizar trabajos… Al fin se habían dado cuenta de que las hermanas que atendían el hospital también eran el instrumento del que se valía el Señor para hacer milagros.



La priora Osburga comenzó a mostrar los primeros síntomas de la plaga sin que nadie se diera cuenta. Llevaba demasiado tiempo confusa, despertándose en mitad de la noche envuelta en pesadillas, así que nadie pudo imaginar que aquello tenía que ver con la enfermedad. Cuando vinieron a avisarnos de que los bubones habían aflorado en su piel, ya era demasiado tarde. Sibila y yo nos dirigimos a su celda, como tantas otras veces lo habíamos hecho, pero esta vez con la conciencia de que sería la última. Nos mantuvimos a su lado, colocándole compresas húmedas en la frente, vigilando su sueño, acercándole a la boca la cuchara con el caldo de pollo que resbalaba por su barbilla. Cuando los labios se le quedaron resecos y los ojos se le hundieron sin brillo en las cuencas, supimos que había dejado de sufrir.

—¡Qué inoportuna es esta muerte! —suspiró Sibila contrariada, cerrándole los párpados—. Justo ahora… con el prior Aldred insufrible y…

Dejó la frase en suspenso. Vi que una lágrima le recorría la mejilla. Como no supe qué decir, le sujeté la mano mientras observaba las sombras danzarinas que las velas dibujaban en el techo de la celda.

La enterramos al día siguiente, amortajada con su hábito y con la cruz de madera que siempre llevaba colgada al cuello.

La priora Osburga fue la última persona que murió en la zona víctima de la plaga de Justiniano.



No supimos cuánto le incomodaba nuestra presencia al prior Aldred hasta la tarde en la que vinieron a arrestarnos. Sibila estaba majando romero, tomillo y albahaca en un almirez mientras tarareaba una cancioncilla. De pronto se quedó callada, levantó la vista y yo tuve un claro presentimiento de fatalidad. Entonces la puerta del *domus herbarum* se abrió de golpe.

El prior Aldred y el hermano Saturnino entraron sin saludar, acompañados por tres soldados armados hasta los dientes, con la cruz del obispado bordada en la pechera de sus sayas. Fue tal nuestro desconcierto que cuando nos ordenaron situarnos en una de las esquinas de la sala les obedecimos sin rechistar. Miré de reojo a Sibila; estaba pálida, aunque serena.

Sin ninguna consideración, apartaron a manotazos lo que había sobre la mesa. Lanzaron al fuego el contenido del mortero, que comenzó a crepitar, en lo que ellos interpretaron como una protesta diabólica. Incentivados por su idea de estar incomodando al maligno, arrancaron las ramas que se secaban colgadas del techo: el tomillo silvestre, la malva, la rosa canina, la consuelda… y las arrojaron también a las llamas. Metían en sacos de esparto todo lo que les pareció interesante: frascos con tinturas, tarros de ungüentos, bolsitas de lino con semillas y bayas…

—Pero ¿qué es lo que estáis haciendo, prior Aldred? Por Dios bendito —le interpeló Sibila.

Él ni siquiera se molestó en mirarla. Carente de expresión en su rostro, caminaba despacio, recorriendo de una esquina a otra el *domus herbarum* seguido del leal hermano Saturnino, apartando los tarros de las estanterías, dejando caer sin estridencia algunos, leyendo las etiquetas de otros…

—¿Dónde está el libro de hechizos? —nos increpó uno de los soldados.

—¿Libro de hechizos? ¿De qué estáis hablando? —preguntó Sibila.

—¡Está aquí! —exclamó de pronto el prior Aldred, sujetando con dos dedos mi volumen de recetas, mostrándolo como si fuese una trucha recién pescada.

En ese momento, el soldado más delgado enunció:

—Hermana Sibila, hermana Le Fay, venimos por orden del obispo Paulinus. Habéis sido acusadas de tratos con el demonio, de practicar la hechicería y de manipulación del vulgo.

Mientras tanto, los otros dos soldados nos colocaban los grilletes de hierro en manos y tobillos, unidos a su vez por una cadena.

—¿Adónde nos lleváis? —pregunté.

Pero no contestaron, solo nos empujaron en dirección a la puerta.

Cruzamos el claustro al anochecer, cuando las hermanas ya estaban en sus celdas, sin testigos que pudieran echarles en cara sus acciones, con las cadenas arrancando sonidos metálicos a las piedras.

—Nos llevan a la cripta —me susurró Sibila.

Hacía cuatro años de mi llegada al monasterio, pero jamás había estado allí. Era una sala situada bajo la capilla vieja. Al bajar las escaleras, una bofetada de olor a humedad nos recibió. Sin mediar palabra, nos empujaron al interior de la celda, un cuartucho con el suelo cubierto de paja, con un ventanuco enrejado. Nos quitaron los grilletes de los tobillos, pero nos dejaron los de las manos. Cerraron la puerta. Y el mundo del que nos creíamos dueñas y señoras se diluyó para siempre.

---

44 García Gual, C. (2020). *Historia de Merlín*. España: Siruela.

45 Los bardos no alcanzan un acuerdo sobre el significado espiritual de Glastonbury. Algunos enhebran sus versos hablando de las corrientes energéticas de la Tierra, que atraviesan y se entrecruzan en el subsuelo, influyendo en el comportamiento de los seres que caminan sobre ellas. A otros les faltará tiempo para añadir que es en la bóveda celeste donde se encuentran las respuestas, que allí se definen los signos del Zodiaco de los que hablaron los babilónicos siglos atrás, e incluso que el poder del rey Arturo se representa en el cielo, bajo el signo de Sagitario. En cualquiera de los casos, su nombre se encuentra íntimamente ligado a la idea de misticismo, observancia y religiosidad, dando lugar a que los antiguos cristianos convivieran amigablemente con los celtas de la zona. Ambas comunidades se enfrentaban a la feroz persecución de los romanos hasta que estos se decantaron por los cristianos y los paganos pasaron a ser el enemigo.

46 Se trataba de una reliquia sutil y elegante, sobre todo teniendo en cuenta que varios templos se disputaban el honor de custodiar el Santo Prepucio, un arito de piel que la matrona de la Virgen depositó, entre nardos, en una jarra

de alabastro, y que al parecer llevaba cientos de años favoreciendo embarazos y aplacando el dolor de los partos.

47 La casa de las hierbas.

48 Jardín de la salud.

49 Ser feérico conocido como «bwca», en Gales, «bodach» en las Highlands, y «fenodoree» en la Isla de Man. Los brownies de la frontera son los más reconocibles; de tres pies de altura, vestidos de forma andrajosa con ropa pardusca y cara morena.

50 Voz del latín tardío *nosocomus,* enunciada en el *Código de Justiniano* con el significado de 'persona que cura a los enfermos'.

51 Noble romana convertida al cristianismo. Destinó gran parte de sus bienes a fundar uno de los primeros hospitales conocidos en Occidente. Tras una vida marcada por el escándalo (su segundo matrimonio fue considerado ilícito por la Iglesia), consagró su vida al cuidado de enfermos y menesterosos, ampliando su capacidad de obrar al asilo de personas necesitadas. Fabiola se convirtió en ejemplo de médica cristiana, sentando las bases de la tradición monástica femenina durante los siguientes siglos. Falleció en Roma en el 399.

52 María la Judía vivió entre el siglo I y el III de nuestra era. Es la primera mujer alquimista de la que se tiene conocimiento. Inventó el «baño María», indispensable en la elaboración de algunas recetas, tanto en cocinas como en laboratorios. A María la Judía se le atribuye el *Diálogo de María y Aros,* un hipotético debate en el que ambos hablan de una sustancia prodigiosa, de color rojo, que es capaz de convertir cualquier metal en oro (la piedra filosofal). Según María la Judía, en el proceso de transmutación se tardaba aproximadamente una hora.

53 Hagnódice (siglo I a. C.) fue la primera médica de Atenas. Para poder estudiar con Herófilo en Alejandría se disfrazó de hombre. Siguió utilizando atuendo masculino mientras ejercía, hasta que descubrieron el engaño e intentaron matarla. Afortunadamente, sus agradecidas pacientes la defendieron ante las autoridades.

54 Griegos y egipcios antiguos relacionaron la magia y la medicina con la astrología. Creyeron que los movimientos de los astros influían en el cuerpo humano, así como en el crecimiento, floración y época idónea en la que cosechar las plantas con las que elaborar remedios, elixires y pociones, que

debían infusionarse bajo el influjo del astro adecuado. Los médicos debían conocer los principios básicos de la astrología para tratar con mayor precisión a sus pacientes. Incluso los minerales recibían el influjo de los astros, de manera que pronto hubo magos elaborando con ellos talismanes.

55 Este estilo de vida fue dando forma al nacimiento de las beguinas, mujeres laicas que vivían en sociedad sin estar sujetas a la estructura monacal y sin necesidad de tomar votos solemnes. Practicaban la pobreza y el servicio a los enfermos, alcanzando celebridad por su gran vitalidad espiritual y cultural. Crearon hospitales, talleres educativos y círculos de lectura. Una de sus integrantes más destacada fue Margarita de Porete. Escribió el libro *El espejo de las almas simples,* en el que defendía, con lenguaje poético, cómo el alma humana se purificaba en el amor divino, alcanzando la unión plena con Dios. A los inquisidores esa premisa les pareció de lo más herética. ¿Acaso Margarita de Porete no estaba defendiendo una religiosidad femenina autónoma, ignorando sin miramientos la autoridad eclesiástica? Llegaron a la conclusión de que así era y acusaron a Margarita de herejía. La quemaron viva en la Place de Grève de París.

56 En ciertas regiones del norte de Hispania existen seres feéricos femeninos conocidos como «lamias». Habitan en cuevas cercanas a ríos, junto a los que se sientan a peinar sus largos cabellos con peines de oro. Estas damas poseen una belleza extraordinaria, pero lo más destacable de su anatomía son sus pies de pato. Hay quien nace con los dedos de las manos o los pies unidos. Ese capricho de la naturaleza, presente en determinadas estirpes, tiene un nombre: sindactilia. Interpretarlos como marca divina o del diablo es una decisión humana.

57 Resumen de medicina.

12
LA BRUJA

«¡Muerte a la bruja! ¡Que se haga justicia!
¡Muerte a la bruja! ¡Odio a Morgana!».

Ópera *Merlín*
ISAAC ALBÉNIZ

El juicio público se celebraría frente a la puerta del monasterio tres días después.

La mayoría de conflictos entre los aldeanos se saldaban con dinero. Si un niño le sacaba un ojo a otro, el padre del primero pagaba al segundo. Si una mujer le robaba la ropa tendida a la vecina, debía duplicar el precio de lo sustraído. Si un hombre forzaba el contacto físico con una mujer casada, debía compensar al marido con una cuantía económica. Incluso si alguien mataba a alguien, de forma intencional o accidental, podía solventarse el agravio con una indemnización a la familia de la víctima.

Pero, por alguna razón que aún hoy no tengo clara, el obispo Paulinus había decidido que, al tratarse de un caso de brujería acontecido dentro de los muros de un monasterio, solo podría juzgarse siguiendo los preceptos de los *dooms*[58]. Eso quería decir que no teníamos ni la menor idea de cuál sería nuestro castigo en el caso de que nos considerasen culpables.

Vinieron a buscar a Sibila a primera hora de la mañana.

—Te quiero, Morgana —me dijo al despedirse, serena y templada, tal y como siempre había sido—. Eres, de verdad, mi hermana.

—Te quiero, Sibila. Hermana, hermana…

Intenté acallar la pena con pensamientos lógicos. ¿O es que acaso no era lógico pensar que el pueblo se rebelaría ante este atropello? Los hombres y mujeres a los que Sibila había atendido y sanado durante años la defenderían. La protegerían. Era lógico pensarlo, ¿verdad?

El ventanuco de la celda daba al suelo del exterior. De puntillas, me aferré a las rejas y pude ver a la multitud expectante, arremolinándose en torno a la tarima de madera que habían colocado en la explanada. Sobre ella, en una mesa larga, se sentaron los miembros del tribunal. El prior Aldred y el hermano Saturnino ocupaban las sillas que quedaban a la derecha y a la izquierda del obispo Paulinus, que sería el encargado de presidir el juicio.

Desde que los romanos abandonaron la isla, las distracciones en las que se ponía en juego la supervivencia de seres humanos o animales habían desparecido, dejando un vacío tedioso que ni procesiones, ni besamanos, ni bautizos, ni bodas terminaban de llenar. Pocas veces se tenía la oportunidad de presenciar un juicio por brujería en la zona, y aquello hizo que se acercara gente de las aldeas vecinas. Ante semejante oportunidad de negocio, los mercaderes habían plantado sus puestos en los terrenos aledaños al monasterio desde primera hora de la mañana y pregonaban sus productos con alegría.

Había escuchado hablar del obispo Paulinus, pero era la primera vez que lo veía. De perfil resultaba imponente, pero de frente perdía gran parte de la dignidad eclesiástica. Su cráneo nacarado traslucía bajo la piel, subrayado por dos cejas finísimas, nada simétricas, que parecían garabateadas por un escribano patoso. Y sus ojos… ¡ay!… tan acuosos y juntos, como cuchicheando entre ellos. Pero era su boca lo más desconcertante, porque carecía de labios. Me pregunté si alguien con una ranura bajo la nariz, alguien sin marco para sus sonrisas, si alguien que (en suma) jamás hubiera fruncido los labios para brindar un beso de afecto, respeto o amor podría ser justo.

Dos monjes escoltaron a Sibila hasta la tarima. La dejaron de pie, junto a la mesa, para que el público pudiera verla bien. Los presentes parecían algo decepcionados de que los días de encierro no la hicieran parecer más abatida.

—Ante el Señor y vosotros, hermanos, acusamos a la hermana Sibila, no por odio, ni por calumnia, sino por el hecho verdadero de confabularse con el demonio y llevar a cabo actos de hechicería aprovechando la vulnerabilidad de los enfermos a los que sometía —comenzó a decir el obispo—. En este juicio demostraremos que la hermana Sibila pasó años hechizando a la priora, haciendo que perdiera la razón para poder dirigir ella misma el convento femenino. Del mismo modo, quedará probado que recitaba ensalmos mientras realizaba las curas, en lugar de los rezos y plegarias que solo Dios escucharía, con la intención de contravenir su voluntad y abrirle las puertas al demonio. Y lo hizo tan bien, puso tanto empeño en su empresa, que el mal en forma de plaga asoló nuestra piadosa tierra. Serán los propios vecinos quienes den testimonio de lo aquí expuesto.

El prior Aldred convocó al primero. Wulfric, el carnicero, describió el día que se seccionó el dedo pulgar con el cuchillo. Lo llevaron al hospital. Sibila colocó un hierro en forma de espátula en el fuego. Limpió la herida con vinagre y, sin mediar palabra, colocó el hierro al rojo sobre la carne sangrante.

—Grité. Grité con todas mis fuerzas. El dolor era insoportable —explicó Wulfric—. Pero lo peor de todo fue el olor que quedó flotando en el aire. ¡Me estaba cocinando vivo!

Los espectadores contrajeron el gesto.

—La sangre destila la vida por la herida. Si huele a carne asada, vivirá para ver la mañana —recitó Sibila, encogiéndose de hombros.

—¡La acusada no tiene la palabra! —la reprendió el obispo Paulinus.

Luego llamaron a Felicity, la hija del panadero. La joven padecía fuertes dolores de espalda que la mantenían inmovilizada en la

cama. Sibila le colocó unas copas calientes que succionaron la carne, dejando un rastro de círculos rojos y humeantes sobre su piel.

—¿Acaso no era esa la prueba de que Sibila intentó realizar un exorcismo inverso? —señaló el prior Aldred.

—¡Qué tontería! —protestó Sibila.

—Si la acusada no guarda silencio, nos veremos obligados a amordazarla —le recordó el obispo.

Siguieron desfilando vecinos que atendimos en el hospital. Heridas purulentas, abscesos, huesos dislocados, diarreas infantiles… Todas aquellas miserias que habíamos tratado con mimo de madres y que ahora servían para condenarnos.

Cuando el último testigo terminó de explicar los varios intentos de hablar con la priora Osburga, así como las repetidas veces en las que Sibila le negó el acceso a ella, el obispo Paulinus retomó la palabra:

—¿Tiene la acusada algo que decir en su defensa?

—Por supuesto que tengo algo que decir —respondió Sibila con la dignidad propia de una reina—. ¿Me juzgáis por hacer el bien? ¿Por cultivar las hierbas que os han curado? ¿Por infusionarlas para elaborar tisanas y ungüentos que calman el dolor y sanan las enfermedades que os afligen? ¿Por vendar las heridas con lino limpio? Bien, entonces haced el favor de juzgar de igual modo al buen samaritano que se detuvo a asistir al hombre que yacía medio muerto en mitad de un camino. Él aplicó vino para limpiar las heridas y aceite para aliviar el dolor. ¡Hasta Nuestro Señor lo puso de ejemplo y nos instó a imitarlo! ¿Ansiáis condenarme por preparar emplastos de higos maduros para cerrar las llagas? ¿Os molesta que les hable a las novicias de cómo el arcángel Rafael curaba las enfermedades de la vista con hiel de pescado? Si os parece que mi empeño en lavar las pieles enfermas con agua de Kaerbadum es hechicería, os sugiero que profundicéis en la biografía de Naamán el leproso y sus baños en el agua del río Jordán. —Se volvió a mirar al tribunal para dirigirse directamente a ellos—. Si doctos sois en las Sagradas Escrituras, no ignoraréis cómo el profeta Isaías sanó al rey

Ezequías con ese mismo remedio. ¿Acusaríais al profeta de ser una bruja con barba?

—¿Acaso, mujer, os estáis comparando con todos esos hombres santos y sabios? —increpó el obispo.

—¿Acaso no me estáis juzgando precisamente por hacer lo mismo que ellos, siendo mujer?

—¡He aquí la prueba! Solo el diablo puede haber colocado esas palabras en la boca de alguien que juró servir a Dios. —El prior Aldred se exaltó—. El maligno se inmiscuye en nuestras vidas, de forma sutil pero perceptible. ¡Ahora está en ella! — dijo dirigiéndose al público y señalando a Sibila.

—Oh… —aulló la multitud.

—Hay textos que hacen referencia a la manera en la que el diablo marca a sus acólitos como se marca al rebaño —lo interrumpió el obispo—. Son señales apenas perceptibles: una mancha que parece de nacimiento en la comisura de los labios de la mujer, con la que incitar el deseo ilícito de los hombres; un tercer pezón bajo los dos que la naturaleza nos otorga, con el que dar de mamar al maligno… —Hizo una pausa dramática para permitir que los suspiros del público se oyesen hasta decaer—. Tengo entendido que, si examinamos el cuerpo de la hermana Sibila, encontraremos la marca que el diablo ha dejado en ella.

Sentí un estremecimiento.

—En otras circunstancias, les pediría a las hermanas que inspeccionasen en privado el cuerpo desnudo de la acusada, pero tenemos conocimiento del lugar exacto en el que esta pecadora está marcada —indicó el obispo Paulinus.

Fue la primera vez que vi a Sibila temblar desde que había dado comienzo esa locura.

—¡Descalzad a esta mujer! —ordenó el obispo.

—¡No! —gritó ella—. No lo permitiré.

El hermano Saturnino y los dos religiosos que la vinieron a buscar a la celda intentaron sujetarla, pero Sibila se zafó, pese a llevar las manos engrilletadas. Uno de ellos pretendió arrancarle la toca. Ella

le mordió con rabia. Con el tira y afloja del forcejeo, Sibila trastabilló y cayó al suelo, perdiendo uno de sus chapines de cuero, dejando expuesto su pie.

Se hizo el silencio.

Ni el canto de un pájaro, ni una tos, ni una brizna de brisa podía oírse en la plaza. El mundo parecía contener el aliento, hasta que alguien murmuró:

—Bruja.

Y volvieron a respirar.

La palabra tomó forma, peso, incluso los que estaban lejos, los que ni siquiera alcanzaron a ver el pie de pato de Sibila, se unieron al coro. Voces de hombres, mujeres y niños corearon: «Bruja, bruja, bruja».

El obispo tardó un buen rato en calmar los ánimos de la multitud exaltada. Cuando consiguió al fin dejarse oír, impostó la voz para dictar sentencia.

—Hermana Sibila, parece demostrado que las sospechas que recaían sobre ti son ciertas. Los viles mortales solo podemos acariciar lo que esconden los arcanos del corazón, pues solo el Altísimo es capaz de conocer la verdad sin velo. Te encomiendo al juicio de Dios —decretó, despojándole el tratamiento—. Ahora te subirás en la carreta y te llevaremos hasta el río, donde comparecerás ante Él —dijo señalando al cielo—. No debes temer nada si eres inocente. —Aguardó un par de segundos antes de pronunciar la siguiente frase—. Pero si, tal y como parece, eres culpable de alianza con el maligno y entrega a las artes prohibidas, hoy será tu último día en este valle de lágrimas.

El gentío se agitó entre ovaciones, silbidos, abrazos y aplausos. Una alegría que se contagiaban unos a otros, más enfermiza que la plaga de Justiniano, un placer mayor que el de la carne, un gozo solo comparable con pasar un día en el paraíso antes del pecado original.

Me pregunté si esa sería la verdadera esencia del ser humano.

Los mismos monjes que habían llevado a Sibila hasta la tarima la sujetaron ahora por los brazos para acercarla a la carreta. Era apenas un cajón de madera con dos ruedas tirado por una mula en torno al cual ya se estaba arremolinando la gente. La subieron, amarraron con una cuerda sus manos engrilletadas a la base y, cuando estuvo asegurada, el carretero espoleó al animal.

La última imagen que guardo de Sibila es verla alejarse entre zarandeos, intentando mantener el equilibrio, con la cabeza alta, sin proferir un grito o un lamento.

Yo sí grité. Brotó dentro de mí una furia desesperada. Sentí la sangre corriendo a toda velocidad por mis venas, palpitando en mis sienes. Puede que pronunciase maldiciones que antes solo había escuchado en labios de otros. No lo sé. Mi recuerdo de ese momento quedó emborronado por el llanto de la banshee. Un llanto menudo, liviano, que incentivó a las nubes. El aire tembló, preñado de una melancolía tenue pero persistente. En el cielo se insinuó una bruma que no mojaba, no hacía ruido, ni salpicaba en los charcos, pero que calaba hasta los huesos.



Una mañana de primavera, Merlín se presentó en Tintagel. Apareció como siempre lo había hecho, con el aplomo del que consideraba la fortaleza, la cueva de la playa, la playa, el mar que bañaba la playa y el mismísimo cielo sobre la playa de su propiedad.

El soldado apostado en la puerta tenía orden de dejarlo pasar, de manera que pronto los pasos del mago resonaron por los pasillos de piedra, dejando tras de sí su sombra alargada. Iba saludando de manera jovial a todo el que encontraba a su paso, pero solo recibía respuestas secas y miradas torvas. Las gentes de Cornualles tenían buena memoria y recordaban que cada vez que el mago visitó el castillo en el pasado había acontecido una desgracia. A saber: fuego atravesando el cielo, una guerra en el ducado, la muerte del duque,

la desaparición de una criatura de pecho… Pero Merlín parecía ajeno a la perturbación que su presencia causaba entre los cortesanos.

Llegó al gran salón y se dispuso a esperar a Úter, desconocedor del motivo por el que el rey le había hecho llamar. Estaba observando el bailoteo del fuego en la chimenea cuando escuchó que alguien se aproximaba por el corredor.

—… ni unos, ni otros. Un desatino de proporciones bíblicas.

Merlín reconoció el vozarrón de Úter un segundo antes de verlo entrar en el salón.

—De haber tenido cerca mi espada le habría partido en dos y con su pellejo me… oh… ¡Al fin estáis aquí! —exclamó el rey.

El mago había supuesto que el monarca vendría acompañado, pero miró tras él y allí no había nadie más. Hizo una cortés reverencia antes de preguntar.

—¿Con quién hablabais, majestad?

—¡Con vos! —respondió como si fuera más que evidente—. ¿Dónde os habíais metido? ¿Acaso no conocéis la situación en la que nos encontramos? No es cortés hacer esperar a un rey.

—Me refiero a… Bueno, no importa.

Úter había envejecido. El pelo rojo tornaba a cobrizo, apagado por culpa de las canas. Alrededor de los ojos se le había formado una telaraña de arrugas. Pese a todo, seguía manteniendo el porte que le otorgaba su impresionante osamenta, que sin duda iba de la mano con su carácter impetuoso y autoritario (que a todas luces también parecía conservarse intacto).

—Antes que nada, me gustaría saber cómo está mi hijo — se interesó Úter justo antes de sentarse con dificultad en una silla, emitiendo quejidos de viejo.

—Está bien. Muy bien, en realidad —respondió Merlín, ignorando los achaques del monarca—. Crece fuerte y sano, y da muestras de poseer un carácter digno de un rey.

—Contadme más. ¿Se parece a mí?

Merlín inspiró, a la vez que calibraba si una respuesta sincera resultaría ofensiva. Debió concluir que sí lo sería, así que se limitó a

relatar que lo visitaba con asiduidad y que le ponía pruebas que el niño sorteaba sin mayor dificultad.

—En mi última visita le pedí que me mostrase sus sueños —añadió.

—¿Sus… sueños? —vaciló Úter.

El rey esperaba que le hablase de entrenamientos con espada, equilibrios sobre el caballo, justas y competiciones de escupitajos, pero como estaba hambriento de saber sobre su vástago, se conformó con las migajas que el mago le ofrecía.

—Un día soñó que se perdía en un bosque sombrío y que un pájaro negro lo seguía. Daba vueltas tan cerca de él que sus alas le rozaban el rostro. —Úter encogió el gesto con aprensión, pero Merlín lo ignoró y siguió con su relato—: Le pregunté si había sentido miedo y me respondió: «¿Por qué habría de darme miedo un pájaro? Los pájaros son hermosos, pueden llegar a lugares donde yo no puedo, cantan dulcemente y tienen alas, como los ángeles».

El mago siguió contando que otra noche el niño soñó con un ogro enorme, capaz de comerse de una sentada a más de cien soldados y de aplastar a otros cien de un pisotón. Merlín le preguntó si ese sueño le había dado miedo, y el niño respondió que en absoluto, pues había mantenido con el ogro una conversación en un idioma inventado por ambos. Así es como el niño supo que se trataba de un ser bondadoso, que solo estaba asustado, y que la gente asustada a veces parece huraña y descortés. Se hicieron amigos y juntos construyeron una ciudad, con sus puentes, catedrales, murallas, castillo y casitas para los aldeanos.

—La interpretación de los sueños de vuestro vástago deja a las claras su talante cordial y su sagacidad para hacer suyas situaciones adversas —concluyó Merlín con una sonrisa de satisfacción dibujada en los labios.

—Entiendo… —respondió Úter.

Pero no era verdad. Aquel «entiendo» carecía de sinceridad. La verdad era que Úter temió haber cometido un gravísimo error dejando la educación de su hijo en manos de un mago. En cualquier

caso, ya no podía echarse atrás. Además, el reino del que sería heredero estaba en peligro. Los sajones no habían cejado en su empeño de hacerse con la isla. Para conseguirlo estaban destruyendo a su paso ciudades al completo por cuyas calles corrían ríos de sangre antes de desaparecer, pasto de las llamas. Úter siempre creyó que la mano firme y la intimidación podrían mantener el orden en Britania, pero en ese momento se estaban poniendo en duda todas sus certezas. Se sentía agotado y afligido.

—Estoy enfermo. ¡Enfermo! —recalcó con gesto doliente, señalando su pierna derecha, que descansaba sobre un escabel—. Tengo un terrible dolor en el pie. Se me inflama. Me cuesta caminar. Ya no puedo enfrentarme al enemigo en el campo de batalla, como hacía en el pasado. Así que he tenido que dejar en manos de Lot de Lothian el mando de mi ejército. Por eso os he hecho llamar.

Lot era un afanoso y valiente caballero. Sabía plantarle cara a los sajones, dispersándolos, obligándolos a retroceder y a huir a los bosques. Pero la victoria definitiva parecía un sueño lejano.

—Quiero que acudáis en ayuda de Lot. Quiero que le aconsejéis, igual que si fuese yo mismo. Lot siempre me ha sido leal. Confío en él. —Suspiró, dudó un momento sobre si debía seguir ahondando en ese tema, y volvió a suspirar—. Pese a todo, para asegurarme de que no se verá tentado de adueñarse de lo que no le pertenece, le he ofrecido a mi hija como esposa. Y él ha aceptado encantado. En cuando ella alcance la edad de casarse…

—¿Vuestra hija? —interrumpió Merlín—. ¿Habláis de Morgana?

—¿De quién?

—Morgana. —Merlín esperó unos segundos antes de aclarar con impaciencia—. ¡La primera hija de Igraine!

— Ah… sí… esa… —meditó Úter—. No, no… me refiero a *mi hija*. A Ana —puntualizó—. Solo tiene nueve años, pero siempre he creído que las mujeres deben hacer con su vida algo de provecho; de otro modo están ociosas y la mente les da vueltas y acaban desquiciadas, como esa Morgana, que heredó el carácter insufrible y díscolo de su

padre. Estamos mucho mejor desde que esa muchacha se fue. Y, pese a todo, aquí ha dejado a sus fantasmas.

—¿Cómo que se fue? ¿De qué fantasmas habláis? —exclamó Merlín.

Úter le explicó el rosario de extraños fenómenos que precedieron a mi expulsión del castillo de Tintagel. Todo estaba mucho más calmado desde que me fui, le dijo, pero también aseguró que, en ocasiones, aún podía oír rumor de risas y de los piececillos de los pixies recorriendo los pasillos. Esas criaturas en las que él nunca había creído, las que le sirvieron para justificar el asalto a las tierras de mi padre, ahora se materializaban para torturarlo. Pero todo fue a peor cuando los pasitos de los pixies se sustituyeron por un aterrador sonido, como de metal chocando con la piedra. Úter le explicó a Merlín que en un principio no supo de qué se trataba, hasta que un mal día tropezó con la aterradora figura de un anciano, bajo y corpulento, en el corredor. Tenía los dientes prominentes y sujetaba con sus huesudos dedos una alabarda. La arrastraba por el suelo, dejando chispas tras de sí. Cuatro pelos largos y grises asomaban por debajo de un gorro rojo sangre (no rojo *como* la sangre, sino rojo *por* la sangre), sangre de los humanos a los que asesinaba para enjugar con ella su gorro, en un bucle sin fin.

—Los sirvientes me han dicho que esa criatura es el Redcap[59] —añadió Úter con aflicción—. Cuando recorro los pasillos de noche, he de llevar una biblia en la mano izquierda y un crucifijo de madera de serbal en la derecha, que por lo visto son las únicas protecciones conocidas hasta el momento contra su ataque. Si vos sabéis de alguna otra forma de evitar que…

—¿Dónde está ahora Morgana? —le interrumpió Merlín sin ninguna cortesía.

—La enviamos a un convento para ver si allí…

—¿A qué convento?

—Al del monasterio de Almesbury. Creo.

—¿Creéis? ¿Cómo que *creéis*? ¿Acaso no vais a visitarla? ¿Cómo puede Igraine sobrellevar la ausencia de su hija?

—La sobrelleva bien —respondió Úter, encogiéndose de hombros.

—He de marcharme —dijo Merlín, dirigiéndose hacia la puerta.

—Pero ¿adónde vais? Lot está acampado en las proximidades de La Muralla. ¿Iréis a su encuentro? ¿Merlín? ¿Merlín?

Pero de la presencia del mago ya solo quedaba el aroma a musgo y a fogata alimentada con madera de encina que había dejado flotando por los pasillos del castillo de Tintagel.



Durante las horas que transcurrieron desde que se llevaron a Sibila hasta que vinieron a por mí, me dio tiempo a pensar en muchas cosas; la mayoría, tormentosas. Me resultaba complicado no elucubrar sobre lo que le estarían haciendo. Tenía pensamientos oscuros que lo mismo podían ser exagerados que quedarse cortos. En cualquiera de los casos, yo nada podía hacer. Me sentía impotente. Esposada en una húmeda celda. Sola. Inútil.

Reí para mis adentros recordando el tiempo en el que me creí capaz de volar. Cuando pensaba que, con solo desearlo, los elementos de la naturaleza acudirían a mis órdenes, como perrillos mansos. Pero resultaba evidente que ni el viento estaba borrando a todos esos zoquetes de la faz de la Tierra, ni la lluvia inundaba sus pulmones, ni el fuego devoraba su piel, como llevaba todo el día anhelando. Ni siquiera Dios atendía mis súplicas, de manera que comencé a tener serias dudas sobre su existencia. Si realmente era tan magnánimo como me habían enseñado, me perdonaría la incertidumbre. A fin de cuentas, resultaba difícil confiar en que tenía un plan para mí. ¿O es que acaso me había traído al mundo para divertir a un puñado de tullidos de entendimiento?

Cuando la pena fue lo bastante grande para impedirme respirar, comprendí que lo único que quedaba bajo mi control era decidir cómo quería que fueran mis últimos minutos de vida. Me negaba a pasarlos asustada. Quería inundarme de ternura. Del amor de mi

padre, del cariño de Ronan y del padre Edwin, de la generosidad de Sibila, del recuerdo de mi hermano… Mi hermano…, su olor tan dulce, su piel tan mórbida. Pasé el resto del tiempo imaginando cómo sería ahora. Habría cumplido los doce. ¿Hablaría ya con voz de hombre? Puede que tuviera el cabello más oscuro. ¿Liso o rizado? Rizado, quizás, como los querubines del retablo de la capilla. Con los ojos verde bronce. Era demasiado pequeño cuando Merlín se lo llevó, él no me recordaría, pero quizás sí pudiera sentirme, tal y como yo lo sentía a él.

Los mismos dos monjes que horas atrás se llevaron a Sibila vinieron a buscarme. Me sujetaron cada uno por un brazo para conducirme al estrado. Allí me esperaban los mismos tres hombres de Dios, sentados en la misma mesa, para administrarme la misma justicia. En las últimas horas había decidido también la actitud que mostraría ante ellos: sería un cascarón vacío, impasible y muda. No les daría el gusto de verme sufrir.

El obispo Paulinus tomó la palabra:

—Nos reunimos de nuevo ante el Señor y vosotros, hermanos, para acusar a la hermana Le Fay de ser la discípula de una bruja condenada. Y no solo eso. Tengo entendido que la susodicha es la hija del fallecido duque de Cornualles, conocido por su deslealtad al rey.

No pude evitar lanzarle una mirada de odio. ¿Cómo se atrevía ese ojijunto a poner en su boca inmunda el nombre de mi padre?

—De hecho, fue el mismo rey Úter —interrumpió el prior Aldred—, que la había acogido como una hija, el que se vio obligado a expulsarla de su castillo tras observar que extraños fenómenos sucedían en torno a la muchacha. Muchas veces nos hemos preguntado si no será ella la que sucumbió primero a la llamada del maligno, arrastrando a su vez a la hermana Sibila.

La multitud lanzó al unísono un grito de pavor.

—No nos adelantemos, prior Aldred. —El obispo retomó la palabra, aparentemente molesto de que otro se le adelantase en la carrera de exponer públicamente mis múltiples y corrompidos

pecados—. En este juicio demostraremos que la hermana Le Fay, creyéndose tan sabia como los hermanos copistas, ha estado componiendo un libro. Pero no un libro sagrado con el que difundir la palabra de Dios. Tampoco uno para alabar a los mártires o recoger los actos piadosos de los santos. ¡No! ¡Ha escrito un grimorio!

Pronunció la última palabra con entusiasmo, pero quedó decepcionado al observar que los aldeanos no tenían ni la menor idea de lo que estaba hablando, así que se vio en la obligación de despejar dudas.

—¡Un grimorio! Sí —repitió—. Un libro de fórmulas mágicas que, sin duda, ha escrito al dictado del mismísimo demonio.

—Oh… —Se oyó un nuevo lamento colectivo.

Recuperó el aplomo al comprobar que sus palabras volvían a emocionar a la gente. Hizo una seña al hermano Saturnino, que se levantó para entregarle mi libro.

—Hete aquí la prueba —dijo mientras lo elevaba sobre su cabeza con teatralidad—. Plagado de descripciones y dibujos pecaminosos. Un catálogo de cuerpos de hombres y mujeres impúdicamente desnudos, expuestos con deleite.

Las palabras «desnudos» y «deleite» dejaron al público embelesado.

El obispo Paulinus lo abrió y comenzó a leer:

—«Remedios y otras maravillas para cuerpos quebradizos y almas atormentadas».

Es lo que escribí meses atrás en la primera página. Era un título al que no di demasiadas vueltas, para ser sincera.

—¡Almas atormentadas! —repitió el obispo con entusiasmo.

Comenzó a pasar páginas hasta posar el dedo nudoso sobre una de ellas.

—«Para el mal femenino influido por la luna» —leyó—. «Se han de cocer raíz de eneldo, milenrama y corteza de sauce en agua de lluvia recogida entre la medianoche y el canto del gallo. Esta agua no ha de bendecirse». —Hizo una pausa dramática para luego continuar—. «La bendición invita al castigo que las mujeres

heredamos de Eva y el remedio no surtiría efecto. La tisana ha de beberse tibia y endulzada con miel». — Alzó sus ojillos y sobrevoló con la mirada la plaza antes de hacer su interpretación del remedio—. Queda claro que la hermana Le Fay se considera más lista que Dios. Pone en duda sus decisiones. El padecimiento mensual de las mujeres y el dolor de los partos son la penitencia con la que purgar la debilidad de Eva. Pero la hermana Le Fay pretende aliviar ese sufrimiento, impidiendo así que vuestros pecados sean perdonados.

La aclaración no surtió el efecto deseado. Muchas de las mujeres presentes habían acudido a nosotras para que les proporcionásemos el remedio. No era algo de lo que hablásemos abiertamente, pero la mayoría considerábamos injusto tener que pagar por los pecados cometidos por otra persona (aunque esa persona fuera la primera mujer que pisó la Tierra). Los hombres, por su parte, se quedaron igual que estaban. No eran capaces de entender a qué venía tanto alboroto. Las mujeres llevaban desde el inicio de los tiempos lamentándose una vez al mes y pariendo con sufrimiento, y el mundo seguía su curso. En el hospital aprendí que una cosa es escuchar quejas sobre un dolor, y otra bien distinta, padecerlo.

—Lo siguiente es una anotación hecha en uno de los márgenes —aclaró el obispo—. «Los hermanos creen que se puede convencer al cuerpo de mantenerse sano a fuerza de rezos y plegarias. Se equivocan. Los rezos nunca hicieron mal a nadie, aunque es casi seguro que no harán ningún bien si no se acompañan del siguiente rosario: agua limpia, calor, reposo y buenos alimentos».

Se me escapó una risilla. Los ojos del obispo se volvieron hacia mí. Me observó con severidad durante varios segundos. Estaba claro que ese hombre carecía del más mínimo sentido del humor. Se puede medir la inteligencia humana por la capacidad de captar dobles sentidos e ironías del lenguaje.

—«Contra los malos sueños y los pensamientos pertinaces» — siguió leyendo—. «Colocar bajo la lengua hojas de amapola mientras se rezan tres *Pater Noster* al revés. Si la lengua se

adormece antes de terminar el tercero, el descanso está asegurado» —recitó—. ¡Esto es terrible! ¡Terrible! ¡Una llamada a la venida del anticristo! —exclamó—. No es de extrañar que nos asolara una plaga. Rezar el *Pater Noster* al revés está a la altura de la herejía de aquellos que niegan los valores cristianos invirtiendo la cruz.

Suspiro del público. Yo también suspiré, pero de hastío. Aquello rozaría el ridículo si no fuese tan dramático.

El obispo iba pasando páginas, acompañando cada vuelta de hoja con un gesto de estupefacción, seguido por uno de repugnancia.

—No puedo mostraros lo que en estos momentos estoy viendo. No quiero perturbaros —manifestó irritado antes de lanzarse a describir lo que veía en mi libro—. Un hombre despojado de su costado. En el lugar donde debería estar su alma, esta mujer ha dibujado huesos y entrañas, y junto a la imagen ha anotado en latín: *Hepar. Locus bilem generandi.*[60] Sin duda, un maleficio.

Arqueé una ceja con resignación mientras él seguía pasando las páginas a las que tantas horas de trabajo había dedicado.

—Oh… ¡Esto es terrible! ¡Abominable! —gritó. La multitud dio un paso hacia delante, intentando atisbar el motivo de su alarma—. Una mujer desnuda, en una postura que recuerda a las bacanales paganas, exponiendo orificios que el Señor cubrió con vello, para evitar que los ojos piadosos pudieran verlos. Y ella, ¡ella! —insistió señalándome—, ha añadido una leyenda junto a uno de esos orificios: *Origo vitae humanae*. Origen de la vida humana —aclaró.

La gente estaba realmente entusiasmada, anhelante por ver lo que el obispo veía: el dibujo que hice para enseñar a las novicias cómo atender los partos.

El obispo Paulinus cerró de golpe el libro. Dejó flotando en el aire el sonido del portazo de un ataúd.

—¡He aquí una nueva Eva! —gritó—. Ha sustituido la manzana por pluma y tinta. La hermana Sibila y ella no solo han abierto los cuerpos: también os han abierto las puertas del infierno.

Una exhalación ahogada recorrió la plaza, momento que el obispo aprovechó para aferrarse el pecho con la mano derecha, cerrar los

ojos e inspirar y espirar exageradamente. Cuando al fin pareció recuperar el ritmo de la respiración, dictó sentencia:

—Hermana Le Fay, parece demostrado que eres culpable de alianza con el maligno y entrega a las artes prohibidas. Como consideramos que solo el Altísimo conoce el tamaño de tus pecados, te encomiendo también al juicio de Dios. Te llevaremos hasta el río y allí será Él quien determine tu destino, al igual que ha determinado el de tu maestra.

Quizá fuera el agotamiento acumulado en los últimos días, pero no estaba asustada. Fuera lo que fuese a suceder, ya nada tenía que ver conmigo. Mi cuerpo estaba allí, pero yo estaba lejos.

Detuvieron la carreta cerca de la orilla. Desataron la cuerda que sujetaba los grilletes a la base y me obligaron a bajar. Había una hoguera en torno a la cual se congregaban los aldeanos. Reconocí algunos rostros. Los observé con serena indiferencia. La plaga estuvo a punto de arrastrarlos a la muerte y ahora estaban allí para contemplar la mía.

—Nos encontramos aquí, por segunda vez en el día de hoy, para asistir a un nuevo juicio de Dios —enunció el obispo Paulinus, con la entonación de quien pronuncia misa.

Aún llevaba mi libro entre sus manos. Caminaba en torno a la hoguera, mostrándolo al público. Dio una vuelta completa, tras lo cual, con un grácil giro de muñeca, lo lanzó al fuego. Resistió durante unos segundos, pero pronto las llamas comenzaron a mordisquear el cuero, alcanzaron el pergamino y mis dos años de trabajo se convirtieron en cenizas.

—¡Ya no podrás depravar a nadie más! —le informó al volumen mientras este se ennegrecía.

Percibí un movimiento a la izquierda que me hizo volver el rostro. Uno de los ayudantes del obispo se acercaba. Llevaba algo en la mano. Parecía una soga gruesa, pero, por la expresión aterrada de la gente que se apartaba a su paso, supuse que debía de tratarse de otra cosa. Forzando la vista reconocí un movimiento lento y sinuoso y una textura brillante, como de cuero bruñido. La cuerda estaba

viva. Se trataba de una víbora. El religioso la sujetaba por la cabeza mientras esta se retorcía intentando zafarse.

—Como en la anterior ocasión, una serpiente, símbolo del mal, servirá para determinar, por medio de la ordalía[61], la inocencia o culpabilidad de la hermana Le Fay.

Otros dos religiosos se acercaban mientras hablaba, arrastrando un saco de arpillera tosca. Por sus gestos esforzados, parecía llevar pesadas piedras dentro.

—Introduciremos a la acusada en este saco. Aproximaremos la víbora a la hoguera y, acto seguido, meteremos al animal con ella. Será Dios quien decida si el reptil se comporta de manera dócil o agresiva. Si el saco deja de moverse, será la prueba de que la acusada es culpable. Si es así, la arrojaremos al río, ya que una criatura de tal calaña no debe ser enterrada en tierra sagrada.

Así que era eso lo que le habían hecho a Sibila. Mi querida Sibila. Mi querida hermana…

Quería mostrarme firme, pero el cuerpo no me respondía. Temblaba sin control y sentía una presión en el pecho que me impedía respirar con normalidad. Los dos monjes centinelas se me echaron encima. Uno de ellos colocó sus manos por debajo de mis brazos mientras el otro se agachaba para sujetarme los tobillos, pero me adelanté a sus intenciones y le lancé una patada que le acertó en la boca. Contuvo una maldición con el envés de su mano. Al darse cuenta de que le estaba sangrando el labio, arrugó la nariz y apretó los puños.

Aproveché el desconcierto para zafarme y eché a correr, consciente de que no podía llegar muy lejos. Estaba descalza. Tenía las manos engrilletadas. Apenas había comido y descansado en los últimos días. Pese a todo, el instinto de supervivencia me espoleó, empujándome a huir sin rumbo. Trepé por una ladera próxima, pero resbalé en la hierba húmeda y caí de bruces. El hierro que me encadenaba las muñecas se me clavó en el estómago cuando intenté amortiguar la caída. Por un momento, me quedé sin respiración. Me incorporé con dificultad, jadeando, exhausta. Avancé

dos zancadas más antes de sentir que una mano aferraba mi tobillo. Volví a caer y rodé colina abajo junto a mi apresador. Forcejeé, lancé patadas, pero no tenía nada que hacer; era mucho más grande y fuerte que yo. Se sentó sobre mis muslos. Quedamos frente a frente. Le conocía. Había solicitado nuestra ayuda para poder alimentar a su familia. Más de una vez le habíamos dado pan, sopa y, en invierno, mantas de lana. En una ocasión, uno de sus hijos se dislocó un hombro y Sibila supo recolocárselo. En ese momento, el hombre parecía haber olvidado todo aquello. Me aplastaba bajo su peso. Jadeaba. Tenía la boca entreabierta, así que podía ver sus dientes grises. Estiré las manos y las coloqué bajo su barbilla, intentando alejar de mi cara su repugnante aliento a cebolla. Con una de sus manos inmovilizó las mías. Con la otra sacó un cuchillo que guardaba en una funda enganchada a su cinturón.

—Te voy a sacar a navajazos todo el veneno que llevas dentro, ¡¡bruja!! —gritó con desprecio para que todo el mundo pudiera escucharlo.

Miré en dirección a la orilla. Allí seguían los aldeanos, observando con el rostro expectante mi intento desesperado de escapar. Seguramente estaban disfrutando de uno de los mejores espectáculos que habían visto en su vida. Uno de los monjes llegó a nuestra altura, sofocado. Entre los dos me levantaron del suelo y me llevaron en volandas hasta el saco. Otros dos monjes nos esperaban con él abierto, para facilitar mi entrada. Sentí el roce áspero de la arpillera. La frialdad de las piedras en el fondo. El olor a raíz mojada y a miedo.

El olor de *mi* miedo.

Lo último que vi del mundo, el día que iba a morir, fue el fulgor del río a través de las piernas de los aldeanos y un sol minúsculo, opacado por nubes blanquecinas, como un espectro de sí mismo. Y luego la oscuridad.

58 Conjunto de principios legales, basados en costumbres, tradiciones locales y decisiones judiciales, que fueron evolucionando y que sentaron las bases para el desarrollo del derecho en Inglaterra.

59 Los Gorros Rojos (redcap en inglés) son unas de las criaturas feéricas más malvadas de las que se tenga conocimiento. Se llaman así por el color de sus gorros, teñido con sangre humana. Asesinar es para estos seres cuestión de vida o muerte, ya que, si se seca la sangre de sus gorros, serán ellos mismos los que mueran. Habitan en castillos en los que se hayan vivido historias de traiciones y perversidades. La única manera de protegerse contra su crueldad es sacudiendo una biblia ante sus espantosas caras, o con la visión de la cruz. Tras exponerlos a cualquiera de las dos cosas, los Redcap huyen despavoridos, lanzando un lúgubre aullido, dejando uno de sus amarillentos y largos colmillos tras de sí.

60 Hígado. Lugar de generación de la bilis.

61 De la voz latina *ordalium,* y esta a su vez del germánico *urteil* ('juicio'). Se trata de una forma de proceso judicial utilizada hasta finales de la Edad Media en Europa, tanto en tribunales civiles como eclesiásticos, donde la inocencia o culpabilidad del acusado era determinada mediante intervención divina. Existían varios tipos de ordalías, dependiendo de la imaginación de los jueces. Podían implicar fuego, agua hirviente, hierros al rojo vivo o, como en este caso, animales venenosos. Se podía despeñar a la acusada por un barranco, esperando que echase a volar, demostrando así que era una bruja, o que fuese el Creador quien interviniera, suspendiendo el orden natural del universo para salvarla. No existen datos concretos sobre el número de veces que la divinidad acudió a rescatar a uno de los miembros de su rebaño.

13
EL HIJO DEL DIABLO

«Morgana, que era mujer muy buena conocedora de todo, trató mucho a Merlín y tuvo una gran relación con él, y estuvo tanto a su alrededor que por fin supo su origen y conoció muchas maravillas de astronomía y de nigromancia que le enseño Merlín y ella las retuvo muy bien».[62]

Historia de Merlín
ANÓNIMO

Escuché al obispo Paulinus repetir de nuevo lo que iban a hacer con la víbora, cuando su discurso se vio interrumpido por los murmullos de los aldeanos. Pese a encontrarme dentro del saco, pude reconocer el sonido de cascos de caballo aproximándose. Intenté descubrir de quién se trataba forzando la vista por el entramado de la arpillera.

—¿Quién sois? —preguntó el prior Aldred. El tono de su voz delataba cierta aprensión.

El caballo del extraño pateaba el suelo con brío, demasiado cerca de mí.

—¡Soltad a la chica! —ordenó antes de desmontar.

Reconocí la voz al instante: Merlín. Desde mi posición solo podía ver sus botas. ¿Qué diantres hacía aquí?

—¡Ayúdame! —le grité.

—Estáis interrumpiendo un juicio, caballero —indicó el prior Aldred.

—¿Llamáis juicio a esto? Lo único que yo veo es un desafuero.

El obispo murmuró algo sobre irreverencias o insolencias o contingencias; no lo oí bien.

—Solo lo diré una vez: voy a sacar a la muchacha de este saco y la llevaré conmigo. No quiero dañar a nadie, pero no dudaré en hacerlo si os interponéis en mi camino —advirtió Merlín con voz sosegada.

Por primera vez en todo el día, vi al obispo titubear. Abrió y cerró los ojillos con rapidez. El labio inferior le habría temblado, de haberlo tenido.

—La bruja os ha convocado —musitó, convencido de que esta era la primera ordalía, de la que se tuviera conocimiento, en la que el diablo hacía acto de presencia para rescatar a una de sus acólitos—. Habéis acudido en ayuda de la bruja…

—Efectivamente —replicó Merlín a la vez que se acercaba al saco y comenzaba a deshacer el nudo.

—*Vade retro Satana!* No atravesarás esta cruz, aunque tus modales sean corteses.

El obispo caminaba hacia nosotros aferrando la cruz de plata repujada que le colgaba del cuello, interponiéndola como si fuera un escudo. Un grupo de monjes avanzaba a un paso de distancia por detrás de él. Merlín dejó lo que estaba haciendo y se incorporó.

—No os acerquéis más —advirtió.

—¡Ah…, Satán! Te crees muy listo colándote en esta tierra cristiana como un zorro en un gallinero. Pero tus cuernos retorcidos se insinúan en tu cabeza. ¡No puedes ocultarlos a mi vista!

La multitud lanzó un grito. Ellos también los veían.

—Dejadnos marchar y no os sucederá nada —volvió a advertir Merlín.

Por el entramado del saco vi al obispo negar con la cabeza. Alzó un poco más el crucifijo. En su boca sin labios se perfilaba una sonrisilla demente.

—Oh…, no. No. De ninguna manera. No haremos un pacto con el diablo.

Iba paso a paso, avanzando. Sus ministros lo seguían. Un grupo de aldeanos comenzó a rodearnos. Ya estaban cerca. Eran demasiados.

—¡Sácame de aquí! —grité de nuevo.

No puedo explicar lo que ocurrió a continuación porque, desde el interior del saco, lo único que pude percibir fue un sonido sordo, seguido de un resplandor que me obligó a cerrar los párpados. Los oídos me silbaron unos segundos y entonces noté que el nudo se aflojaba. Me incorporé de un salto, inspirando el aire puro con ansia.

Mis ojos tardaron un poco más en acostumbrarse a la luz del día. Cuando al fin lo lograron, contemplé el caos que se extendía a nuestro alrededor. Aldeanos y religiosos yacían en el suelo, inertes.

Merlín estaba agachado junto al monje que llevaba las llaves de mis grilletes enganchadas al cíngulo. Tiró de ellas y se acercó para liberarme.

—Los has… ¿los has matado? —pregunté.

—¿Acaso importa?

Reparé de nuevo en ellos; estaban ahí, desmadejados. La mitra del obispo a dos pies de su cabeza. El hermano Saturnino con la cara aplastada contra la sandalia del prior Aldred.

¿Me importaba que los hubiera matado? No me dio tiempo a encontrar una repuesta: Merlín ya estaba a lomos de su yegua y me apremiaba.

—Se despertarán en unos minutos, así que tenemos que darnos prisa. ¡Vámonos! —me gritó, tendiéndome la mano para ayudarme a subir en la montura.

Todo aquello parecía un sueño; una pesadilla, para ser más exactos. El mago se presentaba de nuevo en mi vida para darme órdenes. Ahí estaba el hombre que se había llevado a mi hermano. El hombre al que tanto temía y odiaba.

Pero también era el hombre que acababa de salvarme la vida.

Su mano seguía esperando la mía. Trastabillé de manera poco elegante al sacar los pies del saco lleno de piedras, ignorando su ofrecimiento. Le di la espalda y comencé a caminar, rumbo al monasterio.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó.

—Voy a buscar a Taranis.

—Tenemos que irnos. Vas a conseguir que te maten. —Yo seguía avanzando. Se colocó a mi altura—. ¿Dónde está?

—En las cuadras del monasterio.

Se interpuso en mi camino y volvió a ofrecerme su mano.

—Sube. Te llevaré.

Dudé un momento. Miré hacia atrás y vi a aquella jauría de humanos que a punto habían estado de acabar con mi vida. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al recordarlo. ¿Cuánto tiempo tardarían en recuperarse? Volví mis ojos hacia Merlín.

—Soy tu mejor opción —aseguró, como si me estuviera leyendo la mente.

Él sabía que yo sabía que tenía razón.

Tuve que aceptar su mano. Coloqué mi pie desnudo sobre el suyo, di un pequeño salto y me subí a la silla, delante de él. Azuzó a su yegua y galopamos. Sentía el pecho de Merlín pegado a mi espalda, y supongo que era ese un contacto de ida y vuelta porque me dijo:

—Te late el corazón muy deprisa.

—Es que nunca antes me habían condenado por bruja — respondí irónica.

—Ya te acostumbrarás —se burló él.

Cuando llegamos al monasterio, lo encontramos vacío. Corrí hasta mi celda para recuperar los objetos que desterré durante el tiempo que había durado mi vida monacal. Los guardaba debajo del camastro. Merlín se quedó vigilando en la puerta. Me puse el vestido de lana, me calcé las botas de cuero, me eché por encima de los hombros la capa forrada de piel de conejo e hice un hatillo con la biblia del padre Edwin, el peine de hueso y el espejo de plata. Después nos dirigimos a la cuadra.

—No pienso irme contigo —anuncié mientras ensillaba a Taranis.

—Sí lo harás —me contradijo.

—¿Dónde está mi hermano? —pregunté llena de rabia, enfrentándole la mirada.

—A salvo.

—¡¿Dónde está mi hermano?! —repetí a gritos.

—A salvo —volvió a responder sin perder la compostura—. Y a ti también te pondré a salvo.

Una idea fugaz atravesó mi mente: Merlín sabía dónde estaba mi hermano. En ese momento, el mago era mi única conexión con él.

—Está bien —dije plegándome a sus deseos—. Me iré contigo.



Pasamos los siguientes días huyendo, moviéndonos tan rápido como nos permitían nuestras monturas, transitando bosques de robles añosos, saúcos y espinos blancos. Merlín y yo, como entes de otro mundo, sobrevolando la neblina en la que se sumergía el revuelo de hojas que dejábamos a nuestras espaldas. Bajamos el ritmo al llegar al pie de una montaña. Tomamos un estrecho sendero y subimos y subimos, rumbo a las desflecadas nubes grises que la coronaban.

Cabalgábamos en silencio, uno al lado del otro. Merlín no quería darme la oportunidad de empezar a discutir y yo seguía desconfiando de él, aunque me hubiera salvado la vida. De cuando en cuando lo descubría observándome de reojo, con sus ojos negros y brillantes, como la turba de los pantanos. Y un escalofrío me recorría el cuerpo de los pies a la cabeza.

En la tarde del cuarto día atravesamos un páramo salpicado de fresnos que parecían pintados sobre la línea del horizonte. Alcanzamos los restos de una edificación de piedra gris de la que quedaban poco más que tres paredes mordisqueadas por las inclemencias del tiempo. Cerca había un riachuelo. El mago me anunció que pasaríamos la noche allí.

Descendí de Taranis y lo acerqué a la orilla para que pudiera beber, y después me acuclillé para refrescarme. Al echarme agua en la cara, tomé conciencia de que aún la tenía tumefacta por la caída. Los ojos me ardían. Inevitablemente regresó el recuerdo de la banshee: una lágrima por la manera en la que Sibila había dejado

este mundo. Otra, por el hogar al que no podía regresar. Otra, por el hospital, que quedaría a la deriva. Otra, por las mujeres del convento, que no tendrían el valor de enfrentarse al prior Aldred y pasarían el resto de sus vidas sometidas y conformadas. ¿Qué sería de mí ahora? ¿Qué hacía siguiendo los pasos de Merlín? ¿Adónde íbamos? No tenía fuerzas para huir. ¿Y huir adónde? El mundo era un lugar inhóspito, dominado por la irracionalidad.

El brillante cielo azul que nos había acompañado durante toda la jornada empezó a llenarse de nubes grises.

—¿En qué piensas?

La voz de Merlín sonó firme a mi espalda, espantando mis lúgubres pensamientos. Tras ellos se fue también el preludio de la tormenta. Volví a echarme agua fresca en la cara para borrar cualquier rastro de lágrimas. Me sequé las manos en la falda del vestido, me incorporé y le miré a los ojos antes de hablar.

—Creo que el obispo Paulinus y el prior Aldred se entregan en cuerpo y alma en su lucha contra el demonio —respondí fingiendo una serenidad que aún no había recuperado—. Entiendo su preocupación y meticulosidad, aunque ese fervor los ha llevado a cometer un terrible error que espero el Señor sepa perdonar.

—Hablas como una monja.

Lo observé con gesto interrogante.

—No quiero saber lo que opina la hermana Le Fay —se explicó—. Quiero saber lo que siente Morgana.

—Lo que siente Morgana… —murmuré para mí misma.

¿Dónde estaba la voz de Morgana? ¿En qué lugar remoto la había escondido? Forcé mi oído para escucharla. Presté atención y la encontré. Ahí estaba, alzando la voz.

—Espero que el prior Aldred y sus secuaces vayan derechos al infierno, que pasen sus días retorciéndose entre llamas, que el cuerpo se les llene de ampollas que supuren por las noches, así una y otra vez, por toda la eternidad —describí sin pasión. Intuí un gesto de complacencia en el rostro de Merlín—. Los monjes parecen más interesados en encontrar el mal que en hacer el bien. Los muy

lerdos no saben distinguir lo uno de lo otro. Buscan y buscan señales que luego malinterpretan. Consideran que una oración pronunciada en labios de una mujer es un conjuro. Ven un pacto con el diablo si son las manos de una mujer las que obran el milagro. Ni el prior Aldred, ni el resto de los monjes que lo secundan, ni siquiera las gentes que se han beneficiado de la suerte de haber coincidido en el tiempo y el espacio con Sibila la merecieron. Desagradecidos, toscos, repulsivos, mezquinos…

Sentí que los ojos se me empañaban de nuevo.

—Han sido solo una piedra en tu sandalia —aseguró Merlín—. Seres indignos de tu grandeza. Cuando accedas al lugar que realmente te corresponde, podrás observarlo todo desde arriba. No serán más que una historia que contar…, si es que alguna vez deseas contarla.

No parecían frases hechas, ni palabras de consuelo pronunciadas para hacerme sentir mejor, pero ese fue el efecto que causaron en mí. Merlín tenía la virtud de ordenar mis emociones.

—Se está poniendo el sol —señaló, cambiando de tema—. Deberíamos encender una hoguera antes de que anochezca. ¿Me ayudas a buscar algunas ramas secas?

Nos sentamos frente al fuego. Comimos en silencio un poco de queso y pan con miel. Yo masticaba y masticaba, pero era incapaz de tragar. Todo me sabía a esparto. Estaba triste y cansada. Solo tenía ganas de dormir una semana entera. O quizás diez días. O diez mil años.

—Ten. Bebe un poco —me ofreció, tendiéndome un boto con vino.

Lo observé durante unos segundos, dudando si sería buena idea. En el hospital usábamos el vino para hacer tinturas. También se lo dábamos a los enfermos cuando había que recolocar algún hueso desencajado o cuando se hacía necesario cerrar con aguja e hilo alguna herida.

—Te hará sentir mejor —aseguró.

Supuse que el vino serviría también para acallar los dolores del alma, así que acepté el ofrecimiento. Me lo llevé a los labios y tomé un sorbo. Bajó raspando la garganta, así que hice una mueca. Tras unos segundos, sentí una calidez reconfortante. Di otro trago y se lo devolví. De pronto tuve la certeza de que debía dejar algo claro.

—No sé qué es lo que esperas de mí, pero no soy un hada.

—Claro que no. Eres mucho más que eso.

No entendí lo que quería decir, así que insistí:

—Cuando vivía en Tintagel estaba segura de que podía volar, pero solo era una fantasía infantil. Supongo que volaba con mi imaginación para escapar del castillo. Desde que entré en el convento no he vuelto a alzar el vuelo.

—Porque no lo has necesitado —concluyó sin asomo de duda.

—Si fuese un hada… o una bruja, como ellos aseguraban —recalqué—, habría podido liberarme de los grilletes. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no lo conseguí.

—No es así como funciona.

—¿Como funciona el qué? —pregunté irritada.

—La magia. Tiene reglas, como el resto del universo. El agua no puede hacerse humo sin calor, ni piedra sin frío. En el interior de una minúscula bellota hay un roble dormido. Y el
poder de las hadas se debilita en contacto con el hierro en su forma más pura.[63]

Fijé la vista en las llamas.

—Si tienes alguna otra duda, este es el momento de preguntar —me dijo.

Me volví para observarle con gesto de perplejidad. ¿Alguna otra duda? ¡Las tenía todas! Tantas que ni siquiera sabría por dónde empezar. Caminaba sin saber a dónde junto al hombre que se había llevado a mi hermano, junto al hombre del que llevaba años escuchando historias tan extraordinarias como inquietantes. Se decía que Merlín era sabio y astuto. Que sobrepasaba los límites de la humanidad. Que podía hacerse invisible. Que conocía todos los secretos del universo. Que podía influir en el orden de las mareas,

aplacar los vientos, agitar las entrañas del mundo y hacer que los montes vomitaran fuego. Que era capaz de comprender a los espíritus de la naturaleza porque hablaba las lenguas de cada uno de los seres que habitaban la tierra.

—El tiempo… —Me decidí por eso.

—El tiempo —repitió.

—Dicen que no eres un profeta. Que no predices lo que nos depara el destino, sino que en realidad lo conoces porque vives al revés y ya has estado en el futuro.

Lanzó una sonora carcajada que quedó flotando en el aire. Y siguió riendo lo suficiente como para hacerme sentir ridícula.

—Me alegra que encuentres mis comentarios tan divertidos —dije y eché al fuego una ramita que encontré junto a mi pie.

—Lo siento, perdona…, es que no deja de sorprenderme la imaginación que tiene la gente para sacar conclusiones sobre los demás. Si consiguieran orientar ese talento para mejorar sus vidas, los problemas del mundo ya estarían resueltos. —Se le escaparon un par de risillas más antes de forzar un gesto de gravedad para afirmar—. Es una completa estupidez. Ni siquiera yo puedo hacer eso con el tiempo.

—Entonces no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Tengo un claro recuerdo de la primera vez que nos vimos. Yo iba a cumplir los cuatro y tú debías rondar los treinta. Pero ahora tengo dieciséis y no pareces mayor de veinte.

—Ah… te refieres a eso —contestó ladeando la sonrisa—. No, no tiene nada que ver con vivir al revés.

Guardó silencio mientras observaba el baile de las llamas.

—¿Y ya está? —pregunté, algo molesta.

—Dame un segundo. —Conté hasta tres—. A ver… la respuesta sencilla es que mi aspecto lo determina la esperanza del que me observa. —Otros tres segundos—. Vortigern me veía como a un niño, porque sus adivinos le dijeron que buscara a un niño sin padre. Cuando Aurelio Ambrosio y Úter me convocaron por primera vez,

esperaban a un consejero de mediana edad, y es lo que asumieron que tenían delante. Los mendrugos de hace unos días me veían como a un demonio, porque eso es lo que creían que era. En cuanto a ti…, bueno…, es lógico que me vieras con el aspecto de un hombre adulto cuando tenías tres años. Y supongo que ahora necesitas poder confiar en alguien que se aproxime más a tu edad. —Suspiró antes de volver a preguntar—. ¿Qué más cosas has escuchado decir de mí?

—Que eres hijo del diablo —susurré un poco avergonzada.

Conocía diferentes versiones de la historia, que en esencia concluían todas en lo mismo. Al parecer, la hija del rey de Demecia, célebre por su belleza y decoro, comenzó a mostrar síntomas de encontrarse encinta. Teniendo en cuenta que la princesa estaba soltera, que desconocía los principios básicos de la concepción y que no había abandonado jamás los límites del palacio sin la compañía de sus padres, aquella circunstancia resultaba altamente inquietante. Tras un arduo interrogatorio desveló que un ser hermoso, de piel radiante y cálida, la visitaba por las noches. En la intimidad de la alcoba, aquella criatura se posaba sobre su virginal cuerpo con la delicadeza de una mariposa libando una flor de azucena. Por las mañanas desaparecía de la misma prodigiosa manera en la que se presentaba, dejando las sábanas impregnadas por un leve aroma sulfuroso.

Los más sabios del reino llegaron a la conclusión de que se trataba de un íncubo[64], un demonio que adoptaba el aspecto de un hombre apuesto para seducir a las mortales y concebir hijos con ellas. ¡Y no se trataba de cualquier demonio! El ser que había elegido a la princesa para sus concupiscencias era el mismísimo Lucifer, y su intención, la más vil de todas: sembrar al anticristo en el vientre de la hija del rey. Con semejante espada de Damocles sobrevolando el reino, el embarazo de la princesa siguió su curso hasta que dio a luz a una criatura extraña, que era, sin lugar a duda, de sexo masculino. Nació como enfurruñado, con los ojos negros muy abiertos y con los puños apretados. Aunque lo más destacable

de su anatomía era la densa capa de pelo gris que le cubría desde la coronilla hasta la punta del pie. Sin perder un instante, el rey llevó al bebé ante el sacerdote, y este le impuso el santo sacramento del bautismo. Cuando el agua bendita rozó la cabecita del niño, el vello de su cuerpo cayó, y comenzó a berrear como toda criatura cristiana suele hacer en esas circunstancias.

—El bautismo me liberó de mi destino —afirmó Merlín con gravedad—. Mi madre me contó que un halcón merlín cruzó el cielo justo en ese momento. Y así fue como decidieron mi nombre.[65]

Se encogió de hombros y volvió a guardar silencio. Aún tenía entre las manos la bota de vino. Se la arrebaté y le di otro sorbo. Su calidez me dio valor para seguir interrogándole.

—Entonces…, ¿ya no queda en ti nada demoniaco?

Me arrepentí de utilizar la última palabra en el mismo momento en el que comencé a pronunciarla. El resplandor de las llamas dibujaba sombras danzarinas en su rostro.

—Todos llevamos dentro un demonio. Lo que en realidad deberías preguntarme es si soy capaz de mantenerlo bajo control. —Los ojos se le oscurecieron aún más al mirarme de reojo. Bajó el tono de voz y una sonrisa maliciosa se perfiló en sus labios—. ¿Te parezco un demonio, Morgana?

Paladeó mi nombre con complacencia, saboreando la idea de asustarme.

Ya me conocéis: no iba a darle el gusto.

—Me pareces inusual —respondí con rapidez, devolviéndole el vino y sosteniéndole la mirada.

Echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas de nuevo.

—Es ese un gran cumplido, sin duda. ¡Un gran cumplido! En un mundo lleno de vulgaridad, ser inusual es un orgullo. Tú también lo eres. Inusual —reiteró—. Los inusuales dan miedo. Por eso casi te matan hace unos días.

—Ya…, pero si yo soy inusual, me tiran al río dentro de un saco lleno de piedras. Si tú eres inusual, los reyes se someten a tus designios.

—Porque quieren tenerme de su lado —aseveró.

—Porque eres hombre —refuté.

—Puede ser. —Se encogió de hombros—. En cualquiera de los casos, llevo muchos años intentando encontrar el equilibrio entre el mundo de la magia y la realidad. Y cuando te conocí…, Morgana…, lo supe.

—¿Supiste el qué?

—Que al fin estabas aquí. Que ya no estaba solo. Nuestro mundo se resquebraja, Morgana. Antes Britania estaba llena de magia. O de predestinación. O de misticismo. O de embrujo… Cada quien lo llama a su manera. Estaban el espíritu del bosque y el de las aguas. En el pasado la isla era una arboleda sagrada, habitada por dioses y diosas. Los druidas y las sacerdotisas se encargaban de salvaguardar las antiguas tradiciones. Los círculos de piedra salpicaban el paisaje. Brotaban del suelo como delicadas manos de damiselas gigantes. El sol quedaba eclipsado por las alas de los dragones que sobrevolaban la tierra. Luego llegó el cristianismo y creí que podría unirse a ese baile. Pero todo está desapareciendo, Morgana. Britania no tiene ni una brizna del encanto de antaño. Y yo estoy muy cansado de deambular de un lado a otro buscando la armonía. Tú has llegado para ayudarme. Eres la reina de un mundo que lleva mucho tiempo aguardándote.

—¿Me estás llevando allí?

Asintió.

—¿Y dónde está ese maravilloso mundo del cual soy la reina? —me burlé.

Me miró con severidad antes de responder.

—Donde tú quieras que esté.

Aspiré con fuerza, asqueada de sus juegos. Merlín me había creído cuando, con tres años de edad, le aseguré que era un hada. El muy necio. ¿Y este era el profeta? ¿El sabio consejero de reyes? Lo que él llamaba «magia»… o «predestinación»… o «embrujo» no era más que *scientia naturalis*. Lo había aprendido en el convento.

La magia real pasaba por conocer el funcionamiento de la naturaleza.

Miré el cielo, cuajado de estrellas. Me sabía todos sus nombres gracias a Sibila. Pese a todo, quizás por culpa del vino, ahora era incapaz de reconocer ninguna. El cielo era distinto esa noche.

—¿Dónde estoy? —le pregunté con los ojos brillantes y la boca pastosa, sintiendo de nuevo que la autocompasión me acechaba.

—A salvo.

Aquella afirmación desató algo dentro de mí. Empecé a llorar sin consuelo. Él se mantuvo en silencio, a mi lado, hasta que las sacudidas de mi llanto se fueron aplacando. Entonces me sujetó por la barbilla, obligándome a mirarle a los ojos.

—Ahora estás a salvo —repitió.

—Y supongo que debo creerte —comenté con la intención de que sonara como una broma. Pero en realidad pareció más bien una rendición.

Él se puso de pie y comenzó a sacar las mantas de las alforjas.

—Veámoslo de esta manera —dijo mientras las extendía junto al fuego—. Acabamos de cenar, el cielo es nuestro techo, hace una temperatura perfecta, somos libres y estamos juntos. No cambiaría mi vida por la de nadie en este momento. —Me ofreció la mano para ayudarme a ponerme en pie—. ¿Aún sigues llorando?

—No. Solo me brillan los ojos. Estoy cansada.

—Acuéstate. Yo me quedaré vigilando.

—No creo que pueda dormir —dije cubriéndome con la manta. Me recorrió un escalofrío por la espalda.

Merlín colocó su mano tibia en mi frente y aquella cercanía inesperada me hizo dar un respingo.

—Cierra los ojos.

Obedecí.

Le escuché murmurar:

Pon en sus párpados un susurro de estrellas
para que el miedo no encuentre allí su morada.

Pon una gota de miel en sus labios
para que el sueño le sepa a hogar y cobijo.
Pon en su pecho un escudo de plumas
para que el corazón repose hasta la luz del día.

Pronto sentí que la calma y la seguridad fluían a través de mí. El miedo se disipó. Las dudas se resolvieron. La tristeza se hizo cenizas. Y me quedé dormida.

---

62 García Gual, C. (2020). *Historia de Merlín*. España: Siruela.

63 Existe la creencia de que el hierro protege contra la brujería y otros tipos de magia, ya que interfiere con la energía de la que se sirven los entes feéricos, demonios y espíritus, llegando incluso a herirlos. Colocar unas tijeras abiertas en el quicio de la puerta de entrada a una casa, o sobre la cuna, evita que las criaturas sean secuestradas por las hadas. Supone una doble protección ya que al poder del hierro frío se suma la forma de cruz. Las técnicas comunes de forja de las que se sirven los humanos para fabricar herramientas o armas, que implican el uso del calor, eliminan la pureza del hierro, así como su eficacia contra la magia de las hadas.

64 La versión femenina de los íncubos son los súcubos. Entes diabólicos que seducen a los hombres para adueñarse de su energía vital.

65 A lo largo de la historia se ha identificado a Merlín con otros nombres: Marlyn, Melior, Mellin, Mellins, Merdhin, Merlin Ambrosius, Merlin Sylvester, Merlino, Merlins, Merlion, Merlinus, Merlun, Merlyn, Merlyng, Myrddin, Myrrdin… Algunas fuentes señalan que, cuando se presentó ante Vortigern, era conocido por Ambrosius. Tradiciones escocesas y galesas lo identifican con Lailoken, un profeta bardo que vive en los bosques. Todo apunta a que Myrddin sería el nombre original galés, que significa ‘colina del mar’. Fue Geoffrey de Monmouth quien determinó el nombre por el que pasaría a la historia. El clérigo (que también era escritor) sabía que una obra literaria que quisiera transcender debía estar escrita en latín. Así fue como Myrddin pasó a ser Merlinus.

14
LA ISLA DE LAS MANZANAS

«Y cuando Morgaina supo que Merlín hiciera tal encantamiento, pensó de conocerlo (…). Y Merlín, que la vio muy hermosa a maravilla, comenzola
a querer bien y dijo:
—Señora, no os lo encubriré, yo os amo tanto que no hay cosa en el mundo que me pidáis que por vos yo no haga».[66]

El baladro del sabio Merlín
ANÓNIMO

Merlín me condujo por un camino que en principio me pareció igual a los cientos de caminos britanos que ya había transitado en el pasado a lomos de Taranis. Tierra pisoteada durante siglos, custodiada por setos de escaramujo y acebo. Al final, llegamos a un frondoso bosque salpicado de pantanos. Allí el sendero desapareció abruptamente, la luz del sol quedó tamizada por las ramas de los árboles y una fina bruma diluyó los contornos y colores del paisaje, envolviéndonos con un velo espectral, similar al de los sueños.

Siempre me había sentido orgullosa de mi sentido de la orientación. Sabía dónde estaba el norte guiada por la posición del sol y las estrellas, al igual que percibía la cercanía del mar. Era algo natural, como colocar un pie delante del otro si quería seguir avanzando. Pero en ese bosque mi intuición se esfumó por completo. No era capaz de recordar la dirección que habíamos tomado, ni si estábamos caminando hacia el este o hacia el sur, como si existiese un quinto punto cardinal del que nadie me hubiera hablado. El fluir del tiempo también parecía enrarecido. No avanzaba

en línea recta. Allí todo estaba vivido, incluso lo que aún quedaba por suceder.

Merlín, sin embargo, no daba muestra alguna de extrañeza.

—¿Dónde estamos? —le pregunté—. ¿Seguimos en Britania?

Lanzó una carcajada que el eco devolvió un par de veces más. Otra de las particularidades del lugar era el ensordecedor silencio que nos envolvía.

—¿Ya no reconoces la magia que la reina Mab ejerce en el Bosque Perdido? —respondió al recuperar la compostura.

—El Bosque Perdido… —susurré, rebuscando en mi memoria.

—Has pasado tantos años vagando por un mundo ajeno que te sientes extraña en tus dominios. Es normal. Pronto te encontrarás mejor. Estamos en Ynys yr Afallon[67] —proclamó—. ¡Al fin has vuelto a casa!

—He vuelto a casa…

Lo último que recordaba era estar encadenada dentro de un saco de esparto. Pero eso parecía haber ocurrido hacía siglos. En otra vida. O quizás fue en la vida de otra. Forzando la memoria evoqué la figura de mi padre, fuerte y moreno, pero, si pensaba en su nombre, solo venía a mi mente Affalach[68].

Me giré con aprensión. Sentí que nos espiaban, y pude ver sombras escondiéndose tras los robles.

—Alguien nos observa —indiqué.

—Están emocionados con tu regreso. Te añoraban tanto…

—¿A mí?

Merlín me explicó que las gentes antiguas, las que habitaban en el pasado Britania, abandonaron las colinas ante el avance de sajones y romanos. Leprechauns, tánganos, la Dama Verde de Caerphlly, trasgos, las gwyllion, los pixies, los hombres morenos de los pantanos, los espíritus del hogar, de los bosques, del agua, jinetes nocturnos, guardianes de tesoros y secretos…

—Todos se refugiaron aquí. Con ellos trajeron la magia; por eso ahora Britania es tan ramplona y anodina —me informó.

Salimos del bosque y miré a mi alrededor. El cielo era intensamente azul. Olía a atardecer de primavera, a una mezcla entre la tibieza del sol en las mejillas, el aroma de especias traídas de los confines del mundo y a…

—Manzanas —farfullé.

—Hay cientos de manzanos. Miles, quizás —confirmó Merlín—. Y también perales, cerezos, higueras, endrinos… Las moras, las grosellas y las fresas crecen junto a los arroyos durante todo el año. El trigo, la avena y el centeno ondean al viento en los Campos Infinitos. Habas, guisantes, cebollas, ajos…, todo brota de forma natural, sin la amenaza de malas hierbas ni plagas. En este lugar la tierra no conoce el arado ni el cansancio, porque no precisa de manos humanas para dar sus frutos.

—¿Me he muerto y estoy en el paraíso? —bromeé. No estaba segura de merecerlo, pero no encontraba otra explicación.

—¡Así es! Esto es el paraíso —afirmó Merlín—. Pero no has muerto. Nadie envejece ni muere en este lugar.

El camino de tierra blanca nos condujo directamente a una puerta abierta en una muralla de cristal. Lo primero que encontramos al atravesarla fue una calle abarrotada de puestos ambulantes, similares a los de cualquier otro mercado de los que se celebraban en Britania: objetos de peltre, de cuero, baratijas, fruta, pan…, pero, de igual modo, con la misma naturalidad, se vendían frascos con lágrimas de desamor, espejos que reflejaban pensamientos, almohadones rellenos con plumas de grifo y lámparas de luciérnagas. Los vendedores eran tan pequeños como la persona más pequeña que hayáis visto. Vestían trajes rojos, azules, verdes… de estilo campesino, y llevaban las cabezas cubiertas con sombreros de copa. Aunque la principal diferencia de aquel mercado era que los propios productos proclamaban sus virtudes.

—El mercado de los goblins —me informó Merlín—. Aquí puedes encontrar cualquier cosa. —Dudó un segundo y me aclaró—: Menos objetos de hierro frío, como ya te expliqué.

Dejamos atrás el bullicioso mercado y llegamos a un puente. Cruzaba un ancho río sobre el que se mecían unas barquitas sin nadie a bordo. Al otro lado se alzaba otro mundo: una ciudad límpida, traslucida, silenciosa. Las calles eran surcos, similares al tallado de una piedra preciosa. Las casas tenían muros de cristal, techos de cristal, puertas de cristal, escaleras de cristal…, de manera que todo quedaba expuesto a las miradas. No había en toda la ciudad un espacio en el que esconder un secreto, cometer un crimen o amarse con un mínimo de intimidad. Recorrer esas calles era como caminar sobre la superficie de un lacrimatorio de vidrio gigante.

Allí reinaba una extraña quietud, una paz inmensa, plácida, dulce. Se oía una música que parecía venir de muy lejos, como tarareos de sirenas, cascabeles y risas. De vez en cuando nos cruzábamos con alguno de sus habitantes. Hombres y mujeres sonrientes que me saludaban de forma amistosa, inclinando la cabeza. Todos eran jóvenes, hermosos y, por la expresión de sus rostros, parecían felices.

—Es todo muy raro —le susurré a Merlín—. Estoy segura de que no los conozco. ¿Cuándo podría haberlos conocido? Y sin embargo, yo también me alegro de verlos a ellos.

—Este lugar se rige por la magia, el júbilo, la inspiración y la cautivadora belleza. Habrá quien diga que en realidad hay más tragedia que amor, más fealdad que hermosura, más terror que sonrisas, pero eso es porque en ocasiones llegan hasta aquí humanos malcriados que se comportan como puercos en una cochiquera. En cambio, los que muestran cortesía reciben fascinantes recompensas.

—¿Quieres decir que estas personas no son humanas?

—Sí y no. Algunos. A veces. Depende de a quién te refieras… —Se encogió de hombros—. Puede darse el caso de que un humano, reacio a ser cautivo o cautivado, pase aquí largos años. Otras veces hay quien ha intentado llegar y lo único que ha conseguido es vagar sin rumbo por bosques velados por la niebla, o cruzar en barca lagos

de aguas color turquesa, logrando únicamente tener la sensación de haber rozado el poder de la naturaleza.

Descendimos una pendiente diáfana y atravesamos el muro, dejando a nuestras espaldas la Ciudad de Cristal. Tomamos un ancho sendero cubierto de grava nacarada que se asemejaba a las perlas. Miles de rosados cerezos en flor a izquierda y derecha nos escoltaron hasta llegar a un extenso robledal donde el camino se moteaba de luces y sombras por las ramas entrecruzadas sobre nuestras cabezas.

—El Bosque de Darnantes —me informó Merlín—. Ya casi estamos.

El camino terminaba en una puerta de enormes dimensiones, primorosamente forjada. El hierro trazaba volutas al final de cada línea recta. Las intersecciones estaban rematadas con caritas de dragones sonrientes, otorgándole el aspecto de reja encantada.

—No hay mejores herreros que los enanos[69] —aseguró Merlín, descendiendo de su caballo para abrirla—. Aunque tienen mal genio. Todos parecen ancianos porque alcanzan la madurez con tres años, momento en el que les crece una frondosa barba. Antes de cumplir los siete ya la tienen gris. Algunos trabajan en las minas; allí obtienen los metales con los que fabrican armas y corazas que, por lo general, tienen propiedades mágicas.

No sé si aquella reja era mágica, o si estaba cubierta de óxido, pero lo cierto es que las manos de Merlín se llenaron de un polvillo cobrizo, como si hubiera estado pulverizando alas de mariposa.

Yo también desmonté y sujeté las riendas de Taranis. Al otro lado de la reja el camino se abría paso entre olmos y castaños que se perdían en la distancia. Tras ellos podía intuirse un jardín que en el pasado debió ser una auténtica belleza, pero que ahora era un desbarajuste de saúcos y abedules cuajados de escoba de bruja en las copas y que se hundían en una inmensidad de dedaleras salvajes. Sería faltar a la verdad calificar ese lugar con el nombre de «jardín». Aunque, para ser precisos, tampoco se trataba de un

bosque, ni de una selva y mucho menos de un herbazal florido. En el aire flotaba tanto aroma a reina de los prados como a musgo y a sal.

—¡El mar! —reconocí aspirando con ansia.

—Tu castillo se alza sobre el acantilado. Como Tintagel. No podía ser de otro modo —informó Merlín.

—Mi castillo…

En medio de aquella espesura brotaba un enorme edificio que parecía tallado en la misma piedra sobre la que reposaba. Cuatro torres circulares de color gris plata se recortaban contra el cielo. Estaban rematadas con chapiteles cónicos cubiertos de pizarra. Una de ellas, la que quedaba próxima al borde del acantilado, era más alta que las demás. En sus muros, como venas surgidas de las entrañas del edificio, trepaba una enredadera carmesí. En su conjunto, el castillo parecía más antiguo que el Templo de Salomón; más aún que los Jardines Colgantes de Babilonia.

Ante la puerta de entrada había una fuente sin agua en la que una docena de estatuas cubiertas de verdín mantenían el equilibro, con sus cuerpos de piedra elegantemente contorsionados. Un grupo de ninfas desnudas bailaban en torno a un sátiro que las observaba con lujuria. Una asrai atrapada en una red, a punto de licuarse. También había un kelpie en su forma equina, con un hombre sobre su lomo. Una glaistig, tan bella de cintura para arriba como caprina de cintura para abajo. Una rusalka aferraba la cabellera de un humano, cuya cabeza quedaría bajo la línea de agua en cuanto la fuente volviera a estar en funcionamiento…

Me paré a observar cada detalle, extasiada. Aquel lugar ejercía sobre mí un influjo mágico, como de algo ya vivido. Incluso a los pies del serbal creí reconocerme, viendo desde el presente un recuerdo de mi niñez. Por momentos tenía la sensación de que me observaban. Pero cuando me daba la vuelta, lo que me había parecido una pareja era un caprichoso juego de luces y sombras conformado por las flores de los lilos y las ramas de un carpe.

Cruzamos la puerta y accedimos a un amplio salón en el que había tres mujeres peinadas al estilo griego, ataviadas con túnicas

griegas y calzadas (también) con sandalias griegas. Merlín hizo las presentaciones: Cloto, Láquesis y Átropos, me indicó. No parecían muy amables, aunque Cloto, la más joven, fingía serlo mucho mejor que las otras dos.

—Oh… Cuánta dicha nos trae tu regreso, querida Morgana —exclamó Cloto, que estaba sentada delante de una rueca. A sus pies tremolaban ovillos de diferentes colores.

—Estamos ocupadas. Muy ocupadas —informó Átropos, la anciana, sin mirarme siquiera.

—Bah…, no más que otros días. Solo hilamos el destino del mundo —repuso Cloto, agitando la mano con desdén.

—No lo digas así —la reprendió Láquesis, que aparentaba unos cuarenta años—. No querrás que Morgana piense que medimos *todo* el destino del mundo —añadió mientras se daba golpecitos en la palma de la mano izquierda con la regla que sujetaba en la mano derecha.

Cloto lanzó un suspiró de resignación.

—¡Qué tiquismiquis! Está bien —concedió—. Hilamos el destino de *toooodo* aquel que nazca esta semana.

—De aquí al jueves —aclaró Átropos, mientras afilaba unas tijeras de plata.

—Disculpad mi ignorancia. Llevo tanto tiempo fuera que no recuerdo qué hacéis exactamente —repuse yo.

—Yo hago hilos —respondió Cloto.

—Yo los mido —dijo Láquesis mientras pesaba en una balanza risas, lágrimas y dudas.

—Y yo los corto —sentenció Átropos un segundo antes de lanzar un tijeretazo a un hilo anaranjado—. A este ya no le quedan más mañanas.

—¡Sois las Moiras! —reconocí—. Vosotras tejéis, medís y cortáis el hilo invisible de la vida de cada persona, desde su nacimiento hasta su muerte. Pensaba que erais un mito…

—Eso mismo dicen de ti y aquí estás.

Merlín lanzó una carcajada.

—¿Podríais… mostrarme mi hilo? —pregunté, sin estar del todo segura de querer verlo realmente.

—Oh… no. Claro que no —respondió Cloto con gravedad—. Sería un error hacer eso.

—Despertarías el interés de las polillas —aclaró Láquesis.

—Y yo tendría que cortarte antes de tiempo. Por piedad — se justificó Átropos con los pulgares dentro de los ojos de las tijeras, mientras las abría y cerraba con rapidez.

—Eso no te gustaría, ¿verdad? —me interpeló Láquesis, observándome con intensidad.

—Supongo que no —respondí un tanto incómoda.

—Este encuentro ha sido un auténtico placer, queridas damas —interrumpió Merlín.

—¿Eso crees, mago? —se carcajeó Láquesis.

Las otras dos la imitaron. La risa de Cloto sonó a campanillas. La de Átropos a un carro de leña bajando por una cuesta empedrada.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Merlín, y luego, dibujando en sus labios una sonrisa juguetona, me susurró—: Ya te acostumbrarás a ellas.

Subimos al piso superior. Recorrimos en silencio varios corredores. Cruzamos un par de salas y atravesamos arcos hasta alcanzar una escalera de caracol que giraba en torno a una columna tallada en piedra que imitaba las raíces trenzadas de un árbol. Posé mi mano sobre ella y creí percibir su
delicado pulso, como si estuviera arraigada a los cimientos del castillo. A medida que ascendíamos, la arquitectura se volvía más caprichosa. Los peldaños de pizarra brillaban como alas de cuervo, reflejando la luz de las antorchas que se iban encendiendo conforme avanzábamos. Tras varios giros nos topamos con una puerta alta y elegante. Era de olmo oscuro. Carecía de bisagras, cerraduras o pomos. En el centro de la hoja, aproximadamente a la altura del corazón, los nudos y vetas de la madera daban forma a un ojo del tamaño de un puño.

—Solo deja pasar a quien conoce… —susurré.

—Empiezas a recordar —respondió Merlín sonriendo de nuevo.

Y sin duda a mí me reconocía. Se abrió sin necesidad de empujarla, emitiendo el murmullo que se oye al colocar una caracola sobre la oreja.

Entramos a una sala circular, grande y luminosa. Supuse que era el interior de la torre más alta del castillo, pero, para mi sorpresa, lo que desde el jardín de entrada me había parecido un chapitel de pizarra, en realidad era un tejado traslúcido que revelaba la inmensidad de la bóveda celeste.

En medio de la estancia había una mesa de madera de roble tallado. Relucía ligeramente bajo la luz rojiza del atardecer, que ya comenzaba a insinuarse. Las patas eran cuatro esbeltos dragones cuyas alas extendidas sujetaban el tablero. Acaricié la superficie y tuve la certeza de que si presionaba la cabeza del dragón de la derecha, se abriría un compartimento oculto bajo la mesa, y que si presionaba el ala del dragón de la izquierda, la puerta de entrada a la sala quedaría bloqueada.

Del suelo al techo había estanterías llenas de libros encuadernados en cuero, en mayor número que en la biblioteca del monasterio. Me acerqué para leer los títulos grabados en los lomos con letras de oro.

—*Grammatica fulminis*. Filomena Truespina —pronuncié en voz alta.

—Un tratado sobre la conjugación de truenos y relámpagos en subjuntivo, y la mejor manera de comunicarse con ellos — aclaró Merlín.

—*Invisibilia intuenda,* de Glendower y Ada Nimble.

—Los autores son dos hermanos gemelos que jamás fueron vistos. Hay quien duda de su existencia real.

—*El arte de hablar con los espejos sin ofenderlos,* de Narciso Ego Sum.

—Su libro anterior, *Yo, reflejo,* resultaba mucho más completo e interesante, si te soy sincero.

—Ya…

Justo detrás de la mesa, en un hueco entre las estanterías, había una enorme ventana que se abría a un mirador. Salí y Merlín me siguió. La torre estaba edificada en un saliente de manera que, desde esa altura, se intuía el encuentro de dos corrientes marinas. La inmensidad a nuestros pies; el mordiente batir de las olas encontrándose, golpeando después el acantilado. Abajo, a la derecha, había una cala de arena blanca, bañada por aguas azul turquesa.

Me volvió el recuerdo de mi infancia en Tintagel.

—¿Qué mar es ese? —pregunté.

—El Boreal. O el Austral.

A la izquierda, siguiendo la línea del acantilado hasta donde se perdía la vista, seguía habiendo agua.

—¿Y este?

—El Naciente. O Poniente —volvió a contradecirse, de manera que lo observé interrogante—. Eres tú quien lo decides — aclaró.

—¡Deja de decir esas cosas! —ordené.

—¿A qué te refieres?

—Todas esas… —No sabía cómo llamarlas—. Fantasías, ridiculeces, cuentos infantiles… ¡Ya no soy una niña!

—Eso es algo evidente.

Sentí que el rubor me inundaba las mejillas, quizás por exasperación… o por vergüenza. No sabía lo que era un cumplido pronunciado en los labios de un hombre. La única que había alabado mi belleza era Sibila.

Él también debió sentirse incómodo, porque cambió de tema. Me propuso asomarnos al mirador que quedaba en el lado contrario. Desde allí se podía ver la rutilante Ciudad de Cristal y el río que la atravesaba. Más lejos aún, se alzaba una edificación elevada.

—¿Y eso qué es?

—Mi torre. —El sol se hundía en el mar y la luz anaranjada nos lamía el rostro—. Mañana te enseñaré el resto de la isla.

—¿Estamos en una isla? ¿Cómo es eso posible? —pregunté. No recordaba haber subido a ningún barco.

—En este lugar comienzan y terminan todas las aguas del mundo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ya lo entenderás.

—¿A qué viene tanto misterio? ¿Qué hago aquí? —protesté.

—Lo que debes hacer. Lo que ya haces. Solucionar lo que ha de ser solucionado. —Suspiró antes de seguir hablando—. Siento ser el portador de malas noticias. Ya te lo adelanté durante el viaje. Britania nos necesita. Úter no sirve. Ha desbaratado nuestros planes.

Merlín parecía disgustado, tanto que no era capaz de explicarse. O al menos yo no alcanzaba a entender a qué se refería con «nuestros planes». ¿Qué planes? Al parecer había hecho una visita a mi padrastro y le había encontrado viejo y abotargado.

—… y es que era imposible imaginar, cuando le conocí, que acabaría de manera… —Rebuscaba palabras con las que describirlo. Al no encontrar ninguna, precisó—: Padece podagra. El humor negro ha descendido a su pie y lo tiene inflamado. Le arde como si le hubieran encendido un hornillo dentro del dedo gordo. ¿Has visto a algún enfermo de podagra?

—No. Solo he escuchado hablar de ello.

Se trataba de una dolencia que aquejaba a reyes y príncipes glotones. El cuerpo se rebelaba por las borracheras y los atracones a los que le sometía su dueño. Ninguna de las personas que atendí en el hospital entraban dentro de esa categoría.

—El caso es que se ha convertido en un viejo caduco —siguió explicando—. Es increíble cómo la historia de la humanidad está plagada de mandatarios inútiles, desde Tarquinio el Soberbio hasta Nerón.

—Has hablado de «nuestros planes» —le interrumpí—. Pero no sé a qué planes te refieres.

—¡Devolver la magia a Britania! —Me aferró la mano con desesperación—. Cuando lo logremos, tu reinado se extenderá hasta allí.

—¿Reinar en Britania? Ni siquiera puedo reclamar el castillo de mi padre. —Reí sin ganas.

—Morgana…, el castillo de Tintagel es solo una migaja del enorme pastel que te corresponde. Úter no durará mucho. Pero aún es demasiado pronto. Aún…

Pareció dudar, así que aproveché para recordarle que yo no era hija de Úter. Incluso sin tener eso en cuenta, tampoco creía que él fuese el tipo de hombre que cedería su corona a una mujer. Antes había una larga lista de primos y sobrinos dispuestos a matar (literalmente) para heredar ese honor.

—… y en el caso de que una mujer tuviera la ocasión de reinar en Britania, esa sería mi hermana Ana. No yo —le recordé.

—No…, no lo entiendes, Morgana. Britania es la segunda parte de algo mucho más grande. Cuando sepan quién eres…, ¡oh! —Me miró, entusiasmado—. Cuando te vean, Morgana, tan bella, tan elegante, tan inteligente y poderosa…, desearán postrarse a tus pies. ¡La reina Morgana!

Guardó silencio durante unos segundos y lo observé, sopesando la posibilidad de que hubiera perdido la cabeza. Pero antes de que alcanzase a llegar a una conclusión, oí bullicio en la lejanía. El sol se había ocultado y la luna y las estrellas brillaban con intensidad en el cielo. La Ciudad de Cristal refulgía y sus habitantes parecían estar festejando algo, cantando y haciendo sonar campanillas en torno a las hogueras.

—Se ha corrido la voz —dijo Merlín—. Celebran tu regreso. Hay criaturas que darían la mitad de su vida por habitar en uno de tus sueños. Las flores ansían rozar tu piel. Hay espadas que esperan tu mano para ser blandidas. El fuego de las antorchas busca prender la pasión en tu alma. Los hay que aún no han nacido solo por esperarte…, Morgana.

—¿Esperarme para qué? ¿Qué es lo que esperan exactamente?, ¿que les cure los resfriados?, ¿que les aplique una cataplasma en el pecho? ¿Qué es lo que esperas tú de mí? —pregunté, aún confusa.

Merlín estaba demasiado cerca. Podía sentir su olor boscoso.

—Todo, supongo. —Fijó sus ojos negros en los míos y repitió—: Todo.

Me sujetó la barbilla. Se acercó a mi cara. Y me besó.

Nadie me había besado antes en los labios. Como no me lo esperaba, y como duró apenas un instante, dudé si había sucedido realmente. Él también parecía sorprendido. De la misma furtiva manera en la que se acercó, se separó de mí. Inclinó levemente la cabeza, en un gesto que pretendía ser una reverencia, y se dio la vuelta. Le vi alejarse en dirección a la puerta.

—Ya estás en casa, Morgana. Has llegado por fin a Ávalon —dijo como despedida.

---

66 *El baladro del sabio Merlín*. (1988). España: Miraguano.

67 En galés significa 'Isla de las manzanas'. Son numerosos los ejemplos mitológicos que relacionan las manzanas con el paraíso o con el otro mundo. Para la tradición celta, las manzanas simbolizan abundancia, magia y conocimiento.

68 Padre de la diosa Modron.

69 Los enanos labraron a Mjölnir, el célebre mazo de Thor, así como una hermosa cabellera para su esposa. También la lanza de Gungnir, el collar de Freya y una cuerda resistente, aunque fina como la seda, para atar al lobo gigante Fenrir. Detestan la luz del sol, ya que un rayo directo los convierte en piedra. Es por eso por lo que algunos aseguran que pasan el día con forma de sapo, entre la vegetación de los pantanos.

15
¿DÓNDE ESTÁ EL PAÍS DE LAS HADAS?

> «En efecto, la isla flotaba sobre la superficie del agua, y aquella torre de piedra imán tenía tanta fuerza que Ávalon podía ir flotando de un lugar a otro a voluntad de la reina Morgana le Fay; de modo que unas veces estaba aquí y otras veces estaba allá, según se le antojaba a la real dama».[70]
>
> *El rey Arturo y sus caballeros*
> HOWARD PYLE

La Torre de Merlín se alza en un promontorio, al otro lado de la Ciudad de Cristal, más allá del Bosque Perdido. Está construida con piedras blanquecinas, similares a huesos de ballena pulidos. De un primer vistazo no parece muy alta, pero si se le presta la suficiente atención (algo a lo que no todo el mundo está dispuesto) comienza a elevarse, girando sobre su eje, alcanzando enormes proporciones. Aunque lo que verdaderamente distingue esta torre del resto de torres que hayáis conocido son sus siete ventanas, orientadas a cada una de las Siete Maravillas del Mundo (sin que la minucia de que algunas ya hayan desaparecido suponga un impedimento para disfrutar de sus vistas).

A los pocos días de mi llegada a Ávalon subí a lomos de Taranis y me dirigí hasta allí, esperando poder hablar con Merlín. Pese a notar cómo poco a poco recuperaba la magia, seguía sin poder convocar la imagen de mi hermano en el espejo y algo me decía que era el mago quien obstaculizaba esa posibilidad.

Subí las escaleras y le oí hablar con un joven. Estaban en una estancia adjunta al mirador y tenían la puerta entreabierta. No quise molestarlos, así que deambulé por la sala hasta llegar a la ventana

que se asoma al interior del Templo de Zeus (aunque quizás sea más correcto decir que es el propio dios griego el que, desde la lejana Olimpia, observa la Torre de Merlín con sus ojos marmóreos). Luego caminé hasta la que da a los Jardines Colgantes de Babilonia, y vi cascadas y cascadas de cabelleras verdosas suspendidas en el aire.

—… y así será. Pero no es sensato pasearse por Britania en este momento —le escuché decir al mago.

—Solo puedo medir mi valía luchando con otros hombres de armas. ¿Cómo voy a entrenar aquí? —preguntaba el muchacho. En su voz se denotaba cierto apremio—. En Ávalon no hay caballeros con los que practicar.

—Todo a su debido tiempo…, todo a su debido tiempo… —repetía Merlín pacientemente.

Me encontraba observando el momento en el que la tierra se sacudió en Rodas, haciendo que el Coloso se precipitase sobre el puerto, cuando sentí el peso de una mirada sobre mis hombros. Al darme la vuelta vi a una mujer junto a la penumbrosa ventana que da al Mausoleo de Halicarnaso.

—Oh… ¡Vaya! —exclamé, llevándome la mano al corazón—. Ruego que me perdonéis. Pensé que estaba sola.

Tenía el cabello oscuro, recogido en un pulcro moño, los ojos negros como la noche y la piel blanca y perfecta. Vestía una túnica de lino crudo y cubría sus hombros con un chal de seda violeta, bordado con hilo de plata. Por su actitud deduje que no se trataba de una dama de servicio. Se me cruzó por la cabeza la idea de que pudiera ser la esposa de Merlín y sentí que el rubor se apoderaba de mis mejillas.

Ni el mago ni yo habíamos hecho alusión alguna al beso. Llegué a sopesar la posibilidad de que él ni siquiera lo recordara. Quizás besaba de esa manera a todas las mujeres con las que alcanzaba cierto grado de intimidad. Por mi parte, si no volvía a suceder, sería como si nunca hubiera pasado.

—Volveré en otro momento —le dije a la dama, que seguía mirándome en silencio.

Caminé en dirección a la puerta y entonces ella salió de las penumbras para detenerme.

—No os vayáis, os lo ruego. Siempre es un placer ver la reacción de los que se asoman a las ventanas de la torre. Por favor, seguid. Como si yo no estuviera.

Le di las gracias y me quedé, aunque, para ser sincera, seguir «como si no estuviera» me resultaba difícil. Hubiera preferido irme, pero me pareció una desconsideración rechazar su amable propuesta, así que me asomé a la ventana que da a la Gran Pirámide de Guiza, con su revestimiento de piedra caliza pulida refulgiendo bajo el sol del desierto. Luego caminé hasta la que permite ver el Templo de Artemisa, en Éfeso.

—Ahí está —le escuché decir a la dama—, tal y como lo describió Antípatro: «Encaramado en las nubes». Si os fijáis bien, desde esta distancia se puede ver a las sacerdotisas. ¿Oís el ruidito que hacen al arrastrar sus pies desnudos sobre el suelo de mármol? Zass… zass… zass…

Lanzó una carcajada. Yo sonreí.

—Es prodigioso tener al alcance de la vista la infinidad del mundo —dije.

—Del universo —aclaró ella, señalando hacia arriba.

Seguí la dirección de su dedo con la mirada y lo vi: el techo de la torre era una cúpula formada con pétalos de cristal que dejaba expuesta la totalidad del firmamento.

—Sois Morgana, ¿no es cierto? —me preguntó la desconocida.

Asentí.

Sabía quién era yo, pero yo no sabía quién era ella. Claramente estaba en desventaja. Ladeó la sonrisa y continuó diciendo:

—Supongo que él no os ha hablado de mí.

Hizo un movimiento con el mentón en dirección a la estancia donde se seguían oyendo las voces de los dos hombres.

Me pareció descortés confirmar sus sospechas, así que me mantuve en silencio.

—Me llamo Ganieda —se presentó—. Soy la hermana de Merlín. Su gemela, para ser más exactos.

Imaginad mi asombro. Durante el viaje a Ávalon habíamos hablado de detalles íntimos acerca de su nacimiento y su bautismo, pero se le había olvidado contarme el pequeño detalle de que tenía una gemela. ¿Me encontraba ante la otra hija del diablo?

—A Merlín le encanta el sonido de su voz cuando habla de sí mismo —siguió explicando entre risas—. Es ególatra, narcisista, ambicioso, egoísta y, muchas veces, grosero. Debe de venirle por parte de padre. Tiene en alto concepto sus valores y en muy bajo los de los demás. Si no me menciona no es por desconsideración: es que realmente no cree que yo pueda resultar interesante a sus interlocutores.

Yo también reí.

—Solo por cómo habláis, ya me parecéis interesante — confesé.

—Gracias. Es posible que nos veamos mucho por aquí. Este es mi refugio —me dijo señalando el techo de cristal—. Desde aquí puedo contemplar el orden del mundo.

—Tuve una gran amiga…, una hermana —musité, recordando a Sibila—, a la que también le gustaba observar las estrellas.

—Oh… Morgana. Estás aquí. —Merlín y el joven acababan de entrar en la sala—. Veo que ya conoces a mi hermana.

—Sí —confirmó Ganieda—. Ya me ha contado que no paras de hablar de mí.

Me lanzó una mirada de reojo y reímos las dos.

—Siempre estás en mi mente, querida hermana —manifestó él. Desconozco si se trataba de una respuesta irónica. Y siguió hablando—: Hoy es día de presentaciones, por lo que se ve. Morgana, quiero que conozcas a Lancelot —dijo señalando al joven de cabello color miel que estaba su lado—. Es el hijo del rey Ban y la reina Elaine, pero se ha criado en Ávalon.

—Es un auténtico placer conoceros, al fin. —El muchacho hizo una elegante reverencia antes de continuar—. Merlín me ha informado de la terrible manera en la que os han tratado en

Almesbury. De haber estado yo allí, esos malditos hubieran recibido su merecido. Quedo a vuestro servicio para adiestraros en el arte de la lucha. Ningún hombre osará a volver a poneros una mano encima si seguís mis instrucciones.

—Gracias —respondí, un tanto perpleja por su ofrecimiento.

Las ganas de batallar de Lancelot eran igual de grandes que su atractivo.

Más tarde, Ganieda me contó que no siempre tuvo ese nombre. Al nacer lo llamaron Galahad, pero quiso el destino que eso sucediera en mitad de una guerra. El temible rey Caudas acosó de tal manera el reino de sus padres que tuvieron que huir de la ciudad, acompañados de unos pocos sirvientes, con el pequeño Galahad en los brazos. Cuando ya estaban lejos, el rey Ban cayó en la tentación de darse la vuelta. Vio su castillo envuelto en llamas y su pobre corazón no lo soportó. Murió en ese mismo instante. Su esposa, la reina Elaine, dejó en el suelo a su pequeño y corrió a abrazar a su esposo, momento que la Dama del Lago aprovechó para robar al bebé.[71] Lo llevó consigo a su hermosísimo palacio, bajo el lago de Diana, y le cambió el nombre por el de Lancelot. Allí había crecido, entre grindylows, náyades, kepies y rusalkis. Del mundo de sus padres heredó la destreza con las armas y las ansias de venganza. Y en Ávalon se le desarrollaron los músculos, por hacerse hombre en un medio acuático.



Después de aquel encuentro, me acostumbré a pasar largas horas en la Torre de Merlín, que yo rebauticé como la Torre de Ganieda. Sus ideas sobre el universo me resultaban igual de interesantes que en el pasado las de Sibila. Decía que el mundo estaba formado por círculos dentro de círculos, y que la influencia de las estrellas y los planetas se apreciaba en el acontecer de la vida.

—Lo que está abajo es como lo que está arriba, y viceversa; así está escrito en la Tabla Esmeralda —me decía—. El cielo y la tierra están conectados. Son el espejo del otro. Hay una correspondencia entre la inmensidad del universo y la insignificancia humana. Es posible anticiparse a las desgracias observando el cielo. Si se es capaz de interpretarlo, se comprenderá lo que pasa en la tierra.[72]

También me hablaba del orden del clima y de cómo se formaban las nubes. Aprendí a ubicar Polaris, como hacían los navegantes, y a usar gnómones que, con su sombra, señalaban las horas del día y las estaciones. Desde la torre se podían ver dragones, osas mayores y menores, la corona de Ariadna, centauros, aves del paraíso, delfines… claramente dibujados con estrellas en el firmamento. Resultaba inspirador pensar en la posibilidad de que alguien pudiera estar observándonos también a nosotras, como vecinos de un mismo firmamento.

Poco a poco, la magia que me envolvía despertó a la chova piquirroja aletargada en mi interior. La torre del castillo de Chariot se convirtió entonces en la plataforma desde la que tomar impulso antes de lanzarme al vacío. Mis alas siempre habían estado ahí; solo tuve que confiar de nuevo en ellas. Tras breves pero insistentes tentativas, recuperé plenamente mi capacidad de volar. Fue desde las alturas cuando al fin me hice consciente de la deslumbrante belleza de la Isla de las Manzanas.

Ganieda había dibujado en papiro el contorno de Britania en mitad del mar, señalando en su interior el nombre de ríos, montañas y valles. Eso me dio la idea para componer el mapa de Ávalon. Sobrevolé la costa registrando en mi memoria cada uno de sus contornos, sus cabos y golfos, las playas de arena blanca como el talco, los acantilados de mármol veteado, el recorrido del río Ululante pasada la Ciudad de Cristal, el delta que formaba el río Fonteval en su desembocadura, conectado con el lago de Diana, que a su vez contenía la Isla Escondida. También pude ver con detalle los Campos Infinitos, con el trigo, la avena y el centeno meciéndose

como hilos de oro bajo la luz solar, y los diferentes bosques: el Perdido, el de Darnantes, el de las Manzanas y el de Briosque.

Plasmé cada detalle en pergamino, pero seguía sin tener claro el nombre de los mares que circundaban la isla. ¿Dónde estaba Ávalon exactamente? ¿Al este o al oeste de Britania? ¿Justo sobre la línea del horizonte? ¿En el fin del mundo? ¿Era acaso un lugar geográfico o solo existía en sueños…?

Las gentes de Cambria piensan que queda al norte de sus tierras montañosas, pero también creían que estaba en la parte peninsular del oeste, tan llena de misterios y leyendas. Algunos dijeron que lo vieron brillar en el pasillo marino que separa Britania de Hibernia, pero la isla iba y venía, de manera que a veces estaba y otras no, lo cual no dejaba de desconcertarles. Y, no obstante, no faltaban quienes aseguraban que los feéricos habitantes de Ávalon visitaban con asiduidad los mercados de los que han de morir para adquirir productos que no encuentran en su isla. A saber: peines de hueso, aceite usado de lamparillas de iglesia (muy útil para untar las suelas de las babuchas y caminar sin dejar huellas) o falsas reliquias de santos con las que hacer sonajeros, de manera que no creen que pueda quedar muy lejos.

—En Ávalon no existen los puntos cardinales —me explicó Ganieda cuando le planteé mis dudas—. La isla se mueve a tu voluntad. Por eso el mar Boreal a veces queda en el sur y el Austral baña el norte, trastocando el orden del mar Naciente y el Poniente.

Todo aquello comenzó a tener sentido para mí. Igual que el hecho de que me brotaran alas cuando necesitaba volar. Igual que mi corazón latía sin que yo tuviera que pensarlo. Cuanto más tiempo pasaba en Ávalon, más conectada a la isla me sentía. Ávalon y yo éramos lo mismo.

Mientras Ganieda llenaba de información mi cabeza, Lancelot me torturaba con sus lecciones caballerescas. Se tomó muy en serio que aprendiera a defenderme con un escudo, a blandir una espada, un puñal, un venablo…, a caerme y rodar por el suelo para no partirme la crisma y a emboscarme sin que un potencial enemigo pudiera

rastrear mis huellas. Me obligaba a subir y bajar colinas, a saltar obstáculos. Me hablaba de batallas, duelos, reinos por conquistar y de su brillante futuro lejos de Ávalon.

—Cuando me armen caballero, Morgana —me decía entusiasmado—, le pararé los pies a Escanor de la Gran Montaña.

—¿Quién es ese?

—Un primo lejano mío, temido en toda Bretaña. Es hijo de un gigante y una bruja, y tiene un porte descomunal —me aclaró—. Su fuerza depende de la intensidad con la que brille el sol, de manera que, a mediodía, alcanza la resistencia de tres caballeros fornidos. Así que yo le atacaré en un día lluvioso.

—Buena idea.

Yo le escuchaba y asentía, feliz de que mi amigo tuviera un plan para su futuro. Por mi parte, a esas alturas, estaba segura de que no necesitaba tanto adiestramiento. Ávalon era el lugar en el que quería pasar el resto de mi vida. Y allí nada malo podía sucederme.

Rara vez veíamos a Merlín. Iba y venía de Britania a Ávalon. Supe por Ganieda que los sajones seguían arrasando pueblos y ciudades, matando a los sacerdotes, derribando altares, clavando lanzas en los corazones de hombres que jamás habían portado un arma, secuestrando a niños para esclavizarlos o para usarlos como moneda de cambio con sus madres, a las que convertían en concubinas para diluir la sangre britana. Y al parecer, el alfil Merlín se mantenía al lado del rey Úter, pese a que este ya estaba en jaque.

En uno de sus retornos a la isla busqué la forma de quedarme a solas con él. Ya había revisado todos los libros de la biblioteca del castillo de Chariot y también los de la torre; había buscado en el espejo, elaborado hechizos de localización, convocado de todas las maneras posibles la presencia de mi hermano, pero nada había funcionado. Necesitaba saber si eran ciertas mis sospechas de que era él quien me impedía conectar con el único ser que yo consideraba *mi familia*.

Merlín y yo cenamos juntos en la torre. Parecía agotado.

—¿Cómo va todo por Britania? —pregunté.

Ensarté con el tenedor un rabanito encurtido y un pedazo de eglefino asado. Observé de reojo su semblante circunspecto mientras masticaba despacio el bocado.

—Está terminando un ciclo, Morgana —dijo al fin—. Úter no ha logrado que los reinos britanos alcancen un consenso. Con esta división interna es imposible defender la tierra. Los caminos están infestados de bandidos y guerreros extranjeros. Las aldeas saqueadas y los campos sin cosechar.

—¿Y no puedes hacer nada?

Guardó silencio. Hasta a mí me sonó absurda la pregunta. Alguien como Merlín no dejaría cabos sueltos. Si pudiera hacer algo, lo haría. Quizás ya lo estaba haciendo. Eso me recordó cuál era mi objetivo con aquel encuentro. En realidad, me importaba poco lo que le sucediera a Britania. Y mucho menos aún, a Úter.

—Quiero ver a mi hermano —confesé.

Por una fracción de segundo, vi que su rostro se contraía. ¿Era rabia? ¿Decepción? ¿Recelo?

—Eso no es posible —respondió.

—¿Por qué? —grité apretando los puños—. ¡¿Por qué?!

Se levantó para alejarse de mí. Caminó hasta la ventana que daba a la noche de Alejandría. Y allí se quedó, dándome la espalda.

—Este es tu mundo ahora, Morgana —le escuché decir.

La furia me quemaba por dentro, pero al mismo tiempo no quería dejarme arrastrar por ella; no conseguiría nada por la fuerza.

Cogí las dos copas de vino que había sobre la mesa y me acerqué a él. La luz del faro iluminaba el agua, cubriendo la superficie con el brillo de las piedras preciosas. Cientos de barcos llegados de todos los rincones del mundo se mecían en el puerto: pentecónteros griegos, trirremes romanas, corbitas, dromones… Alejandría parecía tan próxima que incluso se podía sentir el aroma marino mezclado con el del papiro y el sándalo.

Le ofrecí su copa y él la tomó. La alzó y pronunció un brindis.

—Por la reina Morgana —dijo.

—Por el alfil Merlín —respondí yo.

Ambos bebimos. Un opresivo silencio nos envolvió. Estaba a mi lado, tan cerca, que percibí de nuevo la intensidad de su presencia. Él debió de sentir lo mismo, porque me arrebató la copa. Se dio la vuelta y la dejó en una repisa, junto a la suya. Me miró y, con un rápido movimiento, enterró su mano derecha en mi nuca, me atrajo hacia él y comenzó a besarme.

Aquello no se parecía en nada al beso liviano que me había dado el día que llegué a Ávalon. Me besaba como si fuese la última gota de agua en el desierto. Como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Era un beso intenso, que convocaba algo que hasta entonces dormitaba en mi interior. Me sujetaba la cintura con el antebrazo izquierdo, pegándome a su cuerpo. Podía medir, por la creciente intensidad de su respiración, cuánto me deseaba. Pero había algo más en su actitud, una especie de delirio.

Me aparté para observarle.

—¿Cómo me ves, Morgana? —murmuró, mirándome a los ojos—. ¿Me ves como a un hombre al que podrías amar?

De pronto tuve una certeza.

—No te fías de mí… —le susurré.

No era una pregunta.

—Tú tampoco de mí —confirmó, antes de atrapar de nuevo mi boca con la suya.

Seguimos besándonos, pero no podía apartar esa idea de mi cabeza.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? —repetía mi pregunta, mientras buscaba una respuesta adecuada entre la bruma del deseo—. Porque eres indómita.

—¿Es eso lo que te gusta? —pregunté, robándole el aire.

—Quizás. —Apartó un mechón de mi cabello y me apresó con sus labios el lóbulo de la oreja.

Sentí un escalofrío y eché hacia atrás la cabeza. Quería que siguiera y a la vez también quería desentrañar lo que estaba pensando.

—¿Ves a mi hermano cuando te marchas de aquí?

—Morgana…, por favor, para…

Sus labios me recorrían el cuello mientras pronunciaba mi nombre, casi con desesperación. Había comenzado a deshacer los lazos que quedaban a la altura de mi pecho y mordisqueaba mi clavícula. Anhelé el aire, incapaz de pensar.

—Morgana… —repitió—. Ahora mismo Britania está al borde del colapso. Y yo he vuelto a Ávalon. He vuelto a ti. ¿No es suficiente?

Su mano rozó mi pecho. Bajó por mi cintura, rodeó mi cadera y descendió para levantarme la falda. Acarició mi muslo. Sentí vértigo, pero quería que siguiera, aunque carecía de la información suficiente para saber a dónde conducía el camino que estábamos tomando.

A estas alturas ya he dejado de preguntarme hasta dónde hubiéramos llegado de no haber oído pasos aproximándose al otro lado de la puerta. Nos quedamos paralizados. Relajó la mano y mi falda se deslizó hacia el suelo un segundo antes de que Ganieda golpeara con los nudillos y entrara sin esperar a que le dieran permiso.

—La prensa de manzanas está dando problemas y lo mejor sería que…

Algo debió percibir por nuestra actitud, porque dejó la frase en suspenso. La sala estaba iluminaba únicamente por la luz del faro y por las velas que titilaban al lado de nuestra cena, ya fría.

—Disculpad, no sabía… —titubeó, evidentemente avergonzada.

—Tranquila. Yo ya me iba —aseguré.

Comencé a caminar en dirección a la puerta. Merlín me acompañó.

—Morgana —me susurró cuando estábamos bajo el umbral—, ¿quieres que vaya a visitarte esta noche?

El deseo que había sentido minutos antes comenzaba a desvanecerse. Su lugar lo ocupaba la idea, pegajosa e intensa, de que no nos fiábamos el uno del otro. Quizás era mejor esperar a que la confianza se instalara entre nosotros.

—No hay prisa —respondí también entre susurros—. En Ávalon disponemos de todo el tiempo del mundo.

Me alejé de su cuerpo.

—Buenas noches, Ganieda —dije elevando la voz antes de irme.

El hechizo se había evaporado.



En Ávalon, el tiempo no se computa con medidas humanas. No existe la vejez y la muerte no penetra, de manera que, desde el momento en el que puse un pie en la isla, perdí la cuenta de los años que habían transcurrido en el mundo de los que han de morir.

Una mañana en la que se celebraba el mercado de los goblins me acerqué para adquirir una ampollita de colorante olivar de Hispania después de la lluvia. Me había autoimpuesto la tarea de reescribir *Remedios y otras maravillas para cuerpos quebradizos y almas atormentadas* que el ceporro del obispo Paulinus lanzó al fuego, y necesitaba ese tono exacto para representar las bilis. Y entonces sentí que flotaba en el aire olor a forastero. Podía percibirlo, religado con el aroma del incienso, el anís y el amomo.

En ocasiones, tal y como me había dicho Merlín, algún humano se colaba sin querer en Ávalon. Al no tratarse de un espacio geográfico al que se tenga acceso de manera subterránea o subacuática, basta con introducirse en un círculo feérico, o con tropezar con una cabalgata de hadas, o con escuchar el canto de un pájaro para que la delicada barrera que separa los dos mundos se disipe. Las prímulas son especialmente sensibles a ese respecto. Hacen visible lo invisible y comerlas con gusto es un método seguro si se quiere ver a las hadas. Tocar una roca feérica con el número exacto de prímulas en un ramillete abre la puerta a Ávalon. Ahora bien, un error al contarlas aboca a una muerte segura.

Por lo general, los humanos que violan la intimidad de las hadas suelen recibir algún tipo de castigo; sin embargo, si se comportan

con respeto y cortesía, puede que regresen a su mundo con alguna recompensa.[73]

Caminé entre los puestos, recorriendo con la mirada a las personas con las que me cruzaba para localizar al intruso, hasta que sentí que algo me rozaba el vestido y se deslizaba entre mis pies. Se trataba de un perrito negro y asustado que gimoteó cuando lo alcé en brazos.

—¿De dónde has salido tú? —lo interrogué, observando sus ojillos castaños—. ¿Tienes sed? ¿Sí? ¿A que sí?

Me metí con él en la taberna del Dragón Verde, que se encontraba en la misma calle en la que se celebraba el mercado. Pedí una escudilla con agua y se la ofrecí. El perrito la aceptó gustoso. Justo en ese momento, escuché gritos en el exterior.

—¡Cabal! ¡Cabal!

Un muchacho de rizos rubios, de unos quince años, miraba por debajo de los puestos, silbaba y chascaba la lengua. Salí de la taberna y comencé a seguirle. Era él quien desprendía el olor a forastero. Repasé su anatomía con curiosidad. Iba vestido como un escudero. Tenía los hombros anchos, la cintura estrecha y las piernas bien torneadas. Cada vez estábamos más cerca. De pronto, sin esperarlo, se dio la vuelta y chocamos.

—Oh… perdón —se disculpó, haciendo una especie de reverencia que quedó en un torpe traspiés—. Estoy buscando a mi perro. ¿Lo habéis visto pasar? Es pequeño. Más o menos así. —Tanteó el aire, calculando las dimensiones con las manos—. Negro. Seguramente lleve la lengua fuera. ¿Lo habéis visto?

—No es sensato llevar un perro suelto en un mercado.

—Un sabio consejo, sin duda. —Detecté una sombra de ironía en sus palabras—. Pero he de informaros que no sé cómo ha llegado hasta aquí. Ni yo tampoco. Estábamos caminando por el bosque y de pronto… —Paseó la mirada por el mercado y lo señaló con teatralidad—. ¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? ¿Vos lo sabéis? —Bajó el tono de voz para susurrarme—. Esa mujer de ahí ha

intentado venderme un licor hecho con la sonrisa de juventud de mi madre. Me ha pedido un diente a cambio.

Tuve que contener una carcajada.

—Me parece un precio más que razonable. Las sonrisas de juventud de las madres son un bien preciado. ¿De qué mujer habláis? —pregunté elevando la barbilla, mirando a su espalda.

—La que está justo detrás de mí. La de cara de eriz…

Se dio la vuelta. Pero allí ya no había nadie. Estábamos solos. Me observó perplejo.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Dónde se ha ido todo el mundo? ¿Quién sois vos?

—Os devolveré a la criatura si adiviná is mi nombre[74] —respondí. Me estaba divirtiendo como hacía mucho que no lo hacía—. Disponéis de tres intentos. Si falláis… Bueno, el castigo es limpiar jaulas de grillos por toda la eternidad.

—Tampoco está tan mal. Donde yo vivo, si fallas un acertijo, te obligan a comer pastel de acelgas.

—Oh…, acelgas —respondí encogiendo la nariz—. ¡Menuda plaga!

—¿Y no podríais devolverme a Cabal sin más, como una persona razonable?

—¿Devolvéroslo sin más? *¿Razonable?* Suena un poco aburrido, ¿no os parece?

—Tenéis razón. Me gustan las adivinanzas como al que más. A ver…

Puso las manos en la espalda y comenzó a dar vueltas a mi alrededor, recorriéndome de pies a cabeza con la mirada. Se llevó la mano derecha a la barbilla y comenzó a acariciarla, como si se estuviera mesando una barba imaginaria, fingiendo concentración.

—Veamos… Vuestro nombre es: Majestad Nariz Altiva de los Bosques. ¿Acerté?

Lo miré con una mezcla de escándalo y diversión.

—Está claro que no queréis recuperar a Cabal —reí—. ¿Majestad Nariz Altiva de los Bosques? ¿Es eso un nombre o un insulto?

—Por vuestro porte elegante, supuse que sois una reina. Como he llegado hasta aquí atravesando un bosque, he creído que se trataba de vuestro reino… y, bueno, se me ocurrió que ya estaréis cansada de que alaben el índigo de vuestros ojos y decidí prestarle atención a la segunda característica más destacada de vuestro semblante. Pero ya paro. —Me mostró las palmas de las manos en señal de rendición—. Veo que vamos en serio y quiero recuperar a Cabal. A ver…, vuestro nombre es… Brunhilda de las Bestias Menores.

Lo miré fijamente, intentando mostrarme indignada, pero no pude contener la risa.

—¡Por Titania! ¡Es una genialidad! Creo que lo adoptaré como alias.

—¿Me devolveréis a Cabal entonces?

—No. Claro que no. Sois imprudente. Solo os resta una oportunidad.

—Esperad, creo que deberíais darme alguna pista… No sé. ¿Cuál es vuestro color preferido? ¿Cuál es vuestro árbol de nacimiento? Qué olor os gusta más, ¿el de las rosas o el del musgo?

—El rojo. El carpe. El del musgo, pero mi preferido es el de las hojas de menta prensadas en un libro de poemas. Y no os disperséis. Mi nombre —azucé.

El joven aspiró el aire con desesperación, como el que está resignándose a su destino.

—A ver…, vuestro nombre es… Vuestro nombre es… — repitió, justo antes de decir—. Estoy dudando entre Teodora de los Formalismos Caprichosos o Dama Distinguida Ladrona de Fierecillas. ¿Cuál me recomendáis?

—Me parte el corazón no poder ayudaros.

—Ya imagino… se nota que sí —musitó—. ¿Dama Distinguida Ladrona de Fierecillas?

Aguardé durante unos segundos, dibujando en mi rostro un gesto de sorpresa y disgusto, llevándome la mano a la boca, mientras abría mucho los ojos.

—¿He… acertado? —preguntó, también sorprendido.

Me eché a reír.

—¡No! Ese no es mi nombre. ¡Habéis perdido!

—Y, sin embargo, al pronunciarlo, nadie pondría en duda que se trata de vos.

—Sois un ser peligroso. Me dan ganas de concederos un ducado y a la vez de arrancaros la lengua. Y he de advertiros que ambas cosas están permitidas en este lugar —aclaré—. Es evidente que he ganado yo, pero también es cierto que no habéis suplicado, ni habéis intentado engañarme, ni me habéis llamado «bella flor» o cualquier otra necedad por el estilo. Además, no tengo intención de quedarme con Cabal. Debéis de ser un buen compañero si habéis estado dispuesto a seguirlo hasta aquí.

Me dirigí al Dragón Verde y cogí al perrito, que en ese momento estaba dormido sobre una silla. Cuando vio a su amo, salió corriendo y comenzó a dar saltos a su alrededor.

—Gracias —me dijo el muchacho entrecerrando los ojos y encogiendo la nariz, mientras el perro le lamía el rostro—. ¿Me diréis vuestro nombre ahora que tenéis constancia de que no soy un tramposo ni un necio, y de que Cabal se fía de mí?

—No.

—¿Por qué no?

—Tendría que mataros.

—Podríais decírmelo y yo olvidar que lo sé —insistió. Se puso serio. Parecía que había dejado de jugar, pero pronto recuperó el tono burlón—. Hagamos un trato. A cambio de vuestro nombre, yo os diré el mío. ¿No os seduce la propuesta?

—No.

—¿Puedo volver a este lugar?

—Quizás… Hasta que me aburra de vuestra presencia.

—Entonces, *quizás* —recalcó— me quede aquí para siempre.

—¿Tan divertido sois?

—Más que divertido, me gusta creer que soy ingenioso.

Reímos durante un rato hasta quedar en silencio, el uno frente al otro. Un silencio denso, pero no incómodo. El silencio que se

produce cuando dos personas se encuentran en el centro de un remolino de viento.

Y, de pronto, alguien vino a espantar toda la magia.

—¡Arturo! ¡Morgana! —gritó Lancelot—. No me puedo creer que os conozcáis.

---

70 Pyle, H. (2001). *El Rey Arturo y sus caballeros*. España: Ediciones Obelisco.

71 Es de sobra conocido el deseo de las hadas por adueñarse de criaturas humanas. Más allá de sentirse deslumbradas por la belleza de algunas de ellas (Lancelot era particularmente hermoso), hay diversas teorías sobre sus últimas motivaciones. Una sería la necesidad de incorporar sangre nueva a su debilitada raza feérica. Otra es la creencia de que los niños humanos raptados sirven para hacer frente al pago que cada siete años les exige el diablo. Son especialmente vulnerables los infantes que aún no han sido bautizados. El método habitual para hacerse con ellos es sustraerlos de sus cunas, dejando un sustituto en su lugar. En ocasiones, puede tratarse de un simple tronco de leña toscamente labrado con forma de bebé humano, al que dan vida sirviéndose de la magia. Pero el encantamiento suele durar poco y pronto se desvanece. Entonces, el niño sustituto parece morir y es enterrado, quedando el secuestro sin desvelar. Se conocen casos en los que las hadas han dejado en la cuna a una de sus criaturas feéricas que no se estaba desarrollando bien. En otras ocasiones, dejan a algún hada vieja, ajada y perezosa que ya nada tiene que aportar a la tribu para que sean los humanos quienes se ocupen de ella, alimentándola, mimándola, vistiéndola…, creyendo que en realidad se están ocupando de la crianza de su verdadera progenie.

72 Los primeros mapas astrales de los que se tiene conocimiento los trazaron los babilónicos en torno al 1800 a. C. Pronto relacionaron erupciones volcánicas, terremotos, inundaciones… con las evoluciones de los astros. Consideraban el universo como un todo en el que cada elemento estaba interconectado, influyendo en los demás. El descubrimiento de un cometa podía augurar desgracias como el fallecimiento de un rey magnánimo o el ascenso al poder de uno tiránico. Se creía que los eclipses anunciaban la llegada de epidemias o hambrunas.

73 En una ocasión, un viejo codicioso se encaprichó de una jarra de oro que se ofrecía en un mercado goblin, y decidió hacerse con ella. Subió a lomos de su caballo y se introdujo al galope en la feria. Al pasar por el puesto en el que se encontraba la jarra, se inclinó y la aferró al vuelo con la mano derecha. Se marchó de la misma manera que entró. A la mañana siguiente, cuando fue a contemplar su trofeo, vio que la jarra se había convertido en un sapo verrugoso. Y su brazo derecho quedó inútil por el resto de sus días. Aunque también existen ejemplos contrarios. En un antiguo relato, los goblins recompensan los buenos modales de un hombre convirtiendo en oro lo que parecía un pago en hojas secas.

74 A los entes feéricos les solaza sobremanera jugar con los humanos a adivinar el nombre. Son célebres los casos de Tom Tit Tot y Rumpelstiltskin.

16
ARTURO

«En los antiguos días del rey Arturo, de quien los británicos hablan con gran honor, toda esta amplia tierra era tierra de hadas».[75]

Los cuentos de Canterbury
GEOFFREY CHAUCER

Al parecer, Lancelot, en su empeño por ser nombrado caballero, llevaba bastante tiempo haciendo caso omiso a las recomendaciones de Merlín. No creía que hubiera nada más gallardo que poner en peligro su propia existencia por una caballerosa causa. Quería ser el héroe del que hablarán los bardos, aquel que derribase a gigantes y liberase a damiselas de castillos encantados. Quería demostrar su valía ante quienes de verdad pudieran valorarlo, pero, en un lugar tan plácido como Ávalon, sus belicosas ambiciones se veían truncadas. Así que, siempre que podía, abandonaba el maravilloso castillo en el que la Dama del Lago lo había criado (entre sedas y ambrosía) y huía al mundo de los que han de morir, feliz de enfangarse y hacerse chichones midiéndose con jóvenes que compartieran sus mismas inquietudes. Así conoció a Arturo.

Lancelot me contó más tarde la historia que se escondía detrás de la amplia sonrisa de azúcar y los verdes ojos de sal del muchacho. Se trataba de un niño abandonado. Lo habían criado el caballero Héctor y su esposa como si fuese su propio hijo. Aunque el amor no era tan grande como el que sentían por el que realmente llevaba su sangre, un muchacho llamado Kay, de manera que a este le esperaba un destino de caballero y a Arturo el honor de ser su escudero.

Pero Arturo era hábil con la espada, valiente y bien dispuesto, virtudes que resultaron determinantes para que Lancelot y él entablasen una buena amistad que no tardaron en compartir conmigo. Y con Cabal, por supuesto. Juntos los cuatro pasábamos las tardes en el prado que queda junto al lago de Diana. Ahora tenía a dos entrenadores en las lides caballerescas dispuestos a señalar todos y cada uno de los defectos que cometía en el ataque y la defensa. «Ponte más recta». «No, no bajes la mirada». «¡Cielos, Morgana, así no entrarás nunca en batalla!». «Menudo alivio», pensaba yo.

Cuando me aburría de tanta energía masculina, me sentaba en el césped y Cabal se tumbaba a mi lado, jadeante y feliz. Arturo siempre encontraba alguna excusa para abandonar también el entrenamiento, sentarse a nuestro lado y robarme las almendras, las nueces, las avellanas… o lo que fuera que yo estuviera picoteando en ese momento. Mientras tanto, Lancelot seguía ahí, inagotable, empuñando su espada de madera, desafiando a los árboles, sacudiendo mandoblazos a diestro y siniestro, como un gato intentando atrapar el haz de luz que se filtra por la ventana; mucho aspaviento para poco resultado.

Por mi parte, lo que más me gustaba eran las lecciones de resistencia, porque nos liberábamos de la ropa, nos quedábamos en camisa y nos lanzábamos a nadar en las cristalinas aguas del lago hasta agotarnos. Luego salíamos y nos tumbábamos en la hierba a comer manzanas mientras le buscábamos parecidos a las formas de las nubes.

Una de esas tardes en las que estábamos tirados a la sombra, como corderos sin pastor, volvieron a hablar del recurrente asunto de la situación de Britania. A tenor de sus comentarios, imaginé que la isla se encontraba tal y como la había dibujado Ganieda, pero esta vez parecía que Arturo y Lancelot la esbozaban sobre un pergamino que comenzaba a chamuscarse por los bordes.

—Deberían haberme investido ya caballero —se quejaba Lancelot (otra vez)—. El mando del ejército de Britania recae ahora en Lot de

Lothian, pero está obteniendo escasos resultados. El rey Úter ha convocado a los barones para reprocharles su tibieza. Y nosotros aquí —dijo dirigiéndose a Arturo—, mordisqueando briznas de hierba.

Lanzó con desprecio la que llevaba un buen rato mareando entre los dientes.

—Dicen que el rey ordenó construir una litera para que lo transportasen al campo de batalla, porque su enfermedad le impide moverse de otra manera —informó Arturo.

—Algo he oído —respondí yo con desgana.

De su última visita al mundo de los que han de morir, Merlín me había traído una de las espaciadas cartas que me escribía mi madre. Me contaba que ella y mi hermanastra Ana estaban solas en Tintagel. Los sajones tenían sitiada la ciudad de Verulam y Úter había partido hacia allí junto a su ejército. Lo transportaron en una litera de seda color cereza, bordada con hilos de oro. Con idea de infundirle ánimos, mi madre había decorado el habitáculo interior con algunos de sus tapices más elaborados; los que reproducían las gestas gloriosas de su marido.

Ya imaginaréis que leer el desarrollo de aquella historia me resultaba tan interesante, conmovedor y apetecible como sentarme bajo un aguacero a observar cómo brota un roble de una bellota. Mi mente dio forma a la imagen de un Úter abotargado, tumbado en su litera carmesí, recorriendo la campiña con su purulento pie en alto, abanicado por sus soldados, como una faraona egipcia.

—Los sajones lo vieron llegar, pero no se atrevieron a atacarle —siguió diciendo Arturo—. Les parecía indigno de grandes hombres medir sus fuerzas con un moribundo.

—Vaya…, no sabía que fuesen tan considerados —ironizó Lancelot.

Al parecer, los sajones habían visto tan mal al rey que se retiraron a la ciudad, dejando sus puertas abiertas, dando a entender que, con el líder de sus enemigos en semejante estado, no los consideraban una amenaza. Úter aprovechó esa debilidad y ordenó

sitiarlos y atacar las murallas. Aquello desató el infierno en Verulam. Los britanos estaban a punto de colarse por las brechas que habían logrado abrir en el muro cuando los sajones se dieron cuenta del peligro que eso suponía y ofrecieron resistencia. Desde la parte alta de las murallas les arrojaron piedras, flechas y aceite hirviendo. Ambos ejércitos estuvieron luchando hasta la caída del sol, momento en el que decidieron darse una tregua para descansar y replantearse la situación.

La arrogancia de los sajones podía haberles costado muy cara, así que decidieron dar un paso al frente. Antes del amanecer salieron en formación compacta, con la idea de alejar la batalla de la ciudad y enfrentarse a los britanos en campo abierto. Aquel día fue muy largo. Ambos bandos contaron cientos de muertos entre sus filas, hasta que Octa y Eosa, los cabecillas sajones, perdieron la vida. Entonces fue cuando sus hombres se dieron por vencidos.

—Los soldados cuentan que la alegría del rey Úter fue tan grande que recuperó de golpe la salud. Se incorporó de la litera y dijo riendo: «Esos ladrones me llamaban "el rey moribundo", pero prefiero estar medio muerto y vencer que estar sano y ser vencido» —narró con entusiasmo Lancelot.

—Si hay algo que me resulta sorprendente de los hombres, es su empeño en arreglar las cosas poniendo la muerte encima de la mesa —repliqué, asqueada.

—¿Y tú qué harías en una situación como esa? —preguntó Lancelot con displicencia—. ¿Lanzar un hechizo a los calzones del enemigo?

Reímos los tres.

—No deberías subestimar el poder persuasivo de un buen picor de trasero —me jacté.

—Has de reconocer, Lancelot, que en eso tiene razón —intervino Arturo.

—Tú no tienes criterio. Le das la razón en todo.

Arturo me miró sonriente, arqueando las cejas. Le devolví la sonrisa y entonces vi un cambio en sus ojos. Hizo una de esas

pausas previas a decir algo genuino, un pensamiento surgido del alma.

—Lo que quiero decir es…, bueno, ¿no habrá otra manera? —preguntó sin esperar respuesta—. ¿La solución es matar a mil jóvenes muchachos que vinieron a luchar porque les prometieron un pedazo de tierra en el que poder vivir? La tierra estará aquí para siempre, pero la vida es única y efímera.

Se hizo el silencio. Me gustaban esos silencios en los que incluso Cabal parecía reflexivo. Silencios que no tenían urgencia por ser espantados. Me gustaba pasar el tiempo con ellos. Me gustaban Lancelot y Arturo. Me gustaba Arturo.

Me gustaba Arturo.

Y una vez que acepté ese pensamiento, este se fue haciendo grande dentro de mi corazón.



¿Cuánto tiempo estuvimos Arturo y yo coincidiendo *de casualidad* sin que Lancelot nos acompañara? No podría decirlo con certeza, pero se convirtió en algo tan inevitable como las mareas o el baile de los astros en el firmamento. Nos encontrábamos en lugares poco transitados: el claro junto a los Campos Infinitos, donde crecen los dientes de león; o al lado del roble hueco que está en el bosque de Briosque; o en el meandro donde el río Fonteval es poco profundo y pueden verse las piedras azules del lecho.

Hablábamos de nada, pero también de todo. Del miedo, de la esperanza, de la vida y de la muerte.

—Llegas tarde —le dije cuando nos encontramos *por casualidad* junto al rosal del jardín del castillo de Chariot.

—O tú demasiado temprano. Eso nunca me queda claro. — Hizo una pausa mientras miraba en derredor—. Creo que nunca he estado aquí —dijo al fin—. O quizás sí. ¿He estado antes aquí, Morgana?

Lancé una carcajada. Me sentía feliz a su lado.

—Por supuesto que has estado. Siempre estás donde yo esté.

La brisa traía el aroma del mar, de las manzanas asadas y de la miel; aquello debió de resultarle familiar a Arturo, porque él también sonrió.

El jardín llegaba hasta el borde del acantilado. Desde allí tomamos el camino que serpentea entre brezos, aulagas y tojos en dirección a la playa. Tenía la certeza de que, en ese preciso momento, éramos las dos únicas personas que habitaban el mundo, y sentí un cosquilleo en el estómago. No hubiera querido estar en ningún otro lugar.

La cala se abría tras el descenso a una explanada de arena blanca, perfecta para dar paseos lánguidos, tumbarse a ver pasar a los cormoranes o recoger conchas. Nos descalzamos para caminar rumbo a la orilla. Habíamos perdido la vergüenza de desvestirnos delante del otro, así que Arturo se quitó la camisa y yo el vestido. Entramos en el agua, él cubierto con sus calzas y yo con mi túnica interior de lino fino.

—Esta noche he soñado contigo —le dije mientras avanzábamos, saltando las olas.

Él alzó una ceja y puso gesto interrogante.

—Quiero saberlo todo.

—Pues te diré que tenías el tamaño de un dedal, vivías en un tazón roto bajo un rosal, te lavabas la cara con el rocío de la mañana, les robabas migas de pan a los gorriones para desayunar y tu vecina era una lombriz que escribía versos trágicos sobre la humedad de la tierra.

—¿Qué diantres cenaste?

Me reí.

—Por favor, sigue. Quiero saber cómo salgo de esa. Y, sobre todo, quiero saber cómo permitían los gorriones que les robara el pan, con el carácter tan terrible que tienen.

—Llevabas un sombrero puntiagudo. Les parecías muy distinguido.

—Sabía que respetar el protocolo de Ávalon salvaría mi vida en algún momento.

Reímos los dos. El agua nos llegaba por la cintura y de reojo vi que unas gotas perlaban su pecho desnudo.

—Y tú, ¿qué has soñado? —le pregunté, apartando la mirada de ellas.

Echó hacia atrás la cabeza, cerró esos ojos verdes suyos y arrugó la nariz, como si estuviera sopesando la respuesta.

—Hummm…, pues lo cierto es que no sé si todo este lugar es un sueño. O si soy solo un personaje de uno de los tuyos —respondió al fin—. En cualquier caso, me preocupa desaparecer cuando despiertes. O, peor aún, despertar yo y que seas tú la que desaparezca.

Su voz estaba impregnada del tono burlón de siempre, pero había algo más. Estábamos lo bastante cerca como para haber traspasado ya las fronteras de la cautela y lo bastante lejos como para seguir fingiendo que entre nosotros no había nada más que una amistad.

Todavía estábamos a tiempo de salvarnos.

—Quiero probar el sabor de tu boca —dijo de pronto. Sonreía—. ¿Crees que sería posible?

—Vaya…, es un poco osado por tu parte —señalé, tanteando si estábamos de nuevo inmersos en uno de nuestros juegos de palabras.

—Ya me conoces. Me gusta el riesgo —respondió mirándome a los ojos, sin asomo de broma en su voz.

Era una de esas tardes perfectas en Ávalon: el cielo azul, el mar cristalino, las olas meciéndonos. Nos reflejamos en las pupilas del otro. Reparamos en las formas de nuestros rostros: las cejas, la curva de la barbilla, los labios entreabiertos…, y entonces lo supimos. Todo lo que habíamos vivido…, los caminos torcidos, los mapas ajenos…, todo nos conducía al momento en el que Morgana llegaba a Arturo y Arturo llegaba a Morgana.

Y además era viernes; el día perfecto para amarse.[76]

Me acerqué a él un poco más y pude sentir su respiración acariciando mi cara, agitando los mechones mojados de mi cabello. Quería que me respirara, introducirme en ese pecho salpicado de gotas marinas que ya me permitía observar sin cortapisas. Alcé la mano derecha y la coloqué en su cuello para acercar mis labios a los suyos. Aquel primer contacto, cálido y húmedo, despertó en mí la codicia.

Caímos desnudos en la orilla. Lamimos la sal en nuestras pieles. Recorrimos la geografía de nuestros cuerpos: colinas, valles, selvas, ríos… Murmuramos palabras que no alcanzaban a describir la intensidad del deseo. Sentí que formaba parte de mí. Era *él en mí*. Nos mecimos con los vientres unidos, y yo también deseé *ser en él*. Le acaricié el rostro, delicado y perfecto, contraído por el placer que mi cuerpo le provocaba.

Todo a nuestro alrededor era luz y silencio. El sol estaba fijo en el firmamento, la luna ya no agitaba las mareas, el universo había detenido sus movimientos para observarnos. Era imposible que, en ese momento, en algún lugar del mundo estuviera sucediendo una guerra. Nadie podía estar muriendo en ese momento porque nada malo podía pasar si Arturo y yo nos amábamos.

Y aquel mar, reino de divinidades, hogar de sirenas, selkies y tritones, proveedor de alimentos y perlas, el mismo que en ocasiones se enfurece y lanza zarpazos a las costas, el mismo que mece los barcos de los hombres si está de buenas o los arrastra al fondo si se le desafía, ese mar, fuente de belleza y ferocidad…, nos lamió los pies, los tobillos y los muslos, como un perrito faldero.



La Morgana que regresó esa noche al castillo de Chariot era diferente. El canto de los grillos sonaba en un tono más melódico y olía más puro el aroma de las flores. Caminaba descalza y el frescor de los escalones de piedra mordisqueaba mis pies. Ávalon era aún

más hermosa y sensorial estando enamorada. Aunque todo ese encanto se deshizo cuando llegué al salón y vi que Merlín estaba allí, esperándome.

—¿Dónde estabas?

La pregunta sonó como un reproche.

—Paseando por la playa.

Media verdad. Ninguna mentira.

—Tenemos que ir a Britania. Úter ha muerto. Considero adecuado que acompañes a tu madre en este trance.

Aun muerto tenía que venir ese hombre a opacar mi felicidad.



Partimos a la mañana siguiente. Merlín a lomos de su yegua blanca y yo a lomos de Taranis. Por el camino el mago me fue explicando que los sajones, tras perder a sus líderes en la última batalla, habían multiplicado su rabia. En su huida, habían atacado las provincias septentrionales y hostigado a sus habitantes. Úter se empeñó en perseguirlos, pero sus príncipes le habían disuadido. Si bien era cierto que la alegría de la victoria había espoleado su ánimo y revitalizado su quejumbroso cuerpo, a los pocos días su enfermedad empeoró y tuvo que instalarse en un palacio de Verulam. Mientras, sus hombres intentaron frenar los avances de los sajones por el norte.

Al enterarse de que el rey languidecía, sus enemigos tramaron un plan para terminar con su vida de una vez por todas. Se colaron en la ciudad disfrazados de mendigos y envenenaron el agua de la fuente de la que bebía. Además de Úter, también murieron otras cien personas que saciaban habitualmente su sed en el mismo lugar.

El óbito regio se celebraría en un monasterio cercano al Círculo de los Gigantes, donde recibiría sepultura junto a su hermano Aurelio Ambrosio. Llegaron obispos de todos los rincones del reino acompañados por su clerecía. Y también todos los reyes y príncipes

que le guardaban lealtad desde hacía años, junto con sus esposas e hijos.

Hacía más de siete años que no veía a mi madre. Seguía hermosa, esbelta, dignísima. Llevaba el cabello recogido en un moño. Vestía de negro y realzaba la blancura de su cuello con un collar de cuentas azabaches.

—Morgana… —suspiró al verme.

Lloraba, lloraba mucho, como no la vi llorar por mi padre.

—Lady Igraine —le dije antes de hacer una breve genuflexión.

Junto a ella había una joven, de unos catorce años, también llorosa y ataviada de negro de los pies a la cabeza, que supuse era mi medio hermana Ana. El ambicioso Lot de Lothian, un gigantón barbudo, sujetaba entre sus dedos callosos la manita que Úter le había prometido a cambio de su lealtad. ¿Era posible que me encontrase ante los nuevos reyes de Britania? Lo cierto es que eso se prestaba a debate. Al menos así pensaban un buen número de los allí presentes que se consideraban igual o más merecedores de hacerse cargo de esa responsabilidad.

Uriens, del reino de Rheged, por ejemplo, carecía del defecto de que adoleció Úter, pues él había sido capaz de procrear un hijo varón, un muchacho que ya tenía edad de luchar junto a su padre.

A las pocas horas de entregar el cuerpo del rey a la tierra, se abrió un agrio debate entre los prohombres. ¿Quién portaría a partir de ese momento la corona de Britania? Al parecer, Merlín tenía la respuesta.

—El hijo de Úter —proclamó.

Un murmullo recorrió la sala.

—El fallecido rey no tuvo hijos varones —clamó Lot—. Solo una hija legítima: Ana Pendragón. Mi prometida —precisó, por si no les había quedado lo bastante claro.

—Os equivocáis —insistió Merlín—. Úter tuvo un hijo varón, engendrado en el vientre de Igraine, viuda del duque de Tintagel.

—¡Un adulterino! —clamaron varias voces.

—¡No lo es! —interrumpió el mago—. Ese hijo fue engendrado pasadas tres horas exactas de la muerte del duque. El rey Úter se casó con Igraine un mes después. Entenderéis que las particulares circunstancias que rodeaban su nacimiento ponían en peligro la vida de la criatura, de ahí que Úter depositara en mí la responsabilidad de su custodia. El joven se ha criado lejos de toda intriga, con el alma limpia y ajena a cualquier conflicto.

El corazón me dio un vuelco: hasta el momento, nunca había puesto en duda que mi hermano fuese hijo de mi padre. Cuando llegó al mundo, yo era aún demasiado pequeña para llevar las cuentas de la gestación de una mujer. Con el paso de los años hice mis cálculos, al igual que antes lo había hecho todo el mundo: mi hermano nació durante el solsticio de invierno, de manera que tuvo que ser concebido a finales de marzo o principios de abril, cuando mi padre aún vivía. Úter y mi madre se casaron en mayo, pero, si tal y como estaba afirmando Merlín, ese niño era hijo de Úter, eso quería decir…

De pronto me vino el recuerdo de la noche en la que mi padre no parecía mi padre, cuando Britael me enseñó las reglas básicas del ajedrez. Esa noche, envuelta en un extraño duermevela, creí ver a Merlín sentado en el borde de mi cama. Y el llanto de la banshee, su terrible y dramático llanto, anunciando la muerte de mi padre, pese a lo incongruente que resultaba que aún estuviera vivo, delante de mis ojos, en el castillo de Tintagel. Entonces lo entendí todo. ¡Maldito Merlín!

Mientras tanto, el mago seguía justificando la legitimidad del hijo perdido, desbaratando las dudas de los escépticos.

—¡¿Y cómo sabremos que se trata del verdadero hijo de Úter?! —gritó Uriens. Se hizo el silencio.

—Debería bastaros con mi palabra —dictaminó—. Pero de sobra sé que no sois más que una pandilla de necios arrogantes, que necesitaríais meter el dedo en la llaga para creer, como Tomás, el apóstol.

Se alzaron algunas voces ofendidas, pero pronto quedaron silenciadas. Una corriente de viento helado, procedente de quién sabe dónde, hizo oscilar la luz de las velas, oscureciendo el salón. El ambiente se enrareció. Entonces Merlín se puso en pie. Cerró los párpados e inspiró el aire con ansia.

—En Londinium, ante el templo alzado —musitó con los párpados entreabiertos—, un yunque y una piedra he colocado.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿De qué está hablando? —se escuchó murmurar.

Pero Merlín continuó:

—De hierro será el yunque —elevando un poco el tono de voz, añadió—: por una espada atravesado. —Se tambaleaba, como si estuviese ebrio—. Firme es su hoja, labrada su hermosura, el filo en la roca es su sepultura. Más no habrá fuerza humana que extraiga esa hoja de forma temprana.

—Esto es una profecía… como la del dragón —se oyó decir.

Me vino el recuerdo de la estrella sobrevolando el cielo de Tintagel, preámbulo de todas mis desgracias.

—En la empuñadura, cual sacro patrimonio —Merlín hacía caso omiso a las voces que seguían preguntando. Continuó con su perorata—, letras de oro darán testimonio.

Y entonces alzó la voz para concluir.

Aquel que la espada logre sacar
por la voluntad de Cristo habrá de reinar.
Monarca en la tierra, elegido por el cielo.
Coronado con justicia, sin mácula ni duelo.

Tras la última frase, un par de mujeres perdieron el conocimiento. La corriente de aire frío desapareció, las velas volvieron a iluminar el salón y Merlín salió del trance. Los hombres comenzaron a discutir mientras él se desperezaba, se crujía los nudillos y picoteaba de un plato con dátiles, observando sin pasión cómo abanicaban a las damas desmayadas.

Tragué saliva para contener las lágrimas que pugnaban por brotar de mis ojos. Mi hermano, el maravilloso tesoro que acariciaba en mis sueños desde hacía años, convencida de que era carne y sangre de mi padre, era en realidad el hijo del responsable de su muerte. ¡Y yo había besado los labios del traidor que facilitó su concepción! No podía parecerme más repugnante.

Salí de la sala con el estómago revuelto. Avancé por el pasillo lo más deprisa que pude en dirección a las cuadras. Subí a lomos de Taranis y me alejé de allí.

---

75 Chaucer, G. *Los cuentos de Canterbury*, Ediciones Cátedra (Letras Universales), 2006; ed. Pedro Guardia Massó.

76 Tiw, dios de la guerra, le dio nombre al martes (Tuesday). Wednesday (miércoles) era el día del más grande de todos los dioses: Woden (Odín). Thursday (jueves) era de Thunor, el dios de los truenos. Y durante el viernes reinaba el amor, tanto por la Venus romana como por la diosa Frigg, que le daba nombre al Friday.

17
LIBERADA DE LA PIEDRA

«—Sabed que no hay mujer en el mundo que os ame tanto como yo;
así lo debo hacer, aunque no con amor carnal.
—Señora, pregunta el rey, ¿quién sois vos que según decís me amáis tanto?
—Señor, le responde, soy vuestra más cercana amiga.
Me llamo Morgana y soy vuestra hermana».[77]

La muerte del rey Arturo
ANÓNIMO

«El rey Arturo fue coronado en la tierra de las hadas».
JOHN LYDGATE

Regresé al castillo de Chariot como el que vuelve de librar una batalla. Todo lo que sucedía lejos de Ávalon ahora me parecía frío y cruel. En mi reino la realidad se mantenía a una prudencial distancia para no interferir en los anhelos más profundos. Sin embargo, sí había algo del mundo de los que han de morir que quería para mí: Arturo. Pero hacía ya varios días que no lo veía. Le pregunté a Lancelot, pero tampoco supo darme noticias de él. Como estábamos próximos al solsticio de invierno, tiempo de celebración de la Navidad cristiana, supuse que su ausencia podría estar relacionada con ello.

Intenté entretener la ansiedad ocupando las horas de luz en la revisión de los libros sobre medicina que había en la biblioteca. Quería ampliar la nueva versión de *Remedios y otras maravillas para cuerpos quebradizos y almas atormentadas,* en la que incluiría las propiedades de las hierbas prodigiosas que crecían en Ávalon.

Durante la noche, buscaba en el firmamento señales de lo que el destino nos deparaba a Arturo y a mí. Por el brillo especialmente intenso del Perro de Orión[78], intuí que pronto vería a Cabal. Las Pléyades, portadoras de advertencias, me prevenían de algo que no alcancé a entender. Y Arcturus, la estrella que llevaba su nombre, estuvo varias noches parpadeando, tan gigante y roja como era, lo cual indicaba que el velo que separa ambos mundos estaba fluctuando. Eso podía significar que Arturo iba a presentarse de un momento a otro, pero también que algo se lo impedía.

Sopesé nuestras posibilidades. Él era joven, valiente, de buen carácter, e igual de hábil montando a caballo que blandiendo una espada que debatiendo sobre injusticias. En Britania era un simple escudero. En Ávalon podría reinar a mi lado. Ni siquiera tuve que escrutar la viabilidad de esa hipótesis en las estrellas: así debía ser. En cuanto volviera, se lo diría.

Una noche, por fin, se presentó en mi alcoba. Lo vi distinto; parecía haber madurado. La imagen del hombre que caminaba hacia mí, murmurando mi nombre, poco se parecía a la del muchacho jovial de nuestro último encuentro. No me miraba con los ojos embelesados de siempre; su rostro denotaba deseo y urgencia. Nos abrazamos en silencio. Hundí la nariz en su pecho y aspiré su olor a hierba mojada y salvia. Me sentí pequeña y frágil cuando me recorrió el cuello con los labios. Aquella calidez hizo que mis huesos se volvieran de algodón. Nos desvestimos despacio, dejando que la ropa se ovillara a nuestros pies, y entonces me tomó entre sus brazos y me llevó a la cama. Nos frotamos el uno contra el otro, nos buscamos con las lenguas, enredados en las sábanas, sin nada que decirnos porque no nos hacía falta; los cuerpos hablaban por nosotros.

El sol comenzaba a asomarse cuando entreabrimos los ojos para sonreírnos, felices.

—Tengo que contarte algo que ha pasado. ¡Algo increíble, Morgana!

—Y yo tengo una propuesta —señalé, recostando mi cabeza en su pecho.

—Lo he dicho yo primero —respondió con tono infantil.

Levanté la mirada. Desde ahí podía ver la piel perfecta de su rostro, la pelusilla albina en las mejillas, como el halo de los ángeles, enmarcando la firmeza de su mandíbula. ¡Cuánto me gustaba! Casi casi dolía.

—Está bien… tú primero —rezongué fingiendo disgusto.

—Pues resulta que el rey Úter ha muerto. —Lo dijo con tanto entusiasmo que se apresuró en aclarar—. No es que me alegre de que el pobre haya muerto, pero es que eso ha dado lugar a una situación absolutamente impensable.

Me tensé. Aparté la cabeza de su pecho para incorporarme. Era oír el nombre de «Úter» y el alma se me encrespaba.

Arturo me explicó que el arzobispo de Canterbury había enviado mensajeros a todos los señores del reino y a cada uno de los gentiles hombres de armas, convocándoles en Londinium el día de Navidad. Su padre adoptivo, Héctor, y su hermano de leche, Kay, se contaban entre ellos.

—A Kay le hicieron caballero en Todos los Santos y yo, como escudero suyo, le acompañé. ¿Has estado alguna vez en Londinium, Morgana? —Negué con la cabeza sin dejar de mirarle. Estaba entusiasmado—. ¡Cuánta belleza! Los edificios son sublimes, pero la iglesia se eleva por encima de todos los demás. Es como si las murallas que rodean la ciudad estuvieran abrazadas por ella. No sé cómo explicarlo. Así de excelsa es.

Arturo me siguió contando que, antes del amanecer del día 25 de diciembre, ya se encontraban todos los prohombres del reino reunidos junto al templo, observando ojipláticos un inmenso bloque de mármol colocado ante la puerta. Sobre él había un yunque de acero, atravesado por una espada desnuda. Se hundía tan profundamente que llegaba hasta el corazón de la piedra. En la empuñadura, con letras de oro, estaba grabado lo siguiente:

Aquel que la espada logre sacar
por la voluntad de Cristo habrá de reinar.

—Imagina la sorpresa de todos, Morgana. La gente hacía preguntas, pero nadie respondía. Salió a la puerta el arzobispo para advertirnos de que nadie tocase la espada hasta que hubiésemos escuchado la misa mayor.

Al parecer, al terminar la ceremonia, el religioso dio la explicación que todos estaban esperando. Los habían citado el día de Navidad porque Jesucristo, que había venido al mundo para ser el rey de la humanidad, nació tal día como ese. De igual manera, se esperaba que el llamado a ser el nuevo rey de Britania se presentara ante sus súbditos en la misma fecha. Un clamor general recorrió el templo.

—El arzobispo dijo que sería la propia espada de la entrada la que determinaría quién debía reinar —siguió explicando Arturo—. ¡Solo había que sacarla del yunque! Cualquiera de los allí presentes podía intentarlo, pero advirtió que únicamente el hijo legítimo del anterior monarca lo lograría. Oh…, Morgana…, no te imaginas, se desató el caos. Todos los grandes caballeros querían probar suerte. Se formó un tumulto ante la piedra. Se empujaban unos a otros, se insultaban… Hubo incluso peleas a puñetazos y varios estuvieron dispuestos a batirse en duelo. Pero ninguno de los que lo intentaron logró mover la espada ni una pulgada. ¡Y algunos eran muy fuertes! Nada. Ni ese día, ni los siguientes. Así que, en espera de que llegara el hombre que lograra sacar la espada del yunque, los barones decidieron celebrar un torneo el día de Año Nuevo. Mi hermano Kay iba a participar, pero cuando quiso echar mano a su espada, la había dejado olvidada en la posada. Me rogó que fuese a buscarla. Y eso hice, pero al llegar, la puerta estaba cerrada. ¡Todos se habían ido a ver justar! No podía entrar en el establecimiento y no sabía qué hacer. Ese era el primer encargo realmente importante que tenía como escudero y fallaba en mi cometido. Entonces se me cruzó una idea por la cabeza. ¡Una locura, Morgana! Corrí al atrio de la iglesia. Tampoco había nadie. Miré la espada, ahí clavada y… y… sin más, lo

supe. ¡Lo supe! —El corazón se me iba a paralizar—. Me acerqué, aferré la empuñadura y tiré de ella. Salió sin oponer resistencia, igual que sale un cuchillo de un bloque de mantequilla y…

—¡No! —aullé.

Tiré de la sábana para cubrir mi desnudez. Me levanté de la cama, alejándome de él.

—Sí, Morgana, sí —seguía diciendo entusiasmado—. Como no me había visto nadie, supuse que no me creerían. Así que fui con la espada en la mano hasta el campo de justas. Me acerqué al pabellón donde estaba Kay y se la mostré, contándole lo que había ocurrido. Él me la arrebató. Fue a ver nuestro padre y le dijo… le dijo: «Padre, he aquí la espada liberada de la piedra, por tanto, debo ser yo el nuevo rey de esta tierra». Pero mi padre, como es lógico, no le creyó, porque habían dejado claro que el llamado a ser rey era hijo del fallecido Úter. Y él confiaba ciegamente en la fidelidad de su esposa. Así que comenzó a preguntar y a preguntar…, hasta que terminó por descubrir la verdad. Salió del pabellón para anunciárselo a los prohombres allí presentes y, por supuesto, tampoco ellos lo creyeron. «¿Cómo iba a ser un escudero el nuevo rey? ¿Cuándo se había visto algo semejante?», decían. Lo debatieron durante unos minutos y llegaron a la conclusión de que, efectivamente, se trataba de una situación sin precedentes.

Arturo estaba tan exaltado explicando cómo había descubierto que era hijo de Úter que no percibía mi angustia.

—Héctor propuso volver a colocar la espada en su lugar, con la idea de que esta vez hubiera testigos que pudieran corroborarlo —siguió relatando—. Y eso hicieron. Fuimos en tropel por las calles de Londinium hasta llegar a la puerta de la iglesia donde se encontraba el bloque de mármol. Introdujeron la espada en el hueco abierto en el yunque. Me dio miedo que esa vez no pudiera sacarla, pero volvió a pasar lo mismo: la extraje con facilidad. Como no se fiaban, me apartaron y volvieron a colocarla. Los hombres más fuertes lo intentaron de nuevo. ¡Nada! Entonces llegué yo y… ¡otra

vez! Cinco veces tuve que hacer la demostración. ¡Cinco! Hasta que al fin vino el arzobispo a confirmarlo.

—¡No! —Volví a gritar—. ¡No puede ser!

Con una mano aferraba la sábana a mi pecho y con la otra me mesaba los cabellos, caminando de un lado a otro de la habitación. No podía creerlo.

—Sí, Morgana. Se postraron ante mí. Y entonces Héctor confesó delante de todos que Merlín me había entregado a él sin darle información alguna sobre mi origen, siendo yo una criatura de pecho. El mago de vez en cuando nos visitaba y hablaba conmigo. Me preguntaba cosas rarísimas, pero yo no tenía ni idea…

—No… no… no…

—Sí, Morgana, ¡soy el rey de Britania! Y si ahora mismo no estuviera en paños menores, te pediría que me hicieses el honor de convertirte en mi reina.

—¡No! No puedo ser tu reina, Arturo. —Lo miré con una pena infinita.

Regresó a mi memoria el recuerdo de aquel bebé bellísimo al que había querido tanto; al que aún quería tanto. Había añorado su regreso como se añora la lluvia en otoño o el sabor de las frambuesas en enero. Y ahora volvía a mí convertido en el hijo del dragón.

—Sí… sí puedes serlo. Podemos hacer lo que queramos…, supongo. ¡Ahora soy el rey! —se carcajeó.

Me senté en la cama y lo miré de frente. ¿Cómo no lo vi antes? Ahí estaban los iris verdemares de lady Igraine, salpicados de pequeñas motas rojizas. Esas pecas en su espalda. Y el cabello. Sí, era dorado, pero, dependiendo de cómo le diera la luz, tornaba a cobrizo. ¿Cómo no lo vi? ¡¿Cómo no lo vi?!

—Oh… Arturo… —gemí—. No puede ser. Yo ya te quería antes de amarte.

—¡Yo también! Soñaba contigo. Y cuando te vi en el mercado…

—¡No! ¡No lo entiendes! —le interrumpí gritando—. Eres el hijo de Úter Pendragón y de lady Igraine.

—Lo sé… Merlín me explicó todo…

—No… no te ha explicado todo. Lo que no sabes —seguí diciendo— es que yo soy la hija que lady Igraine tuvo con su primer esposo.

La sonrisa entusiasta que había lucido desde que nos despertamos se borró de golpe del rostro de Arturo. No creo que alcanzase a entender el enorme lío en el que estábamos metidos. Me vinieron a la memoria un puñado de ejemplos bíblicos: Amón y Tamar, ambos engendrados por el rey David; Abrahán y Sara; Lot y sus hijas… Aquellos encuentros incestuosos siempre acababan fatal.

Arturo quiso acercarse a mí para abrazarme, supongo que con la intención de acunar mi llanto.

—¡No! ¡No me toques! —exclamé, alejándome de él como si tuviera la peste—. No podemos volver a tocarnos. Tenemos que mantener en secreto lo que ha pasado. Nadie debe saberlo.

—Morgana, por favor…

—¡Vete! —ordené—. Contigo delante no puedo pensar. Vete…

Se vistió despacio. En silencio, caminó en dirección a la puerta. Antes de aferrar el pomo, se volvió para mirarme.

—Yo te amo, Morgana. Sea lo que sea que tienes que pensar, quiero que tengas eso presente.

—Márchate, por favor. Déjame sola.



Quiso el burlón destino que justo acabara de encontrar, en el fondo de un cajón, el anillo de Giges[79], cuando Merlín se presentó sin avisar en mi gabinete. Estuve tentada de colocármelo en el dedo y desaparecer. Pero no fui lo bastante rápida, ya me había visto. Lástima.

—¡Qué agotador me resulta tratar con todos esos zafios! — espetó antes de derrumbarse sobre uno de los divanes—. Ahí los tienes, peleándose por la corona como perros rabiosos. ¡Cómo lo

complican todo! Con lo sencillo que sería que se limitaran a seguir mis instrucciones. —Suspiró y, acto seguido, añadió con despreocupación—: Por cierto…, te fuiste sin avisar.

Lo observé en silencio, intentando hacer acopio de entereza. La personalidad de Merlín se desvelaba poco a poco ante mí; siempre tan seguro de lo indefectible e irreprochable de sus métodos. Ni siquiera se había dado cuenta de que haber descubierto su necesaria participación en la concepción de mi hermano iba a marcar un antes y un después en nuestra relación.

—A veces me dan ganas de matarlos a todos —indicó juntando las manos, con un descriptivo movimiento que sugería que los estrangularía gustoso.

—Deberías hacerlo —sugerí, arqueando la ceja izquierda—. ¿Quién te lo impide? Podrías transfigurarte y colarte en sus castillos en mitad de la noche. Hacerte pasar por alguno de los criados y envenenar sus copas de vino. O por sus esposas, para apuñalarlos mientras descansan tranquilamente en su lecho. Idear conspiraciones es uno de tus mayores talentos. Algo se te ocurrirá para deshacerte de ellos sin mayores consecuencias…, como hiciste con mi padre.

Noté cómo el cuerpo se le tensaba. Se incorporó. Parecía incómodo por no haber previsto esta situación y no tener preparado un buen discurso con el que atajarla.

—Oh…, Morgana —dijo al fin—. Quizás debería haberte hablado antes de esto.

—¿Tú crees?

—Sí. Claro que sí. —Era evidente que no había captado el tono irónico de mi pregunta—. Morgana…, las experiencias humanas que has experimentado a lo largo del tiempo pueden parecer determinantes. Y quizás lo sean en la vida de una persona normal, pero, en tu caso, son solo anécdotas. Detalles sin importancia. Creí que ya te habrías dado cuenta.

—¿Detalles sin importancia?

—Sí… sí…, sin duda lo son —insistió—. Llevas siglos empeñada en salir de Ávalon. Y puedes hacerlo…, claro. Eres libre de hacer lo que quieras. Pero te pasan cosas cuando te relacionas con ellos. Los que han de morir, seguramente asustados por lo efímero de su existencia, desaprovechan sus vidas dictando leyes absurdas que dan lugar a sueños frustrados que se les enquistan por dentro. Y luego pretenden que otros paguen por sus padecimientos. Todo ese fracaso nada tiene que ver con nosotros.

—¿De qué hablas?

—Ávalon te ha perdido tantas veces…, tantas… —Se puso de pie y comenzó a recorrer el gabinete de un lado a otro, con las manos detrás de la espalda—. La primera en los tiempos en los que las sirenas aún tenían alas. Parténope[80], que siempre fue muy rebelde —aclaró—, se alejó de Ávalon volando y cantando, con esa voz deliciosa que heredó de la madre. Pero ya sabes cómo son las Musas: se negaban a compartir el escenario del Olimpo, así que le arrancaron las plumas. Todas. No le dejaron ni una. Avergonzada, se recluyó en una isla apartada, recortada por acantilados. Y allí siguió cantando, hechizando a los marineros, que se lanzaban contra las rocas como polillas a una lámpara de aceite.

Un recuerdo volvió a mi memoria.

—Pero entonces pasó por allí el barco de Ulises —musité—. Circe le había avisado, así que taponó los oídos de sus hombres con cera. Y él se ató al mástil. Lograron sortear el peligro. La voz de Parténope se fue desvaneciendo, hasta quedar silenciada definitivamente.

—Ya sabes que si una sirena no logra seducir con sus cantos a un mortal, su destino es la muerte —añadió Merlín—. Las corrientes marinas arrastraron su cuerpo hasta una playa cercana. Allí la encontraron unos pescadores. Le dieron sepultura y levantaron junto a su tumba un templo y una ciudad[81]. Te empeñaste en recuperar el sonido de su canto, el que se había quedado atrapado en los acantilados. Y desapareciste de Ávalon durante años.

—No quería que el eco de su voz siguiera provocando la muerte de más personas —susurré.

—La siguiente vez que te marchaste, fue para buscar la espada que Sedna le robó al espíritu del mar. Una espada poderosísima, forjada en Ávalon. ¡Qué terrible fue aquello! ¡Cuánto drama! —se quejó, elevando las manos por encima de la cabeza—. Esa alocada joven era más curiosa que juiciosa. Abandonó el hogar paterno para fugarse con un marinero carente de virtudes que pudieran apreciarse a primera vista. Sedna no tardó en darse cuenta de que además era mezquino, egoísta y mal conversador, de manera que decidió abandonarle. Pero no lo hizo con las manos vacías: se llevó con ella una espada prodigiosa que el marinero escondía entre pieles de oso. El padre de Sedna fue en su busca, la recogió en su barca y juntos navegaron rumbo a la casa familiar. En mitad del trayecto, las olas se rebelaron: el mar reclamaba la espada. Al padre se le ocurrió que la mejor manera de aplacar su ira era lanzando a Sedna al agua, pero ella insistía en sobrevivir y se aferró al borde de la barca con ambas manos. Entonces el padre tomó la espada y con ella le cercenó los dedos de un solo tajo certero. De cada uno de ellos nacieron focas, ballenas, morsas… y todas esas criaturas de cuerpo fusiforme que ahora nadan en el agua fría. El padre tiró al mar la espada, horrorizado por lo que había hecho. Y tú fuiste en su busca, con el peligro que eso suponía…

—La encontré. El espíritu del mar me la dejó en custodia —murmuré—. Está en el castillo de la Dama del Lago.

Merlín asintió con pomposidad.

—Y la siguiente vez… quisiste recuperar un beso.

—¡¿Un beso?!

—Un beso asesino. Un beso que no era tuyo ni mío —me aclaró—. Se habla poco de eso, pero las sirenas no tienen alma. Y a la mayoría no les importa. Pero a Ondina sí. Ondina se negaba a aceptarlo; siempre fue muy testaruda. Según las leyes antiguas, si una sirena se enamora, recibe un alma, pero a cambio pierde su inmortalidad. Como Ondina era más corazón que instinto de supervivencia, eso le dio igual. Le pareció un módico precio a pagar

si a cambio podía pasar los años que le restasen de vida al lado del hombre al que amaba.

—Y un día lo encontró en brazos de otra —recordé—. Cuánto daño le causó eso a Ondina… Le partió su alma recién estrenada en mil pedazos.

—¡Qué se puede esperar de un humano! —respondió Merlín encogiéndose de hombros, sacudiendo la cabeza con resignación.

—Ella no lloró, ni gritó, ni le pidió explicaciones —seguí diciendo—. Solo esperó a que se durmiera. Se inclinó sobre él y depositó en sus labios un beso. Un beso tierno, dulce, lleno de ternura, dolor… y muerte. El beso lo dejó sin aliento. Quedó adherido a los labios del hombre, que se lo llevó a la tumba. Pasaron los años. La humedad se coló en el ataúd, arrastrando el beso, que se filtró a la madera y de ella a la tierra. Acabó por destilarse en un río subterráneo. De ahí pasó a otras corrientes de agua. Al final, la esencia de aquel beso quedó a la deriva, flotando en lagos, ríos, mares, océanos… Cualquiera que estuviera nadando en esas aguas podría tragárselo en un descuido y acabar muerto —justifiqué.

—Volviste a desaparecer —dijo Merlín con resignación—. Lo último que supimos de ti es que te habían hecho santa.

—Me hicieron santa…

A mi mente regresaban lejanísimas imágenes de redes, vidrieras de colores, velitas e incienso.

—¿Recuerdas la historia del rey Eochaid y Etain que te conté de niña, cuando te enseñé a jugar al ajedrez?

—¿La noche que te hiciste pasar por Britael? —Era una pregunta capciosa—. ¿Cómo podría olvidarla?

Él arrugó el ceño antes de seguir hablando.

—Naciste de esa unión. Te llamaron Liban. Pero en el año 90 de la era cristiana, una fuente sagrada de vuestro reino se inundó. Las aguas te arrastraron junto a tu perrito Branán. Os salvasteis milagrosamente al alcanzar una cueva subacuática. Aprendiste a respirar agua, te brotó una cola escamosa y a Branán lo convertiste en nutria, para que pudiera acompañarte. Pasasteis más de

trescientos años nadando de Hibernia a los mares del norte y al contrario. El cristianismo ya se había asentado en la zona y un día, san Conmgall y uno de sus clérigos, Beoc, se embarcaron rumbo a Italia para hacer unas consultas al papa. En mitad de la travesía, Beoc escuchó una voz melodiosa que brotaba de las profundidades marinas. Pensó que eras un ángel. Pero tú enseguida le sacaste de su error. Te presentaste de forma oficial y le hablaste de tu aventura. Te pescaron y te llevaron a tierra firme.

—¿Me pescaron? ¿Y qué pasó con Branán?

—Escapó. Ya se había acostumbrado a la caricia de las olas, a comer pescado y a surcar los mares.

—Me parece lógico.

—Y más que te lo va a parecer cuando sepas los tiras y aflojas que se formaron cuando llegaste a tierra firme. Todos se consideraban tus dueños. San Comgall alegaba que te habían capturado en la parte del mar que dependía de su diócesis. Beoc, en cambio, pensaba que eras de su propiedad, ya que en un primer momento te habías dirigido a él. Incluso el capitán del barco te reclamó para sí.

—No puedo creerlo.

—Así son los humanos, Morgana. —Suspiró, encogiéndose de hombros—. No duraste mucho. Ya habías perdido la práctica de respirar fuera del agua y la piel se te secaba. Te fuiste marchitando hasta morir. Devolvieron tu cuerpo al mar y llegaron a la conclusión de que eras una santa, así que decidieron levantar una iglesia en tu honor. Tallaron en madera tu imagen pisciforme, policromaron tus cabellos y tu cola, colocaron una aureola de oro en torno a tu cabeza y bordaron un manto con corales y madreperla que depositaron sobre tus hombros. Ese manto es lo único que pude recuperar de ti cuando fui en tu busca, al conocer por los bardos la historia de la sirena santa. Antes de que dejases el mundo, te bautizaron a la usanza cristiana con el nombre de Muirgen[82].

—Nacida del mar…

—¡Imagina mi sorpresa cuando supe que la hija del duque de Cornualles se llamaba Morgana! ¡Morgana! Casi ni podía creerlo. ¿Era cierto? ¿El mar te había devuelto al mundo de los que han de morir?

Al escuchar mi nombre, salí de la ensoñación a la que me había arrastrado la voz del mago. Me volvió el palpable recuerdo de Tintagel, del miedo y del engaño. Aquello era real para mí. Era mi vida. Mis sentimientos. No iba a permitir que Merlín invalidase el amor de mi padre, ni que decidiese lo que era o no importante en la historia de mi vida.

—¿Intentas decirme que la muerte del duque fue un «detalle sin importancia»? —grité.

—¡Eso ya estaba decidido! Nada tenía que ver conmigo. — Él también alzó la voz. Guardó silencio unos segundos, respiró y se serenó—. Poco podía hacer, más allá de intentar suavizar el golpe. Úter estaba obsesionado con Igraine. Hubiera arrasado Cornualles para conseguirla, con o sin mi ayuda. Habría entrado en el castillo de Tintagel y os habría matado a todos. Ese hombre no iba a pararse ante nada ni ante nadie. Algún día te darás cuenta de que, cuando las cosas se hacen a mi manera, todo es más sencillo.

—¿Era más sencillo si mi padre moría?

Se aproximó a mí. Me sujetó por los brazos, obligándome a mirarle a los ojos.

—Tu padre es Affalach, el espíritu soberano de la isla sagrada de Ávalon. Y tú eres la diosa Modron. Pronto el barniz de humanidad con el que te has recubierto todos estos años terminará por descascarillarse y entonces el duque de Cornualles, Tintagel, lady Igraine, Úter Pendragón… serán solo un sueño lejano. Esta es tu realidad. Ya estás en casa. Despierta. Ávalon te necesita.

Seguimos manteniendo la pugna visual un buen rato, con los rostros apenas separados por la distancia de un suspiro. Forcé un gesto de conformidad, esperando que su clarividencia no le permitiera descubrir lo que en verdad estaba pensando. Cuando sus ojos se posaron en mis labios me alejé de él.

—Así sea —dije, dando por finalizada la conversación.

De ese encuentro había sacado valiosísimas conclusiones.

La primera, que Merlín siempre iba dos pasos por delante de todos, lo cual exigía que yo fuese lo bastante astuta como para ir un paso por delante de él.

La segunda era aún más interesante: lady Igraine no mintió al decir que el mar me había depositado en la playa en la novena ola.

Y esa certeza me llevaba a la tercera conclusión: Arturo sería mi hermano ante los ojos del mundo de los que han de morir, pero carnalmente no lo era.



Merlín nos convocó a ambos en su torre a los pocos días. El mago no tenía ni la menor idea de que Arturo y yo nos conocíamos, así que nos presentó, endulzando su discurso con bonitas palabras sobre el amor fraternal y nuestro glorioso destino.

Arturo se inclinó ante mí, con esa mezcla de dulzura y reverencia que lo hacía tan adorable.

—Hermana mía —musitó antes de depositar en mi mano un beso que duró más que un milagro.

—Hermano mío… —respondí, con el calor de sus labios latiendo en mi piel.

Cuando se incorporó, nuestros ojos se encontraron y no hizo falta decir más. Todas las dudas que había sentido los días anteriores sobre cómo debía actuar con la información que ahora tenía se disiparon. Arturo no heredaría el odio que sentí por su padre. No me alejaría del que siempre había considerado mi familia. No iba a consentir que, ni Úter, ni Merlín, me robaran eso también.

La voz del mago espantó el silencio, como si hubiera lanzado una piedra del tamaño de la cabeza de Goliat a un estanque. Como siempre, parecía convencido de que la historia se inclinaba para obedecer sus deseos.

—Al fin estamos en el punto exacto en el que nos quería el destino —proclamó con voz sentenciosa—. A partir de este momento, vuestros caminos han de transitar en paralelo. Sois los llamados a poner en orden lo que hay que ordenar: el caos, la corona y la memoria de nuestros ancestros. Tomemos asiento.

Sirvió tres copas de néctar de lo nunca, un licor color zafiro hecho con gotas de rocío recogidas en Samhain y con la infusión de una planta llamada «mnemelís» (rarísima. Solo crece entre los dos mundos). No tiene alcohol, pero alegra igualmente el espíritu, porque trae a la memoria recuerdos felices que jamás se han vivido.

—Puede que no me creáis, pero os he prestado más atención de la que hubiera dedicado a unos hijos nacidos de mi carne.

Tuve que contener una carcajada. Efectivamente, era como el padre que quiere ofrecer a sus hijos lo que considera mejor para ellos, aunque para conseguirlo tenga que traicionarlos.

—Os necesito unidos. Vosotros dos sois la única esperanza de que Britania vuelva a sus orígenes. Arturo —se dirigió a él—, el destino te ha elegido para unificar los reinos y expulsar a los extranjeros de nuestras tierras. Antaño, Britania era un país encantado. Reyes feéricos correinaban con reyes humanos. Vivían en castillos llenos de tesoros maravillosos, solo disponibles para los que no ansiaban poseerlos. Había miles de torres livianas como plumas recortándose en el horizonte, mucho más impresionantes que esta en la que nos encontramos. Las banderas de Ávalon y Britania se fusionaron y ondeaban en ambos mundos con orgullo. En las plazas había estatuas con las figuras de los gloriosos caballeros y las ilustres damas, célebres por sus logros en uno y otro lado. Y criaturas como dragones, centauros y mantícoras se paseaban por las calles como si tal cosa. Britania no podrá reconstruirse sin la magia de Ávalon. —Se volvió hacia mí, antes de continuar hablando. Le sostuve la mirada—. Pero la magia es rencorosa. Le cuesta olvidar cuando la defraudan. Morgana, tú serás la encargada de extender el bálsamo que repare esa herida. Abrirás los caminos que en el pasado unían los dos mundos y que ahora están ocultos por la maleza. Y tú,

Arturo, te encargarás de que solo las almas nobles puedan atravesarlos.

—¿Y cuál será tu papel en todo esto, Merlín? —le pregunté.

—Yo seré el puente que os una. Si Ávalon y Britania se funden o entrelazan demasiado, acabarán por devorarse. La magia no soporta las rígidas leyes de los que han de morir, y la razón humana enloquecería si llegase a absorber la onírica lógica del mundo feérico. Me encargaré de medir la distancia necesaria. Os mantendré unidos, pero no juntos. Es la única manera de que ambos mundos sobrevivan. Me quedaré observando, con orgullo de padre, cómo os convertís en leyenda.

No había apartado mis ojos de él mientras hablaba. Era interesante ir descubriendo sus manipulaciones y, al mismo tiempo, ser consciente del envoltorio de hermosas justificaciones con el que las revestía. Merlín quería ser un puente, sí, pero también quería cobrar tributo en uno y otro lado. Quería ser el cortesano sigiloso que nunca elige bando para poder influir en ambas cortes. Esa ambigüedad le hacía fascinante a los ojos de ambos mundos porque parecía que se unía a nosotros por un afecto genuino pero peligroso.



Al día siguiente se extendió una fina neblina sobre el lago de Diana. No se trataba de una niebla común, sino que parecía plata vaporizada o aliento de cisne, la clase de niebla que solo aparece cuando el mundo de los hombres se vuelve permeable. El nuevo rey de Britania se iba a legitimar ante Ávalon.

Arturo me estaba esperando en la orilla, junto a Merlín. Ahora que conocía sus orígenes pude distinguir la herencia de lady Igraine: esa belleza que se ensombrecía ante el mínimo asomo de nostalgia. En ese momento, los contornos de su rostro eran más angulosos, como si ya comenzara a reflejarse la responsabilidad depositada sobre sus hombros.

Nos subimos a la barca, tejida con hojas de fresno, costillas de sauce y con los cabellos de todos aquellos que aspiraron en algún momento a reinar sin llegar a conseguirlo. Era tan estrecha que, de perfil, parecía el arañazo de una sombra, de manera que yo me situé en la proa y Arturo se colocó a mi espalda. Aquella barca no necesitaba remos, ni velas, ni brisa; navegaba sola sobre un surco abierto por las propias aguas. Se asomaban a la superficie las hermosísimas gwragedd annwn, los grindylow, los kappas, las delicadas asrai… para corear a nuestro paso canciones que hablaban de viejas glorias y de profecías a punto de cumplirse.

—El lago de Diana se abre para nosotros —le informé, volviendo ligeramente el rostro.

—No deberías hablar en plural, sabes que se abre porque tú estás aquí.

—Ser el rey de Britania es un honor…, parece ser.

—Un honor que cuesta muy caro…, parece ser —musitó, colocando su mano sobre mi hombro.

Cedí a la tentación y acerqué mi mejilla. Aquel sutil contacto me hizo dudar. ¿Podríamos huir? Lejos. Donde nadie nos conociera, donde nadie esperase grandes sacrificios por nuestra parte. ¿Podríamos ser felices así? O acabaríamos dudando. ¿Era de verdad un honor ser quienes éramos? Si era cierto lo que decían los bardos, si yo era una criatura de afectos inconstantes, ¿por qué me dolía tanto el corazón en ese momento? ¿Por qué me costaba respirar?

No me dio tiempo a seguir explorando esos pensamientos; nos acercábamos a la Isla Escondida. Allí estaban Melusina y Circe, con su séquito de bestiecillas y elfos, observándonos desde la orilla. Lanzaban pétalos de rosa que, al tocar la superficie, cambiaron la densidad del lago. Seguía transparente, pero espesó hasta adquirir la consistencia del mercurio.

Sin previo aviso, emergió de entre las aguas el brazo nacarado de la Dama. Empuñaba una espada que parecía un fragmento de la propia aurora. Su filo no reflejaba la luz: la emitía, brillando como

treinta antorchas alimentadas con aceite de nuez. La espada que Sedna le robó al espíritu del mar.

Me arrodillé para cogerla y se la ofrecí a Arturo. La sujetó por la empuñadura y el peso del acero pareció aligerarse, adaptándose al hueco de su mano. Poco tiempo atrás, esa misma mano se había adaptado a mi cuerpo.

Sus manos en la curva de mi cadera, en mis senos, en mi cintura…

—Excalibur[83] —informé, espantando el recuerdo—. Forjada por Gofannon[84] en la fragua del otro mundo. Con ella expulsarás al enemigo y unificarás Britania. Y así ha de ser, porque se ha labrado como manda la tradición, al son de cánticos que profetizan la gloria eterna. Es más ligera y manejable a mediodía. —Y susurré—: Es solo un préstamo; en el momento de tu muerte, deberás devolverla al lago.

Escuchar esa frase saliendo de mis labios me asustó. Lejos de Ávalon, él era un simple mortal.

—Arturo —musité.

No quería que me viera llorar, así que me agaché para tomar la vaina que había depositado en el fondo de la barca. La había confeccionado con mis propias manos, aprovechando el manto de terciopelo que los humanos bordaron con corales y madreperla para cubrir la imagen de santa Muirgen. Añadí un dragón con escamas de oro que se enroscaba en espiral y que intentaba atrapar con la boca una manzana de rubí, símbolo de amor, pasión y valentía. Coloqué dos zafiros en sus ojos para infundirle sabiduría, protección y nobleza, y pequeñas amatistas en el revuelo de sus alas, que convocan la templanza.

—La vaina vale diez espadas —le informé—. Mientras la lleves contigo, no sangrarás, por muy profunda o grave que sea la herida que te inflijan.

Se la ofrecí con el mismo gesto reverencial. Al tomarla, los dedos de Arturo me rozaron la mano. Fue un contacto acompañado de una intensa mirada. Escuché que una voz en mi cabeza decía:

«Huyamos». Y leí en sus ojos un: «Pídeme que huyamos». Pero ninguno de los dos pronunció palabra alguna y el sonido de los cuernos desde la orilla reclamó nuestra atención, devolviéndonos a la realidad del momento.

La barca reanudó su marcha.

Arturo introdujo a Excalibur en la vaina y colgó el conjunto en su cinturón. Suspiró antes de hablar.

—Pesa demasiado —dijo—. Solo no podré… No voy a poder… No me dejes solo, Morgana.

—Jamás. Siempre estarás donde yo esté —le aseguré antes de alcanzar la orilla, en la que nos esperaba Merlín.

---

77 *La muerte del Rey Arturo*. (1996). España: Alianza Editorial.

78 Homero hizo alusión al influjo de los astros en *La Iliada* con una predicción sobre el Perro de Orión, nombre por el que era conocida desde tiempos antiguos la estrella Sirio. Dijo así: «EI anciano Príamo fue el primero que con sus propios ojos le vio venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos entre muchas estrellas durante la noche obscura y recibe el nombre de Perro de Orión, el cual con ser brillantísimo constituye una señal funesta porque trae excesivo calor a los míseros mortales».

79 El anillo de Giges aparece en *La República* de Platón. El personaje Glaucón reflexiona sobre la naturaleza de la justicia. Según el relato, un pastor llamado Giges descubre una tumba. En su interior, encuentra el cadáver de un gigante que lleva un anillo. Giges lo coloca en su dedo y descubre que vuelve invisible a su portador. Aprovechando esa circunstancia, seduce a la reina, asesina al rey y toma el trono. Se trata de una fábula que plantea una pregunta: si los actos no tuvieran repercusiones punibles, si no se temiera contravenir las leyes o no se sufrieran las consecuencias del juicio de la sociedad, ¿seguiríamos comportándonos éticamente?

80 Hija del dios-río Aquerloo y de Calíope, nombre que deriva del griego *kálos* (‘bello’) y *opos* (‘voz’). Tenía otras dos hermanas: Leucosia y Ligia. Cuando las Musas les arrancaron las plumas, se retiraron a las islas Sirenusas, un archipiélago cuya isla más grande, Gallo Lungo, tiene forma de delfín.

81 La actual Nápoles.

82 Muirgen. Contiene los elementos gaélicos *muir* (‘mar’) y *gen* (‘nacido de’).

83 Existe cierta confusión respecto a Excalibur. Hay quien piensa que se trata de la espada que el rey sacó de la piedra. No es cierto. Aquella espada era pura utilería; de hecho, se rompió pocos días después mientras Arturo se batía con Pelinor de Listenois.

84 Deidad celta, experto trabajador del metal.

18
CAMELOT

«Todo aquel día permaneció el rey con su hermana, y la mañana siguiente y la semana entera».[85]

La muerte del rey Arturo
ANÓNIMO

Los romanos habían atravesado Britania con carreteras que se extendían desde los fuertes que defendían el muro de Adriano, en el norte, hasta las aldeas bañadas por el mar, en el sur. De las fortalezas de los legionarios asentadas en el oeste, hasta el estuario del Humber, en el este. Se decía que todos los caminos conducían a Roma, pero, en Britania, Merlín hizo que todos confluyeran en Camelot.

Cuentan (y lo cuentan gentes que lo presenciaron) que el mago levantó la ciudad en el transcurso de una noche. Eligió una colina arbolada, asentada sobre una gran llanura. No muy lejos del camino de acceso se encontraba el río, escoltado por sauces y álamos. Tras ellos, en ambas riberas, se extendían campos de cebada y centeno hasta donde se perdía la vista.

El viajero que llegara a Camelot a primera hora de la mañana vería surgir el castillo del rey Arturo entre la bruma del bosque, como un espejismo. Las agujas, torres, almenas y tejados estaban salpicados con la enseña del Pendragón. Quien se aproximase al caer la noche, vería las lucecillas de las casas en la falda de la colina, las antorchas que alumbraban el camino de acceso al puente levadizo, las hogueras tras las saeteras. Camelot centelleaba entonces como una piedra preciosa.

Los días previos a la coronación de Arturo, la ciudad era un hervidero de actividad: aldeanos, campesinos, pastores, corpulentos clérigos, pajes con libreas de mil colores… Se habían enviado mensajeros con las invitaciones a todos los reinos conocidos, desde las Galias hasta las islas cercanas. Los invitados accedían por las vías romanas o navegando el río en grandes barcazas. Venían cargados de presentes para el futuro rey: espadas del mejor acero, arcos de tejo, lanzas, armaduras, hermosos caballos, sillas de montar y arneses, barriles de vino, hidromiel y cerveza. También llegaron carromatos con mercaderes, saltimbanquis, bardos y curiosos atraídos por la promesa de hacer negocio durante los festejos de la coronación.

En ese tiempo se confirmó mi sospecha de que los seres humanos, por lo general, tienen alma de súbditos. Ansían encontrar un dirigente a quien seguir y admirar, alguien que les diga exactamente lo que tienen que hacer, para así depositar sobre hombros ajenos la pesada carga que supone ser responsable del propio destino. He de añadir que los atributos que encuentran más atractivos en esos líderes son la juventud, la belleza, la virilidad y los orígenes humildes. Si sois sagaces, os habréis dado cuenta ya de que Arturo reunía todos ellos, así como otros cuantos más que solo hacían aumentar el interés en su persona. A saber: concebido por el rey en extrañas circunstancias, protegido por Merlín, criado como un humilde escudero en el mayor de los secretismos… La mayoría de sus súbditos pensaban que no encontrarían a nadie más adecuado al que rendir pleitesía. El deseo de verlo, sentirlo, admirarlo y postrarse ante él era enorme.

Aquel halo de encanto que envolvía su figura se extendía a los que, de una u otra manera, habían formado parte de su existencia hasta ese momento. Las gentes que se acercaron a la coronación oficial formaron largas colas a la puerta del castillo de Camelot con la esperanza de poder hablar con alguno de los allegados del futuro rey. Para su fortuna, su padre adoptivo, Héctor, y su hermano de leche, Kay, se encargaron de distribuir información oficiosa sobre

Arturo, al que consideraban de su propia sangre, según explicaron a todo el que los escuchaba. Más de cien veces les solicitaron una descripción del momento en el que liberó la espada de la piedra. Ellos con gusto satisfacían su curiosidad, añadiendo nuevos detalles en cada una de las versiones. Héctor recordaba cómo Arturo, humilde como pocos, le había entregado la espada a Kay. Y cómo Kay había insistido en que él era el verdadero rey. Y cómo los tres se habían abrazado y habían llorado juntos. Luego Arturo les había pedido que lo acompañaran a la corte y rogó a Kay que fuese su senescal.

En nuestra primera noche en Camelot, cuando todos se hubieron retirado a sus aposentos, Arturo acudió al mío acompañado de Cabal. Golpeó la puerta con los nudillos.

—Pero bueno…, ¿se puede saber qué hacéis aquí? —le pregunté al abrir. Eché un vistazo a derecha e izquierda para comprobar que no había nadie en el pasillo antes de tirar de su camisa y meterlo dentro de la alcoba. Cabal siguió sus pasos, meneando la cola—. ¿Estás loco? ¿Te ha visto alguien?

Él negó con la cabeza antes de hablar.

—Acabo de dejar a Lancelot en la iglesia para que vele sus armas durante la noche.[86] Mañana le armaré caballero. ¡Yo! — exclamó señalándose el pecho—. ¡Yo armando caballero a Lancelot! Esto es una locura. Estoy nervioso, Morgana. No sé a qué diablos he venido.

—Pues a coronarte —le recordé.

—A eso me refiero. ¿Crees que sacar una espada de una piedra prueba que puedo gobernar un reino? Cuando todos esos hombres me vean con la corona en la cabeza, se reirán a carcajadas. O, aún peor, quizás me atraviesen con sus espadas por considerarme un advenedizo. —Se encogió de hombros antes de añadir—. Ni siquiera me ha salido aún la barba, Morgana. Hasta hace menos de un año le tenía que pedir permiso a mi padre para beber un vaso de hidromiel.

Reí.

—¿Y para qué quieres tomar hidromiel? Si no te gusta —le recordé.

—No bromees. Ya sabes a lo que quiero decir… Ellos son guerreros veteranos. Conocen la geografía de Britania como la palma de su mano. Y yo nunca, hasta ahora, había salido de mi ciudad. Ellos están curtidos por mil batallas. Saben quiénes son sus aliados y sus enemigos…, en quién pueden o no confiar. ¿Qué podría yo ofrecerles? ¿Por qué iban a seguirme a mí?

—Porque ya han seguido en el pasado a otros tan belicosos como ellos y ahí tienes la prueba de los pocos resultados obtenidos: décadas con los campos de cultivos arrasados, jóvenes enviados a luchar antes de aprender a vivir, alianzas entre nobles tan endebles como cirios expuestos al sol del verano, caminos inseguros por los que transitar, los sajones siempre al acecho…

—¿Y por qué iba a hacerlo yo mejor de lo que lo han hecho otros antes?

—Porque tú tienes algo que ellos ni siquiera reconocen como un valor necesario para reinar con sabiduría. —Me observó con gesto interrogante—. Tienes *corazón*.

Cabal, que para ser un cuadrúpedo contaba con bastante sentido común, lanzó un par de ladridos mientras meneaba la cola, dándome la razón.

—Ya… —suspiró Arturo, abatido.

—No me refiero a eso que palpita en tu interior. —Coloqué la mano en su pecho y pude sentir que sus latidos se aceleraban a mi contacto—. Ellos también tienen uno. De no ser así, ya estarían muertos —bromeé—. Me refiero al corazón que da sentido a la vida. A la capacidad de movilizarse por algo más elevado que la rabia o el orgullo. Eres respetuoso con los que no están de acuerdo contigo. Eres bueno y justo, Arturo. Y estás lleno de alegría…, aunque te hayas puesto tan serio desde que llegamos a Camelot.

—No es seriedad, Morgana, es preocupación. Si algo he aprendido en estos años de mi padre y mi hermano es que, en esta tierra, la fuerza es lo que cuenta. Estoy seguro de que Lancelot, o incluso Kay, están más preparados que yo para ser reyes.

—No estoy en absoluto de acuerdo —rebatí—. La fuerza puede ganar batallas, pero son los astutos quienes ganan la guerra. Tu destino es unificar a un reino históricamente dividido. Imagina poder hacerlo sin derramar ni una gota de sangre. Britania ya ha sangrado demasiado, ¿no te parece?

—Ojalá ellos me vieran como me ves tú —dijo dulcificando la voz.

—Te veo así porque te conozco. —Le sujeté la barbilla para enfrentarme a sus ojos—. ¡Haz que te conozcan! ¡Conócelos tú a ellos! Si quieres que te sigan…, si quieres saber quiénes son por dentro, desbroza su fachada de grandes guerreros. Llega hasta su corazón. Para amar primero hay que conocer. Pregúntales por sus tierras, que te hablen de ellos, de sus problemas y conflictos, de sus sueños y esperanzas. Nadie se rebela contra aquel a quien ama.

—Yo te amo a ti —murmuró sonriendo, dirigiendo su mirada a mis labios.

Era evidente que la seguridad en sí mismo estaba regresando.

—Debes irte —espeté de manera rápida para espantar la fascinación del momento—. Mañana es tu gran día. No es buena idea que vayan a buscarte y te encuentren en la alcoba de tu hermana.

—Mi querida…, querida hermana… —pronunció despacio, con voz seductora.

—Que te vayas.

Inspiró ruidosamente por la nariz y echó atrás la cabeza, cerrando con fuerza los ojos.

—Tienes razón…, como siempre —protestó.

Sonreí. Abrí la puerta y miré a ambos lados del corredor para confirmar que no había nadie. Agarré a Arturo por el cuello de la camisa y lo saqué de mi alcoba con fingida resolución. Le di un par de palmaditas en el trasero a Cabal, y este salió tras él alegremente.

—Hasta mañana, majestad —me despedí, haciendo una burlona reverencia justo antes de cerrar la puerta.

Una vez a salvo, tras esa leve frontera de madera, me coloqué la mano en el pecho. Aún podía sentir allí los latidos del corazón de

Arturo. Chasqué la lengua. Qué difícil iba a resultarme conocer y amar a quien todos consideraban mi hermano, y acallar al mismo tiempo las ansias de arrastrarlo hasta mi lecho.



A primera hora de la mañana me encontraba en la ventana de mi cámara, convocando a la diosa Iris[87] para enviar un mensaje a Ganieda, cuando el atronador sonido de las trompetas anunció la procesión de los asistentes a la coronación. Carrozas y caballos engalanados quedaron enmarcados por el arco iris que conectaba en ese momento Camelot y Ávalon en lo que todos interpretaron como una señal divina. Recorrieron las calles de la ciudad a ritmo de tambores, en dirección a la iglesia que Merlín había alzado bajo la advocación de san Esteban. Recortados contra la luz dorada del amanecer, ofrecían un espectáculo embriagador, casi quimérico. Los heraldos y portaestandartes trotaban orgullosos entre los carruajes, con sus enseñas, pendones y banderas ondeando al viento.

Más de setecientas personas, entre reyes, duques, condes, barones, caballeros y nobles, con sus esposas e hijos, fueron convocados a la ceremonia. Entre ellos estaba Cador, al que Úter había entregado el ducado de Cornualles; el rey Angusel, de Albania; el conde Urbgenio, de Kaerbadum; el rey Gilomán, de Hibernia; Malvasio, rey de Islandia, y Hoel, duque de los britanos de Armórica. También llegaron un buen número de renombrados héroes: Donaut, hijo de Papo, célebre por extraer una muela dolorosa al dragón que asolaba su aldea; Queneo, hijo de Coil, que en una ocasión detuvo una batalla tras anunciar a sus enemigos que esperaban refuerzos (sin ser cierto); o Peredur, hijo de Eridur, famoso por enfrentarse a una manada de lobos armado con una cuchara de madera y su mirada retadora.

Asistieron los obispos de las tres sedes metropolitanas: Londinium, Eboracum, así como Dubricio, de Caerleon, que había

sustituido al obispo Paulinus. Él fue el encargado de oficiar la ceremonia en la iglesia de San Esteban. Al finalizar, la comitiva al completo se dirigió al gran salón, situado en el corazón del castillo de Camelot. Allí juraron lealtad al nuevo rey.

El techo abovedado, apoyado en gruesas columnas de piedra, se intuía entre las humeantes sombras. Un roble ardía en la formidable chimenea. Bajo un dosel de seda brocada en tonos escarlata, elevado sobre una plataforma, se alzaba el trono.

Tal y como Arturo había sospechado, pese al interés que su persona había despertado en el pueblo llano, los grandes señores parecían recelosos de su juventud. Algunos lo miraban con escepticismo; otros, con cautela, y aquellos que en algún momento juguetearon con la idea de suceder a Úter, con rivalidad. Y aunque ninguno en el pasado demostró tener una mínima predisposición a la concordia, la diplomacia o la avenencia con sus vecinos, todos se consideraban mucho más preparados que él para hacer grande a Britania.

Era costumbre aprovechar las coronaciones para renegociar toda clase de privilegios. Buena parte de los presentes venía con la intención de calibrar el talante del nuevo rey, esperando poder manipularlo y sentar las bases de sustanciosas condiciones para sus tierras. En ese primer encuentro esperaban escuchar un discurso bélico por parte de Arturo. Pero él parecía dispuesto a romper con todo lo que habían conocido hasta ese momento, comenzando por el protocolo. El monarca, en lugar de dejar clara su superioridad sentándose en el trono, paseaba entre ellos con gesto templado: más observador que insolente, más respetuoso que apocado.

Comenzó su discurso felicitando a los presentes por sus gloriosos linajes. Enumeró las múltiples ocasiones en las que su padre, el fallecido rey Úter, encontró apoyo en ellos y señaló la certeza de que, de no haber sido por esas circunstancias, él no se encontraría allí en ese momento. E hizo hincapié en la conmoción que le había supuesto descubrir lo que el destino le tenía deparado.

—Estimados caballeros —continuó diciendo—, al conocer cuán grandes son vuestras virtudes y logros del pasado, me surge una pregunta: ¿por qué, pese al tiempo que llevamos sufriendo el acoso de los bárbaros, y pese a que me consta que estáis dispuestos a dar la vida por Britania…, por qué, en suma, no se ha logrado jamás mantener el reino unificado?

Se trataba de una pregunta sencilla. O eso parecía. Pero no lo era. De hecho, a ninguno de los presentes le agradó escucharla, pues no tenían la respuesta. Se oyeron un par de tosecillas al fondo. Tras varios segundos eternos, Arturo añadió:

—Intuyo por vuestro silencio que es nuestra responsabilidad el trabajar juntos para encontrar una solución.

El rey Angusel, de Albania, que tenía la virtud de hablar como si estuviese presentando una acusación formal, tomó la palabra:

—Majestad, hemos venido a jurar lealtad, como manda la tradición, pero también queremos tratar ciertos asuntos…

—¡Me encantan los asuntos! —exclamó Arturo con tono jovial—. Resolver asuntos antes de que se conviertan en problemas es una de mis aspiraciones. ¿Cuáles son vuestros asuntos? Ansío conocerlos. Conocerlos de verdad. Quiero conocer el alma de cada una de vuestras tierras y gentes.

Los caballeros se miraron los unos a los otros con gesto interrogante.

—¿Conocernos? —preguntó el rey Angusel como si le estuviesen ofreciendo una copa de vino en la que se sospecha que también se han deslizado unas gotas de veneno.

—Sí. Eso me complacería. —Arturo se acercó a él—. Si voy a reinar en un territorio tan lleno de historia, quiero estar al tanto de sus particularidades. Quiero saber quién vive en él y cómo lo sienten sus habitantes. Y nadie describe mejor su tierra que aquellos que la aman. —Arturo me dirigió una mirada cómplice. Yo sonreí.

Los grandes señores hicieron un esfuerzo por dejar a un lado los discursos severos que traían preparados para rebuscar en su

memoria las peculiaridades de sus regiones. Al fin, Pelinor de Listenois intervino:

—En mis tierras no tenemos dragones, ni gorgonas, ni endriagos…, pero sí a la Bestia Aulladora.

—Habladnos de ella —instó Arturo.

—Se trata de una criatura realmente aterradora. Llevo persiguiéndola desde el día de San Miguel.

—No hace demasiado, entonces…

—Desde el día de San Miguel de hace diecinueve años —aclaró Pelinor.

—Oh…, bueno…

—Es una tradición de los hombres de nuestra familia el perseguirla —justificó—. Nos educan con la conciencia de que debemos darle caza. Lo primero que aprendemos es a inspeccionar sus fiemos. Los buscamos, recogemos y conservamos en recipientes que etiquetamos con minuciosidad, señalando el lugar y fecha en los que los hemos encontrado. Así podemos determinar sus recorridos, sus costumbres alimentarias y su estado de salud.

Aquello produjo una exclamación generalizada de repugnancia, pero he de señalar que a mí me pareció una táctica de lo más inteligente. De hecho, en el hospital, apoyábamos muchos de nuestros diagnósticos en la uroscopia. Utilizábamos la mátula para observar el color, consistencia y olor de los orines, lo cual nos permitía saber si alguien padecía problemas en el hígado o sufría la enfermedad del azúcar. Es seguro que lo mismo puede hacerse con las deposiciones animales.

—¿Y qué aspecto tiene la Bestia Aulladora? —preguntó Arturo, interrumpiendo la chanza.

—Mide cien pies de alto. Tiene cabeza de serpiente, cuerpo de lagarto, grupa de león y pezuñas de ciervo. —La gente guardó silencio ante la espantosa descripción—. Produce un espeluznante bramido, como de cuarenta lobos hambrientos aullando a la vez.

—Debe de resultar impresionante —señaló Arturo.

—Por supuesto —se jactó Pelinor—. Por eso le llamamos la Bestia Aulladora. —Se encogió de hombros antes de seguir explicando—. Pese a ello, se trata de una criatura relativamente razonable. No devora ganado ni arrasa cosechas. Se conforma con recibir cada primavera un barril de cerveza que dejamos ante la entrada de una cueva, en la que creemos acude a pasar el invierno.

—¿Y cuándo la avistasteis por última vez? —preguntó el rey.

—Bueno…, no la hemos visto jamás.

Se hizo el silencio.

—¿Solo la oís?

—A decir verdad, nadie puede asegurar que la haya oído.

El obispo arqueó una ceja.

—Comprendo… —respondió Arturo.

Entonces tomó la palabra Uriens de Rheged. Era uno de los hombres que en el pasado luchó junto a mi padre para conseguir que Aurelio Ambrosio se hiciese con el trono de Britania. Pese al paso de los años, seguía conservando una imponente presencia. Se trataba de un hombre maduro, de cabello gris y pequeños ojos verdosos enmarcados por finas arrugas. Tenía la piel curtida y hombros anchos de guerrero, pero la amplitud de su vientre denotaba que ya no era el luchador de antaño. Su esposa había fallecido hacía más de diez años, y él no había mostrado ningún interés en volver a desposarse. Venía acompañado de su hijo, Ywain, que era una copia más joven de él.

—En Rheged, los robles se ofenden terriblemente si los cortan[88] —indicó con media sonrisa.

—La gente antigua los consideraba semidioses —señalé yo.

Todos volvieron la cabeza para mirarme. Uriens también. Parecía complacido.

—Así es —afirmó—. Las gentes de mi tierra aseguran que un bosque de robles que haya crecido sobre las raíces de uno talado tiene carácter perverso y resulta un peligro para los caminantes que lo atraviesan.

—Más aún si en su lecho crecen campánulas azules —añadí.

Él volvió a sonreír antes de seguir hablando.

—Aunque los sauces son aún más siniestros —precisó—. Se desenraizan en las noches sin luna y siguen a los viajeros solitarios, susurrándoles tormentos. En cambio, el saúco es generoso, siempre que se le muestre cortesía.

—En él encuentran cobijo las hadas buenas —seguí diciendo yo. Y enumeré—: Y el fresno protege de los espíritus malévolos. Y el avellano da frutos que aportan sabiduría. Y el manzano, poder y juventud; pero aquellos que duerman bajo sus ramas corren el riesgo de ser secuestrados por las hadas.

Entonces, Uriens y yo recitamos al unísono la antigua tonada.

El olmo se lamenta,
el roble odia,
el sauce camina
si viajas tarde.

Ambos lanzamos una carcajada que ningún otro en la sala secundó.

—Es como si ya hubieseis estado en el reino de Rheged — concluyó Uriens.

—No tengo el gusto, pero estoy segura de que debe ser un lugar maravilloso.

—Debe de ser difícil negociar tratados en vuestro reino — intervino Arturo—. Los mensajeros tardarán años en llegar, si han de atravesar bosques habitados por árboles tan temperamentales.

Uriens aceptó la broma. Antes de volver a sentarse, me dedicó una mirada mientras inclinaba levemente la cabeza. Fue un gesto tan sutil que pudo haber pasado inadvertido para la mayoría, pero no para Merlín, que no había dejado de observarme desde la otra esquina del gran salón.

Entonces se dispuso a hablar Cador, al que me costaba considerar el actual duque de Cornualles. Se trataba de un anciano con manos como raíces que carraspeó de forma insistente hasta que consiguió que la atención recayese en él.

—En mis tierras hay un círculo de piedra que llamamos las Alegres Doncellas[89] —informó—. Son un grupo de diecinueve muchachitas de la zona que recibieron un castigo por bailar los domingos, en lugar de asistir a misa. Al parecer, un mago, puede que algún antepasado vuestro, señor Merlín, las convirtió en piedra —explicó, dedicándole una mirada de reojo—. Ahí han quedado las pobres, paralizadas mientras danzaban en corro. Cerca de ellas están también el gaitero y el tamborilero que las acompañaban en su diversión.

—De ello se podría extraer la moraleja de que es mejor no invitar a un mago a una fiesta —añadió Arturo. Una carcajada generalizada sacudió el salón—. Disculpad, Merlín, solo bromeaba.

La charla había relajado el ánimo de los asistentes, lo cual, tratándose de aquellos caballeros, podía considerarse todo un logro.

Pero entonces el rey Lot se incorporó con estudiada lentitud. Antes de hablar, besó la mano de su esposa, Ana, para que todos se hicieran conscientes del parentesco que le unía con el rey.

—Espero majestad que, con vuestro ascenso al trono, las fronteras de Lothian sean por fin respetadas —dijo—. Hace años que tenemos un conflicto con la aldea de Dunbrae. Según consta en los anales de nuestra familia, ese territorio nos pertenece desde mucho antes de la llegada de los romanos.

—Lamento vivamente que quienes escribieron esos anales tuvieran tan frágil memoria —replicó Uriens, incorporándose también, con gesto desdeñoso—. Los hombres olvidan, pero las piedras no. Y mi bisabuelo alzó allí un enorme torreón, del cual aún pueden verse los cimientos.

—En algo estoy de acuerdo con vos —contestó Lot—: la piedra no miente. Y en Dunbrae también está la cruz de piedra que mi familia hizo colocar sobre la colina.

El ambiente se enrareció. Por un momento, temí que la armonía se deshiciera por culpa de dos hombres que se disputaban una aldea que pocos de los presentes sabrían localizar en un mapa. Pelinor tomó la palabra:

—Caballeros, si me permitís un inciso… Yo pasé por Dunbrae el pasado invierno y allí no había más que campos llenos de maleza, una cruz estropeada y un torreón derruido.

Uriens lo fulminó con la mirada.

—Quizás seáis tan hábil valorando terrenos como atrapando bestias invisibles —espetó con desprecio.

Pelinor apretó los puños. Entonces Arturo se aproximó a ellos y dijo con voz calmada:

—Mis señores, os he escuchado con atención y me surge una duda. Dunbrae parece un lugar que a ambos interesa. Sin embargo, ¿por qué hay campos sin cultivar y construcciones derribadas?

Uriens frunció el ceño, incómodo.

—Los campos no se cultivan porque allí no hay nadie… —dijo.

—… ni nadie quiere reconstruir algo en un territorio cuya propiedad se pone en duda —remató Lot.

—Os disputáis una piedra preciosa que ninguno quiere tallar, pero sí heredar —resumió Arturo. Un leve murmullo recorrió el gran salón—. No habrá disputa —concluyó—. Dunbrae será gobernado por un concejo de dos: uno elegido por Lot y otro por Uriens. Firmaréis un pacto ante mí. Cada uno contribuirá en la reparación de las construcciones y en el cuidado de los campos de cultivo. Las cosechas se repartirán a partes iguales entre ambos reinos. Si uno de los dos falla, el otro tendrá derecho a administrar Dunbrae al completo durante el siguiente año.

—¿Y si ambos cumplimos? —replicó Lot.

—Entonces Dunbrae será un lugar en el que muchos desearán vivir.

Hubo una pausa. Los hombres se miraron durante unos segundos, hasta que Lot levantó su copa. Uriens le imitó. Ambos apuraron de un trago su vino.

—Señores —dijo al fin Arturo—, quiero que este castillo sea el lugar en el que encontréis acomodo. Como podéis ver, he ordenado decorar la pared de este salón con escudos aún sin pintar. Mi intención es que en ellos luzcan los blasones de vuestros lugares de

origen. —Empezó a caminar entre los caballeros y las damas—. Si queremos ser grandes, tenemos que permanecer unidos. Que nada nos excluya o aleje. Todos seremos uno. Pongamos el corazón y el alma al completo en lo mínimo que hagamos. Y así toda Britania se reflejará en los lagos y ríos del norte. Toda Britania danzará al ritmo de las Alegres Doncellas. Toda Britania conocerá nuestras glorias. ¡Quiero ver todo el universo desde Camelot! Y quiero que me veáis a mí desde vuestras tierras. Seremos entonces del tamaño de lo que vemos. —Levantó su copa, antes de seguir hablando—. Brindemos, damas y caballeros. ¡Por Britania!

—¡Por Britania! —gritamos al unísono.

Tras terminar aquella primera reunión, un grupo de nobles decidieron quedarse en Camelot durante una temporada con la idea de dar forma a una alianza de caballeros, una unión que les permitiría elevar Britania por encima de cualquier otra tierra conocida hasta ese momento.

Uriens era uno de los que mostraron su buena disposición a apoyar al nuevo rey. Esa noche, cuando caminaba por el corredor camino de mis aposentos, le oí pronunciar mi nombre. Un leve rubor brotó en su rostro cuando me di la vuelta.

—Solo quería deciros que me es muy agradable volver a veros —comentó, colocándose a mi altura.

—¿Volver a verme?

—Os conocí cuando erais solo una niña. Vuestro padre nos acogió en el castillo de Tintagel el día que regresamos de Hibernia de…

—Recuerdo bien esa noche —le interrumpí.

—Lamento lo que ocurrió… Yo…

—Por favor…, preferiría no hablar de eso en este momento.

Casi balbuceando, me pidió disculpas, tras las cuales se enredó en un discurso en el que halagaba el color añil de mis ojos, al mismo tiempo que describía la climatología del reino de Rheged, responsable del carácter de los árboles de los que había hablado durante la reunión.

—Mi castillo, así como el resto de mis tierras, quedan a vuestra entera disposición, si deseáis conocerlas —indicó.

Le di las gracias antes de despedirme.

Mi queridísima Ganieda:

Camelot es una maravilla. Aquí la magia se respira en todo lugar. De las trompetas que suenan en las torres brotan notas de plata; ello indica que las hadas aún perfeccionan detalles de la ciudad.

Creo no faltar a la verdad (ni pecar de presunción), si señalo que, por muy elegantes y célebres que hayan sido los asistentes a la coronación, fue mi persona quien más miradas atrajo. Podía sentir los cuchicheos que se vertían a mi paso. Los pocos que no conocían la historia de que la hermana del rey se había librado de una condena por brujería, se enteraron ese día. Les parezco la prueba palpable de que hasta las más insignes familias cuentan con su propia oveja negra.

Y hablando de brujería… Le he propuesto a Arturo dedicar una de las torres más altas de su castillo al estudio de los astros, así como crear un dispensario y un hospital similares a los que teníamos en Almesbury. Creo que se pueden hacer grandes cosas en esta ciudad.

Arturo y su madre se conocieron al fin. Él besó su mano y le dio las gracias por traerle al mundo. Lady Igraine no paró de llorar. Ha decidido retirarse a un convento y vestir hábito lo que le reste de vida; así de afectada está por la muerte de su marido. Ahora que conozco lo que es el amor, entiendo lo mucho que sufre. Aunque, para ser sincera, su dolor no me conmueve lo más mínimo.

Me está costando aceptar que el ducado de Cornualles esté ahora en manos de alguien nombrado por Úter. Gorlois sigue en mi corazón, ocupando el lugar de un padre. Ya le he explicado a Arturo que nuestros árboles genealógicos parten de raíces separadas. Pese ello, el resto del mundo nos considera hermanos, lo cual supone un conflicto en estas circunstancias. Parece típico de mí elegir caminos tortuosos.

Oh…, Ganieda…, a su lado siento alteraciones muy hu-
manas.

Desde el otro lado de la bruma, se despide de ti,



Aún me sorprende que Arturo y yo lográramos pasar nuestro primer mes juntos en Camelot sin tocarnos un pelo ni rozarnos una mano. Insistí en ello. Explicar al resto del mundo los motivos por los que nuestra sangre no era la misma no haría más que alimentar mi legendaria imagen de bruja. Por otro lado, la presencia de Merlín suponía un elemento disuasorio. Pero está claro que no hay nada mejor para despertar el insomnio que reprimir una pasión. El amor oculto no apaga la sed, ni sofoca el fuego, ni calma los nervios; muy al contrario, crece y crece y te devora por dentro.

Una noche, después de que Merlín hubiera desaparecido de Camelot sin avisar, como solía hacer, nuestras buenas intenciones se desbarataron. Habíamos pasado parte de la tarde esbozando los elementos necesarios para poner en pie el hospital, hasta que Arturo insistió en enseñarme uno de los regalos que había recibido el día de su coronación: una cama que acababan de colocar en el centro de la cámara real.

Se trataba de una especie de armario horizontal, un cofre gigante de madera de roble que acogía al durmiente como si fuese un tesoro, encerrándolo completamente por los cuatro costados en una especie de cámara oscura. Por fuera estaba labrado con trenzados geométricos y dragones alados, cuyas escamas parecían ondularse con el crepitar de las llamas de la chimenea de la alcoba.

—Ven —me propuso Arturo adentrándose en el interior de la cama armario.

Le seguí. Las sábanas eran de lino y estaban colocadas delicadamente sobre un colchón de esponjosa lana.

Él cerró la portezuela.

—Sirve para protegerse del frío y de las corrientes de aire… y de las miradas indiscretas —pronunció, casi en un susurro—. Se me ha

ocurrido algo. Quizás podríamos acariciarnos sin hacerlo realmente. ¿Qué te parece?

En ese momento me pareció la mejor idea que un rey hubiese tenido hasta el momento; mejor que la búsqueda de la inmortalidad de Gilgamesh o los planes de conquista de Alejandro Magno. Así que nos desvestimos, convencidos de que las compuertas de madera nos aislarían de las críticas del mundo.

—Acaríciame sin acariciarme —ordené.

Colocó su mano cerca de mi mejilla y, a una pulgada de distancia, dibujó con el dedo índice mis labios. Recorrió la curva de mi mandíbula, descendió por mi cuello y ahuecó su mano para acoger el halo de mis senos. Sentí un estremecimiento aún mayor que el que sentía cuando de verdad nos tocábamos. Perfiló el espacio entre mis costillas y el hueco de las caderas. Respiré hondo, atraída por esa mano cálida, buscando ser yo la que acariciase la palma de su mano con mi vientre, pero él la alejó.

—Uy… casi te rozo —apuntó con picardía—. No estarás intentando hacer trampas. ¿O sí?

Por un segundo pensé en seguirle el juego. Me encantaba enzarzarme en duelos dialécticos con él, pero en ese momento no podía. De verdad que no.

—Bésame sin besarme —dispuse.

Y el rey acató mis órdenes. Acercó sus labios a mi boca; tan lejos como para no rozarnos, tan cerca como para que nuestros alientos se mezclasen. Me hice dueña de sus jadeos, que se enredaron con los míos, formando un nudo que nos impedía respirar con normalidad. Me rendí. Aferré su nuca y lo arrastré hasta mí. Él no se resistió. Cerramos los ojos y el instinto nos espoleó como nunca, dejándonos desarmados de buenos propósitos, vencidos por esa sensación pujante, cálida y única que solo puede despertar el cuerpo del ser amado.

Pasamos gran parte de esa noche fustigados por el deseo que llevábamos semanas conteniendo. La penumbra nos envolvía; era como melaza, dulce y pegajosa. No teníamos intención de dormir,

pero en algún momento debió de atraparnos el sueño, porque Arturo soñó. Se despertó agitado, con el corazón acelerado. Se incorporó de golpe. Extendí la mano y le acaricié la espalda, con los ojos aún cerrados.

—¿Qué pasa? —balbuceé.

—Algo ha ocurrido —afirmó.

Me incorporé y le abracé, posando mis labios en su hombro. Allí coloqué un beso.

—Estabas soñando —le aseguré.

—Era algo más que un sueño. Era… Era… No sé.

Entonces Arturo, entre titubeos, comenzó a desgranar lo que había soñado.

Dijo que creyó haberse despertado con hambre. Que miró a su derecha y me vio dormida, con las ondas negras de mi cabello derramadas sobre la almohada. Acarició la curva de mi cadera desnuda antes de incorporase, cubrir su desnudez y caminar hacia la despensa. Allí encontró una suculenta manzana roja. La mordió con ansia. Estaba masticando el bocado, saboreando el dulzor jugoso, cuando de pronto sintió un movimiento en su costado derecho. Bajo una de sus costillas se sacudía una lengua viperina. Se agitaba de arriba abajo, y de pronto asomó la cabeza de la serpiente. Se abrió paso sin dificultad entre su carne, haciéndose gigante. En cuestión de segundos, el reptil ocupaba todo el espacio de la cocina. Le brotaron alas y escapó por la ventana en completo silencio. Sobrevoló la ciudad de Camelot, lanzando llamas por sus fauces abiertas. Las casas, los campos de cultivo, los bosques… Todo ardía.

—Todo ardía —se estremeció Arturo—. Así que tomé un arco y flechas. Comencé a disparar a la serpiente, hasta que al fin acerté en su corazón. Pero ella posó sus ojos en mí. Voló a mi encuentro y, antes de morir, me clavó sus dientes afilados. Sentí el veneno correr por mis venas y supe que yo moría con ella. Caí al suelo junto al cuerpo de la serpiente. Y entonces alguien susurró mi nombre y…, me desperté.

Lo atraje hacia mí, recostándole contra mi pecho, mientras lo acunaba como si fuera un niño.

—Tu madre siempre decía que las hadas no debían contar sus pesadillas, porque la reina Mab las convierte en realidad — le informé.

—Es una suerte que yo no sea un hada —se burló él.

—Pero eres encantador.

Él me miró de reojo y alzó una ceja. Imité su gesto.

Intentaba parecer relajado, pero yo podía sentir la inquietud que aún bullía en su interior.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que lo que me diferenciaba de los reyes anteriores eran mi corazón y mi alegría? — preguntó mientras me acariciaba suavemente el pecho.

—Por supuesto. Siempre recuerdo mis frases gloriosas.

Sonrió.

—Tengo algo más valioso que eso —dijo.

—Ilumíname.

—Te tengo a ti.

Había algo de magia en la manera en la que pronunciaba ciertas palabras que provocaba que se me desbocara el corazón.

—Me alegro de que no seas un hada. Te prefiero humano —musité un instante antes de besar sus labios.

La pasión volvió a adueñarse de nuestros cuerpos, pero el sueño de la serpiente no terminó de diluirse; perduró palpable en el recuerdo de Arturo.

Días más tarde, requirió los servicios de un célebre pintor. El rey quiso que lo representara en un fresco, en la pared sur de la iglesia de San Esteban.

Así fue como la serpiente que hacía arder Camelot pasó a ser un ingrediente más de los poemas y canciones de los bardos hasta que se convirtió en profecía.

---

85 *La muerte del Rey Arturo*. (1996). España: Alianza Editorial.

86 La imagen del caballero velando sus armas se desarrolló en la Edad Media. En la práctica consistía en varios pasos. El caballero en cuestión se bañaba como símbolo de purificación; se cubría con una túnica blanca como señal de pureza; con un manto rojo como señal de valor; y otro negro, en señal de luto por los caballeros caídos en batalla. Debía acudir a una iglesia y depositar las armas sobre el altar. Pasaba la noche en vela, rezando de rodillas, pidiendo a Dios ser digno del honor de ser armado caballero. Por la mañana, se celebraba la misa y, acto seguido, se le armaba caballero.

87 En la mitología griega, Iris es la diosa del arco iris, mensajera de los dioses, sobre todo de Hera. Suele representarse como una joven alada que desciende por el arco iris para llevar las órdenes divinas al mundo de los mortales. A diferencia de Hermes, que a menudo servía de emisario a Zeus, Iris representa una conexión delicada y sutil, casi poética, entre la tierra y el cielo. Es portadora de noticias que, aunque sean inevitables, se entregan envueltas en la belleza colorida del arco iris.

88 Casi todos los árboles se asocian a algún concepto sagrado desde el inicio de los tiempos. Los druidas rendían culto a los robles. Existe un viejo dicho: *Faerie folks are in old oaks* (‘Las hadas están en los viejos robles’).

89 Merry Maidens.

19
LA MESA REDONDA

«(…) sería llamada por la gente de aquella tierra y de la región Morgana el Hada, hermana del rey Arturo, por las maravillas que había de realizar. Era hábil con las manos, más que nadie que se conociera en ninguna tierra. Tenía la cabeza más hermosa que podía tener una mujer y las manos más bellas; los hombros bien proporcionados y era conocedora de todas las cosas. Su carne era más suave que la pluma de un pato; tenía otra cualidad que no se puede pasar por alto, pues hablaba con dulzura y suavidad, bien y de forma atractiva; era agradable por encima de las demás mujeres cuando estaba de buenas; pero cuando se enfadaba contra algún hombre, en vano se intentaría apaciguarla».[90]

Historia de Merlín
ANÓNIMO

Ni Arturo ni yo inventamos la regencia de hermanos que se sienten atraídos de forma romántica. Ni siquiera los mismos dioses estaban libres de tales tentaciones. Desde la cima del monte Olimpo, Zeus y Hera (hermano y hermana, marido y mujer) manejaban el destino de los mortales sin que la fasti-
diosa tendencia de él a seducir ninfas impidiera que ella fuese patrona de las mujeres casadas y a la vez látigo de las amantes de su esposo. Más al sur, en un lugar en el que montañas de piedra brotan de las arenas, los también hermanos divinos Isis y Osiris, cuya genealogía los enlazaba con el origen del mundo, se amaron y lideraron con una pasión que desafiaba las traiciones. Siglos más tarde, en el mismo país, la dinastía de los Ptolomeos, grandes mecenas de la cultura, contó con dos parejas de hermanos reinantes que habían terminado desposados.[91]

Arturo era optimista, aunque yo estaba segura de que a mí me veían como a la reina Cleopatra y a él como a su hermano Ptolomeo XIII, que terminó sus días en el fondo del Nilo. Pero el amor nos volvía valientes e irreflexivos. Borrachos de pasión, nos creíamos invencibles.

Aprovechamos la ausencia de Merlín para rediseñar Camelot a nuestro gusto. Aquel verano pasamos muchas horas juntos ideando una Torre de Astronomía similar a la que había en Ávalon, un edificio circular que se elevaría sobre la colina oriental. Su piedra blanca estaría labrada con inscripciones cristianas, pero también con signos druídicos, ya que todas las sabidurías tendrían cabida allí. Unas escaleras de caracol darían acceso a la planta superior, donde una cúpula conformada por paneles móviles se abriría a la totalidad del firmamento. Convocaríamos a astrónomos de tierras lejanas: al hispano Severiano de Mérida, experto en eclipses; a Maelán Fiachra, de Hibernia, guardián de los antiguos cantos de los cielos; a la sabia griega Heliodora de Alejandría, voz viva de los estudios de Hipatia. Desde allí se trazarían los nuevos mapas de las estrellas. La Torre de Astronomía de Camelot sería la envidia del mundo.

Para la construcción del dispensario y el hospital, donde atenderíamos las enfermedades de la población, y guiada por mi experiencia, diseñé salas con amplios ventanales para que entrasen la luz del mediodía y el fresco aire de las arboledas cercanas, capaz de alejar el miasma. Los lechos estarían dispuestos en orden, cubiertos con sábanas limpias de lino blanco y cálidas mantas. Habría un *domus herbarum* donde almacenar y preparar las fórmulas medicinales: tinturas, polvos, ungüentos, tisanas, electuarios… Las hierbas aromáticas se cultivarían en un *hortus sanitatis* anexo.

Insistí en que las mujeres que atendieran ambas entidades no dependiesen de ninguna orden monacal: serían libres de elegir su destino. Bastaría su deseo de ayudar al prójimo para ser aceptadas. En Camelot se haría realidad el sueño de mi querida Sibila.

Pero la población se mostraba escéptica a creer que torres para mirar las estrellas o almacenes de hierbas secas mejorarían su calidad de vida. A estas alturas esperaban que el nuevo rey estuviese ya embarcado en alguna campaña militar, en lugar de andar jugando a las casitas con su hermana.

En un momento dado comenzaron los rumores de que Arturo y yo nos amábamos de manera poco fraternal. Nos delataban los movimientos lentos, el lenguaje sin palabras, la piel buscando la piel del otro. Nos sentábamos muy juntos durante las comidas, aunque la mesa fuera enorme. Reíamos de manera floja los susurros. Masticábamos despacio cada bocado, mirándonos a los ojos, saboreando en realidad al otro, aunque estuviésemos comiendo un trozo de repugnante remolacha. Desaparecíamos durante horas o días, envueltos en un ardiente torbellino que nos incitaba morir en los brazos del otro para luego resucitar; así una y otra vez. Nos fundíamos, nos enlazábamos, piernas, bocas, humedad, olores suyos y míos que unidos destilaban una fragancia única; como de acantilado derramándose en un mar salvaje.

Tras varias semanas viviendo acordes al dictado de nuestros deseos inmediatos, Merlín se presentó de nuevo en Camelot para devolvernos a la realidad. Llegó encabezando una hilera de carros tirados por bueyes que dejaron marcas de roderas en el impecable camino de ascenso al castillo. Fue más tarde cuando nos enteramos de que transportaban el símbolo de lo que sería, a partir de ese momento, el reinado de Arturo: la que llegó a conocerse como la Mesa Redonda.

Era tan inmensa que tuvieron que traerla despiezada. Merlín se plantó en el gran salón y comenzó a dar órdenes a los esforzados hombres que cargaban los doce segmentos de roble macizo, cada uno reforzado con herrajes, que podían volver a unirse mediante encajes invisibles ajustados con espiguillas y llaves de bronce. Todo el conjunto se apoyaba en un anillo interior de vigas cruzadas que mantenían la mesa nivelada.

—Tu padre me encargó su diseño —le explicó Merlín a Arturo, estando yo presente, mientras los montadores iban y venían de los carros—. Quería que pudiese acoger cómodamente a doce caballeros, pero también a cincuenta…, o a ciento cincuenta, o a ochocientos. Que se adaptara a las necesitades del momento. Es mágica —aclaró.

Siguió explicando que su forma no se decidió a la ligera. El propósito era que todos los que se sentaran en torno a ella se sintieran iguales al rey. Así fortalecerían la alianza de Britania. Serían más que compañeros; casi hermanos, una familia por la que no lamentarían abandonar a la de su propia sangre. Una vez ensamblada, la mesa parecería hecha de una sola pieza, inquebrantable y sin fisuras, lo cual era al mismo tiempo práctico y simbólico: un círculo formado por diversas partes que solo podría sostenerse con la unión de todas ellas.

—He tenido que ir a buscarla al reino Carmelide —explicó Merlín—. Úter se la dejó en custodia al rey Leodegrance. Y él la devuelve junto a cien caballeros que quedarán a tu servicio. Ya están de camino. Vienen algo retrasados porque escoltan a su hija Ginebra y su séquito de damas. Calculo que tardarán un par de días en llegar. Estos cien guerreros son su regalo de boda.

—¿Regalo de boda? —exclamó Arturo.

—Oh…, sí. Tu padre y el rey Leodegrance sellaron la promesa de unir sus casas hace años, cuando Ginebra y tú erais unos niños.

El corazón me dio un vuelco.

—Lo siento. Eso no va a suceder —aseguró Arturo.

Merlín lo miró con firmeza antes de responder.

—No puedes romper un compromiso como este. Sería una ofensa para un rey que siempre fue fiel a tu padre. Si rechazas este matrimonio, no solo se quebrará la palabra de tu linaje: también te mostrarás como un rey caprichoso e inconstante. ¿Quién querría en el futuro pactar contigo si no respetas los compromisos heredados de tu padre?

—¿Y qué confianza puede despertar un rey que acata órdenes de un hombre al que ni siquiera conoció? Unos huesos no dictarán desde la tumba con quién debo compartir mi vida. Mi padre tuvo su tiempo de reinado, durante el cual tomó sus propias decisiones. Reclamo para mí el mismo derecho.

—No debes ver esta alianza como una cadena, Arturo. Al contrario —aseguró Merlín—. Es una armadura para Britania. Cuando veas a la joven Ginebra, cambiarás de opinión. No hay joven más bella en el mundo conocido. Es culta, delicada… es…

—Amo a otra mujer.

Se me heló la sangre en las venas. Por un momento temí que pronunciase mi nombre y que el reino se rompiese en mil pedazos. Ya había atravesado por mi mente la idea de lo que pasaría si descubrían nuestro amor. ¿Cómo explicar el embrollo de nuestros orígenes? ¿Cómo equilibrar la vida mágica de Ávalon con la cristiana de Camelot? ¿Qué implicaría eso para un rey recién coronado que aún debía ganarse la confianza de su pueblo? Todas esas preguntas, y otras muchas más, habían navegado en mi mente, pero las había lanzado al olvido al no encontrar respuesta. En los últimos tiempos no quería pensar, solo sentir.

Merlín observaba a Arturo, perplejo, pero enseguida retomó la firmeza para insistir.

—El amor es una llama que termina por languidecer. La diplomacia es el acero que perdura.

—Lo siento —zanjó Arturo—. Mi decisión ya está tomada.

Se dio la vuelta y abandonó el gran salón.

Queridísima Ganieda:

¿Recuerdas la dicha que revelaba mi anterior carta? Puedes hacer una bola con ella y lanzarla al fuego. Cuando creí haberme librado de las intrigas de Úter, descubro que no. Desde el más allá sigue empeñado en perjudicarme. Parece que no estaba tan desentendido de la vida de Arturo como pensaba. Tu hermano y él decidieron su destino hasta en el más mínimo detalle. Adquirieron un compromiso con el rey Leodegrance de Carmelide para enlazar a su hija con

él, una vez accediese Arturo al trono. La muchacha se llama Ginebra y ya está en Camelot. Es angustiosamente perfecta.

Arturo ha manifestado su firme oposición al enlace, algo que tu hermano no puede entender, lo cual demuestra que somos mucho más hábiles que Merlín ocultando secretos. Pese a todo, me inquieta que nuestro amor sea un lastre para ambos. Como estrategia política, el matrimonio con Ginebra es incuestionable; hasta yo se lo recomendaría si no estuviese enamorada de él hasta más allá de la luna. Por otro lado, temo que las consecuencias sean catastróficas si Arturo expresa a alguien más su deseo de romper el compromiso.

De momento, el rey Leodegrance no se ha dado cuenta de la resistencia de Arturo a pasar tiempo con su hija. Merlín excusa la falta de atención a las demandas de un reinado que comienza a dar sus primeros pasos.

Ginebra tampoco parece afectada por el desinterés de su prometido. Lancelot la acompaña en todo momento. Él se está encargando de que se sienta cómoda en Camelot.

Necesito pensar. Abrí una ventana en mi corazón para que entrase la luz de Arturo, pero temo que sea mi propia luz la que está escapando por ella.

Buscándote en mis sueños, se despide de ti,

Morgana



Junto al joven rey había ahora dos mujeres a las que admirar y reverenciar, y me asombraría si por un momento habéis pensado que las gentes del reino me prefirieron a mí en lugar de a Ginebra.

Bella como un querubín, de expresión dulce y aire aniñado, ella se adaptaba a la perfección a la imagen de cómo debía ser una reina: cabello rubio ceniza, sutilmente ondulado, largo hasta la cintura, ojos glaucos, piel blanca blanca blanca, con un saludable tono sonrosado en las mejillas, en perfecta armonía con sus finos labios, que casi no despegaba. Porque Ginebra hablaba poco, lo cual era un

acierto. Eso permitía que la gente se hiciese una completa idea sobre su carácter con solo observar durante unos segundos su aspecto angelical. Así, los que opinaban que se debía edificar un puente de piedra al estilo romano para cruzar el río estaban seguros de contar con la aprobación de la futura esposa del rey. Y los que pensaban que con el de madera bastaba, pues también.

En cualquier caso, Ginebra sabía pronunciar un sumiso «sí» cuando era necesario, y bajar la mirada y guardar silencio en las ocasiones en las que yo hubiera alzado la voz, de manera que todos le supusieron (incluida yo misma) un carácter inocente, de encantadora mansedumbre femenina. Por resumir diré que, si de encontrar una analogía entre nosotras y dos mujeres de la Biblia se tratara, sin duda los cortesanos responderían que yo bien podría pasar por discípula de Jezabel, mientras que Ginebra era la viva imagen de la Virgen María.

Pero ese era el menor de mis problemas en aquel momento.

Una mañana en la que me encontraba etiquetando damajuanas en el germen del *domus herbarum,* comencé a sentirme mal. Los hasta entonces familiares aromas herbales se me hicieron insoportables. El amargor de la ruda me retorcía el estómago. El frescor mentolado del poleo me mareaba como si estuviera navegando en un mar agitado. Los efluvios de la salvia, que siempre me resultaron balsámicos, ahora me provocaban náuseas.

Apoyé la frente contra la madera fría de uno de los estantes, y tragué con fuerza.

—No… no puede ser… —musité.

¿Y por qué no? Mi cuerpo era joven. El de Arturo también. Había visto a muchas mujeres en la misma situación cuando atendía el hospital. Aquello no eran los síntomas de un resfriado o una indigestión. La vida se abría paso.

—No… no… —repetí, aferrando mi vientre.

Entonces oí voces avanzando por el corredor. Escuché mi nombre. Unos hombres hablaban de mí. Me acerqué a la puerta. Posé la

mano en el pestillo, pensando en salir para hacer notar mi presencia, pero la curiosidad me frenó las intenciones.

—Esa mujer terminará por destruir un reino que aún no ha echado raíces —decía uno de ellos—. Ya desquició en su momento al rey Úter y ahora está haciendo lo mismo con su hijo.

—Nada peor que una mujer con ambiciones propias —secundaba otro.

En eso último parecían estar todos de acuerdo.

—¿Hervir hierbajos y levantar torres para observar las estrellas? —añadió un tercero—. ¿Acaso no es eso lo que hacen las brujas?

Los demás le dieron la razón.

¿Qué sabrían ellos? ¿Tan falto de personalidad creían que era su monarca? Arturo estaba de acuerdo conmigo en que no bastaba con defender Britania con espadas: también había que resguardarla de la ignorancia y la enfermedad.

—¿Y qué me decís de su manera de mirar? Se come a los hombres con los ojos. —dijo la segunda voz—. Se comenta que la han visto coquetear incluso con el rey Uriens.

Corearon una sonora carcajada.

—Y él va diciendo que esa mujer no le interesa en absoluto, pero la realidad es que está deseando emparentarse con el rey Arturo.

—Pues a mí no me gustaría que una mujer como esa viviera bajo mi mismo techo, teniendo Uriens como tiene a un joven hijo —respondió el segundo—. Seguro que intenta pervertirlo también.

Reían, elevaban el tono de voz y luego lo bajaban, se interrumpían y susurraban las frases que consideraban más comprometedoras. Decían que las manos de Arturo se deslizaban de vez en vez bajo la mesa para recorrerme los muslos y que aquello me encendía. Que lo había hechizado. Que bastaba una de mis miradas para que él abandonara todo lo que estaba haciendo, para huir conmigo a la cámara real.

—¿Imagináis si la gente se enterase de que se enreda en líos de alcoba con su hermana? —susurró uno de ellos—. Morgana será su ruina.

Concluyeron que el nuevo rey y yo éramos dos caras de un espejo: él era el brillo y yo la sombra que acechaba a su espalda.

La rabia y la humillación hicieron que se me helaran las manos y se me secara la garganta. En ese momento hubiera querido destruir el germen del dispensario y el hospital, sacudir la tierra para que la Torre de Astronomía se derrumbase, salir de mi escondite y destrozarles las entrañas a esos imbéciles, reposar la cabeza en el regazo de Sibila y llorar hasta que se secasen mis lágrimas. Hubiera querido…, oh…, cielos…, tantas cosas. Regresar a Ávalon. Esconderme de todos. Incluso de Arturo.

Pero no hice nada.

Estaba aprendiendo a domesticar mis emociones y no iba a movilizarme por motivos ajenos. No. No podía irme. Si me iba en ese estado…, ¿qué sería de la criatura que comenzaba a crecer en mi interior?

En ese momento, el amor que sentía por Arturo pasó a un segundo plano. Ahora él formaba parte de ese reino que me ultrajaba. Ahora se trataba de mi futuro hijo y de mí.

Hice un esfuerzo por recuperar el ritmo de mi respiración, tal y como Sibila me había enseñado, mientras esperaba a que esos zafios abandonasen el corredor. Cuando me aseguré de que fuera ya no había nadie, salí del *domus herbarum* con el firme propósito de abandonar ese proyecto para siempre.

Al dar la vuelta a la esquina, vi a Uriens aproximándose por el pasillo. Lo esperé. Una idea tomaba forma en mi cabeza.

—¿Os encontráis bien, señora? —me preguntó—. Estáis muy pálida y os brillan los ojos.

No respondí. Estaba pensando.

—Disculpadme, soy un grosero. Llevo tanto tiempo solo que he perdido la costumbre de hablar con una dama. Si me permitís, querría señalar que esa palidez y el resplandor de vuestra mirada resultan deslumbrantes. Lamentaría haberos molestado. Es más, yo…

—Quedad tranquilo. No lo habéis hecho —interrumpí, forzando una sonrisa—. Iba a dar un paseo por los jardines. ¿Deseáis acompañarme?

Vi que en su rostro se dibujaba un gesto de sorpresa. ¿Quizás era demasiado atrevido que una mujer invitase a un hombre a pasear? Posiblemente sí. Uriens carraspeó varias veces con la intención de decir algo, pero ninguna palabra salió de su boca. Para aligerar el peso del momento, batí las pestañas y bajé la barbilla, simulando turbación.

—Será un placer —dijo él al fin.

Caminamos en silencio, el uno al lado del otro. Eso me permitía seguir ahondado en mis pensamientos. Llevaba demasiado tiempo movilizada por mi corazón; ahora debía hacerle caso a mi cabeza.

Era evidente que le gustaba a ese hombre. ¿Por qué no casarme con él? Si ya no iba a pasar el resto de mi vida con Arturo, ¿qué más daba este que otro? El reino de Rheged quedaba lejos de Camelot. Si me casaba con Uriens sin dilación, mi hijo pasaría como suyo y quedaría bajo su protección, alejándolo de la sospecha de ser el primogénito bastardo del rey, concebido en el vientre de una bruja (que además era su hermana).

Lo que tuviera que pasar después, lo pensaría tras el parto.

Mientras estas ideas rondaban mi cabeza, Uriens no dejaba de hablar de la enorme mesa que los carpinteros y artesanos acababan de terminar de instalar en el gran salón, con los nombres de cada uno de los caballeros escritos en oro sobre la tabla. Merlín había asegurado que se trataba de letras mágicas. Que el nombre de cada caballero que falleciera desparecería, surgiendo en su lugar el del que debía reemplazarlo.[92]

—Ya se dice que hay tres grandes mesas en el mundo: la que acogió la última cena de Nuestro Señor, la que José de Arimatea y sus discípulos usaron la primera noche que pasaron en Britania ¡y la Mesa Redonda del rey Arturo! —concluyó Uriens.

—Vaya… —comenté, sin saber qué otra cosa decir al respecto.

Pero mi «vaya» sonó a: «¡Qué interesante! Por favor, contadme más. No dejéis de hablarme con vuestra dulce voz…».

Así que Uriens se envalentonó y me propuso que nos sentáramos en uno de los bancos de piedra que quedaban junto a los rosales. Nuestros ojos se encontraron. Un segundo después deslizó su mirada a mis labios y entreabrió un poco los suyos. Intuí que estaba imaginando cómo sería besarme. Osó tomar mi mano.

—Sois tan hermosa…

Suspiré, un poco sorprendida de lo rápido que estaba funcionando un plan que aún no estaba segura de querer llevar a término.

—Sé que es un momento complicado, con la reciente coronación de vuestro hermano y con sus planes de boda…, pero me preguntaba… Me preguntaba…, ¿cómo es que una mujer tan bella como vos aún no está casada?

—Pues… yo…

Volví a tomar aire. Sentía una gran presión en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

—Disculpadme de nuevo. He vuelto a ser ofensivo y descortés. Lo que quiero decir es que me gustaría pedir vuestra mano. Habría hablado ya con vuestro padre, si se encontrase aún entre nosotros. —Encogí el gesto—. Oh…, no, perdón. No tengáis en cuenta mis desaciertos. Hablaré con vuestro hermano. Lo haré ahora mismo.

—No hace falta —interrumpí.

—¿No deseáis que lo haga?

Tragué saliva antes de responder.

—Lo que yo quiera hacer con mi mano no lo decide mi hermano. Os la entrego sin duda.

Uriens me contempló con los ojos brillantes.

—Me hacéis el hombre más feliz del mundo —aseguró—. Podemos casarnos en el reino de Rheged. Dentro de unas semanas, tras la boda del rey y lady Ginebra.

—Quiero casarme inmediatamente. Quizás podamos celebrar una sencilla ceremonia aquí mismo, tras la de mi hermano —sugerí.

—Pues he de darme prisa, entonces. He de ultimar los detalles del enlace. ¿Me excusáis?

Asentí. Se incorporó y caminó deprisa hasta desaparecer de mi vista.

Me quedé un buen rato con la mirada perdida, sentada en aquel jardín en el que no mucho tiempo atrás yo había pensado en emplazar el *hortus sanitatis*. El castillo de Camelot ya no sería mi casa. Jamás el lecho de Arturo sería mi tálamo nupcial. «No, no… No puede ser. ¿En serio he aceptado la proposición de matrimonio de Uriens?», pensé. En lo más profundo de mi corazón, bajo la capa de frialdad y dureza, sentía un inmenso dolor. Una punzada muy humana, nada feérica. Amaba a Arturo. Lo había amado desde el primer día que lo vi, cuando aún era una criatura de pecho. Y sabía que él me amaba a mí. Y aun así, estaba dispuesta a hacer todo lo posible por alejarlo de mi lado.

Esa noche, de madrugada, Arturo se presentó en mi alcoba, erguido y solemne. Ya comenzaba a mostrar destellos regios; pese a ello, al verme, su rostro se iluminó.

—Vengo a buscarte —dijo—. No quiero que vuelvas a evitarme esta noche.

Quise forzar una sonrisa sarcástica, pero mis labios no me respondieron.

—No te estoy evitando. Solo te protejo.

Una sombra de duda emborronó su mirada limpia; tan joven, tan transparente. No quería hacer lo que tenía que hacer. No quería envenenar su inocencia.

—¿Protegerme? —repitió—. ¿De qué crees que debes protegerme?

—De mí —susurré.

—¿De qué hablas? Tú eres lo único que le da sentido a todo esto. Lo único que no me pesa.

Le di la espalda. Fijé la vista en el brillo del fuego.

—Arturo, esto que hacemos no está bien.

Un silencio tenso nos envolvió.

—¿Hablas tú o habla Merlín?

—Eres un rey cristiano. Debes desposar a una dama que el pueblo acepte. Que los obispos puedan bendecir vuestra unión. Lo que hacemos no está bien —repetí.

—Si quererte está mal, no me interesa el bien —aseguró con voz firme.

No me sorprendió su respuesta. Él era lo que se veía: honorable, leal y puro. Por un instante sentí que el peso del mundo se volvería leve si cedía, si me abandonaba a su terquedad juvenil. Pero entonces recordé quiénes éramos él y yo. Ahora me amaba. Sí. Pero ¿me seguiría amando si el mundo se volviera en su contra por mi culpa? ¿Si su destino de rey tuviera que verse sacrificado por elegir estar a mi lado? No. Yo no podía aceptar eso. No lo permitiría. No quería cargar con esa responsabilidad.

—Arturo —dije, forzando que mis palabras sonasen firmes—, no puedes elegirme.

Él se situó a mi espalda. Sujetó mis brazos y colocó sus labios en mi pelo. Sentí en mi nuca el calor de su respiración y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—Ya te he elegido —murmuró.

Entonces lo supe: nada iba a convencerle de que no debíamos estar juntos. Si quería alejarlo de mí, y alejarlo de verdad, debía romper su corazón.

—Yo también he elegido. Estoy enamorada de otro —dije secamente, separándome de su cuerpo.

Contrajo el rostro, y en él vi el dolor convertirse en incredulidad para, un segundo después, hacerle hueco a la esperanza.

—No te creo.

—Deberías hacerlo —continué hablando, mientras fingía ordenar unos libros que había en la mesa—. Es mi naturaleza feérica. Merlín ya te lo habrá advertido. Somos criaturas inconstantes y huidizas. Mi corazón va y viene…, como las olas. Te he querido, pero ya no. Se me ha pasado —suspiré—. Ahora quiero a otro.

—¡Mientes! —exclamó, con los puños apretados—. He sentido cómo tu cuerpo se estremecía a mi contacto hace apenas un segundo.

—Oh… Arturo. ¿Eso te ha parecido? —Reí sin ganas—. El estremecimiento que has notado no era deseo, sino aversión. ¿Acaso no te has dado cuenta de que hace ya unos días que evito tu cercanía?

La crueldad de mis palabras me arañaba el alma. Podía oír el sonido de su corazón resquebrajándose. Le vi derrotado. Tuve que resistir la tentación de correr a abrazarlo, besar sus labios, susurrarle al oído que era suya y solo suya. Y que así sería hasta el fin de los tiempos.

—¿Quién es ese gran hombre, merecedor de tu amor? — preguntó, afligido.

—Uriens de Rheged.

—¿Uriens de…? ¿Ese viejo? No te creo.

—Él es un hombre. Tú solo un niño.

Sus ojos ardían.

—No te parecía un niño cuando venías a buscarme a mi lecho.

Me faltaba el aire.

—Por favor, hermano. Vete —balbuceé, agotada.

—¿Hermano? ¿Volvemos a ser hermanos? Entiendo… Entonces, si Uriens quiere casarse contigo debe pedirme tu mano. Y yo no se la concederé.

Sonreí con amargura.

—No pierdas la dignidad, Arturo…, te lo ruego. Deja que recuerde nuestro tiempo juntos con cariño.

Su corazón terminó de romperse.

Bajó la mirada y se dio la vuelta. Caminó hacia la puerta. Cada parte de mi ser clamaba por correr hacia él y fundirme con su cuerpo. Pero no lo hice. No debía hacerlo.

—Nunca dejaré de amarte —dijo antes de salir.

—Nunca dejaré de amarte —respondí yo, cuando ya no podía oírme—. Nunca. Nunca…

En ese instante percibí la esencia de ese *nunca*. De lo que *nunca* seríamos. *Nunca* más nos abrazaríamos como aquella primera vez en la playa del Amor Prohibido, ni planearíamos juntos mejoras para su reino. Él *nunca* vería crecer a su hijo, ni yo acunaría entre mis brazos sus pesadillas. *Nunca* mi beso sería su protección, antes de entrar en batalla, y ya *nunca* sabríamos hasta dónde hubiéramos llegado de reinar juntos. *Nunca* más seríamos Arturo y Morgana.

Ahora solo estaba Morgana separada por siempre de Arturo.

Ya *nunca* más estaríamos el uno para el otro.

Ya no seríamos.

Ya no.



Arturo y Ginebra se casaron en la iglesia de San Esteban. La tenue luz crepuscular de finales de noviembre se descolgaba de los vitrales. Atravesó en diagonal la penumbra gris verdosa, difuminando los contornos de la Virgen, de los santos, de la cruz que descansaba sobre el altar, rodeando las cabezas de los novios con un halo de santidad.

Cuando vi a otra mujer enlazada al brazo de Arturo, sentí que el alma se me quebraba como si estuviera hecha del frágil cristal de esas copas a las que se les puede arrancar música recorriendo su borde con la yema del dedo. Intenté concentrarme en la quemazón que sentía en la boca del estómago, pero eso solo me devolvió el recuerdo de que algo de Arturo habitaba en mi vientre. Eso nos uniría para siempre.

Me sentí extenuada. Una mordiente agitación de espíritu me hacía desear esconderme bajo la cama y desparecer. Pese a ello, asistí al enlace en el papel de la prometida de Uriens, investida de fingida calma.

La ceremonia culminó en un espectacular banquete de cinco servicios. Sopas doradas a base de caldo de ave con especias traídas

de Oriente, verduras hervidas con mantequilla y finas hierbas, salmón al horno, anguilas en gelatina, truchas fritas con salsa de ajo y perejil. Todos aquellos olores se enlazaban al ambiente enrarecido por el humo de la chimenea, por la cercanía humana, por los efluvios de sus bocas cuando me hablaban demasiado cerca. Comencé a sentir una terribles náuseas, pero todo empeoró cuando se dispusieron a servir el plato principal. Un mayordomo reclamó nuestra atención.

—Distinguidas damas… Nobles caballeros… —vociferó con entusiasmo—. He aquí el rey de las aguas: el cisne blanco, símbolo de pureza, nobleza y del perpetuo amor que se profesan los recién casados. Hasta hace poco, estas criaturas se mecían sobre espejos de plata, pero, gracias al Creador, y a nuestro distinguido cocinero —añadió, y después guiñó un ojo al susodicho antes de continuar hablando—, nadarán hasta vuestros platos sin perder un ápice de la elegancia que los caracteriza. ¡Que su sacrificio bendiga este banquete!

Mientras él hablaba, un grupo de sirvientes arrastraban mesas rodantes sobre las que descansaba un ejército de cisnes. Se deslizaban por la sala como si aún se mantuvieran a flote sobre un lago. Parecían vivos, pero se trataba de un truco. Los habían cazado, desplumado, asado y vuelto a emplumar. Aquellas aves, que en algún momento debieron fulgurar bajo la luz del sol como copos de nieve, estaban ahora tiesas y apelmazadas. Habían colocado brillantes coronas sobre sus cabezas, y una cinta roja atada a sus cuellos.

Las damas celebraban el espectáculo con risitas nerviosas. Los caballeros golpeaban las mesas con los puños. Me llevé una mano al vientre y otra a la boca, no tanto para sostener a la criatura que crecía en mis entrañas como para aguantar las náuseas. Las lágrimas acudieron a mis ojos. Imaginé a esos pobres cisnes deslizándose sobre tranquilas aguas, acogiendo entre las alas a sus crías, alzando elegantemente su cabeza, ajenos a las ridículas celebraciones humanas en las que se consideraba refinado

rellenarlos de huevo, verduras y especias que despedían un aroma dulzón y asfixiante.

Mi estómago se revolvió con violencia. Desvié la mirada hacía los tapices de la sala, pero en ellos se representaban escenas de caza: jabalís abatidos a lanzadas, caballeros acosando a zorros, osos despedazados… Sangre, vísceras, sudor…

Me incorporé de la silla y abandoné a toda prisa el gran salón. Trastabillé por los corredores, en dirección al patio. Allí vomité bilis y rabia a partes iguales. Cuando al fin conseguí recuperarme, me incorporé y me alisé el vestido. Justo entonces, sentí que no estaba sola. Al darme la vuelta, vi a Merlín.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —espeté con desagrado.

—¿Te encuentras mal?

No consideré que fuese descortés ignorar su pregunta, ya que él había ignorado la mía. Comencé a caminar, pero, al pasar por su lado, me sujetó el brazo para retenerme.

—¿Has vuelto a jugar con la humanidad, Morgana? Se murmura que has sublimado el amor que deben profesarse los hermanos.

Me di la vuelta y le enfrenté la mirada durante un instante eterno.

—¿Piensas que debo rendirte cuentas, mago?

—¡Vas a echarlo todo a perder! —increpó—. Creí que habías comprendido cuán importante era la alianza entre Britania y Ávalon. Pero eres ingobernable. Sigues igual de egoísta que siempre. Sigues sin dejarte aconsejar por mí. ¿Cómo es eso posible? Yo, que siempre te he sido fiel, que siempre estoy a tu disposición, que te ofrezco todo lo que soy —dijo, y comenzó a enumerar—, mi lealtad, mi magia, mi experiencia, todos mis conocimientos y sabiduría… sin pedir nada a cambio.

Lancé una carcajada amarga.

—¿Que no pides nada a cambio? —grité—. Solo nuestra libertad y dicha.

—He sido tan generoso con vosotros —suspiró abatido—. Tan generoso…

—Escúchate, mago. Crees que todo gira en torno a ti. —Y le imité con desprecio—. «Yo te he sido fiel». «Mi sabiduría». «Mi lealtad». «Mi experiencia». «Yo». «Yo». «Yo».

—De acuerdo —resopló agotado—. Hablemos de ti. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que ansías?

—Ya tengo lo que quiero.

—¿Te refieres a ese ridículo matrimonio con Uriens? — Me observaba perplejo. No contesté—. ¿Te refieres a eso? Es para mí un enigma que elijas una vida anodina en el reino de Rheged por encima de tu soberanía en Ávalon. No es digno de ti. ¿Qué sabe Uriens de magia? ¿Qué sabe ese patán sobre los misterios que se ocultan en tu alma? Estás llena de pasión: amas y odias con viveza. Eres elemental e indómita, como el agua, el fuego o el viento. ¿Qué puede ofrecerte ese hombre? ¡Nada! ¡Nada en absoluto! Languidecerás en el reino de Rheged. Yo puedo elevar tu poder hasta límites insospechados. Puedo hacer que tus suspiros muevan las hojas de árboles que habitan al otro lado del mundo y que la tierra vibre bajo tus pies desnudos. Puedo convencer a los pájaros para que trinen al ritmo de tu risa. Puedo lograr que amanezca cuando abres los ojos y que caiga la noche cuando los cierras, o al contrario, si es ese tu deseo. Haría lo que tú quisieras. Estoy agotado de vivir persiguiéndote…

—Deja de perseguirme, entonces.

—No puedo… Oh…, Morgana. ¿Es acaso mucho pedir? Deja que te gobierne y el mundo entero será tuyo. Deja que mis caricias agiten tus entrañas. Idolátrame…, ámame… y me postraré a tus pies. No habrá esclavo más fiel que yo.

—Lo siento, mago. Yo soy la única reina a la que rindo pleitesía —respondí, antes de dar la vuelta y alejarme de él.

Los planes que Merlín tenía para nosotros solo se cumplieron a medias. Aquella alianza entre hermanos, que durante un breve periodo de tiempo parecía haberse rozado con la yema de los dedos, se malogró por culpa del amor. El amor apasionado que Arturo y yo nos profesábamos. El amor enfermo que Merlín sentía por el poder y

que personificaba en mí. Y el amor prohibido que había nacido entre Lancelot y Ginebra, del que aún no teníamos conocimiento.

---

90 García Gual, C. (2020). *Historia de Merlín*. España: Siruela.

91 Ptolomeo II repudió a su primera esposa y se casó con su hermana Arsínoe. Juntos reinaron en Egipto. Ambos se amaban con pasión, hecho que conmocionó a la opinión pública griega. Al parecer, Sótades, uno de los poetas que disfrutaba de los privilegios de ser un erudito en la gran Biblioteca de Alejandría, osó componer un epigrama jocoso en alusión al enlace entre los hermanos. Según la leyenda, Ptolomeo II ordenó encerrarlo en un ataúd de plomo que terminó en el fondo de mar. Y es que en Alejandría los intelectuales eran agasajados y consentidos (siempre que honraran a sus mecenas).

92 Merlín dejó un espacio en blanco, reservado para el mejor de todos ellos: el caballero destinado a encontrar el santo grial. No debía ser ocupado por otro, a no ser que se quisiera sufrir un terrible destino. Quien lo intentase, perecería en el acto, fulminado por un fuego invisible. Lo llamaron el «Asiento Peligroso».

20
EL HIJO DEL PECADO

«Este niño… Aunque Arturo tenga muchos hijos varones, este es el primogénito.
Con su educación cristiana se avergonzaría de este vástago incestuoso».[93]

Las nieblas de Ávalon
MARION ZIMMER BRADLEY

Los motivos por los que acepté casarme con Uriens me eran ajenos; solo servían para mantener la paz de espíritu de los demás, así como para asegurar la supervivencia de mi hijo. No os negaré que, en un primer momento, tuve la tentación de huir a Ávalon y aguardar allí el nacimiento de la criatura sin dar ninguna explicación. Pero Arturo o Merlín habrían atado cabos, tarde o temprano. Hacer las cuentas en estas circunstancias es sencillo, y a la gente le gusta especular. El recuerdo de cómo el mago separó a mi hermano de sus padres y de mí, siendo aún una criatura de pecho, para evitar que lo asesinasen antes de que llegara a la edad adulta, terminó de convencerme.

Mi matrimonio también se celebró en la iglesia de San Esteban, a los dos días del de Arturo y Ginebra. De esa manera aprovechábamos que estaban allí el obispo y los grandes señores y damas del reino, así como los adornos florales y las múltiples viandas y bebidas que sobraron de la anterior celebración. A mí todo aquello me pareció un trámite absurdo y absolutamente prescindible.

Durante el banquete, los sirvientes rellenaban las copas con vino especiado, hidromiel, cerveza, sidra. Traían y llevaban fuentes con sardinas asadas, caballas, lenguados, merluza en salsa de

almendras, setas salteadas con ajo, puré de nabos y zanahorias. Para mi fortuna, los cocineros no se esforzaron tanto en elaborar el plato principal como lo hicieron para la boda real, así que no hubo asomo de cisnes navegando entre las mesas. Se conformaron con trabajar con esmero los ingredientes de la masa dura del *coffyn pie*[94] para edificar réplicas en miniatura del castillo de Camelot, en cuyo interior se cocinó en su salsa venado aromatizado con canela, nuez moscada, pimienta y clavo. De postre, un dispendio de natillas con agua de rosas, peras al vino, dátiles rellenos de almendras y otras muchas delicias que no quise ni mirar. Me sentía desolada.

Merlín, que desde un principio había mostrado su absoluto rechazo a mi enlace, decidió no asistir. Se recluyó en la Torre de Astronomía con la excusa de que debía ultimar su puesta en marcha.

Arturo sí estuvo presente; al menos, en cuerpo, pues tenía la mirada perdida y el rostro serio. No me dirigió la palabra en todo el día, pero, como el gran rey que ya era, acalló las posibles murmuraciones pronunciando el primer brindis en honor a los recién casados, procurando mostrarse amable con todos los presentes.

Lo acontecido durante aquella jornada aparece borroso en mis recuerdos, seguramente porque había pasado la noche llorando y tenía los párpados hinchados y los ojos vidriosos. Por contra, Uriens estaba feliz. Alzaba su copa una y otra vez para brindar con alegría mientras se preciaba de haber emparentado con el mismísimo rey. Sin lugar a duda, nuestro enlace era un trámite del que ambos salíamos beneficiados. De cuando en cuando, volvía su rostro hacía mí y me acariciaba la mano, me palmoteaba la rodilla o me rodeaba con el brazo, por ver si así me animaba, justificando mi apatía por la emoción del enlace.

Pasamos la primera noche de bodas en la cámara que hasta ese momento yo había ocupado en el castillo de Camelot. Fue una agradable sorpresa que mi recién estrenado esposo no mostrase interés alguno en consumar el matrimonio. Ebrio como una cuba, alcanzó el lecho dando traspiés. Allí se desparramó un segundo antes de ponerse a roncar con la boca abierta y la baba deslizándose

por la comisura de los labios. Un espectáculo solo un poco menos desagradable que contemplar a un peregrino descalzándose para reventar las ampollas de sus pies ante una fogata.

Pero el alivio inicial dio paso a la inquietud. Si quería que mi plan funcionase, debía involucrarme en el acto conyugal con Uriens, aunque fuese una única vez. Solo imaginarlo me perturbaba y me impedía conciliar el sueño. Podría entregar mi cuerpo a otro hombre que no fuese Arturo, pero jamás mi intimidad. No hay mejor manera de acallar la lujuria que compartir el lecho con alguien a quien no amas.

Llegamos al reino de Rheged una semana después. Se trataba de un territorio fronterizo, encajonado entre montañas, verdes colinas y valles salpicados de casitas de madera arracimadas junto a los ríos. Allí los bardos aún cantaban en la lengua antigua las gestas de sus héroes e invocaban protección a dioses ya olvidados en otras partes de Britania. Sus habitantes estaban orgullosos de sus raíces y tradiciones.

El castillo, construido en piedra gris verdosa, se alzaba sobre un paraje solitario rodeado de páramos. Era el equivalente arquitectónico de Uriens; macizo, tosco y cubierto de cicatrices que el musgo intentaba disimular. Sus torres no se erigían paralelas unas a las otras. Levemente ladeadas, parecían discutir con el viento o murmurarse entre sí recuerdos de personas que hacía tiempo descansaban bajo tierra. El descuadrado portón crujía como las rodillas de un viejo guerrero. En suma, se trataba de un lugar inquietantemente tranquilo, casi como imaginas que debe de ser el fin del mundo.

Pasé mi primer día allí recorriendo el castillo para intentar hacerme con sus particularidades. En primer lugar, fui al establo, en donde instalé a Taranis. Cerca había huertos, almacenes de granos y semillas, un patio con pozo y la sala de guardia. Ya en el interior, además del gran salón, encontré diversas piezas en torno a la cocina repletas de utensilios para elaborar queso, recipientes en los que encurtir verduras, barriles de vino, cántaras de aceite y miel. De las

vigas de una sala bien ventilada colgaban alimentos que se estaban oreando. También encontré un espacio reservado a todo tipo de instrumentos que parecían sacados de un manual de torturas, utilizados para despiezar, embutir y salar animales. Otro de los cuartos era la armería, donde un desbarajuste de espadas, cuchillos, lanzas de caballería, cotas de malla, cascos, grebas de cuero endurecido, arcos, flechas, guantes y escudos de madera pintados con el emblema de Uriens esperaban ser útiles en una nueva batalla.

Pero también tropecé con una extraña estancia a la que solo podía accederse a través de una red de complicadas escaleras. Hubiera estado vacía de no ser por una reproducción en miniatura del castillo colocada en el centro, construida con piedrecillas grises. En ella estaban representados todos los lugares que ya había recorrido: establos, cocinas, almacenes, armería…, pero también otros con los que no me había topado. En cada uno de los cubículos había figuritas hechas con miga de pan, delicadamente pintadas. Una personificaba a Uriens, con el blasón decorando su pecho. Otra parecía ser Ywain de niño. También había soldados, sirvientas, mozos de cuadra, cocineros, patos, vacas, caballos y cerdos diminutos.

Seguí el rastro de las escaleras que me habían llevado hasta aquella habitación y la localicé en el reducido castillo. Asomada a la minúscula ventana, se encontraba una estatuilla con la forma de una dama. La cogí. Casi no me había dado tiempo a estudiar sus ojos, pintados de un intenso tono cárdeno, cuando escuché un sollozo. Levanté la vista. Frente a mí, asomada a la ventana de la habitación, vi a una dama vestida exactamente igual a la muñeca. Parecía concentrada en la contemplación melancólica del paisaje que quedaba más allá de la arboleda.

—Disculpad —dije como saludo—. No os había visto. Mi nombre es Morgana —me presenté.

Y entonces ella se dio la vuelta. Me miró con sus ojos amoratados. Un hilillo de sangre brotaba de su nariz.

—¡¡¡Huye!!! —le oí gritar dentro de mi cabeza.

De la impresión, perdí el conocimiento.

Al recobrarlo, estaba tumbada en el suelo de aquella misma sala. Dos sirvientas agachadas junto a mí mostraban signos de gran conmoción. Una de ellas me sujetaba la cabeza sobre sus muslos mientras que la otra me daba aire con el mandil.

—Está… Está herida —musité—. Hay que ayudarla.

—¿De quién habláis, señora? —preguntó la que me abanicaba.

—La mujer en la ventana —señalé con una mano en esa dirección.

Volví a mirar, pero allí no había nadie. Tampoco estaba ya el castillo en miniatura.

Las dos muchachas intercambiaron una mirada que, en ese momento, no supe interpretar. Me ayudaron a incorporarme y se empeñaron en acompañarme hasta mi alcoba. Colocaron almohadones tras mi cabeza y me cubrieron con varias mantas. Repetían que el cuerpo se me había destemplado por culpa del viaje, que las corrientes en el castillo eran traicioneras y que debía tomarme un caldo de pollo. Pese a que yo insistía en que ya estaba bien y que solo quería que me dejaran tranquila, sospeché que aquellas dos muchachas estaban encantadas de librarse de cualesquiera que fueran sus obligaciones de ese día para atender la fragilidad de la nueva señora.

La dama de rostro tumefacto fue la primera visión que tuve en ese lugar.

Entre unas cosas y otras, Uriens y yo llevábamos cerca de dos semanas casados y aún no habíamos consumado el matrimonio. No os sorprenderá saber que hubiera preferido que me arrancaran la piel a tiras, o que me clavaran astillas encendidas entre las uñas de los pies, antes que quedarme a solas con mi marido, pero era consciente de que aquel encuentro no podía aplazarse por más tiempo.

Uriens debió de pensar lo mismo, porque los sirvientes recibieron órdenes de acomodar la alcoba de mi esposo, y una noche en la que este se mostró especialmente afectuoso nos retiramos temprano.

Sobre la cama habían desparramado pétalos de flores, un gran fuego ardía en la chimenea y los pebeteros, colocados en las esquinas, desprendían el intenso aroma del incienso y la mirra, que en mí evocaban sensaciones más místicas que sensuales.

Me quedé de pie en medio de la estancia, sin saber muy bien qué hacer o qué decir. En ese momento Uriens me pareció más desconocido que en el mismo día en el que lo vi por primera vez.

Comenzó a caminar a mi alrededor, recorriendo con sus ojos cada pulgada de mi anatomía. Su mirada se demoró en la curva de mis hombros, en la parte baja de mi espalda, en el realce de la falda a la altura de las caderas. Tomó un mechón de mi cabello y se lo llevó a los labios. Luego volvió a dejarlo, acercando su nariz a mi cuello, entrecerrando los ojos, olisqueándome. Contraje el rostro mientras me repetía internamente que podía hacerlo. «Solo una vez, solo una. Solo una».

Uriens creyó reconocer, en mi gesto repugnado, claras señales de excitación. Eso debió gustarle, porque me agarró el cuello con su mano callosa y pegó sus labios a los míos. Los apretó, abriendo y cerrando la boca, aspirando el aire. A mí me recordó a la manera en la que los desdentados sorben caracoles en salsa. Tuve que contener una arcada.

—Quién hubiera pensado que me traería de Camelot un bocado tan delicioso —murmuró con voz ronca cerca de mi oreja—. Tienes la piel suave, pero intuyo que está firme donde debe estarlo.

Al decir eso, la mano con la que aferraba mi cuello descendió hasta uno de mis senos. Lo presionó sin ninguna delicadeza. Eso me hizo dar un respingo; mis pechos estaban muy sensibles a esas alturas. Fruncí el ceño. Le aparté de un manotazo.

—Debes tener más cuidado —exclamé indignada.

Él dudó durante unos segundos. Parecía sorprendido de que una mujer le plantase cara. Levantó el mentón antes de volver a hablar.

—Ya me habían advertido de tu carácter indócil, pero a fe mía que a ti te domo yo. Aquí no eres la hermana del rey. En el reino de Rheged, mi esposa acata mis órdenes.

Apreté los puños y los dientes, intentando apaciguar la rabia que me hacía hervir la sangre. Si perdía los nervios, todo mi sacrificio sería en vano. Debía hacerlo por el bien de mi hijo. Me concentré en eso. Hice un esfuerzo por relajar mi gesto. Y guardé silencio.

Uriens desató los cordones de mi corpiño y luego me abrió la camisa. Mis pechos quedaron expuestos ante sus ojos; plenos, con los pezones oscuros, alterados por el embarazo. Si él tenía la suficiente información sobre los ciclos reproductivos de las mujeres, así como sobre las variaciones en su anatomía, lo desconozco. Los observó extasiado, con los ojillos brillantes. Un segundo más tarde los estaba manoseando, pellizcando, succionando. Yo le miraba de reojo; tenía el rostro enrojecido.

De pronto, me agarró por el brazo y me arrastró al lecho. Me levantó la falda y rebuscó en su pantalón antes de lanzarse sobre mí. Cerré los ojos y rogué para que aquella tortura acabara lo antes posible.

Pero no pasó nada. Nada de nada.

Su virilidad era titubeante, endeble… Iba y venía, sí, pero incluso las veces que venía resultaba insuficiente.

—¡Muévete, zorra! —bufó.

Quise hacerlo, pero me aplastaba bajo su peso. Se zarandeaba, jadeante, cada vez más y más irritado, sudoroso, envuelto en olor a bravío. Tras un rato de infructuosos esfuerzos, se derrumbó sobre mí, resoplando junto a mi oreja, tan exhausto como el que lleva horas intentando vaciar el mar con un cubo.

Cuando recuperó el ritmo de su respiración, se incorporó para mirarme con desprecio. Y entonces me abofeteó, de izquierda a derecha. Y luego, al contrario. Al observar mi sorpresa, pareció tan satisfecho como si hubiera culminado el acto sexual con éxito.

Después se recolocó la ropa, se alisó el pelo y abandonó la alcoba. Cerró dando un portazo.

Mi querida Ganieda:

Decir que me gustaría volver a Ávalon sería faltar a la verdad: la realidad es que lo echo desoladoramente de menos. Planeo huir de aquí en cuanto nazca la criatura. Mi estado ya es más que evidente a los ojos del mundo. Estoy inmensa, y eso ha debilitado mi magia, como si el embarazo me enraizara a la simpleza de la humanidad.

Pese a que Uriens intentó en diversas ocasiones (y de diferentes formas) depositar su semilla en mi vientre, no lo logró, así que es consciente de que no es suyo. No lo proclama. Le resulta menos vergonzoso que la criatura que crece en mis entrañas pase por su hijo que reconocer su incapacidad. Mi estado actual le ofende. Las contadas ocasiones en las que coincidimos en la misma estancia, percibo cómo se crispa, así que evita mi presencia y me ignora. Dormimos en alcobas separadas, lo cual agradezco. Su piel, su voz y su olor me repugnan en la misma medida que antes me arrastraban al delirio el aroma, el aliento y las caricias de Arturo. ¡Cuán diferente es el encuentro entre dos cuerpos que se aman! La magia que ello produce debería estudiarse. Si pudiésemos condensar la esencia de esa emoción para administrarla como un medicamento, no existirían las guerras.

Con rocío en las alas y un nido en el corazón, se despide de ti,

Morgana



Las semanas que restaron hasta que di a luz aparecen desdibujadas en mis recuerdos. Nos llegaban noticias de que Arturo se ganaba el cariño de su pueblo día a día, por su bondad innata y su generosidad, sí, pero, sobre todo, por su valor. Liberado de mi influencia, emprendió la campaña militar contra los sajones, como en un principio se esperó de él. Los bardos cantaban su gallardía. Había reemplazado la corona por un yelmo de oro, cuya cresta estaba tallada con forma de dragón. Guarnecido con una loriga digna de un rey, con la lanza Rhongomyniad sedienta de sangre, con su escudo Pridwen decorado con la imagen de la Virgen María y con la inefable Excalibur procedente de Ávalon ceñida a su cintura, se

enfrentaba sin temor a sus enemigos.[95] La fe y la magia se unían para hacer grande al pueblo de Britania, tal y como Merlín deseaba.



Tras varios infructuosos intentos, me rendí a la evidencia de que Uriens no podría ser el padre de mi hijo. Temí que me asesinase con sus propias manos al darse cuenta de que se había casado con una mujer embarazada, así que intentaba pasar desapercibida. Supongo que él no quiso entrar en un conflicto diplomático con el rey por mi culpa. Quizás rezaba para que falleciese durante el parto. Muchas mujeres no sobrevivían a ese trance. En Almesbury fui testigo de ello.

Me sentía incómoda en aquel lugar, pero ya era demasiado tarde para huir sin poner en riesgo mi vida o la de mi hijo. Los sirvientes me observaban con desconfianza, parecían cuchichear entre ellos cuando me daba la vuelta y atendían mis demandas con ineptitud, pero yo no les prestaba atención. A medida que mi vientre engordaba, me iba sumiendo en una extraña placidez. Apartada del mundo, mi único entretenimiento era escribir cartas a Ganieda y preparar un ajuar para el bebé. Pasaba gran parte del día durmiendo y las noches las dedicaba a observar las estrellas, intentando descubrir en ellas lo que le depararía el futuro a mi hijo. Y es que a esas alturas estaba segura de que se trataba de un niño, ya que Aldebarán, el ojo ardiente del Toro, considerada desde tiempos remotos estrella de reyes, revelaba que sería un muchacho fuerte que no se inclinaría ante nadie, ni siquiera ante los dioses. En el norte, justo al borde de la noche, Capella, la cabra celeste, guía de los náufragos, coincidía con Deneb, la cola del cisne, y eso auspiciaba que le ganaría la partida a la fatalidad. Aunque me inquietaba Altais, de la constelación de Draco, porque señalaba que vendría al mundo a enfrentarse a dragones. Lo cual podía interpretarse en sentido literal o figurado.

En la recta final del embarazo, me aislé por completo. A nadie pareció importarle. Uriens desaparecía durante días junto a su hijo. Los sirvientes me servían el desayuno, la comida y la cena en mi alcoba. Envuelta en ese sopor, me olvidé de mi propia desgracia. Solo gestaba y esperaba. El recuerdo apasionado de Arturo también se aplacó y llegué a creer que, debido a la desagradable experiencia vivida junto a Uriens, le había cogido asco a los encuentros carnales.

Pasaba interminables horas contemplando por la ventana la evolución de las nubes cargadas de nieve. El viento del norte destruyendo la vegetación. La tenue luz crepuscular, entre el gris pizarra y el verde mar. Los árboles desnudos, como crispadas manos raquíticas, intentando arañar el cielo. Me imaginaba a mí misma asomada a la ventana, como esa dama que vi el primer día. A esas alturas tenía la certeza de que se trataba del espectro de la primera esposa de Uriens intentando advertirme de su tendencia a golpear a las mujeres con las que compartía la vida.

Un día percibí el olor boscoso de Merlín. Su olor a madrugada. Su olor a fuego. Le busqué entre las sombras, inhalando profundamente.

—Morgana —escuché a mi espalda.

Me di la vuelta, sobresaltada, aferrándome el vientre, en un intento absurdo de ocultarlo a sus ojos. Allí estaba el mago. ¿O quizás no? ¿Era una ilusión? Su rostro lucía tan hermoso, perfecto y afilado como la noche que acampamos camino a Ávalon. «Mi aspecto lo determina la esperanza del que me observa», me había dicho entonces. ¿Era eso? ¿Quería verlo igual al día en el que quise confiar en él?

Se acercó a mí lentamente. Sus pasos no hacían ruido, como no los harían los de una alucinación, pero su aroma seguía flotando en el aire. Apreté los párpados.

—No eres real… No eres real… No eres real… —musité.

Al volver a abrirlos, solo nos separaba un paso.

—¿Creías que podías ocultarme esto? —preguntó, posando los ojos en mi vientre abultado.

El miedo me atravesó de pies a cabeza, como un rayo. Cerré los ojos de nuevo. Cuando los abrí, el mago había desaparecido.



La criatura que crecía en mi interior absorbía toda mi energía. El debilitamiento de mis poderes avanzaba al mismo ritmo que aumentaba el tamaño de mi vientre. Eso me impedía discernir si mis visiones eran solo producto de mi imaginación o si se trataba de avisos. En cualquiera de los casos, las visitas de Melín se hicieron más habituales y vívidas. ¿Me estaría volviendo loca o era cierto que me estaba espiando? Se me aparecía cada día, susurraba mi nombre mientras estaba leyendo junto a la ventana, lo encontraba al doblar una esquina, oía sus pasos a mi espalda cuando caminaba por los corredores…

La última noche, antes de dar a luz, me despertó una voz musitada junto a mi oído:

—Morgana.

Al abrir los ojos, vi el rostro de Arturo. Con la yema de sus dedos, acarició la curva de mi mandíbula, mi barbilla y el contorno de los labios. Sus rizos de color oro viejo oscilaban bajo la luz cálida del fuego que ardía en la chimenea.

—Morgana… Morgana… —repetía entre susurros.

Si se trataba de un sueño, quería disfrutarlo. Busqué acomodarme en sus brazos y lo apreté contra mi cuerpo, anhelando volver a sentirme en casa. Él y yo, unidos, junto al fruto de nuestro amor. Nos besamos dulcemente en los labios, despacio, saboreándonos. Acaricié sus brazos, la piel firme y suave de su espalda, la leve curva entre la cintura y su cadera.

—Te he echado tanto de menos… —murmuré.

El ritmo del corazón se me aceleró, bombeando sangre ardiente que se extendía por todo mi cuerpo, dando paso a un deseo apremiante que había estado dormido durante los últimos meses.

Solo se oía el rumor de las sábanas de lino enredándose al ritmo de nuestros suspiros.

—Morgana…

Arturo se incorporó para observarme, con su dulce sonrisa dibujada en los labios. Apartó las sábanas para recorrerme con sus manos los tobillos, las pantorrillas, la cara interna de los muslos. Cerré los ojos, al borde del delirio. Pero entonces sentí sus dedos, rebuscando entre mis piernas y una aterradora certeza me atravesó de pies a cabeza.

Abrí los ojos, pero las sábanas revueltas y mi abultado vientre me impedían ver su cara. A duras penas, logré aferrarle el pelo y tiré de él. La luz de la chimenea decaía, sus rizos dorados ahora eran negros y lisos cabellos, enredados a mis dedos. Su mirada se oscureció.

—¡No! —grité.

—Yo también te echo de menos.

La voz de Merlín sonó metálica y fría.

Aparté como pude las sábanas.

—¡No! —volví a gritar, saliendo a trompicones de la cama.

Al incorporarme, sentí un terrible dolor en el vientre, que me obligó a doblarme en dos.

—¿Qué me has hecho? —aullé.

Pero Merlín ya había desaparecido.

Mis chillidos despertaron a las sirvientas, que me encontraron de pie, sobre un charco, con el rostro contraído y perlado de sudor. Me ayudaron a subirme a la cama y ellas mismas se encargaron de asistir el parto. Mientras una presionaba mi vientre con todo el peso de su cuerpo, la otra agarraba firmemente a mi hijo, obligándole a enfrentarse al mundo de los que han de morir.

—¿Está bien? —pregunté, aterrada, al oír sus llantos, convencida de que Merlín vino con la intención de arrancarlo de mi lado igual que en el pasado había separado a Arturo de lady Igraine.

—Está bien —aseguró la dama que lo cargaba en sus brazos—. Es un niño. Un niño muy hermoso. Aquí lo tenéis, señora.

Lo colocó sobre mi pecho y el miedo se esfumó, espantando de un plumazo los instantes de terror previos.

Los siguientes días los pasé deleitándome con los detalles de su leve humanidad. Mi hijo era glorioso, tal y como lo soñé. En su cuerpecito reunía la totalidad de nuestra esencia: el verde de los ojos de su padre mezclado con el añil de los míos daba lugar a una tonalidad musgosa, vivísima, similar a la que se esconde en el corazón del bosque, bajo las piedras húmedas; su piel era tan blanca como la luz de los espejos en los que nadie se ha reflejado, y había heredado mi cabello. Era un prodigio ver a una criatura tan pequeña con la cabeza cubierta por cabello oscuro y ondulado. ¡Y su olor…! A llovizna de verano sobre la hierba de Tintagel. ¡Había nacido una fuerza de la naturaleza! Estaba segura.

Tan dichosa estaba de tener a mi hijo aferrado a mi pecho, tan segura de que nada ni nadie podrían hacerle daño estando yo cerca, que infravaloré la perseverancia que Merlín imprimía a sus planes.

---

93 *Las nieblas de Ávalon*. (Edith Zilli, trad.) Barcelona: Ediciones Salamandra.

94 Harina, agua y manteca.

95 Arturo tuvo, a lo largo de su reinado, una variada gama de armas, todas ellas con nombre propio y poderes especiales, desde la lanza Rhongomyniad, que brilla hasta el fin del mundo; la daga Carnwennan, que volvía invisible a su propietario, o el escudo Pridwen, sobre el que estaba pintada la santísima Virgen María, protegiendo la integridad de su portador. También tenía varias espadas: Clarent, Seure, que solo utilizó en un combate, tras el cual se la entregó a Lancelot; Marmiadoise, que originalmente había pertenecido a Hércules, y, por supuesto, la celebérrima Caliburnus (Excalibur), llamada Caledfwlche en la leyenda galesa, la mejor de las espadas, forjada en la isla de Ávalon. No había armadura que se le resistiese, ardía en llamas al desenvainarla y mataba al instante a quien tocase. Por si fuese poco, Excalibur se guardaba en un tahalí que evitaba a su portador cualquier derramamiento de sangre.

BANDO DE SU MAJESTAD EL REY
AL PUEBLO DE BRITANIA

En previsión de la llegada de días turbulentos, por consejo del augur Merlín, sabio y profeta, se ha decidido formar una orden de caballeros criados desde la cuna según las antiguas enseñanzas: nobleza, disciplina, valentía y virtud. Se trata de un honor sin igual, reservado para unos pocos elegidos. A ellos se les confiará el porvenir de la corona, reservándoles una plaza en la Tabla Redonda.

Para tan noble causa, están convocados todos los varones nacidos de reyes, nobles, grandes señores o damas de respetable linaje que hayan llegado al mundo durante el mes de mayo del presente año. Quedarán bajo la custodia real y su crianza se hará en una casa segura, bajo la tutela de hombres fieles al rey, según las antiguas costumbres de los más grandes caballeros.

Así pues, se ordena a todos los padres, madres, tutores o señores de casas nobles que entreguen a dichos infantes a los mensajeros del rey. Estos recorrerán las aldeas y ciudades de Britania durante las próximas semanas para hacerse cargo de los elegidos.

Quien demore, obstaculice o ignore este bando se apartará del favor del rey y será tenido por traidor.

Dado bajo el sello de Arturo Pendragón,

rey por la gracia de Dios

21
LA MASACRE DE LOS BEBÉS DE MAYO

«Entonces el rey Arturo mandó traer a todos los niños nacidos el primero de mayo, engendrados por señores y nacidos de damas; pues Merlín había dicho al rey Arturo que nacería el primero de mayo el que le había de destruir (…); los embarcaron a todos en una nave, y se hizo a la mar; y algunos tenían cuatro semanas de edad, y otros menos.
Y por mala fortuna la nave fue empujada contra un castillo, donde se destrozó toda, y perecieron la mayor parte».[96]

La muerte de Arturo
SIR THOMAS MALORY

Mi hijo vino al mundo una primavera que jamás llegó. El crudo invierno fue el equivalente meteorológico a esas visitas que llegan por Navidad y, pasado enero, entran en la cocina bostezando y rascándose el trasero para preguntar qué hay de cena. El sol no consiguió ganarle la batalla a las pesadas nubes grises cargadas de nieve, y un viento helado gemía en las chimeneas. Las tormentas se desplegaban un día sí y otro también, librando en el cielo una batalla a espadazos que ponía los pelos de punta. Con este panorama tan poco apacible tuvieron que recorrer los mensajeros del rey los campos en busca de niños nacidos en mayo.

Partieron de Camelot y tomaron la vía romana de Fosse Way. Un grueso manto de nieve cubría el paisaje. A uno y otro lado del camino, el campo parecía cristalizado, quieto, como muerto. El primer lugar que visitaron fue Kaercaradoc. Allí encontraron a un par de criaturas. En Güintonia había cinco familias nobles bendecidas con el milagro de la vida, aunque tres de las criaturas eran niñas,

por lo que solo pudieron recoger a dos. Al llegar a Silchester ya se había corrido la voz del bando real y cuatro familias se sintieron muy honradas de que sus hijos fueran del interés del monarca a una edad tan temprana, así que los cedieron sin mayor problema, imaginando para ellos un futuro lleno de gloria. En Londinium encontraron otros nueve niños. En Lindum Colonia, tres. Después los mensajeros cruzaron el Humber para llegar a Eboracum; allí les entregaron a otros tres. Atravesaron La Muralla para alcanzar el reino de Lothian, donde Lot ya se había encargado de cosechar a otros siete. Incluso se atrevieron a atravesar el encantado bosque Celyddon y llegar a tierra de los pictos. Allí torcieron el rumbo hacia el oeste para ir descendiendo de regreso a Camelot. Entonces fue cuando recalaron en el reino de Rheged.

Ganieda, amiga, querida:

¡Estoy desolada! Ni siquiera sé cómo explicar lo que ha sucedido; la única certeza es que mi hijo ha desaparecido. Y digo «desaparecido» porque tengo la esperanza de que siga vivo, y de poder recuperarlo. Me desperté hace tres días y no estaba en su cuna. Lo he buscado por todo el castillo, he preguntado a los sirvientes, a todo con el que me he cruzado, pero se apartan de mí y cuchichean a mis espaldas ¡Malditos esbirros! Les destrozaría con gusto el alma a zarpazos, si eso me sirviera para algo más que para aplacar mi justa cólera. Aseguran que no saben nada, o guardan silencio y miran hacia otro lado.

Uriens y su hijo faltan también, así que temo que sean los responsables de su desaparición. Tras el parto recupero poco a poco mi poder y he formulado todos los hechizos de localización que conozco, en vano.

Hay una larga lista de recriminaciones que me hago a mí misma: la principal es la de no haberme marchado a Ávalon cuando descubrí que estaba embarazada. En el momento en el que tomé la decisión, pensé que era lo mejor para Arturo y para nuestro hijo, lo cual demuestra que mi talento para prever mi propio futuro es (siendo muy generosa) mejorable.

Te escribo con la esperanza de que tú puedas hacer algo. Quiero que interrogues a Merlín. ¿Lo harás por mí? ¿Me escribirás en cuanto hables con él?

Lo que está pasando es una pesadilla que se repite, y espero que tu hermano no sea de nuevo el responsable.

Oh…, Ganieda. Ni siquiera le había señalado con un nombre aún. Quería esperar a que mostrase algo de su carácter para decidir.

Atravesada por el dolor de la escarcha, desde la raíz hasta el ala, se despide de ti,

Morgana



Cuando descubrí la ausencia de mi hijo, corrí en busca del espejo de plata. Me concentré en el cristal hasta que dejó de devolverme mi propia imagen para oscurecerse como el ónice. Con la yema del dedo índice, tracé un círculo sobre la superficie y dos líneas cruzadas en su interior. Intenté localizarlo en el momento presente y pronto pequeñas estrellas de luz salpicaron tres de los cuatro cuadrantes; señalaban el cielo, pero también el infierno, así como el mundo real. El único que permanecía oscurecido era el cuadrante del País de las Hadas. Fui pellizcando en cada uno de ellos, pero ninguno me devolvía una imagen nítida; todo eran brillos, espacios grises y algo similar a la niebla sinuosa que se forma en ocasiones sobre el lago de Diana. Di la vuelta al espejo e intenté tranquilizarme. Caminé en círculos, mientras pensaba y pensaba en dónde podría estar mi hijo. Cuando alcancé a dominar un poco mi respiración, volví a asomarme al espejo. Un nuevo círculo. Dos rayas cruzadas. Cuatro cuadrantes. Una vez. Otra. Otra…

Nada.

Recordé que, en *Situatis corporibus,* Tertilius Bellamy proponía un hechizo que él llamaba *Vestigia serica*. Se necesitaban un cabello del sujeto que se pretendía localizar, tres gotas de rocío recogidas de un trébol de cuatro hojas y un mapa dibujado a carboncillo sobre pergamino. Había que enrollar el cabello en la punta del índice de la

mano derecha y humedecerlo con el agua de rocío. A continuación, se debía desplegar el mapa y recorrer con ese dedo la superficie, lo bastante cerca cómo para que el pergamino percibiera la esencia del cabello, pero lo bastante lejos como para no llegar a rozarlo con él. Si se hacía bien, pronto debía aparecer una mancha negruzca señalando el punto exacto en el que se hallaba la persona que se deseaba localizar.

Encontré un par de cabellos de mi pequeño entre las sabanitas de su cuna. Tracé con carboncillo el mapa de Britania, tal y como recordaba que era el que me mostró Ganieda: con el monte Yr Wyddfa, con los ríos Humber y Támesis, con Londinium y Eboracum. Tuve que esperar a que llegara un nuevo día para recoger el rocío del amanecer sobre el trébol, y poder así completar el hechizo. Pero ninguna mancha apareció en la superficie del pergamino. Nada. Ni rastro. Estaba desolada.

Y entonces escuché ajetreo y voces en la planta inferior. Deduje que Uriens e Ywain acababan de regresar. Corrí escaleras abajo. Encontré a mi marido en el gran salón. Un buen fuego ardía en la chimenea y estaba cómodamente sentado a la mesa. Tenía ante sí una copa de vino y un plato con pollo asado. Acababa de ensartar un pedazo, pero se quedó con el tenedor a medio camino de la boca cuando me vio entrar.

—¡¿Adónde te has llevado a mi hijo?! —le grité.

Parecía sorprendido. Pese a que nuestra relación había distado de ser cordial, jamás le había levantado la voz, más bien al contrario. Si podía evitarlo, no le dirigía la palabra. Pero ahora… Ahora mi mirada lo estaba atravesando como un rayo.

—Dime dónde está. Dímelo… No sabes de lo que soy capaz —amenacé.

Él seguía estupefacto y boquiabierto. Supuse que se debatía en la duda sobre qué tono debía imprimirle a la historia que iba a contarme.

—Solo he cumplido órdenes de tu hermano —respondió al fin con desdén. Se levantó de la silla y vi por el rabillo del ojo que cogía el

cuchillo con el que había trinchado el pollo—. Si necesitas explicaciones, pídeselas a él. ¡Ywain! —vociferó al aire, llamando a su hijo.

—¿Órdenes de mi hermano? —pregunté confundida.

¿Acaso Arturo se había enterado de mi embarazo y quería llevarse a la corte a su primogénito? De todos los calamitosos escenarios que se habían desplegado ante mis ojos en los últimos días, ese sin duda era el más halagüeño.

—El bando real —siguió diciendo Uriens—. El bando…

—¿Cómo dices?

—El bando real —repitió—. El que tu hermano ha hecho colgar en todas las plazas de ciudades, pueblos y aldeas. ¡Ywain! —volvió a llamar a gritos.

—¿Qué dice ese bando?

Agitó la mano con desgana y chascó la lengua.

—Algo de que, por consejo de Merlín, se había de entregar a todos los varones nacidos en mayo para formarlos como caballeros desde la cuna.

—¿Les has entregado a mi hijo? ¡Rata miserable! ¿Dónde está ahora? —Mientras hablaba, caminaba hacia él, dispuesta a despellejarle si no me contestaba.

Uriens hizo un rápido movimiento con la mano para girar el cuchillo sobre su palma y asirlo como si fuera un puñal. Entreabrió los labios y él también vino a mi encuentro.

Entonces alcé las manos. Un viento rabioso recorrió el salón, apagando las antorchas de las paredes, las velas de los candelabros y el fuego de la chimenea. Bajé las manos y el viento cesó. Nos quedamos en silencio, envueltos en penumbras. Uriens me observaba perplejo, lívido por la confusión.

—Bruja —musitó.

Alcé las manos de nuevo y una bandada de chovas piquirrojas se coló por el hueco de la chimenea y se lanzaron sobre él. Uriens se cubrió el rostro con uno de sus antebrazos mientras agitaba la mano

en la que blandía el cuchillo, no sé si intentando espantarlas o ensartarlas en él. Bajé las manos y las chovas desaparecieron.

Uriens lanzó un rugido de cólera y se abalanzó sobre mí. Atrapó mi muñeca y la retorció, obligándome a darme la vuelta. Me empujó sobre la mesa y aplastó mi cabeza contra la madera, con su pecho apoyado en mi espalda, en una postura que deduje ya había utilizado para someter a otras mujeres. Quizás esa era la única manera en la que su virilidad respondía. Podía sentir su aliento acelerado en mi oreja, en mi mejilla, sacudiendo mi pelo. Así estuvimos un buen rato, estáticos, como los personajes de un mosaico romano. Y entonces sentí el filo del cuchillo en mi cuello, y recordé todas las lecciones de defensa y ataque que me enseñaron Arturo y Lancelot. Buena parte de ellas se guiaban por las leyes básicas de la física: desequilibrar al enemigo, usar el impulso del propio cuerpo, golpear puntos sensibles. Y recordé algo más: alguien demasiado seguro de su superioridad se vuelve vulnerable.

Aflojé los músculos y doblé levemente las rodillas, como si me rindiera. Eso le hizo aflojar la presión del cuchillo en mi cuello y, con rapidez, giré la cadera. El ángulo cambió, y su centro de gravedad se desequilibró. Tiró un poco más de mi brazo, pero yo me zafé. Me impulsé desde los talones, embestí hacia atrás con el hombro y oí cómo el cuchillo golpeaba contra el suelo de piedra. Me agaché para cogerlo y lo empuñé, lanzando un gruñido que me salió de las entrañas.

Las antorchas del salón volvieron a prenderse. Las velas se consumieron en segundos. Las llamas se alzaron por la chimenea, rugiendo rabiosas. El viento acudió a mi llamada, sacudió los tapices, los emblemas y pendones que colgaban de las paredes. La copa, la jarra, el plato, los cubiertos y los candelabros que estaban sobre la mesa cayeron al suelo, envueltos en un estrépito de cacharrería.

Aquello debió de impresionar realmente a Uriens. Tenía los puños apretados, pero sus ojos estaban velados por la sombra del miedo. De no haber entrado en ese momento Ywain, seguramente lo hubiera degollado con su propio cuchillo, pero el hijo me atajó por la

espalda y me lo arrebató de la mano. Y entonces Uriens recobró la valentía. Se aproximó a nosotros y descargó un puñetazo sobre mi rostro. Me hizo trastabillar. Me pisé el vestido y caí al suelo.

—¡¡Maldita bruja!! —gritó, lleno de rabia.

Me agarró por el pelo y me levantó en vilo. Mientras tanto, Ywain me aferró el brazo derecho. Los dos me sacaron del salón a empujones. Intenté zafarme de nuevo, pero ya expliqué en el pasado que no fui una gran pupila en las artes caballerescas. Y si esa justificación no os basta, estaréis de acuerdo conmigo en que contener a dos hombres acostumbrados a guerrear, guarnecida con una túnica interior de lino, otra exterior de lana y una capa sobre los hombros, no resulta empresa sencilla. Vestida así es imposible ganar una batalla. Y menos tras un parto reciente.

Me arrastraron por los fríos pasillos de piedra, iluminados levemente por la luz de las antorchas, mientras Uriens me gritaba blasfemias sin importarle en absoluto el gesto espantado de los sirvientes con los que nos cruzábamos, que se apartaban a nuestro paso. Bajamos dos tramos de escaleras muy empinadas, de manera que tropecé y caí varias veces. Pero ellos me levantaban con facilidad, sin perder el brío.

Llegamos a algún lugar del ala este del castillo en el que yo nunca había estado. Abrieron una puerta y me lanzaron al interior de un habitáculo. Caí al suelo. Me incorporé rápidamente, intentando escapar. Pero no llegué a tiempo. Antes de poder alcanzar la puerta, ellos ya habían cerrado y echado la llave.

—A ti te bajo yo los humos, maldita bruja —le escuché decir a Uriens antes de oír sus pasos alejándose.

Cuando los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, vi que estaba en una lúgubre celda, de apenas cinco pasos de largo por otros cinco de ancho. Había paja en el suelo y, en una esquina, una litera bajo un ventanuco enrejado con hierro forjado. Entre barrote y barrote cabía perfectamente un pájaro. Si me daba prisa, quizás podría alcanzar a los hombres del rey y recuperar a mi hijo. Me subí a la litera para ver dónde me encontraba. Acto seguido, me quité

toda la ropa y la lancé al otro lado de la ventana. Cerré los ojos e inspiré el aire frío con fuerza. Extendí los brazos. Ahí estaba: las plumas, la fuerza, las alas… y esa seguridad de que podría despegarme del suelo al llegar al nueve.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho…

Salté al alfeizar. Y de ahí alcé el vuelo.

No fui muy lejos. Volví a mi forma humana, recogí la ropa, me vestí y corrí a las cuadras para buscar a Taranis. Mientras lo ensillaba, rezaba para no tropezarme con nadie. Encontré una navaja que los mozos de cuadra debían de utilizar para cortar cuerdas y la aferré con una cincha a mi muslo. Cuando estuvimos fuera, azucé a mi caballo para que corriese lo más deprisa que pudiera.

El castillo de Uriens se encontraba en lo más alto de una colina desde la que se divisa una amplia extensión de terreno. La nieve cubría el campo. El oscuro pelaje de Taranis nos delataría, como tinta derramada sobre un pergamino de escarcha, así que nos adentramos en el bosque frondoso que rodeaba la colina, un lugar que incluso en verano resultaba umbrío. Por el norte se aproximaban unas densas nubes grises y rogué para que descargasen mientras estábamos al resguardo de las ramas. Y así fue, pero, al salir, nos esperaba un fuerte viento que levantaba la nieve del suelo para arrojarla sobre nosotros con formas de bestias ululantes, similares a demonios albinos lanzando zarpazos. El cabello se me alborotaba, danzando ante mis ojos, azotando mis mejillas. Si hubiera extendido el brazo hubiera visto mi mano, pero sin duda no las uñas. El final del mundo podría estar a solo un paso de distancia y yo me enteraría cuando cayésemos al vacío, así que confié en el agudo instinto de Taranis para seguir avanzando. Cuando la ventisca nos dio una tregua, y al fin logré entreabrir los párpados, me di cuenta de que la nieve se había pegado al pelaje de Taranis, a sus crines y a mi capa. Éramos sombras blancas atravesando caminos níveos, dejando atrás un paisaje blanco sobre fondo gris.

Tomé un sendero que transcurría entre colinas. Atravesé desolados páramos, velados por el tétrico aliento invernal. En las orillas de los arroyuelos, entre los juncos, se agazapaban patos salvajes que graznaban con voz ronca al mismo tiempo que los cascos de Taranis resquebrajaban el hielo de los charcos. De cuando en cuando surgía un bosquecillo con las copas de los árboles cubiertas de nieve, o veía alzarse un penacho de humo, anunciando algún tipo de actividad humana. Se trataba de casitas aisladas. En cualquier caso, todo aquel terreno parecía poco civilizado, y al ser consciente de ello, el miedo me atenazaba. A saber qué podrían hacerle a una mujer que se adentra sola en los marjales.

Había aprendido a temer a los humanos, así que, cuando el sol comenzaba a descender, buscaba cobijo cerca de algún arroyuelo, en algún claro, abrazado por árboles que frenaran la fuerza del viento nocturno, donde hubiera pasto para Taranis y leña seca con la que encender una hoguera. Improvisaba una almohada de hojas y extendía sobre ella mi manta. Dormía con un ojo abierto, como los caballeros que han vivido mil guerras, siempre alerta para echar mano a la navaja, preparada para destripar a quien quisiera hacerme daño. Al menos durante unas horas, tenía por techo el cielo estrellado, me acunaba el canto del agua y me protegía la calidez de mi querido Taranis.

Con mi acelerada huida, dejé en el castillo de Uriens mi espejo, así que, en cuanto encontraba un lago o un charco donde el agua estuviera tranquila, intentaba localizar en el reflejo a mi hijo, como en el pasado hice con su padre, obteniendo los mismos escasos resultados. Pero, de pronto, una tarde, en el cuadrante del infierno vi algo terrorífico y una voz murmuró en mi cabeza:

… el crujir de la madera de un barco desastroso; una vela deshilachada sacudida por el aliento del diablo; una rama de espino atrancada en el timón, atravesada por heridas que sangran savia blanca; el reflejo de la luna en la superficie del mar; un farol parpadeante con una estrella en su interior; cunas meciéndose al

compás de olas que no responden a las órdenes de los vientos; un mascarón de proa con forma de dragón que llora algas negras; un reloj cuya arena circula de abajo a arriba; una nana susurrada por sirenas que guían el barco con los ojos cerrados; una red tejida con palabras prohibidas, atrapando sombras de peces; la línea fina del horizonte, más allá de los linderos del mundo; un arcón colmado de sollozos de los que no serán; una campana hundida que tañe al pronunciar el nombre de los niños arrastrados a las aguas azules del Annwn…

El corazón se me paralizó. No había localizado antes a mi hijo con el hechizo *Vestigia serica* porque no estaba en tierras britanas, sino en el mar. ¿Era eso? Necesitaba saber si lo que había visto en el reflejo era la realidad o solo producto de mi mente agotada.

Al día siguiente tomé un camino despejado que me condujo directamente a una aldea. Junto a una cabaña, vi un manojo de ramas atado a un poste exterior, indicando que se trataba de una posada. Más adelante había una plaza con una fuente en el centro. Me cubrí la cabeza con la capa y fingí estar saciando mi sed. Un grupo de personas se arremolinaban en torno a una columna en la que había un cartel: el bando real de Arturo. Y entonces le presté atención a la conversación que mantenían.

—¡Qué desgracia! —gimoteaba una de las mujeres—. Criaturitas…

—Era una locura hacerse a la mar con este temporal. ¿Tanta prisa tenían? —dijo el más joven.

—Si es que un barco llamado Abyssus, por fuerza tenía que irse al fondo más pronto que tarde —añadió el que debía de ser el más sabio del lugar.

—Treinta y cinco infantes se ha llevado con él —volvió a lamentarse la mujer.

A partir de ese momento, no escuché más. Todo se volvió borroso.



Llegué a Ávalon la misma mañana en la que decidí dejar de buscarlo. Las nubes plomizas que nos habían acompañado durante todo el camino se despejaron. La luz vibrante, cálida y reconfortante me acariciaba el rostro. Pese a todo el tiempo que habité en el pasado en Ávalon, aquel día tuve la sensación de no haberme adentrado nunca en un paisaje tan acogedor como aquel. Allí pude escuchar las voces de mi mundo. Al fin recordé su lenguaje: los lexemas de la tierra, las piedras y las montañas; las declinaciones de las plantas y los árboles; la sintaxis de mares y ríos… Ávalon llevaba años hablándome y yo me había resistido a escucharlo. Había arrinconado su idioma en algún lugar de mi mente y ahora lo recuperaba. ¡Qué sorda había estado! ¿Me perdonaría Ávalon semejante desatención?

Ante mí se extendía una alegre pradera cuajada de dedaleras y lilos. Me volvió el recuerdo de haberla recorrido siendo una niña, hacía más de mil años. O mil vidas, quizás. Serpenteando por la colina había un camino que atravesaba el campo de ambrosía. Sobre él, una enorme bandada de pájaros volaba trazando círculos. Uno de ellos fijo en mí su aguda visión, y avisó al resto. Comenzaron a ejecutar una elegante coreografía por encima de mi cabeza. Sus alas recortaron en el cielo letras, que a su vez formaban palabras, que a su vez formaban frases.

—¿Habéis vuelto, reina Morgana?

—Aquí estoy —confirmé.

Estaba cerca del manantial que alimenta el río Ululante. Entre las rocas brotaban líneas de agua que escribían preguntas sobre el terreno. Los pequeños charcos eran signos de puntuación.

—¿Sois vos? ¿Es eso cierto?

La brisa me acariciaba el rostro, me alborotaba el cabello, susurrándome al oído:

—Morgana… Morgana…

—Estoy aquí. Ya estoy aquí…

Me adentré en el bosque de Dardantes.

—¡He vuelto! —les anuncié a los árboles.

Los robles, en un principio, desconfiaron de mí. Sus ramas se agitaron hasta componer una pregunta.

—¿Sois en verdad Morgana? —bosquejaron en el cielo.

—¡Sí! —les respondí yo—. Soy yo.

Los sauces se desenraizaron para acompañarme en mi marcha.

—¿Sois acaso la reina de Ávalon? —me susurraban al oído.

—¡Sí! —confirmé.

Los saúcos y los fresnos, tan protectores y generosos, quisieron acunarme entre sus ramas.

—¡Cuánto habéis tardado! —decían conmovidos—. Hacía tiempo que os estábamos esperando. ¿Por qué os fuisteis? ¿Cómo os ha ido lejos de Ávalon?

Un nudo me apretó la garganta. Inspiré el aire boscoso y volvió a mí su ancestral conocimiento.

—No debí irme nunca. Estaba perdida… y me han hecho daño.

—¿Os han hecho daño?

—Sí… Y duele mucho. Me duele el corazón.

Intuí que los árboles sentían lo que yo sentía. Y su dolor se tornó en rabia. Las ramas se agitaron iracundas, proyectando sombras fantasmagóricas en el lecho del bosque. Las campánulas azules danzaban, se arremolinaban por zonas y se alejaban en otras, hasta formar una pregunta en el suelo.

—¿Queréis que arranquemos la piel de vuestros enemigos?

—Sí…

Oí un ruido a mi espalda y me di la vuelta. La tierra se encrespaba, ondulándose y chirriando. En pocos minutos, la pradera se erizó. Como si una muela gigante se abriese paso desde el interior de una encía verde, una cordillera de piedra brotó del césped. Tras ella, otra paralela la imitó, dando forma un valle profundo entre ambas. Y tuve la certeza de que tenía a mi disposición la fuerza de las frías rocas.

—¿Queréis que aplastemos a vuestros enemigos? —me preguntaron entonces las montañas.

—Sí… sí…

El manantial corría en busca del mar. Cada vez más caudaloso, cada vez más inquieto. Me acerqué para escucharle. Espumaba; parecía estar hirviendo.

—¿Queréis que ahoguemos a vuestros enemigos? —vocalizaron las burbujas que iban explotando en la superficie.

—¡Sí!

Y de repente reconocí una forma humana, que bajaba arrastrada por la corriente. No tardé mucho en darme cuenta de que se trataba de Uriens. Intentaba asirse a las ramas de los árboles próximos a la ribera. Manoteaba, se sacudía, les arrancaba las hojas, pero ellas se zafaban y se agitaban para latigar su repulsivo rostro. Durante un breve instante, logró aferrarse a una roca de aristas agudas que sobresalía del agua, pero esta también se desembarazó de él. Lo único que Uriens consiguió fue arrancarse las uñas. La corriente lo empujaba río abajo y las piedras lo golpeaban mientras braceaba, luchando por salir a la superficie. Pero yo sabía que no iba a lograrlo, pues era mi deseo el que se lo impedía.

—¿Qué hacemos con él? —me preguntó la cantarina voz del agua.

—Que se postre a mis pies —indiqué.

El cuerpo de Uriens frenó de golpe y ahí se quedó, en el lecho del río, ante mí; su ropa se agitaba con la corriente. El rostro se le contraía, gesticulaba, abría mucho los ojos, dibujaba muecas que lo mismo podían indicar rabia que pánico. Un pensamiento se cruzó por mi cabeza: ¿cuánto tiempo tardaba un humano en ahogarse? Demasiado poco para lo que aquel hombre merecía.

Un segundo antes de que el agua entrase en sus pulmones, me miró con ira mientras vocalizaba:

—Bru… ja…

Dos burbujas estallaron en la superficie, liberando el sonido.

Bru… ja…

Y después un último sonido: *blop*. Luego la corriente arrastró su cuerpo río abajo.

De todas las palabras que ese patán conocía, «bruja» fue la que eligió para poner punto final a su vida.

Bruja… bruja… bruja… ¡Cuánta insistencia!

Si todos me consideraban una bruja, ¿qué razón había para decepcionarlos? ¿Por qué habría de temer ese nombre? *Bruja* sabe a grito de cobre que arde en el pecho. *Bruja* suena al verdor de una raíz que se quiebra. *Bruja* huele a flor venenosa cantando en el idioma de la naturaleza.

Entonces, lo pronuncié en voz alta por primera vez:

—Bruja.

Y me dirigí a los árboles, a las rocas, a las montañas y al río:

—Abrazaré mi luz, en lugar de opacarla. Brillaré como un faro en plena tormenta, orgullosa, deslumbrante…, exhalando la magia que nunca me ha abandonado. Lo acepto, sí, bruja. Reclamo mi poder, y las piedras antiguas serán las encargadas de anunciar mi retorno. No habrá magos ni reyes que puedan detenerme. Seré la bruja que hunde sus pies en los arroyos para que el agua le bese los pasos. Abriré los brazos con la majestuosidad de una diosa antigua, con el peso del invierno en los párpados y la lluvia de verano en la mirada. Caminaré con la cabeza erguida, el viento cambiará de dirección solo para acariciar mi rostro, los árboles inclinarán sus ramas para rendirme pleitesía, la noche alzará la frente para retrasar el alba. El universo al completo murmurará mi nombre en cada madrugada.

La naturaleza que me rodeaba me escuchaba atenta, esperaba mis palabras.

—Bruja… bruja… Si todos me consideran bruja, es posible que lo sea.

---

96 Malory, S. T., de Cuenca, L. A. (2024). *La muerte de Arturo*. España: Siruela.

22
EL VALLE SIN RETORNO

«Extendió entonces por todo el valle sus encantamientos, de tal forma que nunca pudiera entrar en él ningún caballero y luego salir si le había faltado a su amiga en cualquier cosa, incluso en voluntad (…). Morgana no pensaba que pudiera existir ningún caballero que no hubiera faltado al Amor; por eso estableció así el encantamiento».[97]

Historia de Lanzarote del Lago
ANÓNIMO

«Y aquella Morgana venció después a Merlín, como la crónica contará más adelante».[98]

El baladro del sabio Merlín
ANÓNIMO

Era temprano. La Ciudad de Cristal aún estaba adormilada. Atravesé las calles casi vacías. En una casita vi a una joven regando las macetas de emociones que adornaban el alféizar de su ventana: exuberantes nostalgias de amante, verdes orgullos pisoteados, floridas dichas por el bien ajeno… Justo en ese momento, el hombre de la limpieza pasó por delante de la casa. Iba rezongando por la cantidad de sombras que los descuidados abandonaban.

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo me han dejado esto! —se quejaba mientras las barría, depositándolas en el recogedor.

Al pasar junto a la muchacha, se quitó el sombrero y la saludó de manera cortés. Acto seguido, volvió a cubrirse la cabeza y continuó con su perorata:

—Toda la calle llena de sombras. ¡Cuánta desconsideración!

Respiré tranquila. ¡Al fin estaba en casa!

Al cruzar el puente sobre el río Ululante, el sol se alzó entre las algodonosas nubes, arrancando destellos de luz en los edificios de la ciudad. Todo volvía a tener sentido. Había necesitado salir de Ávalon para saber que allí era donde debía estar. Recuperaba la fuerza por segundos, la magia dormida iba despertando.

Cloto fue la primera en verme entrar en el castillo de Chariot. Lanzó un grito y Láquesis y Átropos salieron corriendo a ver qué ocurría.

—Oh…, por la reina Mab, ¡estáis helada! —exclamó Cloto cogiéndome de la mano.

—Taranis está en la puerta. ¿Alguien puede llevarlo a las cuadras? —musité antes de derrumbarme.

Láquesis se aproximó a mí con una manta y me la echó por los hombros, mientras que las otras dos me sujetaban cada una por un brazo. Con cuidado, me condujeron al salón principal, en cuya chimenea ardía un gran fuego.

—Pero ¿qué os ha pasado? ¿Dónde habéis estado? —preguntó Átropos.

—He atravesado el lecho de nieve que se extendía sobre la hierba dormida… He visto al mar lanzando una cuna contra los acantilados… He hablado a los pájaros, a las nubes, a los árboles… Me han obedecido… Me han obedecido… — murmuré.

—Pero bueno… ¿tú lo sabías? —inquirió Cloto a Láquesis.

—Algún nudito había visto en su hilo… —respondió mientras alzaba las cejas y apretaba los labios.

Dicen que pasé los siguientes días en un duermevela inquieto, balbuceando desatinos, hasta que por fin logré recuperarme. Una vez calmados mis ánimos, fui a visitar a Ganieda. Se alegró de tenerme de vuelta en Ávalon. Le hice un somero resumen de todo lo que había pasado, incluyendo que su hermano había sido el artífice de la muerte de mi hijo.

—Lo siento mucho, Morgana —dijo con sinceridad.

—¿Sabes dónde está ahora Merlín? He intentado localizarlo, pero me es imposible. Ha tenido que envolverse en algún hechizo de ocultación. Intuí su brillo, interrogando al agua contenida en una copa de cristal. Era como una gota de aceite flotando en el centro…, pero va y viene. No reconozco nada en torno a él que me ayude a situarlo. ¿Has hablado con él?

—¿Para qué quieres encontrarlo? —preguntó preocupada.

Yo me hice entonces esa misma pregunta: ¿para qué quería encontrarlo? Y también: ¿qué le haría si lo tuviera delante? Guardé silencio. Hasta a mí me dio miedo la respuesta. ¿Era capaz de hacer aquello que acababa de atravesar mi mente?

—¡Cuánta maldad existe ahí fuera, Ganieda! —exclamé al fin, derrumbándome sobre un diván.

Al otro lado del techo de cristal, una aborregada nube atravesaba el cielo, ajena a mi pésimo estado de ánimo.

—Ya casi había olvidado lo cruel que es el mundo de los que han de morir —seguí explicando—. Parece mentira que no valoren el único bien que poseen. Malgastan su vida y la de los demás, como si fueran eternos. Maldad sobre maldad. Maldad que queda impune, porque afecta a personas que no le importan a los que han de impartir justicia.

Ganieda asintió mientras me servía una copa de néctar de lo nunca. Bebí despacio antes de volver a hablar.

—Llevo tiempo dándole vueltas a una idea. Es posible que lleve pensando en esto desde la injusticia que se cometió con Gorlois. —Esperé un par de segundos y concluí—: ¡He decidido establecer un Juzgado Feérico en Ávalon!

—Un… ¿Juzgado Feérico?

Es cierto que el mundo mágico ya poseía un código moral propio y la mayoría de las criaturas eran estrictas respecto a su observancia por parte de los humanos. Eran especialmente punibles la curiosidad ilícita, la mezquindad, el desaliño, el mal talante y la falta de respeto. A los que espiaban las fiestas de las hadas, por ejemplo, se los solía castigar con pellizcos. En una ocasión, un viejo avaro de

San Just tuvo la osadía de observar a hurtadillas un banquete de hadas. Las mesas estaban cubiertas de fuentes de oro y plata. Los cubiertos tenían piedras preciosas en los extremos y las propias hadas iban elegantemente enjoyadas. El avaro, con sigilo, intentó deslizar alguna de esas riquezas dentro de su sombrero de ala ancha. De pronto se hizo el silencio. El avaro percibió que un millar de ojos brillantes estaban posados en él. Se apagaron las luces y notó que una red caía sobre su cabeza, inmovilizándolo. Oyó el zumbido de alas acercándose y recibió pinchazos y pellizcos por todas las partes de su cuerpo. Al amanecer, encontraron al avaro tendido al pie de una colina, con la piel llena de moratones y cubierto de telarañas.

También se castigaban con severidad las costumbres desordenadas y la pereza. Es conocido el caso de la lechera que no dejó en la repisa de la ventana de la cocina un cuenco de leche recién ordeñada para los bebés de las hadas, tal y como era costumbre. Se dio cuenta de ello cuando ya estaba acostada. Era invierno, hacía demasiado frío y la cama ya estaba calentita, así que desechó la idea de volver a levantarse. La lechera recibió como escarmiento una cojera que le duró siete largos años.

Pero estaréis de acuerdo conmigo en que estos castigos no alcanzan siquiera el nivel para poder considerarlos pueriles.

—Hablo de justicia real —me expliqué—. De castigos severos a crímenes que quedan impunes. Úter organizó una guerra en la que murieron cientos de personas solo para quedarse con mi madre. El día que entró por primera vez en el castillo de Tintagel, ejecutó en el patio a dos hombres de honor. Y murió sin llegar a pagar por el daño que nos hizo. ¿Y qué me dices de cuando me juzgaron por bruja? ¡Hay hombres por el mundo asesinando en nombre de Dios! ¿Qué Dios en su sano juicio sería tan cruel? —Sopesé un momento mi afirmación—. No me refiero a los dioses del Olimpo, claro, ellos sí…, pero, en este caso concreto, el Dios de los cristianos es célebre por su indulgencia y bondad.

Aquello me devolvió el recuerdo de Sibila. Una cosa llevó a la otra y también recordé a Merlín, pero no me atreví a volver a nombrarlo ante Ganieda.

—Instituir un Juzgado Feérico en Ávalon me parece una tarea descomunal, Morgana.

—Pero absolutamente necesaria —insistí—. Ningún tribunal de Britania tiene en cuenta a las víctimas del abuso de poder, de la prevaricación, de la barbarie… —seguí explicando—. ¿Quién va a juzgar a los hombres que violan a las mujeres? ¿A los que traicionan su confianza, a quienes las engañan, manipulan o asesinan? ¿Deben quedar impunes los falsos, los perversos, los desleales, los conspiradores y todos sus cómplices?

Ganieda escuchó mi argumentación sin interrumpirme. Cuando habían transcurrido más de diez segundos de silencio tras mi última frase, dijo:

—¿Quién determinará lo que es o no un crimen? ¿Y quién juzgará? ¿Quién decidirá los castigos?

—Pues yo…, supongo —respondí, encogiéndome de hombros.

Ella no parecía muy convencida, pero, cuanto más lo pensaba yo, más segura estaba de la necesidad de instaurar un Juzgado Feérico. En mi cabeza, le fui dando forma a la idea. No detendríamos a los criminales: llegarían a Ávalon por su propio pie. Jamás se darían cuenta de que estaban condenados. Pasarían el tiempo disfrutando de todo tipo de entretenimientos: juegos, bailes…, y cada día tendrían la oportunidad de enmendar sus errores.

Extendí un encantamiento por el valle que quedaba junto al Bosque Perdido, en el espacio comprendido entre las elevadas montañas que se formaron tras mis pasos el día que regresé. En el centro, donde crecía hierba fresca, coloqué una fuente. El valle atraparía de forma mágica a quienes hubieran cometido actos punibles sin recibir ningún castigo por ello. Una vez dentro, les resultaría imposible retroceder. También sería el propio valle el que decidiría quién había cumplido ya su condena y podía marcharse.

Ordené construir una torre con varios pisos en la que alojar a los prisioneros, agrupándolos por el tipo de crimen que hubieran cometido. La llamé la Prisión de los Ingratos. El nivel I lo ocuparían los Enamorados de Corazón Inconstante: aquellos que aman con intensidad, pero que son incapaces de resistirse a otros abrazos. En el nivel II estarían los Fingidores, aquellos que simulan afectos que no sienten para conseguir placer, dinero o estatus social. En el nivel III, los Amigos de Conveniencia, esos que piden y piden, pero que desaparecen cuando más se los necesita. El nivel IV estaría reservado para los que, simplemente, Se Marchan Sin Despedirse. El V lo ocuparían los Seducidos por el Dolor: aquellos que persiguen a quien los ignora hasta que son correspondidos, momento en el que pierden el interés. El nivel VI sería para los Ladrones de Confianza, esos que revelan los secretos más íntimos de las personas que se fían de ellos. En el nivel VII, los Profanadores del Amor Verdadero: seres que hieren a las personas que los aman, tras lo cual piden disculpas solo para recuperar su confianza y volverlas a herir.

Por supuesto, habría un último nivel, en el sótano: el Pabellón de los Quebrantadores de Luz, reservado a villanos como el prior Aldred y el obispo Paulinus, capaces de apagar vidas luminosas.

Pronto se corrió la voz sobre el propósito de mi proyecto y se formó una cola delante del castillo de Chariot para solicitarme audiencia. Una mañana fue Melusina quien se sentó en el diván de mi gabinete. Por la manera en la que se frotaba las manos y suspiraba, deduje que algún tipo de inquietud le sacudía el alma, así que me dispuse a servirle una infusión de hojas de melisa, flores de manzanilla y raíces secas de valeriana, que tenía la virtud de sosegar hasta los espíritus más revueltos. Melusina se la tomó muy despacio. Ya más calmada, se alisó la falda, sacudió levemente la cabeza para que los rizos dorados se acomodaran en torno a su rostro y juntó las manos sobre el regazo antes de comenzar a hablar.

—Querida Morgana, como bien sabes, mi origen es similar al tuyo. Soy hija del hada Presina y de un hombre humano, el rey Elinas, que se enamoró de ella perdidamente nada más verla, hasta

tal punto que aseguró que bajaría la luna del cielo, o cualquier otro astro que ella anhelara, si accedía a casarse con él. Como mi madre no estaba interesada en dejar el firmamento sin estrellas, aceptó la propuesta matrimonial a cambio de una única condición. ¡Una mínima, ridícula y simple condición! — Por si no había quedado lo bastante claro, levantó el dedo índice. Un dedo nacarado, delgado, larguísimo—. Una sola.

Tengo que reconocer que Melusina era muy buena manteniendo el suspense de una narración.

—¿Qué le pidió? —pregunté intrigada.

—Que no la viera dar a luz a los hijos que engendrasen. ¿Es eso extraño? ¿Es acaso sospechoso, Morgana, querida? —Negué con la cabeza—. Pues él debió de creer que sí, porque incumplió el pacto. Entró en la alcoba en la que mi madre (sangrando, retorciéndose de dolor, con el pelo alborotado, etcétera) traía al mundo a mis hermanas Méliné y Palatine, y a mí. —Melusina me observó con el ceño fruncido en espera de algún tipo de reacción por mi parte. Como se impacientaba, preguntó—: ¿Consideras que eso estuvo bien?

—Claro que no.

Pareció satisfecha con mi respuesta, así que continuó con su historia:

—Mi madre, como es lógico, abandonó el castillo con nosotras sin dar mayor explicación. Nos instalamos en Ávalon, en la Isla Escondida. Aquí crecimos felices. Nos despertábamos con los cantos de esos pájaros dorados de cola azul y cresta púrpura. Esos grandotes que se alimentan de lágrimas de incienso y jugo de amomo. Los que sin más ni más agitan las alas y salen ardiendo…[99] ¿Sabes de los que hablo? —Asentí—. Mis hermanas y yo nos bañábamos desnudas en el lago, espantábamos la niebla del amanecer con nuestros bailes, bebíamos cerveza de espelta aromatizada con miel y menta, comíamos huevos de ganso, nueces silvestres, etcétera, etcétera, etcétera. Así estuvimos durante quince años, hasta que nos enteramos del motivo de nuestro exilio.

Vivíamos alejadas de todos y todo por culpa de la traición de mi padre. Como imaginarás, cada poro de mi piel clamaba venganza.

—Lógico.

—Lo acorralé con una red de palabras y lo encerré en las montañas de Northumberland, sobre las que lancé un hechizo para que su piel nunca más recibiera la caricia del sol, ni en sus noches tuviera el consuelo del sueño. ¿Y qué crees que pasó? ¿Piensas que mi madre se mostró complacida? ¿Agradecida? ¿Desagraviada? —Volvió a esperar mi respuesta durante un par de segundos antes de estallar—. ¡Pues no! Mi señora madre no estaba contenta. Consideró que me había metido donde no me llamaban y lanzó sobre mí un hechizo bastante molesto. Cada sábado me quedo sin piernas y recibo a cambio una cola de dragona.

—Oh…

—No te voy a engañar, querida Morgana, es muy incómodo. Las escamas son un ornamento insólito y fascinador, pero requieren de muchísima hidratación. Tengo que pasar los sábados sumergida en una tina con agua si quiero mantenerlas brillantes —dijo encogiéndose de hombros—. Pero a todo se acostumbra una.

—Cierto.

—Incluso así, encontré al amor de mi vida: Raymondín. — Suspiró—. Bello, joven, valiente, leal, habilidoso en el lecho… En definitiva, todo lo que un hada pudiera desear en un amante humano. Me pidió en matrimonio y yo lo acepté… con una única condición. ¡Una sola! —Volvió a mostrarme su dedo índice.

—Que no te viese los sábados —interrumpí.

Ella asintió con pomposidad.

—Vivimos felices durante muchísimos años. Oh…, ¡qué días tan maravillosos, Morgana! Edificamos ciudades, iglesias, puentes…, engendramos diez hijos, etcétera, etcétera, etcétera.

Todo el mundo en Ávalon conocía la historia de amor de Melusina. Era la clase de hada que abandonaba el mundo feérico para instalarse en la corte de su consorte humano. De este tipo de uniones surgen a veces extrañas criaturas. Tuvieron un niño, por

ejemplo, que hubiera parecido normal, de no ser por la pata de león que le brotaba en plena mejilla izquierda. Luego Melusina dio a luz a otro niño, hermosísimo, pero con un único ojo en la frente. Con él podía divisar a los enemigos que llegaban por mar a una distancia de más de veinte leguas. Otro de sus hijos tenía en la boca un único diente de tamaño descomunal; lo llamaban Jofré, el del Gran Diente. Y les nació otro con tres ojos y un talante tan cruel que antes de cumplir los cuatro años ya había asesinado a dos de sus nodrizas.[100]

—En fin…, ya te imaginarás que si estoy aquí contándote mis miserias es porque Raymondín también incumplió el pacto. ¡Qué inconstante es la lealtad de los humanos, Morgana!

—Lo sé…

Suspiró de nuevo antes de sacar de su bolsillo un pergamino escrito con una caligrafía tan delicada como las patitas de una libélula.

—He hecho una lista con los nombres de las personas que merecen estar en tu maravilloso valle y los castigos que considero adecuados para ellas. Por cierto —se interrumpió, y me dio un par de palmaditas en el envés de la mano—, es una idea sublime; elegante a la par que firme. Digna de una reina, querida.

—Muchas gracias.

—Vayamos al meollo de la cuestión. —Comenzó a leer—: Para mi madre, Presina. Delito: ingratitud. Condena: dar a luz cada nueve lunas a una cría de dragón. —Levantó la vista del pergamino para hacer una aclaración—. Me da igual la raza: cambrianos verdes, ridgeback del norte, dragones-león, hocicortos, colacuernos, hébridos negros… Lo dejo a tu elección. Cualquier ser con la piel llena de escamas y que vuele. Quiero que los dragoncitos bebé la sigan a todas partes, que demanden su atención llamándola «madre» con sus lenguas viperinas y que pasen las noches enroscados a su cuello, como collares tibios.

—Eso debe de ser muy incómodo —apunté.

Me dedicó una mirada displicente antes de seguir leyendo.

—Para mi padre, el rey Elinas. Delito: felonía. Castigo: parir con dolor cada uno de los días que le resten de vida sin obtener a cambio la recompensa de la paternidad. —Se dispuso a explicar—. Que le nazca una metáfora, una copa de cristal que se rompa en mil pedazos al exponerse a la luz, un sueño imposible de realizar, una piedra redonda del fondo del río, etcétera, etcétera, etcétera.

—Oh…

—Lo sé, querida, lo sé…, soy demasiado blanda. Pero a fin de cuentas se trata de mi padre. A cada cual le toca la familia que le toca. —Devolvió la vista al pergamino—. Para mi esposo, Raymondín. Delito: alta traición. Castigo: dejarle ciego de un ojo y que vea con el otro todo lo infame del mundo a través de la bocallave, al igual que me vio a mí. ¡Todo el tiempo! Ya esté despierto o dormido. Sin poder cerrar el párpado, ni apartar la mirada. ¡Todo! —recalcó—. Que vea felonías, ejecuciones, intrigas palaciegas, asesinatos, letrinas sin limpiar…

Inspiró aire y lo soltó de golpe. Dobló el pergamino. Lo colocó delicadamente sobre su regazo y, tras unos segundos, recuperó la serenidad.

—Por supuesto, son solo sugerencias —aclaró—. Si consideras que me he quedado corta y te parece oportuno añadir algún otro castigo, siéntete libre de hacerlo, Morgana querida.



Los bardos bautizarían más tarde mi valle encantado con el nombre de Valle Sin Retorno, aunque eso es en sí mismo una incongruencia, porque fueron muchos los que retornaron a sus vidas como si tal cosa tras purgar sus culpas. Dijeron, entre otras locuras, que el valle estaba cercado por aire, que había que atravesar un caudaloso río sobre un puente de tablas maltrechas y que dos dragones custodiaban la entrada. ¡Patrañas! Lo único cierto es que, en su

momento de mayor aforo, la Prisión de los Ingratos llegó a acoger a doscientas cincuenta y cuatro personas.



Una noche soñé con Merlín. Me esperaba sentado en un peñasco, junto a un cruce de senderos desdibujados. Estaba solo, sin caballo y sin conciencia de cómo había llegado hasta allí. Examinaba el horizonte en busca de *algo,* aunque por su gesto confundido no parecía saber el qué. Tras él quedaba su capa, ondeando al viento, como un negro estandarte en plena batalla.

Los recuerdos sacudieron mi mente: Merlín con mi cuerpo infantil entre sus brazos la noche en la que Arturo fue concebido. El poder que sentía crecer en mí cuando él estaba cerca. Sus manos recorriéndome los muslos cuando yo aún no sabía lo que era amar amando. El largo tiempo en el que pensé que yo le pertenecía… ¿Estábamos irremediablemente unidos?

El mago, antes de verme, intuyó mi presencia. Se incorporó sobresaltado, hundiendo en la tierra el cayado de madera de serbal que llevaba en la mano derecha. Giró la cabeza en todas direcciones, pero solo vio troncos de árbol y la luz tamizada arrancando sombras intrigantes en el suelo del bosque.

—No puede ser —le oí murmurar—. No tiene ningún sentido. ¿De verdad estoy aquí? —Guardó silencio y prestó atención a los sonidos, al canto de los mitos y los arrendajos. Con ojos opacados por el recelo, fijó la mirada en las ramas—. ¿Era eso el canto de una chova?

Sonreí. Él aún no podía verme, pero los cascos de Taranis golpeando el suelo delataron mi presencia y escudriñó el sendero, entornando los párpados.

—Estás aquí… —murmuró cuando al fin pudo localizarme—. No… ¡No! —se contradijo, lanzando un gruñido que sonó desentonado—.

¡Soy *yo* el que estoy aquí! No te has colado en mi sueño, ¡me has arrastrado al tuyo!

—Aquí estás —confirmé.

—Supuse que antes o después esto iba a pasar. Llevo tiempo esperando este momento —añadió con cierta resignación.

Tiré de las riendas y desmonté. Él me recorrió con la mirada, sin asomo de recato. Un ramalazo de su interiorizado talante seductor habló por él.

—Ávalon te sienta bien. Saca a la luz tu verdadera naturaleza. En tu cuerpo no queda rastro del embarazo y el parto. Tu cintura es aún la de una joven virgen.

—Pues no lo soy —contradije con infinito desprecio—. Soy madre.

Frunció el entrecejo, considerando que era esa una afirmación que se prestaba al debate. ¿Podía una mujer cuyo único hijo había muerto proclamarse madre? ¿Acaso una mujer casada no pasaba a ser viuda si su marido fallecía? ¿Podía un lago seguir llevando ese nombre si el sol había robado su humedad, dejando únicamente una cáscara de sal y una sombra de aquello que fue en la superficie de la tierra? Merlín pensaba tan alto que pude escucharlo.

—¡Soluciónalo! —exigí, interrumpiendo sus especulaciones.

—¿A qué te refieres?

—Retrocede el tiempo y salva a mi hijo. ¡Devuélveme a mi hijo! —ordené.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—¿No puedes o no quieres?

Soltó un suspiro de resignación.

—Sigues empeñada en considerar que tus deseos están por encima de todo.

—Devuélveme a mi hijo —repetí masticando cada palabra.

—Tu tornadiza moralidad de hada te convierte en una criatura egoísta.

Lancé una sonora carcajada.

—¿Vas a darme lecciones de integridad? ¿Tú? ¿Precisamente tú?

—Llevo media vida ordenando lo que tú desordenas —dijo compungido.

—¿Es eso lo que hiciste con el barco en el que iba mi hijo? ¿Te encargaste de que naufragara para «ordenar lo que yo había desordenado»?

—Fue un accidente. Yo no tuve nada que ver en el hundimiento del Abyssus —aseguró.

—No te creo —respondí con amargura—. ¿Sabes por qué? Porque lo único que has hecho desde que te conozco es manipularme. ¡Nos manipulas a todos! A Gorlois, a lady Igraine, a Arturo, a…

—Sigue… sigue… —Agitaba la mano en el aire—. ¡Me necesitabas! —gritó—. ¿Qué sería de esta historia sin un antagonista a la altura de la divina Morgana le Fay? Yo nunca te decepciono.

—Te equivocas. Jamás te he necesitado. Siempre fui suficiente.

—Es lo que dicen tus labios, pero no lo crees de verdad. Puedo sentir tus dudas.

Taranis se rebulló inquieto. Volví la cabeza para observarlo y vi cómo escarbaba la tierra con su pezuña derecha. Tras él se extendía el robledal.

No soy capaz de encontrar las palabras exactas para explicar lo que pasó en ese momento. El aire que acababa de respirar se transformó en una brisa que arrancaba murmullos de las hojas lobuladas. Sentía que, en el pasado, el agua de los arroyos había recorrido mis venas, que mi corazón fue una vez el de los pájaros y que aquella tierra había comenzado a ser después de que yo caminara sobre ella.

—No voy a permitir que sigas manejando los hilos de nuestra existencia —farfullé.

—Hay algo más importante que nosotros, Morgana. ¿Acaso crees que me gusta veros sufrir?

Un leve lamento salió de su boca. Si no le hubiera conocido tan bien, habría pensado que estaba a punto de llorar. Languidecía ante mis ojos. Su cabello negro ahora era gris y se religaba a una barba

larga, igualmente canosa. Parecía un anciano, ahí, apoyado en su báculo.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si te veía como a un hombre al que amar?

Él asintió compungido, sin dejar de mirarme.

Caminé hacia él, tratando de reproducir en mi rostro el gesto inocente y asombradizo que sabía que tanto le gustaba: el de la niña que descifró para él la estrella con forma de dragón en el cielo de Cornualles. La inofensiva muchacha que se bebía sus palabras como si fueran agua fresca de una fuente. La disciplinada criatura a la que hubiera deseado poseer en cuerpo y alma.

Sonreí con la certeza de saber que le había vencido. Extendí la mano y rocé su mejilla con la punta de los dedos. Me acerqué más, sosteniéndole la mirada, hasta que las formas de su rostro comenzaron a desdibujarse.

—¿Cómo me ves ahora, Morgana? —musitó cuando apenas nos separaban unas pulgadas.

Aferré su barbilla con fuerza, tiré de ella y le besé en los labios. Un beso corto, desabrido, helado…

—Ajado, como un roble moribundo —espeté con desprecio.

Retrocedí varios pasos para poder observar mi obra con perspectiva.

Merlín abrió la boca para hablar, pero su voz se desmenuzó como un murmullo de hojas secas atrapadas en un remolino de viento. Cayó sordamente sobre la tierra y trató de gatear para alejarse de mí. Pero ya era tarde para eso. Sus brazos nudosos no podían con su cuerpo, e iba arrastrando las piernas. Tuvo que ayudarse del cayado para volver a ponerse en pie. Giró la cabeza para observarme, estupefacto. Supongo que nunca imaginó que yo pudiera hacerle algo así. La turbación y el dolor retorcían sus facciones, volviéndolas casi irreconocibles. Viejo, jadeante, marchito…

—¿Qué me has hecho, Morgana?

Ni siquiera me tomé la molestia de perseguirle; no era necesario. Sus movimientos, cada vez más lentos, crujían como broza con la

que alimentar el fuego. Estiró la mano izquierda y, de las puntas de los dedos, bajo sus uñas, comenzaron a aflorar ramitas. Las hojas se enredaban en su pelo y en su barba. Sus extremidades se cubrían de corteza. La tierra aferró el cayado y mordisqueó los pies del mago, devorándolos, impidiendo que pudiera avanzar un paso más. En pocos minutos se hizo difícil intuir su cuerpo tras ese tronco nudoso, forrado de musgo en la cara que daba al norte.

El Merlín fuerte y poderoso había desaparecido.

Acaricié el árbol, en el que aún se podía intuir algo de calidez humana. Sus ramas tremolaban, como queriendo conjurar un último hechizo.

—No debiste entrar en mi sueño —le susurré, palmeándolo.

Después me di la vuelta. Subí a lomos de Taranis y nos alejamos de allí, dejando atrás un nuevo roble en el Valle Sin Retorno.

---

97 *Historia de Lanzarote del Lago: Libro de Galahot. Libro de Meleagant o de la Carreta. Libro de Agravaín*. (2010). España: Alianza Editorial.

98 *El baladro del sabio Merlín*. (1988). España: Miraguano.

99 Fue Herodoto, allá por el siglo v a. C., quien habló por primera vez de un pájaro sagrado que visitaba Egipto cada quinientos años, transportando el cadáver de su padre, para sepultarlo en el santuario de Helios. Lo describió semejante a un águila, con plumas doradas y rojas en sus alas. Plinio, en su *Historia natural,* destacó el color oro de su cuello, púrpura en el cuerpo y tonalidades rosáceas en las plumas próximas a su cola azulada. El poeta romano Ovidio fue el primero que lo nombró al decir que los asirios lo llamaban «fénix». Añadió que se alimentaba de lágrimas de incienso y jugo de amomo. Se ciñó a la teoría de sus cinco siglos de vida, tras los cuales construía un nido en las ramas de una encina (o en la copa de una palmera), con casia, espigas de nardo, trozos de cínamo y mirra. Una vez terminado, se colocaba encima y sacudía las alas hasta prenderse en llamas, envuelto en dulce aroma. De las cenizas surgía un nuevo fénix.

100 El caballero Raymon de Poitou se casó con su amante, el hada Melusina, y tuvieron diez hijos. Un sábado, saltándose la norma que ella le había impuesto (y que él había jurado respetar), Raymon de Poitou hizo un

pequeño agujero en la puerta donde su mujer se escondía ese día de la semana. Quería saber qué hacía cuando no estaban juntos. La vio chapoteando en una cuba de mármol; su piel de blancura alabastrina terminaba en la cintura. A partir de ahí brotaba una cola. Son habituales las leyendas que narran las reiteradas visitas de diosas y ninfas a los humanos, así como su interés romántico por ellos (sobre todo en los países célticos). Casi siempre estos encuentros resultan sensuales, misteriosos y trágicos. Algunas historias hacen referencia a matrimonios entre seres de espectacular belleza y hombres mortales, dotados de cualidades de mando. Pese a todo, aunque se tienda a agrupar bajo el término general de «hadas» a estas amantes feéricas, los estudiosos de sus predilecciones las dividen entre *melusianas* (por el hada Melusina, casada con el caballero Raymon de Poitou) y *morganianas* (herederas del arquetipo de Morgana le Fay). Si bien es cierto que ambos arquetipos corresponden a hadas que seducen a los hombres, las *melusianas* serían quienes abandonan su reino sobrenatural para adaptarse al día a día de su amante. Viven entre los humanos imponiendo alguna condición absurda que, generalmente, el hombre termina por incumplir. Eso hace que el hada *melusiana* se aleje de él. En cambio, las *morganianas* no abandonan el mundo feérico, incitando a los humanos a que crucen el umbral y vivan envueltos en la magia que las rodea.

23
EL REY PESCADOR

«Lo llevaron lejos, a un bosque en el que Morgana tenía un albergue muy rico y una casa hermosísima. Cuando amaneció, lo bajaron a una profunda cárcel y lo dejaron allí de tal forma».[101]

Historia de Lanzarote del Lago
ANÓNIMO

Durante el tiempo en el que me casé, tuve a mi hijo, hui de las garras de mi repulsivo esposo y regresé a Ávalon para darle forma al Valle Sin Retorno, Arturo tuvo que enfrentarse a la realidad de lo que suponía ser el rey de Britania. Camelot era un diamante que deslumbraba a los reinos que llevaban decenas de años enfrentándose los unos a los otros, liderados por caudillos locales, mitad celtas, mitad romanos. El cristianismo mezclaba su dogma con los antiguos cultos, dando como resultado un guiso cuyos ingredientes incluían un pellizco de misticismo, otro de desesperanza, algo de magia, sacrificios animales y humanos y un buen número de visiones apocalípticas.

Era este un galimatías en el que mi hermano pretendía poner orden, pese a no considerarse el más sabio, ni el más fuerte, ni el más piadoso de los caballeros. Tenía algo de romano: era organizado y creía en la necesidad de legislar para desterrar la arbitrariedad en los juicios. Pero también latían en su interior una parte celta y otra cristiana, de manera que la magia y el propósito espiritual inspiraban cada uno de sus pasos. En definitiva, Arturo poseía aptitudes de las que, hasta entonces, carecieron todos los aspirantes a rey de Britania. Era justo, pero no inflexible. Soñador, pero no ingenuo.

Contaba con otro elemento que nada tenía que ver con sus cualidades individuales, pero que le daba lustre al conjunto de la corte a ojos de sus vasallos: su bella y piadosa esposa. Ginebra era el equivalente humano a un broche de perlas sobre un sencillo vestido: adornaba sin ser ostentosa. Era la virtud visible del reino. Mientras Arturo hablaba, los súbditos miraban a Ginebra y pensaban: «Debe de ser un gran hombre, ¿cómo si no habría merecido tan distinguida esposa?».

Pero cuando los dos se quedaban a solas, a mi hermano le aburría su compañía. Y a ella la de él; el tedio era recíproco. Ginebra estaba acostumbrada a su vida en el reino de Carmelide; a las fiestas, a los bailes, a la conversación con sus damas de compañía. Algunas la habían acompañado, pero también languidecían en Camelot. En un primer momento pensaron que, entre tanto caballero, encontrarían allí a un digno esposo. Pero los hombres de Arturo no pensaban más que en salir a buscar aventuras, y las únicas mujeres que parecían interesarles eran las que tuvieran que rescatar de las garras de ogros, gigantes o dragones malencarados.

Ginebra lloraba y lloraba. Su estado de ánimo se adaptaba al ritmo de la meteorología de Camelot; a veces estaba tempestuosa, otras veces nublada, algunas atormentada y casi siempre sombría. Y esta situación, que se prolongaba en el tiempo, hacía que la sola visión de su esposa le resultara a Arturo agotadora. Junto a ella sentía dolor en el pecho, se le quitaban las ganas de comer y le costaba respirar, síntomas que todos relacionaron con el amor más profundo.

Pero se equivocaban.

A mi hermano le parecía que Ginebra era como una lámpara alabastrina: traslucida y perfecta, que, encendida, daba una débil luz que consumía el aire en torno a ella. Su presencia le provocaba una tristeza fina y constante, como el rocío de la mañana, que empapa hasta los huesos sin que uno se dé cuenta. Y el hecho de que pasaran los meses sin que su matrimonio se viese bendecido con un heredero al trono le resultaba abrumador. Para la fortuna de Arturo

(y de Ginebra), Lancelot estaba allí para aliviar el padecimiento de ambos.

A ojos de la reina, el mejor amigo de su esposo era un caballero encantador que nada tenía que ver con el resto de hombres que empantanaban la corte con el barro de sus botas y el rugir de sus improperios. Educado, hermoso, gallardo… Lancelot le parecía el caballero perfecto. Nadie la había mirado jamás con los ojos con que la miraba Lancelot. Nadie había reído con tanta dulzura sus comentarios sobre tapices y telas brocadas. Nadie escuchaba las melodías que interpretaba al salterio como lo hacía él.

Si alguna vez habéis sentido el aguijonazo del amor clavándose en vuestra piel, poco más puedo añadir para que comprendáis el sentimiento que brotó en los corazones de Lancelot y Ginebra. Arturo, por su parte, se sentía muy agradecido de que su amigo quisiera aligerar la carga de entretener a su esposa, con lo aburrida que a él le resultaba.



Un día se presentó en la corte un asilvestrado muchacho solicitando la audiencia del rey. Al parecer, el joven había tropezado semanas antes con un grupo de caballeros de Arturo y, tal fue la impresión que le causaron, que creyó que se encontraba ante el mismísimo Dios y su séquito de ángeles. Entenderéis su desconocimiento cuando os explique que Perceval (así es como se llamaba) fue criado por su madre lejos de todo y de todos, en lo más profundo de un bosque de Cambria. La pobre mujer detestaba más que nada en el mundo todo lo que tuviera que ver con la caballería. Le parecía cruel y violenta, y se había propuesto criar a su vástago alejado de ella. Pero como el destino es juguetón y caprichoso, ahí estaba el joven Perceval, frente a los caballeros, deslumbrado como una urraca por el color de sus estandartes y el brillo metálico de sus armas, preguntándoles:

—¿Qué es esto, buen señor?

—Un escudo.

—¿Y esto?

—Es mi loriga, tan pesada como el hierro.

—¿Y para qué sirve?

—Pues si me lanzas un venablo o una flecha no me podrás herir.

—Espero que de tales lorigas preserve Dios a las corzas y a los ciervos, o no podría cazar a ninguno de ellos.

Los caballeros no tenían intención de negarle información, pero estuvieron de acuerdo en que el muchacho se estaba poniendo un poco pesado. A la enésima pregunta, en la que Perceval quiso saber quién les había ordenado caballeros, le respondieron que el celebérrimo rey Arturo.

El joven registró mentalmente todo lo que le habían contado. Como además de preguntón era testarudo, y tenía en alta estima sus cualidades, decidió que él también quería ser nombrado caballero. Su pobre madre, al enterarse de que su hijo se empeñaba en tomar el camino del que ella había intentado apartarlo, sufrió una apoplejía.

Quiso la mala fortuna (o la buena, según cómo se entienda) que Perceval llegase a la corte de Arturo justo en el momento en el que el temible caballero Bermejo de la Floresta de Quinqueroi se estaba presentando ante mi hermano para insultarlo. Ataviado como una puesta de sol, a saber: armadura roja, escudo rojo, penacho de plumas rojas, gualdrapa de terciopelo rojo cubriendo las ancas de su montura…, arrebató la copa de oro que Arturo tenía en las manos, alzándola con tal desaire que derramó sobre el vestido de Ginebra la totalidad de su contenido. El vino alcanzó la pechera dando forma a una flor roja y húmeda que se fue extendiendo con rapidez sobre la seda, como un diente de león escarlata. Cuando la reina vio la mancha sobre su pecho, lanzó un grito y cayó sobre el suelo del salón. Lancelot la tomó entre sus brazos y la llevó a su cámara. Sus damas los siguieron, enjugándose las lágrimas con sus pañuelitos bordados.

A Perceval todo esto no le causó efecto alguno. Su juventud, añadida al poco conocimiento que el muchacho tenía de las normas básicas de urbanidad y cortesía, le impulsaba a ser impetuoso, demandante y falto de empatía. Si no había desarrollado las virtudes contrarias no fue por maldad; simplemente, era la primera vez que trataba con otras personas que no fueran su madre. Ajeno al desasosiego en el que estaba inmersa la corte, lo único que le preocupaba era saber cuándo le darían las armas; más concretamente, las del caballero Bermejo. ¡Las quería ya! ¡Las necesitaba! Tenía prisa por lanzarse a vivir aventuras. Tan impertinente se puso que Kay, el senescal, le dijo:

—Vuestras son. Id a por ellas.

Y Perceval, que tampoco sabía lo que era el sarcasmo, la mala uva y la acritud, se lanzó alegremente a retar al caballero Bermejo.

Nadie se puso de acuerdo más adelante sobre lo que pasó a continuación. ¿El destino? ¿La suerte del novato? ¿Un exceso de confianza por parte de su terrorífico oponente? El caso es que Perceval lanzó su venablo con tan buena fortuna que acertó en el ojo del caballero Bermejo, atravesando limpiamente su cabeza. Por la nuca brotó una fuente de sangre, en total sintonía con su atuendo.

Tras aquella demostración de talento, un prohombre llamado Gornemant de Goort se encargó de la educación caballeresca del muchacho, porque no se podía esperar que todos sus enfrentamientos estuvieran tocados por la misma suerte. Así aprendió Perceval los rudimentos básicos de la caballería: el buen uso de las armas, el arte de cortejar a las damas y a mantener su desbordante verborrea bajo control porque, como le dijo su maestro: «Quien habla demasiado, se daña a sí mismo».

Decidido a ir en busca de aventuras, Perceval tomó un sendero con la intención de alcanzar Watling Street. El aire parecía competir con la lluvia, lo que dio lugar a una confusión húmeda y ululante. Pronto se hizo evidente que se había perdido. En el lugar donde

esperaba encontrar la vía romana había un río y, sobre su cauce, navegando en una barquita, un pescador.

—Disculpad, buen hombre —le saludó—. ¿Tendríais la amabilidad de indicarme por dónde puedo cruzar este río?

—No.

Perceval no estaba preparado para semejante laconismo, así que lo miró con decepción. El pescador debió de apiadarse de él, por lo que añadió:

—Por aquí no puede vadearse y no alcanzaréis el puente más cercano con la luz del día. Puedo acogeros esta noche en mi castillo. Está ahí arriba —señaló—, en lo alto de la colina. No hay pérdida.

—Gracias —respondió Perceval, y se encaminó solo en la dirección que el pescador le había indicado.

Llamar sendero a la línea difusa de grava, invadida por hierbas salvajes, que trepaba la ladera sería demasiado generoso. Las ramas de los arbustos obstaculizaban el paso en algunos tramos y el viento (que seguía manteniendo su pugna con la lluvia) las agitaba, de manera que, de cuando en cuando, el caballero Perceval recibía algún que otro verdugazo. Al cabo de una media hora sentía como si se hubiera enfrentado a varios duelos con otros tantos caballeros. Se recriminaba mentalmente haberle hecho caso a aquel hombre porque, pensándolo bien, ¿cómo iba a vivir un pescador en un castillo en lo alto de un cerro? Pero desandar lo andado le parecía menos razonable que llegar arriba y otear desde allí el lugar exacto en el que se encontraba.

Debió haber recorrido un par de millas cuando alcanzó la cima. Quizás en otro momento de la historia de la humanidad hubo allí un prado florido, pero lo que Perceval tenía delante de sus ojos no era más que una maraña de escaramujo, perifollo y ortigas. No había rastro alguno de un castillo. Pensó que no le sorprendería en absoluto que el pescador estuviera en ese preciso instante en una taberna, con un grupo de amigos, carcajeándose a su costa.

Pero, de pronto, cuando la luz anaranjada y violeta del atardecer alumbró la loma, surgió una fortaleza de enormes proporciones, que

desplegó ante él su puente. Al atravesarlo, cuatro elegantes donceles le dieron la bienvenida. Dos de ellos se encargaron de sus armas, otro se llevó su caballo a las cuadras y el cuarto le cubrió con una capa escarlata.

—Le estábamos esperando —aseguraron, dándole paso al salón.

Allí estaba el pescador, sentado ante un gran fuego de leña seca que ardía en una chimenea de bronce macizo.

—Disculpad que no me levante para recibiros. Estoy enfermo. Muy enfermo —insistió—.Tomad asiento a mi lado.

Perceval obedeció. Al instante, apareció un paje. Llevaba en sus manos una lanza blanca, de cuyo extremo manaba una gota de sangre. Lo seguía una bella doncella que portaba un grial. Era este de oro puro, con piedras preciosas incrustadas. Desprendía tanta luz que opacó el brillo de las velas del gran salón del rey Pescador, al igual que les ocurre a las estrellas con la salida del sol. El pajecillo y la doncella los transportaron ceremoniosamente hasta una cámara anexa. Perceval bullía de curiosidad, pero recordaba el consejo de su maestro: «Quien habla demasiado, se daña a sí mismo». Así que se mantuvo en silencio.

El rey Pescador ordenó entonces servir la cena. Los donceles lavaron las manos de los dos comensales y montaron la mesa de ébano sobre caballetes de marfil. La cubrieron con el mejor y más blanco de los linos y sobre ella colocaron fuentes cuajadas de las más delicadas viandas: pierna de ciervo asada con pimienta, nuez moscada y clavo, manjar blanco, truchas, quesos, higos y granadas, todo ello regado con vinos de diferentes clases. Aunque la charla era agradable, a Perceval no se le borraba una pregunta de la cabeza: ¿A quién se servía con el grial? Pero jamás la pronunció en voz alta.

Eso marcaría su destino y el del resto de caballeros de la Mesa Redonda.

Cuando regresó a Camelot y contó su aventura, pronto se hizo una analogía entre la enfermedad del rey Pescador y la decadencia en la corte de Arturo. En ambos casos, los reinos estaban heridos. No por lanzas o espadas, sino por la desmesura, la soberbia y las

costumbres desordenadas. Arturo estaba rodeado de pasiones ocultas, ambiciones, arrogancia y violencia glorificada. La herida por la que sangraba Camelot era espiritual. Y por eso el amor entre el rey y la reina no estaba dando frutos.

Perceval no había preguntado (cuando era evidente que debía haberlo hecho), pero a todos les quedó meridianamente claro que la lanza que sangraba era la que el soldado romano Longinos clavó en el costado de Jesús para certificar su muerte en la cruz. Siguiendo esta lógica, el grial no podía ser más que la copa en la que el hijo de Dios ofreció su sangre a los apóstoles durante la última cena.

Si querían salvar Camelot, debían encontrar el grial.



Una tarde, la reina de Northgales, la reina de la Tierra de Oriente y la reina de las Islas Lejanas encontraron a Lancelot durmiendo la siesta a los pies del manzano que crecía junto a la fuente que había en medio del Valle Sin Retorno. En un principio no lo reconocieron. Hacía tiempo que no visitaba Ávalon. Se le habían ensanchado los hombros, se había dejado crecer la barba, pero, sobre todo, no esperaban que llegase a la isla por allí. Se acercaron a él, envueltas en cuchicheos y risitas, porque, daba igual el tiempo que pasara, Lancelot siempre resultaba atractivo.

Las tres reinas, con iguales ojos melosos, igual risa pícara e iguales ganas de seducirlo, le hablaron en igual tonillo musical. Lancelot, que aún estaba medio dormido, al verlas, creyó encontrarse en el cielo, rodeado de ángeles.

La reina de las Islas Lejanas, que era la más refinada, habló primero. Le pidió disculpas por abordarle de aquella manera, pero se preguntaba (en realidad las tres se lo preguntaban, según aclaró) cuál era el motivo por el que estaba allí. Lancelot dudó. Él también se lo preguntaba.

—¿Y dónde estoy exactamente?

Ellas sonrieron, juguetonas.

—En el lugar en el que debéis estar —aseguró la reina de Northgales—. Aquí tendréis la oportunidad de encontrar la calma que andáis buscando.

—Esperamos que todo esté a vuestro gusto, caballero —intervino la reina de la Tierra de Oriente—. No debéis juzgar el Valle Sin Retorno por esta pradera y esta fuente. Hay mucho más al otro lado de las colinas: elegantes castillos, jardines cuajados de rosas, granados y perales, arroyuelos cantarines donde sumergir los pies durante el estío…

—¿Valle Sin Retorno? —preguntó él, observando el entorno con gesto de perplejidad.

—Y los bailes. Cuéntale lo de los bailes —apuntó la reina de Northgales, sin borrar la sonrisa de los labios.

—Y también tenemos bailes. Todos los días bailamos y bailamos sin parar durante horas, hasta que amanece. Bailes eternos —indicó la reina de la Tierra de Oriente—. ¿Sois amante de los bailes, caballero…?

Dejó la pregunta en suspenso, en espera de que él se presentase. Tres miradas iguales se posaron sobre él con la misma e interrogante intensidad.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó impaciente la reina de las Islas Lejanas.

—Lancelot du Lac.

Superada la sorpresa, vinieron a avisarme. ¿Qué hacía Lancelot en el Valle Sin Retorno? No quise darle demasiadas vueltas; a fin de cuentas, Ávalon también era su hogar. Ordené que lo trajeran al castillo de Chariot y dispuse una suculenta cena. Corrí a su encuentro y nos abrazamos.

—Oh…, Lancelot —le dije, colocando mi mano sobre la suya—. ¡Qué alegría verte!

—¡Morgana! ¿Cómo es posible? Creímos que habías muerto.

—¿Muerto…?

—Oh…, sí. Llegamos a esa conclusión cuando Ywain nos contó que habías dado a luz a un niño y que, tras el parto, perdiste la cabeza. Dijo que abandonaste el castillo en plena tormenta de nieve con tu hijo recién nacido en los brazos. Uriens partió en tu busca, pero tampoco él regresó.

—¿Eso os contó? —pregunté, alzando una ceja.

No me había parado a pensar qué explicación habrían dado desde el reino de Rheged para justificar mi ausencia y la de Uriens. Ahora tenía ante mí la respuesta. Lancelot siguió explicando:

—Cuando la ventisca cesó, recorrieron los campos y no hallaron rastro alguno de vuestros cuerpos. Supusimos que habíais sucumbido los tres. Pese a ello, Arturo no lo creía. Pasó meses intentando encontrarte. Estaba seguro de que habías regresado a Ávalon, pero los caminos parecen cerrados. Ninguno de los dos podíamos llegar aquí. ¡Y Merlín también ha desaparecido! Es como si la magia se estuviera alejando de Britania.

—Pero ¡¿qué haces aquí?! —le pregunté, cambiando de tema.

—Ni siquiera yo lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Me quedé dormido y desperté en ese lugar, rodeado por esas damas tan encantadoras. —Bebió de un trago el vino de su copa—. ¡Vaya! Está delicioso —comentó antes de volver a llenarla y seguir hablando—. Salí de Camelot hace semanas. En busca del grial.

—¿El grial?

Y entonces me contó que se habían enterado de que José de Arimatea había amasado su fortuna comerciando con el estaño que obtenía en Cornualles. Al parecer, en más de una ocasión le vieron recorrer las zonas del oeste de Britania con su sobrino, el pequeño niño Jesús, sobre los hombros. Años más tarde, regresó para difundir la palabra de Dios acompañado por doce personas, entre las que se encontraba María Magdalena. Según me contó Lancelot, era de sobra conocido que llevaba consigo dos vinajeras con la sangre y el sudor de Cristo, la corona de espinas y el cáliz sagrado que su sobrinito (convertido ya en hombre) ofreció a sus discípulos durante la cena celebrada la noche anterior a su crucifixión.[102]

—Un joven caballero llamado Perceval lo ha visto, pero de nuevo ha desaparecido. —Suspiró y bebió—. Varios caballeros hemos salido en su busca, Morgana. Camelot necesita el grial.

—¿Para qué necesita Camelot el grial?

Recorrió el salón con la mirada antes de volver a llenar su copa.

—¿Qué vino es este? —preguntó—. Está delicioso.

—De moras. De las que crecen cerca del lago —respondí—. ¿Para qué necesita Camelot el grial? —insistí. Lancelot tenía tendencia a divagar—. ¿Acaso mi hermano piensa que es cómo el caldero mágico de Dagda, con el que se puede aplacar el hambre en el mundo? —Reí.

—Morgana… Morgana… Morgana…

Repitió mi nombre lentamente, como si estuviese recitando una oración. Al parecer no tenía intención de responder a mi pregunta.

—¿Recuerdas cuando estábamos solos los tres? Arturo, Morgana y Lancelot —pronunció nuestros nombres y dejó que flotaran por la sala—. ¡Qué felices éramos! Nos creíamos dueños del mundo. Pensábamos que nuestros deseos estaban ahí… ahí…, al alcance de nuestros dedos. —Estiró la mano y tanteó el aire—. Pero nada ha salido como imaginamos.

Me miró a los ojos y atisbé una sombra de compasión. Supuse que se refería a Arturo y a mí.

—Tu sueño sí que se cumplió —le dije—. ¿O es que la vida de caballero no ha cumplido tus expectativas?

—No, no es eso. Ser caballero de la Mesa Redonda es un honor. Pero hay más cosas en la vida, ¿no es cierto? —Volvió a servirse vino. Bebió y siguió hablando—: Tengo un hijo, Morgana —confesó—. Galahad. La madre se llama Elaine. Lo llamó así por el nombre que me pusieron mis padres.

—¿No te has desposado con ella?

—No podría. No sería justo. Amo a otra mujer. Creí estar en sus brazos cuando concebimos a Galahad. Dios me perdone.

—Lo siento —respondí, posando mi mano sobre la suya.

Rio sin ganas.

—A final tú no tuviste un hijo con Arturo y yo no lo tendré con Ginebra. Pero ellos dos tampoco lo tienen estando juntos. Quizás si encontráramos el grial, al menos eso podría solucionarse.

—¿De qué hablas? ¿Qué… qué es eso de que tú no tendrás un hijo con Ginebra? ¿Qué quieres decir?

Lancelot parecía a punto de echarse a llorar. Resultaba evidente que el vino le estaba haciendo efecto; ya había alcanzado ese estado en el que uno se siente el ser más desdichado del universo.

—Desde el primer momento en el que la vi, Morgana… —siguió diciendo—. Esos días que pasamos juntos antes de su boda… Es tan bella. Sus labios son tan dulces. Mi reina. Mi hermosa Ginebra… —Suspiró.

—¿Sus labios son tan dulces? —musité—. ¿Arturo lo sabe?

—¡Claro que no! Él es mi mejor amigo. Yo… —Se interrumpió para mirarme a los ojos—. Oh…, creo que no me lo perdonaría. Ni siquiera yo me lo perdono. Y tú… ¿tú podrás perdonarme, Morgana?

Me esforcé en dibujar una compasiva sonrisa en mi rostro. Pero era la mía una sonrisa que no me llegaba a los ojos. Aunque él no se dio cuenta. Estaba demasiado borracho. El pobre…

—Mi querido Lancelot… —pronuncié sin pasión. Sentía los músculos de mis mejillas tensos como las cuerdas de una viola—. ¿Enfadarme contigo? ¿Qué motivo podría encontrar para ello? ¿Crees que sería justo que me permitiera sentir resentimiento, o incluso ira, contra aquel cuya ingratitud y deslealtad se desvelan con la naturalidad del Perro de Orión en el cielo nocturno? —Me dolían los labios. Era bastante difícil mantener una sonrisa al mismo tiempo que se enunciaban preguntas mordaces—. ¿Debería alguien enfadarse con un amigo en quien se ha depositado la confianza sin reservas, con quien se entreteje el destino, a quien colocas a tu derecha en la mesa y entregas glorias terrenales? Esto me hace rememorar el pasado, Lancelot. Historias ya muy antiguas protagonizadas por mi padre, Gorlois, y el padre de Arturo. El duque de Cornualles y Úter Pendragón fueron también grandes amigos. Al igual que vosotros, había entre ellos más que afecto, había una

fraternidad. Todo lo que poseía mi padre lo puso a la disposición del padre de Arturo, que lo recibió como la tierra reseca recibe la lluvia, enjugando hasta la última gota. —Me di cuenta de que tenía los puños apretados, de que me estaba clavando las uñas en las palmas y de que había pronunciado la palabra «enjugando» con demasiada pasión, así que me detuve un par de segundos para coger aire y recuperar mi dulce tono anterior—. Todo —recalqué—. Todo lo que mi padre tenía fue para Úter. También su esposa. Gracias a eso ahora soy la orgullosa hermana del rey más grande que jamás haya visto Britania. ¿Enfadarme contigo, dices? Mi amigo… Nuestro amigo… Si el enojo hubiera anidado en mi pecho, te darías cuenta, pues en este valle quedan confinados los que han mancillado la lealtad de los que les aman, ya sea de pensamiento o con la intención.[103]

Me miraba perplejo. Casi podía escuchar los engranajes de su cerebro dar vueltas. Suspiró. Yo también (sin dejar de sonreír). Si la inteligencia de Lancelot fuese equiparable a su atractivo y gallardía, hubiera resultado el hombre perfecto. Para su fortuna, la reina Ginebra no requería de ingeniosas conversaciones para despertar su interés romántico.

Lancelot volvió a suspirar.

—Sabía que tú no serías capaz de guardarme rencor — concluyó.

Le dio un último sorbo a su copa de vino.[104]

—Está delicioso.

—¿Verdad que sí?

Asintió.

—Estoy agotado. Creo que aceptaré tu hospitalidad y que pasaré la noche aquí.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, querido Lancelot. Semanas, meses, incluso años…

Lanzó una carcajada floja.

—¿Años dices? Te lo agradezco, pero mañana temprano he de partir.

—Como tú desees…

Lo acompañé a su alcoba.

—Buenas noches, amiga —me dijo, poniendo especial énfasis en la última palabra.

Tras ello, depositó un breve beso en el envés de mi mano.

—Buenas noches, Lancelot. Que pases una reparadora estancia con nosotros —me despedí.

---

101 *Historia de Lanzarote del Lago: Libro de Galahot. Libro de Meleagant o de la Carreta. Libro de Agravaín*. (2010). España: Alianza Editorial.

102 Hay quien piensa que ese cáliz sagrado (el santo grial que acogía la sangre de Cristo) era en realidad la propia María Magdalena, embarazada del hijo de Dios. El grial se asocia en ocasiones con fertilidad y abundancia, cualidades que tradicionalmente aluden al útero femenino. En diversas descripciones se dice que es un «vaso nutricio que procura alimento», una «matriz de la diosa-madre tierra». Algunos estudios argumentan que el cristianismo subvirtió la relación madre-hijo, reemplazando el simbolismo del útero femenino por el del cáliz que contiene la sangre masculina de Cristo. En cualquiera de los casos, las interpretaciones varían según la tradición y los enfoques de estudio, en los que se mezclan mitología, religión y simbolismo.

103 Las hadas no mienten, solo utilizan un lenguaje que puede dar lugar a confusión.

104 Se ha de rechazar cualquier tipo de ofrecimiento de comida o bebida hecho por un hada. Contravenir esta sencilla instrucción podría derivar en eterna esclavitud. En ese sentido, el orden del mundo feérico se parece bastante al del Hades griego. Eso fue lo que le sucedió a la pobre Proserpina, obligada a quedarse en el inframundo por haber comido allí seis miserables granos de una granada.

24
EL CABALLERO DE LA CARRETA

«La diosa Morgana, se llama; y no hay nadie, por poderoso que sea, a quien ella no pueda someter».[105]

Sir Gawain y el Caballero Verde
ANÓNIMO

«Empieza entonces a pintar primero cómo su Dama del Lago lo envió a la corte para ser caballero novel y cómo llegó a Camelot; cómo se quedó sorprendido por la gran belleza de su señora (…). Por la mañana, cuando Lanzarote se levantó y abrió las ventanas al jardín, entró en la habitación pintada y vio el retrato de su dama: se inclina, la saluda, se acerca a ella, la abraza y la besa en la boca, deleitándose bastante más que si fuera cualquier otra mujer».[106]

Historia de Lanzarote del Lago
ANÓNIMO

Los bardos contarían más tarde que yo amaba a Lancelot con una pasión desmedida, que lo quería para mí, y que por eso lo recluí en el Valle Sin Retorno. Dijeron que imploré por sus caricias y besos, ofreciéndome sin recato, como flor que abre sus pétalos a los abejorros durante la primavera. Según estas historias, este caballero puro y perfecto me negó sus afectos con aspavientos despectivos, pues amaba a Ginebra con un amor tan puro y perfecto como él (sin duda inducido por la pureza y la perfección de ella). Al parecer, esas cualidades (pureza y perfección) me eran ajenas porque, por vengativa, celosa y siniestra, se me habían enturbiado las facciones y ahora resultaba hasta fea. Y que por eso odiaba a Ginebra con la misma intensidad con que deseaba a Lancelot.

No juzgo las ridículas teorías de los bardos. Se deben a un público tan burdo y simple como ellos. Es más sencillo condensar la esencia de una mujer que trasciende los márgenes marcados por la sociedad con términos como «envidia» o «resentimiento». Imaginad cuán difícil debe ser resumir en verso que la amistad y la confianza no se vieron quebradas por tormentas o guerras, sino que murieron asfixiadas por sus propios lazos.

A los que ahora leéis mi historia intranquilos por la suerte que pudo correr Lancelot, quiero tranquilizaros. Siempre estuvo bien atendido. Comía y bebía los mejores manjares y pasaba sus días en una elegante alcoba cuyas ventanas daban a un florido jardín cuajado de campánulas y lilos, sin conciencia alguna del paso de las estaciones. Cada noche, sin falta, se requería su presencia en el baile que celebrábamos en el gran salón del castillo de Chariot. Allí se codeaba con cientos de damas y caballeros elegantemente vestidos que danzaban al ritmo de la música, que escuchaban con atención todas sus historias y le daban la razón en todo.

Pese a lo despreciable que me parecía su traición, nunca pudo percibir en mí muestra alguna de resentimiento. Siempre fui constante en afecto y cordialidad, y se lo manifestaba cada día, seleccionando para él los mejores frutos y vistiendo su cuerpo y su lecho con las mejores telas.

Tampoco podía quejarse de llevar una existencia ociosa. Sirviéndome de la magia, Lancelot disfrutaba de mil y una aventuras. Recorría tortuosos caminos en busca del santo grial. Cruzaba puentes sobre ríos de lava. Se batía en duelo con caballeros con los que apenas había cruzado dos palabras. Desahuciaba a gigantes atrincherados en castillos. Rescataba de las tiránicas garras de sus captores a delicadas damitas que acababan (siempre) locamente enamoradas de él (aunque Lancelot las despreciara con desdén).

—Se escribirán cientos de versos narrando tus hazañas —le aseguraba yo con entusiasmo cuando le notaba decaer—. Creo que

aún no te has enfrentado a ningún dragón. ¿Te gustaría enfrentarte a algún dragón, querido Lancelot?

—No lo sé… —respondía algo confundido—. Han pasado tantas cosas en tan solo unas horas… ¿O llevo aquí dos días?

—¿Estás seguro de que no quieres enfrentarte a un dragón? —continuaba proponiéndole yo, porque me disgusta mentir, pero no tenía intención alguna de responderle con la verdad—. Las aventuras con dragones siempre resultan vivificantes, tanto para el héroe como para los espectadores. Un dragón grande, que lance mucho fuego por las fauces. Los dragones de las islas del norte tienen fama de fieros y…

—Preferiría que no.

Yo observaba su decaimiento en silencio, sintiendo un regocijo de placer. Antes de que pudiera percibir mi dicha, le daba un par de palmaditas en el hombro.

—Tienes toda la razón. Es mejor que no te enfrentes a un dragón ahora. Hay baile esta noche y debes vestirte de gala.

—¿Un baile? Estoy un poco cansado, Morgana. Quizás podrías disculpar mi ausencia ante tus invitados, decirles que yo…

—Oh…, ¡de ninguna manera! Las damas te esperan. Melusina, la reina de Northgales, la reina de la Tierra de Oriente, la reina de las Islas Lejanas… —le enumeraba—. ¡Todas las mujeres del valle, en realidad! Todas desean pasar tiempo a tu lado y bailar contigo. ¿Acaso las desprecias?

—No, no es eso…

—Entiendo que ninguna te parezca tan delicada y hermosa como la reina de Camelot, pero no me negarás que son encantadoras. ¿O no son lo bastante buenas para ti, Lancelot, querido? Tal vez prefieras la compañía de damas cantarinas como sirenas. ¿Peligrosas como gorgonas? ¿Dramáticas como Melpómene, quizás? ¿Mudas para que se obnubilen sin rechistar cuando les narres tus hazañas? Dime…, dime…, querido Lancelot. Pídeme lo que quieras.

No se resistía más. En realidad, no podía. Yo no lo hubiera permitido. Regresaba al baile con ojeras y aspecto apesadumbrado.

Ni la admiración de los danzantes con los que coincidía cada noche ni ninguna de las aventuras que enfrentaba durante el día conseguían que Lancelot se sintiera dichoso. Languidecía a ojos de todo el mundo, pese a que él no parecía darse cuenta del motivo de su desdicha. La gente que le rodeaba lo saludaba cada día y cada noche como si acabaran de conocerlo, lo cual le perturbaba porque cada vez se hacía más patente para él que llevaba en Ávalon demasiado tiempo. Se sentía cansado de tantas aventuras, de tantos bailes, de escuchar la misma música, de que le riesen hasta los silencios. Pero, sobre todo, estaba agotado de añorar a Ginebra.

Habían transcurrido ya más de catorce años en el mundo de los que han de morir, pero para Lancelot seguía siendo la tarde de su llegada al valle.[107] No compartía con nadie más que conmigo su extraña sensación de que el tiempo pasaba (y no). Yo me burlaba de sus absurdas ocurrencias sacudiendo mi mano ante sus ojos, como el que espanta una mosca molesta.

Un día, Lancelot osó compartir su inquietud con uno de los caballeros que asistían al baile. Serio y compungido, relató una de sus aventuras. Había cabalgado hasta el Bosque Esmeralda, llamado así porque las hojas de los árboles eran de delicado vidrio verde. Cuando el viento las agitaba, chocaban, produciendo el sonido de la primera gota de vino al caer en una copa, pero multiplicado por mil (o por mil veces mil). Allí debía rescatar a una doncella dormida que yacía desde hacía cien años en el centro de un círculo de espejos, hechizada por un infame mago. Lancelot siguió explicándole a su interlocutor que, tras observar su rostro multiplicado y escuchar el titilante murmullo de las hojas, supo que debía romper uno de los espejos con la empuñadura de su espada para deshacer el hechizo. Una vez roto el primer espejo, el resto comenzó a agrietarse. Los pedazos se depositaron en el lecho del bosque, desmenuzándose hasta convertirse en un polvillo brillante y blanquecino, similar a la nieve. Llegó la primavera y el polvo de espejo se transformó en agua que dio forma a un arroyuelo. La doncella despertó, le dio las gracias

a Lancelot por haberla liberado y lo invitó a pasar una larga temporada en su castillo.

—Acepté. Pasé allí el resto de la primavera. ¡Y todo el verano! —siguió explicando Lancelot—. ¿Os dais cuenta?

El caballero lo observó, alarmado por la aparente turbación de su interlocutor y sin comprender adónde quería llegar con su pregunta.

—¡En ese castillo hablaban en francés! ¡Debí tardar semanas en llegar hasta allí! En cambio, no parece que haya abandonado jamás este lugar. ¿Lo habré soñado?

El caballero no respondió.

—Lo he soñado —concluyó Lancelot.

Pero no se quedaba tranquilo y al poco tiempo volvía a la carga. Calculaba y calculaba, sumaba horas, las restaba, y no le salían las cuentas. Decía que había llegado en septiembre, pero que recordaba las celebraciones del solsticio de invierno en Ávalon. ¿Acaso no había pasado ya la Pascua? Desde su ventana observaba el jardín, pero allí siempre era primavera. En una de las tapias, un pintor representaba, con todo lujo de detalle, una antigua historia: la huida de Eneas de Troya. Debajo de cada imagen describía, con una frase corta, cada paso del recorrido del héroe.

Lancelot pensó entonces que él no se sentiría tan abatido si lograse perfilar una imagen de su amada Ginebra en las paredes de la lujosa alcoba, que en ocasiones le parecía una prisión. Justo en ese momento, sintió que algo se movía a sus espaldas y se giró. Allí no había nadie más que él. Quizás se tratase de una sombra en el espejo, o de los pliegues en las telas del dosel deformando las flores bordadas en seda, arrancándoles muecas siniestras. Una vez más, los muros parecían no tener consistencia, como si filtrasen un viento llegado de un lugar remoto.

—¡Sir Lancelot! ¡Sir Lancelot! —Escuchar su nombre hizo que se sobresaltara. Era el pintor al que había estado observando, colocado al pie de su ventana—. Esto es vuestro.

Estiró la mano y le tendió un pincel nuevo, sin rastro alguno de pintura.

—¿Mío, decís?

—Se os ha debido de caer —añadió el pintor, obviando por completo el gesto de sorpresa de su interlocutor—. A veces dejáis los pinceles en el quicio de la ventana, tras limpiarlos, para que se sequen. Una ráfaga de viento habrá tirado este. —Agitó la mano en la que llevaba el pincel ante el rostro de Lancelot, y a este no le quedó más remedio que cogerlo.

En ese mismo instante, alguien llamó a la puerta de su alcoba y fue a abrirla, aún con el pincel en la mano. Al hacerlo, un grupo de muchachas de unos catorce años entraron sin pedir permiso. Cada una llevaba un par de cubos que depositaron en el centro de la sala.

—Aquí tenéis la pintura que nos encargasteis, sir Lancelot —dijo una de ellas mientras ejecutaba una delicada genuflexión ante él.

—¿La pintura que encargué?

—No hemos encontrado el color tormento de amor —añadió—, pero creemos que podréis lograr un tono similar mezclando besos escondidos con promesas rotas.

Con la misma rapidez que entraron, las muchachas abandonaron la alcoba justo en el momento en el que yo llegaba. Encontré a Lancelot con el pincel en la mano, mirando aturdido los cubos de pintura.

—Tenías razón —dije extendiendo el brazo para señalar los muros—. Este cuarto luce mucho más con tu historia reflejada en las paredes. ¡Quién hubiera imaginado que también eras diestro con los pinceles!

—¿Cómo dices? —preguntó él, alzando la vista del suelo.

Y entonces reparó en que el muro norte estaba distinto, decorado con su propia imagen representada al óleo. En él, Lancelot aparecía arrodillado frente a Arturo, que le nombraba caballero posando a Excalibur sobre sus hombros.

—Pero… —Se acercó despacio hasta llegar a acariciar la representación de su rostro con la yema de los dedos—. Yo no he pintado esto, Morgana. Yo no sé pintar. ¡Yo no he pintado jamás!

—¿De qué estás hablando? —pregunté, fingiendo confusión. Pero enseguida cambié el gesto y lancé una carcajada—. ¿Te burlas de mí? ¿Sí? Sí…, es eso. Te burlas. Como si no llevaras horas trabajando en este fresco. Incluso terminaste con toda la pintura que había en Ávalon y las muchachas han tenido que ir al mundo de los que han de morir para traer más. —Seguía observando atónito el muro—. ¿Qué castillo es este? —le pregunté, señalando una esquina.

—El de la Gozosa Guarda. Así era cuando lo conquisté — respondió.

—Y aquí tus armas son rojas —indiqué señalando la esquina contraria.

—Eso fue el día que el rey de los Cien Caballeros me hirió en un torneo —explicó en un susurro, cabizbajo, como trayendo a su memoria cada uno de esos momentos.

—Te dejaré solo para que puedas decorar el resto de las paredes con tus recuerdos más anhelados —le dije señalando los muros vacíos—. Así será como si los vivieras otra vez.

Lancelot estuvo pintando las paredes de aquella alcoba de ecos tenues con entrega casi monacal. Aspiraba el aire cuando los pelillos del pincel rozaban el muro, como si sus recuerdos doliesen más en pintura que evocados. Elegía los colores con sumo cuidado. Un ramillete de tonalidades doradas para representar el cabello de Ginebra, ceñido por una corona más leve que su mirada. Verdes musgo, glaucos, turquesas y esmeraldas para plasmar la vegetación del bosque en el que se besaron por primera vez, sin que un solo sonido los interrumpiera. En el dintel oriental trazó la ondulación índigo del vestido de la reina, justo en el momento en el que ella se le acercó para acariciarle la oreja; ni siquiera un espadazo en plena batalla hubiera resultado tan devastador. Entre los dos ventanales coloreó una fuente sobre la que ella se inclinaba a beber. Y a él mismo a su lado, buscando robar el agua fresca de sus labios rojos, como el sol un segundo antes de desaparecer tras las montañas.

Regresé a la alcoba de Lancelot después de la Pascua cristiana y contemplé perturbada su gran obra. No quedaba una pulgada de

muro sin pintar. Cada escena era vívida presencia. Cada penumbra, la promesa de un amanecer. Cada mirada que la Ginebra y el Lancelot pintados cruzaban denotaba la intensidad de sus anhelos. Las paredes gemían y suspiraban de placer y gozo, dejando el olor de los cuerpos que se aman flotando entre las vigas. Podía reconocerlo porque yo también lo había respirado.

Yo fui en un tiempo cuerpo que perfumó de amor el aire.

Una lágrima furtiva e inesperada se deslizó a toda prisa por mi mejilla derecha.

—Oh…, Lancelot. —Suspiré conmovida—. En verdad os amáis.

—Tanto como Arturo y tú.

La angustia se me aferraba a la garganta, impidiéndome respirar; no por rabia, sino por pena. Por la certeza de que ninguna de esas imágenes podía deshacerse. Los cuatro vivíamos alejados de las personas a las que amábamos, siguiendo sin rechistar el camino marcado por otros. Nuestros cuerpos ocupaban un espacio en el que no estaban nuestras mentes. Habíamos convertido el amor físico en sacramento herético ante los ojos del Dios cristiano, pero estábamos irremediablemente unidos por una de las magias más antiguas, la que liga un alma a otra sin necesidad de pronunciar votos ante un altar. Cada persona que cruzase desde ese momento el umbral de esa alcoba sentiría un peso cálido, como el de una mano amada reposando en el pecho justo antes de retirarse, o el de una pena que se intuye, pero que aún no se ha sentido. A partir de ese momento, en esa habitación, se hablaría solo entre susurros.

—Pienso muchas veces en qué hubiera pasado si Arturo y tú no hubieseis sido hermanos —dijo de pronto Lancelot, rompiendo el silencio—. Seguro que os habríais casado. Ese hijo que tuviste con Uriens sería ahora el heredero al trono. Y Ginebra y yo habríamos tenido la oportunidad de amarnos sin secretos. Por cierto… —añadió, variando el tono de su voz—. Llevo todo un día aquí y aún no te he preguntado por tu hijo. ¿Dónde está?

A esas alturas de la conversación, mi estado de ánimo había decaído mucho. El amor representado en las paredes me devolvió el

recuerdo de mi propio amor frustrado, revolviéndome por dentro. Que Lancelot nombrase al fruto malogrado de ese amor me encogió el corazón.

—Lo que Ywain contó acerca de mi huida del reino de Rheged no era cierto —confesé—. Al menos, no en su totalidad.

—¿A qué te refieres?

Le hice un somero resumen de los meses que viví junto a Uriens; los insultos, el aislamiento, los malos tratos, el encierro…

—A los pocos días del parto, mi hijo desapareció. Uriens e Ywain se lo llevaron sin decirme nada. —Me costaba seguir hablando. Casi no podía respirar. Pronuncié la siguiente frase entre sollozos—. Mi hijo era uno de los niños que se ahogó en el naufragio del Abyssus.

Lancelot abrió los brazos para consolarme. Coloqué la cabeza en su hombro y ese contacto humano hizo que se resquebrajaran las compuertas que retenían mi pena; pegajosa y exagerada. ¡Qué pena más grande sentía! Lloraba por Ginebra y por Lancelot. Por Arturo. Por mí. Por nuestro hijo, desapareciendo en las profundidades del mismo mar que me vio nacer.

—Quizás no debería decirte esto, Morgana… Quizás… Quizás sea algo que es mejor que no sepas…

Le escuché bisbisear palabrejas entre lamento y lamento. ¿Aún le quedaban cosas por confesarme? Lancelot estaba resultando una caja de sorpresas.

—Supongo que, si tu hijo estuviera vivo, ya lo habrías descubierto. Tú lo sabrías. Tú acabas por saberlo siempre todo.

—¿De qué estás hablando? —Me incorporé para observarle. Le había dejado en el hombro un cerco de lágrimas.

—Son solo habladurías. Ya sabes cómo es la gente de las aldeas costeras. Son medio peces. Y los peces son muy fabuladores. Y luego esa gente-pez habla con otra gente. Y al final un montón de gente del interior cree que es real lo que en un principio solo era una simple habladuría de peces.

Me estaba empezando a poner nerviosa. Lancelot era una pesadilla cuando divagaba. Si hubiera servido de algo, le habría

partido la cabeza en dos y extendido sus pensamientos sobre la mesa para echarles una ojeada.

Suspiré con impaciencia, retirándome los restos de lágrimas con el envés de las manos.

—Lancelot… Lancelot… A ver…, dime, ¿de qué estás hablando?

Él también suspiró.

—Son solo habladurías de…

—¡Lancelot!

—Está bien… Está bien. Hay rumores de que no todos los niños que navegaban en el Abyssus se ahogaron. Uno se salvó. Al parecer, lo atrapó un pescador entre sus redes y se quedó con él.

Comencé a dar vueltas de un lado al otro de la habitación, sujetándome la cabeza con ambas manos. Ecos de una pena lejana resonaban en mi mente, evocando siniestras escenas.

… el crujir de la madera de un barco desastroso… la vela deshilachada sacudida por el aliento del diablo… una rama de espino atrancada en el timón… cunas meciéndose al compás de olas… una nana susurrada por sirenas, guiando el barco con los ojos cerrados… un arcón colmado de sollozos de los que no fueron…

—No puede ser… No puede ser…

—Si fuese tu hijo, ya te habrías enterado. Tú lo sabrías — repitió.

Me di la vuelta para recorrer su gallarda anatomía con la mirada de Medusa.

—¡¿Por qué no me lo has dicho antes?! —le grité.

—¿Antes? Si acabo de llegar —protestó.

Intenté tranquilizarme. Recordé las recomendaciones que Sibila daba para sosegar la mente y le presté atención al aire entrando y saliendo de mis pulmones. Una vez. Otra vez. Otra vez más. Inspira… Espira…

—No acabas de llegar, Lancelot —musité con resignación cuando alcancé cierta calma.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Observaba cada pulgada de las paredes—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —repitió. Parecía preguntar a su propia imagen plasmada en ellas.

Me sujetó por los brazos y me zarandeó mientras gritaba:

—¡¿Cuánto tiempo llevó aquí?!

Guardé silencio. Nos sostuvimos la mirada durante varios segundos. Supongo que encontró la respuesta en el fondo de mis pupilas.

—¡Eres una maldita traidora! —gruñó antes de abandonar la alcoba.

El descubrimiento de la verdad había roto el hechizo. No lo detuve. Ahora tenía un asunto importante en el que centrar mi atención.



Tiempo después, Lancelot contaría que envié una bandada de cuervos a perseguirlo. Decía que pudo sentir el batir de sus alas sobrevolando su cabeza, que se adentró en el Bosque Perdido para resguardarse y que allí las ramas de los árboles se agitaban para atraparlo, enganchándose en su ropa, desgarrándola. Vio una luz y corrió hacia ella.

Cuando quedó expuesto a la bóveda celeste, cuando pudo oír el dulce canto de los pájaros y el familiar murmullo de voces de hombres y mujeres que trabajaban en un sembrado, supo que estaba a salvo. No había en ese lugar sombra alguna de magia, solo ramplona cotidianidad. Apacible y reconfortante vulgaridad.

Pidió auxilio, pero la gente se apartaba de él. Llevaba la barba descuidada, el pelo hasta los hombros, enredado con nudos de elfo, la ropa hecha jirones… Lo tomaron por un loco. Estuvo varios días caminando exhausto, perdido por senderos que jamás había transitado, hasta que llegó a una apartada posada. El matrimonio que la atendía se apiadó de él. Dejaron que se aseara. Le dieron

comida y le ofrecieron su cobertizo para que pudiera descansar sobre un improvisado colchón de paja.

Pasó varios días en un duermevela febril, atormentado por sueños plagados de sombras danzantes, de caballeros y damas carcajeándose ante su cara con las bocas muy abiertas. Abría levemente los ojos cuando la posadera le forzaba a sorber un poco de caldo, pero enseguida apretaba los párpados por temor a encontrarse de nuevo conmigo.

Al cabo de una semana, pudo al fin levantarse. Entonces relató que era uno de los caballeros de la Mesa Redonda, hijo de Ban de Benoic y de Elaine, la reina del Gran Sufrimiento. Les habló también del Valle Sin Retorno, de mi malévola crueldad, del vino con el que le había hechizado, de su encarcelamiento de una noche que había durado años, de bailes infinitos…

—Me llamo Lancelot del Lago —se presentó—. Le debo mi nombre a la hermosa dama que me crio en el legendario reino de Ávalon.

Los posaderos no dieron muestra de poner en duda sus afirmaciones. Le proporcionaron un pantalón y una camisa de aldeano con los que sustituir el deteriorado atuendo de caballero que traía al llegar y le prestaron su vieja carreta, tirada por una mula color polvo.

—Regresaré con un cofre lleno de oro con el que recompensar vuestra infinita generosidad y nobleza —prometió Lancelot justo antes de partir.

La luz pálida del amanecer lamía los escaramujos y las madreselvas cuando Lancelot tomó el camino que lo llevaría a Camelot. El matrimonio lo vio alejarse, apostados en el umbral de la posada. El rostro de ella reflejaba una mezcla de compasión y ternura. Mientras tanto, él mordisqueaba con desgana un tallo de hinojo.

—¡Qué lástima de muchacho! —suspiró ella cuando la destartalada carreta se desdibujó en el horizonte—. Con el buen porte que tiene y con la cabeza ya perdida.

—Lo que es seguro es que nos hemos quedado sin carreta y sin mula —replicó él, encogiéndose de hombros.

Y entraron en la posada cerrando la puerta tras de sí, como el que pone la palabra «fin» a un cuento de hadas.

---

105 *Sir Gawain y el Caballero Verde*. (2008). España: Siruela.

106 *Historia de Lanzarote del Lago: Libro de Galahot. Libro de Meleagant o de la Carreta. Libro de Agravaín*. (2010). España: Alianza Editorial.

107 El transcurso del tiempo en el país de las hadas es similar al que se percibe en los sueños. Un baile de pocos minutos puede significar un año y un día del mundo real, al igual que una semana de banquetes y celebraciones puede alargarse unos doscientos años. En cualquier caso, se trata de una medida del tiempo inexacta, ya que no se pueden contabilizar los minutos y horas vividos en el mundo feérico con un sistema lógico e inflexible. Eso fue lo que le ocurrió a Urashima Taro, un humilde pescador japonés que rescató a una tortuga maltratada por unos niños. En agradecimiento, el animal lo guio hasta un palacio en el fondo del mar (el país de las hadas se encuentra en muchas ocasiones allí), donde conoció a una bella princesa que recompensó su buena acción con bailes, banquetes y dicha. Pese a que Urashima Taro se sentía feliz en ese lugar, también añoraba su casa, y se lo hizo saber a la princesa. Ella, apenada, le dejó marchar, no sin antes hacerle entrega de una cajita lacada. Urashima Taro se aferró de nuevo a la tortuga y regresó a la playa donde había dado comienzo su aventura. Pero ya nada era igual. El tiempo había pasado, su familia había fallecido y nadie lo reconocía. Entristecido, abrió la cajita. De su interior surgieron todos sus años, su vejez y su muerte. Para concluir, habéis de saber que la persona que se adentra en el país de las hadas corre el riesgo de regresar cuando su vida mortal ya se haya consumido.

25
SALVADO POR EL MAR

«(…) y perecieron la mayor parte, salvo Mordred, que fue arrojado fuera, y lo halló un hombre santo que lo crio hasta que cumplió catorce años».[108]

La muerte de Arturo
SIR THOMAS MALORY

«He honrado a mi hermana Morgan le Fay, exaltándola y amándola más que a ninguno de mi sangre. Y he confiado en ella más que en mi propia esposa».[109]

Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros
JOHN STEINBECK

Olvidad todos los hechizos de localización de los que he hablado hasta el momento. Ninguno de ellos serviría para un caso como este, cuando el rastreador desconoce el aspecto del rastreado, cuando no sabe su nombre, cuando no posee ninguna de sus pertenencias. Es imposible que, de esta forma, determine en el mapa dónde se encuentra la persona buscada de una forma mínimamente aproximada. Lo único que en estos casos funciona es *De vinculis subtiles et catenae invisibilibus,* gracias al cual Mereditha de Darnwych ubicó en Ávalon al amante feérico que asaltaba su lecho en las oscuras noches sin luna (contra todo pronóstico, se casaron y llevan más de mil años viviendo felices en el Bosque Perdido).

El hechizo consiste en dar forma lumínica al hilo invisible que existe entre dos seres unidos por lazos de sangre, afecto, deuda, enemistad o destino. Resulta indiferente si ese hilo ya se rompió. O

si es difuso. O si aún está por tejer. Cuando se convoca de la manera adecuada, el hilo surge como un filamento de luz tenue, traslúcida e impalpable, uniendo los dos cuerpos sin que el rastreado pueda percibirlo.

Se necesitan: un ovillo de hilo blanco (hecho con una hebra continua, jamás usada ni anudada), una espina de zarza, una gota de sangre del buscador y un suspiro del Minotauro (contenido en un saquito de lino). A continuación, hay que sentarse en el centro de una habitación iluminada por una única vela, frente a una puerta abierta. El buscador se ha de pinchar el dedo índice (que es el que señala) con la espina y mojar el cabo del hilo con la sangre. Luego se coloca el ovillo en el suelo y se libera el aliento del Minotauro, mientras se pronuncia alto y claro:

Como la Ariadna del laberinto,
anhelo encontrar su paradero.
El ovillo avanzará ligero
conectando almas por instinto.

El hálito del monstruo lo impulsará hacia delante y el hilo, en un inicio palpable, se irá diluyendo hasta alcanzar la textura del suspiro de un fantasma, únicamente visible a los ojos del buscador. Entonces, solo habrá que seguirlo.

A esas alturas Taranis ya se había acostumbrado a su plácida vida en Ávalon, pero, en cuanto le volví a colocar la silla de montar, sentí vibrar su piel bajo ella. Las pupilas y los ollares se le dilataron. Piafó alegre, barruntando la emoción de un viaje. Así son los caballos del reino de Danann: vehementes, leales, siempre dispuestos a emprender una aventura. Ni el propio rey tenía (ni tuvo, ni habría de tener en un futuro) un caballo tan fuerte y veloz como Taranis. Juntos trotamos de nuevo por los nostálgicos caminos del otoño en Britania, recorriendo bosques y arroyuelos, tropezando de vez en vez con los círculos de piedra que erigieron los pueblos antiguos. El paso del tiempo había desdibujado los motivos por los que fueron

colocados de aquella manera; donde antaño los druidas lanzaron sus plegarias al viento, ahora los niños jugaban a esconderse.

Atravesamos pueblos y aldeas con casas de barro, madera y paja, arremolinadas en torno a capillas que espantaban a los entes feéricos con el repicar de sus campanas. La magia se diluía como el humo que escapa por la chimenea, alejado por la brisa. Era en el cristianismo donde el pueblo encontraba consuelo para el alma. Los milagros sustituyeron a los hechizos, las reliquias de los santos a los talismanes, las oraciones a los conjuros, los sacramentos a los ritos ancestrales. Quizás Merlín tuviese razón al decir que Britania y Ávalon se estaban desconectando sin remedio. En este lugar apenas quedaban briznas de magia.

El hilo de luz me guio hasta un puerto pesquero. Una vez allí, se adentró en el mar, perdiéndose entre el vaivén de las olas. Se me encogió el corazón. ¿Certificaba aquello el cruel destino de mi hijo? ¿Sería otra la criatura que sobrevivió al naufragio? Enseguida me quité la idea de la cabeza. El hechizo *De vinculis subtiles et catenae invisibilibus* solo unía cuerpos que se hallaban en el mismo plano espiritual. Al otro lado del hilo, encontraría a mi hijo vivo.

Los aldeanos tuvieron la deferencia de mostrarme el acantilado contra el que se estrelló el Abyssus. Aún quedaban trozos del casco desperdigados en las rocas del fondo. Había rumores acerca del niño que se salvó. Decían que un pescador de la isla de Ellan Vannin[110] se encontraba faenando cuando vio la cuna de madera meciéndose sobre las olas, como una barquita a la deriva. Al acercarse pudo oír los débiles gemidos de una criatura. Echó las redes, lo pescó y se lo llevó a su casa. Poco más pudieron contarme, pero con esa información me bastaba. Tuve la certeza de que el dios Manannan se había encargado de proteger a mi hijo arrastrándolo hasta su isla.

Ellan Vannin estaba en el centro del mundo, en constante negociación con la niebla y el mar. En los días claros se divisaba desde la costa como una roca dispuesta a enfrentar los embates del océano. Esperanzada, hablé con el dueño de una de las naves más grandes que había en el puerto. Le entregué un brazalete de plata a

cambio de que nos transportara, a Taranis y a mí, hasta allí. Llegamos uno de esos días brumosos en los que la isla es solo un espejismo ceniciento que parece deshilacharse en el horizonte.

Preguntando supe que el pescador que lo encontró y su esposa habían cuidado de mi hijo durante sus primeros años. Ella se encargó de señalarle con el nombre de Mordred, que significa 'afortunado', para que nunca olvidara la suerte que había tenido. Pero ambos eran demasiado mayores para encargarse de una criatura tan vital y, a los pocos años, le traspasaron la responsabilidad de su crianza a Nabur, un noble caballero de la zona. Lamentablemente, tanto el pescador como su mujer habían dejado el mundo hacía un par de años y no pude agradecerles lo que habían hecho por mi hijo.

El hilo me condujo hasta una fortaleza de piedras lamidas por la lluvia que se encontraba al otro lado de la isla. Descendí de Taranis y anuncié mi presencia. No me costó convencerlos de que era la madre de Mordred: me aseguraron que era mi viva imagen. Me guiaron hasta el patio de armas donde entrenaba; allí pude verlo por primera vez. Alto, de hombros anchos, con el cabello oscuro, algo más rizado que el mío; era, más bien, como el de Arturo. Sus ojos seguían siendo de un verde intenso, apasionados, enmarcados por oscuras pestañas.

Conteniendo la emoción, lo vi luchar. Se movía con seguridad y elegancia. La espada era una prolongación de su mano; giraba en el aire emitiendo sonidos silbantes y se detenía en seco contra el escudo de su maestro. Acto seguido, reanudaba el ataque sin perder el aliento. Los demás muchachos que entrenaban en el patio de Nabur habían abandonado sus ejercicios para observarle, con una mezcla de admiración y envidia, como si el talento de Mordred opacase sus propias virtudes.

Al terminar, inclinó gentilmente la cabeza ante su maestro y se dio la vuelta. Una brisa juguetona le acarició el cabello, apartándolo de su rostro. Su mandíbula seguía la perfecta línea de las estatuas griegas.

Había imaginado que, en ese primer encuentro, lo tomaría entre mis brazos para acunarlo como a un niño. Pero cuando caminó hacia mí, luciendo una cortés sonrisa en los labios, me di cuenta de que el tiempo de los arrullos había pasado. Tuve que alzar la mirada: me sacaba una cabeza. Sentí una punzada de inquietud en mi pecho.

—Mordred… yo…

—Me han dicho que sois mi madre —atajó—. Sabía que, antes o después, vendríais a buscarme.

Mi querida Ganieda:

He encontrado a mi hijo. Quince años en Ávalon no son nada, pero, en el mundo de los que han de morir, significa que tengo ante mí a un hombre. Le he explicado de forma somera su origen. Que mi marido lo arrancó de mi lado para entregarlo a los heraldos del rey y que, durante años, lo creí muerto. Asegura que no me guarda ningún rencor.

Le sorprende que sea su madre; le parezco demasiado joven. Al describirle el fluir del tiempo en Ávalon, ha bromeado. También cuando le he explicado cómo he dado con él. Creo que me considera una excéntrica. Y es que no muestra ni un ápice de magia. Ha rechazado el ofrecimiento de venir a vivir conmigo al castillo de Chariot. Considera que su destino ya está escrito: quiere ser un caballero de la Mesa Redonda. Le he visto blandiendo una espada. Pese a ser tan joven, Mordred se mueve con una destreza inusitada; sin duda, heredada de sus abuelos.

Le llevaré a Camelot. Se lo presentaré a Arturo como su sobrino, como hijo mío y de Uriens. Y demandaré para él el ducado de Cornualles. A fin de cuentas, yo debí heredarlo en su momento. Creo que es justo que ahora el duque sea Mordred. La vida le ha robado muchas cosas, así que le facilitaré todo lo que esté en mi mano.

Quizás denotes seguridad en mis palabras, pero estoy inquieta. Volver a ver a Arturo me pondrá a prueba. Nos pondrá a prueba a ambos. A estas alturas tal vez me odie. Juré amarlo por el resto de mi vida y lo abandoné por otro. Y luego abandoné a ese otro. ¿Habrá regresado Lancelot a Camelot? De ser así, Arturo ya ha de saber que no estoy muerta. ¿Le habrá descrito el Valle Sin Retorno? Reconozco que, con semejantes datos, es factible que me considere una bruja malvada (más lo segundo que lo primero).

Si aún consiente en hablar conmigo, me queda la duda de qué hacer con la información que tengo. ¿Debería desvelar el romance que su esposa mantiene con su mejor amigo? ¿Acaso Lancelot y Ginebra no son tan víctimas del destino como nosotros?

Deséame suerte, Ganieda querida.

Con el corazón de la chova piquirroja brincando en mi pecho, se despide de ti,

Morgana



No me costó convencer a Mordred para que me acompañase a Camelot. Según me dijo, Ellan Vannin se le quedaba pequeño. Durante el viaje me fue desvelando detalles de sus primeros años de vida. La esposa del pescador se encargó de que nunca olvidase que era distinto. Le insistió en que, de no haber naufragado el Abyssus, él estaría viviendo en un castillo, rodeado de lujos. La mujer le repetía que él era mejor, mucho más guapo y alto que los mocosos que correteaban entre el fango, con churretes en los carrillos. Ensalzaba su porte distinguido, sus huesos largos, su mandíbula cuadrada, sus ojos brillantes, su piel blanca…, pues todo en su conjunto, según le decía, señalaba la nobleza de su origen.

Durante su infancia, Mordred tuvo un sueño recurrente en el que se hundía en el mar junto a un buen número de criaturas envueltas en lino. Entonces, cuando estaba a punto de ahogarse, se daba cuenta de que podía respirar. Sentía el placer del agua inundando sus pulmones, igual que se siente aspirar el aroma de un bosque. Lo interpretaba como la señal inequívoca de que estaba destinado a grandes logros. Al fin y al cabo, algo tendría que significar que hubiese sido el único superviviente del Abyssus.

Pero crecía y nada parecía cambiar. En aquella zona infestada de niños rústicos, con padres tan rústicos como ellos, Mordred se sentía atrapado y solo. Se burlaban de él y de sus aires de grandeza.

—Tuve que ganarme el respeto de los muchachos de la aldea— me contó—. Decían que mis padres me entregaron a los hombres del rey para librarse de mí. Que estaba maldito. Que era mi presencia en el barco lo que hizo que naufragara. Que Merlín lo sabía y que por eso convenció al rey para reunir a todos los niños nacidos en mayo en un barco que el propio mago estrelló contra las rocas.

Se me encogió el corazón al escucharlo. Aunque Merlín me hubiera asegurado que había sido un desgraciado accidente, el hecho de que las gentes creyesen que el naufragio había sido intencionado acrecentaba mis dudas.

—El rey Arturo jamás ordenaría una cosa tan terrible —le aseguré—. Él es un hombre justo. Es un hombre bueno. Compasivo. No creas eso. Arturo es…

—Así que tuve que rebanarle la oreja de un tajo a uno de ellos para que aprendieran a respetarme —me interrumpió—. Se la di de comer a los cerdos.

Le observé, aturdida. En mi mente Mordred siempre fue la criatura suave e indefensa que yo había tenido en mis brazos en sus primeros días de vida. Incluso ahora, tan grande y fuerte, lo presupuse impulsivo y valiente, sí, pero con el alma cándida.

—¿Que le rebanaste la…?

—Así es como los hombres se hacen respetar…, madre. ¿Puedo llamaros «madre»? —preguntó. No me dio tiempo a responder porque, acto seguido, retomó la palabra—: Ese es el único lenguaje que comprendían esos cenutrios.

—¿Cuántos años tenías?

—Siete.

—¡¿Siete años?! ¿Le cortaste la oreja a otro niño cuando tenías siete años?

—¡Y eso que él tenía doce! —se jactó.

—¿Te respetaron desde ese momento? —pregunté conmovida.

Mordred se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Aunque no volví a verlos.

Fue entonces cuando el pescador y su esposa se dieron cuenta de que Mordred era un pura sangre al que estaban obligando a vivir como un vulgar jamelgo. Y se lo entregaron al noble Nabur para que comenzase su formación como caballero.



En la puerta del castillo de Camelot, me anuncié al centinela. Como no me conocía, desconfió cuando dije que era la hermana del rey, así que nos dejaron esperando en el patio. Al cabo de unos minutos, escuché la voz de Arturo aproximándose. Iba lanzando improperios en los que describía la torpeza del centinela y la estupidez de los que me habían impedido entrar en el salón.

De pronto, su figura traspasó el umbral. Al verle, después de tantos años, mi alma se vio inundada por la emoción. Estaba igual pero distinto. Era la versión madura del muchacho que vivía en mi memoria. Más fornido, con sutiles líneas de expresión en torno a sus ojos, con el rostro enmarcado por una barba rojiza. Se había convertido en un rey espléndido, majestuoso, solemne.

Durante el viaje, valoré la posibilidad de que aquel encuentro, en compañía de nuestro hijo, colocase el punto final perfecto que la historia necesitaba: emotivo y justo. Pensé que el paso del tiempo habría soplado sobre mis heridas, que a esas alturas ya serían cicatrices, que reencontrarme con Arturo provocaría en mí la misma conmoción que oír caer la lluvia en el tejado. Pero ahora que lo tenía ante mis ojos, parecía que una mano gigante y húmeda me aferrase a la garganta, impidiéndome respirar.

—¿Cómo es posible? Morgana. Morgana. No puedo creerlo. ¿De verdad eres tú?

Nos abrazamos y el mundo dejó de moverse. El aire se paralizó.

—¿Es un sueño? —me murmuraba al oído—. Dime que no estoy soñando.

—No estás soñando. Estoy aquí. Sí. Estoy aquí —respondí, contagiada de su emoción.

Nuestro abrazo duró un instante eterno. Al alejarnos, Arturo posó sus ojos en Mordred, que se había mantenido a nuestro lado, en completo silencio.

—Arturo, quiero presentarte a mi hijo.



En menos de una jornada, Camelot al completo supo que Morgana, la hermana del rey, a la que todos habían dado por muerta, había regresado. Y aunque en el pasado os aseguré que Ginebra era para ellos la perfecta reina a la que rendir pleitesía, en el fondo sentían que algo les faltaba. No había luz sin sombra, ni dicha sin dolor, ni calor sin frío y, en este caso, no había reina sin su correspondiente bruja. Jamás lo reconocerían, pero los súbditos echaban de menos el contrapunto perverso que me presuponían. Elucubrar sobre lo que en ese momento se estaría viviendo dentro del castillo era lo más emocionante que les había pasado en años. El deseo de verme era generalizado, sobre todo desde que supieron que no había regresado sola, sino que conmigo venía mi hijo. Buscarle parecidos fue entonces mucho más divertido que salir a cazar conejos.

El día siguiente a nuestra llegada, nos mantuvimos en un recatado retiro. Arturo dispuso que acomodasen a Mordred en una cámara del ala este y a mí me reservó la que ocupé durante el tiempo en el que viví en el castillo. Ordenó a los sirvientes que no nos molestasen bajo ninguna excusa, ya que debíamos recuperarnos del largo viaje. En cuanto a él, nadie sabía con exactitud dónde se había metido. Algunos dijeron que lo vieron cabizbajo, caminando por los jardines. Otros que rezando y encendiendo velitas en la iglesia. Y los más lenguaraces decían que habíamos vuelto a las andadas y que, desde que puse un pie en el castillo, no se apartaba de mi lado.

Si no hubiera sido por los sirvientes (siempre bien dispuestos a compartir confidencias), la gente de la ciudad habría quedado privada de información. Para su fortuna, pronto el panadero compartió con el molinero el rumor de que yo reclamaba para mi hijo el ducado de Cornualles y que Arturo nos lo había negado, ya que ahora pertenecía a Cador. Más tarde, el lechero comentó a la cocinera que el copero le había dicho que mantenía mi aspecto juvenil porque había pactado con el diablo. Después, una de las damas informó a la doncella que traía en mi equipaje un cuerno mágico, guarnecido de oro, que tenía la virtud de señalar las deslealtades. No había reina ni noble señora infiel que no se derramase el vino sobre el vestido al beber del dichoso cuerno. Al parecer, mi intención era entregárselo a Ginebra para ponerla en evidencia delante de mi hermano. Luego el herrero le dijo al mozo de cuadras que el rey Arturo quería armar caballero a Mordred, con la promesa de colocarlo a su derecha en la Mesa Redonda, ya que, en ausencia de hijos, estaba considerando seriamente la posibilidad de nombrar a su sobrino heredero de la corona.

¡Cuánta intriga y desasosiego para los buenos ciudadanos! ¿Cuál de todas esas informaciones sería cierta? ¿Quizás ninguna? Era posible que jamás llegaran a saberlo.

Arturo, mientras tanto, parecía ajeno a lo que se comentaba. Al menos eso le decía a Ginebra, que, a esas alturas, ya había descubierto que ambas éramos las protagonistas de múltiples elucubraciones. A través de sus damas, la reina recibía decenas de mensajes en los que se sugerían remedios para contrarrestar mis supuestos sortilegios perniciosos: llevar siempre una cebolla en el bolsillo izquierdo, para que esta absorbiera los maleficios; cruzar los dedos de los pies cuando bostezara, ya que los malos espíritus entran por las bocas abiertas; golpear tres veces la mesa con el tenedor antes de comer, para evitar los encantamientos culinarios…

Que los súbditos se creyeran con derecho a hacer comentarios sobre su intimidad le parecía a Ginebra una intromisión intolerable. Y debo reconocer que en eso estaba de acuerdo con ella.

—No debes prestar atención a las habladurías —le dijo Arturo, intentado calmar su preocupación—. La indiferencia es la mejor manera de acallar un rumor. Acaba muriendo por sí solo.

—Y eso intento —respondió Ginebra—, pero no sé cómo mostrarme indiferente ante… ante los… ante las…

Dudaba, la pobre, porque no sabía cómo poner orden en el cúmulo de información que tenía sobre su cuñada. Y ahora, además, estaba Mordred. ¿Cómo tratar con él? ¿Debía llamarle «sobrino»? ¿Iba a quedarse allí, con ellos, en Camelot? ¿Acaso su esposo ya había dado por seguro que no concebirían un hijo juntos? ¿Era eso? Ginebra también estaba llena de preguntas que no sabía ni quería pronunciar.

Mientras tanto, Mordred parecía ser el único que disfrutaba de toda aquella conmoción.

—Jamás me he sentido mejor —decía—. Estoy justo donde debo estar. Esta mañana, nada más salir el sol, he salido a recorrer la ciudad. He visto los colores, he olido los aromas… Nunca pensé que caminaría por un lugar tan hermoso como este. ¡Camelot es una maravilla!

Desde que lo conocía, jamás le había escuchado enlazar tantas frases seguidas, ni tan deprisa, y mucho menos con una sonrisa tan amplia dibujándose en sus labios. Estaba alegre, animado, jovial, dicharachero. Tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas. Era como si Camelot ejerciera un influjo mágico en él, quizás por haber sido concebido en ese lugar.

—Tal vez no deberías… Quiero decir que… Quizás debas preguntarle al rey si es oportuno salir sin avisar y sin acompañamiento.

—Tranquila, madre. Sobreviví a un naufragio y he llegado a esta edad sin vuestra vigilancia. Ya ha quedado probado que puedo defenderme solo.

Una noche, tras la cena, Arturo y yo nos quedamos solos. Los colores se habían diluido con la caída del sol y éramos dos figuras silenciosas que caminaban sobre un lienzo pintado en tonos azul pizarra.

Recorrimos los corredores y los patios porticados, que, a esa hora, estaban vacíos. El castillo se mantenía tal y como lo recordaba, pero en sus muros se dejaba sentir el paso de los años. Nos adentramos en la iglesia de San Esteban, donde ambos celebramos nuestros respectivos matrimonios. Allí vislumbré nuevos cuadros, candelabros y reliquias que los caballeros de la Mesa Redonda trajeron de los lugares en los que estuvieron buscando el santo grial.

La luz lechosa de la luna se colaba por los vitrales. Un enorme mural cubría por completo la pared sur. En el centro estaba representado Arturo, desnudo de cintura para arriba, irradiando la juventud del comienzo de su reinado. Empuñaba un cetro y estaba coronado de laurel. Componía su séquito un buen número de criaturas mágicas: unicornios, centauros, mantícoras, faunos y un par de dragones junto a un ave fénix, que volaban sobre su cabeza. Junto a él, una dama pálida, de oscuros cabellos y ojos azul cobalto, sujetaba su mano con expresión indescifrable.

—¿Te reconoces? —me preguntó señalándola.

—¿Soy yo?

—Fue la única manera que encontré para que Ávalon y tú permanecierais a mi lado. Hay quien piensa que representa a santa Colomba de Sens, pese a que le insistí al pintor para que no colocase ningún halo en torno a tu cabeza.

—Muy acertado —indiqué—. Se me desharía el peinado.

Él sonrió. Una sonrisa melancólica que quise espantar de sus labios.

—La serpiente saliendo de tu costado… —señalé.

—¿Aún recuerdas mi pesadilla?

—Claro. Me acuerdo de todo.

Me observó, mientras intentaba mantener viva la sonrisa.

—Pese a no ser un hada —dijo en un tono que pretendía sonar burlón—, me dio miedo que fuese verdad aquello que me contaste que decía mi madre sobre las pesadillas. Así que mandé pintar mi sueño para romper su posible influjo.

—Nada como un fresco en la pared de una iglesia para espantar una profecía —me burlé.

La curva de sus labios pronto se debilitó.

—Quería que la justicia prevaleciera sobre el hierro de las espadas, pero la paz que consigo para estas tierras siempre parece frágil, Morgana, como un vidrio que tiembla al menor soplido. La unificación sigue siendo un sueño que nunca termina de cumplirse. La idílica hermandad de los caballeros no ha llegado a materializarse. Hay entre ellos orgullo, vanidades, envidias, recelos… Muchos han partido en busca de un grial escurridizo, creyendo que encontrándolo alcanzaremos una virtud que nos es esquiva. Quizás la idea que teníamos de un idílico Camelot no sea más que eso: un hermoso espejismo, reflejo de lo que soñamos, pero que nunca llegaremos a tocar. La eterna promesa que nunca llega a hacerse realidad. Siento que soy una decepción para todos. Merlín ha desaparecido. Lancelot ha desaparecido. Tú… tú…

—Tú sigues siendo el hombre en el que el pueblo confía — le interrumpí—. No hay nadie mejor para esta labor.

—Quizás ese fuera yo en el pasado. No lo sé… Casi no recuerdo al joven que fui.

—Pues yo te lo describiré: eras optimista, divertido, justo, leal, apasionado. Confiabas en la buena voluntad de los que te rodeaban, pese a que en ocasiones tuvieses motivos para sentir que te habían decepcionado. Tus diálogos eran ingeniosos, mordaces e inteligentes. Cuando hacías acto de presencia en un salón, lo iluminabas. Y todo parecía más tibio y gris cuando te ibas.

No creí adecuado añadir que, durante años, aquel joven había pervivido en mi recuerdo, acariciándome, besándome, amándome…, igual que en los tiempos en los que nos creímos capaces de todo. Ese muchacho fue la razón que me permitió soportar su ausencia,

porque todo sacrificio me pareció poco si con ello conseguía que la vida fuese más fácil para él.

—Vaya… —Rio con melancolía—. Por lo que cuentas, no estuviste muy acertada abandonando a un hombre tan estupendo.

Quise sonreír, pero no pude.

Salimos de la iglesia. El aire era tibio, y olía a la lavanda y la salvia que yo misma había ordenado sembrar años atrás en el jardín que quise convertir en el *hortus sanitatis*. Nos detuvimos bajo uno de los sauces. Sus ramas parecían conspirar para resguardarnos del mundo.

—¿Fuiste feliz con Uriens? —preguntó con voz serena.

Pese a que pretendí imitar su tono templado, tuve que tragar saliva y tomar aire antes de responder con sequedad.

—No existía ninguna posibilidad de que eso sucediera.

—Sin embargo, te fuiste.

—Me fui…

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—Quiero que me lo digas.

—En aquel momento, consideré que era lo mejor.

—Y, tras lo sucedido, ¿lo sigues pensando?

—¿Qué importancia puede tener eso ahora?

—¡Por supuesto que la tiene! —Su calma parecía haberse diluido. Le brillaban los ojos—. Tu decisión ha ocupado mi mente todos estos años. O me amabas y te marchaste para no entorpecer mi reinado, o lo que tuvimos no significó nada para ti.

—Arturo…, por favor…

Dio un paso hacia mí. De pronto fui consciente de que su mano rozaba la mía. Intenté retroceder, pero me quedé atrapada en su mirada.

—Nunca he llegado a sentirme en casa viviendo en este lugar, salvo cuando tú estabas aquí —confesó—. Intenté odiarte, pero no lo conseguí. Y cuando te creí muerta… ¡Oh…, Dios santo! No paraba de darle vueltas a una idea. ¿Dónde estaría tu alma? ¿Adónde iría la

mía cuando me llegara la hora? Mi única certeza era que quería estar donde tú estuvieras.

—Arturo…

Su nombre saliendo de mis labios se mezcló con su aroma.

—He puesto mayor empeño en olvidarte que en gobernar —musitó.

En la penumbra, sus ojos verdemares me devolvieron el recuerdo de la Morgana que fui junto a él. La Morgana contagiada de entusiasmo, dicha, optimismo y bondad. ¡Me gustaba tanto aquella Morgana! Era sencillo, al mirar sus ojos, dejarme llevar.

—Y ahora que estás de nuevo aquí —siguió diciendo—, lo único que deseo es besarte…

—Y yo que me beses —confesé.

—… pero no lo haré —me interrumpió—. No podría recuperarme si volvieras a alejarte de mí.

Inspiré de forma agitada y me aparté de él.

—Morgana…

—Lo siento. Tienes razón —indiqué con resolución—. No sé qué me ha pasado. Olvida mi última frase. Ha debido de ser el vino. Buenas noches, hermano.

Me di media vuelta y escapé en dirección a mi alcoba.

---

108 Malory, S. T., de Cuenca, L. A. (2024). *La muerte de Arturo*. España: Siruela.

109 Steinbeck, J. (2022). *Los hechos del Rey Arturo y sus nobles caballeros*. España: EDHASA.

110 Nombre gaélico manés para la Isla de Man. Significa 'Isla de Manannan'. Manannan es el dios celta del mar.

26
EXCALIBUR

«—¿Significa eso que es verdad? —exclamó Ginebra—. ¿Que esta meretriz indecente que tienes por hermana es capaz de practicar su oficio de puta con su hermano?
Arturo giró sobre sus talones, sin soltar a Morgana.
—¡Calla! —ordenó, con una voz que nunca le había oído—. No digas una sola palabra contra mi hermana (…).
—¡Y sin embargo piensas solo en ella! —gritó Ginebra—. ¡Y no en este gran pecado! ¡Con tu hermana! Dios os castigará por esto.
—Ya me ha castigado —dijo Arturo, estrechando a Morgana».[111]

Las nieblas de Ávalon
MARION ZIMMER BRADLEY

El Esqueleto Danzante era el lugar al que Mordred huía cuando el formulismo del castillo acababa con su paciencia. La taberna quedaba al otro lado de las murallas y por allí pululaban gentes de diverso pelaje: peregrinos, tramposos, campesinos, cortabolsas, escuderos y borrachos buenos para nada. Ellos fueron quienes la bautizaron con ese nombre. Y es que, en otro tiempo, El Esqueleto Danzante había sido una herrería, célebre por la escasa calidad de sus espadas. Un mal día el herrero desapareció. Su esposa recorrió la ciudad de una punta a otra, intentando dar con él, sin éxito. Preguntó a familiares, amigos y vecinos. Nada. Nadie sabía dónde estaba. Semanas más tarde, le despertó el sonido del martillo golpeando contra el yunque. Emocionada, corrió a la herrería, pero allí no había ni rastro de su marido. En medio de la estancia solo estaba el yunque, aún caliente. Sobre él reposaba una sonriente calavera.

La historia de la misteriosa desaparición del herrero se fue deformando con el tiempo. Llegó a decirse que un esqueleto completo, cubierto con jirones de lino, pasaba las noches bailando sin música en el espacio que había ocupado la herrería. Al parecer, el cloquear de los huesos terminó por desquiciar a la pobre esposa del herrero. Ya no dormía, no comía, no trabajaba. Y que por eso (y por las múltiples deudas que el herrero dejó por saldar) tuvo que vender la casa.

El nuevo dueño, tras comprobar el macabro interés que la historia del esqueleto bailarín despertaba entre los vecinos, decidió montar allí una taberna. Nadie supo de dónde sacó el esqueleto (aunque muchos tenían sus sospechas) que instaló detrás del mostrador. Sirviéndose de un ingenioso sistema de cuerdas y poleas, cada vez que alguien dejaba propina, el esqueleto bailaba, haciendo reír a los borrachos y persignarse a los devotos.

Al resguardo de la noche, Mordred se deslizaba por las calles de Camelot y atravesaba las murallas cubierto con una capa. Los parroquianos de El Esqueleto Danzante creían que se trataba de un simple mozo de cuadras. Allí jugaba al merellus o a los dados, echaba pulsos y bebía hasta vomitar.

Hacía dos días que el rey Arturo lo había armado caballero. Aquello, pese a ser mucho mejor de lo que podría haber soñado meses atrás, ponía trabas a su intento de pasar inadvertido, así que, mientras estaba en la taberna, se tapaba el ojo con un parche y vulgarizaba su lenguaje.

Esa noche, Mordred se sentó en una apartada mesa en compañía de un aspirante a caballero llamado Jaufré. El doncel llevaba varios días rondado el castillo en espera de ser recibido por el rey. Una muchacha les llevó dos jarras de peltre rebosantes de cerveza de brezo, una vela de sebo y el tablero de latrunculi.

Dieron un par de buches a la bebida mientras colocaban las piezas.

—¿Cómo van tus asuntos? ¿Has conseguido audiencia con el rey? —le preguntó Mordred, abriendo el juego.

Jaufré suspiró antes de responder.

—Creo que he llegado en un mal momento. Típico en mí.

—¿Por qué lo dices?

—El rey está dedicando su atención a otros asuntos —respondió, encogiéndose de hombros—. Al parecer, hace unas semanas se presentó en el castillo su hijo bastardo. Lo acaba de nombrar caballero y ahora los demás tenemos que esperar.

Mordred se envaró en el asiento. Echó mano a la jarra, se la llevó a los labios y la cerveza le supo a vinagre.

—¿El rey tiene un bastardo? —preguntó.

—Como todos, ¿no? —rio Jaufré—. El propio rey fue concebido en circunstancias, digamos, *particulares*. Su madre, lady Igraine, estaba casada con el duque de Cornualles en ese momento. Pero este caso es aún más retorcido. —Utilizó un tono de confidencia para añadir—. Se dice que el rey Arturo tuvo este hijo con su propia hermana.

Mordred sintió que toda la sangre del cuerpo se le acumulaba en el rostro y que el corazón se le desbocaba.

—¿No movéis? —preguntó Jaufré, señalando el tablero.

—¿Qué?

Mordred observó a Jaufré y luego dirigió la mirada a las piezas blancas y negras colocadas ante él; en ese momento era incapaz de distinguirlas. Se superponían las unas a las otras formando una masa grisácea ante sus ojos. Las líneas rectas se curvaban. Lo que acababa de escuchar lo dejó tan conmocionado que temió que el doncel se diera cuenta de su azoramiento. Sin prestar atención al juego, empujó una de ellas con la yema del dedo, antes de seguir preguntando.

—Pero su hermana… ¿Morgana? ¿Así es como se llama? — dijo, fingiendo desconocimiento—. Ella estaba casada con Uriens de Rheged, ¿no? Ese hijo debe ser de su marido.

Jaufré soltó una sonora carcajada antes de hacer un resumen de mi existencia, seleccionando los hitos que consideró que pintaban por completo el cuadro de mi perversidad. A saber: el rey Úter tuvo que enviarme a un convento cuando solo era una niña porque había

hechizado el castillo de Tintagel. Pervertí a las monjas que me acogieron. Provoqué la peste en el pueblo. Me condenaron por brujería y el mismísimo diablo vino a rescatarme. Y había seducido a mi hermano para concebir un hijo con él con la intención de vengarme, de esa retorcida manera, de su padre.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó—. El círculo se cierra. Esa mujer es una arpía. Se casó con Uriens de Rheged para ocultar el embarazo. Y, cuando él lo descubrió, ella lo asesinó.

—¿Lo asesinó? ¿Una mujer asesinó a un reputado guerrero? —se extrañó Mordred.

—Es una bruja muy poderosa —aclaró Jaufré—. Dicen que ha vencido incluso al mismísimo Merlín. Hace años que nadie sabe dónde está. Cuando el mago supo que Morgana había tenido un hijo con su hermano, avisó al rey de que había nacido el que lo iba a matar. Ordenaron entonces embarcar a todos los niños nacidos de nobles en el Abyssus y Merlín lo hizo naufragar. Pero ella consiguió con su magia que su hijo sobreviviera. Y ahora lo ha traído aquí. Dicen que tiene hechizado al rey. — El doncel suspiró—. Así que me temo que… ¡¿Adónde vais?! ¡No hemos terminado la partida!

Pero Mordred ya había dejado atrás la puerta de El Esqueleto Danzante. Pese a que no se había terminado ni la primera jarra de cerveza, caminaba en dirección al castillo, borracho de dolor y de resentimiento fermentado por años. Iba haciendo un repaso de lo que había supuesto para su existencia la información que acababa de conocer. ¿Su concepción se debió al ardid de una bruja? ¿Era el protagonista del infame vaticinio de un mago? Había sido el único superviviente de un naufragio. Algunos lo consideraban un milagro, pero ¿acaso no podría tratarse de nigromancia? Todas esas venganzas, conjuros, profecías del pasado… ¡qué terrible carga sobre sus hombros! Llevaba desde el comienzo de su vida pagando una deuda ajena. Primero en una choza de pescadores, rodeado de miseria. Incluso en la casa de Nabur no había sido más que un desventurado de orígenes inciertos, acogido por caridad. Para los hijos de Nabur no existía diferencia entre él y cualquiera de los

sirvientes a los que su padre tomaba afecto. Mucho le había hecho sufrir a Mordred esa circunstancia. Una de las diversiones favoritas de sus hermanos adoptivos era sacarle de la cama para lanzarlo a las pocilgas en mitad de la húmeda y fría noche. Allí, rebozado en excrementos y paja, imaginaba que algún día se vengaría de todos ellos.

Ahora acababa de conseguir la pieza que le faltaba para completar el rompecabezas de su existencia, pero se dio cuenta de que el crío de la aldea al que rebanó la oreja tenía parte de razón: estaba maldito porque sus padres lo concibieron cometiendo el repugnante pecado del incesto. Su madre lo había utilizado para tramar su venganza y el mago Merlín hizo naufragar el barco para librarse de él.

Pero ¿qué sabía el rey de todo ello? Si su hermana le había engañado y era una bruja, ¿por qué la trataba con tanta deferencia? Si fue su padre quien firmó el bando real que ordenó entregar a todos los niños nacidos en mayo, ¿por qué no lo había asesinado al darse cuenta de que seguía vivo? Quizás todo lo que Jaufré le había contado eran habladurías de aldeanos. Quizás el rey ignoraba los tejemanejes que otros realizaban a su alrededor. Quizás creía de verdad que él solo era su sobrino.

Tenía que comprobarlo. Si todo se torcía, podría defenderse. Ahora ya era un hombre. Ahora sabía de tácticas y estrategias. Ahora tenía un as bajo la manga.

Al despertar, Mordred aún seguía confundido. Decidió que no abandonaría su alcoba en todo el día; necesitaba pensar. Le encargó a una de las sirvientas que le subiese algún refrigerio para almorzar y se dispuso a sopesar sus opciones. Pero llegó la hora de la cena y se dio cuenta de que, encerrado en completa soledad, lo único que conseguía era reconcomerse por dentro, así que decidió bajar a cenar con nosotros para disponer cuanto antes de la información que necesitaba para tomar decisiones.

Aquella noche nos sentamos en torno a la mesa Arturo, Ginebra, Mordred y yo. Se parecía a cualquier otra cena de los anteriores

días, de no ser porque yo había tomado una decisión que pensaba comunicarles en ese momento.

—Mañana regresaré a Ávalon —dije tras dar un sorbo a mi copa de vino.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Arturo.

No quise mirarle a los ojos, de manera que me dispuse a responder mientras fingía quitarme una pelusa de la manga.

—Estoy muy agradecida de que hayas nombrado a mi hijo caballero, pero no quiero abusar de tu hospitalidad. Ya no tengo nada que hacer aquí y en Ávalon me esperan.

Arturo abrió la boca para protestar, pero Ginebra tomó la palabra:

—¿Echáis de menos Ávalon, Mordred? —preguntó, dirigiéndose a mi hijo con una delicada sonrisa dibujada en sus labios.

—Eso no es posible, ya que jamás he estado allí.

En los ojos de Mordred había un brillo indescifrable. Me miró. Miró a su padre y suspiró antes de seguir hablando.

—Nunca salí de Ellan Vannin hasta que mi madre vino a buscarme hace unas semanas. Ni siquiera la conocía. Hasta ese momento, mis orígenes eran un completo misterio —dijo llevándose un trozo de pollo a la boca y masticando después muy despacio.

Ginebra le observaba sin comprender.

—Pensaba… Disculpad —titubeó ella—. Creí entender que…

Mordred volvió a mirarme. Puede que buscase mi aprobación. O puede que no. Pero no iba frenarle. Su historia no me pertenecía. Igual que la mía no le pertenece a nadie. Antes o después, conocerían su origen. Quizás ya había decidido que era el momento de enfrentarnos a todos con su verdad.

—Fui el único superviviente de un barco que naufragó — dijo al fin.

—¡Santo cielo! —exclamó Ginebra.

—Me han contado la historia del milagro de mi vida tantas veces, y de formas tan diferentes, que tengo crudas visiones de sucesos que, evidentemente, no puedo recordar, ya que solo era una criatura cuando acontecieron. —Parecía estar narrando un cuento frente a

una hoguera—. Me dijeron que, el día del naufragio, el mar estaba en absoluta calma y que, sin embargo, en apenas unos minutos, unas grandes nubes negras opacaron el cielo. Un viento del norte despertó las olas que sacudieron el barco, empujándolo contra las rocas. Allí se destrozó. Los que lo vieron decían que parecía cosa de magia.

Arturo observaba al que creía su sobrino con viva curiosidad, mientras Mordred describía un ataúd flotante, un rebaño de criaturas demasiado pequeñas para ser recordadas por sus nombres, olas que elegían a quién abrazar primero y llantos que se ahogaban antes de poder oírse.

—Pero conmigo el mar se entretuvo —siguió explicando sin pasión—. La cuna en la que me encontraba hizo de barca. Ni se sabe cuánto tiempo estuve solo, flotando en mitad del mar. Me encontró un pescador, que me llevó a su casa y me colocó en los brazos de su esposa. Como no tenían hijos, supusieron que aquello era el milagro por el que tanto habían rezado —se carcajeó—. Me criaron hasta que cumplí los siete años. Después me entregaron al noble Nabur. Allí es donde aprendí a luchar.

—Morgana…, ¿de qué está hablando? —me preguntó Arturo.

—Del inicio de su vida…

—Oh…, majestad, no debéis preguntar a mi madre. Ella no tuvo nada que ver. Fue su esposo el que me entregó a vuestros mensajeros. Seguían vuestras órdenes. ¿Recordáis el bando real en el que exigíais la entrega de todos los niños nacidos en mayo? Ese bando real determinó mi destino. O quizás no. Me gusta pensar que el mar aún celebra haberme liberado de las garras de la muerte.

—¿Eres uno de los niños que navegaba en el Abyssus? Pero eso no es posible —prorrumpió Arturo—. No… Tú no pudiste nacer en mayo. —Arturo había comenzado a hacer cuentas. Y no le cuadraban—. Morgana… Te desposaste dos días después que yo. Y eso fue a finales de diciembre. Si tu hijo nació en mayo…

Le observé sin decir nada. Durante unos segundos, Arturo buscó la respuesta en mis ojos. Allí la encontró.

—No…, no… —dijo sujetándose la cabeza con las manos—. ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡¿Por qué no me lo dijiste?!

—¿Qué ocurre? —preguntó aturdida Ginebra—. ¿Qué está pasando?

Arturo no le respondió. Levantó la mirada y observó a Mordred.

—Un hijo tuyo y mío. Lo que siempre quise. Lo hubiera dejado todo por esto.

—Lo sé… —respondí.

Ginebra se levantó de la mesa. Era la primera vez que la veía perder la compostura. La rabia le sentaba bien, daba un toque rosado a sus pálidas mejillas.

—¡Entonces eran ciertos los rumores! Dos hermanos amancebados. Has procreado con tu hermana, la bruja. ¡¡Y ahora soy yo la que paga por vuestros pecados!! —gritó, dirigiéndome por primera vez la mirada—. Por eso Dios ha condenado mi matrimonio con la infertilidad.

Evité ofenderme por su justa cólera. Ginebra no tenía ni idea de cuánto nos parecíamos ella y yo. Las dos amando a hombres con los que no convivíamos. Pero esa era otra historia que quizás podríamos debatir en otro momento. Ginebra nada pintaba ahora en aquella conversación. La ignoré por completo. Eso mismo debió de pensar Arturo, porque la reina abandonó airada la sala y él ni siquiera la siguió con la mirada.

—¡Al fin solos los tres! —exclamó Mordred, con una sonrisa en los labios, tras apurar de un trago su copa de vino. Parecía realmente complacido.

Al fin se encontraba frente a su padre. Ahí estaba el rey Arturo, abriéndole los brazos, llamándole «hijo». Prometiendo que su nombre figuraría en letras de oro en la Mesa Redonda, justo a su derecha; donde siempre debió estar.

Lo que Jaufré le había contado era cierto y, ahora que nuestros gestos se lo confirmaban, no podía dejar de pensar en lo extraordinario de que una única persona compendiase ambas circunstancias. Pero ¿cómo podría describirlo? Había visto al rey

presidiendo los vitrales de la capilla del pueblo en el que creció, portando el escudo con la imagen de la Virgen María. De una de las paredes del gran salón de Nabur colgaba un tapiz bordado con sedas en el que rey Arturo, con la corona ceñida, clavaba en la tierra el estandarte del Pendragón. Las damas guardaban sus mejores vestidos en cofres de madera labrada con relieves en los que el rey cabalgaba a lomos de un brioso corcel; el ceño fruncido, la barba bíblica. Cada doncella britana había lanzado un suspiro imaginando los dedos reales buceando entre sus ropajes y no era extraño que acabasen llamando Arturo a los hijos que concebían con los hombres que nunca alcanzarían a hacerlas sentir como el rey de sus sueños. Mordred había crecido rodeado de chiquillos que llamaban Excalibur a las espadas de madera que fingían arrancar de las piedras y de muchachos dispuestos a cabalgar hasta el fin del mundo (o hasta el fin de Britania, que para ellos era lo mismo) si eso les concedía el honor de ver su nombre en letras de oro en la gloriosa Mesa Redonda. Algunos incluso rayaron la humilde mesa del comedor de sus casas con una navaja, anteponiendo la palabra «sir» a su nombre, con el posterior castigo de sus progenitores.

Y ahora él, Mordred, estaba allí, ante el rey que los britanos llevaban en el alma. Ante el hombre que le había dado la vida para luego intentar arrebatársela. Y no sabía qué sentir. ¿Debía inundarse de emoción por el honor que ello suponía o se dejaría arrastrar por el rencor que burbujeaba en sus venas? Aún no lo había decidido.



Cuando Arturo y yo al fin nos quedamos solos, salimos a la amplia terraza de piedra blanca que se abría al gran salón. En el cielo, la luna era una finísima línea curvada. Esa noche, todo el protagonismo lo tenían las estrellas.

—Puede que Ginebra tenga razón —indicó sin asomo de drama—. Puede que ella esté pagando por mis pecados. Mi matrimonio no ha

dado ningún fruto. Y es mejor así. ¿No es acaso un hijo el compendio de dos personas que se aman? Debí suponer que, después de lo que vivimos…, nada tan grandioso podía desaparecer sin más. Es curioso, Morgana…

—¿El qué?

—Lo sencillo que le resulta al pueblo juzgarte. Cuán fácil confunden el amor que te profeso con un hechizo. Tus bálsamos con pócimas. Tus silencios con maleficios…

—Me condena su certeza —respondí en el mismo tono calmado—. Alguien murmuró una vez la palabra «bruja» y todo encajó a partir de ese momento. Mi capacidad de volar y de sanar, la libertad que reclamo, las hierbas que uso, las estrellas que miro, incluso el aspecto que presento… Cuando una idea se hace hueco en la cabeza de las personas, la defienden con su propia sangre. Cambiar de opinión es más doloroso que aceptar que estaban equivocados, que no son tan sabios. Se aferran a sus certezas porque eso los mantiene unidos contra un frente común. Siempre hace falta una oveja negra para que el rebaño pueda seguir sintiéndose blanco y puro. Mientras me miran a mí, se sienten unidos, sienten que yo estoy condenada y que ellos se han salvado. Ese es el hechizo más poderoso que existe.

—Te admiro tanto, Morgana —susurró—. Ahora que sé todo lo que pasó, me resulta increíble que llegases a amarme, siendo el hijo de aquel que por primera vez te condenó. El hombre que cambió toda tu vida.

—Bueno…, no voy a engañarte. He odiado a Úter durante años, pero no puedo cambiar el pasado. Mi poder de bruja tiene sus límites —reí—. Y ahora…, ¿qué puedo decir? Ese hombre es el abuelo de mi hijo. El padre del hombre al que nunca he dejado de amar —confesé, bajando el tono de voz.

Nada pudimos hacer para resistirnos. Pasamos la noche juntos en la alcoba de Arturo, protegidos del mundo en el interior de su cama caja. Al principio solo nos acariciamos con las yemas de los dedos, explorando los rincones que reconocíamos, los lugares que sabíamos

provocaban un suspiro en el otro. El cuerpo de Arturo había cambiado. Ahora los músculos de sus brazos, sus hombros y su pecho estaban más marcados y tuve que aprenderme nuevos contornos antes de llevármelos a los labios. Una vez más, bajo el cuerpo de Arturo, me volví espuma. Nos amamos con ternura. Estábamos enamorados desde siempre y la certeza de que íbamos a separarnos nos hacía encendernos a los pocos minutos de habernos apagado.

—Quédate conmigo, Morgana.

—No puedes pedirme eso.

—¿Lo dices por Ginebra? Que no te engañe la escena de hace unas horas. Nuestro matrimonio es una farsa. Desde el principio de este dormimos en alcobas separadas. Ella me evita prácticamente desde el día de la boda. Y no la juzgo. Se casó con un hombre apático y poco afectivo. Un hombre que en nada se parece al que tienes ante ti.

—Pertenezco a Ávalon.

—Puedes ir cuando quieras. Sé quién eres. No te retendré. —Tomó mi mano y la besó, pronunciando mi nombre—. Morgana… Morgana… Hemos vuelto a encontrarnos y solo eso me importa. Camelot, Britania…, todo me da igual. Solo quiero ser un hombre. Quiero ser un hombre que te ama y lo proclama al mundo. Quiero ser un hombre contigo. Podemos ser felices. Lo sé. Solo quiero ser feliz a tu lado. No necesito ser un gran rey.

Lo miré a los ojos y supe que hablaba con la verdad. ¡Qué sencillo hubiera resultado dejarme convencer! Cada uno de los poros de mi piel clamaba por gritar: «Sí, aquí me quedaré, por siempre a tu lado». Pero no debía. No era esa mi vida.

—Yo sí necesito ser una gran reina —pronuncié, antes de volver a besar sus labios.

Pasaron varias horas y vi cómo los ojos de Arturo se fueron cerrando. Se oía el crepitar del fuego. Su luz vibrante se colaba por las junturas de la cama caja, dibujando rayas en su cuerpo dormido.

¡Seguía siendo tan hermoso! Aún eran magia sus caricias en mi cuerpo.

El amor que sentía por Arturo me seguía atravesando; paralizaba mis pensamientos y desmigaba mi alma. Sin él, algo de mí faltaba. Como esa historia griega que hablaba de que una vez nuestros cuerpos fueron esferas, dos caras sobre un mismo cuello, observando el mundo en direcciones opuestas. Teníamos cuatro brazos y cuatro piernas y así estábamos completos. Éramos fuertes, orgullosos, sublimes… y nada le pedíamos a la vida, puesto que ya todo lo teníamos. Tan grandes y seguros que nos atrevimos a desafiar a los dioses. Y entonces Zeus, en lugar de fulminarnos por nuestra arrogancia, decidió jugar con nosotros. Dividió en dos aquel cuerpo perfecto, condenándonos a buscar nuestra mitad eternamente; errantes, nostálgicos, incompletos.[112]

Arturo y yo éramos un mismo fruto, dividido en dos por un cuchillo divino. Separados teníamos un vacío en el alma. Quizás el amor era eso: un hambre insaciable recordándonos que estamos vivos.

Tuve la certeza de que ese era el momento adecuado para alejarme de él. Habíamos puesto punto final a nuestro encuentro. Yo dejaría a mi hijo junto a su padre y regresaría al lugar que nunca debí abandonar. ¿Acaso no era Mordred la fusión definitiva entre Britania y Ávalon? Merlín nunca hubiera previsto un final tan adecuado. Mi misión en el mundo de los que han de morir estaba cumplida.

Me incorporé de la cama sin hacer ruido. Nuestra ropa había quedado desperdigada por el suelo de la alcoba y tardé un buen rato en localizar cada prenda. Recogí mi camisa interior de lino, y me puse las medias y las botas. Vi que mi vestido estaba en una silla, junto a Excalibur. Al cogerlo, rocé la empuñadura de la espada y entonces un enojoso brillo me cegó. Tardé unos segundos en darme cuenta de que se trataba del resplandor que Excalibur desprendía al extraerla de su vaina.

Era yo la ardiente espada del espíritu del mar, forjada en Ávalon. Alguien dirigía mis movimientos sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Vi frente a mí a Mordred, con el rostro manchado de barro y el cabello húmedo por la lluvia. Se me acercaba deprisa; demasiado deprisa. Quería gritarle que se alejara, pero carecía de voz, tan solo era brillo. Percibí cómo mi punta atravesaba con facilidad el peto de acero que protegía el pecho de mi hijo. Al otro lado, su piel blanca también cedió ante mi pujanza. Intenté quedar atrapada entre sus costillas, pero la presión de la mano que me empuñaba venció mi resistencia. Me adentré en el corazón de Mordred, que ya estaba roto desde hacía muchos años. Y sentí su último latido.

Aparté mi mano de Excalibur, sobrecogida. Terminé de vestirme y salí sin hacer ruido de la alcoba de Arturo. Cuando llegué a mi cuarto, intenté tranquilizarme y poner en orden lo que acababa de percibir. ¿Se trataba de un vaticinio del futuro? ¿Era algo que podría suceder o que realmente sucedería? Y, de ser así, ¿se podía evitar?

¡Cuánta confusión sentí en ese momento! Intuía que aquella visión era el inicio del final que profetizó Merlín, en el que Mordred mataba a Arturo, pero con una variante: era mi hijo el que moría. ¿Tenía el mago tanto poder? ¿Sus maleficios habían condenado a mi hijo sin remedio? Quizás Mordred había logrado burlar a la muerte siendo un bebé, y yo, al ir a buscarlo, lo había vuelto a señalar.

Me puse a llorar. Las lágrimas corrían rápidas por mis mejillas mientras escuchaba la tormenta en el exterior. «¡No, no, no!», gritaba, caminando de un lado a otro de la habitación. Me tiré sobre la cama y sumergí la cara en la almohada para que ahogara mis gritos de impotencia y dolor.

Cuando me calmé un poco, llegué a la conclusión de que Merlín era el responsable de todas nuestras desgracias. Por su culpa, mi padre, Gorlois, había muerto con el corazón roto. Por su culpa, Úter había arruinado mi infancia. Por su culpa, Arturo había crecido lejos de sus verdaderos padres y de mí. Por su culpa, no habíamos podido amarnos con libertad. Por su culpa, decenas de niños inocentes

murieron en un naufragio. Por su culpa, mi hijo había crecido desarraigado y era un desconocido para sus padres. Por su culpa…, por su culpa… ¡Maldito Merlín!

Pero pronto regresó mi talante práctico. De poco serviría seguir quejándome. Cuando las lágrimas lograron aflojar la presión que sentía en la garganta, comencé a analizar la situación. La visión que había tenido en la alcoba de Arturo se prestaba al debate. En ella, Excalibur atravesaba el corazón de Mordred, pero eso no significaba que fuese Arturo quien la estuviera empuñando. Por otra parte, si le contaba a Mordred lo que había visto, podría sembrar en él la desconfianza, entorpeciendo la floreciente relación que ahora tenía con su padre. El portador de Excalibur tenía ventaja sobre todo aquel al que se enfrentara, y yo no iba a exponer a mi hijo a ese peligro, si podía evitarlo. Sin añadir suposiciones, lo único que parecía estar claro era que Excalibur atravesaría el corazón de Mordred. La conclusión por tanto era sencilla: me desharía de Excalibur. La devolvería al fondo del lago de Diana. Debía regresar a la alcoba de Arturo para recuperarla.

Una vez tomada esa decisión, supe que no habría vuelta atrás. Tendría que abandonar el castillo en el mismo momento en el que me hiciera con la espada. Preparé un hatillo con las pocas pertenencias que había traído y bajé a las cuadras para ensillar a Taranis. Intentando no llamar la atención del vigilante, lo saqué por el patio y lo amarré al otro lado de las murallas. Después, hice el camino de vuelta por los penumbrosos corredores.

Mis pasos apenas eran perceptibles en la quietud de la noche. Iba rumiando la tristeza que por momentos me invadía, impidiéndome respirar. El amor que sentía por Arturo me hacía dudar, distrayéndome de mi propósito. Volvía a mí esa idea absurda de que podríamos encontrar la manera de ser felices. Pero esa debilidad me duró poco más de un segundo. «No, no es posible. En el mundo de los que han de morir nunca dejaremos de ser quienes somos», pensé.

Muy despacio, abrí la puerta de la alcoba del rey. Sentía los latidos del corazón golpeándome las sienes. Me temblaban las manos, tenía la boca seca y la camisa de lino se me pegaba a la piel por culpa del sudor frío. Allí estaba Excalibur, junto a la cama de Arturo. Sopesaba si debía cogerla y echar a correr o si sería mejor hacerme con ella con sumo cuidado, procurando hacer el mínimo ruido. Opté por la segunda opción.

Avancé de puntillas. Arturo estaba acostado de espaldas a mí. El fuego de la chimenea seguía ardiendo, pero mucho más debilitado que horas atrás. Apenas quedaban unas brasas. Me detuve para observarlo. Algunos rizos de su dorado cabello se posaban en la almohada. Seguía desnuda la espalda que, horas atrás, había acariciado. Tanta quietud me devolvió el recuerdo de cuando era un niño. Tuve que hacer un esfuerzo por concentrarme en lo que había venido a hacer.

Avancé un par de pasos más. Ya estaba cerca. Podría estirar la mano y coger la espada, pero quise que mi pulso se tranquilizara. Tomé aire, y creo que eso fue lo que me delató; Arturo había vivido las suficientes batallas como para percibir que alguien andaba al acecho. Mi mirada estaba fija en Excalibur, así que no me di cuenta de que su cuerpo se había alertado. Los músculos se le tensaron, se dio la vuelta de golpe y saltó de la cama. Estiró la mano en busca de su espada, pero yo ya la tenía sujeta por la vaina. Sentí una mezcla de pánico, miedo y furor. Nos observamos en silencio. Yo, asustada. Él, sorprendido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, posando sus ojos en la mano con la que yo sujetaba a Excalibur.

—Tengo que llevármela.

Por instinto, él aferró la empuñadura y tiró de ella. Excalibur salió limpiamente, deslumbrándonos a ambos.

Oí ruidos en el pasillo. Eran las carreras de los guardias. Cada vez estaban más cerca. En medio del resplandor, distinguí la mirada aún perpleja de Arturo. Me di la vuelta y eché a correr por el corredor, con la vaina en las manos.

Me crucé con los guardias. Detrás de mí se escuchaba a Arturo gritando mi nombre. Pero yo no miré atrás. Corrí lo más rápido que pude hasta salir al patio. Atravesé la muralla y subí a lomos de Taranis. Y juntos escapamos, como habíamos hecho otras muchas veces.

Regresé a Ávalon agotada y llena de remordimientos. Conmigo había traído la vaina que confeccioné para Excalibur con el manto de santa Muirgen. Quien la llevara consigo, no sangraría, por muy profunda que fuese su herida. Sin ella, Arturo era vulnerable.

Mi plan de hacerme con Excalibur había fracasado. Si mi visión era cierta, si en ella había augurado un hecho del futuro que no podía cambiarse, mi hijo moriría sin remedio, atravesado por ella.

---

111 *Las nieblas de Ávalon*. (Edith Zilli, trad.) Barcelona: Ediciones Salamandra.

112 En *El banquete,* de Platón, Aristófanes describe a los humanos en su origen: seres andróginos con forma esférica y el doble de fuerza que los seres humanos actuales. Es el germen del mito de la «media naranja».

27
CLAMOR DEL HIJO OLVIDADO

«(…) todos estuvieron concordes en que, para bien
o para mal, si por la mañana la reina era llevada a la hoguera,
brevemente la rescatarían todos ellos».[113]

La muerte de Arturo
SIR THOMAS MALORY

(Palabras del fantasma de Gorlois):
«Arturo, tu lugar de nacimiento, tu lugar de muerte.
Mordred será el martillo de mi odio».[114]

The Misfortunes of Arthur
THOMAS HUGHES

Tras huir del Valle Sin Retorno, Lancelot estuvo vagando durante meses por los caminos de Britania, convertido en un espectro de sí mismo. Se adentraba en las aldeas, murmurando palabras inconexas, despertando la caridad de las mujeres que le daban comida, compadecido por los hombres que le intuían un glorioso pasado por su porte distinguido. Dormía en el bosque, bebía en los arroyos, luchaba con enemigos invisibles, mostrando destellos de lo que fue. Había olvidado sus antiguas glorias, sus orígenes nobles, al hada que acunó su infancia y el tiempo que lo retuve en Ávalon. Pero, bajo todas las capas que lo aislaban de la cordura, su corazón aún seguía latiendo por Ginebra.

El Lancelot que regresó a Camelot era distinto: barbado, con el cabello lleno de nudos de elfo, cubierto de harapos, mascullando incoherencias… Cuando la reina lo vio, estuvo a punto de no

reconocerlo; muy lejos quedaba aquel joven caballero del que se enamoró años atrás. Ginebra estaba acostumbrada a ocultar sus emociones, así que contuvo el deseo de abrazarlo y se limitó a inclinar levemente la cabeza en señal de saludo. Pero si alguien se hubiera tomado la molestia de observar sus ojos, se habría dado cuenta que de ellos brotaban lágrimas.

A nadie le extrañó que Ginebra se encargase personalmente de su cuidado. Era de sobra conocido el mutuo afecto que se profesaban. Aseó su cuerpo, cortó su cabello y le rasuró la barba que impedía contemplar la dulzura de su rostro. Le limpió las heridas con agua de manzanilla, extendió sobre ellas ungüento de árnica y las cubrió con lino limpio. Pero la reina sabía que solo cicatrizarían de dentro afuera, así que pasaba largas horas junto al lecho de su amado, vigilando su duermevela, leyéndole pasajes de la Biblia en los que hombres como el rey Nabucodonosor o el endemoniado gadareno habían recuperado el juicio por la gracia de Dios.

Al cabo de dos semanas, casi anocheciendo, el caballero salió de su letargo. Ginebra estaba convencida de que fueron sus plegarias las responsables del milagro, pero la realidad era que a Lancelot lo curó el amor. La primera palabra que pronunció al abrir los ojos fue su nombre. Ella estaba tan emocionada que quiso abrazarlo, pero temió hacerle daño, así que, muy despacio, se recostó junto a él, posando la delicada manita en su pecho moreno. Ese roce tierno y maternal dio paso a las caricias, y de ahí a las miradas, a los susurros, a los «te amo», compartiendo el aliento.

Ginebra no era virgen, pero como si lo fuera. Había mantenido intacta su pureza en espera de poder entregarse algún día a la pasión con el que siempre fue el gran amor de su vida. Antes de desposarse, sus damas se encargaron de ponerle en antecedentes de lo que iba a suceder en la noche de bodas. Insistieron en la importancia de mostrar cierto entusiasmo, aunque no demasiado, para no despertar sospechas. Pero ella se negó a fingir. El hecho de casarse con otro no significaba que olvidase sus verdaderos sentimientos. Era la única manera que encontraba de serle fiel a

Lancelot; amaba sin amar y sin simular amor. En sus encuentros maritales con Arturo, su cuerpo estaba presente, tal y como se esperaba de ella, pero su mente viajaba lejos. Así había acumulado hordas de deseo no satisfecho que se desbordaron ese día, ante la leve presión del cuerpo de Lancelot entre sus piernas.

Si alguna vez habéis amado de esta manera, sabréis que es inútil intentar contener toda esa intensidad. Una vez que Lancelot y Ginebra aceptaron que ya estaban perdidos, no les quedó otro remedio que buscar fórmulas para ocultar sus encuentros amorosos a los ojos del mundo.

Para su fortuna, cuando parecía que la paz se asentaba en el reino, Arturo recibió un demoledor mensaje del emperador romano Lucio Tiberio. En él exigía el pago de un tributo por haber sido Britania, en el pasado, provincia del Imperio. Aquello reclamó por completo la atención de la corte. El rey y los nobles caballeros de la Mesa Redonda, heridos en el orgullo y vanagloriados por sus memorables gestas, decidieron plantar cara ante semejante insolencia; había llegado la hora de espantarse la apatía y volver a las armas. Tras debatirlo concluyeron que, si alguien tenía que pagar tributos, debían ser los romanos al pueblo britano por el tiempo que ocuparon sus territorios. Sin perder un segundo más en debates, comenzaron sus preparativos para emprender camino a la Galia, dispuestos a cercar Roma.

Pero no todos se hicieron a la mar para acompañar al rey. Un grupo de devotos caballeros, entre los que se encontraba Lancelot, decidió permanecer en Britania y seguir buscando el santo grial.[115]

En Camelot también se quedó Mordred. Arturo lo nombró regente durante el tiempo que durase la campaña militar. Y como tal se comportó; al menos, en un principio.

Instalado en un trono prestado, Mordred tuvo tiempo de analizar con fría lucidez los entresijos de la corte. Llegó a la conclusión de que Camelot era un tapiz engañoso; de lejos deslumbraba por el colorido de sus sedas, pero de cerca se podía apreciar que gran parte de los hilos estaban sueltos. El reino que su padre edificó

sobre inmaculados ideales se pudría macerado en silencios, adulaciones, resentimientos y celos. Bajo las brillantes armaduras de los caballeros latían egos mellados y heridas mal cicatrizadas. Se dio cuenta de que, prestándole una mínima atención, podría enfrentar a unos con otros sin demasiado esfuerzo. Los pecados ajenos pondrían a prueba su propia virtud. Cuando un reino tiene grietas, basta con una pequeña sacudida para que se venga abajo. ¿Usurpar el reino? ¿Es eso lo que pretendía? No, él no usurparía nada. Él solo tomaría lo que le pertenecía por derecho.

Mordred sospechó de la relación que la reina y Lancelot mantenían, mucho antes de verlos juntos por primera vez. Ella se delataba cuando aludían en su presencia al más querido de los caballeros. No era Arturo el que hacía brillar los ojos de Ginebra. Cuando Lancelot regresó a Camelot, pudo confirmarlo; el caballero se bebía los suspiros de la reina.

Aquello que los amantes trataban de esconder se convertiría en la mejor arma de Mordred. Observaba con perversa atención los movimientos de ambos: los paseos por los rincones ocultos del jardín, las tardes que pasaban en la capilla, las horas en las que nadie les podía localizar, y también las excusas, los malentendidos, las justificaciones a sus ausencias… Así llegó a tener un buen puñado de sutiles pruebas sobre sus hábitos, llenándose de frenesí cuando acertaba en la previsión del lugar y la hora en la que podría encontrarlos juntos.

Para Mordred, la relación entre el mejor amigo de su padre y la reina era el palpable ejemplo de la decadencia del reino. Se hacía imprescindible un cambio. Así es como él lo veía. Pero estaba seguro que no bastaría con su palabra. Debía poner ante los ojos de los hombres que necesitaba a su favor la traición de la reina y Lancelot. Para ello, Mordred preparó una emboscada.

Calculó el momento en el que los dos amantes pasarían la noche juntos. A esas alturas conocía de sobra sus triquiñuelas. Tras la cena, él se retiraba pronto. A los pocos minutos, ella fingía dolor de cabeza y se marchaba. Aprovechaban las noches de tormenta,

agradeciendo los bramidos del viento y el retumbar de los truenos que sofocaban los ecos de su amor.

La madrugada en la que los iban a desenmascarar, Mordred convocó a catorce hombres de Arturo. Entre ellos estaba uno de los sobrinos del rey, sir Agravain, hijo de su hermana Ana y Lot de Lothian. Todos juntos, marcharon por los corredores de piedra en mitad de la noche, rumbo a la cámara de la reina. Llamaron a la puerta, pero Lancelot se negó a abrir, así que se vieron obligados a derribarla.

Entre tapices que narraban las grandes gestas de los caballeros de la Mesa Redonda, hallaron al que todos consideraban (hasta ese momento) el mejor de todos ellos. Lancelot sin armadura, en paños menores y ardiente por el deseo. A su lado, la reina Ginebra, más sorprendida que asustada, intentaba cubrirse el cuerpo con las sábanas. La escena dejó pocas dudas acerca de la naturaleza de su relación.

Lo que sucedió un momento después fue más trágico que virtuoso. Lancelot asesinó con sus propias manos a sir Colgrevaunce y se hizo con su espada. Con un rápido movimiento, ensartó con ella al sobrino del rey y continuó batiéndose con los doce hombres que restaban. Como no se había granjeado fama de diestro en los combates por capricho, todos sus oponentes fueron cayendo a sus pies, uno tras otro. También hirió a Mordred, pero este logró huir antes de que le diera la estocada definitiva.

Mi hijo fue el único superviviente de esa aciaga noche.

El caballero que el rey Arturo más amaba fue el que más le traicionó. Lancelot abandonó Camelot y huyó, rumbo a su castillo, que desde aquel momento dejó de llamarse Gozosa Guarda para conocerse como Dolorosa Guarda, por todo lo que aún le quedaba por sufrir.

Aquello sacudió los cimientos en los que se asentaban los valores de la Mesa Redonda. Era indigno de un caballero asesinar a uno de sus iguales. Pronto alzaron la voz los que llevaban años incubando rencor contra Lancelot, por unos u otros motivos. Todos estaban de

acuerdo en que la traición cometida por las dos personas más cercanas al rey ponía en jaque el ideal artúrico. Como Lancelot había huido fuera de su alcance, se conformaron con aquietar su desazón juzgando a Ginebra. La declararon culpable de traición a la corona. En esos casos, la ley era clara: debía morir en la hoguera.

Fueron a buscar a la reina al amanecer, cuando el rocío aún perlaba los brotes de hierba. Caminó escoltada por dos guardias, rumbo al cadalso. Llevaba el dorado cabello suelto, cayendo en ondas hasta la cintura; bella y serena. Vestía una túnica de hilo blanco y un rosario de cuentas de nácar se enredaba en sus dedos. Parecía acudir a desposarse con la muerte; la viva imagen de la santidad. El murmullo de la multitud la envolvía. Los ciudadanos de Camelot ponían en duda que una mujer tan piadosa albergase cualquier tipo de concupiscentes deseos.

El patíbulo era una montaña de madera seca coronada por un tronco en el que ataron las piernas y los brazos de la reina. Pero, justo cuando el verdugo se aproximaba a ella con la tea encendida, un estrépito de cascos de caballos y gritos interrumpió la ejecución. El gentío se estremeció, confundido. Lancelot, con los ojos aún más ardientes que el fuego de la antorcha, irrumpió en la plaza, acompañado por un buen número de caballeros armados hasta los dientes. Saltó de su caballo y trepó sin dificultad por el montículo de maderos, dispuesto a desatar a Ginebra.

La plaza se convirtió en un hervidero de gritos y carreras. Los hombres de Lancelot se lanzaban contra los caballeros que custodiaban el cadalso, que intentaban impedir que la reina fuera liberada. El sonido de las espadas entrechocando se mezcló con los alaridos de espanto de los espectadores, los de dolor de los caballeros heridos, los llantos de los niños y cientos de insultos y juramentos. Las mujeres se llevaban las manos a la boca y los hombres retrocedían, empujándose unos a otros para no acabar atravesados por una lanza despistada.

Un caballero de la guardia cayó con el cuello seccionado a los pies de Ginebra, justo cuando Lancelot la ayudaba a subir a lomos de su

caballo. De la garganta del hombre brotaba la sangre caliente y oscura que se desparramaba por el suelo. Ella contuvo un grito, cerró los ojos y enterró la cabeza en el pecho de su amado.

Todo sucedió en unos pocos minutos. La multitud, confundida, observó cómo Lancelot y sus hombres se alejaban por las calles con la misma rapidez con la que habían llegado. Se llevaban no solo a la reina, sino también la última esperanza de orden y paz en Camelot.



Quizás la vida se bifurca con cada decisión que tomamos, componiendo diferentes finales para nuestra historia. Quizás vivamos muchas vidas de las que no tenemos conocimiento. Quizás exista otra Morgana que nunca perdió a su padre, que nunca tuvo un hermano y que se convirtió en dueña y señora del ducado de Tintagel. O una Morgana que crio a su hijo junto al hombre que amaba, que vivió feliz rodeada de nietos y que no formó parte de ninguna leyenda. Quizás por eso no es bueno intentar ver el futuro usando la magia, porque puede mostrarnos una de las múltiples realidades que se abren ante nosotros. O quizás el destino de cada uno ya está escrito y no hay nada que podamos hacer para cambiarlo.

Lo único que puedo decir es que, en ese momento de nuestra historia, yo quería cambiar el futuro que vislumbré al tocar a Excalibur. Lo intenté de varias maneras, sin éxito. A mi pesar, tuve que reconocer que solo había una persona en el mundo capaz de ayudarme a solucionarlo. Pero ya no era una persona.

¿Habéis intentado alguna vez ubicar en un mapa el lugar geográfico exacto en el que acontecen vuestros sueños? Y, de ser así…, ¿lo lograsteis? Estaréis de acuerdo conmigo en que no resulta tarea sencilla. Menos aún si el sueño en cuestión se desarrolló en Ávalon.

Para encontrar el roble en el que atrapé a Merlín tuve que utilizar el hechizo que más se adecuaba a su personalidad huidiza: el *Index absconditus,* con el que Lysandra Brifox consiguió localizar la tumba fluvial de Atila, tras años y años de búsqueda infructuosa por parte de los mortales. Por desgracia, los cambios geológicos de los últimos tiempos han alterado el paisaje, haciendo que dicha sepultura volviera a perderse.

Para llevar a buen término el *Index absconditus* se necesita una aguja imantada que en algún momento haya tocado la persona a la que se desea encontrar y un libro de su propiedad que jamás haya leído. Me dirigí a la torre del mago y rebusqué entre sus cosas. Imanté la aguja de su reloj de sol y en los estantes superiores de su biblioteca hallé un volumen titulado: *Tratado descriptivo de helechos sin propiedades mágicas*. Lo firmaba un tal Secundinus Arbori. Se trataba de un mamotreto de más de ochocientas páginas en el que se ponía especial énfasis en describir helechos que no sanan, no sirven para hacer licores ni tinturas y no reaccionan al influjo de la luna. El autor insistía (a lo largo de más de trescientas páginas) en el interés puramente botánico de estas plantas, alejándose de cualquier tipo de superstición o simbolismo. Incluía apéndices a todo color de helechos infecundos, helechos desconfiados, helechos engañosos (porque parecen mágicos sin serlo) y helechos que podrían haber existido, de contar Britania con las necesarias condiciones climáticas para ello. Me sorprendía que Merlín no lo hubiera utilizado ya para alimentar el fuego.

Coloqué el libro abierto en la mesa. Sobre él, a un codo de distancia, sujeté la aguja imantada. Las páginas comenzaron a aletear, como sacudidas por una ráfaga de viento. Pasaban de atrás hacia delante y al revés, sin aparente orden, hasta que al fin quedaron quietas en la cuatrocientas cincuenta y nueve. La aguja vibró entre mis dedos, señalando la esquina superior derecha. Observé con detenimiento la página. El pergamino parecía variar de grosor en esa parte. Al tacto podía percibirse un contorno circular.

Mirándolo al trasluz se intuían unas letras que unidas formaban una frase: «Donde la luna lame las piedras y los búhos no hablan».

Entonces supe dónde se encontraba exactamente Merlín, y fui a su encuentro.

El viejo roble parecía tan contrahecho y reseco como lo dejé en mi sueño. La rama que fue su brazo izquierdo estaba más elevada que el resto. Recordé que quedó paralizado de esa manera cuando intentó huir de mí. Junto al tronco había un sarmiento retorcido que enraizaba en la tierra; el báculo que le servía de apoyo. Caminé a su alrededor, observándolo con atención. ¿Cuánto de humano quedaba en ese roble? ¿Cuánto de árbol sería ahora Merlín? ¿Dónde se encontraría su rostro? ¿Sería esa grieta en la corteza su boca? ¿Y aquellas hendiduras sus ojos? ¿Podría verme?

Aproximé mi mano al espacio en el que supuse que estaría su mejilla.

—¿Merlín? —susurré, acariciándole delicadamente—. ¿Sigues ahí?

Sus hojas tremolaron, pese a que no soplaba ni una brizna de viento.

Y entonces sentí una vibración en las yemas de los dedos. Se extendió por mi mano, mi brazo, mi pecho… hasta alcanzar el último rincón de mi cuerpo. El mundo se difuminaba, y creí estar bajo la lluvia. Las gotas que chocaban contra mi piel encadenaban notas musicales. El resultado era una melodía acuosa que desplazó mi voz interior para dejar espacio a las percepciones del roble. Ya no tenía nombre; olvidé mi origen y cómo había llegado hasta allí. Cada gota arrastraba un recuerdo que se depositaba en la tierra, se enfangaba y se ahogaba en los charcos. Mi cuerpo era ahora tronco y ramas. Había columnas formadas por otros iguales a mí hasta donde alcanzaba la vista. Me conocían. Los conocía. Los insectos me entraban y salían por los ojos y las orejas. Un pájaro carpintero me forzó a abrir la boca para anidar en ella. Ellos acompañaban el silencio y la oscuridad de mis noches; a cambio, yo era hogar y refugio. Viví calurosos veranos. Llegaron otoños a espantarme las

hojas. Sombríos inviernos y primaveras tormentosas. Sentí mis raíces anclándose a la tierra, absorbiendo las memorias que la melodía de gotas de lluvia acalló. La fría humedad penetraba en mis xilemas, recorriéndome hasta llegar a las sedientas hojas. Y luego llegó el recuerdo de un sueño ajeno. El sueño de Morgana… Morgana…

—¡Morgana! ¿Qué me has hecho? ¡¿Qué me has hecho?!

Los gritos de Merlín me sacaron del trance. Lo observé en silencio, aún aturdida.

—¿Qué me has hecho? —volvió a preguntar, esta vez casi en un susurro.

Merlín fue abandonando su aspecto arbóreo como el que despierta de un sueño profundo o una pesadilla. A medida que lo hacía, yo veía la duda reflejada en su cara, pues no sabía si su piel era realmente piel o aún corteza, o si debía beber agua para aclarar su garganta o absorber la humedad de la tierra. Los espíritus del bosque lo abandonaban poco a poco y de la misma forma regresaban las molestias de habitar de nuevo un cuerpo humano. Ahora sentía hormigueos y pinchazos en las partes de su piel que los animales atravesaron. Le crujían las extremidades que habían sido ramas. Le costaba desenraizar los pies del suelo.

El sol estaba en su cenit. Los rayos se filtraban entre las ramas, haciendo que el robledal fulgurara como una piedra preciosa. El mago intentaba abrir los párpados, pero sus ojos aún tardarían un rato en acostumbrarse a la luz. Miraba a su alrededor, confundido.

—¿Estamos en Ávalon? —preguntó. Yo asentí—. No reconozco este lugar. ¿Lo has creado tú?

—Lo llaman el Valle Sin Retorno —respondí—. Pero, como casi siempre, se equivocan. Sí que hay retorno; a veces.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dieciocho años.

—¡¿Dieciocho años?! —exclamó.

—Aproximadamente.

—Dieciocho años… —repitió, resignado.

En ocasiones, a lo largo de ese tiempo, jugueteé con la idea de ir en busca de Merlín para enfrentarme a él. Con la rabia de los primeros momentos bullendo en mi interior, imaginaba encuentros llenos de reproches y a él farfullando justificaciones sobre causas y fines que eran mayores que nosotros. Pero el paso del tiempo había extendido un reparador bálsamo sobre mis heridas. En ese preciso momento, al tenerlo delante, tan viejo y desamparado, no era capaz de encontrar dentro de mí la cólera que me había empujado a apresarle dentro de un roble durante tanto tiempo.

—Supongo que lo merecía —reconoció al cabo de un rato—. Hice tantas cosas de las que no estoy orgulloso. Oh…, Morgana. Te deseé para mí. Te espié con la intención de conocer tus debilidades para poder aprovecharme de ellas… —Casi en un susurro, añadió—: Conspiré para que vuestro hijo se alejara de Britania. Y el barco en el que viajaba… El barco… El barco se…

—Edipo y Layo —le interrumpí. El mago me miró sin comprender. Yo seguí hablando—: Layo se empeñó en llevarle la contraria al destino; sin demasiado éxito, he de decir. Aunque encuentro que el caso de mi hijo tiene más similitudes con la historia de Acrisio y Perseo,[116] por aquello de que en ambas situaciones se busca la complicidad del mar para deshacerse del problema.

—No entiendo…

—Las profecías —aclaré—. Profetizaste que mi hijo mataría a su padre y para evitarlo no te importó enviarlo al fondo del mar, junto a más de treinta criaturas.

Encogió el gesto, como si recordarle el resultado de su crimen fuese más doloroso que el hecho de haberlo ideado.

—Y, aun así, no me has destruido —murmuró—. ¿O sí lo has hecho? ¿Estoy destruido, Morgana?

—¿Destruirte? Oh…, sí…, destruirte… No fingiré que jamás cruzó esa tentadora idea por mi mente. Con todo el poder de Ávalon a mi disposición, y contigo convertido en un roble viejo, podría haberlo hecho de maneras muy creativas. Quizás convocando una tormenta, para que un rayo te partiera en dos. O haciendo que una plaga de

escarabajos anidara en tus entrañas, hasta convertirlas en serrín. O cortando tus ramas, tus raíces y tu tronco, dejar que se secaran, y usarlos más tarde para alimentar el fuego de mi chimenea. —Hice un elocuente gesto con las manos, dando a entender que me sobraba imaginación para idear mil devastaciones. Reconocí cierta aprensión en su mirada—. Pero ¿de qué me habría servido? ¿De qué serviría ahora? Destruirte no cambiaría nada. Sería un desperdicio malgastar tu poder.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó abatido.

—Quiero ofrecerte la oportunidad de enmendar tus errores. Han pasado muchas cosas en el mundo de los que han de morir en el tiempo que tú has estado aquí. Pese a todas tus manipulaciones, Mordred, el hijo de Arturo…, *mi* hijo —recalqué—, sobrevivió al naufragio del Abyssus.

—Sobrevivió al naufragio…

Parecía legítimamente sorprendido.

—Así es —confirmé—. El mar lo respetó, al igual que respetó a Perseo. Fui en su busca, lo encontré y lo llevé junto a su padre. Y ahora Mordred es el rey de Britania.

—¿Arturo ha muerto?

—No, aún no…

—¿Aún no? ¿Qué significa eso?

Le hice un resumen de lo acontecido durante esos años en los que estuvo apartado del mundo. El soñado reinado que hermanaba Britania con Ávalon estaba herido de muerte. Mordred había tomado las riendas. Declaró que le había llegado un mensaje de la Galia anunciando que su padre había caído en batalla contra Roma, y se proclamó rey.

—¿Nadie lo puso en duda? —preguntó sorprendido.

—Están hastiados, Merlín —respondí—. Demasiados años esperando una gloria que no llega nunca. Están cansados de guerras, de nobles luchando entre sí, de líos de alcoba…, todo mientras el pueblo sufre. Arturo les parecía la promesa que jamás

llegaba a cumplirse. Mordred era real. Está presente y promete llevar la paz. Y a los súbditos, tierras y el fin de los tributos.

Le seguí explicando que, cuando Arturo se enteró, regresó a Britania con el alma herida. Había perdido la energía de la juventud. Ya no era el muchacho que sacó la espada de la piedra, sino el hombre agotado que volvía a un reino eternamente dividido, que su propio hijo le había arrebatado.

—El hijo que la profecía señaló como su asesino —pronunció Merlín.

—Y así será si no haces algo —le increpé.

Informé a Merlín de que Mordred había convocado a Cheldric, caudillo de los sajones, para que reclutase al mayor número de guerreros que le fuera posible. Si le ayudaba a vencer a su padre, prometía entregarle la parte de la isla que se extendía al norte del Humber y las posesiones que fueron de Hengist, en tiempos del reinado de Vortigern.

—Cheldric ya está en Britania. Entre paganos y cristianos, Mordred ha reunido a más de ochenta mil hombres —concluí.

—Ha ido en busca de quienes asesinaron a sus antepasados. Quiere que acaben también con su padre —dedujo Merlín, desolado.

—Mordred no es responsable de haberse criado desarraigado —defendí—. No ha crecido sintiendo suya esa historia. Tú te encargaste de que así fuera.

Merlín bajó los ojos en un gesto que parecía de arrepentimiento. Así que le seguí hablando. Le conté que, en aquella primera batalla, habían caído grandes hombres de ambos bandos, pero las huestes de Arturo lograron hacerse con mayor terreno. Las de Mordred tuvieron que retroceder hasta Güintonia, y hasta allí los persiguió el rey. Hubo un nuevo enfrentamiento que hizo que los hombres de Mordred buscasen refugio en Cornualles.

—Van a matarse donde todo comenzó —le informé—. Es posible que te importe poco lo que le suceda a Mordred; a fin de cuentas, ya intentaste deshacerte de él cuando solo era una criatura. Pero, si

aún queda en ti amor por Arturo, si aún quieres proteger Britania, tienes que impedir que continúe esta locura.

—¿Qué puedo hacer, Morgana? —preguntó abatido—. ¿Quieres que convoque nubes que suelten pedrisco sobre sus cabezas hasta que entren en razón? ¿Qué lance un hechizo al corazón de Mordred para que abrace a su padre en lugar de atravesarlo con una lanza? Todo eso podrías hacerlo tú.

—¡Lo he intentado! —grité.

—Sigues siendo la misma romántica que fue en busca del beso asesino de Ondina. Aún sigues pensando que el amor es más fuerte que el odio, que puede detener batallas.

—No quiero detener todas las batallas. Me conformo con detener esta.

—El destino ya está escrito —sentenció el mago, compungido.

—Si crees eso de verdad…, ¿por qué intentaste deshacerte de Mordred?

—Ya ves que no lo conseguí.

—No he venido aquí en busca de tu magia —insistí—. Quiero que hables con ellos. Eres persuasivo. Lograste que nosotros siguiéramos tus dictados en el pasado. Haz lo mismo con ellos. Recuérdales que, antes que personajes de una profecía, son padre e hijo.

Merlín echó un vistazo a su alrededor. Lo había convencido.

—¿Dónde están ahora?

—A orillas del río Camlann —informé—. Mañana al amanecer se enfrentarán de nuevo. Si no haces algo, miles de hombres morirán a manos de los que, en un pasado, consideraron sus hermanos.

Merlín parecía muy cansado. Se apoyó en el báculo y dio un par de titubeantes pasos para asegurarse de que sus raíces ya no le anclaban al suelo. Me miró a los ojos.

—Haré lo que me pides, Morgana.

---

113 Malory, S. T., de Cuenca, L. A. (2024). *La muerte de Arturo*. España: Siruela.

114 Hughes, T. (1828). *The Misfortunes of Arthur*. Reino Unido: Septimus Prowett.

115 Galahad, Perceval y Bors encontraron el santo grial en el castillo de Corbenic. Era mucho más hermoso de lo que jamás hubieran imaginado. Tuvieron que entrecerrar los párpados, deslumbrados por la intensa luz que desprendía, en la que estaban contenidos todos los amaneceres del mundo. Aunque si alguien les hubiese preguntado, cada uno de ellos lo habría descrito de diferente manera. Perceval lo vio con ojos limpios, como quien contempla una verdad que no comprende del todo. Bors, que era de los tres el más aferrado a la humanidad, lo miró con una mezcla de asombro y timidez, consciente de que aquello sobrepasaba con creces las hazañas caballerescas que había protagonizado (y, seguramente, las que hubiera de protagonizar en un futuro). Pero fue Galahad, el hijo que Lancelot tuvo con la dulce Elaine, el único que lo vio en toda su plenitud. El más puro de los caballeros, el que nunca había pecado (ni siquiera de pensamiento), sintió que la luz del grial lo atravesaba, llenando su alma al completo. Tras semejante experiencia, Galahad proclamó que renunciaba a seguir viviendo. Como si su deseo fuese una orden, un ángel descendió de los cielos para recogerlo. Galahad se elevó ante los ojos perplejos de Perceval y Bors, y desapareció para siempre del mundo de los que han de morir. Lancelot fracasó en la búsqueda del grial. En una ocasión pudo verlo fugazmente, pero fue incapaz de acercarse. La traición a su amigo y el amor adultero que compartía con Ginebra lo alejaron de la perfección que aquella empresa exigía.

116 En la antigua Grecia sabían que tratar de esquivar una profecía es el modo más efectivo de que se cumpla. Layo quiso evitar que su hijo Edipo lo matase, dejándolo a su suerte en un monte, con los pies atados. Aun así, Edipo logró alcanzar la edad adulta y lo asesinó. Después se desposó con su propia madre. En el caso de Acrisio, el llamado a acabar con su vida era su nieto, así que decidió encerrar a su hija en una torre de bronce, convencido de que hasta ese lugar no llegaría ningún hombre a profanar la pureza de Dánae. Pero como ya vimos en una nota anterior sobre las prácticas cambiaformas de Zeus, el dios se transformó en lluvia dorada para colarse en la torre, dando como resultado el nacimiento de Perseo. Acrisio entonces introdujo a su hija y nieto en un arcón y los lanzó al mar. Por supuesto, Perseo sobrevivió. Acabó matando a su abuelo por accidente, tras golpearle con un disco que lanzó en unos juegos celebrados en Larisa.

28
LA BATALLA FINAL

«La batalla de Camlann, en donde Arturo y Medraut[117] cayeron: y hubo plaga en Bretaña e Irlanda».

Annales Cambriae

«Y al punto hirió a su padre, Arturo, tomando la espada con ambas manos, en un costado de la cabeza, de manera que la espada penetró el almete y el cráneo; y seguidamente, sir Mordred cayó muerto a tierra; y el noble Arturo cayó sin sentido».[118]

La muerte de Arturo
SIR THOMAS MALORY

Arturo y su hijo decidieron darse cita en un lugar neutral la noche anterior a la batalla final. Cada uno de ellos llegó acompañado de doce hombres, que tenían la orden de permanecer vigilantes a una prudencial distancia.

—Cuánto me ha costado llamar tu atención…, padre —saludó Mordred.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó Arturo—. La corona iba a ser tuya tras mi muerte.

Mordred sonrió con tristeza.

—Para ti es todo tan simple… —Suspiró—. Habrá quien piense que se trata de ambición. O de simple maldad. Pero si de verdad buscas la respuesta dentro de tu corazón, sabrás que no es eso.

—¿Y entonces qué es, hijo mío?

Mordred hizo una mueca, como si esas palabras le ardieran en la piel.

—Un hombre de verdad se hace responsable de los seres que trae al mundo. —Tragó saliva con dificultad antes de seguir hablando—. No imaginas lo que es crecer sintiendo que eres el error que alguien quiso borrar. —Rio sin ganas—. Y, aun así, el destino viene a buscarte, padre.

—Dices que no te quise, pero no sabes cuánto me dolió conocer lo que realmente sucedió. No sabía cómo resarcirte. Quería aprender a amarte. Te nombré mi regente por algo.

—¿Regente? —escupió Mordred—. No quiero tu caridad. Llevo toda la vida aceptando migajas. Crecí en la miseria, me educaron recibiendo lo que los hijos de Nabur rechazaban. ¿Regente? Una palabra hueca. Lo único que querías era que mantuviera caliente tu trono mientras jugabas a ser el César. Querías regresar coronado de laureles para seguir deslumbrando a un pueblo adormecido con la promesa de griales y oropeles. Así funciona tu corte, padre. Pero en realidad eres como el rey Midas, aunque, en lugar de en oro, todo lo que tocas se pudre. Tu querido amigo aprovecha tus ausencias para acostarse con tu esposa. Tu elegante reina jamás te ha amado. Mi madre se aleja de tu lado. Me sorprende que sea a mí a quien consideras un traidor. —Su voz se tornó grave al añadir—. Yo no he usurpado nada, padre. Estoy sentado en el lugar que me pertenece.

—Britania está antes que tú y que yo, Mordred. Así ha sido siempre. Y ten por seguro que a mí también me ha costado aceptarlo.

Pero Mordred no escuchaba. Le temblaban los labios. Le brillaban los ojos.

—Lo más triste es que yo no quería tu trono. El trono me daba igual —siguió hablando—. Lo único que siempre quise fue un padre que me amara.

Arturo lo miró abatido. Hubiera querido decirle que lo entendía. Que ojalá las cosas hubieran sido de otra manera. Que hubiera deseado ser él quien le sujetó las manos cuando dio sus primeros pasos. Que querría haberle regalado su primera espada. Que tener un hijo conmigo era uno de sus sueños más anhelados. Que las

grandes decisiones de su vida las habían tomado otros por él. Que heredó un reino envenenado. Que se sentía atrapado por una red invisible de agravios que resarcir, deudas por pagar y errores ajenos que enmendar. Que no sabía cómo complacer a todos. Y que, al final, a los únicos a los que no complacía era a los que realmente le importaban.

Pero no dijo nada de eso. No.

—No debiste usurpar el trono. Ahora todo es mucho más complicado —musitó el rey—. No podemos salir de aquí fingiendo amarnos como padre e hijo. Sin una petición pública de clemencia, me veré obligado a entrar en guerra contigo.

Eso fue lo que Arturo dijo.

No se dio cuenta de que quien se encontraba ante él no era un hombre adulto, sino el niño dolido, necesitado de consuelo y aprobación. El niño que aún tenía hambre de amor, de reconocimiento, de besos y abrazos. El niño que ansiaba ver cómo su padre se mostraba orgulloso por sus logros.

Una lágrima brotó del ojo derecho de Mordred y recorrió su mejilla a toda velocidad. Solo el fino oído de un duende hubiera percibido el estrépito que produjo al estrellarse contra el suelo.

—Cuando era niño, padre —puso especial énfasis en la última palabra—, soñaba que algún día vendrías a buscarme. Entonces no sabía quién eras…, claro. Pero, por lo que me habían dicho, yo pensaba que debías de ser un gran caballero. Te imaginaba llegando a lomos de tu caballo, diciéndome que llevabas años buscándome, feliz por haberme encontrado. Me abrazarías, me dirías cuánto me querías, me llevarías contigo a mi verdadero hogar. Me mostrarías con orgullo ante tus amigos. Me llamarías «hijo» delante del mundo. Me rescatarías de la vida de niño acogido a la que me había abocado el infame naufragio. —Lanzó una risilla sardónica antes de seguir hablando—. Imagina qué gran decepción cuando supe que mi propio padre fue quien firmó el bando que casi me arrastra hasta la muerte cuando aún no podía defenderme. Ahora sí puedo.

—Mordred, eso no es cierto. —Arturo sacudía la cabeza—. Yo no sabía… yo no…

—¿Vas a decirme que no sabías que tu hijo se encontraba entre los niños que ordenaste matar? ¡Cuán misericordioso es el gran rey Arturo! ¿Qué importancia podrían tener las vidas de unos cuantos niños a cambio de la del gran rey de Britania?

—No… no… Yo nunca… Jamás…

Mordred lloraba, pero no había en su rostro señal alguna de aflicción. Había rabia, decepción, desprecio, odio…

—Padre —clamó, con los puños apretados—, hubiera hecho lo que me hubieras pedido. Hubiera luchado tus batallas, me habría enfrentado a tus enemigos. Habría cruzado el mundo para buscar el grial que tanto anhelas. Todo lo que me hubieras pedido. ¡Todo! Todo te lo hubiera dado: mi sangre, mi vida entera, a cambio de un gesto…, de un reconocimiento…, de una palabra de afecto… Padre —sollozó.

Arturo también lloraba.

—Hijo mío… —pronunció, abriendo sus brazos.

Pero Mordred se enjugó las lágrimas y lo miró durante unos segundos eternos, con un desprecio infinito.

—Demasiado tarde. Donde fallan la ley y el corazón, ha de reinar la fuerza. No seré yo quien se oponga el dictado de una profecía. —Dudó unos segundos antes de sentenciar—. Nos veremos mañana en el campo de batalla.

Se dio la vuelta y abandonó el pabellón.

En ese momento, comenzó el final.



Nadie se explicaba de dónde había salido esa extraña lluvia. El viento del norte trajo unas nubes algodonosas que llegaban por el sur, como remolcadas con una cuerda; algo completamente inaudito, desconocido hasta entonces. La corriente las arrastró hasta la

cuenca del río Camlann y allí las depositó. Las blancas nubes comenzaron a oscurecerse, pasando del gris perla a un gris pesadumbre. El aire enrarecido conjugó un vendaval ululante que asperjaba lluvia en todas direcciones, embarrando la tierra, repiqueteando en los cascos y escudos de los soldados, traspasando sus petos de cuero, calándolos hasta los huesos.

La lluvia siempre había sido aliada en las batallas que los britanos afrontaban, pero, en este caso, al tratarse de una guerra civil, ambos bandos contaban con la misma ventaja. Algunos de los caballeros que ese día le plantarían cara a la muerte eran los últimos de su linaje. Sus nombres estaban escritos con letras de oro sobre la Mesa Redonda y que los relacionaran con el del rey más insigne de la historia de Britania era la huella que querían dejar en el mundo. Con esa gloria les bastaba.

Arturo miró en dirección al valle y un escalofrío le recorrió la espalda. Las tropas de su hijo ya se encontraban al otro lado del río. Avanzaban desde el sur.

El hasta entonces rey había previsto una formación en punta de flecha, por los buenos resultados que había obtenido siguiendo ese patrón en el pasado. Se desplegarían en ángulo, con el vértice apuntando al enemigo. El objetivo era romper sus líneas y protegerse de posibles ataques laterales. Al mismo tiempo, los arqueros se desplegarían a ambos lados de la formación, también en ángulo, en cuyo interior avanzarían caballeros a pie, algo con lo que muchos no estaban muy conformes. Se sentían vulnerables pisando tierra firme. Preferían luchar a lomos de sus monturas. Pero Arturo fue inflexible al respecto; en caso de derrota, los que quedaran vivos podrían huir a pie y guarecerse en el frondoso bosque que quedaba a sus espaldas. Sería un obstáculo difícil de salvar para los enemigos que pretendieran seguirles a caballo.

Al otro lado del río, en la ribera sur, el ejército de Mordred era una cicatriz en la faz de la tierra. El furor y la rabia dictaban el orden con el que pretendían enfrentar la batalla. Algunos eran aún tan jóvenes que en sus rostros no había más que pelusilla floreciente;

desconocían el real significado de dar la vida por una causa. Otros eran mercenarios llegados de las Islas Negras y Sajonia. Barbados, malolientes, armados con lanzas, venablos, espadas y unas hachas de batalla de mango largo que ellos llamaban *skeggox*. Sus ropajes y escudos estaban decorados con cabezas de lobo mostrando sus fauces, crucifixiones en ruedas de carro, calaveras atravesadas por un puñal, cuervos picoteando corazones y otras sutilezas similares que evidentemente no eran emblemas de ningún reino, porque su propósito en esa batalla era fundar uno nuevo sobre los escombros de la vieja Britania.

Mordred, el hijo del pecado, el hijo perdido y encontrado, el bastardo, el gran error del rey, se colocó en una elevación del terreno, flanqueado por sus soldados más leales. Los bardos dijeron tiempo después que su armadura era negra como el cabello de su madre, como las alas de los cuervos, como las profundidades del mar… El color que tradicionalmente portaban los traidores.

No era cierto.

Mordred iba ataviado de un gris plata que parecía haberle robado a la luna. La única nota de color la daba su escudo. Me gustaría poder decir que portaba el blasón del ducado de Cornualles, los quince besantes y la chova piquirroja, pero lo que eligió como enseña fue un dragón negro que, bocabajo, resaltaba sobre un fondo rojo sangre. Había invertido el escudo del Pendragón; el de su abuelo, el de su padre, el símbolo que la estrella dibujó en el cielo de Tintagel y que le daba legitimidad a su linaje. El escudo de Mordred era una alegoría de lo enfrentado que estaba al rey Arturo.

Un viento helado barría la bruma que flotaba en la superficie del río Camlann. Era un río indeciso. En algunos tramos podía vadearse y el agua se detenía formando espejos oscuros y se decía que, en el pasado, los druidas eran capaces de ver allí la imagen de los que iban a morir. Una figura cubierta con una capa negra ascendió por el sendero que corría paralelo al río. Alguien lo reconoció: se trataba de Merlín. Hacía años que nadie sabía de él. De su antigua y portentosa presencia solo quedaba la sombra. Estaba viejo, iba encorvado y

necesitaba la ayuda de un báculo para caminar. La parte de su rostro que la frondosa barba blanca permitía ver estaba cuajada de arrugas. Lo único que no habían variado eran sus ojos negros, brillantes, de ónix bruñido. De no ser por ellos, se hubiera podido pasar de largo por su lado, pensando que se trataba de un viejo árbol nudoso.

Unos hombres corrieron a ayudarle y lo acompañaron junto al rey.

—Merlín…, ¿qué haces aquí? Has elegido un mal momento para regresar —le dijo Arturo.

—La magia no muere. Solo cambia de idioma —le respondió el mago de forma críptica—. El río sabe quién morirá hoy. Lo va cantando con su voz acuosa, camino al mar. —Gimió de dolor—. Ya está todo decidido. No hay nada que yo pueda hacer. Pero ella piensa que sí…, Arturo, ella piensa que sí…

—Tienes que prometerme algo —dijo el rey, sujetándole por los hombros—. Si hoy todo termina, quiero que llevéis mi cuerpo a Ávalon. Quiero estar con Morgana.

El mago, al escucharlo, se echó a llorar. A las lágrimas les costó recorrer aquel rostro ajado. Traía cascaras de bellota enredadas en sus largas greñas blancas, como si hubiera dormido en el suelo de un robledal. Con cada hipido de Merlín, estas se agitaban como campanillas. Arturo y sus hombres concluyeron que el mago había perdido el juicio. El rey ordenó que lo llevaran a la posición de retirada, el lugar en el que se encontraban los médicos, palafreneros y cocineros que no entrarían en batalla.

Y entonces sonó un cuerno.

No se trataba de cualquier cuerno: era el cuerno de Lugh, capaz de despertar a los dioses y a los guerreros. Sonaba como el crujir de los glaciares, como el lamento de un abedul partido en dos por un rayo. El cuerno de Lugh anunciaba el final de una era y el comienzo de otra.

Arturo extrajo a Excalibur de la nueva vaina que había ordenado hacer para ella. Los cordobanes, orfebres y lapidarios que la fabricaron siguieron paso a paso las instrucciones que mi hermano

les dio para que fuese exactamente igual a la que yo le había regalado. Habían replicado hasta el más mínimo detalle. Era idéntica, pero solo en aspecto. Excalibur seguía ardiendo en llamas en el momento en el que se desenvainaba. No había perdido la capacidad de traspasar cualquier armadura, pero, sin la vaina original, Arturo era vulnerable. Y él lo sabía.

Mordred, en su loma, también desenvainó su espada sin nombre y sin historia. Pese a ello, el filo resplandeció imponente bajo la luz rojiza del amanecer. Sus hombres lo imitaron. Empuñaron sus armas con reverencia y el mundo pareció contener la respiración. En ese momento, una garza blanca atravesó el pedazo de cielo que quedaba entre ambos bandos. Merlín observaba su vuelo sentado en una piedra, sonriendo con amargura.

—Ya no hay paz que salvar —musitó con resignación.

Ninguno de los bandos acudió al encuentro del otro de forma atronadora. No hubo gritos enardeciendo el ánimo de los soldados, ni fragor de tambores marcando el ritmo de los pasos, ni estampida de caballos. Caminaban con el ceño fruncido, avanzando sin prisa, hasta que un muchacho sin escudo, con el cabello trenzado al estilo sajón, resbaló en el barrizal próximo a la ribera. La espada escapó de su mano, trazó un arco en el cielo y descendió, quedando clavada en el lecho del río. Muchos vieron la señal de la Santa Cruz en la parte que sobresalía de la superficie. Y aquello bastó. Como una chispa en un bosque resecó, se prendió la batalla.

No fui capaz de ubicar con bastante anticipación el lugar exacto del combate. El hechizo de localización ofrecía datos confusos cuando me sentía angustiada, de manera que decidí alzar el vuelo y trazar una espiral, comenzando por Tintagel. Pronto vi un humo negro flotando sobre el río Camlann. Al aproximarme me di cuenta de que no era humo: se trataba del séquito de cuervos de la diosa Morrigan y sus dos hermanas, Neman y Macha. Los había a cientos. A miles. Un caos de graznidos, de batir de alas y corrientes de aire. Me uní a ellos y alcancé a ver los primeros choques, que se dieron en el lecho del río. Allí, hundidos hasta las rodillas, las espadas de

los soldados cantaban y los escudos seguían el ritmo. Algunos morían sin saber si fue una flecha, una lanzada o un hachazo lo que les había alcanzado. Desde las alturas vi cómo el agua se teñía de rojo en torno a los caídos. El río, vacilante, mantenía la sangre retenida, como anclada a las piedras del fondo.

Neman incitaba a los cuervos a que se unieran para dar forma a un gigante oscuro y ondulante que confundía a los combatientes. Alas, picos y garras los acometían por todos lados haciendo que los del mismo bando se enfrentasen entre sí. Mientras tanto, Macha, que disfrutaba con la matanza indiscriminada, se acercaba a los cuerpos de los que aún agonizaban para picotearles los ojos. Pero era Morrigan la que envenenaba el ánimo de los que dudaban, trayendo a su memoria el ansia de venganza y a sus labios el dulce sabor de la victoria.

Quise contrarrestar el influjo de las tres diosas guerreras haciendo que los hombres escuchasen las nanas que sus madres les cantaban en la infancia, las voces de sus esposas e hijos rogándoles que regresaran a casa. Su magia y la mía interferían, haciéndoles sentir, por momentos, melancolía y, por momentos, pavor. Y más tarde ira, pero a la vez rencor. Y de nuevo pavor. Pero no todos sincronizados, sino en desorden. De manera que mientras uno pensaba en regresar a su hogar respondiendo a la llamada de su hija, el que tenía enfrente sentía tanto odio que le abría la cabeza de un hachazo.

Era evidente que mi plan no estaba funcionando, así que intenté localizar a Arturo entre los combatientes, que no eran sino figurillas en movimiento sobre un tapiz bordado con sangre, alas de cuervo y barro. Le vi en la colina. Batallaba rodeado de sus caballeros más antiguos: Kay, con la cara cubierta de fango; Gawain, sangrando por un tajo en su pierna que él no sabía que tenía; Bedivere, ya herido en el brazo izquierdo.

Quise acercarme, pero entonces vi a Mordred. Él no luchaba. Solo avanzaba con la mirada fija en su padre. Aquellos ojos verdes musgo estaban vacíos y secos. Cada una de sus zancadas parecía un conjuro que perdería efecto si rompía el contacto visual con su

objetivo. Apartaba a mandoblazos a todo el que se le acercaba, de manera que el combate se abría a su paso. Caminaba en el interior de una burbuja que ni aliados ni enemigos se atrevían a traspasar. Fue eso lo que llamó la atención de Arturo: el vano en torno a un hombre. Un hombre que era el fruto de sus entrañas.

Se lanzó a su encuentro. Descendió de la loma sin decir una palabra, empuñando a Excalibur. Sus hombres quisieron seguirle, pero él los detuvo con un gesto. Entendieron que debían dejarle ir solo en busca de su destino. Él vadeó el río hasta llegar al claro en el que se encontró con Mordred.

Padre e hijo jamás estuvieron tan unidos como en ese momento. Se observaron. ¿Había duda en esos ojos? ¿Estaban a tiempo de detener esa locura? ¿Podrían las palabras mitigar el dolor macerado durante años? «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!», grazné sobre sus cabezas, pero había demasiado ruido y no pudieron oírme.

—Hijo mío —le oí pronunciar a Arturo con la voz rota—, ¿debe ser así?

Quizás el padre habló demasiado pronto. La pregunta sacó a Mordred de su ensimismamiento, haciendo que se esfumara la debilidad que empezaba a sentir. Apretó la empuñadura de su espada antes de responder.

—Yo no soy tu hijo. Tu hijo murió en el naufragio del Abyssus. Ante tus ojos tienes a tu verdugo.

No hizo falta más. Aquello no era una batalla entre dos bandos: era el duelo a vida o muerte entre un padre y su hijo.

Arturo dio el primer golpe. Mordred lo rechazó sin dificultad. Contraatacó lanzando una estocada al pecho de su padre que el rey esquivó por poco. Caminaron en círculo, mirándose a los ojos, intentando adivinar el siguiente movimiento de su oponente.

—¡No puedo volver el tiempo atrás y deshacer el pasado! —le gritó Arturo.

Yo seguía graznando, pero temía interferir y que mi presencia distrajese a uno, dándole ventaja al otro.

—¡He intentado enmendarlo! —siguió diciendo.

—¿Enmendarlo? —rugió Mordred—. ¿Enmendarlo cómo? ¿Poniendo mi nombre con letras doradas en tu ridícula mesa? ¿Sentando al bastardo entre tus nobles caballeros? ¡Cuánta compasión! ¡Cuánta generosidad! —Rio sin ganas—. No, padre, no. No pasaré a la historia por ser el hijo pródigo. Mi nombre se enlazará al tuyo por darte el final que mereces.

Se lanzó sobre su padre y el combate se volvió feroz. Las espadas chocaban emitiendo lamentos de acero. El resto de la batalla quedó en silencio mientras ellos dos se golpeaban, caían al suelo, se incorporaban, jadeaban exhaustos, afligidos de dolor. Arturo sangraba por la mejilla; una cicatriz leve. Mordred cojeaba, pues, en una de las caídas, su rodilla derecha había chocado con una piedra. Pero ambos seguían vivos.

Entonces Arturo cometió un error. Echó demasiado atrás al brazo para blandir a Excalibur y el terreno embarrado le hizo trastabillar. Mordred aprovechó la oportunidad. Aferró su espada con las dos manos y trazó un recorrido oblicuo. El filo gris ceniza se hundió en la sien izquierda del rey. Desde la altura en la que me encontraba, pude oír el crujir de su cabeza. Arturo cayó de rodillas, con los ojos muy abiertos.

Mordred lo observaba en silencio. El cuerpo de su padre temblaba, pero no terminaba de caer.

—Hijo… —pronunció casi sin voz.

Mordred alzó la espada de nuevo, preparado para rematar a una de las personas a quien debía su paso por este mundo. Y entonces Arturo, con un último resquicio de vitalidad, aferró a Excalibur con las dos manos y la interpuso entre ellos. Mordred cayó sobre el filo. La espada entró limpiamente por su pecho y le salió por la espalda.

—Padre… —jadeó.

El rostro de ambos estaba apenas a un palmo de distancia. Se miraron a los ojos con tristeza. ¿Qué estarían pensando ahí, padre e hijo, durante esos instantes definitivos, mientras compartían el aire? ¿Acaso que habían cometido un error? ¿Que fue posible haberse querido?

Una gota de lluvia (quizás una lágrima) recorrió la mejilla de Mordred antes de caer este al suelo. Arturo permanecía aferrado a la espada que atravesaba el corazón de su hijo. Agotado, hizo un último esfuerzo para sacar a Excalibur de su pecho, como si ese gesto pudiera deshacer todo lo sucedido en los últimos minutos. ¿Por qué no podía desandar todos los caminos equivocados que había tomado en su vida?

Cayó de espaldas, derrotado, y entonces me vio sobrevolando sus cuerpos. Estaba sereno. La herida de su sien era un manantial escarlata que cubría la mitad izquierda de su rostro. Una lluvia mansa lamía el resto de su cara.

—Perdóname, Morgana. —Leí en sus labios.

Aquel barrizal parecía una vista del infierno. ¡Cuán terrible y fútil es la guerra! Me fui de allí. No podía soportar el dolor.



Cuentan los bardos que los terrenos que rodeaban el río Camlann, tras la batalla, guardaron silencio, igual al silencio de los campos después de la siega. Los pocos que aún respiraban cuando todo acabó apenas se movían. Solo el viento le arrancaba sonidos a los estandartes caídos y a los árboles del bosque cercano.

Los supervivientes pasaron a la historia con nombre propio, porque sobraron los dedos de una mano para contarlos. La belleza del caballero Sanddef hizo que los enemigos lo confundieran con un ángel, y se negaron a atacarlo. El caballero Morfran, por el contrario, era tan feo que los hombres de Mordred lo confundieron con un demonio, y temieron atacarlo. El caballero Lucan, el único que intentó en su momento poner paz en el enfrentamiento entre padre e hijo, también salvó la vida. Y Bedivere… Fue a él a quien Arturo encargó el destino de Excalibur.

Mi padre, Gorlois, dijo que yo sería una cazadragones, pero fue su nieto el que acabó con la saga de los Pendragón.

117 Medraut y Medrawt son las versiones galesas del nombre de Mordred que aparecen en diversas fuentes, entre las que se encuentra *Annales Cambriae* (o *Crónicas de Gales*). Se trata de una serie de crónicas históricas latino-galesas que no solo hacen referencia a Gales: también incluyen información sobre Escocia, Cornualles, Inglaterra e Irlanda.

118 Malory, S. T., de Cuenca, L. A. (2024). *La muerte de Arturo*. España: Siruela.

29
Ávalon

«Hacia esa isla llevamos a Arturo gravemente herido después de la batalla de Camlann (…). Morgana nos recibió con el honor debido: puso al rey en su propia habitación, sobre su cama cubierta con una colcha dorada, y con su hermosa mano descubrió la herida y la examinó durante un rato. Al final nos dijo que podría devolverle la salud al rey si se quedaba con ella una larga temporada y accedía a probar su tratamiento».[119]

Vida de Merlín
GEOFFREY DE MONMOUTH

«¡Ah, querido hermano!, ¿por qué has tardado tanto tiempo en venir a mí?».[120]

La muerte de Arturo
SIR THOMAS MALORY

«Herido, Arturo busca las hierbas de su hermana,
que la sagrada isla de Ávalon guarda.
Aquí lo recibe su hermana, la ninfa eterna Morgana;
lo cuida, lo alimenta, lo restaura y lo hace inmortal».[121]

Draco Normannicus
ÉTIENNE DE ROUEN

A Britania regresaron la primavera y el verano, cuajando el espino de flores blancas, de botones amarillos el ajenjo, de bayas purpúreas el endrino. El viento espoleó las nubes que se desplazaron a otros lugares y de las lluvias solo quedó el aroma a petricor flotando en el aire. Salió el sol, germinó las semillas, convenció a las mariposas

para que abandonaran sus capullos e incitó a los pájaros recién salidos del cascarón a ensayar sus primeros vuelos. Aquella explosión de luces, olores y sonidos hizo que la gente valorase la posibilidad de haber soñado que meses antes vivían en un reino en guerra.

A Britania regresaba el color, sí, pero no era algo que pudiera decirse de su rey. Cada día se hacía más manifiesta su ausencia, dando lugar a las especulaciones. Se rumoreaba que Excalibur había atravesado el corazón del hijo traidor. Eso entusiasmó a buena parte de la población, que consideraba que Mordred lo tenía bien merecido. Pero a la vez tomaba fuerza la noticia de que el bastardo había matado a su padre, que su espada sin nombre había impactado en la cabeza de Arturo, lo cual confirmaba que el muchacho engendrado en pecado no había heredado ni un ápice de la nobleza del rey, aunque sí todo el resentimiento y mezquindad que burbujeaba en mi alma de bruja.

Un grupo de expedicionarios emprendieron rumbo a Camelot en busca de respuestas, pero en su lugar encontraron un descampado. El reino de Arturo ya no existía. El castillo, junto con sus almenas, su torre del homenaje, foso, puente levadizo, patio de armas, cortesanos y soldadesca, se había evaporado de la misma milagrosa manera en la que san Collen hizo desaparecer el palacio de Gwyn ap Nudd.[122] Los caminos que en el pasado daban acceso al reino de Camelot ahora se desdibujaban bajo una espesa capa de vegetación habitada por petirrojos, erizos, musarañas y currucas. Daba la impresión de que los senderos llevaban siglos sin ser transitados por persona, cabalgadura o carreta, e incluso los más sagaces cazadores perdían el sentido de la orientación cuando se aproximaban al espacio en el que debería encontrarse el castillo. Se sentían incómodos, incapaces de determinar si soplaba viento del este o si el río corría hacia el sur, por lo que no distinguían en qué parte de Britania se encontraban.

Y así fue como Camelot pasó a formar parte de la leyenda.

La mayoría mostraba en público su pesar por la desaparición del rey, pero en la intimidad de sus casas comentaban que Arturo, pese a estar en posesión de todas las cualidades deseables en un monarca, a saber: nobleza, compasión, generosidad, gallardía…, también carecía de las necesarias para transitar por un mundo en el que llevaban las de ganar los desleales, mezquinos y vulgares.

Ahora Britania se encontraba de nuevo dividida, descabezada, sin un líder al que seguir. Tampoco se podía contar con sus caballeros, ya que la mayoría habían perecido en la última batalla. Los optimistas (que siempre los hubo y habrá en todos los reinos) se ilusionaron con la idea de que no estaban muertos, sino inmersos en una ensoñación letárgica, similar a la de los osos o los murciélagos durante el invierno, y que, como estos, dormitaban en las entrañas de una colina próxima a Yr Wyddfa, aunque nadie era capaz de dar con ella. Esa explicación tenía sentido para los que llevaban años asegurando que mi hermano y sus nobles caballeros eran antiguos dioses celtas venidos a menos, rebajados a la categoría de seres feéricos.

Un buen día, un pastor, que echaba en falta a una de sus ovejas, se adentró en la oscuridad de una cueva. Avanzaba con cautela para no tropezar, con los ojos puestos en la punta de sus pies, de manera que no vio la campana que pendía de un saliente y se golpeó la cabeza con ella. Un sonido atronador reverberó durante un buen rato, pero, al ir decayendo, el pastor pudo sentir un rumor de voces humanas que llegaba del fondo de la cueva. Más tarde aseguró que vio a los caballeros de la Mesa Redonda saliendo de su sopor. Tras desperezarse, se calzaron sus *loricas hamatas,* sacudieron el polvo a los escudos y desenvainaron sus espadas, dispuestos a enfrentarse de nuevo al enemigo. El pastor huyó despavorido y nunca más se recuperó del susto.

Pese a todo, poco hubieran podido hacer los caballeros sin sus monturas. Hay quien asegura que Merlín lleva años (quizás siglos) buscando el reino de Danann para adquirir caballos con los que

surtir a los caballeros, pero el antiguo y poderoso reino se le está haciendo esquivo por culpa del auge de la cristiandad.

Aunque, para ser sinceros, lo que más dañó la reputación de Arturo fue la traición de su mejor amigo y de su esposa. De nada sirvió que Ginebra ingresase en el convento del monasterio de Almesbury. Desde mi marcha, el ala femenina se había convertido en un lugar pío, en el que las mujeres únicamente se dedicaban a orar y a hacer bollitos de leche. Hasta allí se acercó Lancelot con la idea de hacerle cambiar de opinión. Ahora que era viuda no había motivo alguno para renunciar a su mutuo amor. Ella lo rechazó. Le rogó que no volviese a mirarla, que le evitara el tormento de verle suplicar, que se alejara, que la olvidara, que tomase a otra mujer por esposa. Sobre todo, le pidió que rezara para que el Señor le ayudase a enderezar su vida errada. Pero, a estas alturas de la historia, ya deberíais saber que Lancelot era tan hermoso como terco. Le aseguró que él mismo se arrancaría las entrañas antes que desposarse con otra. Intentó besarla, pero ella le negó sus labios.

Ambos comenzaron a morir ese día.

Asomada a la ventana de su celda, con lágrimas en los ojos y el corazón batiéndole fuerte en el pecho, Ginebra vio alejarse al único hombre al que verdaderamente había amado. Suspiraba, perdía el conocimiento, sus damas la reanimaban, ella volvía a asomarse a la ventana, suspiraba de nuevo, perdía el conocimiento, sus damas la reanimaban…, y vuelta a empezar.

Dos días más tarde, sobrepuesta ya de su angustioso estado, Ginebra hizo votos para obtener la salvación de su alma y poder sentarse a la derecha de Cristo cuando le alcanzase la muerte. Tras su sacrificio, estaba convencida de que ese era el lugar en el que acabaría. Su confesor le dio los nombres de varias mujeres que, siendo tan pecadoras o más que ella, habían logrado traspasar las puertas del cielo: María Magdalena, Pelagia de Antioquía, Thais de Egipto…, de manera que la mortificación de sacar a Lancelot de su vida encerraba el dulce bálsamo de pasar a formar parte de la historia envuelta en olor a santidad. Ginebra no pudo liberarse de lo

que el mundo esperaba de ella, tal y como había sido desde el momento de su nacimiento. Llegó a ser priora.

Lancelot decidió emular a su amada y purgar a golpe de penitencia cristiana la traición a mi hermano. Vagó durante varias semanas por bosques y caminos solitarios, llorando a ratos, hasta que oyó tañer una campana y supuso que cerca debía encontrarse una capilla. Descubrió una ermita entre dos barrancos y al entrar vio que quien daba misa era el mismísimo obispo de Canterbury. Esperó a que terminara para arrodillarse a sus pies y solicitarle confesión. Una vez limpia su alma, le rogó que le permitiese ser su hermano, algo a lo que el religioso accedió de buen grado.

Y así fue como Lancelot y Ginebra fueron infelices para siempre.



Vinieron a avisarme de que Merlín estaba remontando el río Fonteval en una barca guiada por Manannan. Con él traía el cuerpo de mi hermano. Un grupo de sirenas los escoltaba. Coreaban una canción triste que descolocaba los sentidos, dejando en la boca el sabor de las almendras amargas. Sacaban por turnos sus bellísimos rostros del agua para asomarse a la embarcación, sabedoras de que dentro estaba el hijo de una de las de su especie. La nave atracó en el lago de Diana envuelta en brumas.

Corrí a su encuentro. Merlín y Bedivere me esperaban en la orilla. A sus pies, sobre una angarilla, descansaba Arturo. Tenía la cabeza vendada con lino.

—¿Está…? —Pero la pregunta no terminaba de salir de mi boca. Tenía miedo de que la respuesta no se adecuase a mis anhelos.

—En sus últimas palabras expresó el deseo de regresar a vuestro lado, señora —me dijo Bedivere—. Pero no ha vuelto a despertar desde entonces.

—Su corazón aún late —informó al fin Merlín—. Pero es esa la única señal de vida que muestra.

Las lágrimas acudieron a mis ojos, llenándome la boca de sal. Me abalancé sobre él. Le acaricié la mejilla; estaba cálida. Seguía vivo. ¡Vivo! Destapé la herida para observarla. Era muy profunda.

—Arturo…

—¿Podrás curarlo, Morgana? —La voz de Merlín sonó a mis espaldas.

Espanté a manotazos las lágrimas que corrían por mi rostro antes de incorporarme y enfrentarme a él. Detestaba que Merlín me viera debilitada.

—Puedo curarlo —afirmé—. Pero debe quedarse conmigo. Es posible que durante mucho tiempo. No sé cuánto. Quizás años. Siglos… —Fijé mis ojos en los suyos antes de seguir hablando—. ¿Vas a permitirlo, mago? ¿Dejarás al fin que estemos juntos? O prefieres verlo muerto antes que a mi lado.

Merlín volvió el rostro, incapaz de sostenerme la mirada.

—Morgana. Solo tú puedes… Oh…, Morgana, es posible que no me creas, pero haría lo que fuera por vosotros. Quiero a Arturo como a un hijo. Y a ti… a ti…

Le interrumpí lanzando una carcajada sardónica.

—¿Vas a decir que a mí me quieres como a una hija? —No respondió, así que pregunté en tono burlón—: ¿Como a una madre, quizás? ¿Me quieres como a una madre, Merlín? O tal vez como a una buena amiga. ¿Me quieres como se quiere a una…? —Dudé por un momento, pero a esas alturas ya poco importaba—. ¿Me quieres como se quiere a una amante?

—Sí, Morgana —respondió mirándome a los ojos—. Te he querido de todas esas maneras que dices. He querido todas las versiones de ti que pudieras ofrecerme. Incluso alguna más que no has nombrado. Quise que fueras mi hija para educarte, para sacar todo el poder que hay en ti. Quería habitar tu vientre en forma de hijo, que me amamantaras, me cuidaras, me protegieras, me miraras y velaras por mí, al igual que haría una madre. Quería que fueras mi amiga para que me comprendieras y aconsejaras, para poder hablarte sin fingimientos del demonio que no he logrado dominar y

que sigue corriendo por mi sangre. —Guardó silencio antes de continuar hablando—. Y sí, también te hubiera querido como amante, hubiera querido que me ofrecieras tu cuerpo, que suspirases con mis caricias, como lo hacías con las de Arturo. Necesitaba que me necesitases y no dudé en erosionarte para conseguirlo. ¿Lograrás perdonarme algún día, Morgana?

Observé al anciano que ahora se presentaba ante mis ojos, sin dejarme conmover por su aparente debilidad.

—¿Perdonarte? —musité—. Perdonarte. Qué palabra tan pequeña para aliviar un daño tan grande. Solo debería utilizarse cuando el mal causado tiene solución. Me robaste a mi padre, a mi hermano, a mi hijo… ¿Puedes acaso devolverme todo lo que me has quitado, Merlín? Nos has movido por el tablero de ajedrez que había en tu mente como inertes piezas de madera que sacrificabas y lanzabas al vacío cuando ya no las necesitabas. Para enmendar lo que tú nos hiciste se necesitaría una palabra distinta. En este momento no se me ocurre ninguna. —Repasé someramente la riqueza del vocabulario y, tal y como suponía, no encontré palabra que pudiera mitigar la magnitud de su agravio—. Y, además, ¿qué significa exactamente el perdón? ¿Seré mejor si te digo que te perdono? ¿Cuán sincera sería? ¿Me aportará serenidad? ¿Qué beneficio obtengo perdonándote? Te confieso que te he odiado, sí… Anhelé durante mucho tiempo verte algún día postrado ante mí, sufriendo, suplicando clemencia. Y yo aprovecharía ese momento para destruirte sin remordimientos, para hacerte sufrir mil veces más de lo que tú nos hiciste sufrir a nosotros.

No mentía. Deseé con vehemencia la destrucción de Merlín. Acaricié esa idea con voracidad durante años. Imaginaba la mejor manera, la más dolorosa y terrible. Podría hacer que padeciera la misma muerte de mi padre, que sintiera el desgarro de perder a un hijo, que su deseo de piel ajena no se viera jamás saciado, que el amor de su vida guardara en el corazón un nombre que nunca fuera el suyo. Quise ver a Merlín despeñándose por el acantilado de Tintagel, o ahogándose en el mar, como los bebés de mayo. Quería

que su vientre fuese atravesado por una espada, que un rayo lo dividiese en dos, que quedara por siempre atrapado en el Valle Sin Retorno, incapaz de mover una rama, con su sangre convertida en savia y su piel en corteza en la que creciera el musgo. Así de grande era mi odio.

—Pero ya me he liberado de ese anhelo —continué diciendo—. Lo que tú buscas no es perdón, lo que quieres es que te absuelva. Y no pienso hacerlo. Ahora solo me preocupa perdonarme a mí misma. Perdonarme por no haberme dado cuenta antes de lo que estaba pasando. Perdonarme por dudar tanto de mi valía, por cerrar los ojos a tus manipulaciones, por acallar mi voz para evitar conflictos. Me perdono por dejar que me hicieras daño a cambio de los pocos segundos en los que me hacías sentir segura. Me perdono por dejarte sobrepasar mis fronteras. Me perdono por buscarte en tus ausencias, por anhelar tu aprobación, por necesitarte tanto, por ansiar las migajas de amor que me dabas. Me perdono por haberte dado protagonismo en mi vida. Me perdono. ¡Oh…, sí! Me perdono. ¿Recuerdas cuando dijiste que yo era como tú? —Él no respondió. Tenía la mirada fija en el suelo—. Pues no es cierto. Yo no soy como tú, Merlín. Soy mucho mejor.

Buscaba en mi interior el odio que antes hubiera podido hasta masticar, pero ya no estaba. Aprendí a apaciguar a la guerrera que llevo dentro y aproveché esa fortaleza para elegir la paz. Me susurré a mí misma: «Calma, Morgana, estoy aquí para cuidarte. Pase lo que pase. Pase quien pase. Yo soy la mujer que siempre estará a tu lado. Soy la persona que nunca va a traicionarte».

Intuí que una lágrima cruzaba su rugosa mejilla, pero no puedo confirmarlo. Bedivere nos interrumpió:

—El rey me pidió que os devolviese esto —me dijo haciendo una genuflexión a la vez que sujetaba a Excalibur sobre las palmas de sus manos.

—Gracias —respondí.

Puso su antebrazo a disposición de Merlín y el mago lo asió como haría un anciano. Los observé mientras se subían de nuevo en la

barca. No les pregunté a dónde se dirigían; tampoco me importaba.

—Morgana… —Merlín se había dado la vuelta—, quiero que sepas… Espero hacerme algún día merecedor de esa absolución de la que hablas —dijo antes de desaparecer en la niebla.



Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que volví a saber de Merlín. Ganieda me contó que había enloquecido. Ver el enfrentamiento entre Arturo y Mordred fracturó algo de lo humano que había en su interior. No pudo soportar el dolor y se retiró a la soledad del Bosque de Brocelianda, abandonando cualquier rastro de pulcritud o urbanidad. No le avergonzaba su desnudez y únicamente cubría sus vergüenzas con el largo cabello, con la barba y con un exiguo taparrabos de esparto. Estudiaba la morfología de los insectos, fermentaba flores, tallos y raíces para hacer jarabes que ponía a prueba consigo mismo. Hizo un cálculo preciso de la fecha en la que se había creado el mundo, concluyendo que Britania tomó su forma definitiva la noche del 31 de marzo del treinta y cinco mil ochocientos veintiuno antes de Cristo. Cayó en miércoles. Con esos datos
tan precisos, se dedicó a observar el recorrido de los astros en el cielo nocturno, convencido de que podría predecir el futuro de la isla siguiendo las pautas del horóscopo babilónico.

Los bardos contarán que Merlín fue poco a poco dejando a un lado los vaticinios políticos para centrar sus estudios en las Sagradas Escrituras y admirar la obra de Dios. Leyendas aseguran que su fantasma habita la cueva que queda a los pies del castillo de Tintagel, y que por eso lleva su nombre. Loarán su vida. Dirán que fue un hombre sabio, un profeta, un mentor muy próximo a la santidad…, lo cual una vez más demuestra que, aunque un mago y una bruja compartan la misma esencia, lo que se considera virtud en los hombres es juzgado como monstruosidad en las mujeres.

—Todo estará bien —me dijo Ganieda uno de los días en los que me ayudaba con las curas de Arturo.

—¿Lo piensas de verdad, querida hermana? A veces no sé quién soy.

—Yo creo que sí lo sabes. Fuiste la niña Morgana, hija de Gorlois de Cornualles, la que surcaba el cielo convertida en ave. Fuiste Morgana el hada, capaz de curar la peste de Justiniano. Fuiste la bruja que se salvó de la condena. La madre que buscó a su hijo. Y la mujer que amó al rey Arturo. Pero, ante todo, eres Morgana le Fay, la reina y diosa de Ávalon.

Me eché a reír.

—Varias personas pueden ocupar un único cuerpo —siguió diciendo—; depende de quién cuente nuestra historia. Todos somos el amor de la vida de alguien. Todos somos el villano en la vida de alguien. A veces, incluso podemos representar los dos papeles en la vida de una misma persona.



A medida que pasa el tiempo, recupero la normalidad. Los libros y los estudios me distraen la mente. He dejado de darle vueltas al estado de Arturo y me centro en su bienestar. La mayor parte del tiempo se mantiene sereno, con los ojos cerrados, sumido en un sueño plácido. Descansa en Ávalon, envuelto en seda, tendido en un lecho dorado. Selecciono los mejores manjares para alimentarlo. Acerco a sus labios la ambrosía que los dioses elegían para sus mesas. Coloco bajo su cabeza las almohadas más delicadas, las rellenas con las plumas que los cisnes tienen bajo las alas. La comisura de sus labios dibuja una levísima sonrisa cuando le hablo; por eso sé que percibe mi presencia.

He probado diferentes opciones para curar su mal: miel y caléndula, para cerrar la herida de su cabeza; algo de cardo mariano, para soldar sus huesos; jengibre, para que su corazón

vuelva a latir con ímpetu. Estudié las pócimas de Circe en busca de la esencia última que le da fuerza al oso.[123] Preparé el brebaje que las icenas de Boudica tomaban antes de entrar en batalla, una mezcla de cerveza de brezo y miel que los romanos bautizaron de forma elocuente como *venenum furoris*[124]. De la tierra de las valquirias traje las algas con las que sus habitantes aliñan sus sopas de pescado. Viajé al nacimiento del río Termodonte, lugar de origen de las amazonas, y solicité permiso a la reina Hipólita para recoger varias garrafas de su agua; con ella preparo ahora las tisanas que bebe Arturo.

De momento, nada ha dado resultado. Temo que el mayor obstáculo para su recuperación sea su resistencia a volver al mundo de los que han de morir.

Lo dejo estar.

Cada mañana abro las cortinas de su alcoba para que entre la luz del sol y pueda oír el canto de los pájaros, con mi cuerpo siempre atento por si despierta y me llama.

Contarán los bardos pedazos de nuestra historia. Personas que aún no han llegado al mundo rellenarán los huecos vacíos. Los amantes de las luchas, de las estrategias, de las revueltas y del fragor de las batallas prestarán atención a las aventuras de mi hermano y los aguerridos caballeros de la Mesa Redonda. Se demorarán en detalles sobre sus encuentros con otros caballeros en mitad de un bosque o camino que, ineludiblemente, acabarán en enfrentamientos a vida o muerte.

Los más románticos describirán a las damas en peligro que los hombres de Arturo rescataron de torres remotas, cautivas por malvados gigantes, dragones o caballeros sin honor. Describirán cómo ellas, ya a salvo, les mostraban su agradecimiento poniendo el cuerpo y el alma a su disposición, dichosas, aunque las abandonaran después sin mayores explicaciones.

Los más piadosos fijarán su atención en la búsqueda del santo grial, que en el fondo no es más que la eterna búsqueda humana del sentido de la vida, de la naturaleza de lo divino.

Los misóginos relegarán a las mujeres de esta historia al papel de paridoras de reyes o de sumisas esposas. Las que no encajen dentro de ese patrón pasarán a formar parte de la leyenda como malvadas brujas.

En cuanto a mí… Yo seré la hija de un traidor, la díscola hijastra del rey Úter, la que aprendió nigromancia en un convento, la intrigante que sedujo a su propio hermano para concebir un hijo, la esposa infiel y asesina, la madre de un bastardo, la envidiosa cuñada de Ginebra, la que enamoró a Merlín para robarle sus secretos, la agorera ave oscura que sobrevuela batallas.

No terminarán de explicar el motivo por el que (tras tanta perfidia) mi hermano quiso regresar a mi lado cuando se sintió morir. Ni por qué yo (que tanto le odiaba) lo acogí en mi propio lecho, en la isla sagrada de Ávalon, donde espera el día en el que se le requiera para regir de nuevo Britania.[125]

Ganieda tenía razón: soy mucho más de lo que los bardos contarán de mí. Hay muchas Morganas trenzándose en una única hebra, como el hilo de las Moiras.[126]

Yo, Morgana le Fay, velo el sueño de Arturo. De cuando en cuando despierta de su letargo y me llama por mi nombre, consciente del lugar en el que se encuentra.

—Morgana… Morgana… Mi amor…

Y corro a su lado. Y le beso en los labios. Y le acuno entre mis brazos. Y le hablo de la infancia que no pudo disfrutar. Del hermosísimo castillo de Tintagel que desaparece dos veces al año, una durante el solsticio de invierno y otra durante el de verano. De cómo aprovechamos él y yo esa circunstancia para nacer, cuando el mundo de los que han de morir era ciego a nuestra llegada.

Le cuento que lo construyó el rey Gradlon de Ys sirviéndose de la magia, que por eso el mar a sus pies está infestado de sirenas, y que su madre era una de ellas. Que él tiene los ojos verdes como la hierba de Cornualles y el pelo dorado de sus amaneceres. Y yo los ojos azules como el mar profundo y el pelo negro como la roca de los acantilados. Que ambos tenemos la piel salada y blanca, como la

arena de la playa que queda a los pies del castillo. Le hablo de la estrella en forma de dragón que atravesó el cielo para anunciar la grandeza de su reinado. Y de cómo lo amé desde el mismo instante en el que llegó al mundo.

—Voy a encontrar la manera de curarte —le susurro cuando empieza a cerrar los ojos—. Ya lo verás.

—No tengas prisa —me responde antes de sumirse de nuevo en su letargo.

La gente de Tintagel hablará de los pixies y de las muryans que habitan las colinas y dirán que el espíritu del rey Arturo reside en la chova piquirroja que sobrevuela Cornualles.

Puede que sea cierto. Que los dos seamos uno.

El viento cálido nos envuelve con el dulce aroma de los manzanos. Juntos, Arturo y yo, como cuando éramos jóvenes, acurrucados, susurrándonos dulzuras, tomados de las manos, amándonos en secreto, escondiéndonos de las sombras de un mundo que no supo mirarnos.

Con Ávalon como único hogar verdadero.

---

119 G., Monmouth, G. d. (1994). *Vida de Merlín*. España: Siruela.

120 Malory, S. T., de Cuenca, L. A. (2024). *La muerte de Arturo*. España: Siruela.

121 Echard, S. (1998). *Arthurian Narrative in the Latin Tradition*. Reino Unido: Cambridge University Press.

122 Hace referencia al encuentro entre san Collen con Gwyn ap Nudd, el distinguido rey de los infiernos, que algunos aseguraban era miembro de la corte del rey Arturo, pero del que también se dice fue enviado al inframundo con la misión de controlar a los demonios e impedir que destruyeran a la humanidad. Era claramente un Plutón céltico. Con el paso del tiempo su figura se fue transformando hasta llegar a convertirse en un ser feérico, rey de las plant annwn (‘hadas subterráneas’), a cuyo reino se entraba por los lagos de Gales. San Collen, que vivía como un asceta, fue invitado en repetidas ocasiones a visitar uno de los palacios de Gwyn (uno que había

surgido de un día para otro en lo alto de un cerro de Glastonbury). El santo siempre se había mostrado reacio a asistir, pero llegó un momento en el que accedió. Al atravesar las puertas del suntuoso edificio vio mil maravillas: gallardos soldados con lanzas de plata, hermosas damas coronadas de oro, pajecillos con libreas bordadas… Los sirvientes traían y llevaban fuentes de comida de la cocina a las mesas, manjares traídos de los lugares más remotos del mundo que el rey Gwyn ap Nudd no dudó en ofrecer a san Collen. Pero este sabía que jamás debe ingerirse comida o bebida servida en emplazamientos como aquel. Además, san Collen no había ido al palacio a pasar el rato: tenía un plan. Escondida entre sus ropajes llevaba una vejiga de cuero en cuyo interior portaba agua bendita. Esperó el momento en el que su anfitrión se encontraba despistado y la asperjó, salpicando todo lo que había a su alrededor. En apenas un segundo, el maravilloso edificio y todos sus ocupantes desaparecieron por completo. Únicamente quedó san Collen, sobre el peñasco vacío.

123 La teoría más aceptada señala que el nombre de Arturo tiene origen celta. Significaría 'oso fuerte' u 'oso noble'. También se ha propuesto una derivación «arto-rigos», que significaría 'el rey oso'.

124 El veneno de la furia.

125 «El rey que fue y será» es una expresión arraigada en la tradición artúrica. Hace referencia a la leyenda de que Arturo no es un monarca del pasado, sino una figura atemporal, destinada a regresar cuando se le necesite para restablecer justicia y orden. Esa idea de un rey eterno, presente en el imaginario colectivo, atento a resurgir cuando la esperanza decaiga, se puede rastrear en la literatura medieval, pasando por las profecías de Merlín, hasta llegar a nuestros días. Por citar algunos, en *Historia de los reyes de Britania,* de Geoffrey de Monmouth, leemos: «Y el propio Arturo, aquel famoso rey, fue herido mortalmente y trasladado desde allí a la isla de Ávalón a fin de curar sus heridas». En *La muerte de Arturo,* de sir Thomas Malory: «(…) dicen algunos en muchas partes de Inglaterra que el rey Arturo no ha muerto, sino que por voluntad de Nuestro Señor Jesús fue a otro lugar; y dicen que volverá».

126 Morgana le Fay recorre las páginas de los libros que tratan sobre la Materia de Bretaña cumpliendo diferentes roles, al servicio de narradores que han creído ver en su comportamiento la esencia de las hadas, las brujas, las hechiceras, las reinas o las diosas. Geoffrey de Monmouth, en el siglo XII, la describió como un hada. Los modernistas del siglo XIV hicieron cuanto pudieron para convertirla en hechicera. Malory, contraviniendo las reglas

básicas del buen narrador, puso especial énfasis en señalar su vertiente perversa y maléfica. En sus historias, Morgana representa el papel de eterna enemiga de su hermano, empecinada en terminar con su vida. Pero Malory jamás nos explica sus motivaciones. Para él es simplemente pérfida. Sin embargo, llegado el momento de la muerte de Arturo, en la mayoría de los textos de la leyenda arturiana ella es la encargada de velarlo en la sagrada isla de Ávalon. Esta visión amoral de Morgana bien podría definir su carácter feérico, pero probablemente apunta a una función anterior como diosa, ya que el panteón céltico destacaba por la fluctuación de la moralidad de sus dioses, tal y como sucedía con los de la antigua Grecia.

GLOSARIO DE PERSONAJES

ANA - Hermana de Arturo. Media hermana de Morgana.
ARTURO – Medio hermano de Morgana. Rey de Britania.
AURELIO AMBROSIO - Rey de Britania. Hermano de Úter Pendragón. Tío de Arturo.
BAN DE BENOIC - Padre de Lancelot.
BUDICO – Rey de Armórica, responsable de la crianza de Úter y Aurelio Ambrosio según Geoffrey de Monmouth.
BOUDICA - Reina de los icenos.
BLADUD - Rey legendario. Geoffrey de Monmouth lo incluye en su *Historia de los reyes de Britania*.
BRITAEL - Sirviente del duque Gorlois de Cornualles.
CHELDRIC - Caudillo de los sajones.
CONSTANTINO - Rey de Britania. Padre de Aurelio Ambrosio y de Úter Pendragón.
CONSTANTE - Hijo de Constantino. Hermano de Aurelio Ambrosio y Úter.
DAHUT - Hija del rey Gradlon. Hada y sirena.
ELAINE - Madre de Lancelot. Reina del Gran Sufrimiento.
GILOMÁN - Rey de Hibernia.
GINEBRA - Esposa de Arturo. Hija del rey Leodegrance.
GORLOIS - Padre de Morgana. Duque que Cornualles.
GRADLON - Rey de Ys.
HÉCTOR - Padre adoptivo de Arturo, padre de sir Kay.
HENGIST - Rey sajón. Aliado y suegro de Vortigern.
IGRAINE - Madre de Morgana y Arturo.
JORDÁN (de Tintagel) - Camarada del duque Gorlois de Cornualles.
KAY - Hermano de leche de Arturo y su senescal.

LANCELOT DEL LAGO - Caballero de Arturo. Su mejor amigo. Amante de Ginebra.
LOT DE LOTHIAN - Cuñado del rey Arturo por estar casado con su hermana Ana.
LEODEGRANCE - Padre de Ginebra. Rey de Carmelide.
LUCIO TIBERIO - Emperador romano ideado por Geoffrey de Monmouth.
MERLÍN - Mago. Profeta. Druida. Bardo. Consejero de reyes y responsable de la concepción de Arturo.
MORDRED - Hijo de Morgana y Arturo.
MORGANA - Hada, reina y diosa. Media hermana de Arturo.
PELINOR DE LISTENOIS - Rey de Listenois.
ULFIN DE RIDCARADOC - Amigo y consejero de Úter Pendragón.
URIENS - Rey de Rheged. Marido de Morgana.
ÚTER PENDRAGÓN - Rey de Britania. Padre de Arturo.
VORTIGERN - Jefe de los gewiseos. Rey de Britania.
YWAIN - Hijo de Uriens.

GLOSARIO DE LUGARES

ALMESBURY, MONASTERIO - Forma arcaica de Amesbury, pueblo del condado de Wiltshire.

Ávalon - También llamado Isla de las Manzanas. Enclave paradisiaco. Reino de Morgana.

BRITANIA - Reino de Arturo.

BRITANIA MENOR - Armórica. Noroeste francés. Actual Bretaña.

BOSQUE DE BRIOSQUE - En la isla de Ávalon. Junto al lago en el que se crio Lancelot.

BOSQUE PERDIDO - En la isla de Ávalon. Lugar conectado con cualquier bosque perdido que exista en el mundo de los que han de morir.

BOSQUE DE BROCELIANDA - Bosque del mago Merlín, situado en Bretaña.

CAERLEON - Llamada «Ciudad de las Legiones» por Geoffrey de Monmouth. Situada al sur de Gales, en la ribera del río Usk.

CAMELOT - Lugar donde el rey Arturo tuvo su residencia principal.

CAMBRIA - Nombre latinizado de Cymru (Gales).

CARMARTHEN - Ciudad en la que los magos de Vortigern encuentran al joven Merlín.

CASTILLO DE GANAREW - Fortaleza en la que Vortigern busca refugio. Geoffrey de Monmouth lo sitúa en la región de Herging, a orillas del río Wye, sobre un monte llamado Cloarcio.

GOZOSA GUARDA - O Joyosa Guarda. Castillo de Lancelot du Lac, en ocasiones identificado con el castillo de Bamburgh.

CASTILLO DE CORBENIC - Lugar en el que se halla el santo grial.

CASTILLO DE CHARIOT - Morada de Morgana en la isla de Ávalon.

CÍRCULO DE LOS GIGANTES - Stonehenge.

CORNUALLES (CORNWALL) - Región del sudoeste de Inglaterra.
DIMILIOC - Fortaleza al sudoeste de Tintagel.
EBORACUM - Actual York.
ELLAN VANNIN - Actual Isla de Man.
GALIA - Nombre que los antiguos romanos dieron a los territorios de las actuales Francia, Bélgica, Luxemburgo y parte de los Países Bajos, Suiza, la ribera occidental del Rin en Alemania y el valle del Po en Italia.
GÜINTONIA - Winchester.
HIBERNIA - Irlanda.
HISPANIA - España.
ISLA ESCONDIDA - Lugar en el que vive el hada Melusina.
KAERBADUM - Actual Bath.
KAERCARADOC - Actual Salisbury.
KAMBLAN, RÍO - Río Camel, en Cornualles. Lugar en el que Geoffrey de Monmouth sitúa la batalla final entre el rey Arturo y Mordred.
KILARAO, MONTE - Lugar en el que se encontraba originalmente el Círculo de los Gigantes.
LAGO DE DIANA - En Ávalon. Reino de la Dama del Lago.
LINDUM COLONIA - La actual ciudad de Lincoln, en Lincolnshire (Inglaterra).
LONDINIUM - Actual Londres.
MURO DE ADRIANO - Fortificación defensiva que separaba la Britania romana de la Britania no conquistada.
REINO DE ALBANIA - Actual Escocia.
REINO DE CARMELIDE - Actual Carhaix-Plouguer (Francia). Donde reina Leodegrance, padre de Ginebra.
REINO DE LOTHIAN - Una de las regiones en las que estaba dividida administrativamente Escocia.
REINO DE RHEGED - Reino de la Britania posromana.
SILCHESTER - Lugar en el que se coronó a Aurelio Ambrosio.
TINTAGEL - En Cornualles. Lugar de nacimiento de Morgana y Arturo.

TOTNES, PUERTO - Lugar en el que desembarcaron Ambrosio y Úter tras regresar de su exilio en Armórica.

VERULAM - Antigua ciudad romana de Verulamium, ubicada cerca de la actual St. Albans, al norte de Londres.

YR WYDDFA - Snowdon. Lugar en el que Vortigern pretende levantar la torre en la que guarecerse de los ataques sajones.

ÍNDICE

Nota de la autora
1. Nacida del mar
2. Muryans
3. El Círculo de los Gigantes
4. Un mago llamado Merlín
5. El gran dragón
6. Cambiaformas
7. La banshee
8. La promesa de un dragón
9. El hijo del dragón
10. Le Fay
11. Nosocoma
12. La bruja
13. El hijo del diablo
14. La Isla de las Manzanas
15. ¿Dónde está el país de las hadas?
16. Arturo
17. Liberada de la piedra
18. Camelot
19. La Mesa Redonda
20. El hijo del pecado
21. La masacre de los bebés de mayo
22. El Valle Sin Retorno
23. El rey Pescador
24. El caballero de la carreta

25. Salvado por el mar
26. Excalibur
27. Clamor del hijo olvidado
28. La batalla final
29. Ávalon
Glosario de personajes
Glosario de lugares
Créditos

Edición en formato digital: junio de 2026

© Nerea Riesco Suárez, 2026
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-76-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.